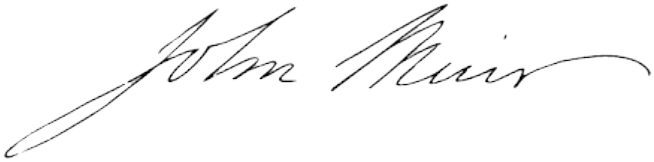


John Muir



Obras completas I

John Muir

Obras completas I

Traducción de Víctor Olaya

Obras completas I
John Muir

Memorias de mi infancia y juventud.
Título original: *The Story of My Boyhood and Youth*.
Publicado originalmente en 1913 por Houghton Mifflin Company, Boston.
©John Muir, 1913.
©de la traducción, Víctor Olaya, 2017.

Mil millas a pie hasta el golfo.
Título original: *A Thousand-Mile Walk to the Gulf*, de John Muir.
Publicado originalmente en noviembre de 1916 por The Riverside Press, Cambridge.
©John Muir, 1916.
©de la traducción, Víctor Olaya, 2017.

Mi primer verano en la Sierra.
Título original: *My first summer in the Sierra*.
Publicado originalmente en junio de 1911 por The Riverside Press, Cambridge.
©John Muir, 1911.
©de la traducción, Víctor Olaya, 2017.

Imagen de cubierta extraída de:
Benson John Lossing (Ed.) (1912).
Harper's Encyclopedia of United States History (vol. 6).
Harper and Brothers, New York, NY.

Memorias de mi infancia y juventud

Una infancia en Escocia

Cuando yo era niño en Escocia, me gustaba todo lo que fuera salvaje, y durante toda mi vida me he ido aficionando más y más a los lugares y las criaturas salvajes. Por suerte, alrededor de mi pueblo natal de Dunbar, junto al tormentoso Mar del Norte, no faltaba naturaleza virgen a pesar de que la mayor parte de la tierra estaba cultivada. Con mis compañeros de juegos, también de sangre caliente y salvajes como yo mismo, me encantaba deambular por los campos para escuchar cantar a los pájaros, y seguir la costa para mirar y maravillarme ante las conchas, las algas, las anguilas y los cangrejos que había en las charcas de las rocas cuando la marea estaba baja. Y, lo mejor de todo, contemplar las olas en mitad de una tormenta, tronando al chocar contra las tierras negras y las ruinas decrépitas del viejo castillo de Dunbar, cuando el mar y el cielo, las olas y la nubes, se fundían en una misma cosa. Nunca pensábamos en hacer novillos, pero, desde que cumplí cinco o seis años, me escapaba a la orilla o al campo casi todos los sábados, y todos los días que no teníamos colegio salvo los domingos, a pesar de habérseme advertido solemnemente que debía jugar en el jardín de casa y en el patio, no fuera a ser que tuviera malos pensamientos o aprendiera a decir palabrotas. Era inútil. A pesar del los castigos sin duda dolorosos que me perseguían como sombras, el espíritu salvaje que había heredado

y que llevaba en la sangre seguía su curso, tan invencible e imparable como las estrellas.

Mis primeros recuerdos del campo vienen de los paseos cortos que hacía con mi abuelo cuando no tendría quizás más de tres años. En uno de esos paseos, mi abuelo me llevo a los jardines de Lord Lauderdale, donde las higueras crecían contra un muro soleado, y allí probé algunos higos y comí tantas manzanas como quise. En otro paseo memorable por un campo de heno, al sentarme a descansar en uno de los montones, escuché un grito afilado y punzante, y después de dar un salto para ponerme de pie, fui a decírselo al abuelo. Él dijo que no oía más que el viento, pero insistí en que excaváramos en el heno hasta que descubriéramos de dónde provenía ese sonido tan emocionante, que resultó ser el de una hembra de ratón de campo con media docena de crías colgadas de sus mamas. Este fue para mí un descubrimiento maravilloso. No hay cazador que pueda sentir tal emoción al descubrir una osa con sus oseznos en su guarida salvaje.

Me mandaron al colegio antes de cumplir los cuatro años. El primer día de clase estuvo, sin duda, lleno de cosas maravillosas, pero no soy capaz de recordar ninguna de ellas. Recuerdo que la sirvienta me lavó la cara y que me entró jabón en los ojos, y a mi madre colgándome al cuello una pequeña bolsa verde con mi primer libro para que no lo perdiera, y la forma en que esta ondeaba al viento por detrás de mí como una bandera. Antes de ir a la escuela, según me contaron, mi abuelo me había enseñado ya las letras del alfabeto en los carteles de las tiendas del otro lado de la calle. Recuerdo con claridad lo orgulloso que me sentí cuando fui capaz de terminar el primer libro y pasar al segundo, que parecía grande e importante, y después de este al tercero. Pasar de un libro a otro constituía un avance triunfal, y de todo aquello me queda un recuerdo nítido.

El tercer libro contenía historias interesantes, y también lectura sin más y lecciones de deletreo. Para mí, la mejor historia era *El perro de*

Llewellyn, el primer animal que me viene a la memoria después de aquel ratón de voz afilada. Me interesaba tanto, y nos llegó tan adentro a mí y a algunos de mis compañeros de clase, que la leíamos una y otra vez compungidos, tanto dentro como fuera del colegio, y derramábamos lágrimas amargas por el destino del perro Gelert, valiente y fiel, muerto a manos de su amo, que creía que había devorado a su hijo un día que este se perdió y el perro vino lleno de sangre, cuando en realidad le había salvado la vida al niño matando a un gran lobo. Hay que mirar muy atrás en el tiempo para aprender lo enorme que puede ser la capacidad del corazón de un niño para sentir pena y cariño por los animales, así como por sus amigos y vecinos. Esta historia de antaño destaca entre la multitud de recuerdos escolares de una manera tan clara como si yo hubiera formado parte de ese grupo de cazadores galeses y hubiera escuchado las cornetas, visto a Gelert asesinado, salido en busca del niño perdido, encontrado al fin al niño sonriente entre la hierba y los arbustos junto al lobo mutilado, y llorado con Llewellyn por el destino triste de su noble y fiel amigo.

Otra de mis partes favoritas de ese libro era el poema de Southey *La campana de Inchcape*, una historia sobre un sacerdote y un pirata. Un sacerdote bondadoso colgó una campana en la peligrosa roca de Inchcape para alertar a los marinos cuando el tiempo estuviera oscuro y tormentoso. Cuanto mayor era la tormenta y más altas eran las olas, más fuerte sonaba la campana, hasta que un día el malvado corsario Ralph la cortó y la mandó al fondo del mar. Según la historia, un día en que la campana estaba sonando con toda su fuerza, el pirata se subió a la roca diciendo:

—Hundiré la campana y haré enfurecer al abad de Aberbrothok.

Así que cortó la cuerda y la campana se perdió «gorgoteando en las aguas entre burbujas que subían y estallaban a su alrededor». Después, «el corsario Ralph se lanzó a la mar, saqueó los mares durante muchos días, y, habiendo ya acumulado un gran botín, se dirigió de vuelta

a Escocia». Vino entonces una tormenta terrible, con enormes olas rugientes y con la oscuridad de la noche y del cielo gris.

—¿Dónde estamos ahora? —gritó el pirata—. No lo sé, pero ojalá pudiera escuchar la campana de Inchcape.

Y la historia cuenta entonces cómo el miserable pirata, «desesperado, se tiraba de los pelos y se maldecía a sí mismo», mientras «con un golpe estremecedor», su barco encallaba contra la roca de Inchcape y se hundía junto a la campana del buen sacerdote, llevándose consigo a Ralph y a su botín. La historia nos gustaba porque apelaba a nuestro amor por las buenas acciones, la naturaleza y los espíritus nobles.

En estos primeros días de escuela, hubo muchas experiencias terroríficas relacionadas con los crímenes cometidos por el guardés de una casa de huéspedes de Edimburgo, que dejaba dormir a mendigos en un banco de la casa o en el suelo a cambio de un penique por noche, y, cuando la Muerte venía a liberarles de su sufrimiento, vendía los cuerpos para que los diseccionaran en la escuela médica de un tal doctor Hare. Nosotros los niños no habíamos oído nunca el relato original, pero las sirvientas nos contaban que «médicos ladrones», vestidos con gabardinas negras y provistos de una masilla pegajosa de un increíble poder adhesivo, rondaban por las calles en busca de niños a los que asfixiar y después vender. El método empleado por estos médicos ladrones, según nos contaban las sirvientas, era poner la masilla pegajosa en la cara de forma rápida y repentina, cubriendo con ella la boca y la nariz de manera que impidiera respirar ni pedir auxilio, y después meternos bajo su larga gabardina negra y llevarnos a Edimburgo para vendernos y trocearnos en pedacitos, para que así otros aprendieran de qué estábamos hechos. Siempre que pronunciábamos la expresión «médico ladrón» lo hacíamos con un susurro lleno de miedo, y nunca nos atrevíamos a salir a la calle después de caer la noche. En los días más cortos del invierno, se hacía de noche antes de que el colegio cerrara, y si estaba nublado nos resultaba difícil a veces encontrar el camino a

casa a no ser que viniera a por nosotros una sirvienta con un farol. Pero durante la época del médico ladrón, el colegio cerraba antes, ya que nos tenían allí solo hasta la hora en la que ya no era posible convencernos de que saliéramos del aula. Habríamos preferido quedarnos allí toda la noche sin cenar que desafiar a los misteriosos médicos que se suponía que andaban por ahí esperándonos. Teníamos que subir a una colina llamada Devil Brae que había entre el edificio de la escuela y la calle principal. Una tarde, justo antes del anochecer, mientras corríamos colina arriba, uno de los chicos gritó «¡Un médico ladrón! ¡Un médico ladrón!», y corrimos como locos de vuelta al colegio, para sorpresa de Mungo Siddons, el profesor. Todavía hoy recuerdo la cara del buen maestro según nos miraba y trataba de adivinar qué era lo que nos sucedía, hasta que uno de los chicos más mayores, sin resuello, le explicó que habíamos visto un enorme médico ladrón en la colina y no podíamos volver a casa. Los otros corroboraron la historia.

—Sí, lo vimos claramente, con su largo abrigo negro para meternos dentro, y algunos de nosotros creemos haber visto que llevaba una masilla pegajosa en su mano.

Estábamos en tal estado de pánico y tan temblorosos que el profesor se dio cuenta de que no iba a librarse de nosotros si no nos acompañaba. Aun así, solamente nos acompañó durante una distancia corta y después nos dejó al cargo de los dos estudiantes más corpulentos, que nos llevaron hasta lo alto de la colina y desde allí nos dejaron que corriéramos hasta nuestras casa para abalanzáramos presurosos sobre la puerta, como las ardillas que se zambullen en sus madrigueras cuando alguien las persigue.

Justo antes de la hora de cierre de la escuela, nos poníamos en pie y cantábamos el hermoso himno *Señor, déjanos ir con Tu bendición*. En primavera, cuando las golondrinas volvían de sus cuarteles de invierno, cantábamos:

Bienvenida seas, pequeña extraña,

bienvenida desde la orilla extranjera:
Escapaste sana y salva de muchos peligros…

Y mientras cantábamos, nos balanceábamos al ritmo de la música. *El Cuco*, que siempre venía en primavera a hacer honor a su nombre, era otra de nuestras canciones favoritas, y cuando no había nada especial que nos hiciera pensar en algún pájaro, las canciones que cantábamos eran muy variadas, como por ejemplo:

La ballena, mi animal bestial,
zambulléndose en el profundo mar.

Pero la mejor de todas era *Señor, déjanos ir con Tu bendición*, aunque me temo que en aquella época la parte más importante eran las tres primeras palabras.

Junto con las lecciones del colegio, mi padre me hizo aprender himnos y versículos de la Biblia. Por aprenderme el himno *Roca de la Eternidad*, me dio un penique, y de esa manera me hice de pronto rico. A los niños escoceses rara vez se les premia con dinero. Un penique en aquellos días de ahorro significaba para nosotros más de lo que un dólar significaba para el más pobre de los niños americanos. Decidir qué hacer con aquel penique fue un asunto de una seriedad excepcional. Antes de proceder a una inversión tan importante como aquella, corrí calle arriba y abajo mirando todos los productos tentadores. También mis amigos se emocionaron cuando llegaron hasta ellos las noticias de que el pequeño Johnnie Muir tenía un penique, con la esperanza de poder probar un poco de la naranja, la manzana o la golosina que probablemente iba a traer.

En esa época, a los niños se les bautizaba y se les vacunaba a los pocos días de nacer. Recuerdo muy bien una pelea con el médico cuando vacunaron a mi hermano David. Sucedió, creo, antes de que yo empezara a ir al colegio. No podía imaginarme lo que el doctor, un hombre alto

y de aspecto severo, le estaba haciendo a mi hermano, pero como mi madre, que lo tenía en brazos, no ponía objeción alguna, yo miraba en silencio mientras el médico le rascaba el brazo, hasta que vi que sangraba. Entonces, incapaz de confiar ni siquiera en mi madre, logré saltar lo suficiente como para agarrar y morder el brazo del médico, gritando que no iba a dejar que hiciera daño a mi buen hermano, mientras, para mi absoluta sorpresa, mi madre y el médico no hacían sino reírse de mí. Qué imperfecto es a veces el entendimiento entre padres e hijos, y qué parecidos los niños pequeños a bestias salvajes, como pequeños paganos ocupados todo el tiempo en pelearse, morder y trepar.

Mi padre estaba orgulloso de su jardín y parecía que siempre estaba intentando que se pareciera lo más posible al Edén, y en un rincón nos dio a cada uno una pequeña superficie de terreno donde plantábamos lo que queríamos, mientras nos preguntábamos cómo las semillas duras y secas podían convertirse en hojas y flores suaves y encontrar su camino hacia la luz. Y, para ver cómo iban, solíamos desenterrar las más grandes, como guisantes o judías, cada día. Mi tía tenía también un rincón para ella en el jardín, lleno de lirios, y todos mirábamos con un respeto absoluto y admiración a ese lecho precioso de flores, y pensábamos en sí algún día, cuando fuéramos mayores, seríamos lo suficientemente ricos como para tener algo tan grandioso. Nos imaginábamos que cada lirio valía una suma enorme de dinero y nunca nos atrevíamos a tocar ni una sola de sus hojas o uno solo de sus pétalos. Estábamos realmente maravillados ante ellos. Me encontraba yo entonces muy lejos de los jardines de lirios salvajes de California que estaba destinado a ver un día en toda su gloria.

Cuando yo era un niño y estaba en el colegio de Mungo Siddons, se organizó en Dunbar una exposición floral, y allí vi a un buen numero de los expositores con grandes ramos de dalias, las primeras que veía en mi vida. Me parecieron de una talla y una belleza maravillosas, y, al

igual que sucedía con los lirios de mi tía, me pregunté si algún día sería tan rico como para tener alguna de ellas.

Aunque nunca me atreví a tocar los lirios sagrados de mi tía, tengo una buena razón para acordarme de haber robado algunas flores más vulgares a un boticario, Peter Lawson, que también hacía las veces de médico para la mayor parte de la gente pobre del pueblo y los alrededores. Tenía un poni al que se le consideraba muy salvaje y peligroso, y cuando le llamaban de fuera del pueblo, montaba en esta maravillosa bestia que, después de pasar tanto tiempo en el establo, era brava y nerviosa, y que, para nuestro disfrute, solía encabritarse, saltar y bailar de un lado a otro de la calle antes de dejarse convencer para empezar a andar hacia adelante. Los chicos observaban llenos de admiración, y se preguntaban cómo el boticario podía ser tan valiente y tan diestro como para mantenerse a lomos de la bestia. Este famoso Peter amaba las flores y tenía un hermoso jardín rodeado por una verja de hierro, a través de cuyos barrotes, cuando pensaba que nadie me veía, le robaba alguna flor para después salir corriendo. Un día, Peter me descubrió en mitad de mi fechoría, salió de inmediato a la calle y me atrapó. Grité que no volvería a robar nada si me dejaba ir. No dijo nada, tan solo me arrastró hasta el establo donde guardaba el poni salvaje, me puso detrás de sus patas traseras y cerró la puerta. Yo, por supuesto, estaba gritando, pero en cuanto me quedé encerrado, el miedo a que el animal me diera una coz hizo que ahogara en mí todo ruido. Apenas me atrevía a respirar. Mi única esperanza era el silencio inmóvil. ¡Imaginad la angustia que pasé! No volví a robar ni una sola más de sus flores. Fue un juez severo pero también justo con mi naturaleza juvenil.

Algún tiempo antes de esto, ya había estado en manos de Peter cuando tenía unos dos años y medio. La sirvienta nos bañaba a todos los pequeños antes de meternos en la cama. Las friegas jabonosas de los sábados por la noche, en preparación para el *sabbat*, eran especialmente severas, y todos las odiábamos. Mi hermana Sarah, la segunda más ma-

yor que yo, quería el taburete alto en el que yo estaba sentado mientras esperaba mi turno, así que me tiró de él. Me di con la barbilla en el borde de la bañera y, como hablaba sin parar, la lengua estaba entre los dientes cuando estos se cerraron con el golpe, de tal forma que me hice en el lateral un corte profundo que empezó a sangrar abundantemente. Nuestra madre vino corriendo al oír el ruido que yo hacía, me envolvió, me puso en brazos de la sirvienta y le dijo que me llevara corriendo, cruzando el jardín y saliendo por la puerta trasera, a ver a Peter Lawson para que hiciera algo para detener la hemorragia. Todo lo que hizo fue frotar un pedacito de algodón en mi boca después de haberlo empapado en una sustancia astringente y marrón, y me dijo que mantuviera cerrada la boca y que pronto estaría bien. Mi madre me metió en la cama, me calmó mis miedos y me dijo que me quedara tumbado y durmiera «como un niño bueno». Pero cuando empezaba a quedarme dormido, me tragué el algodón con el medicamento, y también, según yo imaginaba, mi propia lengua. El grito que di al imaginarme una pérdida tan grande hizo venir a mi madre, y cuando me cogió en brazos ansiosamente y me preguntó que era lo que me sucedía, le dije que me había tragado la lengua. Para mi sorpresa, se rió de mí, cuando lo que yo esperaba era que llorara conmigo la terrible pérdida que su pequeño acaba de sufrir. Mis hermanas, las dos mayores que yo, cuando hablaba mucho me decían a veces:

—Es una pena que no te tragases al menos la mitad de esa lengua tuya cuando eras pequeño.

Parece que los niños tienen un gusto natural por el agua, aunque la costumbre escocesa de hacer que toda tarea resultase deprimente hacía que el baño, necesario para la salud, fuera para nosotros algo terrible. Entre las experiencias desagradables de mi infancia, recuerdo bien cómo la sirvienta me llevaba a la orilla del mar cuando yo tenía entre dos y tres años, me desnudaba al borde de una poza profunda entre las rocas, me sumergía entre los cangrejos y las anguilas viscosas

que se retorcían como serpientes, y me sacaba gritando y jadeando, para volver a meterme una y otra vez más. Cuando se acercaba el momento de este terrible baño, yo solía esconderme en los rincones más oscuros de la casa, y a veces era necesario buscar durante un buen rato hasta encontrarme. Pero cuando ya tuvimos algunos años más, disfrutábamos bañándonos con otros chicos mientras caminábamos por la orilla, con cuidado, eso sí, de no meternos en alguna poza que tuviera en su fondo algún monstruo invisible devorador de niños. A esta clase de pozas, verdaderos *maelstroms*[1] en miniatura, se las llamaba «aspiracabras», y la mayoría de nosotros las conocíamos bien. De cualquier forma, no nos atrevíamos a meternos en ninguna poza en un lugar desconocido de la costa sin antes haber metido en ella un palo. Si no había nada que saliese a arrancarnos el palo de las manos, entrábamos valientemente y disfrutábamos zambulléndonos y salpicando, mucho antes de haber aprendido a nadar.

Uno de nuestros lugares de recreo favoritos era el viejo y famoso castillo de Dunbar, a donde se retiró el rey Eduardo después de su derrota en Bannockburn. Había sido construido hacía más de mil años, y aunque sabíamos poco de su pasado, habíamos oído muchas historias misteriosas acerca de batallas que habían tenido lugar junto a sus muros, y creíamos firmemente que todos los huesos que encontrábamos en las ruinas pertenecían a antiguos guerreros. Intentábamos ver quién era capaz de subir más alto por sus rocas y sus peñascos inestables, arriesgándonos como ningún montañero sensato lo haría. Hoy diría que es poco menos que un milagro que nunca me cayera y terminara mi carrera de escalador en algún momento de esos días de juventud aventurera.

Entre nuestros juegos preferidos estaban correr, saltar, luchar y trepar. Yo estaba tan orgulloso de mis habilidades como escalador que la

[1] Remolino marino de grandes dimensiones que aparece cerca de las islas Lofoten (N. del T.)

primera vez que oí hablar sobre el infierno a una de las sirvientas, a la que le encantaba contarnos sus horrores y advertirnos de que iríamos allí si hacíamos algo malo, le respondí que yo podría salir de él escalando. Me imaginaba que no sería más que un oscuro agujero con paredes como las del castillo, y estaba seguro de que habría grietas y fisuras en la piedra en las que poder meter las manos y los pies. Aun así, el terror de aquel horrible lugar rara vez duraba más allá del momento en que se contaba, por cuanto la fe borra todo miedo.

La mayoría de los niños escoceses creen en los fantasmas, y algunos, bajo ciertas condiciones particulares, siguen haciéndolo durante toda su vida. Los fantasmas de las tumbas se consideran especialmente peligrosos, y algunos de los más crédulos son capaces de hacer grandes desvíos para evitar pasar cerca de un cementerio al anochecer. Después de que los sirvientes nos instruyeran acerca del carácter, aspecto y costumbres de los distintos fantasmas blancos y negros, trasgos y brujas, especulábamos a menudo sobre si eran capaces de correr deprisa, y nos gustaba creer que seríamos capaces de escaparnos de la mayoría de ellos. Para mejorar nuestra velocidad, a menudo hacíamos largas carreras por el campo. La yegua de Tam O'Shanter[2] había sido capaz de dejar atrás a un grupo de brujas —al menos hasta alcanzar un sitio seguro más allá de la dovela del puente—, y pensábamos que quizás nosotros también pudiéramos hacer lo mismo.

Nuestra casa pertenecía anteriormente a un médico, y una de las sirvientas nos dijo que el fantasma del doctor rondaba por una de las habitación sin usar del segundo piso, que se mantenía a oscuras debido al elevado importe del impuesto sobre el número de ventanas. Nuestra habitación era contigua a la habitación fantasma, en la cual había muchos artilugios de laboratorio —tubos de vidrio, retortas de metal y vidrio, probetas, frascos, etc.— y creíamos que el médico todavía empleaba todos esos artilugios extraños para preparar sus remedios.

[2]Héroe del poema homónimo de Robert Burns. (N. del T.)

En los largos días de verano, a David y a mí nos acostaban varias horas antes de que se pusiera el sol. Nuestra madre nos metía con cuidado en la cama, que era grande y de estilo antiguo, echaba las cortinas de esta, y nos decía que no nos moviéramos y que durmiéramos «como niños buenos», pero a menudo, en cuanto ella ponía un pie en las escaleras, nos levantábamos para jugar a un juego de atrevimiento que llamábamos «scootchers», ya que no eramos capaces de quedarnos quietos por más que lo intentáramos. Entrar en la habitación se consideraba un gran atrevimiento. Después de adentrarse unos pocos pasos y volver aterrorizado rápidamente, yo solía retar a David a que hiciera lo mismo sin que lo atraparan.

El tejado de nuestra casa, así como las rocas y las paredes del viejo castillo, me proporcionaban un buen entrenamiento como montañero. La luz de nuestra habitación entraba por una claraboya, y una noche la abrí en busca de un buen desafío y me colgué sobre las pizarras, agarrándome al alfeizar, mientras el viento hinchaba mi camisón como un globo. Reté entonces a David a probar esta aventura, y él así lo hizo. Luego volví a salir y me colgué de una mano, y él hizo lo mismo. Después me colgué de un dedo, con cuidado de no escurrirme, y él también lo hizo. Después me puse en pie sobre el alfeizar y examiné el borde de la pared izquierda de la ventana, subí a lo largo de este arrastrándome por las pizarras y agarrándome con los dedos en pequeños salientes, me senté a horcajadas en el tejadillo, me quedé allí unos minutos viendo el paisaje más allá de la valla del jardín mientras el viento aullaba y amenazaba con tirarme, me deslicé de vuelta hacía abajo, agarré el alfeizar y regresé a la seguridad de la habitación. No obstante, antes de intentar este desafío, siendo consciente de su peligrosidad, fui precavido y le dije a David que en caso de escurrirme me agarraría al canalón al pasar por el alero y me quedaría colgando de allí, y que él debería ir corriendo a llamar a nuestro padre para que me trajera una escalera, y decirle que se diera prisa porque me agotaría rápido de estar colgando y ondeando

al viento, sosteniéndome solo con mis manos. Cuando regresé de este descomunal reto, David, para no verse superado, se arrastró hasta arriba del tejadillo y se montó sobre él valientemente, pero al tratar de volver perdió su coraje y empezó a chillar:

—¡No puedo bajar! ¡No puedo bajar!.

Me asomé por la ventana y le grité:

—No chilles, Davie, no chilles. Yo te ayudaré a bajar. Si chillas, papá nos oirá y nos dará una buena zurra.

Luego, poniéndome en pie sobre el alfeizar y agarrándome con una mano al marco de la ventana, le dirigí para que acercara su pie hasta donde yo pudiera agarrarlo y, después de encontrarle un buen apoyo, entré en casa de un salto y lo arrastré hacia el interior por los talones. Allí concluyeron nuestros retos escaladores por aquella noche, y con el miedo en el cuerpo nos metimos en la cama.

En los días breves del invierno, cuando era de noche incluso a la hora temprana en que nos acostábamos, solíamos pasar el tiempo antes de dormirnos jugando a imaginar viajes alrededor del mundo debajo de las sábanas. Una vez que nuestra madre nos tapaba, nos daba las buenas noches y se iba al piso de abajo, partíamos a nuestros viajes. Excavando como topos, visitábamos Francia, la India, América, Australia, Nueva Zelanda, y todos los demás lugares de los que alguna vez habíamos oído hablar, y nuestros viajes no acababan hasta que caíamos dormidos. Cuando nuestra madre venía a echar un último vistazo antes de acostarse para ver que estábamos bien tapados, a veces estábamos tan bien arropados que le costaba encontrarnos, porque nos quedábamos escondidos en la postura en la que nos hubiera venido el sueño. Por la mañana, sin embargo, siempre nos encontrábamos bien colocados, tumbados rectos como niños buenos, como ella decía.

Cuando visité Escocia unos cincuenta años más tarde, uno de mis viejos compañeros de colegio de Dunbar me presentó al dueño de nuestra antigua casa, que me permitió subir a examinar la ventana de

nuestra habitación y juzgar qué clase de aventura había sido subirse a su tejado. Con toda mi experiencia posterior como montañero, me pareció que lo que había hecho en mi atrevida juventud era algo que ahora estaba ya fuera del alcance de mis habilidades.

Los niños son al mismo tiempo crueles y piadosos, de corazón duro y también tiernos, compasivos, bondadosos, amables, en contrastes siempre cambiantes. El amor por el prójimo, ya sea humano o animal, se desarrolla junto a los rasgos salvajes tanto refinados como rudos. Cuando mi padre decidió mantenernos encerrados en el patio para evitar nuestras correrías por el campo y la orilla del mar, teníamos que entretenernos lo mejor que pudiéramos durante esas horas que, en comparación, resultaban muy aburridas. Una de nuestras diversiones era cazar gatos sin herirlos demasiado. No obstante, siendo animales sagaces, sabían que los niños, aunque no son muy peligrosos, tampoco son de fiar. Recuerdo una vez en particular, cuando le empezamos a tirar piedras a un minino viejo y resabido, sin intención de hacerle mucho daño a pesar de ser un blanco tentador. Pronto se dio cuenta de lo que queríamos, salió corriendo hacia el establo y se subió en lo alto de un pesebre. Aun así, nos quedaba todavía a tiro y las piedras siguieron volando más y más rápidas, pero él solo entrecerraba los ojos y posaba inmóvil, sin inmutarse ni ante nuestros mejores disparos ni ante el ruido que hacíamos. Conseguí darle una pedrada bastante fuerte con un pedrusco de cierto tamaño, pero él siguió allí sentado y con los ojos medio abiertos, como si no sintiera nada. «Debe estar herido de muerte» dije, «y ahora tendremos que matarlo para que no sufra». Al salvaje que había en nosotros le iba venciendo la compasión. Nos entregamos todos a esta especie de piedad con el gato, y empezamos a tirarle las piedras más pesadas que encontrábamos, pero aquel viejo sabía bien la clase de personajes que éramos, y mientras que nosotros le imaginábamos piadosamente muerto, él pensó que aquel juego se estaba poniendo demasiado serio y que era hora de retirarse. De pronto,

con un bufido salvaje y un rugido lleno de energía, saltó por encima de nuestras cabezas, atravesó a toda velocidad el patio y subió al tejado de otro edificio y después por encima de la valla del jardín, todo ello sin rastro de dolor, con todas sus vidas en perfecto estado.

Después de aprender que los gatos tienen siete vidas, intentamos comprobar el dicho popular de que los gatos caen siempre sobre sus patas y sin lastimarse. Cogimos uno en el patio —no el mismo gato viejo de antes, sino uno más pequeño y manejable— y lo llevamos al piso de arriba de la casa. No sé cómo fuimos capaces de soltarlo, porque en cuanto abríamos la ventana y le sujetábamos sobre el alfeizar sabía que estaba en peligro y e intentaba violentamente, a base de arañazos y mordiscos, volver a entrar en la habitación. Pero nosotros estábamos decididos a llevar aquello hasta el final, y por fin conseguimos dejarlo caer. Todavía hoy recuerdo cómo la pobre criatura se retorcía y trataba de enderezarse para aterrizar sobre sus patas. Fue un acto cruel, incluso para unos chicos salvajes, y nunca volvimos a realizar este experimento, porque nos dio mucha pena el pobre animalillo cuando le vimos alejarse a rastras lentamente, aturdido y asustado, con la mandíbula hinchada y amoratada.

También, en una nueva demostración de lo salvajes que son los niños, disfrutábamos de las peleas de perros, e incluso del horrible espectáculo sangriento de los mataderos, y a veces corríamos grandes distancias y trepábamos vallas y tejados para ver matar a un cerdo en cuanto oíamos sus chillidos desesperados. Y si el carnicero era amable, le pedíamos que nos dejara ver de cerca las entrañas misteriosas y nos diera una vejiga para hincharla y usarla como pelota.

Pero también hay ejemplos, como el siguiente, del lado más amable del carácter de un niño. En nuestro patio había tres olmos, y en el que estaba más cerca de la casa había anidado una pareja de petirrojos. Cuando los polluelos estaban a punto de ser capaces de volar, una tropa de los célebres *Scottish Grays* vino a visitar Dunbar, y tres o cuatro de

sus nobles caballos se alojaron en nuestro establo. Mientras los soldados estaban sacando brillo a sus espadas y sus cascos, descubrieron el nido, y cuando se marcharon, uno de ellos subió al árbol y lo robó. Con el corazón roto, vimos a los pequeños pajarillos mientras el insensible ladrón se los metía uno por uno bajo su chaqueta, a excepción de dos que saltaron del nido e intentaron volar, pero fueron capturados sin dificultad mientras revoloteaban en el suelo y puestos junto a los otros. Era doloroso observar el nerviosismo de los padres, que gritaban y sobrevolaban sobre los polluelos llorosos y asustados a los que habían amado, protegido y alimentado durante tanto tiempo. Pero el soldado se marchó cabalgando en su gran caballo gris, pensando tan solo en los pocos peniques que conseguiría con aquellos pequeños pájaros cantores y en la cerveza que compraría con ellos, mientras que nosotros, hermanos y hermanas, llorábamos y sollozábamos. Recuerdo como si fuera hoy mismo el dolor en mi corazón y la opresión que sentía. Mi madre nos acostó y trató de consolarnos, diciéndonos que los pequeños pájaros estarían bien alimentados y crecerían hasta hacerse grandes, y que aprenderían pronto a cantar en jaulas hermosas; pero una y otra vez representábamos la triste historia de los pobres pájaros afligidos y sus polluelos aterrorizados, y no había manera de consolarnos. Mi padre vino a la habitación cuando estábamos medio dormidos y aún sollozando, y escuché a mi madre decirle que «los niños tienen el corazón roto por el robo del nido que había en el olmo».

Desde que cumplí cinco o seis años, edad viril y beligerante, pocos eran los días de colegio en el que no tuviera una pelea a puñetazos, y no era raro que participara en media docena. Cuando cualquier compañero de clase de nuestra misma edad ponía en entredicho nuestro rango y valía como luchadores, íbamos corriendo a arreglar el asunto en algún lugar tranquilo de Davel Brae. Ser un «buen luchador» era nuestra mayor ambición, lo que más deseábamos en la vida, tanto fuera como dentro de la escuela. Ser un buen estudiante era un asunto secundario,

aunque tratábamos de quedar en buen lugar y nos vanagloriábamos si eramos los primeros de la clase. Disfrutábamos mucho con las historias de guerra de los gloriosos William Wallace y Roberto I[3], presentes en cada bocanada de aire escocés, y por supuesto todos íbamos a ser soldados. En el campo de batalla de Davel Grae, a menudo organizábamos algo parecido a una guerra real, mucho más excitante que el combate personal. Elegíamos líderes y formábamos dos bandos. En el invierno, la nieve húmeda nos proporcionaba munición abundante para darle seriedad al asunto, y en verano usábamos arena y proyectiles de hierba y tierra. Avanzábamos valientemente al grito de «¡Bannockburn! ¡Bannockburn! ¡Escocia siempre! ¡La última guerra contra la India!». Para la artillería pesada, llenábamos nuestras tradicionales boinas escocesas azules con nieve y arena, y las disparábamos como si fueran bolas de cañón.

Por supuesto, siempre anhelábamos los días de vacaciones y nos parecía que tardaban en llegar. El viejo Mungo Siddons nos daba un montón de grosellas y nos deseaba que lo pasáramos bien. Se hacían algunas actividades especiales para celebrar el día —recitales, cánticos, etc.—, pero yo solo recuerdo las grosellas, el poder librarme de las tareas escolares, y la oportunidad de corretear por el campo y por la orilla contra la que batían las olas.

A la edad de siete u ocho años vino el momento emocionante de dejar el viejo colegio de Davel Brae para ir a la escuela secundaria. Por supuesto, había muchas peleas por delante, ya que un alumno nuevo tenía que conocer a todos los de su edad que se atrevieran a desafiarle, y esta era la forma habitual de presentarse a una nueva escuela. El primer mes fue muy intenso; tenía que establecer mi lugar en la jerarquía de lucha, estudiar asignaturas nuevas, especialmente latín y francés, y familiarizarme con mis nuevos compañeros y con el maestro y sus reglas. En las primeras lecciones de latín y francés, el nuevo profesor, el señor

[3]Rey de Escocia entre 1306 y 1329. (N. del T.)

Lyon, se reía con nuestras graciosas meteduras de pata, pero pronto instauró un ambiente pedagógico de lo más severo, y por cada fallo, por cada cosa que no fuera perfecta, nos castigaba de inmediato con el cinturón. Teníamos cada día tres lecciones de latín, tres de francés, y otras tantas de inglés, además de ortografía, historia, aritmética y geografía. Las lecciones de ortografía, en particular, que se desarrollaban entre palizas dignas de una guerra, continuaron hasta que logré memorizar las gramáticas del francés, el latín y el inglés, y se nos hacía recitar partes de ellas, con las reglas una y otra vez, como si ese galimatías incomprensible de los verbos regulares e irregulares fuera poesía. Junto con todo esto, mi padre me hacía aprender cada día tantos versos de la Biblia que para cuando cumplí los once años me sabía de memoria tres cuartas partes del Viejo Testamento y el Nuevo al completo, a base de escoceduras en el trasero. Podía recitar el Nuevo Testamento desde el inicio del libro de Mateo hasta el final del Apocalipsis, sin detenerme ni una sola vez. En aquellos tiempos no se hablaba de los peligros de sobrecargar la cabeza o de hacer a los niños estudiar fuera de las horas de colegio en lugar de dejar descansar sus pequeños cerebros. Cada noche, llevábamos a casa nuestros libros de texto atados con una correa y memorizábamos las lecciones del día siguiente antes de irnos a la cama, y para hacer eso teníamos que prestar tanta atención a nuestras tareas como la que ponen los abogados frente a los casos millonarios. No se me ocurre nada que hoy pueda hacerme concentrarme de manera tan atenta como cuando era un simple crío, y todo ello a base de azotes y palizas en general. Los profesores escoceses de la vieja guardia no perdían tiempo buscando maneras más rápidas de aprender o probando alguno de los recién desarrollados métodos psicológicos tan en boga hoy en día. No se hablaba de hacer más cómodos los asientos o más fáciles las lecciones. Simplemente se nos lanzaba a bocajarro contra los libros, igual que a soldados contra el enemigo, y se nos ordenaba con severidad: «A por ellas. ¡Memorizad vuestras lecciones!» Si fallábamos

en alguna cosa, por pequeña que fuera, nos llevábamos unos azotes, en aplicación de ese gran descubrimiento escocés, simple y definitivo, según el cual la memoria y la piel están conectadas, y se puede estimular la memoria tanto como sea necesario, sin más que dejar la piel irritada.

Las peleas en la escuela superior se desarrollaban con más intensidad que en la escuela elemental. Cuando se desafiaba a alguien, o bien el desafío se permitía o bien se resolvía con una batalla en la orilla del mar, donde nos zurrábamos con entusiasmo y terquedad, como si el profesor no nos hubiera zurrado lo suficiente. Cuando teníamos la suerte de acabar una pelea sin llevarnos un ojo morado, nos librábamos de una paliza en casa y otra en la escuela a la mañana siguiente, ya que las otras marcas de la refriega podíamos eliminarlas fácilmente lavándolas en un pozo que había junto a la iglesia, o disimularlas, o hacer que parecieran el resultado de algún accidente en el patio. Pero lo único que podía justificar un ojo morado era una pelea. El castigo inevitable era una azotaina doble, que, sin embargo, servía de poco; las peleas no disminuían y seguían ocurriendo, como tormentas naturales, y ningún castigo menor que la muerte podía aplacar la belicosidad innata que ardía en nuestra sangre pagana. Tampoco podían convencernos de que era justo que tanto nuestro padre como nuestro profesor nos dieran esas palizas tan enérgicas por nuestro bien, al mismo tiempo que nos privaban del placer de atizarnos entre nosotros también por nuestro bien.

Todas estas palizas, no obstante, tuvieron una influencia admirable en desarrollar no solo nuestra memoria, sino también nuestra resistencia, ya que, si uno no aguantaba los castigos de la escuela y los dolores después de las peleas sin hacer muecas, el resto se reían de él, y la opinión pública en el patio de un colegio escocés es una forma poderosa de controlar el comportamiento. Así pues, conseguíamos mantener nuestras facciones en reposo mientras sufríamos unos castigos tan dolorosos que harían venirse abajo a cualquiera que no fuese un indio americano.

Lejos de pensar que sufríamos un dolor excesivo, una de nuestras diversiones durante el recreo era atizarnos con fustas de unos dos pies de largo hechas con los tallos duros y fuertes de una especie de *Polygonum*, atados en un manojo rígido y firme. Uno de nosotros le ofrecía un par de estos látigos a un compañero para que eligiera, y después ambos contendientes se ponían de pie cerca el uno del otro y se azotaban en las piernas hasta que uno se rendía al no poder soportar más el dolor, y perdía de este modo el juego. Casi todos nuestros juegos eran intensos —darse puntapiés en las espinillas, luchar, juegos de persecución, liebres y perros…—, y todos ellos reforzando intensamente el efecto de las otras lecciones con las que aumentábamos nuestra capacidad de resistencia. Más aún, entendíamos nuestros castigos y dolores de toda clase como un entrenamiento para la guerra, pues todos íbamos a ser soldados. Además de combates individuales, a veces nos juntábamos los sábados con los estudiantes de otro colegio, y no hacía falta mucho para que nuestras relaciones se tensaran y ello desembocará en una guerra. La causa podía ser algo tan sencillo como una mirada algo descarada. El alumno que se sentía observado podía responder de manera insolente algo como:

—¿Qué miras, Bob?

—Miro lo que me apetece, y si tienes lo que hay que tener, ven a impedírmelo —respondería Bob.

—Está bien, Bob —respondería con cólera el observado—, ahora vas a ver si tengo lo que hay que tener.

Después le soltaría un bofetón a Bob, con lo cual la batalla se daría por comenzada, y todos los alumnos de uno y otro colegio se unirían a ella. Cuando ambos bandos estuvieran ya cansados y doloridos, un guerrero con los pulmones fuertes alzaría la voz sobre el fragor de la batalla y gritaría:

—Escuchad, os voy a decir lo que haremos. ¡Si nos dejáis en paz, nosotros también os dejaremos en paz a vosotros!

Y en ese momento, la guerra entre colegios se acabaría de una manera similar a como acaban las guerras entre naciones, algunas de las cuales también comienzan del mismo modo que estas.

A pesar del gran numero de reglas y de la manera estricta en que se aplicaban, en la escuela no reinaba el orden. Había dos de ellas a poca distancia la una de la otra, una para matemáticas, navegación, etc., y la otra la escuela secundaria a la que yo iba. Los maestros vivían en una casa grande de piedra a ocho o diez yardas de las escuelas, de tal modo que podían salir a buscar algo o mandar a alguno de los alumnos. Cuando nuestro maestro desaparecía, quizás para ir a buscar un libro o una bebida, todos los alumnos abandonaban inmediatamente sus sitios y sus lecciones y se subían en los bancos y las mesas, o bien se metían debajo de ellas y se arrastraban, rodaban por el suelo o se peleaban, logrando en un solo minuto un nivel de desorden y ruido que resultaría difícil de creer, salvo tratándose de un alumno escoces. Incluso nos poníamos a pelear, una clase contra otra, en esos preciados minutos de salvajismo. Alguien se encargaba de vigilar y daba la alarma cuando el maestro abría la puerta de su casa para volver, y era un gran logro volver cada cual a su sitio antes que entrara por la puerta gritando «¡Silencio!» y golpeando ruidosamente con su bastón en un pupitre o en la espalda de algún alumno desafortunado.

Cuarenta y siete años después de abandonar esta escuela de lucha, regresé a Escocia de visita, y un primo en Dunbar me presentó a un ministro que conocía la historia del colegio y me consiguió una invitación para cenar con el nuevo maestro. Por supuesto, la acepté encantado, ya que quería ver el viejo lugar de diversiones y quebrantos, y el campo de batalla de las arenas. Descubrí que el señor Lyon, que impartía de forma eficaz tanto lecciones como zurras, había seguido siendo el maestro de la escuela durante veinte o treinta años más después de que yo terminase, y que había fallecido en Londres recientemente, después de haber preparado a muchos hombrecitos para las universidades inglesas.

A la mesa, mientras yo rememoraba los entretenimientos y las peleas de mis viejos días de colegio, el ministro le preguntó al nuevo maestro:

—Ahora dígame, ¿no le gustaría haber sido profesor en esos días y haber tenido el honor de azotar a John Muir?

Este placer, sugerido de manera tan alegre, indicaba que el ministro también había sido amante de las peleas en su juventud. El edificio de piedra de la vieja escuela estaba en perfecto estado, pero los pupitres, llenos de surcos y manchas de tinta, estaban prácticamente destrozados.

Desde la parte más alta del patio trasero de la escuela se veía el mar, y nos encanta mirar los barcos pasar y, según fueran sus aparejos, tratar de adivinar de qué puerto venían, a cuál iban, qué carga transportaban, su tonelaje, etc. Cuando el tiempo era tormentoso, venían cubiertos de nubes y espuma, y las olas lanzaban sus fumarolas saladas por encima de la pared del patio. Muchos barcos se fueron a pique durante aquellas tremendas tormentas, o volcaron y acabaron estrellados contra las rocas de la orilla. Cuando había algún naufragio, si corríamos rápido conseguíamos llegar a él a tiempo para recoger algunos restos. Recuerdo en particular haber ido a visitar los fragmentos destrozados de un bergantín o una goleta poco afortunada que llevaba un cargamento de manzanas, y haberme divertido, como si se tratase de un deporte cruel, corriendo hacia las olas para recolectar de la espuma furiosa las frutas encarnadas.

Todos nuestros libros de texto estaban ilustrados de manera extravagante con dibujos de toda clase de navíos, y todos los chicos tenían alguna clase de barquito tallado a mano a partir de un bloque de madera, con cuidado y sufrimiento infinitos: balandras, goletas, bergantines, fragatas, con velas y maromas ajustadas correctamente, de las que algún viejo marino nos había contado su nombre. Aprendimos a navegar estos preciosos juguetes con quilla de plomo en un estanque cerca del pueblo. Con las velas ajustadas en el ángulo correcto frente al viento, viajaban rectos y veloces a través del estanque hasta llegar a los chicos

que esperaban en la otra orilla, que reajustaban las velas y los mandaban de vuelta. A menudo, echábamos a navegar flotas de media docena o más de ellas juntas, para competir en regatas emocionantes.

Nuestra diversión más emocionante, no obstante, era jugar con pólvora. Hacíamos pistolas con tuberías de gas montadas sobre palos de toda clase de formas, juntábamos nuestros peniques para comprar la pólvora, y recolectábamos trozos de plomo aquí y allá, que después cortábamos para hacer balines. Luego, mientras uno apuntaba al objetivo, el otro metía una cerilla encendida por el cañón. Con estas pistolas infames, caminábamos por la playa y le disparábamos a las gaviotas y a los alcatraces que pasaban junto a nosotros. Por suerte, que sepamos, nunca le hicimos daño a ninguno de ellos. También excavábamos agujeros en el suelo y poníamos dentro unos puñados de pólvora bien compactada, con una pajita de trigo a modo de mecha, y acercándonos con precaución prendíamos la pajita con una cerilla. A esto lo llamábamos «hacer terremotos». Muchas veces volvíamos a casa con las puntas del pelo quemadas o la cara salpicada de granos de pólvora que no se quitaban al lavarnos. Por supuesto, después de esto venían los castigos de mi padre y del maestro, de una severidad acorde con la travesura.

Otra diversión que nos gustaba mucho era subir a los árboles y trepar las vallas de los jardines. Los chicos de ocho o diez años podían saltar por encima de cualquier muro subiéndose unos a los hombros de otros, como escaleras vivientes. Para que las vallas protegieran contra los merodeadores, muchas tenían botellas rotas en su parte superior, sujetas con cal y con las partes cortantes sobresaliendo hacia arriba. Pero con manojos de hierba y otros hierbajos podíamos sentarnos o ponernos de pie cómodamente incluso sobre las más puntiagudas. Igual que las ardillas que empiezan a comer las nueces antes de que estén maduras, nosotros empezábamos a comer manzanas tan pronto como terminaban de formarse, lo cual nos causaba, por supuesto, unas molestias gástricas terribles, que había que curar después con aceite de castor.

Trepando y pasando a través de los arbustos, corríamos grandes riesgos, y por supuesto no éramos bienvenidos entre las gentes del campo. Los granjeros que pasaban a nuestro lado a menudo nos saludaban con gritos como «¡Eh, vosotros, vagabundos! Volved al pueblo. Marchaos de vuelta a casa. Habéis venido a hacer cosas malas, lo veo. El guarda os cogerá y un día acabaréis todos colgados del cuello».

El desayuno en aquellos días de antaño eran unas simples gachas de avena, normalmente con un poco de leche o melaza, servidas en platos de madera llamados *luggies*, que estaban hechos con duelas sujetas con unos aros, como un barril en miniatura. Una de las duelas, llamada «oreja», algunas pulgadas más larga que el resto, servía como asa, y el número de ellas que había alineadas en el armario indicaba el número de miembros de la familia. Nunca soñamos con que hubiera algo más después de las gachas, o con pedir más. Tardábamos un par de minutos en consumir nuestras raciones, y luego nos íbamos al colegio. Por la tarde veníamos corriendo a casa con un hambre voraz. La comida del mediodía, que llamábamos cena, solía ser un caldo de verduras, un trozo pequeño de cordero hervido y un panecillo de cebada. A ninguno de nosotros nos gustaba el pan de cebada, y por ello nos daban todo el que queríamos, que comíamos por desesperación, ya que estábamos siempre hambrientos, con el mismo hambre tanto antes como después de las comidas. La comida de la tarde la llamábamos el «té», y nos la servían al volver del colegio. Consistía, al menos para los niños, en media rebanada de pan sin mantequilla, un panecillo de cebada, y agua templada mezclada con un poco de leche y azúcar, una bebida que se conocía como «contento», que calentaba pero ni daba ánimos ni embriagaba. Inmediatamente después del té, corríamos con nuestros libros al otro lado de la calle a ver al abuelo Gilrye, a quien le agradaba vernos y oírnos recitar las lecciones del día siguiente. Luego volvíamos a casa a cenar, normalmente una patata asada y un panecillo de cebada. Después rezábamos en familia y nos íbamos a la cama.

Los sábados por la tarde y durante las vacaciones, nuestros entretenimientos dependían sobre todo de poder alejarnos de casa e ir al campo, en especial en primavera, cuando los pájaros cantaban con más fuerza. Nuestro padre nos tenía estrictamente prohibido a David y a mí hacer novillos en el campo con otros ladronzuelos errabundos como nosotros, por miedo a que la cosa fuera de mal en peor y nos hiciéramos daño al saltar una valla, nos capturara el guardabosques o nos cayéramos al mar desde un acantilado.

—Jugad todo lo que queráis en el patio y el jardín —dijo—, y no olvidéis lo que os espera si no me hacéis caso y me desobedecéis.

Nos advertía con un semblante rígido, con aspecto de ser alguien frío, pero en el fondo era un hombre cariñoso y de corazón tierno, aunque creía con devoción en el castigo eterno para los chicos malos, tanto aquí como en el más allá. De cualquier forma, como mártires devotos de la naturaleza salvaje, nos escapábamos a la orilla del mar o a los campos verdes y soleados, con una regularidad casi religiosa, aprovechando los momentos en que nuestro padre estaba muy ocupado, y nos uníamos a nuestros compañeros, por lo general para ir a escuchar a los pájaros cantar y buscar sus nidos, vanagloriándonos del numero de estos que habíamos descubierto y que por ello considerábamos como nuestros. Nuestras conversaciones sobre nidos eran algo así:

—Conozco diecisiete nidos, y tú, Johnie, solo conoces quince —exclamaría Willie Chisholm orgulloso.

—Pero no te cambiaría mis quince por tus diecisiete, porque cinco de los míos son de alondras y zorzales. Tú conoces solo tres que sean de los mejores cantores.

—Sí, Johnie, pero yo conozco seis de jilgueros y tú solo uno. La mayoría de los tuyos son de gorriones y pardillos y petirrojos.

En ese momento, tal vez Bob Richardson proclamara en voz alta:

—Yo conozco más nidos que nadie, veintitrés, con unos cincuenta huevos y más de cincuenta polluelos, quizás cien. Algunos son aún

diminutos, pero muchos son ya tan grandes como sus madres y están listos para volar. Y me sé unos cincuenta nidos de cuervos y tres madrigueras de zorro.

—Sí, Bob, pero eso no es justo. Nadie cuenta los nidos de cuervo ni los agujeros de los zorros, y tú vives en el campo en Belle-haven, y allí tienes más oportunidades.

—Sí, pero conozco muchos nidos de abejorros, de los de patas rojas y de los de patas amarillas.

—Bah, ¿a quién le importan los nidos de abejorro?

—Ya, pero a mí mi padre me lleva a cazar zorros, y es genial ver los perros y los caballos saltar con sus largas patas por encima de los muros, de los ríos y de los setos.

Me temo que los nidos, con sus hermosos huevos y sus polluelos, se consideraban un premio tan valioso como los cantos de sus padres, pero no he conocido a ningún niño escocés que no se haya entusiasmado al escuchar el canto de las alondras. A menudo nos quedábamos horas en una pradera amplia cerca de Dunbar, disfrutando sus cantos maravillosos y sus vuelos. Los machos salían de pronto de la hierba, donde estaba escondido el nido, rectos como un disparo, hasta una altura de quizás treinta o cuarenta pies y, mientras se mantenían en vuelo con un batir rápido de alas, derramaban su deliciosa melodía, dulce y limpia y poderosa, que desbordaba todas las fronteras. De repente, se elevaban más alto y volvían luego a hacerlo una y otra vez, subiendo cada vez a más altura, volando y cantando hasta que se perdían de vista incluso en los días más claros, y a menudo en los días nublados, perdiéndose «allá en la plumosa nube», como cantaba el poeta[4].

Para poner a prueba nuestra vista, a menudo observábamos una alondra hasta que se convertía en una mota difusa y se perdía más allá del alcance de aquel de nosotros que tenía la vista más aguzada.

[4]Del poema *The Lark* (La alondra), de James Hogg (1770–1835), poeta y novelista escoces. (N. del T.)

—¡Todavía la veo! —gritábamos mientras ascendía—, ¡Todavía la veo! ¡Todavía la veo! ¡Todavía la veo!

Al final, tan solo quedaba uno de nosotros que decía que aún la seguía viendo, y por fin también él tenía que admitir que el pajarillo cantor había volado fuera de su alcance, mientras la música seguía llegando hasta nosotros, vertiéndose en una profusión gloriosa desde una altura muy lejos de lo que alcanzábamos a ver. Para ello hacía falta una maravillosa potencia de alas y voz, ya que incluso cuando hacía tiempo que el pájaro se había perdido de vista, se podía escuchar aún claramente su música rica, deliciosa y suave. Y entonces, de repente, el glorioso cantor aparecía, cayendo como un rayo sobre su nido, donde su pareja estaba empollando los huevos.

Una práctica muy común entre nosotros era coger una joven alondra justo antes de que pudiera volar, meterla en una jaula, y alimentarla con entusiasmo y paciencia. A veces conseguíamos mantener una viva durante uno o dos años, y cuando el tiempo veraniego la despertaba, daba pena ver a este conquistador de los cielos, tembloroso y cautivo, batiendo sus alas rápidamente y cantando como si estuviera surcando los cielos igual que hacían sus padres. Nos enseñaron que, para mantenerla en buena salud, debíamos proporcionarle una praderita de hierba del tamaño del fondo de la jaula, para que el pobre pájaro se sintiera como si estuviese en su prado de origen —un prado de quizás uno o como mucho dos pies cuadrados—. Una y otra vez trataba de planear sobre esa pradera en miniatura desde el cielo en miniatura que era la bóveda de la jaula. Al final, con cargo de conciencia, llevábamos a nuestro amado prisionero al prado al oeste de Dunbar donde había nacido, y, bendiciendo su dulce corazón, lo dejábamos en libertad y obteníamos como recompensa más que suficiente el poder verlo volar y cantar en el cielo.

Durante el invierno, cuando había poco que hacer en el campo, organizábamos carreras. Una docena de nosotros tomábamos parte en

carreras que eran meras pruebas de resistencia, en las que corríamos por una carretera como perros, subiendo y bajando por las colinas donde soplaba la brisa, y sin pararnos o cansarnos. El único problema serio que sentíamos en estas largas carreras eran algunas agujetas de vez en cuando. Alguno de los chicos empezó a decir que las agujetas se curaban bebiendo huevos crudos. Teníamos gallinas en nuestro patio, y al siguiente sábado nos tragamos un par de huevos cada uno, una tarea desagradable, pero habríamos hecho cualquier cosas para mejorar nuestra velocidad, y en cuando pudimos salir después de haber tomado este remedio, nos echamos a correr durante diez o veinte millas para demostrar que valía la pena. No pensábamos en hacer diez o doce millas y luego dar media vuelta, ya que no sabíamos nada sobre cómo calcular la hora mirando al sol, y en aquel tiempo ninguno de nosotros tenía un reloj. De hecho, no nos preocupábamos de la hora hasta que empezaba a hacerse de noche, y entonces pensábamos en volver a casa y en la azotaina que nos esperaba. Ya fuera pronto o tarde, los azotes estaban asegurados, salvo si nuestro padre no estaba en casa. Si se esperaba que fuera a volver pronto, nuestra madre se apresuraba a meternos en la cama antes de que llegara. A la mañana siguiente nos librábamos de los golpes, porque nuestro padre nunca le parecía oportuno azotarnos a sangre fría en la tranquilidad del *sabbat* sagrado. En cualquier caso, no había castigo, por muy seguro y severo que fuera, que sirviera de algo contra la atracción del campo y los bosques. Servía para otras cosas, como por ejemplo para desarrollar la memoria, pero era inservible a la hora de mantenernos en casa. La llamada de lo salvaje resonaba en nuestros oídos, y la Naturaleza procuraba que, además de las lecciones del colegio y la iglesia, aprendiéramos también algunas de las suyas propias, tal vez en previsión de un tiempo futuro en que seríamos llamados a deambular por sus espacios salvajes para nuestro deleite. ¡Ah, el encanto divino de esas escapadas de sábado en el mejor momento de la primavera! Cómo gozaban nuestros ojos, jóvenes y curiosos, en

la gloria llena de sol y brisa de las colinas y el cielo, con cada partícula de nosotros vibrando junto a las abejas y los pájaros y los ríos alegres. Quizás los reyes tengan fortuna, pero nosotros estábamos exultantes[5], eramos libres. Las tareas del colegio, las reprimendas, los azotes en el cuerpo y en el alma, todo eso lo olvidábamos en la plenitud salvaje de la Naturaleza. Estas fueron mis primeras excursiones: los comienzos de unos deambulares que habrían de durar toda una vida.

[5] «Quizás los reyes tengan fortuna, pero Tam estaba exultante». Del poema Tam O'Shanter de Robert Burns (N. del T.)

Un mundo nuevo

Nuestro libro de lectura en la escuela secundaria se llamaba, creo, *Curso de lectura Maccoulough*, e incluía algunos apuntes de historia natural que me causaron gran emoción y dejaron en mí una profunda impresión, en especial las descripciones detalladas del águila pescadora y el águila calva hechas por el ornitólogo escoces Wilson, que había tenido la suerte de viajar durante años por los bosques de Norteamérica, cuando aún al país era en su mayoría un territorio salvaje. Leí su descripción una y otra vez, hasta que memorice la imagen tan vívida que el trazaba: el águila pescadora con sus largas alas sobrevuela en círculos las olas, el águila calva observa cualquier movimiento encaramada sobre una roca o un árbol seco; el águila pescadora se cierne un instante para fijar su objetivo en un pez y se zambulle después en el agua, el águila calva, ojo avizor, va desplegando sus alas para echar a volar de inmediato si el ataque culmina con éxito; el águila pescadora emerge con un pez entre sus garras, el águila calva se lanza a la persecución; el maravilloso desempeño aéreo en cielo, con el águila pescadora que, pese a llevar el lastre del pez, asciende en círculos más y más alto mientras trata con todas sus fuerzas de mantenerse por encima de la ladrona águila calva; el águila calva al fin sobrevolando al águila pescadora, obligándola con un grito desesperado a soltar la presa cobrada con tanto esfuerzo; después

el águila calva se detiene un momento y luego desciende veloz como un rayo, y atrapa el pez antes de que caiga al mar.

No era menos memorable ni menos emocionante que esta la historia maravillosa que Audubon escribía sobre la paloma migratoria, un hermoso pájaro que volaba en enormes bandadas que ensombrecían el cielo como si fueran nubes, y que se reunían por millones para descansar, dormir o criar a sus polluelos en determinados bosques de varias millas de extensión, con cincuenta o cien nidos en cada árbol. Las ramas, sobrecargadas, se doblaban y a veces llegaban a romperse; y los granjeros, llegados de todas partes y armados con largos palos, hacían caer a golpes a miles y miles de ejemplares jóvenes y adultos, y por la mañana llevaban a sus piaras de cerdos, algunas traídas desde granjas a cientos de millas de distancia, a cebarse en los pájaros muertos o heridos que cubrían el suelo.

En otra de nuestras lecciones de lectura se hacía una descripción de los bosques norteamericanos. Para nosotros los chicos, el árbol más interesante era el arce, del que se saca el sirope, y después de haber aprendido su dulce historia, pronto oímos a todo el mundo hablar del descubrimiento del oro en aquel país lleno de maravillas.

Una noche, mientras David y yo estábamos con el abuelo junto al fuego y aprendíamos con solemnidad nuestras lecciones como de costumbre, mi padre nos trajo las mejores y más maravillosas noticias que un muchacho salvaje haya recibido nunca:

—Chicos —dijo—, tendréis que aprenderos vuestras lecciones esta misma noche, porque mañana por la mañana nos vamos a América.

No más gramática, sino bosques infinitos repletos de cosas buenas y misteriosas: árboles llenos de azúcar que crecen sobre una tierra llena de oro; halcones, águilas y palomas que cubren el cielo; millones de nidos, y sin guardabosques que vengan a detenernos en toda esa tierra feliz y salvaje.

Estábamos exultantes, ciegos de emoción. Cuando nuestro padre salió de la habitación, el abuelo nos dio a David y a mí una moneda de oro a cada uno. Tenía un aspecto muy serio, porque estaba a punto de quedarse solo, abandonado en su vejez solitaria. Y cuando nosotros, en la plenitud de nuestra dicha infantil, le hablábamos de lo que íbamos a hacer, de los maravillosos pájaros que íbamos a encontrar y de sus nidos, del oro y del azúcar, y le prometíamos que le enviaríamos una caja grande envuelta en oro y llena de ese azúcar que salía de un árbol, desde ese magnífico paraíso al otro lado del océano, el pobre abuelo, de quien íbamos pronto a renegar, miraba al suelo cabizbajo y, con una voz grave y temblorosa, decía:

—Ah, pobres muchachos, lo que vais a encontrar al otro lado del mar no es oro y azúcar, ni nidos de pájaros, ni libraros de la escuela y de las lecciones. Lo que vais a encontrar será trabajo, mucho trabajo duro.

Y así fue. Pero no había nada que pudiera decirnos que ensombreciera nuestra dicha o apagara el fuego de la aventura juvenil, llena de esperanzas y sin miedo alguno. Ni tampoco nosotros, en mitad de aquella emoción inconmensurable, eramos capaces de ver las sombras y pesares de su vejez ya entrada en el ocaso.

A mis compañeros de clase, al encontrármelos esa noche en la calle, les grité:

—¡Mañana por la mañana me voy a América!

Ninguno me creyó.

—Está bien, ya veréis mañana si estoy en la escuela o no.

A la mañana siguiente fuimos en tren hasta Glasgow, y desde allí partimos con entusiasmo, dejando atrás nuestra amada Escocia, volando de camino a nuestra fortuna sobre las alas del viento, volando sin preocupaciones como las semillas de una cardencha. Entonces no podíamos saber lo que dejábamos atrás ni lo que encontraríamos en el Nuevo Mundo, ni tampoco cuáles serían nuestras ganancias. Éramos demasiado jóvenes y estábamos demasiado llenos de esperanza como

para albergar miedos o arrepentimiento, pero no demasiado jóvenes para mirar hacia adelante con entusiasmo, hacia la naturaleza salvaje de América, donde no había ni lecciones ni libros. Incluso el dolor sentimental de dejar al abuelo y la abuela Gilrye, quienes tanto nos querían, y a nuestra madre y nuestras hermanas y hermano, se disipaba pronto entre la dicha juvenil. Mi padre se llevo con él solamente a mi hermana Sarah (de trece años), a mí (once) y a mi hermano David (nueve), dejando a mi hermana mayor, Margaret, y a los tres más pequeños de la familia, Daniel, Mary y Anna, con mi madre, que se unirían una vez que hubiéramos encontrado una granja en el campo y una casa confortable en la que poder recibirles.

En aquellos días anteriores a los barcos de vapor, o incluso a los clíperes americanos, atravesar el Atlántico en viejos barcos de vela llevaba mucho tiempo. Nuestro viaje duró seis semanas y tres días. Pero como no teníamos ninguna lección que recibir, para nosotros los chicos no hubo ni un momento aburrido. Mi padre y mi hermana Sarah, junto con la mayoría de la gente mayor, se quedaban en la parte de abajo cuando el tiempo era malo, quejándose de los mareos y el sufrimiento que les causaban, y muchos de ellos deseando no haberse subido a bordo de ese «viejo canasto renqueante» —como llamaban a nuestro barco de proa redondeada, golpeado por las olas—, y, cuando el tiempo estaba moderadamente en calma, cantaban canciones por las tardes —*Frank, el joven marinero valiente* o *Por qué deje mi hogar, por qué cruce las profundidades*—. Nosotros, sin embargo, estábamos siempre en cubierta sin importar cuánto se agitara el viejo bote o golpeara las olas, sin marearnos en absoluto. Allí mirábamos a los marineros mientras trepaban y arrastraban los cabos, nos uníamos a sus canciones, aprendíamos los nombres de las velas y los cabos, y les ayudábamos en todo lo que nos permitían; y cuando la cubierta estaba seca y el tiempo en calma, jugábamos con otros chicos, mientras que cuando había tormenta gozábamos con las olas grandes y sus crestas retorcidas.

De vez en cuando, el capitán nos llamaba a David y a mí para que fuéramos a su camarote, y nos preguntaba por nuestra escuela, nos daba libros para leer, y se sorprendía al ver que los chicos escoceses sabían leer y pronunciar el inglés con un acento perfecto, y que sabían tanto de latín y de francés. En las escuelas escocesas no se enseñaba más que inglés puro, a pesar de que fuera de ellas no se hablara ni una sola palabra en inglés. Durante toda su vida, sin importar su educación, los escoceses hablaban en escoces con su propia gente, salvo en ocasiones, cuando se emocionaban más de la cuenta con los dos únicos temas que hacen que un escocés se emocione de esa manera: la religión y la política. Mientras que la discusión se desarrollara con moderación, solo se empleaba el escocés, pero si uno se enfadaba, lo cual era probable que ocurriera, entonces empezaba de inmediato a hablar en un inglés correctísimo, y su interlocutor, retirándose de la conversación, le decía:

—Está bien, no tiene sentido seguir hablando del tema, porque ya veo que has empezado a hablar en inglés.

A medida que nos aproximábamos a la costa de esta tierra nueva y grandiosa, ¡con qué entusiasmo y asombro mirábamos las ballenas, los delfines, las marsopas y las aves marinas, y les hacíamos a los simpáticos marineros enseñarnos sus nombres y contarnos historias acerca de todos ellos!

A bordo viajaban un gran número de inmigrantes, muchos de ellos parejas recién casadas, y hablaban a menudo sobre las ventajas que encontrarían en las distintas partes del Nuevo Mundo en las que esperaban instalarse. Mi padre zarpó con la intención de ir a los bosques del norte de Canadá. Sin embargo, antes de terminar el viaje, le convencieron de que los Estados Unidos eran una opción más ventajosa, especialmente Wisconsin y Michigan, donde la tierra era, según decían, igual de buena que en Canadá, y más fácil de cultivar, ya que en Canadá el bosque era tan denso que uno podía pasarse la vida entera solo para

limpiar de árboles y tocones unos pocos acres. Así que cambió de idea y decidió que iríamos a uno de los estados del oeste.

En nuestro camino hacia el oeste, un comerciante de cereales de Buffalo le dijo a mi padre que la mayor parte del trigo que manejaba venía de Wisconsin, y esta información tan decisiva terminó de convencerle. En Milwaukee, un granjero que venía de cerca de Fort Winnebago con un cargamento de trigo aceptó llevarnos a nosotros y a nuestra enorme colección de bártulos hasta un pequeño pueblo llamado Kingston a cambio de treinta dólares. A lo largo de ese trayecto de cien millas, justo después del deshielo primaveral, las carreteras eran un continuo lodazal y nos ocasionaban un sinfín de penurias, y a menudo nos quedábamos bloqueados en el barro. El pobre granjero proclamaba con desesperación que nunca jamás volvería a intentar llevar una carga tan cruel, capaz de romper un carro y matar a sus caballos, ni siquiera por cien dólares. Al abandonar Escocia, nuestro padre, como muchos otros que iban buscando un nuevo hogar, se había llevado consigo un equipaje excesivo, como si toda América fuera todavía un territorio salvaje en el que se podía comprar poco o nada. Una de sus grandes cajas con reborde metálico debía pesar unas cuatrocientas libras, ya que contenía una balanza de estilo clásico con su juego completo de pesas, dos de ellas de cincuenta y seis libras cada una, una de veintiocho, y así sucesivamente hasta la de una sola libra. También llevaba un juego de cuñas metálicas, herramientas de carpintería y otras cosas, y en Buffalo, como si estuviéramos en el mismísimo borde de la nada salvaje, añadió con gusto a su carga un fogón hecho de forja con sus ollas y sartenes, suficientes provisiones como para resistir un asedio prolongado, y una guadaña con rastrillo para cosechar el trigo, pertenencias todas ellas que consiguió llevar consigo hasta los bosques primigenios de Wisconsin.

En Kingston, un agente le dio a mi padre una nota para que se la entregara a un granjero llamado Alexander Gray, que vivía en el límite de la parte colonizada del estado, conocía las concesiones, y muy

probablemente le ayudaría a encontrar un lugar donde establecer su granja. Así que nuestro padre se fue a inspeccionar el terreno, y mientras tanto nos dejó a nosotros los niños en una habitación alquilada. No nos hizo falta ni una hora para conocer a algunos de los chicos del pueblo; les retamos a luchar, a correr y a trepar a los árboles, y en unos pocos días ya nos sentíamos como en casa, despreocupados y felices, sin importarnos que nuestra familia estuviera tan dividida y alejados los unos de los otros. Cuando nuestro padre regresó, nos dijo que había encontrado un buen terreno para una granja en un bosque abierto y soleado junto a un lago, y que un carro tirado por tres pares de bueyes venía de camino para llevarnos a la casa del señor Gray.

Disfrutamos mucho de este extraño viaje de diez millas a través de los bosques. Nos preguntábamos cómo los grandes bueyes podían ser tan fuertes e inteligentes, y estar tan bien domados, como para tirar de una carga tan pesada sin más arnés que una cadena y un madero retorcido sobre sus cuellos, y cómo podían ir de izquierda a derecha tan obedientemente, esquivando los árboles y los tocones cuando el conductor decía *uuuhh* o *yiii*. En la casa del señor Gray, nuestro padre nos dejó de nuevo unos cuantos días para ir a construir una choza en el cuarto de sección[1] que había elegido, cuatro o cinco millas hacia el oeste.

Un grupo de bueyes nos llevó hasta esta acogedora cabaña —situada en mitad del bosque soleado y con vistas a una pradera glaciar llena de flores y un lago bordeado de lirios de agua blancos—, a través de pantanos de carrizo en los que no había camino alguno y un ondular de colinas salpicadas de robles con copas globulosas. En cuanto llegamos a la choza, antes de que nos diera tiempo a mirarla o a mirar el entorno, David y yo saltamos apresurados desde la colección de enseres domésticos; habíamos descubierto un nido de arrendajo azul, y en un minuto

[1]Un cuarto de sección corresponde a la cuarta parte de una milla cuadrada, aproximadamente 0,65 kilómetros cuadrados. (N. del T.)

estábamos ya en lo alto del árbol contiguo, deleitándonos la vista con sus hermosos huevos verdes y sus preciosos pajarillos. Fue nuestro primer descubrimiento digno de mención. Los pájaros no habían visto antes a ningún chico escocés y se pusieron a gritar desesperadamente como si fuéramos ladrones al igual que ellos, a pesar de que ni siquiera tocamos los huevos, porque sentíamos que ya habíamos empezado a hacernos ricos y nos preguntábamos cuántos nidos más encontraríamos en aquellos bosques grandiosos y soleados. Después echamos a correr por lo alto de la colina en la que estaba la choza, bajamos hasta la pradera, y nos pusimos a buscar en los árboles, las matas de hierba y los arbustos. Pronto descubrimos un nido de azulejo y otro de pájaro carpintero, y empezamos a familiarizarnos con las ranas, las serpientes y las tortugas en los arroyos y las fuentes.

¡Qué enorme felicidad la que nos dio esta zambullida repentina en lo salvaje, este nuestro bautismo en el cálido corazón de la Naturaleza! La Naturaleza fluía hacia nuestro interior y nos enseñaba sus lecciones luminosas, tan distintas de la gramática cenicienta que durante tanto tiempo trataron de inculcarnos a fuerza de golpes. Aquí sin darnos cuenta estábamos aún en la escuela; cada lección salvaje era una lección de amor que aprendíamos a base de encanto y no de azotes. ¡Ah, la gloriosa tierra salvaje de Wisconsin! En el inicio de la primavera todo era nuevo y puro, y la Naturaleza latía con más fuerza y se acompasaba con nosotros mismos. Corazones jóvenes, hojas jóvenes, flores, animales, los vientos y los ríos y el lago centelleante, ¡todos gozando juntos de manera dulce y salvaje!

A la mañana siguiente, cuando trepamos al preciado nido del arrendajo para admirar de nuevo sus huevos, lo encontramos vacío. No quedaba ni un pedazo de cáscara, y nos preguntábamos cómo habrían podido los pájaros llevarse los huevos, de cáscara tan fina, en las patas o en el pico sin romperlos, y cómo harían para mantenerlos calientes mientras se construía un nuevo nido. Todavía no he encontrado res-

puesta a estas preguntas. Cuando participé en la expedición Harriman, le pregunté a Robert Ridgwat, el eminente ornitólogo, cómo se llevaban a cabo estas mudanzas repentinas, y me confesó que, sinceramente, no lo sabía, aunque suponía que los arrendajos, así como otros muchos pájaros, transportaban sus huevos con el pico. Cuando le dije que la boca del arrendajo parecía demasiado pequeña para que cupieran los huevos, me contestó que las bocas eran más grandes que lo que se podía deducir por la estrechez de sus picos. Le pregunté entonces qué era lo que el pensaba que habrían hecho con los huevos mientras preparaban el nuevo nido. No lo sabía, y a día de hoy yo tampoco lo sé. Otro ejemplo más de los muchos problemas desconcertantes que se le presentan a un naturalista.

Pronto descubrimos muchos más nidos, que pertenecían a especies que no eran ni la mitad de recelosas. El hermoso y vistoso arrendajo roba en los nidos de otros pájaros, y por tanto era lógico que no confiara en nosotros. Casi todos los demás —mirlos, azulejos, gorriones, tiranos, ratoneros de cola roja, chotacabras, pájaros carpinteros— simplemente evitaban ser vistos, o bien trataban desviar nuestra atracción hacía otro lugar lejos de allí o nos ignoraban.

Nos fascinaba cómo los pájaros carpinteros hacían sus agujeros, tan perfectamente redondos, con formas circulares perfectamente matemáticas. Nosotros no podríamos hacerlos así ni siquiera con un escoplo y unas gubias. Nos encantaba verles alimentar a sus crías, y nos preguntábamos cómo eran capaces de recolectar comida para tantos polluelos ruidosos, hambrientos e insaciables, y cómo se las apañaban para dar a cada cual su ración. Porque, cuando los pequeños crecían, uno de ellos sacaba la cabeza por el agujero de entrada y se hacía fuerte allí, con objeto de llevarse toda la comida de sus padres. Cuánto trabajaban para sacar adelante sus familias, especialmente los carpinteros cabecirrojo, moteado y escapulario; desde el alba hasta el anochecer excavando y

martilleando sobre cortezas escamosas, ramas y troncos secos, yendo y viniendo cada pocos minutos durante todo el día.

Descubrimos un nido de ratonero de cola roja en lo alto de un gran roble a treinta o cuarenta varas de la choza, y nos acercamos a él con cuidado. Uno de los miembros de la pareja nos miraba constantemente, describiendo grandes círculos por encima del árbol, y cuando intentábamos escalarlo, el pájaro, grande y de aspecto peligroso, se abalanzaba sobre nosotros para hacer que nos marchásemos.

Admirábamos profundamente la valentía del tirano. En Escocia, nuestra mayor ambición era ser buenos luchadores, y admirábamos esa cualidad en este pequeño y hermoso papamoscas dicharachero que era capaz de darle una lección a todos los demás pájaros. Se enfadaba especialmente cuando los arrendajos y halcones se acercaban a su hogar con intención de robar algo, y no escatimaba esfuerzos para sacarlos a golpes de allí, no solo lejos del árbol donde tenía su nido, sino lejos del vecindario. El nido lo construía habitualmente sobre un roble bur cerca de una pradera en la que hubiera insectos en abundancia, y donde ningún visitante indeseado pudiera aproximarse sin ser descubierto. Cuando un ratonero se dejaba ver planeando por los alrededores, el macho se lanzaba de inmediato a perseguirle, y resultaba de lo más gracioso ver a un ave tan grande salir huyendo apresuradamente, tan rápido como le permitían sus torpes alas, en cuando veía venir al pequeño tirano. El tirano, no obstante, le daba alcance fácilmente, volaba apenas unos pocos pies por encima de él, y mientras piaba su reprimenda incesante, se dejaba caer una y otra vez para picarle en la nuca hasta agotarse. Entonces, se posaba sobre los amplios hombros del ratonero para descansar, sin parar de recriminarle y piar mientras volaba a lomos de él, como un niño furioso descargando su cólera, y volvía a ponerse en vuelo y atacarle una vez más con su pico afilado. Una vez que lograba alejar de esta manera a su enemigo hasta más o menos una milla

del nido, volvía a casa con su pareja, y se reía y fanfarroneaba como si quisiera mostrarle a ella lo buen tipo que era.

Esta primera primavera, mientras los pájaros todavía construían sus nidos y aún había pocos polluelos que intentasen volar, nuestro padre contrató a un yanqui[2] para ayudarnos a limpiar ocho o diez acres de la mejor tierra, con el fin de sembrarlos. Cada día descubríamos nuevas maravillas, y a menudo pedíamos ayuda a este yanqui para que nos resolviera preguntas intrigantes. Un día le preguntamos si había algún ave en América a la que el tirano no pudiera darle una paliza. ¿Quizás la grulla canadiense? ¿Acaso esta, con sus grandes patas y su enorme pico, lograría vencerlo?

—La grulla nunca se acerca a los nidos de los tiranos —dijo—, así que no podría haber ninguna lucha entre ellos.

Y así, concluimos rápidamente que nuestro héroe podía darle una paliza a cualquier otro pájaro del país, salvo tal vez a la grulla canadiense.

Nunca nos cansábamos de escuchar al maravilloso chotacabras cuerporruín. Había uno que venía cada noche y se posaba en un tronco a veinte o treinta pies de la puerta de nuestra cabaña, y empezaba a gritar con de manera categórica:

–¡Whip poor Will! ¡Whip poor Will![3]

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —gritábamos cuando este visitante venía y se anunciaba—. ¿Cómo se llama?

—Pero si ya te está él diciendo su nombre —respondía el yanqui—. ¿No oyes cómo te lo dice, y cómo te dice también lo que quiere que hagas? Se llama *Poor Will* y quiere que le azotes, y podrás hacerlo si logras atraparle.

---

[2] De Nueva Inglaterra, (N. del T.)

[3] «Azota al pobre Will». Esta frase es el origen del nombre vulgar en inglés de la especie, *whip-poor-will*, por la semejanza fonética con lo que parece pronunciar al cantar. El nombre en castellano, *cuerporruín*, así como el francés, *bois-pourri* también tienen un origen similar. (N. del T.)

El Pobre Will nos parecía la más maravillosa de todas las extrañas criaturas que habíamos visto. ¡Qué voz tan fuerte, salvaje y valiente que tenía, distinta a todo lo que habíamos escuchado hasta entonces, tanto en tierra como en el mar!

Un pariente cercano, el atajacaminos común o añapero yanqui, nos parecía igual de maravilloso. Antes del atardecer, las bandadas dispersas le daban brío al cielo mientras volaban en círculos con sus grandes alas a cien pies o más de altura y atrapaban pollillas y escarabajos. Sus aleteos, lentos pero fuertes y regulares, se interrumpían durante un breve instante con golpes rápidos y vibrantes, y en ese momento gritaban algo como «fii, fii», y de vez en cuando bajaban en picado hasta casi el suelo y emitían una especie de mugido muy sonoro, como el bramido de un toro, dejando claro de donde venía su nombre[4]. Luego giraban y volvían a ascender rápidamente. Estos hermosos pájaros grises, del tamaño aproximado de una paloma, ponen dos huevos directamente sobre el suelo, sin ningún nido o siquiera un arbusto o mata de hierba que los oculte. En cualquier caso, no son fáciles de encontrar, ya que tienen el mismo color que la tierra. Mientras los empollan, dependen totalmente de no ser vistos, hasta tal punto que si uno se acerca caminando rápidamente, le permiten pasar a unas pocas pulgadas sin siquiera parpadear. Pero si adivinan que han sido descubiertos, abandonan a sus huevos o sus polluelos y, al igual que hacen muchos otros pájaros, simulan estar heridos y aletean, se revuelcan por el suelo y jadean como si se estuvieran muriendo, con objeto de alejarle a uno del nido. Si les perseguíamos, nos sorprendía ver que, cuando estábamos a punto de alcanzarlos, tenían siempre energía para dar un último aleteo y avanzar algunas yardas más, y así hasta que nos habían llevado más o menos a un cuarto de milla del nido. Entonces, recuperándose de repente, volvían tranquilamente al hogar describiendo una gran curva, a encontrarse con sus preciados retoños o huevos, «habiendo superado

[4]El nombre común en inglés es *bull-bat*, «murciélago toro». (N. del T.)

todas las penurias de la vida»[5]. Al yanqui le gustaba especialmente animarnos a perseguirlos.

Todo cuanto nos rodeaba era tan nuevo y maravilloso que apenas podíamos creer lo que sentíamos, salvo cuando teníamos hambre o nuestro padre nos pegaba. La primera vez que vimos la pradera de Fountain Lake, en una tarde de calor asfixiante, constelada de millones de luciérnagas con sus luces pulsantes, el efecto fue tan extraño y hermoso que parecía demasiado magnífico para ser real. Al mirar desde nuestra choza en la colina, pensé que todo aquel maravilloso espectáculo de hadas debía estar tan solo en mi mirada, ya que hasta entonces solo había visto algo parecido cuando me peleaba y me daban algún golpe en un ojo. Pero cuando le pregunté a mi hermano si veía algo extraño en la pradera, me dijo:

—Sí, está todo cubierto de chispas parpadeantes.

Entonces deduje que tenía que ser algo ajeno a nosotros y recurrí a nuestro yanqui sabelotodo para que me lo explicara.

—¡Ah, eso no son más que luciérnagas! —dijo, y después, amablemente, bajó con nosotros de la colina hasta el borde del prado encendido, atrapó un par de estos insectos maravillosos, los metió en una taza y los llevó de vuelta a la choza, donde estuvimos mirándolos parpadear y emitir su misteriosa luz a intervalos regulares, como si cada uno de esos destellos pasionales lo causara el latido de un corazón.

Una vez vi un magnífico desfile de larvas luminosas al pie de la cordillera del Himalaya, al norte de Calcuta, pero por muy grandioso que pareciera aquello, tan radiante como una estrella, era mucho menos impresionante que la inmensa y temblorosa danza de fuego que vimos en nuestra pradera de Wisconsin.

Otra maravilla grandiosa era el tamborileo de la perdiz. La primera vez que escuché ese sonido suave, grave y solemne, pensé que se debería a alguna clase de desorden en mi cabeza o en mi estómago, pero como

[5]Otro verso del poema *Tam O'Shanter* de Robert Burns. (N. del T.)

todo parecía estar en orden allá dentro, le pregunté a David si oía algo raro.

—Sí —dijo—, oigo algo que hace «bum, bum», y me preguntó qué será.

Me quedé satisfecho a medias al saber que el misterioso sonido provenía de algo fuera de nosotros, quizás del suelo o de algún fantasma o duende o hada del bosque. Solo después de mucho buscar y escuchar descubrimos por fin que venía de entre las alas de ese pájaro marrón y rechoncho.

El canto nupcial de la agachadiza chica no era menos misterioso que el tamborileo de la perdiz. Se oía habitualmente en las tardes nubladas: un sonido extraño, fantasmal, etéreo, que sin embargo se escuchaba con facilidad a un tercio de milla de distancia. Con nuestra aguda visión, detectábamos pronto al pájaro mientras lo emitía, ya que volaba en círculos a gran altura sobre la pradera, dando aleteos rápidos con una fuerza maravillosa, y se lanzaba de pronto en picado para volver a elevarse, una y otra vez, describiendo unos bucles amplios y profundos. Al comienzo del descenso, el canto era débil y suave, y aumentaba su intensidad rápidamente hasta convertirse en un pequeño rugido tormentoso al llegar a la parte más baja, desde donde se iba apagando gradualmente a medida que el pájaro se elevaba. Aun así, tardamos un tiempo en identificar a este misterioso cantor alado y darnos cuenta de que era la agachadiza pequeña y marrón que tan bien conocíamos y que habíamos observado tantas veces mientras exploraba el barro que había en la ribera del río y de las fuentes, así como mientras hacía algunos vuelos cortos y zigzagueantes sobre la hierba y emitía tan solo algunos breves cacareos.

Por su parte, tampoco los reclamos de las ranas eran menos extraordinarios que los de los pájaros, con sonidos que iban desde el piar y el ronroneo dulce y relajante de las ranitas hasta el profundo y muy grave mugir de la rana toro. Algunas de las especies más pequeñas tienen

voces muy claras y nítidas, y nos decían sus nombres bíblicos con sus cantos de una manera tan directa como la del chotacabras.

—Isaac, Isaac; Jacob, Jacob; Israel, Israel —cantaban con tonos claros y tintineantes que resonaban en la distancia, como si todas ellas hubieran ido a la escuela y hubieran trabajado su buena dicción.

En las tardes cálidas y tranquilas, las rechonchas ranas toro mugían:

—¡Drunk! ¡Drunk![6] ¡Jog o'rum! ¡Jog o'rum![7]

Y al principio de la primavera, miles de ranas de las especies más comunes, asomando tan solo sus cabezas fuera del agua fría, cantaban a coro con tal fuerza que el sonido podía oírse a más de media milla de distancia.

La música de las ranitas es muy distinta a esta sinfonía ruidosa de los pantanos: una especie de melodía inmortal y sosegada que llena el aire como la luz. Disfrutábamos contemplando el paisaje glorioso del cielo, y también el de los bosques y los prados y los lagos con sus bordes de juncos y lirios. Nos interesaban las grandes tormentas, tan distintas a todas las que habíamos visto en Escocia, y despertaban en nosotros una enorme admiración. Atónitos, mirábamos cómo iban formándose las sublimes montañas de nubes: cúmulos soleados y brillantes, de perla y alabastro, llenos de una belleza y una majestuosidad imponente, y con un aspecto tan firme y duradero que hubiéramos dicho que los pájaros podrían construir sus nidos entre sus relieves plumosos. Las nubes de tormenta, de bordes negros, desfilaban con majestuosidad por el paisaje y dejaban tras de sí amplias láminas grises de lluvia y granizo como enormes cataratas, y de vez en cuando quebraban el aire con un intenso relámpago zigzagueante, seguido por el estruendo del trueno. Vimos varios árboles partidos por el rayo, y uno de ellos, un viejo roble podrido, lo vimos arder. Nos preguntábamos por qué no todos los árboles, todas las cosas y todas las personas compartíamos el

[6] ¡Borracho! (N. del T.)

[7] ¡Jarra de ron! (N. del T.)

mismo destino, ya que en ocasiones el cielo al completo ardía en llamas. Después de los bochornosos días de tormenta, muchas de las noches se oscurecían con un manto negro y uniforme de nubes sin estructura aparente, que a intervalos cortos se iluminaban de repente y brillaban con fiereza, lanzando pulsos de luz que dejaban ver el paisaje con la misma claridad que a plena luz del día, y que la oscuridad negra y sólida de la noche ahogaba de inmediato.

Sin embargo, esos primeros días y semanas de disfrute y libertad en los que gozábamos de la naturaleza salvaje que nos rodeaba pronto se unieron al trabajo duro de levantar una granja. Mi primera tarea fue quemar arbustos para limpiar la parcela y dejarla lista para meter el arado. Para nuestra mirada juvenil, esos magníficos fuegos de llamas rojas y enormes corazones blancos —los primeros grandes fuegos en mitad de la naturaleza salvaje que yo veía— constituían un espectáculo maravilloso. Una y otra vez, mientras ardían con tal fuerza que apenas podíamos acercarnos lo suficiente como para arrojar otra rama, nuestro padre los empleaba para aleccionarnos y advertirnos, y comparaba su calor con el del infierno y las ramas con niños malos.

—Ahora, John —decía—, piensa en lo espantoso que sería que te lanzaran a ese fuego. Luego piensa en el fuego del infierno, que es muchísimo más caliente. Pues a ese fuego es a donde van los niños malos, junto a pecadores de toda clase que han desobedecido a Dios, a arder como hacemos aquí arder las ramas. Y aunque sufren tanto, su sufrimiento no se acaba nunca jamás, porque ni el fuego ni los pecadores puede morir.

Aun así, las terribles lecciones sobre el fuego se desvanecían pronto en el ambiente dulce de la naturaleza, porque no hay fuego más ardiente que el fuego celestial de fe y esperanza que arde en el corazón de todo niño lleno de vitalidad y salud.

Poco después de llegar a los bosques, alguien nos dio una gata y un perrito para añadirlos a los animales que nuestro padre había traído. La

gata pronto tuvo gatitos, y nos gustaba ver cómo los alimentaba, los protegía y les enseñaba. Cuando pudieron dejar el nido y jugar, ella se iba a cazar y traía de vuelta muchas clases de pájaros y ardillas para ellos, la mayoría ardillas terrestres (*Spermophilus*), conocidas en Wisconsin como *gophers*. Cuando estaba más o menos a una docena de yardas de la choza, anunciaba su llegada con una llamada particular, y de inmediato los gatitos adormecidos se ponían en pie de un salto y corrían hacia ella, compitiendo por llevarse el primer bocado de no sabían qué, y nosotros corríamos también para ver qué era lo que traía. Después se tumbaba unos minutos para descansar y disfrutar viendo cómo su familia gozaba con el festín, y luego desaparecía de nuevo entre las hierbas y las flores. Esto se repetía cada media hora. A veces traía pájaros que no habíamos visto antes, y en ocasiones alguna ardilla voladora, una ardilla rayada o una gran ardilla zorro. David y yo teníamos justo la edad suficiente para ver a todas estas criaturas —los extraños habitantes de nuestro nuevo mundo— como verdaderas maravillas.

El cachorro era un perro corriente y sin raza, aunque a nosotros nos resultaba muy raro: un chucho blanco y negro al que pusimos de nombre *Watch* (Vigía). Por la tarde, le dábamos siempre un cuenco de leche antes de arrodillarnos toda la familia a rezar, mientras la luz del día permanecía aún en la choza. Y yo, en lugar de seguir las oraciones, con frecuencia observaba las pequeñas criaturas salvajes que jugaban en los alrededores. Los ratones de campo correteaban por la choza como si hubiera sido construida tan solo para ellos, y hacían un espectáculo muy entretenido. Un atardecer, al llegar una de esas noches calmadas y bochornosas de las que tanto gustan las polillas y los escarabajos, mientras el cachorro bebía su leche a lametones y nosotros estábamos arrodillados, entró por la puesta un escarabajo robusto, casi tan grande como un ratón, y después de haber volado por la cabaña y haberse golpeado unas cuantas veces, le llamó la atención el cuenco de leche, con su blanco brillante en mitad de la penumbra, y, con buena puntería,

aterrizó en mitad de él salpicando por todas partes, como un pato que aterrizara sobre un lago. El pequeño Watch, que nunca antes había visto nada igual, se echó para atrás y miró atónito y con miedo al monstruo negro que intentaba nadar. Cuando se recuperó del susto, comenzó a ladrarle a la criatura y a correr en círculos alrededor de su cuenco de leche, ladrando y gruñendo como un perro viejo frente a un gato montés o un oso. La sorpresa espontanea y la curiosidad de este joven perro al recibir su primera lección de entomología era tan graciosa que me fue difícil no echarme a reír a carcajadas.

Las tortugas mordedoras eran abundantes en todo el bosque, y fue una grata sorpresa descubrir que si se les daba un palo lo mordían y se quedaban colgadas de él como perros de presa. Nos divertíamos enseñándoselas a Watch y observando el comportamiento curioso de ambas partes según se iban conociendo. Un día ayudamos a una de las tortugas más pequeñas a darle un buen bocado a la oreja del pobre Watch. Salió disparado, con la cabeza ladeada, gimiendo y presa del pánico, y con el extraño reptil con aspecto de insecto mordiéndole y agarrado con fuerza. Un entretenimiento vergonzoso incluso para unos chicos salvajes.

Como compañero de juegos, Watch era demasiado serio, aunque aprendió más de lo que cualquiera que no le conociese diría que era capaz de aprender, y era un perro guardián valiente y fiel, y en sus buenos años un gran luchador, capaz de vencer a todos los perros del vecindario. Comparándolo con nosotros, pronto nos dimos cuenta de que, aunque no sabía leer libros, sí que sabía leer los rostros, que juzgaba bien el carácter de las personas, que sabía lo que pasaba y lo que estábamos a punto de hacer, y que le gustaba ayudarnos. Podíamos correr casi tan rápido como él, ver tan lejos, y tal vez teníamos el oído igual de fino, pero en cuestión de olfato su nariz era infinitamente mejor que la nuestra. Una mañana gélida de invierno, con el suelo cubierto de nieve, me di cuenta de que, mientras bostezaba y se estiraba

después de salir de su cama, le vino de pronto el olor de algo excitante. Dobló la esquina de la casa y miró con atención en dirección al oeste, hacía el otro lado de un entrante de tierra que llamábamos la «ribera oeste», interrogando al aire con su hocico, y su pelo se erizó como si estuviera seguro de que había algo peligroso en esa dirección y lo hubiera localizado. Luego corrió hacia la ribera y yo fui tras él, con curiosidad por saber qué era lo que su nariz había descubierto. Desde lo alto de la ribera se divisaba todo el extremo norte de nuestro lago y nuestra pradera, y cuando llegamos hasta allí vimos a un cazador indio con una gran lanza que iba de una madriguera de rata almizclera a otra, acercándose cauteloso y con cuidado de no hacer ruido, y que de repente introdujo su lanza en la morada del animal. Si había apuntado bien, la lanza habría atravesado a la pobre rata mientras descansaba acostaba en el cálido nido que con tanto esfuerzo se había construido durante el otoño, y si sentía la lanza moverse, sacaba su *tomahawk* y con él destruía la musgosa cabaña para asegurarse su presa. La carne sería para comer y la piel para venderla por unos diez centavos. Esta fue una buena lección acerca de lo fino que es el olfato de los perros. El indio estaba a más de media milla, al otro lado de una cresta boscosa. Si el cazador hubiera sido un hombre blanco, supongo que Watch no lo habría descubierto.

Cuando tenía unos seis o siete años, no solo se volvió un cascarrabias y hacía tan solo lo que quería, sino que empezó a comportarse de manera malvada, y los vecinos que se habían instalado alrededor de nosotros lo acusaron de cazar y comerse polladas enteras, con algunos pollos que habían salido del huevo hacía no más de uno o dos días. Nunca creímos que pudiera hacer algo tan horrible e impropio de un perro. En casa nunca lo hacía. Sin embargo, varios de los vecinos declararon una y otra vez haberlo visto e insistieron en que había que pegarle un tiro. Al final, a pesar de nuestras protestas y lágrimas, se le condenó y fue ejecutado. Nuestro padre examinó el estómago del pobre

animal en busca de evidencias y descubrió las cabezas de ocho pollos que había devorado en su ultima comida. Así que al pobre Watch lo mataron tan solo porque su gusto por el pollo era demasiado similar al nuestro. Pensemos ahora en los millones de pollitos que, junto con otros animales grandes y pequeños, jóvenes y viejos, mueren a manos de predicadores y devotos, tanto hombres como mujeres, que se los comen al mismo tiempo que pregonan con elocuencia la llegada de un milenio bendito, pacífico y sin sangre. Pensemos en las palomas migratorias que llenaban los bosques y los cielos de medio continente hace cincuenta o sesenta años, hoy exterminadas a base de sacar de sus nidos a golpes a los polluelos junto con sus padres, antes siquiera de que pudieran probar sus alas maravillosas, y atraparlos con redes y dárselos de comer a los cerdos. Ninguna de las criaturas mortales que come lo mismo que nosotros se encuentra a salvo, ni tampoco las que interfieren con nuestros placeres o pueden emplearse para trabajar, para servirnos de comida, ropa o adorno, o como mera diversión para nuestros juegos crueles. Por suerte, muchas de ellas son demasiado pequeñas como para verse a simple vista, y por ello disfrutan su vida lejos de nuestro alcance. Y al mirar en los grandes libros de Dios escritos en las rocas, con registros que alcanzan hasta hace millones y millones de años, es reconfortante ver que innumerables criaturas, grandes y pequeñas, vivieron y gozaron del amor de Dios antes de que el hombre fuese creado.

Aun en mitad del bosque, la vieja costumbre escocesa de propinar una azotaina por cada muestra de desobediencia o de mero despiste se seguía aplicando, y por supuesto una buena parte de esas palizas me correspondían a mí. La mayoría eran de una severidad extrema y carentes de toda diversión. Pero he aquí una que fue casi toda ella entretenida.

Mi padre estaba ocupado trayendo madera para construir la estructura de la casa que había de estar lista cuando llegaran mi madre, mis

hermanas y mi hermano, que se habían quedado en Escocia. Una mañana, cuando estaba ya preparado para ir a por otro cargamento, no encontró el látigo que utilizaba para arrear a los bueyes. Me preguntó si sabía dónde estaba. Le dije que no lo sabía, pero mi sentido escoces de la responsabilidad me obligó a decirle que cuando estaba jugando con él lo había atado a la cola de Watch, y que el había salido corriendo, arrastrándolo por la hierba, y que había vuelto sin él.

—Debe haberse desatado del rabo —le dije, para justificar que no sabía donde estaba.

Esta pequeña confesión le hizo enfurecer tanto que exclamó con tono profundo y agorero:

—¡Este niño es el mismísimo demonio!

David, que había estado jugando conmigo y probablemente tenía tanta responsabilidad como yo en la pérdida del látigo, nunca dijo ni una palabra, ya que siempre era lo suficientemente prudente como para no irse de la lengua cuando el humor de mi padre anunciaba tormenta, y por ello se libraba casi siempre de los castigos. Aunque resulte extraño, esta vez también yo me libré, y no me llevé más que una terrible regañina a pesar de que el tiempo, en lo que a azotes se refería, estaba más negro y cubierto que nunca. Como si no deseara que el sol fuera testigo de su labor vergonzante, mi padre me llevó dentro de la cabaña para descargar allí su tormenta, y mandó a David al bosque en busca de una vara. Mientras que David estaba buscando la vara, mi padre se dedico a pintar con los colores más horribles mi manía de jugar con las cosas, y por supuesto recordándome una y otra vez el lugar al que van los niños malos. En mitad de esta tempestad de palabras, aterrado al pensar en la paliza que me aguardaba, yo lloriqueaba y le decía que si jugaba era solo por no poder evitarlo, que no sabía que aquello estaba mal, que no lo haría nunca más, y cosas así. Cuando este diálogo miserable ya no dio más de sí, mi padre empezó a impacientarse al ver que mi hermano tardaba tanto en encontrar la vara, y de igual

manera me impacientaba yo, pues quería acabar con aquello cuanto antes. Por fin volvió David, la viva imagen de la inocencia, arrastrando solemnemente el tronco de un roble joven, y le dio el extremo a mi padre, diciéndole que era la mejor vara que había podido encontrar. Era un palo enorme y pesado, de unas dos pulgadas y media de grueso en la base y diez pies de larga, un tamaño que casi servía para emplearlo como poste de una valla. No había espacio suficiente en la cabaña para alzarlo y blandirlo, y en cuanto yo lo vi me eché a reír en mitad de mis miedos. Mi padre, no obstante, no le encontró la gracia a aquello, tiró el roble fuera, y encarándose furioso con David le preguntó con vehemencia por qué razón había traído «un tarugo como este en lugar de una vara».

—¿Esto es lo que tú llamas una vara? Me están entrando ganas de azotarte a ti en vez de a John.

David, con la mirada baja y gesto de modestia, parecía la virtud personificada, y, como de costumbre, se mantuvo prudente y no respondió una sola palabra.

Era una tarea difícil en aquellos días criar a unos chicos escoceses como es debido, y nuestro pobre padre, desbordado de trabajo, estaba decidido a hacerlo si es que podía encontrar una cantidad suficiente de varas del tipo adecuado. Pero esta vez, como el sol ya iba ganando altura, puso el yugo a los viejos Tom y Jerry y se fue rápidamente al aserradero de Kingston, y yo salí ileso y con la misma perversión inocente de siempre. En cuanto se perdió de vista entre los robles y los nogales, todos nuestro problemas, amenazas de ir al infierno y advertencias se olvidaron gracias a la diversión que encontramos en capturar con un lazo a una vieja cerda e intentar con empeño enseñarle a avanzar tranquilamente atada con un arnés. Era la primera cerda que nuestro padre había traído a la granja, y para nosotros los chicos se trataba de una bestia maravillosa. Al cabo de unas pocas semanas, tuvo un gran número de lechones, y de todos esos extraños y divertidos bebés

animales que habíamos visto, ninguno nos causaba tanta excitación. Qué graciosos eran por su tamaño y sus formas, sus andares y sus gestos, sus peleas fingidas y las falsas alarmas que lanzaban solo por el placer de correr junto a su madre y, con pequeños chillidos de lo más persuasivo, pedirle que se tumbara y les diera de mamar.

Cuando sus pequeños retoños con sus hocicos cortos tuvieron alrededor de un mes, empezó a llevárselos al bosque, y cada vez deambulaban más y más lejos de la choza en busca de bellotas y raíces. Una tarde oímos el disparo de una escopeta, algo muy llamativo, ya que no teníamos vecinos aún. Pensamos que debía haber sido el disparo de un indio en el camino que seguía la margen derecha del río Fox entre Portage y el lago Packwaukee, que pasaba a unos tres cuartos de milla de nuestra choza. Apenas unos pocos minutos después de haber oído aquel disparo, la pobre madre vino corriendo a la choza en busca de protección, junto a sus cerditos, todos sin resuello y muertos de miedo. Faltaba uno de ellos, y supusimos, claro está, que un indio lo había cazado para comérselo. Al día siguiente, descubrimos un charco de sangre donde la pista india se cruza con la salida de nuestro lago. Uno de los hombres que nuestro padre había contratado nos dijo que los indios no tenían ninguna clase de escrúpulos para cometer fechorías así cuando tenían hambre. Nunca olvidaré la sorpresa solemne y el miedo que se veía en los ojos de aquella vieja madre y sus pequeños; era un miedo más inequívoco y mortal que ningún otro que haya visto en la mirada de un hombre, y corrobora de manera innegable cuán únicos somos cada uno de nosotros.

La vida en una granja de Wisconsin

Después de haber llegado de Escocia llenos de esperanza pero todavía ignorantes y lejos de estar completamente domados —a pesar de la cantidad antinatural de lecciones y palizas que habíamos recibido—, descubrir los animales de nuestro entorno era para nosotros una fuente infalible de asombro y disfrute. Mi padre, como la mayoría de los colonizadores que se instalaban en el bosque, compró al principio una yunta de bueyes para trabajar en la granja, y a medida que se iban limpiando nuevas parcelas, el número de bueyes fue aumentando hasta que tuvimos cinco yuntas. Estos animales sabios, pacientes y aplicados se ocuparon de trabajar la tierra, acarrear troncos, transportar materiales, y toda clase de trabajo duro durante los cuatro o cinco primeros años, y como no habíamos visto antes ningún buey, los observábamos con la misma mirada fresca y ávida de conocimiento con la que mirábamos a los animales salvajes. Trabajábamos con ellos y compartíamos con ellos su descanso, su trabajo y sus juegos, y por ello los acabamos conociendo mejor de lo que lo habríamos hecho si no fuésemos más que naturalistas con un conocimiento científico. Pronto aprendimos que cada buey, cada vaca y cada ternero tenía su propia personalidad. El viejo Buck, de cabeza blanca y parte de la segunda yunta que tuvimos, era un tipo espabilado. A veces parecía razonar como nosotros mismos. En otoño le

dábamos al ganado gran cantidad de calabazas, y teníamos que abrirlas para que pudieran morder el interior. Pero Buck nunca esperaba a que fuéramos a ayudarle. Los otros, cuando estaban hambrientos e impacientes, intentaban romper la gruesa piel con los dientes, pero era raro que lo lograran si la calabaza ya estaba madura. Buck nunca perdía el tiempo babeando la calabaza de esta manera, sino que la aplastaba con la cabeza. Iba al montón, cogía una buena pieza de la misma manera que un niño elige una manzana o una naranja, la llevaba rodando hasta un espacio abierto, se arrodillaba delante de ella, ponía su frente amplia y plana sobre esta, echaba todo su peso encima y la reventaba. Después se levanta con calma y procedía a comérsela con toda comodidad. Hay quien diría que esto es «instinto», como si lo que llamamos «instinto ciego» hiciera forzosamente que un buey se sirva de su cabeza para romper calabazas cuando tiene los dientes cansados y nadie viene con un hacha a partirlas en dos. Otro de nuestros bueyes, para demostrar su inteligencia cuando tenía hambre, abría todas las vallas que había de camino a los campos de maíz.

Una parte de la humanidad que veíamos en ellos se debía a la expresión de sus ojos cuando estaban cansados, al tono de su voz cuando tenían hambre y pedían comida, a su marchar paciente y su esfuerzo cuando el calor apretaba, a sus suspiros largos cuando se encontraban exhaustos y sufrían como nosotros, al gozo que mostraban al descansar, con un gesto agradecido como el nuestro. Reconocíamos nuestras semejanzas también en la manera en que, al igual que nosotros, bostezaban cuando estaban adormilados, y era evidente que disfrutaban del mismo placer peculiar en la base de sus mandíbulas; en cómo se estiraban por la mañana después de un buen descanso; en su capacidad para aprender los idiomas —escocés, ingles, irlandés, francés, holandés— que era necesario saber chapurrear para ese servicio fiel que con tan buena voluntad y talante ofrecían; en su curiosidad sabia y atenta que se manifestaba al escuchar algún sonido extraño; en su amor por el juego; en los vínculos

que desarrollaban; en el duelo, duradero y continuo, cuando se mataba a uno de sus compañeros.

Cuando íbamos a Portage, el pueblo más cercano, a unas diez o doce millas de la granja, a veces se hacía tarde antes de volver, y en el verano, con el tiempo bochornoso y lluvioso, las nubes estaban tan llenas de rayos que, cada pocos minutos, iluminaban de pronto el paisaje y revelaban todos sus elementos —las colinas y los valles, los prados y los árboles— casi con la misma claridad que el sol del mediodía, y después, de manera tan repentina como había llegado, la luz se desvanecía, haciendo que la oscuridad pareciera más impenetrable que antes. En esas noches, el ganado tenía que encontrar el camino de vuelta sin nuestra ayuda, pero nunca se salían de la pista, ya que la seguían con el olfato como los perros. Una vez nuestro padre, al volver tarde de Portage o de Kingston, obligo a Tom y Jerry, nuestros primeros bueyes, a salirse de la pista que estaba poco marcada, pensando que se habían equivocado de camino. Al cabo de un rato, se pararon y se negaron a continuar. Entonces nuestro padre los desenganchó de la carreta, agarró a Tom por el rabo, y de aquella manera este le llevó directo a la cabaña. A la mañana siguiente, fue a buscar la carreta y la encontró en lo alto de una colina empinada, por encima de una ciénaga impracticable.

De las vacas aprendimos menos, ya que no nos involucrábamos tanto en sus vidas, no trabajábamos con ellas ni sufríamos a su lado el calor y el frío, el hambre y la sed, el cansancio casi mortal. Aun así, nadie con un mínimo de caridad puede evitar sentir empatía por ellas ante el amor que muestran hacia sus terneros, y ver que no existe diferencia entre este y el amor divino que una madre siente al sacrificarse por sus hijos, por cuanto se enfrentarían a cualquier peligro y darían su vida por ellos. Tampoco es posible no sentir empatía por sus pequeños terneros de hocicos achatados, con esos ojos interrogantes y hermosos que miran al mundo y se van poco a poco familiarizando con las cosas, todas tan

extrañas para ellos, y aprenden torpemente a utilizar sus patas y jugar y luchar.

Antes de abandonar Escocia, mi padre nos prometió que cuando llegáramos a América tendríamos un poni para montar, y vimos que su promesa no era en vano. A las pocas semanas de llegar al bosque, compró para nosotros un pequeño poni indio por treinta dólares al dueño de una tienda de Kingston que lo había conseguido de un indio Winnebago o Menominee a cambio de provisiones. Era fuerte y hermoso, de color pardo rojizo y con cola y crines largas, y aunque solo tenía dos años, los indios le habían enseñado ya a llevar toda clase de cargas, a quedarse quieto sin necesidad de atarlo, a moverse por todo tipo de terrenos tanto despacio como rápido, y a saltar y nadar sin tenerle miedo a nada. Era una criatura realmente maravillosa, diferente de las otras bestias civilizadas, que eran tímidas, asustadizas, nerviosas y supersticiosas. Lo dejábamos suelto y, aunque parezca extraño, nunca se escapó ni se resistió a que lo cogiéramos, sino que se comportaba como si hubiera conocido a chicos escoceses durante toda su vida, tal vez porque eramos tan salvajes como los niños indios.

Un día que nuestro padre tenía algo de tiempo libre, nos dijo:

—Chicos, coged vuestro poni y vamos a la pradera, que vais a aprender a montar.

Llevamos al poni a un sitio llano cerca de un túmulo indio que había detrás de la cabaña, donde nuestro padre nos dijo que comenzáramos. Me monté para recibir mi primera lección, atravesé el túmulo y empecé a recorrer despacio la pista que habían abierto los carros a base de sacar madera. Mi padre me gritó:

—¡Dale con la fusta, John, arréale! ¡Haz que galope! Ir a galope es más fácil que andar o ir al trote.

Jack tenía ganas de ir más rápido y se puso a galopar. Me las apañé bastante bien para mantener el equilibrio, agarrándome a las crines, pero no podía evitar ir saltando todo el tiempo. Tanto Jack como yo

eramos ambos elásticos y entrados en carnes, y por ello me pase la mitad del tiempo rebotando y en el aire.

Después de un cuarto de milla en este curiosa forma de transporte, le grité «Sooo, Jack». La criatura maravillosa parecía entender el escocés, ya que se detuvo tan bruscamente que salí volando por encima de su cabeza, pero se mantuvo quieto como si esa forma de desmontar, saliendo despedido, fuera lo habitual. Me volví a montar y regresé dando botes a través de la pista cubierta de hierba y flores, atravesé el túmulo, grité «Sooo, Jack», salí volando por encima de su cabeza y aterricé en los brazos de mi padre de una manera tan elegante que se diría que aquello estaba pensado para ser un espectáculo circense.

Después de hacer el recorrido unas cinco o seis veces con aquel mismo estilo libre y pintoresco, le cedí el puesto a David, que lo hizo de manera muy parecida a la mía. Aun así, en cuestión de unas pocas semanas o un mes, ya nos aventurábamos a hacer excursiones de más de una milla hasta una gran pradera frecuentada por grullas, y volvíamos sanos y salvos con historias maravillosas acerca de las aves patilargas que habíamos visto, y de cómo en el camino de ida y vuelta no nos habíamos caído más que cinco o seis veces. Poco a poco aprendimos a galopar por el bosque sin necesidad de seguir un camino, sin silla de montar ni riendas ni estribos, y guiábamos al poni tan solo haciendo una ligera presión con las rodillas o inclinándonos de un lado a otro. Solíamos divertirnos pasando a toda velocidad por la «marmita» que había en nuestra granja, montando así de libres y sin agarrarnos ni a las crines ni a la cola.

Estas «marmitas» se habían formado al derretirse los grandes bloques independientes de hielo que habían quedado enterrados bajo el material de la morrena hacía miles de años, cuando la capa de hielo que cubría esta región se encontraba en recesión. Al derretirse el hielo enterrado, el material de la morrena que se encontraba por encima se hundía, formando hondonadas con forma de embudo, y la hierba que

crecía en sus paredes y en los alrededores impedía que se llenaran con la acción del viento y la lluvia. La marmita que nos servía de escenario tendría unos setenta u ochenta pies de ancho y veinte o treinta de profundo, y montando de esta forma, sin silla ni agarre, no era fácil evitar salir disparado por encima de la cabeza de Jack al entrar en ella, o por encima de la cola al salir. Qué gran entretenimiento este durante los largos días de verano, si es que podíamos escaparnos sin que nos vieran antes de la hora de reunirnos para rezar. Con el ejercicio, nos calentábamos y nos poníamos rojos, y al pobre Jack, tan sudoroso como sus jinetes, parecía que lo habían guisado en esa marmita.

En Escocia, muchas veces nos habían animado a no tener miedo, y le pasamos este consejo a Jack, a quien los chicos indios le habían enseñado ya unas cuantas lecciones salvajes. Una vez, cuando le estábamos enseñando a saltar por encima de ríos fangosos, le hice que probara en el arroyo que pasaba por nuestra pradera, en un lugar en el que este debía tener unos doce pies de ancho. Saltó con valentía, pero aterrizó poco más allá de la mitad estampándose contra el agua. El agua no tenía más de un pie de profundo, pero el barro vegetal que había debajo era de una profundidad insondable. Conseguí llegar hasta la orilla, pero el pobre Jack se fue hundiendo más y más hasta que del abismo negro solo asomaba ya su cabeza, poniendo a prueba la fortaleza de su espíritu indio. La forma en que se hundía en aquel abismo, tan repentina, me recordó a la historia de la campana del abad de Aberbrothok, que se perdió gorgoteando en las aguas entre burbujas que subían y estallaban a su alrededor. Tuve que ir a buscar a mi padre para que nos ayudara. Ató alrededor del cuello de Jack una larga cuerda de cáñamo que había traído de Escocia, y Tom y Jerry tuvieron que emplearse con todas sus fuerzas para sacarlo de allí. Después de eso me gané una solemne regañina por haber hecho que «el pobre animal saltara en un sitio así, sin fondo».

Nos movimos a la casa en otoño, cuando mi madre y el resto de la familia llegaron de Escocia, y cuando las nieves del invierno empezaron a caer, la choza hecha de roble bur se convirtió en un establo para Jack. Nuestro padre nos dijo que lo único que necesitaba era el heno de la pradera, pero le dábamos maíz, mucho, y se puso gordo y juguetón. Cerca de la mitad del invierno, su larga cabellera estaba llena de polvo, y pensamos que habría que lavársela. Sin tener en cuenta el tiempo gélido que hacía, le dimos un buen lavado con agua y jabón, pero como luego no lo secamos, se le formó una fila de carámbanos de hielo bajo la tripa. Cuando mi padre lo vio en estas condiciones, nos preguntó qué había pasado. Le dijimos que estaba sucio y que lo habíamos lavado para dejarlo saludable, y él dijo que deberíamos avergonzarnos por dejar al pobre caballo empapado de agua fría en esta época del año, y que cuando quisiéramos lavarlo debíamos tener un poco de sentido común y usar el cepillo y la rasqueta.

En el verano, David y yo teníamos que ir uno de los dos a buscar las vacas cada tarde al atardecer, y Jack acabó tan acostumbrado a ir a juntar el rebaño que, si algún día nos retrasábamos unos minutos, se iba solo a la misma hora de siempre y lo traía al galope. Mi padre se enfadaba mucho al ver a Jack persiguiendo las vacas como un perro pastor, yendo de una a otra y dándoles un bocado en el lomo para que no pararan de correr y fueran a toda velocidad por delante de él, como si las persiguiera un lobo. A veces mi padre decía que esa condenada bestia tenía el demonio dentro, y que acabaría matando al ganado. El corral y el granero estaban en la parte baja de una colina, y Jack se encargaba de desplegar el rebaño de tal manera que lucía imponente mientras las vacas bajaban a galope con sus colas al viento.

Una tarde en que este espectáculo caótico se desarrollaba de la manera más salvaje, mi padre se volvió tan loco que me ordenó disparar a Jack. Fui a la casa y traje la escopeta, lleno de una angustia horrible como la que supongo que debió sufrir Abraham cuando Dios le or-

denó inmolar a Isaac. Al final, Jack salvó su vida, aunque no sé qué acabo siendo de él. Ojalá lo supiera. Después de que mi padre comprara una yunta de caballos de tiro, lo vendió a un hombre que dijo que lo montaría por las praderas de California. Lo tuvimos, según creo, unos cinco o seis años. Era el pequeño caballo más robusto, gentil y valiente que he conocido. Nunca parecía cansarse, podía ir todo el día a medio galope con un hombre de su mismo peso, y no tenía miedo a nada. Una vez le atamos cincuenta o sesenta libras de carne a la espalda, y se deslizaron por su cuello hasta hacer que se le venciera la cabeza hasta el suelo, dejándolo anclado. Y aun así, se mantuvo quieto y paciente durante una media hora, sin hacer ni el menor intento de liberarse, mientras yo iba a buscar ayuda para desatar el paquete y volver a poner la carga en su sitio.

Puesto que yo era el mayor de los hermanos, me tocó cuidar de nuestra primera yunta de caballos de tiro. Eran dos yeguas llamadas Nob y Nell. Nob era muy inteligente, incluso cariñosa, y era capaz de aprender casi todo. Nell era totalmente distinta: caprichosa y tozuda —pese a lo cual conseguimos hacer que aprendiera unos cuantos trucos circenses—, y nunca jugaba con nosotros de la misma manera cariñosa en que Nob lo hacía. Un día que las habíamos soltado para que pastaran, un indio que estaba escondido en los arbustos que habían crecido tras las quemas agarró a Nob, le ató una cuerda en la mandíbula a modo de rienda y se fue cabalgando sobre ella hasta Green Lake, a treinta o cuarenta millas, donde intentó venderla por quince dólares. Se nos partió el corazón, como si hubiéramos perdido a alguien de la familia. Buscamos por todas partes pero no teníamos ni la menor idea de qué habría sido de ella. Encontramos su rastro donde la valla estaba caída y lo seguimos unas pocas millas para asegurarnos de que era, en efecto, suyo. Un vecino nos dijo que había visto un indio pasar a toda velocidad montado en un caballo que se parecía a Nob. A partir de ahí, no encontramos ninguna otra huella hasta algunos meses después

de que desapareciera. Nos enteramos entonces de que un granjero en Green Lake se la había quitado a un indio al ver que tenía herraduras y marcas de haber llevado un arnés. Cuando el indio trato de vendérsela al granjero, este le dijo:

—Eres un ladrón. Esa yegua es de un hombre blanco, lo has robado.

—No —dijo el indio—, la he traído de Prairie du Chien y siempre ha sido mía.

El hombre, señalando a los cascos de la yegua y a las marcas del arnés, dijo:

—Estás mintiendo. Me quedaré con esta yegua y la pondré en mis pastos, y si te acercas por aquí te echaré los perros.

Después, puso un anuncio de la yegua. Uno de nuestros vecinos lo vio y vino a darnos la buena noticia, y cuando nuestro padre trajo a Nob de vuelta nos alegramos mucho. El indio la debió haber tratado de una manera muy cruel, porque años después, mientras iba montado sobre ella en busca de otro caballo que queríamos atrapar, al acercarnos al lugar donde fue capturada se quedó quieta y mirando fijamente a los arbustos, con miedo de que el indio estuviera aún ahí listo para saltar, y estaba tan nerviosa que templaba, y sus latidos eran tan fuertes que podía oírlos sentado sobre ella, bum, bum, bum, como el sonido percusivo que hace la perdiz. Con qué nitidez recordaba aquella terrible experiencia.

Era la favorita de la familia; aprendía rápido todos los trucos, venía cuando la llamábamos, parecía entender todo lo que le decíamos y tenía una confianza absoluta en nosotros.

Al principio, recolectábamos, apilábamos y pelábamos el maíz en otoño, hasta que un amable yanqui se quedó a dormir una noche en nuestra casa y, entre otros consejos para ahorrar trabajo, convenció a mi padre de que era mejor dejarlo sin recolectar y hacerlo durante el invierno, y después meter las vacas para que se comieran las hojas y pisotearan los tallos, de manera que al pasar el arado en primavera

quedasen enterrados. Con este método de trabajar en invierno, cada uno de nosotros se encargaba de dos filas e iba metiendo las mazorcas en cestas que luego se volcaban directamente en el suelo en montones de unas quince o veinte cestas, para después cargarlos en el carro y llevarlos al pesebre. Era un trabajo frío y doloroso, con temperaturas a menudo bajo cero[1] y el suelo cubierto de nieve helada y seca, lo cual nos dejaba los dedos helados y nos salían abundantes sabañones. Un cambio nada agradable comparado con la recolección que hacíamos durante el veranillo de San Miguel, cuando los campos estaban cubiertos de grandes calabazas amarillas: maíz dorado, calabazas doradas, y todo ello recolectado en un tiempo brumoso y también dorado. Como digo, un cambio deprimente, pese a que a veces nos divertíamos viendo a los gallos de las praderas, las ardillas y los ratones hambrientos que venían febriles a calmar su hambre

A menudo dejábamos los montones de maíz en el campo durante varios días, y al cargarlos en la carreta encontrábamos casi siempre ratones en ellos, unos ratones grandes, de morros achatados y olor penetrante, que teníamos que matar solo por haber mordisqueado unos pocos granos de maíz. Yo le ponía a veces uno todavía caliente a Nob frente al hocico, por ver la cara que ponía al olerlo. Le decía: «Toma, Nob», como si fuera a darle un terrón de azúcar. Un día le ofrecí un ejemplar especialmente notable, gordo, hinchado, algo así como una pequeña marmota o una rata almizclera, y para mi sorpresa, después de olerlo con curiosidad y algo de duda como si se preguntara qué sería aquel regalo, y frotarlo de un lado a otro de mi mano con su lengua, se lo metió en la boca, lo masticó y lo trituró bien fino, y después se lo tragó con huesos, dientes, cabeza y cola, todo al completo. De aquel ratón no se desperdició ni un solo pelo. Mientras lo masticaba,

[1]Grados Farenheit, unos -18 grados Celsius. Todas las cifras de temperatura en el texto se expresan en grados Farenheit. (N. del T.)

gruñía y asentía, como si estuviera degustándolo con espíritu crítico y le convenciera su sabor.

Mi padre era un ferviente entusiasta de los asuntos religiosos, y, por supuesto, asistía a toda clase de congregaciones eclesiásticas, en especial los encuentros de despertar religioso[2]. Se celebraban a veces en verano, aunque en su mayoría tenían lugar durante el invierno, cuando el tiempo era propicio para desplazarse en trineo y no faltaba el tiempo libre. Un día caluroso de verano, mi padre llevó a Nob hasta Portage y de vuelta a casa, veinticuatro millas en total por una pista de arena. Fue un trabajo agotador bajo aquel calor bochornoso, y era evidente que la yegua había sido sometida a un esfuerzo excesivo para llegar a tiempo a uno de esos encuentros. Nunca olvidaré el aspecto cansado y marchito que tenía cuando la desenganché, y cómo se dejó caer en el establo, demasiado cansada para comer o incluso tumbarse. A la mañana siguiente, se veía con claridad que tenía los pulmones inflamados; todos los síntomas eran los mismos que los míos cuando tuve neumonía. Mi padre mandó ir a buscar a un pastor metodista, un hombre muy enérgico y con muchos recursos, que además de ser pastor ejercía de herrero, carnicero y médico de caballos. Pero ninguno de sus talentos sirvió de nada. Nob estaba condenada. Le lavamos la cabeza e intentamos que comiera algo, pero no podía comer, y en un par de semanas la dejamos suelta para que pudiera acercarse a la casa a vernos y sobrellevar así el sufrir y la soledad que trae consigo la sombra de la muerte. Intentaba seguirnos a los niños, que durante tanto tiempo habíamos sido sus amigos y sus compañeros de juegos y trabajo. Era muy doloroso y descorazonador. Tenía varias hemorragias, y en la tarde de su último día, después de haber tenido uno de sus horribles ataques durante el que sangraba y apenas podía respirar, vino hasta mí

[2] *Revival meetings*. Servicios religiosos en los que se trata de incitar a los miembros de una congregación a conseguir nuevos adeptos entre los no creyentes. (N. del T.)

temblando, con una expresión suplicante que me rompió el corazón, y después de que le lavé la cabeza e intenté calmarla y apaciguarla, se tumbó, exhalo su último aliento y murió. Nos reunimos toda la familia alrededor de ella, llorando, con el corazón roto. Y después, polvo al polvo[3].

De todos los caballos que he conocido, era el más fiel, inteligente, juguetón y cariñoso, y también el más parecido a una persona, y conquistó nuestros corazones. Entre las muchas ventajas que tiene la vida rural para un niño, una de las mayores es la de conocer a los animales como compañeros también mortales, y aprender a respetarlos y a amarlos, e incluso a ganarse un poco de su cariño. Así es como la empatía crece y se extiende más allá de las enseñanzas de las iglesias y las escuelas, en las que con demasiada frecuencia se enseña esa doctrina miserable, cegadora y sin amor según la cual los animales carecen de alma y de mente y no tiene derechos que hemos de respetar, sino que han sido creados solo para el hombre, ya sea que este los cuide, los mime, los mate o los esclavice.

Al principio nos daban miedo las serpientes, pero pronto aprendimos que la mayoría de ellas eran inofensivas. Las únicas especies venenosas que vimos en nuestra granja fueron la serpiente de cascabel y la serpiente cabeza de cobre, un ejemplar de cada una de ellas. David vio la serpiente de cascabel, y ambos vimos la de cabeza de cobre. Un día, al volver mi hermano de su trabajo, nos informó de que había visto una serpiente que hacía un zumbido raro con la cola. Esta fue la única serpiente de cascabel que se vio en la granja, aunque se decía que eran comunes en las colinas calcáreas que había a unas ocho o diez millas. La serpiente de cabeza de cobre la descubrimos mientras estábamos arando, y en cuanto la miramos por primera vez —una mirada larga,

[3] «[…]cenizas a la ceniza, polvo al polvo». Del *Libro de Oración Común*, libro fundacional de oración de la Iglesia de Inglaterra en el que se describe la forma de realizar los oficios y ritos. (N. del T.)

fija, admirados y medio hipnotizados— supimos que era muy peligrosa. Cada fibra de su cuerpo, fuerte, flexible y tembloroso; su cabeza del color del cobre bruñido; y, sobre todo, sus ojos, fieros y vivos, todo parecía estar rebosante de un poder mortífero y nos instaba a ser precavidos. Y aun así es justo decir que este reptil tan hermoso como terrible no mostró intención alguna de atacarnos hasta que le empezamos a lanzar pegotes de tierra para que se alejara de una valla de madera en la que quería refugiarse para escapar de nosotros. Íbamos descalzos y, lógicamente, teníamos miedo de que se acercara, así que la bombardeamos con los terrones de tierra recién arada, lo cual no sirvió de mucho: nos miró a los ojos después de hacer una breve pausa, vio tal vez que estábamos asustados, y entonces vino directa hacia nosotros, con un aspecto aterrador y dando mordiscos al aire, e hizo que nos apartáramos de su camino, ganando así la batalla.

En las colinas abiertas y arenosas había muchas serpientes de hocico de cerdo, de esas que se hinchan y silban. Nuestro yanqui decía que su aliento era muy venenoso, y que no debíamos acercarnos a ellas. La más maravillosa de todas las serpientes, nos dijo, era una especie hermosa y con anillos, común en los lugares húmedos y umbrosos, ya que, si se la cortaba y troceaba, por muy pequeños que fueran los pedazos, estos se juntaban y recomponían la serpiente, que continuaba con su vida como si tal cosa. Las especies más comunes eran las delgadas y con rayas que había en las praderas y ríos, buenas nadadoras, que se alimentaban principalmente de ranas.

Una vez vi una de las más grandes, de unos dos pies de largo, persiguiendo a una rana en nuestro pasto, y era algo maravilloso ver la velocidad a la que este cazador, desprovisto de piernas, pies, alas o aletas, era capaz de correr. La rana, por supuesto, conocía bien a su enemigo, y hacía esfuerzos desesperados para salir del agua y esconderse en el barro de la ciénaga. Era un animalillo delgado, musculoso y con la piel amarilla y brillante, y daba unos grandes saltos por encima de la

hierba. La serpiente, de rayas verdes, se deslizaba veloz y sin detenerse, sin perder de vista a la rana, y de no ser por mi intervención, lo más probable es que hubiese terminado por agotar a la pobre saltarina. Y después, tal vez, mientras estuviera digiriendo su comida y disfrutándola, un halcón vendría y se comería a la feliz serpiente, con rana dentro y todo. Sorprendentemente, nuestras gallinas atacaban a los ejemplares más pequeños. Los perseguían y los picoteaban hasta matarlos y devorarlos, y se peleaban a veces entre ellas por el reparto del botín, pese a no ser este fácil de dividir.

También observábamos las costumbres de las veloces libélulas, las abejas salvajes, las mariposas, las avispas, los escarabajos, etc., y pronto aprendimos a separar las especies que podían manejarse sin peligro de aquellas que picaban o pellizcaban. Pero de todos nuestros vecinos salvajes, los primeros con los que de verdad intimamos fueron los mosquitos.

La pradera que se extendía entre nuestro lago bordeado de lirios y la colina de nuestra choza, hermosa bajo el sol tibio de la primavera, nos enviaba hordas sedientas de esta plaga; mosquitos pequeños, moteados de gris, silbantes y siempre dispuestos a picar. ¡Y de qué manera se presentaban ante nosotros! De nada servía el fuego que encendíamos en las tardes bochornosas para hacer humo y ahuyentarlos. Y entre las muchas lecciones que insistían en enseñarnos, nos maravillábamos sin cesar ante la amplitud de sus conocimientos, en especial ante el hecho de que en sus cuerpos diminutos hubiera espacio suficiente para un paladar tan exquisito. Si no había nada mejor, bebían de los indios morenos y ahumados, o de los viejos hombres blancos con sabor a tabaco y whisky. Pero la delicadeza de su gusto se manifestaba de manera especial en su aprecio entusiasta por los niños llenos de sangre roja y viva, y las muchachas en flor recién llegadas de Escocia e Inglaterra, sobre las que era agradable verles gozar mientras se daban un festín. Los indios, según nos dijeron, creían que si eran guerreros valientes, irían

después de muertos a un lugar feliz lleno de animales de caza en el que no hay cobardes ni mosquitos. Los cobardes, por su parte, acabarían en un lugar miserable sin nada que cazar y poder comer, y en el que el cielo estaba siempre oscuro, cubierto por enormes mosquitos del tamaño de una paloma.

Eramos grandes admiradores de los insectos acuáticos, negros y pequeños. Parecía que toda su vida consistía en jugar, volar a ras del agua, nadar, dar vueltas y bailar en pequeños grupos al borde de lago y en las fuentes de la pradera, al son de una música que nosotros no podíamos oír. Los patinadores de agua también parecían criaturas maravillosas, surcando la superficie del agua con sus largas patas peludas, y con burbujas de aire enganchadas bajo estas como pequeñas vejigas. A menudo deseábamos poder calzarnos de esa manera para patinar por el lago en verano igual que lo hacíamos en invierno cuando estaba helado. Y no eran menos maravillosos los barqueros de agua, que nadaban de espaldas y se impulsaban con su par de patas con aspecto de remos.

Qué gran alegría fue para nosotros los tres hermanos —David, Daniel y yo— cuando mi padre nos dio algunas tablas de pino para hacer una balsa. El día que la construimos y la botamos en el lago fue un día memorable. Nunca olvidaré nuestro primer periplo por las aguas cada vez más profundas, con los rayos del sol que penetraban en ellas y desvelaban las plantas extrañas que cubrían el fondo y los peces a nuestro alrededor, mirándonos y preguntándose si nuestro bote era un pez extraño y monstruoso.

El agua era tan clara que parecía casi invisible, y al pasar flotando lentamente sobre las plantas y los peces parecía que estuviéramos sujetos de manera milagrosa en el aire, y que explorásemos en silencio un auténtico reino de hadas.

Siempre teníamos que trabajar duro, pero si trabajábamos aún más, a veces teníamos algo de tiempo libre durante las largas tardes de verano para ir a pescar al atardecer, y los domingos algunas horas para navegar

tranquilamente por el lago en calma, sin caña de pescar ni escopeta. Fue así como aprendimos algunas cosas de sus habitantes: lucios, percas —perca común, perca sol y perca americana—, colimbos, patos, tortugas, ratas almizcleras, etc. Veíamos a las percas sol construir su nido en pequeños espacios abiertos entre los juncos, allá donde el agua no tenía más que unos pocos pies de profundidad, excavando y moviendo el barro suave y gris con sus morros, como cerdos, y construyendo receptáculos redondeados de cinco o seis pulgadas de profundidad y dos pies de diámetro, en los que depositaban su freza. ¡Y con qué hermosa e infatigable devoción los vigilaban, pasaban sobre ellos y ahuyentaban a los enemigos comedores de huevos cuando se acercaban a menos de una o dos varas del preciado nido!

El lucio es un pez salvaje dotado de una fuerza y una velocidad magníficas. Se tumba en el fondo a la espera de su presa, en una quietud perfecta como la de un tronco empapado de agua, observando con ojos fieros y hambrientos todo cuanto se mueve. A veces, mientras pescábamos otras especies desde el borde del bote, un lucio que no habíamos visto venía de pronto como un rayo y nos robaba el pez que habíamos capturado, antes de que nos diera tiempo a subirlo a bordo. El primer lucio que atrapé fue uno que saltó para coger un pequeño pez que colgaba de mi anzuelo, pero tuvo mala puntería y acabó dentro del bote como si cayera del cielo.

En invierno, algunos de nuestros vecinos pescaban lucios a través del hielo. Iban en carro hasta el lago, instalaban un buen número de sedales y anzuelos con pececillos vivos como cebo, hacían un bucle con cada sedal y lo enganchaban sobre unas ramillas de arbusto plantadas al lado de cada agujero, y se quedaban vigilando hasta que veían moverse los bucles cuando algún pez picaba el anzuelo. A veces se capturaban gran cantidad de lucios empleando este método cruel. Nuestro hermoso lago, al que nuestro padre puso el nombre de Fountain Lake (Lago

de la fuente), pero que los vecinos llamaban lago Muir[4], es uno de los muchos pequeños lagos glaciares que adornan el paisaje de Wisconsin. Lo alimentan unas veinte o treinta fuentes, tiene una milla de largo y media de ancho, y está rodeado de colinas bajas y exquisitamente modeladas salpicadas de robles y nogales, y prados llenos de hierbas, carrizos y muchas orquídeas y helechos hermosos. Tiene en primer lugar una zona de juncos verdes y brillantes, y justo después de estos una zona de cincuenta o sesenta pies de anchura con nenúfares (lirios de agua) blancos y naranjas, que en conjunto forman un borde hermosísimo. En los días soleados, cuando la brisa rizaba la superficie del agua, los nenúfares y los reflejos del sol bailaban juntos con una belleza radiante, y era difícil distinguir los unos de los otros.

Los domingos, antes o después de las tareas diarias, los sermones y las lecciones de la Biblia, nos pasábamos horas a la deriva en el lago, en especial en temporada de nenúfares, y allí recibíamos los sermones y las lecciones más hermosas del agua y las flores, los patos, los peces y las ratas almizcleras. En particular, seguíamos los consejos de Jesús y «teníamos en cuenta los lirios»[5] con devoción, viendo cómo crecían hermosos a partir del barro viscoso y gris, y cómo navegaban entre los reflejos del sol. En nuestro camino de vuelta a casa cogíamos grandes ramilletes de ellos, que se mantenían frescos durante toda la semana. Ninguna flor era tan admirada por los colonos europeos —escoceses, ingleses e irlandeses— como este nenúfar blanco (*Nymphoea odorata*). Es una planta magnífica, la reina de las aguas de interior, de un blanco puro y tres a cuatro pulgadas de diámetro; la más bella, suntuosa y deliciosamente fragante de todas nuestras flores de Wisconsin. Ningún

[4] El nombre actual del lago es *Ennis Lake*. (N. del T.)

[5] «¿Por qué se afanan por el vestido? Miren los lirios del campo, cómo crecen. Ellos no trabajan ni hilan; pero les digo que ni aun Salomón, con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos». *Mateo, 6:28–29*. (N.del T.)

jardín de lirios que hubiéramos visto en la civilización podía compararse con el jardín de nuestro lago.

La siguiente flor que más apreciaban los colonos en esta parte del Nuevo Mundo era la pulsatilla (*Anemone Patens* var. *Nuttalliana*). Es la primera que aparece en primavera, y cubre el suelo frío y gris oscuro con hermosos ramilletes. Antes de que llegaran las hachas y los arados a los claros de robles de Wisconsin, se las quitaba de en medio mediante quemas, casi cada otoño cuando la hierba ya estaba seca. Si por alguna causa, como por ejemplo una nevada temprana o una lluvia tardía, escapaban de la ardiente limpieza otoñal, lo más probable era que se las quemara en primavera, una vez que la nieve se hubiese fundido. Pero ya fuera que se quemasen en primavera o en otoño, las cenizas y los pedazos de ramas y tallos calcinados daban al territorio un aspecto lúgubre. Y entonces, cuando todavía no había brotado ni una sola brizna de hierba, aparecía una multitud esperanzadora de yemas peludas y sedosas del grosor de un pulgar, abriéndose paso entre las cenizas grises y negras, y antes incluso de haberse despegado del suelo se abrían de par en par en flores púrpuras de unas dos pulgadas de diámetro, sustituyendo las cenizas por una belleza gloriosa y abundante. En lugar de quedarse en el suelo esperando a que llegara el calor y trajera consigo otros compañeros, esta planta admirable parecía tener prisa por alzarse y dar alegría al paisaje desolado. Después, una vez que las otras plantas habían venido ya en su ayuda, desplegaba a su ritmo sus hojas y crecía hasta una altura de unos dos o tres pies. En el suelo, las hojas formaban un verticilo, y otro a mitad del tallo, este a la manera de un involucro, y en la parte superior las semillas, sedosas y con una larga cola de pelo, formaban un capítulo que parecía una segunda flor. Se formó una congregación religiosa entre los primeros colonos, y al principio los encuentros se celebraban en nuestra casa. Después de trabajar duro durante toda la semana, para nosotros los chicos era difícil aguantar los largos sermones sentados y sin movernos, en especial en las épocas

de más calor. En estos momentos somnolientos, la pulsatilla venía en nuestra ayuda. Bastaba tener un puñado de ellas en el bolsillo e ir masticándolas cuando los discursos estuvieran en su momento más soporífero, para que, gracias a su sabor picante, le mantuvieran a uno despierto y le llenaran la cabeza de flores.

Otras de las flores maravillosas que admirábamos, no solo por su belleza y su color, sino también por su curiosa forma, eran los *Cypripendium*, también llamados «zapatillas de dama» o «mocasines indios»[6]. Eran tan diferentes de las flores habituales de la vieja Escocia. En nuestra pradera y en las laderas en sombra crecían varias especies, de color amarillo, rosa o casi blanco, de una pulgada o más de diámetro, y con la forma exacta de un mocasín indio. Llamaban la atención de todos los colonos europeos, que se quedaban admirados observándolas, como niños pequeños. Lo mismo pasaba con las de los géneros *Calopogon, Pogonia, Spiranthes*, y muchas otras que vivían en nuestra pradera. El hermoso «turbante de turco» (*Lilium superbum*), que crece al borde de los ríos, era raro en nuestros alrededores, pero el lirio naranja crecía en abundancia en la tierra seca bajo los robles bur, y a menudo me recordaba a la praderita de lirios de la tía Ray en Escocia.

La asclepia, con sus brillantes flores de tonos escarlata, atraía grandes bandadas de mariposas y formaba hermosos macizos de color. Con el otoño llegaba una abundancia gloriosa de *Aster*, esa hermosa planta estrellada, junto con varas de oro, girasoles, margaritas y varias especies de *Liatris*, mientras que, alrededor de los bordes umbrosos de la pradera, muchos helechos se disponían formando lechos o se juntaban en grupos con forma de vasijas, y desplegaban sus bellos frondes, en especial las del género *Osmunda* (*O.claytoniana, regalis* y *cinnamomea*), y también *Onoclea sensibilis* y *Matteuccia struthiopteris*.

A principio de verano, nos dábamos buenos atracones de fresas, que crecían bajo las hierbas y los juncos, así como en los bosques secos y

[6] El nombre vulgar en español es «sandalias de la virgen». (N. del T.)

soleados. Y en determinados pantanos y turberas, al igual que en sus bordes y los de nuestra propia granja y a lo largo del río Fox, encontrábamos moras, arándanos rojos y una abundancia excepcional de arándanos azules, la materia prima de pasteles de un sabor y un tamaño maravillosos, que guardaban en su corazón el color del ocaso. Tampoco tardamos mucho en descubrir el valor de los nogales, de los que se obtenían azúcar y nueces. Contábamos con detalle las clases diferentes de ellos que había en nuestra granja, y cada mañana, cuando podíamos sacar un par de minutos antes del desayuno y después de haber terminado nuestras tareas domésticas, íbamos a visitar los árboles que habían sido hendidos con un hacha y recogíamos el delicioso y espeso sirope blanco que exudaba de ellos por esas heridas; y durante el veranillo de San Miguel, recolectábamos las nueces según caían, apresurándonos para obtener una buena ración antes de que nos la quitaran los chupasavias[7] y las ardillas. El nogal crea un magnífico tapiz de color, con cada hoja convertida en una flor, pero eran sin embargo su dulce savia y sus dulces nueces lo que más nos interesaba. No había en todos los bosques de Wisconsin nada que se cosechara con mayor placer y cuidado. Además, para nuestra alegría, encontrábamos muchas avellanas, y en ciertos lugares abundaban las manzanas silvestres. Eran tremendamente amargas, y nos solíamos llenar los bolsillos de ellas y retar al otro a comer una sin poner mala cara, lo cual no era una empresa sencilla.

Un día de verano en que hacía mucho calor, nuestro padre nos dijo que teníamos que aprender a nadar. Esta fue una de las cosas más interesantes que nos propuso jamás, aunque apenas nos dejaba tiempo para ir al lago, y rara vez intentó enseñarnos.

—Id con las ranas —decía—, y ellas os enseñarán todo lo que hace falta. Mirad sus brazos y sus piernas, y ved con qué suavidad se impulsan, se zambullen y vuelven a salir a la superficie. Cuando queráis sumergiros, poned los brazos junto al cuerpo o sobre la cabeza y gol-

[7] Ave piciforme del genero *Sphyrapicus*. (N. del T.)

pead con los pies, y cuando queráis subir, dejad las piernas quietas y remad con las manos.

En el extremo sur del lago, encontramos entre los carrizos una pequeña poza que cubría hasta la cintura y tenía unas pocas varas de ancho, con la forma de un nido de perca. Allí practicamos nuestras lecciones un buen número de veces, chapoteando y dando patadas, tratando de imitar fielmente a las ranas; pero ese deslizar suave y confortable de nuestras profesoras anfibias parecía imposible de aprender. Cuando intentábamos mover las piernas como una rana, se nos hundía la cabeza en el mismo momento en que separábamos los pies del suelo, como si estuviera lastrada con plomo. Un día se me ocurrió aguantar la respiración todo lo que pudiera y dejar que mi cabeza se hundiera tanto como quisiese sin prestarle atención, y entonces tratar de nadar bajo el agua en lugar de en la superficie. Fue un gran éxito, ya que en el primer intento conseguí cruzar toda la poza sin tocar el suelo, y pronto aprendí a utilizar las piernas. Después de esto, por supuesto, nadar con la cabeza fuera del agua resultaba tan sencillo que parecía algo completamente natural. David probó esta misma estrategia, también con éxito. Empezamos entonces a contar cuántas veces podíamos nadar alrededor de la poza sin pararnos a descansar, y después de que veinte o treinta vueltas no fueran suficientes para agotarnos, pensamos con orgullo que con un poco más de práctica ya seríamos animales tan anfibios como las ranas.

El 4 de julio de ese año de mis comienzos natatorios, uno de los chicos de los Lawson vino a visitarnos, y bajamos al lago para pasar aquel fantástico día cálido junto a los peces, los patos y las tortugas. Después de deslizarnos por el agua calma y clara como un espejo, contándonos historias y disfrutando la compañía de las criaturas felices que nos rodeaban, fuimos remando hasta nuestra poza, y David y yo saltamos al agua a darnos un baño mientras nuestro acompañante se quedaba en la barca pescando a poca distancia de los carrizos. Tras unas cuantas

vueltas a la poza, se me ocurrió que ya era hora de probar en aguas más profundas. Nadar a través de la espesura de carrizos y nenúfares podía ser peligroso, en especial para un principiante, ya que podían enganchársele los brazos o las piernas entre los tallos largos y flexibles. Aun así, me lancé con valentía hacia la barca, donde el agua tenía veinte o treinta pies de profundidad. Al llegar al pequeño bote, levanté mi mano derecha para agarrarme a él y dar una sorpresa a Lawson, que estaba de espaldas a mí y no se había dado cuenta de mi aproximación, pero no fui capaz de alzarme lo suficiente, y el peso de mi brazo, junto con el golpe contra el extraplomo trasero de la barca, me empujaron hacia el fondo haciendo que me hundiera, asustado y confuso. En cuanto mis pies tocaron el fondo, fui subiendo lentamente hacia la superficie, pero antes de que pudiera recuperar suficiente resuello como para pedir ayuda, me hundí de nuevo y perdí el control de mí mismo. Después de hundirme y subir no sé cuántas veces, me entró algo de agua en los pulmones y empecé a ahogarme. Entonces, de repente, lo vi claro. Recordé que podía nadar bajo el agua y, luchando desesperadamente para llegar a la orilla, logré alcanzar un punto en el que, con los pies en el fondo, podía sacar la boca por encima de la superficie, pedí ayuda entre jadeos, y me subieron a la barca.

Este accidente humillante me estropeó el día, y todos decidimos mantenerlo en absoluto secreto. Mi hermana Sarah me había oído pidiendo ayuda, y al llegar a casa preguntó que había sucedido.

—¿Te estabas ahogando, John? Te he oído gritar que no podías salir del agua.

Lawson se apresuró a responder:

—¡Qué va! Solo estaba divirtiéndose.

Estaba muy avergonzado y, por la noche, después de revisar con calma lo sucedido, llegué a la conclusión de que no había una causa razonable para el accidente, y que debía castigarme a mí mismo por haber estado a punto de perder la vida debido a mi miedo cobarde. Por

ello, en cuanto tuve ocasión me fui yo solo al lago, me subí en la barca, y en lugar de volver a la poza a practicar o intentar hacer correctamente aquello en lo que había fracasado estrepitosamente —esto es, nadar a través de los carrizos y los nenúfares—, remé hasta el centro del lago, me quité la ropa, me puse de pie sobre el asiento de la parte trasera y, con gran decisión, me tiré de cabeza, bajé hasta unos treinta o cuarenta pies, di media vuelta y, dejando mis pies colgando, me impulsé con las manos hasta la superficie tal y como mi padre me había indicado que había que hacer. Después, nadé alrededor de la barca orgulloso de la confianza que había recobrado de pronto y de aquella victoria sobre mí mismo, me subí de nuevo a bordo y volví a zambullirme, con idéntico éxito y triunfalismo. Creo que lo hice unas cuatro o cinco veces, y cada una de ellas, al impulsarme para saltar, gritaba «¡Chúpate esa!» y sentía que iba recuperándome a mí mismo.

Desde aquel día, nunca he vuelto a perder el control dentro del agua. Si me tiraran de pronto al mar por la borda en mitad de la oscuridad, o incluso mientras estuviera dormido, creo que me repondría de inmediato de una manera que algunos llamarían «instinto», me alzaría por encima de las olas, recuperaría el aliento e intentaría ver cual es el mejor plan a seguir. Nunca una victoria sobre mí mismo fue tan completa. Desde entonces, he sido un buen nadador. Creo que, a ritmo tranquilo, podría nadar durante todo un día en aguas tranquilas y de temperatura moderada. Cuando estudiaba en Madison, los sábados solía hacer largos recorridos a nado —a los que llamábamos «expediciones de exploración»— a lo largo de la orilla sur del lago Mendota, a veces solo y a veces junto a otro explorador anfibio de nombre Fuller.

Mis aventuras en Fountain Lake me recuerdan a la historia del chico que se rompió un brazo al caer de un árbol al que se había subido para robar el nido de un cuervo, y que, tan pronto como estuvo curado, se obligó a sí mismo a escalar hasta lo alto de ese árbol del que se había caído.

Como a la gran mayoría de niños escoceses, se nos inculcaba una abnegación de lo más estricto, con razón o sin ella: mortificar la carne, someter nuestros cuerpos a los preceptos de la Biblia, y castigarnos sin piedad por cada falta que imaginábamos o cometíamos. Un muchacho que ayudaba a su hermana a traer las vacas de vuelta a casa dijo una vez una palabra prohibida.

—Tendré que decírselo a papá —dijo su hermana, horrorizada—. Le diré que has dicho una palabrota.

—Bueno —dijo el muchacho como excusa—, no he podido evitar que me saliera, pero no es peor decirlo en voz alta que pensarlo en silencio.

Un violinista escocés que tocaba en una boda bebió tanto whisky que en el camino a casa se cayó al borde de la carretera, y por la mañana estaba tan avergonzado y enfadado que tomó la decisión de castigarse por aquello. Corrió hasta la casa de un amigo, un guarda de caza, y le dijo que saliera y le prestara un arma. El amigo, desconfiando de su aspecto y su voz, le preguntó de inmediato lo que iba a hacer con ella.

—No irás a pegarte un tiro, ¿no?

—No —replicó candoroso el penitente violinista—, no creo que vaya a matarme. Voy a darme una vuelta con ella por el río y pegarme un buen susto.

Una mañana tranquila de verano se ahogo en nuestro lago un carpintero cabecirrojo. El accidente sucedió en el extremo sur, enfrente de la poza que usábamos para nadar, a unas pocas varas del lugar donde, unos años antes, yo había estado a punto de ahogarme. Acababa de volver de la universidad estatal para pasar en el viejo hogar las vacaciones de verano, y, puesto que había empezado a estudiar botánica, llegaba cargado de entusiasmo y fui corriendo a mis adorados jardines de *Pogonia, Calogopon* y *Cypripedium*, mis helechares de *Osmunda*, y los lirios y las plantas carnívoras del lago. La brisa dejó de soplar poco antes del atardecer, y el lago, sobre el que las colinas arboladas se reflejaban

como en un espejo, aparecía moteado y arañado por todas partes, allá donde los peces y las tortugas asomaban sus cabezas a la superficie o las ratas almizcleras se deslizaban con sus colas planas y dejaban estelas resplandecientes. Me quedé un rato rememorando los viejos tiempos, tiempos duros y de felicidad incompleta, y viendo cómo los carpinteros cabecirrojos —mis favoritos— perseguían a los insectos igual que hacen los papamoscas; después, nadé a través de los carrizos hasta la mitad del lago, y desde allí hasta el extremo norte y vuelta, avanzando lentamente y mirando todo lo que tenía alrededor, disfrutando del paisaje como lo haría en un paseo por la orilla y estudiando las costumbres de los animales, que quedaban explicadas y registradas en el cristal pulido del agua. A la vuelta, cuando estaba a unas cien varas del final de mi recorrido, descubrí unos chapoteos que, según pensaba, no podían deberse a ningún pez que saltara del agua o a cualquier otro habitante del lago, ya que en lugar de las ondas concéntricas que se producen cuando una cabeza se asoma o un pez salta y cae con una leve salpicadura, o bien una rata o un colimbo se zambullen, lo que había era una lucha constante que duró varios minutos, antes de que las ondulaciones, que se alejaban e interferían unas con otras, se apagaran. Nadé rápidamente hacia allí para ver qué era lo que sucedía, y encontré a uno de mis carpinteros flotando inmóvil con las alas abiertas. Ya no había nada que hacer. Si hubiera llegado un par de minutos antes, quizás hubiera podido salvarle. Supongo que se habría lanzado al agua en pos de algún insecto y luego no habría sido capaz de volver a echar a volar, y allí había muerto peleando por salir, como casi me sucedió a mí en ese mismo lugar. Al igual que yo, parecía que había perdido la cabeza cegado por la confusión y el miedo. El agua estaba templada, y si se hubiera mantenido quieto con la cabeza fuera del agua, tarde o temprano habría sido arrastrado hasta la orilla. Ya sean de hombres o

de aves, los vuelos más certeros «a menudo se tuercen»[8], aunque esta era la primera vez que veía a un pájaro perder la vida ahogado.

No hay duda de que los accidentes en el mundo animal son más habituales de lo que en general se piensa. He visto codornices matarse tras chocar con nuestra casa al asustarse de pronto. Algunos pájaros se enredan en los pelos de sus propios nidos y mueren. Una vez encontré en nuestro prado una pobre agachadiza que no podía volar después de una puesta difícil. Me apené de la pobre madre, la recogí de la hierba y la ayudé tan suavemente como pude. En cuanto consiguió dejar salir el huevo, se fue volando feliz. A veces pienso que es raro que uno pueda pasearse por los bosques, las montañas y las llanuras durante años y no ver una sola mancha de sangre. La mayoría de los animales salvajes llegan al mundo y se van de él sin que nadie se dé cuenta. De cualquier manera, acabamos aprendiendo que todos ellos, al igual que nosotros, están a merced de los designios del azar. Muchos pájaros pierden la vida durante las tormentas. Recuerdo un invierno particularmente frío en Wisconsin, con temperaturas bajo cero y nieve profunda, lo cual impedía a las codornices, que se alimentan de la tierra, obtener suficiente comida, como tristemente quedaba demostrado en una bandada que encontré cerca de la granja, congelada en un matorral de pequeños robles. Estaban en un círculo de un pie de diámetro, con las cabezas hacia fuera, apretadas para mantener el calor. Habían muerto sin aspavientos, quizás más por hambre que por congelación. Muchos pequeños pájaros pierden la vida en las tormentas de principio de primavera, o incluso en las de verano. Una vez, en una mañana templada de primavera, recogí de entre la hierba y las flores más de una veintena —la mayoría de ellos gorriones— que habían muerto durante una tormenta repentina de aguanieve y granizo.

[8]Cita del poema *A un ratón* de Robert Burns. «Los planes mejor elaborados de hombres y ratones / a menudo se tuercen» (*The best-laid schemes o' mice an' men / Gang aft agley*.) (N. del T.)

En una oquedad al pie de un tronco que corté un día frío de invierno, encontré una pobre ardilla congelada y dura como una piedra dentro de su acogedor nido de hierbas, en medio de una reserva de trigo, recolectada cuidadosamente, de casi un *peck*[9]. Me la llevé a casa y la descongelé y le di calor en la cocina, esperando que volviera a la vida igual que un lucio que capturé en el lago a través de un agujero en el hielo, el cual, después de haber quedado congelado y en un bloque de hielo duro como un hueso, y descongelarse junto al fuego, se escurrió de entre las manos del cocinero cuando este había ya empezado a rasparlo, saltó de la mesa y se puso a bailar en el suelo con unos brincos fabulosos, como si tratara de regresar al lago. Sin embargo, nada se pudo hacer para revivir a la pobre ardilla. Murió sin ningún sufrimiento, mientras dormía hecha un ovillo con su cola enrollada alrededor del cuerpo.

[9]Medida imperial de volumen equivalente a 8,81 litros (N. del T.)

Un paraíso de pájaros

Los claros de los robledales de Wisconsin eran un paraíso veraniego para los pájaros cantores, y también un lugar excepcional para conocerlos, ya que los árboles estaban separados y le permitían a uno verlos llegar en primavera para buscar un hogar, así como observar su cortejo, la construcción del nido y la cría de los polluelos. Y, una vez que estaban fuertes y bien desarrollados, ver a todas las familias del vecindario juntarse y prepararse para partir en otoño. Excepto los gansos, los patos y las palomas, casi todas las aves veraneantes llegaban solas o en bandadas pequeñas y lentas, pero cuando el frío y la escarcha les hacían pensar en sus cuarteles de invierno, se reunían en grandes bandos sobre árboles muertos o sin hojas junto a un campo o una pradera, tal vez para ir conociéndose entre ellos y charlar sobre aquello. Algunas especies hacían reuniones diarias durante varias semanas antes de lanzarse a sus largos periplos de camino al sur. Por extraño que parezca, nunca les vimos partir. Nos levantábamos una mañana y se habían ido. No hay duda de que efectuaban su migración durante la noche. En comparación, las especies que se quedaban todo el invierno eran pocas: trepadores, carboneros, búhos, gallos de la pradera, codornices, y algunos pocos rezagados de las bandadas principales de patos, arrendajos, halcones y

azulejos. Los arrendajos y azulejos comenzaron a pasar todo el invierno con nosotros una vez que se colonizó la región.

Los valientes carboneros y trepadores, desafiando al frío, se quedaban todo el año y no dependían ni de las granjas, ni de la comida, ni de nada que viniera de los hombres.

Con los primeros signos de la primavera, llegaban los valerosos azulejos, hermosos cantores de un azul tan intenso como el del cielo más puro, y por supuesto todo el mundo los quería. Su gorjeo rico y preciso es delicioso, relajante y lleno de alegría, dulce y susurrante; la marca de amor de la naturaleza, y cada una de sus notas va directa al corazón. Además, son duros y aguerridos, y luchan sin miedo cuando de defender su hogar se trata. Cuando los niños nos acercábamos a sus nidos en la oquedad de un árbol, estas criaturas pequeñas pero valientes no cesaban de chillarnos y de lanzarse sobre nosotros para tratar de picarnos en la cara, y a menudo temíamos que pudieran picarnos en los ojos. Aun así, la valentía de estos pequeños guardianes hacía que les quisiéramos aún mas.

Ninguno de los pájaros de Wisconsin nos dio una bienvenida tan cordial como el zorzal petirrojo. Sin alarmarse en absoluto ante la llegada de colonos a sus bosques nativos, criaban a sus polluelos en nuestros jardines como si les gustara nuestra compañía, y con qué devoción admirábamos la belleza y los modales exquisitos de estos pájaros elegantes, y su alegre canto que dice: «no tengas miedo, no tengas miedo, ¡ánimo!, ¡ánimo![1]». Era lógico que nos gustaran, porque nos recordaban a los petirrojos de Escocia. Al igual que los azulejos, se enfrentaban a cualquier peligro por defender su hogar, y a menudo nos preguntábamos cómo unos pájaros tan agradables podían ser tan bravos, y cómo unos cantores con una voz tan dulce podían chillar y luchar con tal fiereza.

[1] En inglés, "Fear not, fear not, cheer up, cheer up", frase de sonido similar al canto de este pájaro. (N.del T.)

De todos los grandes cantores que endulzan Wisconsin, uno de los más conocidos y queridos es el cuitlacoche rojizo, fuerte y sociable aunque sin ser familiar, y fácil tanto de oír como de ver. Su momento preferido para cantar es en las tardes de cielo púrpura y rosado, tras una tormenta, cuando el viento se ha parado y los vapores del suelo, junto con las flores y las hojas, llenan de fragancias el aire. El macho se apresura entonces a encaramarse sobre un roble y, entusiasmado, canta fuerte y claro hasta el ocaso, supongo que en especial para su compañera, que empolla sus preciosos huevos sobre un montón de ramillas. ¡Y qué fiel, protector y valiente que es! ¡Pobre de la serpiente o la ardilla que se atreva a pasar cerca del nido! Lo hemos visto a menudo lanzándose sobre ellos, picándoles en la cabeza y espantándolos con tanta valentía como los tiranos cuando espantan a los halcones. Sus tonalidades, ricas y variadas, hacían vibrar el aire, y los niños intentábamos a menudo interpretar su melodía salvaje y ponerla en palabras.

Después de los cuitlacoches llegaban los charlatanes a gorjear y gorgotear como fuentes inagotables de cantos, y a derramar sobre las amplias praderas del río Fox su caudal de notas dulces, de una variedad y un volumen maravilloso, mientras sobrevolaban con alas temblorosas sus nidos escondidos en la hierba. Nos asombraba que un pájaro de tan poco tamaño guardarse en sí tantos cantos increíbles. La música que salía de cada uno de ellos era suficiente para toda una bandada, y cantaban como si todo su cuerpo y sus plumas y cada parte de ellos estuviera hecha de música, en una melodía fluida, luminosa y burbujeante salpicada de pequeños destellos. No conocimos a los charlatanes tan íntimamente como a los cuitlacoches, ya que vivían en los prados lejanos del río Fox, mientras que los cuitlacoches estaban en cada casa y cantaban allí desde lo alto de los árboles. De nuestros grandes cantores, los charlatanes eran de los primeros en dejarnos en otoño, al parecer para ir directamente a las plantaciones de arroz de los estados del sur, donde engordaban y se

les mataba en número incontable para servir de comida. Un destino triste para unos músicos tan divinos.

Uno de los cantores más alegres es el turpial alirrojo. En primavera, cuando sus hombros de color carmesí brillan con más fuerza y la hembra, modesta y gris, se queda en el nido hecho sobre los carrizos del pantano, el macho se posa en un roble cercano y canta con devoción durante toda la jornada. Su canto puede escribirse como «baumpalí, baumpalí», o «bobalí», según algunos lo interpretan. En el verano, terminado ya el periodo de cría, se reúnen en bandadas de varios cientos o miles para alimentarse de maíz cuando este se encuentra en estado lechoso. Se dispersan a lo largo de una plantación y cada uno selecciona una mazorca, la pela hasta que no quedan cubiertas más que una o dos pulgadas en el extremo y disfruta del festín; y, una vez que todos están saciados, se ponen en vuelo al mismo tiempo con un zumbido de alas, como una congregación religiosa cuando el pastor, tras el himno, dice: «Pónganse todos en pie para cantar». Aterrizan en árboles cercanos y allí, cantando a corazón abierto, estallan en un concierto glorioso y alegre sin preludio alguno, hecho de cientos o miles de voces exultantes, cada cual con su dulce «baumpalí» mezclado con explosiones vibrantes de notas musicales, y crean así un canto de felicidad indescriptible y lleno de entusiasmo. Esta es una combinación como ninguna otra que pueda escucharse en el reino de los pájaros: un conjunto de gaitas, flautas, violines, pianos y voces casi humanas que brotan al unísono. Y de pronto alguien en esa congregación grita «¡Chirr! ¡Chirr!», y todos callan como si hubieran muerto.

Otro de nuestros favoritos era el turpial oriental, con su canto sencillo y tranquilo, y pronto comenzamos a admirar también a la oropéndola de Baltimore y sus maravillosos nidos colgantes, así como a la tángara rojinegra, que brillaba entre las hojas verdes como un fuego encendido.

Sin embargo, ningún cantor llegó hasta nuestros corazones tanto como el pequeño gorrión melódico, uno de los primeros en llegar y comenzar a construir su nido y cantar. La riqueza, la dulzura y el *pathos* de los cantos de esta pequeña avecilla, posada sobre un arbusto bajo, a veces nos llenaban los ojos de lágrimas.

El diminuto carbonero, alegre y modesto, a quien aman todos los hombres, mujeres, niños y niñas inocentes —y muchas otras personas en absoluto inocentes—, fue uno de los primeros pájaros que llamó nuestra atención. A medida que avanzaba el invierno, se acercaba más y más a nosotros para cantar sus débiles notas plateadas, entrecortadas y campanilleantes, que terminaban siempre en un brillante «di, di, di», por muy gélido que fuera el tiempo.

Los trepadores, que también pasaban todo el invierno con nosotros, estaban entre los preferidos de los muchachos. Nos encantaba mirarlos recorrer cabeza abajo los surcos de la corteza de los robles y nogales, según iban levantando con gran habilidad astillas y trozos sueltos de corteza para buscar insectos, y se enfrentaban al frío como si las pequeñas chispas de sus vidas estuvieran tan seguras en el invierno como en el verano, y ni la más cruda de las heladas pudiera apagarlas. Con la ayuda de los carboneros, animaban de manera deliciosa los días solemnes del invierno, y cuando estábamos cortando madera nos asombrábamos siempre al ver que sus patitas finas eran capaces de mantener el calor, mientras que los dedos de nuestros pies estaban dolorosamente helados a pesar de tenerlos envueltos en calcetines gruesos y botas. Y todavía era mayor nuestra admiración y nuestro asombro cuando pensábamos que estos pajarillos diminutos dormían en el agujero de un árbol cuando la temperatura estaba por debajo de cero, a veces hasta a treinta y cinco bajo cero, y que, después de un desayuno rápido hecho a base de unos pocos insectos congelados y algunos cristales de escarcha, jugaban y conversaban en tonos joviales como si la comida, el tiempo y todo lo demás estuviera a la misma temperatura que sus corazones calientes.

El yanqui nos dijo que a este pequeño lo llaman «Demonio cabeza abajo[2]»

Sus grandes vecinos los búhos también tocaban buena música en invierno, y su canto era poderoso, con compases salvajes y valientes que denotaban un confort bravío, sin importar la fuerza con que azotara el frío. El ulular de las especies con las gargantas más amplias nos parecía el más salvaje de todos los sonidos del invierno.

Los gallos de la pradera se paseaban alrededor de la cabaña en grupos familiares, picoteando semillas y saltamontes como si fueran aves de corral, y se hicieron aún más abundantes a medida que se multiplicaron los campos de trigo y maíz, aunque también, por supuesto, más salvajes cuando se convirtieron en el blanco de todas las escopetas del país. El reclamo explosivo de los machos durante la temporada de apareamiento era uno de los sonidos más fuertes y extraños del principio de la primavera, y en las mañanas tranquilas podía oírse sin problema a media milla o tres cuartos de milla. En cuando se derretía la nieve del suelo, se reunían en un lugar abierto en grupos de una docena de individuos, normalmente al borde de una parcela arada, se atusaban las plumas, hinchaban las curiosas bolsas de aire a ambos lados del cuello, y se pavoneaban haciendo gestos extraños, glugluteando como pavos y produciendo unos retumbos sólidos y poderosos —¡bum! ¡bum! ¡bum!— interrumpidos por sonidos de ahogo. Mi hermano Daniel cogió una hembra que estaba sentada en su nido en nuestro campo de maíz. Los polluelos son como pollos de corral, corren junto a la madre en cuanto salen del huevo y se quedan a su lado hasta el otoño, alimentándose del suelo y sin echar a volar nunca salvo si se los molesta. En invierno, cuando ya están completamente desarrollados, se juntan en grandes bandadas y vuelan al atardecer hacía sus dormideros en lo alto de árboles bien escogidos, y al amanecer hacía los lugares

[2] Los trepadores descienden por el tronco de los árboles con la cabeza hacia abajo. (N. del T.)

donde se alimentan —campos de maíz sin recolectar, si hay alguno en los alrededores, o matorrales de sauces y abedules enanos, cuyas ramas constituyen una buena parte de su dieta cuando el suelo está cubierto de nieve—.

En el verano, los arrozales al borde del río Fox y alrededor del lago Pucaway servían de hogar a millones de patos, y durante el veranillo de San Miguel, cuando el arroz estaba ya maduro, engordaban de manera muy notable. Los ánades reales, en particular, le aportaban a nuestros vecinos yanquis unos festines prácticamente gratuitos, ya que a veces mataban hasta media docena de ellos con un solo disparo, pero a nosotros rara vez se nos permitía pasar más de una hora cazando, por lo que conseguíamos muy pocos. La temporada otoñal de patos era una buena época también para los indios, que engordaban y se daban buenos banquetes no solo a base de pato, sino también de arroz salvaje, que recogían en grandes cantidades deslizándose con sus canoas por mitad del cultivo, doblando manojos de plantas a los lados y golpeándolos con pequeños remos para sacar el grano.

La temperatura cálida de las fuentes profundas que formaban el arroyo de nuestra pradera hacía que este no se congelará en ningún momento del año, y unas pocas parejas de pato joyuyo —el que era para nosotros el más hermoso de todos los patos— pasaban el invierno en él. Recuerdo bien el primer ejemplar que vi. Mi padre le disparó en el arroyo durante una tormenta de nieve, lo trajo a casa y nos llamó para que fuéramos a verlo:

—Venid, muchachos, y admirar el trabajo de Dios en este hermoso pájaro. Nadie salvo Dios podría pintar plumas como estas. Mirad bien estos colores, cómo brillan y lo bien que se superponen y se combinan, igual que los colores del arcoíris.

Y todos estábamos de acuerdo en que nunca antes habíamos visto un pájaro tan bonito.

Había una pareja que anidaba cada año en lo alto de un tocón de roble hueco de unos quince pies de altura, situado en el borde de la pradera, y nos preguntábamos cómo llevarían a los polluelos algodonosos desde el nido hasta el lago, atravesando la pradera, cuando no eran más que pollitos diminutos; si la madre los llevaría en la espalda o en la boca. Nunca vi cómo lo hacían ni supe de nadie que lo hubiera visto, hasta el verano en que el señor Holabird, un observador paciente y minucioso, me dijo que él una vez había visto a la madre llevarlos desde el nido en la boca, yendo y viniendo rápidamente hasta un riachuelo cercano, y en unos pocos minutos estuvieron todos allí y se alejaron juntos a nado.

A veces pasaba alguna bandada de cisnes volando a gran altura en mitad de su largo viaje, y admirábamos el toque de corneta claro de sus cantos, aunque rara vez se detenían en alguno de los lagos de los alrededores, tan raramente que cuando lo hacían se hablaba de ello durante años. Un herrero abatió uno en el estanque de un molino usando un rifle Sharp de largo alcance, y mucha gente vino desde lejos para verlo.

De entre las aves de gran tamaño que animaban la primavera y el verano, una de las más salvajes y recelosas era la barnacla canadiense, que volaba en bandadas con forma de uve. Pocas veces se atrevían a aterrizar en nuestro pequeño lago, por miedo, supongo, a que hubiera cazadores escondidos entre los carrizos. Pero a menudo, debido a su afición a las hojillas tiernas del trigo invernal cuando este tenía solo unas pocas pulgadas de altura, bajaban a nuestros campos en su camino hacia el sur, y en ocasiones incluso a nuestros campos de maíz cuando había una tormenta de nieve y estaban hambrientas y cansadas de volar, y llevaban casi una pulgada de nieve en sus espaldas. Sentíamos pena por ellas en esas circunstancias, incluso si al mismo tiempo intentábamos dispararlas. Eran exageradamente precavidas, y normalmente volaban varias veces alrededor de las vallas y matorrales circundantes para asegurarse de que no había ningún enemigo en las proximidades

antes de posarse, y siempre una de ellas se quedaba haciendo guardia mientras el resto comía, y cada cierto tiempo otra le daba el relevo. Por ello, no había forma de arrastrarse hasta ellas sin ser visto; había que estar bien escondido antes de que la bandada llegase. El sueño de los chicos era lograr dispararle a una de estas aves tan asustadizas. Yo solo conseguí matar dos, ambas de un único disparo —dos pájaros de un tiro, según se dice—. Cuando corrí a recogerlas, una de ellas echo a volar, pero la pobre estaba herida y no llegó muy lejos. Cuando la atrapé tras una breve persecución, emitió un grito de terror y desesperación, muy penetrante, que la líder de la bandada pudo oír a una distancia de unas cien varas. Habían salido volando en desbandada, llenas de pánico, pero ya habían vuelto a disponerse en forma de uve cuando la líder escuchó aquel grito, y nunca olvidaré la valentía con la que abandonó su lugar y regresó chillando y me atacó para tratar de salvar a su compañera. Me eché al suelo y me cubrí la cabeza con las manos, y así me libré del golpe de sus alas. Por suerte, había dejado mi escopeta en la valla, y el noble pájaro salvo su vida, que con tanta valentía había arriesgado al intentar salvar a su amiga o vecina o pariente. Para un pájaro tan tímido, atacar sin temor alguno a un cazador es un gesto maravilloso de compañerismo y coraje. Esta fue una de mis experiencias más extrañas como cazador. Nunca antes había pensado en las barnaclas como animales peligrosos, ni tampoco capaces de una devoción como aquella, que las llevara incluso a sacrificarse de esa manera.

El reclamo fuerte y nítido de los hermosos colines de Virginia era uno de los sonidos primaverales más agradables y característicos, y no tardamos en aprender a imitarlo con tal fidelidad que a veces algún gallo envalentonado aceptaba nuestro desafío y venía volando para pelear con nosotros. Los jóvenes corren desde que salen del cascarón y siguen a sus padres hasta la primavera, durmiendo en el suelo en grupos compactos, con la cabeza hacía fuera, listos para salir volando y dispersarse. Cuando llegamos, estos pájaros no eran comunes, pero

una vez que las plantaciones de trigo empezaron a proporcionarles comida abundante, se multiplicaron a gran velocidad, a pesar de que a veces pasaban penurias en los inviernos más crudos, cuando había dos o tres pies de nieve y su alimento quedaba completamente cubierto, y el mercurio bajaba hasta los veinte o treinta grados bajo cero. En ocasiones, cuando se veían presionados por un hambre extrema en las épocas más crudas y de más nieve, y a pesar de ser asustadizos debido a que se los cazaba habitualmente, se atrevían a entrar en los graneros o incluso se acercaban a las puertas de las casas, buscando toda clase de restos y migas, como si mendigaran un poco de comida. Uno de nuestros vecinos vio una bandada de ellos que venían arrastrándose por la nieve, incapaces de volar y sin apenas poder andar, y mientras se iban acercando algunos de ellos cayeron y se murieron. Esto demuestra que los pájaros, normalmente tan llenos de vigor y en apariencia independientes del azar, sufren y pierden la vida igual que nosotros cuando el tiempo es extremo, y mueren congelados igual que los colonos que quedaban atrapados en una tormenta de nieve. Ninguno de nuestros vecinos murió en una de esas tormentas, pero muchos de ellos sufrieron en sus pies, orejas o dedos principios de congelación o congelaciones totales.

En cuanto el hielo del lago se derretía, escuchábamos los reclamos de los colimbos, uno de los sonidos más salvajes y sorprendentes de toda la naturaleza: un grito sobrenatural triste y apesadumbrado, mitad risa y mitad lamento. De cualquier forma, el colimbo grande, que era nuestra especie en particular, es un pájaro hermoso, valiente y fuerte, capaz de nadar tanto dentro como fuera del agua, y arponear y cazar a los peces más veloces. Los que habitaban en nuestro lago eran tan cautelosos que durante muchos años no se mató a ninguno, aunque todos los muchachos de los alrededores soñaban con abatir uno para demostrar sus dotes de cazador. En una de nuestras gélidas vacaciones de Año Nuevo, me sorprendió ver un colimbo en la pequeña parte

del lago, junto a la desembocadura del riachuelo, que no se helaba a causa de la fuente de agua caliente. Sabía que no podía salir volando de un lugar tan pequeño, ya que estos pájaros son pesados y necesitan recorrer media milla aleteando antes de alzar el vuelo. Sus alas, estrechas y con forma de aletas, son muy pequeñas en comparación con el peso del cuerpo, y es evidente que están hechas para nadar por el agua y el aire, y consiguen cazar los peces que les sirven de alimento gracias a la velocidad a la que vuelan por el agua, así como a los rápidos golpes que asestan con sus picos largos y afilados como lanzas. Corrí por la pradera con mi escopeta, me metí en mi bote, y me lancé a perseguir al pobre pájaro bloqueado por el invierno. Obviamente, se sumergió una y otra vez, pero tenía que subir a tomar aire, y al final conseguí dispararle en la cabeza y lo herí o lo dejé aturdido, lo cogí, y corrí de vuelta a casa lleno de orgullo a mostrar mi trofeo. Lo llevé en brazos; no intentó escaparse ni atacarme, y cuando lo dejé en el suelo delante del fogón, se quedo tumbado tranquilo sobre su estómago —tan inmóvil y en silencio como un ejemplar disecado sobre una estantería—, mantuvo el cuello erguido sin que pareciera estar sufriendo en absoluto, y a pesar de no moverse, sus pequeños ojos negros parecían escrutar sin descanso todo a su alrededor. El pico, formidable y muy afilado, de tres o tres pulgadas y media de largo, con la forma de un punzón, lo mantenía perfectamente horizontal. Pero lo sorprendente era que no luchaba ni hacía el más mínimo movimiento. Teníamos en casa un gato calicó, un viejo Micifuz con gran experiencia, a quien le gustaba tanto ponerse bajo la estufa en los días de frío que era difícil hacerle salir de allí incluso con una escoba; sin embargo, cuando vio y olió a aquel extraño pájaro blanquinegro y con manchas que olía a pescado, distinto a todos los que había visto antes, se fue corriendo de inmediato a la esquina opuesta de la cocina, miró con cautela y desconfianza, y empezó a analizar y estudiar a aquel forastero hermoso pero de aspecto peligroso. Fue sintiendo más interés y curiosidad, y al final dio un par de pasos para

olerlo y verlo más de cerca; y como el pájaro se mantuvo completamente inmóvil, siguió acercándose más y más hasta llegar a unos cinco o seis pies de su pecho. Entonces el colimbo, a quien no parecía gustarle ver al gato tan de cerca —quizás porque le recordaba a los visones y ratas almizcleras con los que tenía que pelear cuando se acercaban a su nido—, se preparó para defenderse y fue echando su pico afilado hacia atrás muy lentamente, de manera casi imperceptible, y sin hacer ningún movimiento lo dejó allí, horizontal y listo para atacar, justo por encima de su cola. Viendo que el pico, aunque peligroso, quedaba ahora tan lejos, el gato acabó de convencerse de las intenciones pacíficas del recién llegado y se atrevió al fin a acercarse, con ojos curiosos y nariz temblorosa, hasta unas dieciocho o veinte pulgadas del pecho suave y blanco del colimbo. Cuando este, en apariencia tan pacífico e inofensivo como una flor, vio que su peludo enemigo estaba ya a la distancia adecuada, y sin duda conociendo bien el alcance de su pico, lo lanzó hacia adelante tan rápido como un rayo, en un contraste impresionante con la lentitud de la maniobra preparatoria. El disparo fue de una precisión milimétrica. Golpeó al gato en mitad de la frente, entre los ojos. Pensé que le había roto el cráneo. Quizás fuera cierto. No puedo describir la sorpresa repentina del gato, lleno de ira, ni tampoco su indignación, su rabia, su terror o su dolor. Todo eso lo expresaban sus ojos y sus gritos. Al recibir el golpe, hizo un ruido que yo nunca había oído antes hacer a un gato ni he vuelto a oír desde entonces: una especie de «Wuck!» muy profundo, breve, estridente, explosivo, que emitió mientras daba un salto como un potro salvaje. Y cuando aterrizó, cruzó como un loco la habitación y trató desesperadamente de trepar por la escayola de la pared. Como no le parecía suficiente haber puesto entre él y su misterioso enemigo el ancho de la cocina, intentó salir de la casa por primera vez en todo el invierno, de cualquier manera posible y hacia cualquier lugar fuera de aquella habitación contaminada por el colimbo. Cuando por fin se atrevió a mirar hacia atrás y vio que aquel

pájaro bárbaro estaba todavía allí, calmado e inmóvil delante del fogón, recuperó el control de algunos de sus sentidos y empezó a inspeccionar con cuidado su herida. Pegado a la pared en el rincón más alejado, y sin perder de vista al pájaro, se tocaba con delicadeza y se limpiaba el lugar dolorido, mojándose la pata con la lengua y parándose de vez en cuando, según aumentaba su coraje, para mirar fijamente a su enemigo y gruñirle con miradas y tonos increíblemente humanos, como si dijera:

—¡Eh, tú, traidor maloliente! ¿Por qué me haces eso? ¿Qué te he hecho yo? ¡Sabandija desleal y nariguda!

Las experiencias intensas como esta sacan a la luz la humanidad que hay en todos los animales. Una simple muestra de naturaleza, incluso como la que hay entre un gato y un colimbo, sirve para hermanar el mundo[3].

El día que la primera bandada de palomas migratorias llegó a nuestra granja fue memorable, y trajo a la memoria la historia que habíamos leído sobre ellas cuando estábamos en el colegio en Escocia. De todas las criaturas aladas de Dios que surcaban los cielos de Wisconsin, ningún otro pájaro nos parecía tan maravilloso. Estos hermosos viajeros volaban como el viento en bandos de millones de individuos, de un clima a otro según lo dictara el tiempo, y encontraban su alimento —bellotas, hayucos, piñones, arándanos, fresas, endrinos, almezas, alforfón, arroz, trigo, avena, maíz— en campos de cultivo y bosques separados entre sí miles de millas. He visto bandadas pasar al atardecer de camino hacia el sur, tan enormes que iban desde un horizonte al otro, en un flujo casi continuo que duraba todo el día, a unas cuarenta o cincuenta millas por hora, como un río poderoso que recorriera el cielo ensanchándose, contrayéndose, descendiendo como si formara una cascada y alzándose de pronto en algunos lugares como una enorme salpicadura. ¡Qué in-

[3]La frase aparece de formas distintas a lo largo de la obra de Muir, y proviene de *Troilo y Crésida* de Shakespeare: «De la naturaleza un simple rasgo / en prójimo convierte al mundo entero». (N. del T.)

creíbles las distancias que volaban en un día, en un año, en toda su vida! Llegaban a Wisconsin en primavera, justo después de que el sol hubiera quitado la nieve del suelo, y se posaban en los bosques a alimentarse de las bellotas, ahora caídas, que habían dejado sin comer el otoño anterior. Una bandada relativamente pequeña dejaba miles de acres sin una sola bellota en cuestión de unos pocos minutos, barriéndolo en línea recta con un frente muy amplio. Todos los individuos conseguían su parte, ya que los de la cola volaban por encima del resto y se colocaban en el frente, y de esta manera la bandada cambiaba sin cesar, desde atrás hacia adelante, girando como una rueda con un zumbido grave causado por el batir de las alas que podía oírse a gran distancia. En verano, se alimentaban de trigo y avena, y era fácil acercarse a ellas mientras descansaban en los arboles a los lados de los cultivos tras una buena comilona, y al llegar cerca de ellos movían el cuello adelante y atrás, dejando ver unas irisaciones muy hermosas. Todos los disparos iban dirigidos hacia ellas, y todo el mundo se daba grandes banquetes de pastel de paloma. Y no eran pocos los colonos que gozaban no solo de su sabor, sino de la belleza de estos pájaros maravillosos. El pecho del macho es de un elegante rojo rosado, y la parte baja del cuello, tanto en los laterales como en la nuca, cambia de color entre el rojo del pecho y unos tonos dorados, verdes esmeralda o de un carmesí intenso. Las partes superiores son en general de color azul grisáceo, y las inferiores blancas. La longitud desde el pico hasta la cola es de diecisiete pulgadas, de las cuales ocho corresponden a la cola, delgada y de forma elegante; la envergadura es de veinticuatro pulgadas. Las hembras no desmerecen en cuanto a su belleza.

—¡Oh, qué pájaro tan bonito! —exclamamos frente al primero de ellos que cayó en nuestras manos—. ¡Qué colores! Mira el pecho, hermoso como una rosa, y el cuello brillante de todos los colores, como el del pato joyuyo. ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? ¡Matarlos ha de ser pecado!

Al oír esto, algún viejo pecador, engreído y pragmático, replicaría:

—Ay, sí que es una pena, como decís, matar a estos pájaros tan bonitos, pero están hechos para matarlos y han sido enviados para que nos los comamos, igual que las codornices fueron enviadas a los israelitas, el pueblo elegido de Dios, cuando estaban hambrientos tras cruzar el Mar Rojo. Pero sí, reconozco que nunca se ha visto carne tan bien presentada y en un envoltorio tan hermoso.

En los bosques de Nueva Inglaterra y Canadá, los hayucos eran su mejor comida y también la más abundante, y más hacia el norte los arándanos rojos y azules. Cuando ya no quedaba nada en el norte y se acercaba el invierno, se desplazaban hacia el sur en buscar de arroz, maíz, bellotas, uvas y manzanas silvestres, y diversas bayas. Se diría que necesitaban más de la mitad del continente para alimentarse, y que iban todo el año moviéndose de una mesa a otra, de cultivo en cultivo, de bosque en bosque, y encontraban siempre algo maduro y saludable a lo largo de todo el año.

En su viaje hacia el sur durante el veranillo de San Miguel, volaban a gran altura y se seguían las unas a las otras a pesar de que el frente de la bandada podía estar a cientos de millas. Cuando tenían viento de cara, no obstante, aprovechaban las desigualdades del terreno y volaban relativamente bajo. Todas seguían los ascensos y descensos de la líder sobre las colinas y los valles, aún sin tenerla a la vista, y sin dudar en ningún giro que antes hubieran hecho los pájaros de cabeza, a pesar de que las bandadas más largas se extendían a lo largo de varios estados y varias franjas con distinta meteorología.

Cerca de nuestra granja no había lugares en los que pasaran la noche o criaran, y nunca vi uno de ellos hasta mucho después de que se exterminaran las grandes bandadas. Así pues, citaré las descripciones muy gráficas que dejaron escritas Audubon y Pokagon.

Audubon dice:

Al atardecer, parten hacia los lugares donde pasarán la noche, que pueden estar a cientos de millas de distancia. Uno que estaba situado en la orilla del río Green River, en Kentucky, tenía tres millas de ancho y cuarenta de largo.

La primera vez que lo vi fue un par de semanas después de que los pájaros lo hubieran elegido, y llegué unas dos horas antes del atardecer. Todavía no había muchas palomas, pero en los bordes habían acampado ya un gran número de personas con caballos y carretas, armadas con escopetas, palos largos, calderos de azufre, antorchas de resina, etc. Dos granjeros habían traído más de trescientos cerdos desde una distancia de más de cien millas, para que se cebaran con las palomas que se iban a matar. Salpicados entre ellos, la gente que se ocupaba de desplumar y salar las piezas ya cobradas estaba sentada entre pilas de pájaros. Una capa de excrementos de varias pulgadas de grosor cubría el suelo. Algunos árboles de dos pies de diámetro estaban partidos a una distancia no mayor del suelo, y las ramas de muchos de los árboles más altos y grandes habían cedido, como si un tornado hubiese barrido el bosque.

Al atardecer no había llegado aún ni una sola paloma. De pronto se alzó un clamor general: «¡Ahí vienen!» El ruido que hacían, aun todavía lejano, me recordaba al de una violenta ráfaga de viento al pasar por los aparejos de un barco con las velas arriadas. Miles fueron abatidas por los hombres con palos. Los pájaros seguían llegando. Se encendieron los fuegos y la escena que quedó a la vista era tan maravillosa como terrorífica. Las palomas se posaban por todas partes, unas encimas de otras, hasta formar masas compactas en todas las ramas de los alrededores. Aquí y allá las ramas se rompían con un crujido, y al caer destrozaban cientos de otras ramas y se llevaban consigo los grupos densos que llenaban cada pequeña ramilla: una escena de tumulto y conflicto. No servía de nada hablar o incluso gritar a los que se encontraban más cerca. Incluso

el sonido de las escopetas apenas se oía, y yo solo tenía constancia de los disparos porque veía a los cazadores recargando sus armas. Nadie se atrevía a entrar dentro de la zona de devastación. Los cerdos se habían guardado en el momento justo, y recoger los ejemplares muertos o heridos era una tarea para el día siguiente. Las palomas no cesaban de llegar, y hasta medianoche no se notó una disminución en el número de las que venían. El tumulto continuó durante toda la noche, y yo, con deseo de saber hasta dónde llegaba el sonido, envié a un hombre que regresó dos horas después y me informó de que se oía claramente a tres millas de distancia.

Cuando empezó a clarear el día, el ruido disminuyó en cierta forma; bastante antes de que la luz fuera suficiente para distinguir los objetos, las palomas se pusieron en marcha en una dirección distinta a aquella en la que habían llegado, y al amanecer todas las que podían volar ya habían desaparecido. Nos llegó entonces el aullido de los lobos, y vimos llegar furtivamente a los zorros, linces, pumas, osos, mapaches, zarigüeyas y turones, mientras que águilas y halcones de varias especies, acompañados de una multitud de buitres, venían a tratar de ocupar el lugar de aquellos y llevarse una parte del botín.

Entonces los causantes de aquella masacre comenzaron a hacer su entrada entre los pájaros muertos, moribundos o mutilados. Se recogieron las palomas y se apilaron en montones hasta que cada cual hubo cogido tantas como le era posible cargar, y entonces se dejó entrar a los cerdos para que se alimentaran de lo que quedaba.

Las zonas de cría las seleccionan en función de la abundancia de comida, y se instalan en ellas en número incontable. Durante este periodo, su canto es un «cu, cu, cu» parecido al de la paloma doméstica, aunque mucho más corto. Se acarician con el pico, y mientras la hembra esta incubando los huevos, el macho le trae comida. En cuanto los polluelos crecen, el tirano de la creación aparece para alterar esta escena pacífica armado con hachas con las que tirar abajo los árboles llenos de pichones, y

el horror de la desolación y la destrucción que produce sobrepasa de largo el de los dormideros.

Por su parte, Pokagon, un autor indio bien formado, escribe:

Vi una zona de cría en Wisconsin de cien millas de largo y entre tres y diez millas de ancho. En cada árbol, algunos de ellos bastante bajos y achaparrados, había entre uno y cincuenta nidos. Los nidos no se limitaban a los robledales, sino que algunos pasaban también a los bosques de pinos y Tsuga. *Cuando los cazadores de palomas atacan los lugares de cría, a veces talan miles de acres de bosque. Se capturan millones de palomas mediante redes, empleando sal o grano como cebo, y se llevan en goletas, a veces cargadas hasta los topes, a Nueva York, donde se venden a un centavo cada pieza.*

Jóvenes cazadores

En los estados del sur, más antiguos, reunirse para cazar pájaros, ardillas y cualquier otra criatura salvaje desprotegida y con tamaño suficiente para dispararla se consideraba una diversión perfecta para un ejército de muchachos. Se dividían en dos bandos, se elegían los líderes de cada uno de ellos, y se dispersaban por el bosque en distintas direcciones; el grupo que mataba más animales disfrutaba de una cena pagada por el otro. Todo el vecindario se recreaba con este entretenimiento vergonzoso, en especial los granjeros preocupados por sus cultivos. Con un aire de gran importancia, se redactaron leyes para regular este asunto grotesco. Por ejemplo, una ardilla gris contaba como cuatro cabezas, la marmota como seis, la ardilla roja dos, la negra diez, la perdiz cinco, los pájaros más grandes como los chotacabras contaban como dos cabezas, los cuervos dos, y el colín de virginia tres. Sin embargo, todos los del grupo celestial de los pájaros cantores —currucas, zorzales petirrojos, mirlos, oropéndolas, trepadores, carboneros, azulejos, carpinteros, etc.—, contaban tan solo una cabeza. Las cabezas de los pájaros se arrancaban con prisa y se metían en los zurrones de caza para contarse después, y solo se guardaba el cuerpo de aquellos animales que se consideraban piezas de caza: las ardillas, colines, perdices, etc. de mayor tamaño. Los zurrones manchados de sangre de

los mejores cazadores pronto se llenaban hasta rebosar. A una hora determinada, todo el mundo tenía que parar y regresar al pueblo, vaciar los zurrones chorreantes, contar las cabezas, e irse después a disfrutar su cena. A pesar de que a mí, al igual que los otros chicos asilvestrados, me gustaba disparar, nunca quise tener nada que ver con estas horribles cacerías y decapitaciones. Ahora que los granjeros han comprendido que los pájaros están de su parte, esta clase de matanzas han dejado de practicarse.

Aunque encontrábamos sus huellas con frecuencia, rara vez veíamos ciervos. El yanqui nos explicó que se movían y se alimentaban principalmente por la noche, y que durante el día se escondían entre los alerces de las zonas pantanosas y en los arbustos, y también que los indios lo sabían todo acerca de ellos y podían encontrarlos en cualquier momento si tenían hambre.

Los indios de las tribus Menominee y Winnebado venían en ocasiones a visitarnos a nuestra cabaña para que les diéramos un trozo de pan o algunas cerillas, o para afilar sus cuchillos en nuestra piedra, y los chicos los vigilábamos de cerca para asegurarnos de que no nos robaran a Jack. Nos maravillábamos ante su conocimiento de los animales cuando les veíamos ir directos a un árbol de nuestra granja, abrir agujeros con sus hachas y sacar mapaches de los que nosotros no habíamos nunca advertido ni el más mínimo rastro. En verano, después de la primera nevada, veíamos a menudo tres o cuatro indios cazando ciervos en equipo, corriendo como perros de caza tras las huellas frescas y excitantes. Según contaban, no había ninguna posibilidad de que los ciervos escaparan de estos cazadores silenciosos e incansables; los perseguían hasta la muerte.

La mayoría de nuestros vecinos trajo consigo algún arma de fuego desde el viejo continente, pero rara vez tenían tiempo para salir a cazar, incluso después de todo el trabajo inicial para limpiar y vallar el terreno, y lo único que hacían era dispararle de vez en cuando a algún pato o

algún gallo de las praderas que se cruzara en su camino. Solo los colonos americanos menos trabajadores dejaban sus tareas para irse de caza a una cierta distancia. Dos o tres de nuestros vecinos americanos más emprendedores iban cada otoño con sus equipos al norte del estado, a las regiones de pinos y los pantanos donde crecían arándanos, para cazar y recoger estos. Recuerdo ver sus carros llenos de piezas de caza cuando volvían de una cacería exitosa. Normalmente traían media docena o más de ciervos, uno o dos osos, y quince *bushels*[1] de arándanos rojos, todo ello congelado y duro como una roca. Solían vender una parte de la carne y los arándanos en Portage, y el resto les aportaba a sus familias una cantidad abundante de venado, grasa de oso y pasteles.

El trigo de invierno se siembra en otoño y, cuando tiene un mes, los ciervos, al igual que los gansos salvajes, gustan de él, en especial debido a que otras clases de alimento comienzan a escasear. Uno de nuestros vecinos del otro lado del río Fox mató un gran numero de ellos, treinta o cuarenta, en una pequeña parcela de trigo, simplemente esperándolos allí tumbado cada noche. Nuestro campo de trigo fue el primero que se sembró en los alrededores. Los ciervos no tardaron en encontrarlo y venían a comer cada noche, pero hasta ocho o nueve años después no empezamos a molestarles. Fue entonces cuando David mató uno de ellos, el único que murió a manos de alguien de nuestra familia. Salió poco después del atardecer a uno de nuestros campos de trigo, bajo la luna llena y con una escopeta de dos cañones. Después de esperar tumbado alrededor de una hora, vio a una cierva y a su cervatillo saltar la valla y entrar con cautela en el trigal. Cuando estuvieron a sesenta o setenta yardas de él, mientras intentaba apuntar, se sorprendió al ver que la mitad de la luna se había oscurecido misteriosamente, como si estuviera cubierta por el borde de una nube densa. Resultó ser un eclipse. De cualquier manera, disparó a la madre y ella salió corriendo de inmediato, saltó la valla y volvió al bosque por el mismo camino

[1] Un bushel equivale a 35,24 litros. (N. del T.)

por el que había venido. El cervatillo, desconcertado, empezó a hacer cabriolas preguntándose dónde estaría su madre, y finalmente se fue hacia el bosque. David disparó a la pobre criatura cuando pasó junto a él, pero por suerte falló el tiro. Al oír los disparos, me acerqué para ver qué había sucedido. Me dijo que debía haber herido a la madre, y cuando caminábamos por el bosque en su búsqueda, vimos tres o cuatro ciervos que iban hacia el trigal, guiados por un hermoso macho. Andaban a paso ligero, pero eran precavidos y se paraban a intervalos de unas pocas varas para escuchar, mirar lo que había delante de ellos y olfatear. No se dieron cuenta de que estábamos allí, a pesar de que para entonces ya no había eclipse y estábamos a tan solo cincuenta yardas de ellos. Yo llevaba la escopeta. David había disparado ya ambos cañones, pero cuando estaba recargando uno de ellos, puso el tapón que debía cubrir la munición dentro del cañón vacío, de manera que la saltar la valla las postas se salieron, y cuando disparé al gran macho me di cuenta al ver el resultado de que no había más que pólvora. El ciervo, aturdido, dio saltos lleno de confusión durante unos segundos, sin decidirse hacia dónde ir, hasta que nos vio y se perdió en el interior del bosque. A la mañana siguiente encontramos a la pobre madre en el suelo a unas trescientas yardas de donde David le disparó. Había corrido esa distancia y saltado una valla alta después de que uno de los perdigones le atravesase el corazón.

Aparte de los domingos, los chicos solo teníamos dos días libres al año: el 4 de julio y el 1 de enero. Los domingos no teníamos para nosotros ni siquiera la mitad del día, a causa de las lecciones de la Biblia, la clases de la escuela dominical y la misa. Todo el resto de días eran días de trabajo, ya brillara el sol o lloviera, hiciera frío o calor. No es de extrañar, pues, que esos dos días de vacaciones fueran tan preciados y no fuese fácil decidir qué hacer con ellos. Yo normalmente los pasaba en la colina de roca más alta de los alrededores, llamada «el observatorio»; visitaba a nuestros amigos de las granjas adyacentes para ir a cazar o

pescar, pelearnos o jugar a algún juego; leía algún libro que hubiera podido comprar o tomar prestado; o hacía maquetas de maquinas que había inventado.

Una de esas fiestas de julio la pasamos con dos chicos escoceses de nuestra misma edad, cazando turpiales alirrojos que entonces andaban ocupados en los maizales. Teníamos solamente una escopeta de un único cañón, la cual yo tenía el honor de llevar, por ser el más viejo o quizás porque los otros pensaban que yo era el que tenía mejor puntería. Cruzamos el maizal sin ver ni un solo turpial, pero justo cuando llegábamos al otro extremo del cultivo, salió volando un carpintero cabecirrojo, y los Lawson gritaron:

—¡Dispárale, dispárale! Es igual de malo que un turpial. ¡Se come el maíz!

El magnífico carpintero se posó en lo alto de un roble blanco de unos cincuenta pies de alto. Le disparé justo desde debajo y cayó directo a mis pies. Cuando lo recogí y estaba admirando su plumaje, movió un poco las patas.

—Pobre pájaro, no está completamente muerto. Habrá que matarlo para que no sufra —dije, apenándome sinceramente del pájaro después de haber disfrutado disparándole. Había visto a las sirvientas retorcerle el cuello a los pollos, así que, en un intento desesperado de hacerlo de la manera más humana posible, cogí al desafortunado paciente por la cabeza, le di vueltas tres o cuatro veces pensando que así le retorcía el cuello, y después lo estampé con fuerza contra el suelo para apagar el último destello de vida que pudiera albergar y asegurar una muerte rápida. Pero, para nuestro asombro, cuando cayó al suelo emitió un grito de alarma y salió volando como una alondra, feliz hacia lo alto del mismo árbol —quizás incluso hacia la misma rama de la que había caído—, y empezó a atusarse las plumas, moviendo la cabeza, piando y mirando hacia abajo como si se preguntara qué demonios habíamos estado haciéndole. Por supuesto, esto nos sacó de la cabeza la idea de

matar a ese pájaro, por mucho maíz que destrozara, y todos le felicitamos de corazón por haber resucitado maravilloso y triunfal de tres clases distintas de muerte: por disparo, por retorcimiento de cuello y por contusión. Supongo que solo le alcanzaría un perdigón, rozándole la cabeza.

Otro suceso de caza también extraordinario tuvo lugar una mañana de verano, poco después del amanecer. Cuando fui al establo a dar de comer a los caballos, vi un gran gavilán de pecho blanco en un roble alto delante del gallinero, sin duda esperando desayunar algún pollo. Corrí a casa a por la escopeta, y cuando le disparé cayó hasta la mitad del árbol, se agarró a una rama con sus garras, se quedó colgando cabeza abajo, se contorsionó unos segundos y finalmente logró erguirse. Le disparé de nuevo para que no sufriera, pero cuál fue mi sorpresa al ver que el segundo disparo parecía haberle devuelto su fuerza en lugar de matarlo, ya que echó a volar y recorrió treinta o cuarenta varas sobre la pradera con aleteos fuertes y regulares, aparentemente en mejor forma que nunca, aunque de repente murió en el aire y cayó al suelo como una piedra.

Siempre que teníamos tiempo para bajar el lago, cazábamos ratas almizcleras. Son unos animales marrones y rechonchos de unas veintitrés pulgadas de largo, con la cola de unas nueve pulgadas, negra y aplastada en vertical para poder remar con ella, y con las patas traseras semipalmeadas. Tienen aspecto de castores pequeños, suelen tener entre diez y doce crías, y se les domestica con facilidad y son interesantes como mascotas. Nos gustaba verlas trabajar y comer. En primavera, cuando desaparece la nieve y el hielo del lago empieza a derretirse, el primer agujero que queda abierto les sirve de despensa, y se zambullen en él desde el borde del hielo y en un minuto o menos reaparecen con un mejillón o con la boca llena de *Pontederia* u hojas de nenúfar, se suben de nuevo sobre el hielo y se sientan a mordisquear su comida, que manejan de manera similar a como lo hacen las ardillas o las mar-

motas. En ese momento es cuando resulta más fácil dispararles, y un solo cazador puede cobrarse treinta o cuarenta piezas en un solo día. Sus nidos se encuentran en los carrizos al borde de ríos y lagos, sin estar ocultos como los de la mayoría de las aves, y son de un tamaño muy notorio y tienen forma cónica como los *wigwams*[2] de los indios. Están hechos de plantas —carrizos, juncos, musgos, etc.—, y adornados alrededor de la base con conchas de mejillones. Era siempre interesante y agradable observarlas en otoño, tan pronto como comenzaba a helar por las noches, mientras trabajaban duro al borde de la pradera cortando juncos, y verlas nadar a través de los carrizos, hacer ondas largas y centelleantes al remar, sumergirse donde el agua tiene unos seis u ocho pies de profundidad y volver a la superficie al cabo de un minuto con la boca llena de una maraña de hierbas recogidas del fondo, regresar a sus grandes *wigwams* y dejar su carga allá donde es más necesaria para hacerlos más grandes, firmes y cálidos, en previsión de la temporada de heladas, igual que nosotros cuando reforzamos los muros de nuestra casa para resguardarla del frío.

Se quedan todo el invierno adormiladas y sin dejarse ver, pero no hibernan. A través de un túnel que mantienen cuidadosamente abierto, se sumergen bajo el hielo y nadan en busca de mejillones y raíces y tallos de nenúfar, de los que se alimentan igual que hacen durante el verano. A veces, las más viejas y aventureras se atreven a entrar en los huertos que hay cerca del agua en busca de manzanas caídas, aunque rara vez interfieren en los asuntos del hombre, su mortal enemigo. A pesar de estar tan bien escondidas y protegidas durante el invierno, muchas mueren a manos de los indios, que se aproximan sigilosamente y las ensartan con sus lanzas a través de las gruesas paredes de sus madrigueras. A los indios les gusta su carne, al igual que a algunos de los tramperos blancos más salvajes. Caen con facilidad en los cepos de acero, y después de tratar

[2]Vivienda de una sola estancia y forma de cúpula usada por ciertas tribus nativas norteamericanas. (N. del T.)

en vano de sacar sus patas de las mandíbulas del cepo, a veces acaban royéndolas hasta cortárselas. Incluso después de haberse cortado así una pata, son tan inocentes que no parecen aprender nunca a reconocer las trampas y tenerles miedo, y a veces se encuentran algunas que han caído por segunda vez en un cepo y se han cortado ellas mismas con los dientes una segunda pata. Muchos otros animales, a causa del insoportable dolor que provocan estas trampas crueles, se cortan las patas de esta manera. Los cangrejos y las langostas son afortunados de poder deshacerse de sus extremidades cuando son capturados o simplemente tienen miedo, en apariencia sin sufrir dolor alguno, simplemente con un pequeña sacudida.

La rata almizclada es uno de los animales más notables y ampliamente distribuidos de Norteamérica, y cada temporada se cazan en cepos o a tiros miles de estas simpáticas criaturas trabajadoras y con aspecto de castores, para obtener su piel, que vale unos diez centavos —lo cual es como si disparásemos a los niños y niñas para tener sus ropas—.

Estoy seguro de que pronto llegará una época mejor en la que los humanos, como dioses, empezarán a ser verdaderamente humanos y aprenderán a poner a sus compañeros animales en sus corazones en lugar de en sus espaldas o sus platos. Hasta entonces, podríamos aprender a vivir una vida pura e inocente, en lugar de hacerlo con las manos manchadas de sangre. No hay muchacho sano y viril que no sea salvaje, y cuanto más audaces y valientes son, más de salvajes hay en ellos y más aman la caza y la pesca. Pero cuando se deja atrás la juventud irracional, los más valiosos son aquellos que más se alejan de estos entretenimientos sangrientos, y en quienes el animal del que proceden va muriendo día tras día a medida que crece la caridad divina, inspiradora, transformadora.

Cuando nos instalamos en los bosques de Wisconsin, apenas se veían liebres y conejos, pero se multiplicaron rápidamente después de que se diezmaran las poblaciones de sus predadores o se les exterminara,

al tiempo que se conservaban las plantaciones de cereales, las vallas de troncos y los robles jóvenes que crecían después de las quemas anuales, donde encontraban comida y refugio. Cazar liebres en invierno, cuando estaban escondidas en los troncos huecos de las vallas, era una de las diversiones favoritas de muchos de los niños a los que sus padres dejaban tiempo para practicarla. A veces llevábamos alguna liebre pequeña y fuerte a algún claro cubierto de nieve y le dábamos la oportunidad de salvar su vida corriendo delante de un perro. Si la nieve no estaba demasiado blanda ni demasiado profunda, solían escaparse sin problema, ya que nuestros perros eran unos chuchos gordos y paticortos. A veces encontrábamos liebres en arboles huecos aún en pie, acurrucadas en la madera podrida del fondo, tan lejos como era posible de la entrada, aunque cuando se asustaban eran capaces de trepar una gran altura si el hueco no era demasiado ancho, sujetándose haciendo fuerza contra ambos lados.

Los zorros, aunque no eran raros, los veíamos rara vez por estar trabajando sin cesar, y como encontraban gran cantidad de gallos de la pradera para ellos y sus familias, no se acercaban casi nunca a los gallineros de la granja. En cualquier caso, el descubrimiento de una de sus madrigueras se consideraba algo importante. Por muy profunda que fuera, los colonos la exploraban detalladamente con pico y pala a una hora en la que juzgaban que el zorro debía estar en casa, aunque no recuerdo que en nuestro vecindario se capturara nunca ninguno. En una de las madrigueras, a unas pocas millas de nuestra granja, se encontraron muchos gallos de la pradera y otros pájaros más pequeños.

Las madrigueras de los tejones eran mucho menos abundantes que las de los zorros. Uno de nuestros campos lo llamábamos Badger Hill (Colina de los tejones) debido al gran número de madrigueras de tejón que había en una colina en uno de sus extremos, aunque no recuerdo haber visto a ninguno de sus habitantes.

Un día de tormenta en mitad de un invierno especialmente duro, un oso negro, sin duda hambriento y en busca de algo que comer, llegó a nuestro vecindario desde los pinares del norte. Por aquí no habíamos visto ninguno antes, y causó un revuelo y una alarma notables, ya que los colonos europeos se imaginaban que estos pobres osos tímidos y asustadizos eran tan peligrosos como los leones y los tigres que comen hombres, y que perseguirían a cualquier ser humano que se cruzase en su camino. Esta especie es corriente en la parte norte del estado, y raro era el cazador de entre nuestros yanquis emprendedores que, en otoño, no cazaba al menos uno de ellos en los pinares.

Veíamos muy pocos mapaches, con su aspecto serio y su cara de búho, lo cual no es de extrañar, ya que se pasaban la mayor parte del día escondidos en troncos huecos y nunca teníamos tiempo de ir a cazarlos. En las tardes tranquilas, oíamos a veces sus curiosos gritos, sollozantes y temblorosos, pero solo una vez conseguimos seguir el rastro de una desafortunada familia a través de nuestro maizal hasta su madriguera en un gran roble, y capturar a todos sus miembros. Uno de nuestros vecinos, el señor McRath, un escocés de las tierras altas, capturó uno y lo convirtió en su mascota. Estaba bien domesticado y confiaba plenamente en las buenas intenciones de su amigo y dueño. Al hablar, se refería a él siempre como el «pequeño hombrecito». Cuando venía hasta él corriendo y se subía en sus rodillas o trepaba por sus pantalones, él lo acariciaba como si fuera un perro o un niño, y le decía:

—Coonie[3], mi hombrecito, ¿qué tal estás hoy? Yo creo que tienes hambre.

Y cuando el animal, tan gracioso, empezaba a husmear en sus bolsillos en busca de frutos secos y trozos de pan, le decía:

—No, no, no tengo nada para ti en el bolsillo, amiguito, pero ahora te busco algo.

[3]De *coon*, que significa «mapache» en inglés. (N. del T.)

Entonces iba a coger algo que le gustase: pan, frutos secos, una zanahoria o tal vez un trozo de carne fresca. Cualquier cosa que le tiraran al suelo la tocaba con la pata en lugar de mirarla, como si creyera que el tacto servía mejor que la vista.

El río por el que desaguaba Fountain Lake pasaba por delante de la puerta de McRath, y al mapache le gustaba mucho nadar en él y buscar ranas y mejillones. Parecía completamente satisfecho de quedarse cerca de la casa sin estar encerrado, ocupaba un lecho confortable dentro de un árbol hueco, y nunca se alejaba demasiado. No sé cuánto tiempo viviría después de que muriera su amo.

Supongo que se puede tener como mascota a cualquier animal salvaje, sin más que comprenderlo y meterse en su vida tanto como sea posible. En Alaska, vi a una familia india que tenía como mascota una marmota gris. Se alegraba siempre que su dueño entraba en casa, como si fuera un perro, y cuando tenía frío o estaba cansada, se acurrucaba junto a él en un repliegue de su manta, con toda confianza.

Todos hemos oído hablar de animales feroces —leones, tigres etc.— a quienes solo sus amos podían hablar y alimentar, y que acaban perfectamente domesticados; y, como bien sabemos, el perro fiel que sigue al hombre y le obedece, le cuida y le ama como si fuera un dios, desciende del chacal o del lobo, animales ambos sedientos de sangre. Incluso las ranas y los sapos se pueden domesticar, siempre que tengan contacto con una sola persona, con la que se familiarizan de manera íntima sin la distracción de otros extraños. Y está claro que a todas las criaturas de Dios, por muy serias o salvajes que sean, grandes o pequeñas, les gusta jugar. Las ballenas y los elefantes, los mosquitos que bailan y zumban, y los diminutos microbios maliciosos e invisibles, todos ellos tienen el calor del radio divino y guardan en sí una buena provisión de júbilo.

Por lo que sé, todas las criaturas salvajes se mantienen limpias. Los pájaros, creo yo, se toman más molestias para lavarse y vestirse que ningún otro animal. Incluso los patos, a pesar de estar tanto tiempo en

el agua, se sumergen y se echan agua sobre la espalda a modo de ducha, y se acicalan las plumas con el mismo cuidado que los pájaros terrestres. Es interesante ver a los pequeños pájaros cantores dándose sus baños matutinos, en especial cuando hace frío. Se posan en una charca poco profunda y a veces parece que no tuvieran ganas de entrar en ella, como niños que dudaran si lanzarle al agua, y como si esta les produjera la misma impresión, y ello hace que nos sea sencillo sentir empatía hacia estas pequeñas criaturas emplumadas.

A veces he visto desde la ventana de mi habitación algunos pardillos bañándose en rocío cuando el agua era escasa. Uno de sus lugares favoritos para bañarse era un gran ciprés de Monterrey con ramas amplias y una cantidad innumerable de hojas en las que se depositaba el rocío en las noches tranquilas. Se posaban con suavidad, como si tuvieran miedo de malgastar el rocío, hacían una pausa y se agitaban igual que hacen antes de lanzarse a un charco, y después se metían entre las hojas y dejaban que las gotas de rocío les salpicaran como en una ducha, y así se limpiaban tan a fondo como si se dieran un baño. He visto a otros pájaros lavarse de esta manera en las ramas de los abetos plateados al borde de las praderas glaciales, pero en ningún lugar he visto gotas de rocío tan abundantes como en los cipreses de Monterrey. Y la visión de las alas temblorosas y el rocío irisado era de una belleza memorable. Los niños también hacen escenas hermosas salpicando en sus pequeñas bañeras. Qué distinto de los cerdos cuando se revuelcan en el barro, dándose sus baños con total comodidad y frotándose en seco contra la áspera corteza de los árboles.

En nuestra propia especie, algunos son bastante reacios a entrar en contacto con el agua. Cuando un amigo que había estado leyendo la *Fisiología* de Combe[4] predicaba las necesidad de tener una limpieza absoluta a base de baños frecuentes, después de haber aprendido en ella

[4]Andrew Combe (1797-1847), médico escocés. (N. del T.)

las maravillas de la piel y sus millones de poros que han de mantenerse abiertos para que uno esté sano, uno de nuestros vecinos comentó:

—¡Eso es antinatural! Está bien lavarse en una bañera una o dos veces al año, pero no quedarse todo el tiempo remando en el agua como una rana en una fuente.

Otro vecino, que se enorgullecía de conocer palabras grandilocuentes, decía con gran solemnidad:

—¡Nunca creeré que el hombre es un ser anfibio!

Los nativos de las islas tropicales pasan una gran parte de su vida en el agua, y parecen sentirse tan cómodos en el mar como en la tierra; nadan y bucean, persiguen a los peces, juegan en las olas como los patos y las focas, y exploran los jardines y bosques de coral y las praderas de algas como si fueran realmente anfibios. Incluso los nativos del norte se bañan de vez en cuando. Una vez vi a un montón de muchachos esquimales buceando y chapoteando tan felices en el océano Ártico

Nos parecía algo maravilloso que los animales salvajes pudieran mantenerse calientes y fuertes en invierno con temperaturas bajo cero. Los conejos, pese a su aspecto débil, corrían por la nieve, ligeros y flexibles, como si gozaran del tiempo gélido y chispeante y estuvieran seguros de encontrar su cena. He visto ardillas grises llevarse a rastras de nuestro maizal mazorcas tan pesadas como ellas mismas, a través de la nieve virgen y hasta lo alto de un árbol, llevándolas en equilibrio con sus patas y comiéndolas cómodamente mientras van con sus colas secas y eléctricas hinchadas sobre la espalda. Una vez vi una entrando en un tronco. Metí mi mano, la atrapé y la saqué. En cuanto adivinó mis intenciones, agarró el extremo de mi pulgar en su boca y me clavó los dientes, pero la sujeté fuerte por el cuello, la lleve a casa y la metí en una caja con medio *bushel* de nueces y avellanas, con la esperanza de que no estuviera demasiado asustada y no se le quitaran las ganas de comer mientras estaba allí encerrada, después de lo que había sufrido al haberla transportado de manera tan brusca. Pronto comprendí que

aquella compasión era innecesaria, ya que, en cuanto la solté, se puso a comer con apetito voraz, royendo y masticando los frutos secos como si los hubiera recolectado ella misma y estuviera pasando hambre ese día. Después de dejarle tiempo suficiente para una buena comida, la saqué corriendo de la caja y la encerré en una habitación libre en la que mi padre había colgado unas mazorcas de maíz, seleccionadas para servir de grano. Estaban colgadas por las hojas en cuerdas que iban de un lado a otro de la habitación. La ardilla consiguió subirse a las cuerdas saltando desde uno de los postes de la cama, cortó una mazorca y la dejó caer. Después saltó de vuelta al suelo, agarró bien la mazorca, la llevó a lo alto de uno de los postes de la cama, pulidos y escurridizos, se sentó cómodamente, y, sujetándola bien equilibrada, sacó uno por uno los granos con sus dientes largos, se comió el germen, dulce y tierno, y tiró al suelo la parte dura del grano. De esta manera, trabajando a gran velocidad, daba cuenta con varias mazorcas al día, y con la buena cama caliente que se hizo dentro de una caja, se sintió como en casa y fue engordando. Supongo que entonces, de manera natural, se acordó de cuando retozaba en libertad por la nieve y las copas de los árboles junto a sus compañeros, y se puso a buscar la manera de escaparse. Lo primero que intentó fue, por supuesto, la ventana, pero descubrió que sus dientes no dejaban marcas en el cristal. Después lo intentó con el marco, y royó la madera hasta la altura del cristal, pero entonces mi padre subió y descubrió lo que estaba sucediendo con su maíz y su ventana, y ordenó que la sacáramos de casa de inmediato.

La ardilla voladora era uno de los animalillos más interesantes de cuantos encontrábamos en el bosque: una bella criatura marrón con ojos hermosos y un pelo suave y liso como el de un topo o un ratón de campo. Mide más o menos la mitad que una ardilla gris, pero su cola desplegada y los pliegues de piel laterales que forman las alas le dan aspecto de ser ancha y plana, como una cometa. Por las tardes, nuestro gato a veces se las traía a la choza a sus gatitos, y por la mañana las

veíamos volar desde los árboles que cortábamos. Saltaban y planeaban suavemente y sin esfuerzo aparente, como pájaros, en cuanto oían o sentían romperse las fibras de la madera en la base del tronco, cuando los árboles en los que estaban empezaban a tambalearse y gruñir. Son capaces de volar, o más bien planear, veinte o treinta pies desde lo alto de un árbol de veinte o treinta pies de altura hasta la base de otro, ascendiendo cuando se acercan al tronco. Y si la distancia es demasiado grande, aterrizan suavemente en el suelo y corren hasta el árbol más cercano y lo escalan de la misma manera que hacen las ardillas sin alas.

Todos los chicos y chicas adoran a las ardillas rayadas, esas pequeñas hadas. Tienen el tamaño de un ratón de campo, y a veces nos recuerdan a los pardillos o los gorriones melódicos cuando juguetean en busca de frutos secos y bayas. Les gustan casi todas las clases de cereales, bayas y frutos secos: avellanas, nueces, fresas, arándanos, trigo, avena, maíz. Disfrutan de todas ellas y les sirven de sustento. La mayoría de los avellanos de nuestra granja crecían junto a las vallas, y parecía que se hubieran plantado especialmente para las ardillas, ya que las vallas eran su vía de circulación favorita. No nos cansábamos de observarlas, en especial cuando las avellanas estaban maduras y ellas se sentaban en los listones de la valla a mosdisquearlas, sujetándolas como hacen las ardillas arborícolas. Aunque eran animales muy limpios, nos dábamos cuenta de que, cuando las fresas y arándanos estaban maduros, sus labios estaban pintados de rojo al igual que los nuestros. Sabíamos siempre en qué momento el trigo y la avena estaban en estado lechoso, sin más que ver cuándo las ardillas rayadas se alimentaban de sus espigas. Mordisqueaban el trigo hasta que lo recolectábamos y después buscaban entre la paja, siempre atentas a la presencia de sus enemigos: perros, halcones y alcaudones. Tienen una distribución por todo el continente tan amplia como la de las ardillas comunes; las especies que habitan en las montañas son distintas a las que lo hacen en las tierras bajas, pero todas ellas comparten el mismo carácter jovial y desenfadado.

Antes de la llegada de los primeros granjeros a los bosques de Wisconsin, las pequeñas ardillas terrestres, llamadas *gophers*, se alimentaban principalmente de las semillas de las hierbas salvajes, pero una vez que se despejaron y araron los suelos, ningún otro animal recibió con tanto entusiasmo el trigo y el maíz de los agricultores. Su número creció rápidamente, al igual que su inteligencia, y se convirtieron en una especie muy destructiva, en especial durante la primavera, cuando se plantaba el maíz, ya que aprendieron a identificar las líneas del sembrado y las excavaban para comerse las tres o cuatro semillas que había en cada bancal, casi a la misma velocidad a la que el pobre granjero las iba enterrando. Y salvo que se hiciera un gran esfuerzo por disminuir el número de estos pequeños ladronzuelos, hacía falta sembrar cada parcela dos o tres veces, y aun así siempre acababan apareciendo grandes espacios vacíos en cada fila. La cantidad de grano que comían cuando este estaba maduro, junto con las reservas que guardaban para el invierno en sus madrigueras, no eran apenas nada comparadas con las pérdidas que causaban al comer las semillas de las que dependía toda la cosecha.

Un día, al atardecer, cuando mi padre me mandó con la escopeta a matarlas en un campo recién cosechado, aprendí algo curioso e interesante acerca de estos dañinos *gophers*, a pesar de que en ese momento no estaban causando daño alguno.

Mientras me paseaba por la parcela en busca de una oportunidad para disparar, un alcaudón pasó volando junto a mí y se posó en una zona abierta al borde de una madriguera a unas treinta yardas de donde yo estaba. Con curiosidad por saber lo que pretendía hacer, me quedé quieto mirándole. Se asomó por el agujero como si escuchara, luego me miró como para ver si yo me acercaba, se asomó de nuevo y escuchó, y volvió a mirarme. Yo estaba completamente inmóvil, y él giraba la cola, como si se sintiera incomodado y dudara de si llevar a cabo el brutal plan que, según pronto descubrí, tenía pensado. Finalmente, animado

al ver que yo seguía sin moverme, se lanzó de pronto para mi sorpresa al interior de la madriguera.

Que un pájaro se meta por un agujero estrecho y profundo en el suelo, como si fuera un hurón o una comadreja, es algo raro, y pensé que sería interesante correr y tapar con la mano el agujero, para así divertirme teniéndolo allí encerrado y viendo lo que hacía al tratar de salir. Así que me acerqué, pero me detuve a doce o quince yardas de la madriguera, pensando que quizás sería más interesante esperar y ver qué era lo que sucedía de forma natural sin que yo interfiriera. Mientras estaba allí quieto, mirando y escuchando, oí un gran alboroto en la madriguera, una mezcla de chillidos y gritos angustiosos que indicaban que allá abajo estaba sucediendo algo terrible. Entonces, de repente, salió de la madriguera un *gopher* aún inmaduro que mediría entre cuatro pulgadas y media y cinco, y sin siquiera detenerse un instante a elegir su ruta de escape, se fue corriendo a través de la paja. Le siguió al instante otros de sus hermanos, y después otro más, hasta que hubieron salido una media docena, todos chillando y corriendo desperdigados, como si en ese momento su hogar, dulce hogar, fuera el lugar más peligroso y menos deseable sobre la faz de la tierra. Tras ellos salió el alcaudón, sobrevoló a todos los pequeños fugitivos, y fue matándolos uno tras otro golpeándoles en la nuca. Después agarró uno de ellos, lo arrastró hasta lo alto de un pequeño montículo desde el que emprender el vuelo, y con gran esfuerzo consiguió volar con su presa unas diez o quince yardas, después de lo cual se posó para descansar. Lo arrastró hasta lo alto de otro montículo y voló más o menos la misma distancia, y repitió esta operación una y otra vez hasta que consiguió llevar uno de los *gophers* sobre una valla de troncos. No sé cuánto comió de aquella bien merecida presa, o qué hizo con las restantes, porque para entonces ya se había puesto el sol y tuve que irme rápidamente a casa para hacer mis deberes.

El niño labrador

Al principio, nuestros cultivos principales eran el maíz, la patata y el trigo, especialmente este último. Pero al cabo de cuatro o cinco años, el suelo quedo tan exhausto que no se sacaban más que cinco o seis *bushels* por acre, incluso en los mejores campos, cuando al principio una cosecha normal daba veinte o veinticinco. La cosecha de maíz se trataba con más atención, pero, al no usar fertilizantes, también su rendimiento disminuyó. Descubrimos al fin que el trébol inglés podía crecer incluso en los suelos más pobres, y que si después se araba y enterraba, y se plantaba maíz o incluso trigo, las cosechas eran excelentes. Esto supuso un cambio radical en nuestra agricultura; los granjeros dejaban crecer el trébol fertilizante, plantaban maíz, y con la cosecha daban de comer a las vacas y los cerdos.

Sin embargo, ningún cultivo que los que crecían en aquella naturaleza salvaje era tan rico, dulce y de una generosidad tan pura para nosotros los chicos —y, en realidad, para todo el mundo— como las sandías y los melones. En la ladera soleada de una colina, plantamos una gran parcela la primavera de nuestro primer año allí, y parecía algo milagroso que, a partir de unos pocos puñados de semillas, en unos pocos meses tuviéramos cien carretas llenas de frutas crujientes y espléndidas, con corazones de color rojo y amarillo, cubriendo toda la colina.

Pronto aprendimos a distinguir cuándo estaban en su punto y cuándo estaban demasiado maduras o harinosas. También descubrimos que, si se plantaba una segunda cosecha en una parcela sin haberla fertilizado, las frutas serían pequeñas y lo que llamábamos «jabonosas», es decir, blandas y fofas, nada crujientes, y sin rastro de esa frescura y ese dulzor que tenían las que habían crecido sobre suelo virgen. Al volver a mediodía del trabajo, la media docena que guardábamos en la fuente para mantenerlas frescas eran un lujo glorioso que solo un muchacho de granja, agotado y descalzo, puede entender.

Las temperaturas en primavera no eran muy duras, y cada poco caía alguna lluvia refrescante. El trabajo de arar la tierra comenzaba en cuanto no había escarcha en el suelo. En comparación, plantar patatas y maíz y sembrar el trigo de primavera era un trabajo ligero, mientras los pájaros nidificantes cantaban felices, los pantanos y praderas estaban cubiertos de hierbas y flores, y todas las partes salvajes y sin limpiar de la granja, así como los árboles, sacaban sus nuevas hojas. Las de los robles formaban unas hermosas masas púrpuras, como si cada hoja fuera un pétalo. Junto a todo esto, disfrutábamos de un viento tranquilo y relajante, el zumbido de incontables insectos y ranitas, y la frescura y la fragancia que lo cubrían todo. Y más tarde, llegaban también las maravillosas palomas migratorias, en flujo continuo desde el sur, y las bandadas de gansos y grullas cubrían el cielo con sus alas silbantes.

En verano, por el contrario, el trabajo era muy duro y agotador, en especial la cosecha y la escarda del maíz. Durante los primeros años, hasta que mi padre compró cultivadores (pequeños arados que enterraban las malas hierbas), se escardaba a mano todo el terreno, y no se nos permitía ni un momento de descanso. Había que tener los picos moviéndose arriba y abajo sin cesar, con la misma constancia que si los accionara un motor. Preparar el suelo para el trigo de invierno era fácil en comparación: no teníamos más que pasearnos descalzos por los

surcos, mientras en el bosque ardían los colores del otoño y las colinas estaban cubiertas de calabazas doradas.

En verano, las tareas principales eran afilar las guadañas, dar de comer a los animales, cortar leña y subir agua a la granja desde la fuente que había al borde de la pradera. Después desayunábamos y nos íbamos a cosechar o a preparar el heno. Yo tenía una ambición irracional por ser el primero en la siega, y para cuando cumplí dieciséis años iba siempre por delante de todos los hombres que trabajaban para nosotros. A mediodía, teníamos una hora para comer y hacer otros pequeños trabajos. Después seguíamos en el campo hasta que se hiciera de noche, cenábamos, hacíamos todavía algunas tareas más, rezábamos en familia, y nos acostábamos. En conjunto, un día arduo y sudoroso de dieciséis o diecisiete horas. ¡Pensad en eso vosotros, trabajadores afortunados con jornadas de ocho horas!

En invierno nuestro padre nos llamaba a las seis de la mañana desde el pie de las escaleras para que diéramos de comer a las vacas y los caballos, afiláramos las hachas, trajéramos leña e hiciéramos cualquier otra tarea que fuera necesaria; después desayunábamos y, al amanecer, salíamos a trabajar en la nieve, helada y en polvo, a cortar madera, arreglar las vallas, etc. Así que, en general, nuestro trabajo en invierno era tan intenso y sin descanso como en los largos días de verano. Daba igual el tiempo que hiciera, siempre había algo que hacer. Si llovía mucho o nevaba, trabajábamos en el granero, desgranando el maíz o aventando el trigo, golpeando con el mayal, haciendo mangos para las hachas y yugos para los bueyes, arreglando cosas, o bien quitándoles los brotes a las patatas y clasificándolas en el sótano.

No se hacía intento alguno por disminuir la dureza de esta vida de pioneros campesinos, y parecía que ninguno de los europeos sabía cómo procurarse algo de descanso y comodidad. La mejor madera de roble y nogal era exageradamente abundante y no hacía falta para utilizarla más que cortarla y tener un poco de sentido común. Sin

embargo, en lugar de recoger con alegría grandes cargamentos de ella para alimentar chimeneas abiertas y amplias, casi divinas, creadoras de belleza y capaces de cambiar el clima, se empleaba para hacer vallas o se llevaba hasta algún lugar que hacía las veces de vertedero, para quitarla de en medio y que no entorpeciera la labor del arado. El único fuego que había en toda la casa era el de la cocina, con un fogón de unas dieciocho pulgadas de alto y ocho pulgadas tanto de anchura como de profundidad, espacio apenas suficiente para tres o cuatro palos pequeños, alrededor del cual toda nuestra familia de diez personas temblaba cuando el termómetro bajaba de los cero grados, y bajo el que por la mañana encontrábamos nuestros calcetines y nuestras empapadas botas, todo ello congelado y rígido como un carámbano. Ni siquiera nos dejaban encender este pequeño fuego para descongelarlas. No, teníamos que meter allí nuestros pies doloridos y llenos de sabañones, con un sufrir mayor que el de un dolor de muelas, y correr a nuestras tareas diarias. Por suerte, el dolor empezaba a remitir una vez que la temperatura de nuestros pies alcanzaba la necesaria para que el hielo se derritiera, y gracias a ello podíamos, a pesar del trabajo y el frío intensos, disfrutar la belleza del invierno: el brillo deslumbrante de la nieve llena de cristales estrellados, y los atardeceres y amaneceres y blancos mediodías, así como la compañía vivificante y jovial de los valientes carboneros y los trepadores.

El cielo estrellado del invierno sobrepasaba con creces la luminosidad del de nuestra lluviosa Escocia, y nos quedábamos mirándolo como si nunca antes hubiéramos visto una estrella. A menudo, las auroras daban al cielo un esplendor aún mayor, cuando sus rayos largos, que en Escocia llamábamos «bailarines», fluían hacia el cénit con un movimiento trémulo y vistoso. La luz eléctrica de las auroras suele ser blanca o de un amarillo pálido, pero en nuestro tercer o cuarto invierno en Wisconsin hubo una aurora de colores magníficos que se pudo ver y admirar en casi todo el continente. El cielo al completo se vestía con pliegues púrpuras

y carmesíes de una belleza imposible de expresar con palabras. Nuestro padre nos llamó para que saliéramos al jardín delante de casa, desde donde teníamos una vista amplia.

—¡Venid! ¡Mamá! ¡Chicos! Venid aquí y admirad la gloria de Dios. Todo el cielo se ha vestido de luz roja. Mirad arriba, a la corona en la que se juntan los pliegues. Callaos, admirad y adorad; estas son sin duda las ropas de Dios, y quizás Él mismo aparezca y nos contemple desde las alturas del cielo.

Este espectáculo celestial fue más impresionante que ningún otro que hubiéramos contemplado antes, y durante todo ese invierno apenas se habló de otra cosa.

Disfrutábamos incluso de las tormentas de nieve, el tropel de cristales que, como margaritas, caían por separado y distintos unos de otros, y que eran muy diferentes de los copos gruesos que tanto disfrutábamos en Escocia, cuando corríamos bajo esa multitud plumosa que descendía lentamente sobre nosotros, y gritábamos con entusiasmo:

—¡Jennie está desplumando sus palomas! ¡Jennie está desplumando sus palomas!

La naturaleza tiene muchas formas de podar y recortar sus bosques: rayos, nevadas intensas o vientos tempestuosos que sirven para echar abajo arboles completos aquí y allá o romper ramas según sea necesario. He visto en varios bosques los efectos de estos métodos, pero solo una vez he visto podar un árbol mediante la lluvia. La lluvia se iba congelando en los árboles a medida que iba cayendo, y el hielo se hizo tan grueso y pesado que muchos de ellos perdieron un tercio o más de sus ramas. La visión del bosque después de que hubiera pasado la tormenta y el sol brillara es algo imposible de olvidar. Cada tronco rugoso, cada rama y cada ramilla estaba recubierta de un hielo cristalino y puro, y cada roble, cada nogal y cada sauce había quedado convertido en un palacio de cristal como el de un cuento de hadas. Nunca antes había visto un brillo tan deslumbrante, ni destellos de luz blanca e

irisada como aquellos, y nunca he vuelto a verlos desde entonces. Esta transformación repentina del bosque sin hojas en un bosque de plata luminosa fue, al igual que la gran aurora, algo de lo que se habló durante años, y es una de las imágenes más hermosas que dan riqueza a mi vida. Además de estos grandes espectáculos, hubo otros muchos miles incluso en lo más crudo del invierno, en los que se manifestaba una belleza delicada y exquisita, y que servían para compensar de manera noble nuestro sufrimiento y nuestro dolor.

Uno de los sonidos más sorprendentes del invierno era el poderoso rugir del hielo de nuestro lago, causado por la dilatación y contracción que provocaban los cambios meteorológicos. Los pescadores de lucios decían que no tenían suerte cuando se producía este rugido por encima de los peces. Recuerdo el susto que nos dimos la primera vez que escuchamos bajo nuestros pies este tronar repentino que avanzaba por delante de nosotros con crujidos chirriantes, como si toda la capa de hielo, de dieciocho o veinte pulgadas de grosor, se estuviera resquebrajando.

No lejos de nuestra granja había amplias ciénagas formadas en buena parte por una gruesa alfombra de raíces de carrizos sobre lagos de lodo poco profundos, que se habían originado a partir de lagos glaciares invadidos por la vegetación. Esta base era tan resistente que, a pesar de estar flotando, no se rompía ni siquiera con el paso de un buey tirando de un carro bien cargado. Todos estos lagos eran poco profundos en relación a su anchura. Cuando llegamos a los bosques de Wisconsin, no había ni una sola pista para los carros o el ganado. La única vía hecha por el hombre era una pista india que seguía el curso del río Fox entre Portage y el lago Packwauckee. Por supuesto, los ciervos, zorros, tejones, mapaches, mofetas, e incluso las ardillas, todos tenían sus senderos bien pateados que partían de sus madrigueras y de sus escondrijos entre los arbustos, en árboles huecos o en el suelo, pero no llegaban muy lejos, y sus transeúntes, con sus pies suaves, no hacían apenas ruido, como

mucho un ligero crujir o un siseo al caminar sobre las hojas caídas y la hierba.

Durante bastante tiempo, la construcción de caminos para los primeros colonos significaba fundamentalmente rellenar con fajinas el suelo de los pantanos. Los encuentros anuales que se hacían para realizar este trabajo eran una buena oportunidad para discutir acerca de las últimas noticias, la política, la religión, la guerra, el estado de las cosechas, las ventajas que el país de acogida tenía con respecto al país de origen, y cosas por el estilo. La principal ocasión para estas discusiones era, no obstante, las horas que seguían a la misa de los domingos. Recuerdo haber escuchado largas conversaciones sobre la extraordinaria belleza del maíz indio o sobre los fabulosos melones, perfectos para refrescarse en un día de calor; o sobre los tomates, de aspecto maravilloso con sus colores brillantes, pero de sabor decepcionante; o acerca de los pepinos miserables, insípidos como juncos, que comían los yanquis; o sobre el carácter mismo de los yanquis. También se habla largo y tendido sobre la guerra en Rusia, de la que se tenían noticias gracias al *New York Tribune* de Greeley[1]: las grandes batallas de río Alma, las cargas de la caballería en Balaklava e Inkerman; el asedio de Sebastopol; el genio militar de Todleben; el carácter de Nicolas I; el de los soldados rusos y su valor inquebrantable, con el que por primera vez en la historia se hizo frente con éxito al ataque de las bayonetas británicas; el resultado esperable de esta terrible guerra; el destino que correría Turquía, y otros asuntos similares.

De entre nuestros vecinos también venidos de Escocia, pocos prestaban atención a lo que se llamaban manifestaciones de los espíritus. Las veían como trucos baratos obra de charlatanes. Algunos de estos espíritus parecía ser fuertes y en buena forma física, a juzgar por los pesos que eran capaces de levantar y los muebles pesados que desplazaban. Sin embargo, nunca vi a ninguno de ellos hacer ningún trabajo útil;

[1]Horace Greeley (1811-1872), fundador del *New York Tribune*. (N. del T.)

nunca cortaron madera, molieron maíz, cocinaron, dieron de comer a los hambrientos o fueron a ayudar a las pobres madres que velaban desesperadas a los pies de las camas de sus hijos enfermos. Me di cuenta cuando era un niño de que aquellos que seguían a los supuestos mediums no eran los de personalidad más fuerte. Cuando la fiebre de las manifestaciones estaba en su momento álgido en Wisconsin, uno de nuestros vecinos, un viejo escocés, comentó:

—Se pueden ir al demonio todos esos mediums y sus espíritus ruidosos. No hacen nada bueno, y no sé si no serán ellos mismos hijos del demonio.

A pesar de que en la primavera de 1849 no había ningún otro colono en un radio de cuatro millas desde nuestra granja en el lago Fountain, tres o cuatro años más tarde casi todas tierras puestas a disposición por el gobierno estaban ocupadas, en su mayoría por gentes venidas de Gran Bretaña en busca de un hogar, y alguna que otra familia yanqui de alguno de los estados colindantes, que llegaban vagando indefinidamente de camino al oeste en carromatos cerrados, buscando fortuna como semillas aladas —y, al igual que estas, asentándose y echando raíces sobre estos suelos glaciares, con la misma naturalidad que los robles o los nogales—, felices y llenos de esperanza, estableciendo su hogar y abriendo campos más y más grandes en el seno de estas tierras salvajes y hospitalarias. Las hachas y los arados siempre tenían trabajo que hacer; las vacas, los caballos, las ovejas y los cerdos se multiplicaban; los graneros y los secaderos de maíz se llevaban, y tanto los hombres como las bestias estaban bien alimentados; se construyó una escuela que hacía también las veces de iglesia; y al cabo de poco tiempo este nuevo país empezó a asemejarse al antiguo.

Entre los primeros colonos, pocos sufrieron accidentes graves. Uno de nuestros vecinos se disparó en un dedo, y hubo que llevarle en mitad de una noche helada a Portage a ver un cirujano, en un trineo tirado por bueyes lentos y pesados, para que le curaran y vendaran el muñón.

Otro se cayó del carro y murió al pasarle la rueda de este por encima. Se valló y reservó un acre de tierra para usarse como cementerio, y la tisis vino pronto para ayudar a llenarlo. Uno de los casos más tristes fue el de una familia escocesa de Edimburgo, formada por un padre, su hijo y su hija, que se instalaron en ochenta acres de tierra a media milla de nosotros. La hija murió de tisis al tercer año de su llegada, el hijo uno o dos años después, y finalmente el padre siguió el mismo destino que ellos. Y así murieron los sueños y las esperanzas de tener un hogar feliz en la rica y libre América.

Recuerdo que otro vecino murió de esta misma enfermedad después de padecerla durante mucho tiempo, y a su funeral acudieron los vecinos en trineos en mitad de una fuerte tormenta de nieve, mientras el termómetro marcaba quince o veinte grados bajo cero. La peste blanca se llevó también a otro de nuestros vecinos más inmediatos, un buen escocés, padre de ocho muchachos llenos de futuro, cuando contaba tan solo cuarenta y cinco años. La mayoría de los que sufrían la enfermedad parecían alegres y esperanzados hasta poco antes de su muerte, pero recuerdo que el señor Reid, en una de sus últimas visitas a nuestra casa, nos dijo con resignación y valentía:

—Sé que nunca más en esta vida voy a sentirme bien, pero tengo que aceptarlo. Tengo que aceptarlo.

Una de las muertes más tristes no debidas a la tisis fue la de un pobre hombre retrasado mental cuyo hermano, un fornido puritano severo y devoto, era un auténtico tirano. Charlie, el pobre retrasado, pasaba todo el día trabajando, y eso a pesar de no ser capaz de hacer mucho , ya que su cuerpo era tan débil como su mente. Nunca fue capaz de aprender a usar un hacha correctamente, y cuando se le mandaba a talar un árbol para tener leña, todo lo que hacía era golpearlo sin fuerza, sacando pequeñas astillas de alrededor, y le llevaba a veces varios días apear así un árbol que un castor podría cortar en la mitad de tiempo. A veces, cuando el árbol que tenía que cortar era especialmente grande,

volvía a casa e informaba de que era demasiado duro y resistente para él, y que nunca podría cortarlo. Entonces su hermano le decía que era un completo inútil, lo talaba con unos pocos hachazos certeros, y dejaba a Charlie trabajando durante semanas para convertirlo en leños que pudieran meterse en el fogón.

Este hermano, amante del trabajo duro y muy capaz, destacaba por su fuerza y su inteligencia tanto como Charlie por su infantilismo. Todos los vecinos sentían pena por el pobre Charlie, en especial las mujeres, que siempre tenían palabras amables para él y le daban siempre que podían galletas y pasteles. Y por encima de todo, mostraban hacia él una simpatía igual a la que sentirían ante un pobre huérfano. Sus vecinos más próximos, unos escoceses de las tierras altas, le recibían siempre con agrado en su casa y no escatimaban esfuerzos en mostrarse afectuosos y cordiales. Siempre que podía, iba con entusiasmo a ver a estos buenos amigos. Pero tras años de sufrir el exceso de trabajo y las enfermedades, su débil salud se resintió, y un día le dijo a sus amigos escoceses que ya no podía trabajar más ni hacer todo aquello que su hermano le exigía, que estaba cansado de vivir, y que venía a agradecerles todo su cariño y despedirse de ellos, ya que iba a ahogarse al lago Muir.

—¡Pero, Charlie! —gritaron—. No digas eso. ¡Alégrate! Pronto te sentirás más fuerte. Todos te queremos. ¡Alégrate! Y ven por aquí siempre que quieras algo.

—No, amigos —replicó él con un tono patético—, sé que me queréis, pero ya no puedo alegrarme más. Mi corazón está muerto y yo también quiero morir.

Al día siguiente, cuando el señor Anderson, un carpintero que tenía su casa en la orilla oeste del lago, iba a la fuente, vio un hombre avanzar a través de los juncos y nenúfares y lanzarse hacia el interior del lago, donde el agua era más profunda. Era el pobre Charlie. Por suerte, el señor Anderson tenía un pequeño bote cerca, y como la distancia no era mucha, pudo llegar a tiempo al pobre desesperado y salvarle la vida,

y después de intentar animarle lo llevó con su hermano. Pero incluso esta prueba evidente de su desesperación fue inútil para ablandar el corazón de su hermano. Veía en el intento de suicidio una maniobra bien calculada para dañar su reputación entre los vecinos. Aunque después de volver estuvo en cama, vivió tan solo unos pocos días más. El médico que vino la primera vez que su estado de salud le dejó muy inválido dijo que tenía la enfermedad de Bright. Cuando todo acabo, el hermano, estoicamente, fue a ver al vecino que había salvado a Charlie de morir ahogado, y después de hablar de asuntos cotidianos, de los cultivos, del tiempo, etc., le dijo con un tono indiferente:

—Tengo un pequeño trabajo de carpintería para usted, señor Anderson.

—¿De qué se trata, señor ***?

—Quiero que haga un ataúd.

—¡Un ataúd! —dijo el carpintero sorprendido—. ¿Quién se ha muerto?

—Charlie —le respondió tranquilamente.

Todos los vecinos lloraron la muerte del pobre niño adulto. Pero, aunque parezca extraño, el hermano que había cuidado fielmente de él no mostró ningún afecto, por considerar que aquello no era compatible con su fe.

El grupo variado de colonos era una buena muestra para observar las distintas clases de personas de nuestra propia raza. Tardamos poco en descubrir cómo se comportaban: las diferencias entre sus creencias religiosas y sus valores morales; la manera en que sacaban su sustento de un mismo suelo y en las mismas condiciones; cómo se protegían de las inclemencias del tiempo; cómo les influenciaban las nuevas y las viejas doctrinas; la forma en que esto afectaba a sus rezos, sus lecturas, sus debates, la educación de sus hijos, etc.; y cómo miraban a los indios, los primeros colonos y propietarios de la tierra que ellos ahora convertían en granjas.

Recuerdo a mi padre discutiendo con George Mair, un vecino escocés, acerca del asunto de los indios y de la propiedad legal de la tierra. El señor Mair comentó un día que era triste que los pobres indios, hijos de la Naturaleza que viven de lo que la tierra les da, de la caza y de la pesca, e incluso cultivan pequeños maizales en los rincones más fértiles, se vieran ahora desprovistos de sus tierras y confinados sin piedad en territorios cada vez más reducidos por parte de una raza extranjera que eliminaba sus medios de subsistencia. Mi padre respondía que estaba seguro de que Dios nunca había tenido la intención de permitir a los indios cazar y deambular por un territorio tan fértil y mantenerlo siempre en ese estado salvaje e improductivo, cuando los granjeros ingleses e irlandeses podían usarlo de manera más eficiente. Mientras que un indio necesitaba miles de acres para mantener a su familia, un buen granjero trabajador y temeroso de su Dios podía proveer de alimento a un numero de personas diez o cien veces mayor, de manera mucho más productiva, y al mismo tiempo ayudaba a difundir el evangelio.

El señor Mair se apresuró a comentar que la agricultura que practicaban nuestros primeros inmigrantes era, en muchos sentidos, tosca y llena de errores debidos a la ignorancia, pero que, por muy rudimentaria que fuera, y por muy deficiente que fuera la manera en la que se trabajaban la mayoría de nuestras granjas de Wisconsin, cuyos propietarios eran colonos sin experiencia que antes de venir a este país habían sido comerciantes o mecánicos o sirvientes, qué pensaríamos si otros agricultores mejor formados y más expertos vinieran a echarnos de nuestras tierras y nuestros hogares esgrimiendo ese mismo argumento, ese de que Dios no permitiría que unos campesinos tan ignorantes, devastadores e incapaces de obtener grandes beneficios ocuparan tierras en las que esos otros agricultores más científicos podían obtener cosechas cinco o diez veces más cuantiosas que las nuestras.

Y recuerdo haber pensado que el señor Mair tenía toda la razón. Me parecía que, fuera cual fuera el desenlace, a estas alturas de la contienda

aquello no era sino un ejemplo de la ley del más fuerte, aplicada sin apenas pensar —o sin pensar en absoluto— en los derechos o el bienestar del otro, si es que este es el más débil. Como Wordsworth hace decir a sus bandoleros escoceses: «que tomen quienes tengan fuerzas, y que conserven quienes sean capaces de ello»[2]

A base de trabajo y sudor, muchos de nuestros viejos vecinos acababan en la tumba antes de lo que sería natural, mientras cultivaban sus tierras con la esperanza inútil de hacerse ricos algún día, cuando podrían haber obtenido tranquilamente su pan y su ropa con una cuarta parte de sus terrenos, y haber dispuesto así de más tiempo para acercarse a Dios.

A mí me pusieron en el arado cuando tenía doce años, una vez que tuve la altura suficiente para llegar por encima del timón, y durante muchos años me encargué de arar la mayor parte de la tierra. Era un trabajo muy duro para un muchacho tan pequeño. Aún así, se esperaba que hiciera un trabajo tan bueno como el de un hombre, y por ello pronto tuve que convertirme en un buen labrador —o más bien debería decir un «niño labrador»—. Nadie era capaz de hacer los surcos tan rectos como yo. Durante los primeros años, el trabajo era especialmente duro debido a los tocones que había que ir esquivando. Más adelante, todos ellos se retiraron y se trocearon para que pudiera pasar la segadora de McCormick[3], y puesto que yo demostré ser el mejor desenterrando los tocones y cortándolos, hice casi todo el trabajo yo solo. Era un trabajo arduo y aburrido, todo el día arrodillado partiendo esos troncos duros de roble y nogal hasta bien por debajo de la parte superior de las raíces. Algunos, por fortuna pocos, tenían dos pies o más de diámetro.

[2]Del poema *Rob Roy*, de William Wordsworth(1770–1850). Robert Roy McGregor (1671–1734), conocido como «Rob roy», fue un proscrito escocés convertido posteriormente en héroe popular. (N. del T.)

[3]La primera segadora fue inventada y comercializada por Cyrus Hall McCormick (1809–1884) en 1831. (N del T.)

Al ser el mayor de los hermanos, la mayor parte de todas las otras tareas duras de la granja recaían también sobre mí. Uno de ellos era cortar maderos para las largas hileras de vallas zigzagueantes. Los árboles que eran suficientemente largos como para sacar de ellos uno o dos fustes de diez pies de largo se empleaban para hacer vallas, y los restantes, de madera demasiado nudosa o difícil de trabajar, para empalizadas. Partir en dos las maderas era un trabajo duro y requería bastante destreza. Yo solía cortar y partir de nuestros robles cortos y nudosos unas cien de ellas por día, a base de pasarme dando golpes con el hacha y la maza desde primera hora de la mañana hasta la noche, a veces con las manos entumecidas. Mi padre no era bueno en esta labor. Después de probar a trabajar conmigo durante un par de días, se desesperó y me lo dejó todo a mí. En cierta forma, me gustaba, ya que me sentía orgulloso de mi destreza y me convencía a mí mismo de que yo era tan duro como la madera de la que me ocupaba, aunque por culpa de este y de otros trabajos duros, crecí poco y me gané el mote de «canijo» de la familia.

En aquellos primeros tiempos, antes de que las maquinas vinieran a ahorrarnos esfuerzos, todo lo que rodeaba al cultivo del trigo implicaba mucho trabajo —segar en los días largos y sudorosos de la canícula, rastrillar y atar las gavillas, apilar la paja, trillar con el mayal— y a menudo me parecía que nuestra manera brutal y exageradamente ardua de obtener el grano de la tierra se parecía demasiado a cavar tumbas. Los elementos fundamentales de la vida, de por sí hermosos, hacían pensar a menudo en la pala del enterrador. Los hombres y los niños, y en aquella época incluso las mujeres y las niñas, se quedaban en los huesos trabajando en el trigo. Los gordos acababan delgados y los delgados escuálidos, y los carrillos rosados que traían de Escocia y de otros países frescos del otro lado del océano palidecían hasta hacerse amarillos como el trigo. Por culpa del vicio del trabajo excesivo, todos nos convertimos en esclavos. Lo mismo podría decirse de la tarea de hacer heno para mantener el ganado durante los largos inviernos. Nos despertábamos a

las cuatro de la mañana y rara vez nos acostábamos antes de las nueve, y los días eran jornadas frenéticas y achicharrantes de diecisiete horas de duro trabajo, cuando yo no era más que un pequeño muchacho raquítico. Y años más tarde, mis hermanas mayores y mis hermanos David y Daniel sufrieron las mismas penurias que yo.

Durante la canícula, en los días, noches y mañanas de cosecha, al levantarnos de nuestras camas húmedas las camisetas se nos pegaban a la espalda, empapadas de sudor como el traje de baño de un nadador, y permanecían así durante todo el día largo y sofocante. La siega, el más agotador de todos los trabajos de la granja, se convertía en algo aún peor debido a mi ridícula ambición por ir delante de todos los demás trabajadores. Nunca nadie dijo nada acerca de los peligros de trabajar en exceso, sino que, al contrario, se seguía trabajando incluso cuando se estaba enfermo, siempre que uno fuera capaz de mantenerse en pie. Yo pasé las paperas durante la época de cosecha y no podía tragar nada más que leche, pero aquello no cambió nada: tuve que seguir trabajando a pesar de estar tan débil que me tambaleaba y a veces me caía de cabeza entre las gavillas. La única vez que se me permitió ausentarme de la cosecha fue cuando enfermé de neumonía. Estuve semanas tumbado jadeando, pero los escoceses somos duros de pelar y salí adelante. No se llamó a ningún médico, ya que nuestro padre creía, y así lo repetía siempre, que no había mejores médicos que Dios y el trabajo duro.

Ninguno de nuestros vecinos trabajaba de manera tan obsesiva como nuestro padre, a pesar de que todos los escoceses, ingleses e irlandeses trabajaban demasiado para intentar tener un buen hogar y ahorrar el suficiente dinero como para lograr una cómoda independencia. Salvo algún pequeño jardín, ninguno de ellos había tenido tierras en sus países de origen. Aquí saciaban su hambre de tierra y se sentían orgullosos de sus granjas, e intentaban mantenerlas tan limpias, ordenadas y bien aradas como si se tratara de jardines. Llevar esto a cabo sin contratar a alguien que ayudase era algo imposible. Alrededor de las casas, de

madera o troncos, y siempre bien cuidadas, se plantaban flores; los corrales, graneros y otros edificios estaban tan limpios como las casas mismas; y las vallas y las líneas del maíz eran perfectamente rectas. Les molestaba cualquier mala hierba que no se hubiera arrancado, así como cualquier espiga de grano que no se hubiera recogido, y todo lo que se perdía a causa de los pájaros y las ardillas. Y por culpa este exceso de atención, el trabajo y las preocupaciones no se acababan nunca.

En lo que respecta al dinero, durante muchos años hubo muy poco. Los huevos se vendían en el comercio a seis centavos la docena, y el calicó de cinco centavos se cambiaba a veinticinco la yarda. Por un *bushel* de trigo pagaban en el comercio cincuenta céntimos. Antes de que se construyera el ferrocarril a Portage, para conseguir dinero había que llevarlo hasta Milwaukee, a cien millas de distancia. Para compensar, la comida era abundante: huevos, pollos, cerdos, vacas, trigo, maíz, patatas, verduras de la mejor calidad, y melones maravillosos como un pequeño lujo. No conozco ninguna otra tierra salvaje que dé la bienvenida a unos pobres inmigrantes de manera tan hospitalaria. Si se llegaba en primavera, se podía construir una casa de troncos, arar unos pocos acres, plantar el suelo virgen con maíz, patatas, etc., y obtener en ese mismo primer año suficiente para mantener una familia de manera cómoda. Y en los múltiples prados de los alrededores crecía el heno salvaje para alimentar a las vacas y los bueyes. Los colonos americanos, sabiamente, se contentaban con terrenos más pequeños y un poco menos de todo, se quedaban en casa cuando hacía demasiado calor o demasiado frío, descansaban cuando estaban cansados, salían de pesca o de caza en las mejores estaciones del año y en los mejores momentos del día, recolectaban frutos secos y bayas, y aceptaban con tranquilidad todas las cosas buenas que la fértil naturaleza les ofrecía.

Después de ocho años de odioso trabajo para limpiar el terreno de la granja de Fountain Lake, vallarla y dejarla en perfecto funcionamiento, construir una casa de madera y los edificios anexos para las vacas

y los caballos; después que terminamos todo esto victoriosamente y conseguimos salir vivos de ello, mi padre compró otro medio lote de tierra salvaje a unas cuatro o cinco millas al este, y comenzó de nuevo a talar y vallar y roturar para establecer una nueva granja, de manera que se duplicó el trabajo desmoralizante que ya habíamos sufrido: cortar árboles, eliminar tocones, partir maderas, levantar vallas y empalizadas, construir casas y graneros, y un largo etcétera.

En está época yo ya sabía manejar el arado de subsuelo. La mayoría de estos arados eran muy grandes, hacían surcos de dos pies de ancho en lugar de dieciocho pulgadas, y para tirar de ellos se usaban cuatro o cinco yuntas de bueyes. Se usaban solo en la primera labor, para abrir la capa de vegetación, que era una masa solida de hierbas entretejidas, formada principalmente por las raíces de las hierbas perennes y reforzada por las raíces pivotantes de los robles y los nogales arbustivos, algunas de ellas con más de un siglo de vida y cuatro o cinco pulgadas de diámetro. En los terrenos más difíciles, donde la labor era más dura, estas raíces se decía que crecían con tanta densidad como los pelos en el lomo de un perro. Si el arado estaba bien afilado, cortaba y volteaba estas raíces como si la madera centenaria tuviera la misma consistencia que una zanahoria o un nabo, pero si no estaba bien afilado, las raíces lo sacaban rápidamente del suelo. Nuestro vecino, un robusto escocés de las tierras altas cuyo arado no estaba en buenas condiciones y no sabía cómo arreglarlo, estaba un día arando y tratando de mantenerlo en la tierra haciendo fuerza directamente sobre él, mientras su hijo, que guiaba el apero y azotaba alegre los bueyes, le daba ánimos gritándole:

—¡Mantenlo dentro, padre! ¡Mantenlo dentro!

—Pero, ¿cómo demonios voy a mantenerlo dentro si no para de salirse? —respondía su padre sudoroso, jadeando a cada palabra.

Sin embargo, cuando los discos y el rejón estaban bien afilados y ajustados, el arado, en lugar de asustarse con cada raíz y saltar fuera, pasaba a través sin que fuese necesario desviarse o sostener con más

fuerza el timón, y se agarraba al suelo con tanta firmeza que apenas era posible sacarlo al llegar al final del surco.

Nuestro arado de subsuelo volteaba un surco de dos pies de ancho, y en nuestra mejor tierra, donde la capa de raíces era la más solida de todas, se agarraba con tal fuerza al suelo que, al llegar al extremo de la parcela, mi hermano, que se encargaba de llevar los bueyes, tenía que venir a ayudarme para sacarlo y que pudiera dar media vuelta. Esa era la única manera de poder continuar la labor. Aprendí a tener el arado en tan buen estado que, una vez que comenzaba un surco, me sentaba en la barra que había entre los dos agarres del timón con los pies apoyados cómodamente en el eje y no tenía ya que cambiar para nada el rumbo de un extremo a otro de la parcela, salvo si había que rodear un tocón, ya que era capaz de pasar por las raíces más gruesas sin inmutarse.

El crecimiento de estas raíces pivotantes era interesante. Cuando una bellota o una nuez echaba su primer brote, de unas pocas pulgadas de longitud, se quemaba con los incendios herbáceos del otoño, pero la raíz seguía manteniéndose con vida, formaba un callo sobre la herida y producía uno o más brotes la primavera siguiente. Estos nuevos brotes volvían a quemarse el otoño siguiente, pero la raíz y la cabeza encallecida, que se mantenía al mismo nivel que la superficie del suelo, seguía creciendo y producía más brotes. Esto se repetía casi cada año hasta que tenían una edad considerable, probablemente más de un siglo, mientras que la parte aérea, que de manera natural debería haber sido ya un árbol alto y con una copa amplia, no era más que unos simples brotes de no más de dos años de edad. De esta manera, el suelo seguía teniendo la forma de una pradera, con solo cinco o seis árboles por acre, que habían tenido la fortuna de crecer en algún lugar sin hierbas en la entrada de una madriguera de zorro o tejón, o entre manchas de hierba muy separadas sobre los suelos más pobres y arenosos.

En los suelos de las praderas de Illinois y Wisconsin, de una riqueza uniforme, la hierba crecía tan densa y alta que ningún árbol podía vivir

en ellas, debido a lo favorable que esto resultaba para el fuego. De no haber fuegos, estas praderas, tan emblemáticas de esta parte del país, estarían cubiertas de bosques densos. En cuanto se ocuparon los claros en los robledales alrededor de la granja y se comenzaron a evitar en ellos los fuegos herbáceos, la raíces dieron árboles y formaron bosquetes altos y tan densos que era difícil andar a través de ellos, y no quedó ni rastro de aquellos soleados «claros».

A nuestra segunda granja le pusimos el nombre de Hickory Hill (Colina de los nogales), por la cantidad de nogales que crecían y la larga pendiente poco pronunciada que llevaba hasta ella. En comparación con la granja de Fountain Lake, estaba en un lugar alto y seco. La tierra era mejor, pero no había agua corriente: ni fuente, ni arroyo, ni lago, y ni siquiera un prado húmedo. Para encontrar agua, tuvimos que excavar nada menos que noventa pies, y todo excepto los diez primeros sobre una arenisca fina. Cuando llegamos al nivel de la roca, mi padre, siguiendo el consejo de un hombre que había trabajado en la minería, intentó usar explosivos, pero debido a la falta de experiencia, la voladura se desarrolló muy lentamente, y decidió que yo me encargaría de hacer el trabajo con un cincel, una tarea dura y llena de riesgos. Me sentaba encogido en un espacio de unos tres pies de diámetro e iba comiendo poco a poco la roca con la maza y el cincel, desde la mañana hasta la noche, día tras día, durante semanas y meses. Por la mañana, David y mi padre me bajaban en un cubo de madera con un cabestrante, subían las esquirlas de roca que quedaran del día anterior, y luego volvían a la granja a trabajar y me dejaban allí solo hasta el mediodía, cuando volvían a sacarme para ir a comer. Inmediatamente después de la comida, me volvían a bajar, sacaban los restos de roca de la mañana, y me dejaban allí hasta la noche.

Una mañana, cuando ya habíamos alcanzado los ochenta pies de profundidad en esa odiosa perforación, estuve a punto de perder la vida asfixiado a causa del ácido carbónico que se había acumulado en

el fondo durante la noche. En lugar de quitar de en medio los restos de roca como solía hacer de costumbre cuando me bajaban, comencé a tambalearme de un lado a otro y a sucumbir a los efectos del aire viciado.

—¿Qué pasa ahí abajo que estás tan quieto? —gritó preocupado mi padre al ver que no hacía ningún ruido, pero no obtuvo respuesta.

Cuando estaba ya cayéndome contra la pared, reparé en una rama de roble que se asomaba por encima del pozo. Esto me hizo recobrar la conciencia por un instante, y respondí al grito de mi padre con un murmullo débil:

—Sácame de aquí.

Pero cuando él empezó a recuperar la cuerda, se encontró con que yo no estaba dentro del cubo, y me gritó alarmado:

—¡Métete en el cubo! ¡Métete y agárrate!

Conseguí entrar en el cubo de alguna manera, y eso es todo lo que recuerdo hasta que me sacaron de allí jadeando violentamente en busca de un poco de aire.

Uno de nuestros vecinos cercanos, un minero y mampostero llamado William Duncan, vino a verme, y después de escuchar los detalles del accidente, dijo solemnemente:

—Johnie, si estas vivo es por que Dios se ha apiadado de ti. He visto muchos compañeros míos morir de intoxicación, pero nunca vi a ninguno que estuviera tan cerca de la muerte como tú y consiguiera escapar de ella sin ayuda.

El señor Duncan le enseñó a mi padre que debía echar agua al agujero para que absorbiera el gas, y también atar un manojo de arbustos o de heno a una cuerda, echarlo dentro y hacerlo subir y bajar repetidamente para que arrastrara aire fresco hacía el fondo y lo mezclara con el aire viciado. Cuando me hube recuperado al cabo de unos días, mi padre me volvió a meter en el agujero a trabajar, no sin antes haber comprobado la calidad del aire con una vela y removerlo bien con un manojo de

heno y ramas de arbusto. El tedioso trabajo con la maza y el cincel continuó igual que antes, si acaso a menor velocidad, hasta llegar a los noventa pies de profundidad, cuando por fin encontré una veta de agua hermosa y palpitante. La gotas de agua acaban por desgastar la roca. También lo hace el cincel, pero este al mismo tiempo desgasta también a quien se encarga de manejarlo. Mi padre no paso ni siquiera una hora dentro de aquel pozo. Confió en mí para excavarlo perfectamente recto, y así lo hice, y construí también un tejadillo encima de él y metí dos cubos de los que toda la familia bebió durante años.

La abeja doméstica llegó a Norteamérica mucho antes que nosotros, pero pasaron muchos años antes de que advirtiéramos la presencia de alguna de ellas en nuestra granja. La introducción de la abeja doméstica en la florida Norteamérica marco un hito en la historia de las abejas. Esta dulce criatura zumbadora, amiga y compañera de las flores, ocupa en la actualidad la mayor parte del continente y llena de miel incontables oquedades en rocas y árboles, así como los millones de colmenas que preparan para ella los apicultores, que cuidan de sus rebaños de este particular ganado dulce y alado de la misma manera que los pastores se ocupan de sus ovejas. Es un trabajo encantador, «parecido a orientar los rayos del sol», como decía Thoreau. Los indios llaman a las abejas domésticas las «moscas del hombre blanco», y a pesar de conocer desde hace tiempo varias especies de abejorros de los que obtienen miel en mayor o menor medida, debieron sorprenderse gratamente al descubrir que, en los troncos huecos donde antes no encontraban más que ardillas o mapaches, ahora encontraban enjambres de moscas marrones con cincuenta o incluso cien libras de miel guardada en hermosas celdillas. Con su instinto cazador tan desarrollado, obviamente no tardaron en aprender las costumbres de estos pequeños inmigrantes marrones y las mejores maneras de seguirlas hasta sus dulces hogares, por muy escondidos que estos estuvieran. Durante los primeros años, no se vio en la granja ni una sola, a pesar de que a veces oíamos a los hombre

que contrataba nuestro padre hablar de «seguir la línea de las abejas[4]». Ningunos de nosotros los muchachos encontró nunca un árbol con abejas, y ni siquiera intentamos encontrarlo hasta diez años después de llegar a los bosques. En la granja de Hickory Hill hay una cresta de depósitos morrénicos, bastante seca pero poblada de flores —varas de oro y numerosas especies de *Aster*—, en la que vimos abejas alimentándose al final del otoño, cuando sus colmenas estaban más llenas de miel, y un día, cuando ya era mayor de edad y no tenía más patrón que yo mismo, se me ocurrió que tenía que intentar encontrar un árbol en el que hubiera un enjambre. Hice una pequeña caja de seis pulgadas de longitud y cuatro de anchura y de profundidad, compré media libra de miel, fui a la colina de las varas de oro, metí una abeja en la caja y la cerré. La tapa de la caja tenía un cristal, de manera que podía ver cuándo la abeja había libado lo suficiente y estaba ya lista para irse a casa. Al principio, trató de encontrar la manera de salir, pero una vez que olió la miel, pareció olvidarse de todo, y mientras ella se alimentaba, llevé la caja y una estaca afilada a un claro donde pudiera ver bien alrededor de mí, clavé la estaca en el suelo, y coloqué sobre ella la caja. Cuando me pareció que la pequeña tragona estaba saciada, le abrí la caja, pero no tenía prisa por volar. Se arrastró lentamente hasta al borde, estuvo allí un par de minutos limpiándose las patas que se habían quedado pegajosas a causa de la miel, y cuando echó a volar, en lugar de volar en línea recta como dicen que hacen las abejas, se puso a zumbar alrededor de la caja e inspeccionarla con detalle, como si quisiera tener una imagen clara de ella en su cabeza, para poder reconocerla cuando regresara más adelante a por otra nueva carga. Después voló en círculos a una cierta distancia, como tratando de encontrar algún objeto que le sirviera de referencia para encontrarla. El objeto más cercano era yo, y estuvo zumbando

[4] En referencia al método tradicional empleado para encontrar colmenas, bajo la suposición de que la abeja vuela siempre en línea recta de vuelta a la colmena. (N. del T.)

frente a mi cara y me miro con atención, para después volar hasta lo alto de un roble que estaba en el borde del claro.

Seguí mirándola sin perderla de vista, y al cabo de unos pocos minutos de descansar y limpiarse las alas, la vi volar describiendo amplios círculos alrededor de las copas de los árboles que se encontraban más cerca de la caja de miel. Cuando pareció que se sentía satisfecha, tomó el camino hacía la colmena, esta vez sí en línea recta. Observando desde este extremo, me di cuenta de que las líneas de vuelo de las abejas a la colmena no son perfectamente rectas, sino más bien un trayecto rectilíneo que se recorre haciendo requiebros y curvas. Después de intentar calcular la orientación de la línea de vuelo con la mayor precisión posible, me quedé esperando y observando. En unos pocos minutos, probablemente unos diez, me sorprendí al ver a la abeja llegar al extremo de una rama que sobresalía del mencionado roble, como si aquel fuera el primer punto que había memorizado para utilizarlo al deshacer el camino hasta la caja de miel. Desde lo alto del árbol vino directa a mi cabeza, después directa a la caja, entró sin dudarlo ni un instante, recogió su carga de miel y comenzó la misma operación de limpieza de la vez anterior. Me esforcé por trazar el rumbo exacto que seguía, para así poder seguirlo luego hasta la colmena. Antes de ello, no obstante, hice un experimento para comprobar la validez de mi hipótesis de que el pequeño insecto encontraba el camino de vuelta a la caja gracias a los puntos fijos que memoriza. Mientras ella estaba fuera, cogí la caja y la puse sobre la estaca a algunas varas de distancia de la posición en la que se encontraba hasta entonces, y me quedé allí observando. En unos pocos minutos, vi a la abeja llegar a su marca, la rama que sobresalía de la copa, y desde ahí descendió hacía el lugar donde antes estaban mi cabeza y la caja de miel. Cuando la pequeña recolectora de miel se encontró con que allí no había nada más que aire, se puso a dar vueltas en derredor como si estuviera perdida y desorientada. A pesar de que

yo estaba con la caja de miel abierta a tan solo cincuenta o sesenta pies del primer lugar, no fue capaz de encontrarla, o al menos no lo hizo.

Ahora que ya sabía la dirección a seguir para llegar a la colmena, salí en su búsqueda. Debía haber recorrido un cuarto de milla cuando capturé otra abeja, que, después de recoger su parte, efectuó la misma puesta en escena consistente en dar vueltas alrededor de la caja, zumbar frente a mí y mirarme con atención para poder luego reconocerme. En este caso, y puesto que conocía bien los arboles y arbustos cercanos, simplemente les echó un vistazo y siguió su camino sin entretenerse mucho, lo cual entendí como una señal de que la colmena ya no estaba lejos. Seguí caminando y la encontré al poco tiempo en el tronco inferior de la valla de un maizal. Sin embargo, algún tipo más afortunado la había encontrado antes y había robado su contenido, dejando a las pobres abejas sin nada de comida al final del otoño, cuando el invierno ya se acercaba, y obligándolas a recolectar con prisa toda la miel que pudieran de las últimas flores, a fin de evitar morir de hambre en el invierno.

Ciencia e inventos

En Escocia, aprendí las operaciones aritméticas sin comprenderlas, ya que todas las reglas las sabía de memoria. Pero cuando cumplí quince o dieciséis años, empecé a interesarme por adquirir un conocimiento real, y convencí a mi padre —que estuvo de acuerdo en dejarme estudiar siempre que siguiera cumpliendo con mis tareas en la granja— de que me comprara un libro de aritmética avanzada. Empecé desde el principio y lo terminé sin dificultad a lo largo de un verano, sin ayuda alguna y estudiando en los breves intervalos entre el final de la comida y la vuelta al trabajo de la tarde, y avancé más sin profesor alguno en unos pocos ratos sueltos que en años de colegio antes de que mi mente estuviera preparada para este trabajo. A partir de ahí, continué progresando y estudié álgebra, geometría y trigonometría, en todas las cuales hice algo de progreso, y además repasé mis conocimientos de gramática. Me gustaba mucho leer, pero mi padre no había traído de Escocia más que unos pocos libros religiosos. Por suerte, varios de nuestros vecinos había traído unas pocas docenas de libros de toda clase, que yo pude tomar prestados y leer, aunque manteniendo todos ellos excepto los religiosos escondidos para que mis padre no los viera. Entre estos se encontraban las novelas de Scott, las cuales, al igual que todas las novelas, estaban estrictamente prohibidas, pero que yo

devoraba en secreto con un placer inmenso. Fue fácil convencer a mi padre para que comprara *La guerra de los judíos* de Flavio Josefo y la *Historia de la reforma* de d'Aubigné, pero tuve que pelear duro para que comprara las *Vidas paralelas* de Plutarco, que, como le dije, todo el mundo, incluyendo los más religiosos, alababa como un gran libro. Sin embargo, no quiso saber nada del viejo pagano hasta que el pan Graham[1] y las doctrinas que predicaban las dietas sin carne llegaron de pronto a nuestro vecindario y produjeron una conmoción similar a las de la frenología o las manifestaciones de los espíritus, cuyos ataques habían sido tan misteriosos como los de la gripe. Mi padre pensó entonces que Plutarco podría ayudarnos a aclarar el asunto de la comida y podría revelar lo que aquellos antiguos griegos y romanos comían para lograr su fuerza, y así fue como por fin conseguimos nuestro ejemplar de Plutarco.

Pensé que *El filósofo cristiano* de Thomas Dick, que había tomado prestado de un vecino, lo podría leer sin tener que ocultarme, pues confiaba en que la palabra «cristiano» le libraría de su condena. Pero a mi padre no le agradaba la palabra «filósofo» y citó un versículo de la biblia que hablaba de la «falsamente llamada filosofía»[2]. Me atreví a hablar en defensa del libro, y argumenté que no podíamos vivir sin al menos unas breves nociones de los tipos de filosofía más útiles.

—Sí, claro que podemos —dijo con entusiasmo—, la Biblia es el único libro que un hombre puede necesitar en algún momento de su viaje desde la tierra hasta el cielo.

---

[1] El pan Graham fue inventado por el ministro presbiteriano estadounidense Sylvester Graham en el año 1829 para su dieta vegetariana, bajo la suposición de que un pan de harina integral era más sano que un pan de harina blanca. La harina Graham es harina integral que tiene un alto porcentaje de salvado. (N. del T.)

[2] El versículo en cuestión no habla en realidad de filosofía, sino de ciencia. «Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas y los argumentos de la falsamente llamada ciencia.» *Timoteo 6:20* (N. del T.)

—Pero ¿cómo podremos encontrar el cielo sin la Biblia —le contesté—, y cómo leeremos la Biblia cuando seamos viejos si no tenemos una pequeña ayuda de la ciencia? Piensa por ejemplo, padre, que tú no puedes leer la Biblia sin gafas, y al igual que tú muchos otros. Y las gafas no se pueden hacer sin conocer la ciencia de la óptica.

—¡Bueno —contestó, advirtiendo hacia dónde se desviaba la conversación—, siempre habrá gentes en el mundo que se encarguen de hacer gafas!

Respondí a esto con tozudez, citando otro versículo de la biblia que hacía referencia a un tiempo que habrá de llegar, en el que «todos conocerán al Señor, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande»[3], y preguntándole que quién haría las gafas entonces, cuando ese tiempo llegara. Pero él siguió estando en contra de que leyera ese libro, dijo que yo era un pejiguero contumaz al que le gustaba demasiado discutir, y me mandó devolverlo a su dueño. Aun así, me las apañé para leerlo algún tiempo después.

Respecto al asunto de la comida, mi padre insistía en que quienes abogaban por una dieta vegetariana tenían razón, ya que nuestra dentadura mostraba claramente que estaba hecha para la fruta y los cereales, y no para la carne como la de los perros, lobos o tigres. Por ello, adoptó pronto una dieta vegetariana y le pidió a mi madre que para hacer nuestro pan utilizara harina Graham en lugar de harina refinada. Mi madre ponía pan de ambas clases en la mesa, así como carne, para dejar que cada cual eligiera, y mientras mi padre insistía en lo estúpido que era comer carne, yo salí en ayuda de mi madre y le mencioné a mi padre el pasaje de la Biblia que contaba la historia del profeta Elías, a quien, cuando lo perseguían unos enemigos para matarlo, el Señor lo escondió

[3] «Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.» *Jeremías 31:34* (N. del T.)

en el arroyo de Querit y allí los cuervos lo alimentaron. Seguro que el Señor sabía lo que era lo mejor para comer, ya fuera pan o carne.

—¿Y con qué —pregunté— lo alimentaron los cuervos? ¿Con verduras y con pan Graham? No, fue con carne con lo que les dijo a los cuervos que alimentaran al profeta.

Puesto que la Biblia era su única regla, mi padre admitió de inmediato que estaba equivocado. Si el pan Graham fuera mejor, el Señor nunca habría mandado carne a Elías.

Descubrir que la poesía de la Biblia, de Shakespeare y de Milton eran una gran fuente de placer, júbilo e inspiración fue algo que recuerdo como grandioso y repentino, y me sentía deseoso de leer a todos los poetas y ahorraba pequeñas cantidades de dinero para comprar todos los libros suyos que pudiera. Al cabo de tres o cuatro años, era ya el orgulloso propietario de una parte de las obras de Shakespeare, Milton, Cowper, Henry Kirke White, Campbell y Akenside, así como de unos cuantos otros que ya no se leen apenas hoy en día. Creo que debía tener quince años cuando comencé a disfrutar la literatura con entusiasmo, e incluso daba besos a las páginas en mis pasajes favoritos, pero el tiempo que tenía para leer era escasísimo incluso en las tardes de invierno, y no tenía más que unos pocos minutos robados de cuando en cuando. Mi padre tenía una regla estricta: había que acostarse inmediatamente después del rezo, que en invierno solía haber terminado ya a las ocho de la tarde. Yo tenía la costumbre de quedarme en la cocina con un libro y una vela después de que los demás se hubieran retirado, y me consideraba afortunado si conseguía leer durante cinco minutos antes de que mi padre se diera cuenta de la luz y me mandara irme a la cama, una orden que, por supuesto, obedecía de inmediato. Pero noche tras noche intentaba robar algunos minutos de esta manera, y pocos hoy pueden imaginarse lo preciados que eran aquellos minutos. Quizás en dos o tres ocasiones durante todo un invierno, mi padre tardaba casi diez minutos en descubrir mi luz, y aquellos eran unos momentos

dorados, de duración suficiente como para recordarse cual vacaciones o periodos geológicos. Una tarde, mientras yo leía una historia de la Iglesia, mi padre estaba especialmente irritable, y me gritó con tono violento:

—¡John, vete a la cama! ¿Es que cada noche te tengo que mandar que te vayas a dormir? A partir de ahora, nada de irregularidades; te vas a la cama al mismo tiempo que el resto, y sin que yo te lo diga.

Y después, pensándolo bien, y como si le pareciera que sus palabras y su tono de voz habían sido demasiado severos para una ofensa tan leve como era leer un libro religioso, añadió:

—Si quieres leer, levántate pronto por la mañana y lee. Te puedes levantar todo lo pronto que quieras.

Aquella noche me fui a la cama deseando con toda mi alma que algo o alguien me sacara del sueño para disfrutar de esta maravillosa indulgencia, y por la mañana, para mi alegría y mi sorpresa, me desperté antes de que mi padre me llamara. Después de todo un día de trabajo en el bosque nevado, un muchacho como yo duerme profundamente, pero aquella mañana salté de la cama como si hubieran tocado corneta, bajé corriendo las escaleras sin apenas sentir mis sabañones, con un deseo enorme de ver de cuánto tiempo disponía. Y cuando acerqué mi vela al pequeño reloj que había en una repisa de la cocina, vi que no era más que la una de la mañana. Tenía para mí cinco horas, ¡casi la mitad de un día completo! «Cinco horas para mí», me dije, «¡Cinco enormes horas!» No creo que haya ningún otro suceso en mi vida ni ningún otro descubrimiento que yo haya hecho que me haya causado un gozo tan glorioso como el de poseer aquellas cinco gélidas horas.

Emocionado y nervioso ante toda aquella riqueza de horas que de pronto acababa de conseguir, apenas sabía qué hacer con ellas. Pensé al principio en ponerme a leer, pero el frío hacía necesario encender un fuego, y pensé que mi padre podría estar en contra de ello, ya que se gastaría leña que costaba tiempo cortar. Así pues, fui prudente y

decidí bajar al sótano y empezar a trabajar en una maqueta de una sierra hidráulica automática que había inventado. A la mañana siguiente, conseguí levantarme a la misma hora temprana y magnífica, y aunque la temperatura del sótano estaba un poco por debajo del punto de congelación y mi única luz era una vela de sebo, continué encantado trabajando en mi sierra. Había unas cuantas herramientas en un rincón del sótano —un gato, limas, un martillo, cinceles, etc.—, que nuestro padre había traído de Escocia, pero no había ninguna sierra a excepción de una basta y retorcida que no servía para cortar la madera seca de nogal o roble, así que cogí una tira de acero que había formado parte de un antiguo corsé, y con ella hice una con un dentado más fino, que servía bien para mi trabajo y cortaba sin problemas la madera más dura. También me hice mis propios punzones, un compás y unos sacabocados, a partir de limas viejas y alambres.

Mi taller estaba justo debajo de la cama de mi padre, y el ruido de las limas y los golpes mientras construía engranajes y levas debía, indudablemente, molestarle, pero después de haberme dado permiso para ello, y convencido sin duda de que pronto me cansaría de levantarme a la una de la mañana, esperó con impaciencia dos semanas antes de decirme nada. Yo me levanté puntual a la una durante todo el invierno, como mucho cinco minutos antes o después, y no sentí ningún efecto adverso por ello o me paré a pensar si dormir tan poco podría ser perjudicial. Reducir mis diez horas permitidas de sueño a cinco era un triunfo grandioso de la voluntad sobre el frío, el confort cotidiano y la fatiga del trabajo. Me sentía más rico de lo que nunca hubiera podido esperar o soñar. Estaba más que feliz. Al igual que Tam O'Shanter, me sentía glorioso, «triunfante por encima de las penurias de la vida».

Mi padre, como era costumbre en Escocia, daba las gracias y bendecía la mesa antes de las comidas, no solo como un asunto de respeto y buenos modales cristianos, sino porque consideraba que la comida era una ofrenda que venía directamente del Padre, desde los cielos. Por

ello, cada comida era para él un sacramento que requería un comportamiento y una actitud dignas de la Última Cena. No se permitía ni una sola palabra ociosa en la mesa, y menos aún reírse o contar alguna historia. Una mañana mientras desayunábamos, unas dos semanas después de descubrir estos gloriosos momentos de tiempo libre, mi padre carraspeó para aclararse la garganta, algo que todos sabíamos que hacía antes de decir algo que consideraba importante. Me temí que se tratara de algo relativo a mis madrugones, y que, a causa del ruido, fuera a retirarme el permiso que me había concedido, aunque esperaba que, al haberme dado su palabra de que podía levantarme tan pronto como quisiera, la mantendría como un buen escocés, incluso si aquello había sucedido cuando él estaba con la guardia baja y yo después lo había llevado demasiado lejos. Y entonces la temida pregunta rompió el silencio sacramental:

—John, ¿a qué hora te levantas por las mañana?

—Sobre la una —respondí en baja y con un tono dócil y culpable

—¿Y qué clase de hora es esa para levantarse en mitad de la noche y molestar a toda la familia?

Yo me limité a recordarle el permiso que él me había dado para levantarme tan pronto como quisiese.

—Lo sé —dijo con una voz casi agonizante—. Sé que te di ese maldito permiso, pero no me imaginaba que fueras a levantarte en mitad de la noche.

Fui cauteloso y no respondí a esto, pero aun así seguí atento a la llamada celestial de la una de la mañana, que no falló ni una sola vez.

Después de completar mi sierra automática, hice una represa en uno de los arroyos y la puse en funcionamiento. A este invento le siguieron rápidamente otros: norias, pestillos y cerraduras curiosas, termómetros, higrómetros, pirómetros, relojes, un barómetro, un dispositivo automático para alimentar a los caballos a cualquier hora, uno para

encender las lamparas, otro para encender el fuego, una máquina para levantarse a una hora determinada, y así muchos otros.

Después de probar la sierra y dejar de pensar en ella, se me ocurrió que estaría bien hacer un cronómetro que indicara el día de la semana y del mes, y que al mismo tiempo diera las horas como un reloj común. También se me ocurrió añadirle un enganche mediante el que pudiera conectarse con la armadura de la cama, de manera que pudiera despertarme a cualquier hora de la mañana, o a otros instrumentos para encender un fuego, una luz, etc. A excepción de las reglas del péndulo, que había aprendido en un libro, no sabía nada de cronómetros, ya que nunca había visto el interior de ningún reloj o similar.

Después de incubar la idea durante mucho tiempo, completé al fin el diseño del reloj, y antes de empezar a construirlo en madera, lo ensayé en mi mente y me pareció que era resistente, funcionaba bien y tenía buen aspecto. Mientras trabajaba, llevaba siempre conmigo en el bolsillo pequeñas piezas para ir tallándolas cuando tuviera un momento libre o pudiera escabullirme de las tareas sin que mi padre lo supiera. A mitad del verano, en plena cosecha, mi máquina estaba casi terminada. Estaba escondida en una habitación en el piso de arriba en la que se guardaban algunas herramientas. Hice todo el trabajo en la granja, pero un día, a media mañana, mientras yo estaba fuera, mi padre subió a coger un martillo o algo parecido y descubrió el misterioso artilugio detrás de la cama. Mi hermana Margaret lo vio arrodillado examinándolo, y en cuanto pudo, me susurró al oído:

—John, Papá ha visto esa cosa que estás haciendo en el piso de arriba.

Nadie en la familia sabía lo que yo estaba haciendo, pero sabían bien que esa clase de inventos no eran del agrado de mi padre, y me avisaban ante cualquier peligro que pudiera desbaratar mis planes. Mi buen invento parecía condenado a ser destruido antes siquiera de que su péndulo comenzara a oscilar, a pesar de lo hermoso que me parecía, de todo el tiempo que había pasado con él en la cabeza, y de que, al igual

que al ratoncillo de Burns, me había costado «unas cuantas roeduras agotadoras[4]». Varios días después del triste descubrimiento, mientras estábamos sentados a la mesa comiendo, mi padre empezó a aclararse la garganta, y me temí que iba a sentenciar a mi grandioso reloj.

—John —preguntó—, ¿qué es eso que estás construyendo en el piso de arriba?

Respondí desesperadamente que no sabía cómo llamarlo.

—¿Como? ¿Quieres decir que no sabes lo que estás haciendo?

—Oh, sí —dije—, sé muy bien lo que estoy haciendo.

—Entonces, ¿para qué sirve eso?

—Sirve para muchas cosas —respondí—, pero una de las principales es para hacer que la gente se levante pronto por la mañana, así que podríamos llamarlo una máquina despertadora.

Después de haberme levantado a horas tan extravagantemente tempranas durante todo el invierno, construir una máquina para levantarme todavía antes parecía algo tan ridículo que estuvo a punto de reírse. Pero después de controlarse y recuperar un semblante y una voz lo suficientemente solemnes, dijo con severidad:

—¿Y no crees que está mal desperdiciar el tiempo en tonterías así?

—No —dije humildemente—, no creo que haga nada malo.

—Yo sí lo creo —contestó—. Y si te aplicaras tanto en el estudio de la religión como en inventar y dar forma a estas cosas inútiles y sin sentido, sería infinitamente mejor para ti. Quiero que seas como san Pablo, que al estar entre los hombres deseaba no saber de ninguna otra cosa salvo de Jesucristo, y de este crucificado[5].

No respondí a esto, con la triste convicción de que mi buena máquina iba a ser quemada, y me consolaba pensando que, de todas formas, había disfrutando creándola y fabricándola.

---

[4] Referencia al poema *A un ratón*, de Robert Burns. (N. del T.)

[5] *Corintios 2:2*. (N. del T.)

Pasados unos días, al ver que ya no se hablaba más de aquello y que mi padre, después de todo, no tenía valor para destruirla, y que ya no era necesario ningún secretismo, lo terminé en los descansos de media hora que teníamos a mediodía, lo instalé en el salón entre dos sillas, colgué como contrapesos unas rocas de morrena que habían llegado de la dirección del Lago Superior, y lo puse en marcha. Por aquel entonces estábamos ocupados metiendo el grano en el granero. Mi padre estaba dedicado completamente al estudio de la Biblia en esa época, y no hacía ninguna clase de trabajo. El reloj sonaba bastante fuerte y, según me contó una de mis hermanas, cuando lo oyó dar la hora, fue al salón, se arrodilló y examinó con detalle el mecanismo, que podía verse a simple vista ya que no estaba dentro de una carcasa. Hizo esto en repetidas ocasiones, y era evidente que sentía algo de orgullo por mi habilidad para idear y armar algo así, aunque se cuidó de no animarme a construir ninguna otra cosa similar en el futuro.

Sin embargo, para mí era ya imposible parar. Inventando y construyendo a más velocidad que nunca, hice otro reloj de madera de nogal, con forma de guadaña, que simbolizaba la guadaña del Padre Tiempo. El péndulo es un conjunto de flechas que simbolizan el paso del tiempo. Cuelga de una rama de roble mohosa y sin hojas en la que es evidente el efecto del tiempo, y en el mango de la guadaña está escrito «Toda carne es como hierba»[6].

Esto, en especial la inscripción, gustó bastante a mi padre, y, por supuesto, despertó la admiración de mi madre y de todos mis hermanos y hermanas. Al igual que el primer reloj, indica los días de la semana y el mes, enciende el fuego y le saca a uno de la cama a cualquier hora y minuto. Y a pesar de estar hecho hace más de cincuenta años, sigue dando la hora con precisión.

Mi cabeza seguía pensando en relojes, e inventé uno de gran tamaño parecido al reloj de un pueblo, con cuatro diales, y con los números

[6] *Pedro, 1:24*. (N. del T.)

tan grandes que todos los vecinos de los alrededores, así como nosotros mismos, los podíamos leer mientras estábamos trabajando en el campo. En el lado que daba a la casa, indicaba los días de la semana y el mes. Iba a colocarlo en la parte más alta del tejado del granero, pero cuando estaba ya a punto de terminarlo, mi padre me detuvo y dijo que atraería a demasiada gente alrededor del granero. Le pedí entonces permiso para ponerlo en lo alto de un roble negro que había cerca de casa. Estudié sus ramas principales y me pareció que podría instalar una base lo suficientemente rígida para montarlo en él, y el follaje taparía los ángulos de la carcasa que era necesaria para proteger el mecanismo de la intemperie. El péndulo, de catorce pies de largo y un periodo de dos segundos, se podría poner discretamente junto al tronco. Argumenté que no había nada en el gran reloj que desfigurara el árbol, ya que parecería algo como un gran nido de halcón.

—Pero eso —objetó mi padre—, atraerá todavía más gente molesta que pisoteará todo, porque ¿quién ha oído hablar de algo tan extraño como un gran reloj en lo alto de un árbol?

Así que tuve que dejar de lado sus grandes ruedas y diales, y contentarme con el placer de haberlo inventado; y, en mi cabeza, mirarlo y escuchar cada dos segundos el pulso solemne y profundo de su péndulo, con su par de viejas hachas en el extremo.

Otra de mis invenciones fue un gran termómetro hecho con una barra de hierro de tres pies de largo y cinco octavos de pulgada de diámetro, que había formado parte de la caja de un carromato. La expansión y contracción de esta barra se multiplicaba mediante una serie de palancas hechas a partir de flejes de hierro. La presión de la barra contra las palancas se mantenía constante gracias a un contrapeso, de manera que el más mínimo cambio en la longitud de la barra se reflejaba inmediatamente en un marcador de unos tres pies de ancho, con su magnitud multiplicada aproximadamente por treinta y dos. El ajuste inicial a cero se conseguía colocando la barra en nieve húmeda. El marcador de

la temperatura era tan grande que podíamos ver claramente la mano negra sobre fondo blanco y leer la temperatura mientras trabajábamos el campo que había debajo de la casa. Las temperaturas extremas, tanto bajas como altas, hacían que la mano diera varias vueltas. El número de estas vueltas se indicaba en otro pequeño marcador dentro del mayor. Este termómetro estaba instalado en un lateral de la casa, y era tan sensible que, cuando alguien se acercaba a cuatro o cinco pies de él, el calor irradiado por el observador hacía que la mano se moviera tan rápido que apenas podía verse su movimiento, y cuando la persona se retiraba, la mano volvía lentamente a su posición habitual. Los vecinos, e incluso mi padre, tan bíblico, lo consideraban una auténtica maravilla.

A los chicos les gustan los libros de viajes, y recuerdo que un día, después de haber estado leyendo los *Viajes en África* de Mungo Parks, mi madre me dijo:

—John, a lo mejor algún día viajarás como Park y Humboldt.

Mi padre oyó aquello y gritó con un desprecio solemne.

—¡Anne, por favor, no le metas ideas tontas al chico en la cabeza!

Pero en esa época ya no hacía falta rezar mucho para que aquello sucediera.

Mis hermanos abandonaron la granja cuando fueron mayores de edad, pero yo me quedé un año más, porque me repugnaba la idea de abandonar la casa. Mi madre esperaba que fuera pastor algún día; mis hermanas, que fuera inventor. Yo a veces pensaba que quería ser médico, pero no veía otra manera de ganar dinero y costearme la educación que siendo inventor. Así que, para empezar, decidí entrar a trabajar en un gran taller o una factoría, y vivir durante un tiempo entre máquinas. Sin embargo, era de carácter muy tímido y me habían enseñado a tener un mala opinión de mi mismo, y a no hacer caso incluso si los vecinos me decían que yo era un genio y que sin duda llegaría lejos en la vida. Un día, cuando hablaba de mis planes con un vecino, me dijo:

—Mira, John, si quieres entrar a trabajar en una fábrica, coge algunos de tus inventos y llévalos a la feria estatal, y puedes estar seguro de que, en cuanto la gente los vea, se te abrirán las puertas de todos los talleres del país. Serás bienvenido en cualquiera de ellos.

Y cuando le pregunté dudoso si a la gente le interesaría ver cosas hechas de madera, me dijo:

—¿De madera? ¿Qué más da de lo que estén hechas si son tan originales? No hay nada igual en el mundo. Eso es lo que llamará la atención, y además son cosas deslumbrantes para venir de mitad del bosque.

Esto me animó a irme de casa y, siguiendo su consejo, ir a la feria estatal que se celebraba en Madison.

El mundo y la universidad

Cuando le dije a mi padre que iba a irme de casa y le pregunté si, en caso de necesitarlo, él me podría enviar algo de dinero, me respondió: «No. Tienes que valerte tan solo por ti mismo.»

Supongo que era un buen consejo, pero está claro que era innecesariamente severo para un chico tímido y amante del hogar que había trabajado tan duro. Tenía el soberano de oro que me había dado mi abuelo al salir de Escocia y unos cuantos dólares, quizás diez, que había ganado cultivando algunos *bushels* de cereal en una pequeña parcela abandonada de tierra arenosa. Así que, cuando abandoné el hogar para ir a ver mundo, no tenía más que unos quince dólares en el bolsillo.

Aunque parezca extraño, nuestro padre puso gran empeño en que nos consideráramos muy pobres, concebidos en pecado, etc., y creía con total devoción que apagar cualquier destello de orgullo o autoestima era un cometido sagrado, sin darse cuenta de que ello al mismo tiempo apagaba todo lo demás. Las alabanzas era lo que él consideraba más pernicioso, e intentó convencerme de que cuando saliera al mundo exterior y tratara de hacerme valer por mí mismo, pronto aprendería que, aunque yo en ocasiones hubiera pensado que él era un patrón severo, los desconocidos lo eran mucho más. Pero, al contrario de lo que él pensaba, nunca me ha faltado amabilidad y simpatía. Todo mi

equipaje consistía en un paquete con los dos relojes y un pequeño termómetro hecho con un trozo de una vieja tabla de lavar, sin ninguna clase de cobertura, de forma que el conjunto parecía una única máquina muy compleja.

Por supuesto, separarme de mi madre y mis hermanas fue un duro trago. Mi padre dejó que David me llevara a Pardeeville, un lugar en el que no había estado antes a pesar de estar solo a nueve millas al sur de nuestra casa de Hickory Hill. La posada del pueblo parecía desierta cuando llegamos. No había nadie a la vista. Dejé mis relojes en la plataforma renqueante, y David me dijo adiós y se fue de vuelta a casa, dejándome solo en el mundo. El ruido de la carreta al dar media vuelta hizo salir al casero, y lo primero que le llamó la atención fue mi extraño paquete. Me miró y dijo:

—Buenas, joven. ¿Qué es eso?

—Máquinas —le dije—, para marcar la hora, despertarse por la mañana, y cosas así.

—Vaya, vaya. Esa es una manera extraña de levantarse. Usted debe ser un yanqui de Nueva Inglaterra. ¿De donde ha sacado los planos para algo así?

—De mi cabeza —le dije.

Alguien abajo de la calle vio al casero mirando algo con atención y se acercó a ver de qué se trataba. En aquel pequeño pueblo, tres o cuatro personas formaban una multitud llamativa, y en quince o veinte minutos la mayor parte de la población de Pardeeville se había congregado en círculo alrededor de mis extrañas pertenencias hechas de madera de nogal. Me mantuve fuera del círculo para evitar que me vieran, de forma que tenía la ventaja de poder escuchar los comentarios al respecto sin avergonzarme. Casi todos los que llegaban preguntaban:

—¿Qué es eso? ¿Para qué sirve? ¿Quién lo ha hecho?

El casero les contestaba a todos de la misma manera:

—Lo ha hecho un joven que vive fuera del pueblo, en el campo, y dice que sirve para marcar la hora, levantarse por la mañana y algo que no he entendido bien. No sé lo que quería decir.

—No, no —decía entonces alguien entre el gentío—, no puede ser eso. Es para otra cosa distinta, algo misterioso. Tomad nota de lo que digo, vais a verlo todo en los periódicos uno de estos días.

Un hombrecillo curioso vino corriendo por la calle, se unió a la multitud, se puso de puntillas para atisbar la maravilla, decidió rápidamente de qué se trataba, y con una voz segura y clara, como un gallo cacareando, dijo:

—Yo sé para lo que sirve ese artilugio. Es una máquina para sacar las espinas del pescado.

Eran los tiempos en que la frenología hacia furor, cuando por todo el país las cercas y los graneros junto a las carreteras estaban empapeladas de carteles con las protuberancias del cráneo y un encabezamiento que decía «Conócete a ti mismo», y recomendaban a todo el mundo acudir a las escuelas para que les explicaran la forma de sus cabezas y les dijeran para qué tareas estaban más dotados o con quién debían casarse. Aparentemente, mi paquete de artilugios mecánicos traía a la cabeza buena parte de las ideas de la frenología, ya que muchos de los mirones decían:

—Me gustaría ver la cabeza de ese chico. Su área de la inventiva debe de ser enorme.

Otros me alababan diciendo:

—Ojalá yo tuviera la cabeza de ese muchacho. Preferiría tener esa cabeza antes que la mejor granja de todo el estado.

Pasé la noche en la pequeña posada, a la espera de un tren. Por la mañana fui a la estación y puse mi equipaje en la plataforma. Vino el tren atronador —una visión gloriosa—, el primer tren al que yo había esperado en mi vida. Cuando el conductor vio mi extraño equipaje, dijo:

—¡Buenas! ¿Qué tenemos aquí?

—Inventos para marcar la hora, levantarse temprano y cosas así. ¿Puedo llevarlos conmigo en el vagón?

—Las puedes llevar donde quieras —respondió—, pero mejor que se las des al encargado de equipajes. Si las metes en el vagón, atraerán a mucha gente y podrían romperse.

Así que se las di al encargado de equipajes y al momento le pregunté al conductor si podía viajar en la locomotora. Él, con amabilidad, me dijo:

—Sí, claro. Ese es el lugar perfecto para ti. Ve al frente y dile al maquinista lo que yo he dicho.

Pero el maquinista fue tozudo y no me dejó quedarme allí.

—Me da igual lo que haya dicho el conductor. Yo digo que no puedes ir en mi locomotora.

El conductor estaba a punto de arrancar el tren y miraba para ver si yo tenía suerte, y cuando me vio volver vino a mi encuentro.

—El maquinista no me deja ir allí —le informé.

—¿No te deja? —dijo el buen conductor—. Ya verás como sí. Ven conmigo.

Y se tomó la molestia de recorrer todo el tren para conseguir que yo pudiera ir en la locomotora.

—Charlie —dijo, dirigiéndose al ingeniero—, ¿no llevas nunca pasajeros?

—Raras veces —respondió.

—Sea como sea, me gustaría que dejaras ir contigo a este joven. En el vagón de equipajes lleva las máquinas más extrañas que he visto en mi vida. Creo que podría montar él mismo una locomotora. Quiere ver funcionar el motor, déjale que se quede.

Después, me dijo susurrando que entrara, lo cual hice con alegría, mientras el maquinista, por su parte, ni me animaba ni se oponía a ello.

En cuanto el tren se puso en marcha, el maquinista me preguntó qué era en realidad esa «cosa extraña» de la que hablaba el conductor.

—No son más que inventos para marcar la hora, poner a la gente en pie temprano por la mañana y otras cosas parecidas —le respondí de inmediato.

Antes de que pudiera hacerme alguna pregunta más, le pregunté yo si podía salir del vagón para ver el motor. Fue amable y me dio permiso, pero añadió:

—Ten cuidado de no caerte, y cuando oigas que toco el silbato para anunciar que llegamos a una estación, vuelve a entrar, porque si alguien informa al superintendente de que dejo que los chicos se paseen por el motor, podría perder el trabajo.

Le aseguré que volvería en breve, salí y caminé por la pasarela que había junto a la caldera, mientras veía cómo la maravillosa máquina atravesaba rauda el paisaje, como si se sintiera orgullosa de su fuerza cual una criatura viva. Sentado sobre el frontal, me parecía estar volando, y aquella demostración impresionante de energía y movimiento era algo cautivador. Era la primera vez que me subía a un tren —y por supuesto a una locomotora— desde que había salido de Escocia. Cuando llegamos a Madison, les agradecí el glorioso viaje al maquinista y al conductor, pregunté cómo llegar a la feria, me eché mis inventos al hombro y fui andando hasta el recinto ferial.

Cuando pedí un billete en una ventanilla junto a la entrada, le dije al encargado que tenía algo que mostrar.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Lo tengo aquí. Mire.

Cuando asomó la cabeza por la ventana y echó un vistazo a mis pertenencias, gritó emocionado:

—Oh, no necesita un billete. Pase, pase.

Al preguntarle dónde se exhibían objetos como los míos, me dijo:

—¿Ves ese edificio arriba de la colina con una gran bandera? Es el Pabellón de Bellas Artes, y es el lugar ideal para tu magnífico invento.

Así que subí hasta el Pabellón de Bellas Artes y eché un vistazo en su interior, mientras me preguntaba si en un lugar tan elegante permitirían exponer cosas de madera.

Me recibió un caballero de aspecto solemne, que me saludó amablemente y me dijo:

—Joven, ¿qué tenemos aquí?

—Dos relojes y un termómetro —respondí.

—¿Los has hecho tú? Tienen un aspecto maravilloso, y creo que podrían ser las piezas más interesantes de toda la exposición.

—¿Dónde puedo ponerlos? —pregunté.

—Mira por ahí y elije el lugar que más te guste, tanto si está ocupado como si no. Tienes todo el edificio para elegir, y un carpintero para hacer los soportes que sean necesarios y ayudar en todo lo posible.

Pronto tuve un soporte lo suficientemente grande para todos ellos y salí a buscar en la colina algunas rocas de tamaño suficiente para los contrapesos, y en quince o veinte minutos los relojes estaban en funcionamiento. Creo que no había nada en toda la sala que atrajera tanto la atención. Recibí muchos elogios de la gente y de los periodistas. Las noticias en la prensa local se copiaron más tarde en los periódicos del este. Consideraban que era algo maravilloso que un muchacho de una granja hubiera sido capaz de inventar y construir algo así, y casi todos los que lo vieron auguraban buena fortuna. Pero mi padre me había sermoneado tanto sobre cómo debía evitar toda clase de alabanzas, que tenía miedo de leer esas noticias elogiosas y nunca recorté o conservé ninguna de ellas, tan solo las ojeaba y desviaba la vista para no caer en la vanidad. Me dieron un premio de diez o quince dólares y un diploma por la originalidad, y mis creaciones ocuparon un lugar privilegiado en la lista de los objetos expuestos.

Muchos años después, cuando ya había escrito artículos y libros, recibí una carta del director del Pabellón de Bellas Artes. Decía haber sido profesor de literatura inglesa en la Universidad de Wisconsin cuando se celebró aquella feria, y mucho después me enviaba algunos recortes de prensa de sus conferencias. Una de ellas trataba sobre mí, sobre mi estilo y otros asuntos, y contaba cómo me recordaba perfectamente llegando al Pabellón en mangas de camisa y con aquellas maravillas mecánicas al hombro. Aunque de poca importancia, estos inventos me abrieron todas las puertas y han dejado marcas que han pervivido durante muchos años. Y todo ello, supongo, tan solo por lo originales y prometedores que eran.

Mientras tanto, miraba tratando de encontrar a dónde ir en busca de mi futuro. Había un inventor en la feria, de nombre Wiard, que exhibía una barca que se deslizaba por el hielo, la cual había inventado para desplazarse por la parte alta del Mississippi, desde Prairie du Chien hasta Saint Paul, en los meses de invierno, y explicaba lo práctico que sería convertir el río en una carretera cuando era impracticable para la navegación ordinaria a causa del hielo. Después de ver mis inventos, me ofreció un puesto en su fundición y su taller en Prairie du Chien y me prometió ayudarme en todo lo que pudiera. Decidí aceptar su propuesta y fui con él hasta Prairie du Chien en su barca sobre el hielo, instalada sobre un carro plano. Sin embargo, pronto me di cuenta de que casi nunca estaba en casa y de que no era probable que aprendiera mucho en esa pequeña fábrica. Encontré otro lugar en el que podía trabajar para ganarme la vida y en mi tiempo libre dedicarme al dibujo técnico, la geometría y la física. Sin embargo, no logré avanzar mucho a pesar de que la familia Pelton, para la que trabajaba, fue muy amable conmigo. Después de unos meses en Prairie du Chien, decidí volver a Madison con la esperanza de continuar mis estudios.

En Madison, gané algunos dólares construyendo y vendiendo unas pocas de mis camas que servían para despertarlo a uno por la mañana,

y que construía insertando al pie de la cama un reloj ordinario que podía comprarse por un dolar. También gané unos dolares repartiendo circulares en una oficina de seguros, mientras al mismo tiempo me pagaba el sustento cuidando un par de caballos y haciendo recados. Esto no tiene mucho interés, salvo por el hecho de que estaba ganándome el pan mientras tenía la esperanza de que llegaría algo que me hiciera ganar el suficiente dinero como para ingresar en la Universidad de Wisconsin. Esa era mi ambición, y no cambió en ningún momento, independientemente de lo que hiciera. Me parecía que no había ninguna otra universidad tan bien situada, y al pasear por ella, encandilado con sus céspedes y árboles y lagos hermosos, y ver a estudiantes yendo y viniendo con sus libros o en ocasiones practicando a medir distancias con un teodolito, pensaba que sería la mayor satisfacción de mi vida si pudiera unirme a ellos. Tenía un hambre y una sed de conocimiento desesperadas, y estaba dispuesto a aguantar lo que fuera necesario para lograrlo.

Un día me encontré con un estudiante que había visto mis inventos en la feria y me había reconocido.

—Tenéis suerte de poder estudiar en este hermoso lugar —les dije—. Ojalá yo pudiera unirme a vosotros.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó.

—No tengo suficiente dinero.

—Oh, no hace falta mucho dinero. —me explicó en un tono tranquilizador. Supongo que podrías entrar en el primer curso y pagarte tu manutención como hacemos muchos de nosotros, por un dolar a la semana. El panadero y el lechero pasan todos los días, y puedes vivir a base de pan y leche.

Quizás, pensé, tenga suficiente dinero para al menos el primer trimestre. De cualquier forma, no pude evitar intentarlo.

Asustado y tembloroso, desbordante de ignorancia, llamé al profesor Stirling, el decano de la facultad, que ocupaba entonces el cargo de

presidente, le expuse mi caso y le conté hasta dónde había llegado en mi estudios en casa, y que no había ido al colegio desde que había abandonado Escocia con quince años, salvo un corto periodo de un par de meses en un colegio del distrito, por no poder abandonar el trabajo en la granja. Después de escuchar mi historia, el profesor me dio la bienvenida a la gloriosa universidad, lugar que para mí colindaba con el Reino de los Cielos. Tras unas semanas en una clase preparatoria, comencé con el primer curso. En las clases de latín, me di cuenta de que uno de los libros que utilizábamos ya lo había estudiado en Escocia, de manera que, después de un parón de doce años, comencé de nuevo mi estudio del latín donde lo había dejado; por sorprendente que parezca, la mayor parte volvió a mi cabeza, en especial la gramática que había memorizado en la escuela primaria de Dunbar.

Durante los cuatro años que estuve en la universidad, trabajaba duro las largas vacaciones de verano segando con una guadaña cuatro acres de trigo al día y ayudando a reunirlo en gavillas, y con lo que ganaba tenía suficiente para mantenerme todo el resto del año. Pero como tenía que comprar libros y pagar, según creo, treinta y dos dólares al año por las clases, y de vez en cuando tenía que comprar ácidos, retortas, pipetas, campanas de cristal, frascos, etc., a veces me veía obligado a recortar en comida y no gastar más de medio dolar a la semana.

Un invierno, di clases en un colegio a diez millas al norte de Madison y gané un dinero muy necesario a razón de veinte dólares al mes, además de cama y comida, y cumplí con mis obligaciones en la universidad estudiando por las noches. Como en aquel entonces no tenía aún suficiente dinero para tener un reloj de pulsera, usaba uno de mis relojes de nogal, no solo para saber la hora, sino también para encender el fuego del colegio en las mañanas frías y para regular los horarios de las clases. Lo llevé al hombro hasta el viejo edificio de madera y lo puse a funcionar sobre una pequeña repisa clavada en uno de los troncos nudosos y abultados. Era un invierno muy frío, y tenía que ir al colegio

a eso de las ocho de la mañana para calentarlo antes de la llegada de los alumnos. Era un trabajo agotador, pero también uno que era fácil dejar en manos del reloj. Por ello, una tarde después de la cena, le dije al cabeza de la familia con la que me hospedaba que, si me prestaba una vela, volvería al colegio e instalaría algo para hacer que el fuego se encendiera cada día a las ocho de la mañana sin que yo tuviera que estar allí.

—Joven, hay algunas cosas curiosas en el aula, pero no creo que puedas hacer eso —dijo.

—¡Oh, claro que puedo, es fácil!

Y en poco más de una hora había completado el trabajo. Solo tuve que poner una cucharadita de clorato de potasio en polvo en la estufa junto a algunas astillas y virutas, y a la hora en cuestión hacer que el reloj, mediante un simple ajuste, tocara la mezcla inflamable con una gota de ácido sulfúrico. Cada tarde al acabar las clases, sacaba con una pala lo que quedaba del fuego y lo echaba en la nieve, ponía algunas astillas, llenaba la gran estufa con madera densa de roble, situaba mi mecanismo de encendido y ajustaba el reloj para que soltara la gota de ácido a las ocho. Todo esto no llevaba más que unos pocos minutos.

La primera mañana después de haber instalado este mecanismo, invité al granjero, que no confiaba en ello, a mirar desde la ventana la vieja cabaña del colegio y ver si era verdad que salía humo de la chimenea. Por supuesto, en el minuto exacto, vio una columna alta retorciéndose con elegancia a través del aire helado, pero en lugar de felicitarme por mi logro, agitó la cabeza con solemnidad y dijo con una voz lúgubre y cavernosa:

—Joven, vas a prenderle fuego a la escuela.

Durante todo el invierno, el reloj fiel encendió el fuego sin fallar ni una sola vez, y cuando llegaba al aula, la estufa estaba normalmente al rojo vivo.

Al principio de las largas vacaciones de verano, volvía a la granja de Hickory Hill para ganar en la cosecha el dinero con el que poder continuar mis estudios universitarios, y hacía todo el recorrido a pie para ahorrarme el coste del tren. A pesar de segar cuatro acres de trigo al día, continuaba después mi estudio de las plantas y hacía mis sudorosas jornadas de trabajo aún más duras. Al mediodía, recogía un gran puñado de ellas, las ponía en agua para que se mantuvieran frescas, y después de la cena me ponía a trabajar en ellas hasta después de medianoche, analizándolas y clasificándolas, de manera que apenas me quedaban cuatro horas de sueño. Para el final del último año, después de haber cursado botánica, conocía las principales plantas florales de la región.

Mi primera lección de botánica me la dio un estudiante llamado Griswold, que ahora es juez del condado de Waukesha, Wisconsin. En la universidad, la gente se reía a veces de su ansiedad por ir enseñando a los demás, y de la manera en que, con énfasis particular, solía decir:

—Mi mayor disfrute es impartir conocimiento.

Un día de junio, mientras yo estaba en las escaleras de piedra del dormitorio norte, Griswold vino junto a mí y de inmediato empezó a aleccionarme. Alcanzó una flor en una rama que sobresalía de una falsa acacia, la arrancó, y después me la dio y dijo:

—Muir, ¿sabes a qué familia pertenece este árbol?

—No —le dije—, no sé nada de botánica.

—No importa —dijo—. ¿A qué dirías que se parece?

—Es parecida a la flor del guisante —respondí.

—Eso es. Tienes razón —dijo—, pertenece a la familia del guisante.

—Pero ¿cómo puede ser eso —repliqué—, si el guisante es una planta trepadora y sin consistencia, y la falsa acacia es un árbol leñoso grande y con espinas?

—Sí, es cierto, hay una diferencia en su talla, pero también lo es que, en todas sus características esenciales, son plantas muy parecidas, y por tanto deben pertenecer a la misma familia. Mira la forma que tiene la

flor de la falsa acacia; verás que el pétalo superior, llamado estandarte, es ancho y está erguido, igual que el pétalo superior de la flor del guisante. Los dos pétalos inferiores, llamados alas, se extienden hacia el exterior y tienen forma de ala, también igual que los del guisante. Y los dos pétalos debajo de las alas están unidos por los bordes y curvados hacia arriba, y forman lo que se denomina la quilla, de manera igual a como sucede en los pétalos equivalentes del guisante. Ahora mira a los estambres y los pistilos. Verás que nueve de los diez estambres tienen sus filamentos unidos en una vaina alrededor del pistilo, pero el filamento del décimo está libre. Son unas características muy peculiares, ¿no te parece? Pues, aunque te resulte extraño, las encontrarás idénticas en el árbol y en la planta trepadora. Mira ahora a los óvulos o las semillas de la falsa acacia, y verás que están dispuestas en una vaina igual que las del guisante. Y mira las hojas. Ves que la de la falsa acacia se compone de varias hojillas, y sucede lo mismo con la del guisante. Ahora prueba la hoja de la falsa acacia.

Lo hice y descubrí que sabía igual que la hoja del guisante. La naturaleza había utilizado los mismos condimentos en ambas, a pesar de que una de ellas es una planta dispersa y otra un gran árbol.

—Podrás imaginar que todas estas similitudes no son meras coincidencias. ¿Acaso no son una demostración de que el Creador tenía las mismas ideas en su cabeza cuando creó la mata del guisante que cuando creó el árbol de la falsa acacia, y de que las plantas no se clasifican arbitrariamente? El hombre no tiene nada que ver en esta clasificación. La Naturaleza se ha ocupado de todo eso y ha procurado una unidad esencial a toda esta variedad ilimitada, de manera que el botánico no tiene más que examinar las plantas para aprender la armonía de sus relaciones.

Está lección me pareció maravillosa, y me fui lleno de entusiasmo salvaje a los bosques y las praderas. Como a todo el mundo, a mí me gustaban las flores, me atraía su belleza exterior y su pureza. Ahora mis

ojos se habían abierto a su belleza interior, en la que se revelaban las huellas de los pensamientos de Dios, y que conducía hasta el cosmos infinito. Cada vez que tenía ocasión de ello, me iba a caminar y hacía largas excursiones alrededor de los lagos para recoger ejemplares, que mantenía frescos en un cubo en mi habitación para estudiarlos por las noches una vez que terminaba las tareas de las clases. Nunca le cerraba los ojos a la gloria vegetal que había visto.

Aun así, seguí profesando mi pasión por los inventos mecánicos. Inventé un escritorio en el que los libros que tenía que estudiar se disponían en orden al inicio de cada trimestre. Hice una cama que me levantaba cada mañana a una hora determinada, y que en las mañanas oscuras del invierno encendía una lámpara nada más levantarme. Luego, tras unos minutos para vestirme, se escuchaba un clic y el primer libro a estudiar subía desde una pila que había bajo la mesa, quedaba abierto, y se mantenía allí los minutos establecidos. Tras estos minutos, la máquina cerraba el libro, lo hacía descender de nuevo, movía el conjunto y subía el siguiente libro. Y así una y otra vez, de manera que el día se dividía de acuerdo con el tiempo de estudio y cada materia tenía asignado su tiempo correspondiente. Además de esto, pensé que en verano, cuando amanecía temprano, estaría bien prescindir del mecanismo despertador de la cama y utilizar en su lugar los rayos del sol. Para esto, simplemente saqué la lente de mi lupa, la fijé en un marco sobre el alfeizar de la ventana del dormitorio y la enfoqué hacia el lugar por donde salía el sol. Los rayos del sol, concentrados sobre un hilo, lo quemaban y activaban el mecanismo de la cama, que me ponía en pie. Cuando quería levantarme un tiempo concreto después del amanecer, no tenía más que girar el marco pivotante los grados o minutos que fueran necesarios. De esta manera, seguí el consejo de Emerson y acoplé el vagón de mi cama abatible a una estrella[1].

[1]La frase original es «[...]acoplar su vagón a una estrella, y ver como su trabajo lo hacen los mismísimos dioses. Es así como nos hacemos fuertes, tomando prestada

También inventé una máquina para poder observar a simple vista el crecimiento de las plantas y la acción del sol, un artilugio muy delicado encerrado en un recipiente de cristal. Además de esto, inventé un barómetro y muchos otros aparatos científicos novedosos. Para los profesores, mi habitación era una especie de sala de exposiciones, y a menudo traían visitantes los sábados o los días de fiesta. Unos dieciocho años después de haber dejado la universidad, cuando paseaba por el campus durante las vacaciones, me puse a hablar con un hombre que parecía encargado de las instalaciones, y me informó de que era el conserje. Le pregunté qué había sido de Pat, el que era conserje en mis tiempos, y a quien los estudiantes teníamos mucho aprecio, y me contestó que seguía vivo y en buena salud, pero que ya estaba demasiado viejo para trabajar. Cuando le señalé la habitación que yo había ocupado hacía tanto tiempo, dijo:

—¡Ah, entonces ya sé quien eres! —y dijo después mi nombre.

—¿Cómo es que sabe usted cómo me llamo? —le pregunté.

—Pat siempre enseñaba esa habitación a los novatos y les contaba largas historias acerca de las maravillas que solía haber allí dentro —me explicó.

El recuerdo de mis pequeños inventos había sobrevivido durante todo este tiempo.

Aunque pasé cuatro años en la universidad, no seguí el programa oficial, sino que seleccioné aquello que pensaba que me sería más útil, en particular química —que me abrió la mente a un mundo nuevo—, matemáticas, física, un poco de latín y de griego, botánica y geología. Estaba más que satisfecho con lo que había aprendido, y debería haberme quedado más tiempo. Pero, sea como fuere, partí a una gloriosa excursión botánica y geológica que dura ya casi cincuenta años y todavía no ha concluido, siempre libre y feliz, pobre y rico, sin pensar en

---

la fuerza de los elementos.», del ensayo *Civilización americana* (1862). (N. del T.)

tener un diploma o un prestigio, sino en seguir este viaje apremiante a través de la infinita e inspiradora belleza de Dios, .

Desde lo alto de una colina en el lado norte del lago Mendoza, me detuve a mirar una ultima vez el campus y los edificios de la universidad, donde había pasado tantos días de hambre, felicidad y esperanza. Desde allí, con los ojos encharcados, dije adiós a mi bendita *alma mater*. Pero, en realidad, lo que hacía no era sino dejar una universidad para ir a otra: de la universidad de Wisconsin a la de la Naturaleza Salvaje.

Mil millas a pie hasta el golfo

Prólogo

«John Muir, planeta Tierra, Universo». Estas son las palabras escritas en la cara interior de la cubierta del cuaderno del que proviene el contenido de este libro. Reflejan el espíritu con el que el autor y explorador acometió, hace medio siglo, su viaje de mil millas a pie hasta el golfo de México. De igual manera, esta dirección refrescante y cosmopolita, que habría sorprendido a quien encontrara ese cuaderno, revela el temperamento y la amplitud del espíritu de Muir. Nunca fue ni pudo haber sido un estudiante doctrinal. Incluso a la temprana edad de veintinueve años, su interés sincero por todos los aspectos del mundo natural le habían convertido en un ciudadano del universo.

Aunque esta fue, con diferencia, la excursión botánica más larga de todas las que John Muir hizo en su juventud, no fue en absoluto la única. Había estado estudiando y recolectando plantas alrededor de los Grandes Lagos, en Ontario, y en algunos lugares de Wisconsin, Indiana y Illinois. Durante estas expediciones, se había entrenado para soportar condiciones difíciles, como queda reflejado en sus cuadernos, donde anota que a menudo pasaba hambre y dormía en el bosque o en las praderas abiertas, sin más abrigo que la ropa que llevaba puesta.

«Con frecuencia», escribe en algunas de sus notas autobiográficas inéditas, «tenía que dormir sin mantas, y también sin cena y sin desa-

yuno. Pero normalmente no me costaba encontrar una rebanada de pan en los claros desperdigados donde se instalan los granjeros. Con una de estas grandes rebanadas del bosque, podía recorrer muchas millas de naturaleza salvaje, libre cual los vientos a través de la gloriosa floresta y las zonas pantanosas, recogiendo plantas y nutriéndome del pan celestial de la belleza, abundante e inagotable. Solamente una vez, en mis largos deambulares por Canadá, se quebró de forma violenta la paz profunda de la naturaleza. Sucedió en los bosques de arces, a medianoche, cuando tenía frío y el fuego estaba débil. Me despertaron los aullidos lúgubres de los lobos y me levanté con prisa para alimentar el fuego.»

No era, pues, una nueva clase de aventura aquella en la que John Muir se embarcó cuando comenzó este periplo a pie por el sur. Era solo una nueva forma de responder al atractivo con el que le llamaban esos estudios que tanto apreciaba, y en los que ya se había ocupado a lo largo de incontables millas de bosques vírgenes y praderas allá en el oeste. De hecho, de no ser por el accidente en su ojo derecho en marzo de 1867, probablemente hubiese empezando antes de lo que lo hizo. En una carta escrita a unos amigos de Indianapolis el día después del accidente, menciona con tristeza la interrupción del plan largamente anhelado. «Durante semanas», escribe, «he consultado mapas para localizar una ruta a través de los estados del sur, las Indias Occidentales, Sudamérica y Europa, en un viaje botánico soñado durante años. Mi mente brillaba con las visiones gloriosas de la flora tropical, pero, hete aquí, ahora estoy medio ciego. Mi ojo derecho, entrenado para el análisis minucioso, se ha perdido, y apenas tengo valor para abrir el otro. Si hubiera podido llevar a cabo este viaje, la cantidad de bellezas diversas que habría recogido me habrían empujado a recluirme en cualquier rincón del mundo, por muy remoto y oscuro que fuese».

La herida de su ojo resultó ser menos grave de lo que en principio se creía. En junio, le escribía a un amigo: «He estado leyendo y herbo-

rizando algunas semanas, y me parece que para este trabajo no tengo mucha discapacidad. Abandono esta ciudad [Indianapolis][2] para volver mañana a casa, en compañía de Merrill Moores, un joven amigo mío. Iremos a Decature, Illinois, y después hacia el norte a través de las amplias praderas, recogiendo plantas durante algunas semanas por el camino. Espero ir hacia el sur a finales del verano, y puesto que este es un viaje del que conozco muy poco, espero poder contar con su consejo antes de partir».

En el recuento escrito después de la excursión, dice: «Estaba deseoso de ver las pradera de Illinois en mi camino a casa, así que fuimos a Decatur, cerca del centro del estado, y desde allí en dirección Norte [hasta Portage], pasando por Rockford y Janesville. Pasé una semana recogiendo y estudiando las plantas que hay en la pradera a unas siete millas al suroeste del río Pecatonica. Todas las plantas son ahora para mí más preciadas que antes. Mi pobre ojo no mejora ni empeora. Hay una nube delante de él, pero cuando contemplo los paisajes más amplios, no siempre noto su presencia».

A final de agosto, Muir estaba de vuelta en Indianapolis. Le pareció conveniente pasar una «semana botánica» junto a sus compañeros de universidad en Madison. Su interés por las plantas era tan intenso en esa época que incluso aprovechaba una parada de cinco horas en Chicago para ir a buscarlas. «No encontré muchas plantas en sus calles tumultuosas», se queja, «solo unos pocas brotes herbáceos de trigo y dos o tres especies de malas hierbas (amaranto, verdolaga, anisillo, etc.). Las hierbas, supongo, para pasear sobre ellas, y el trigo para alimentarse. También vi algunas algas verdes, pero ningún musgo. Esperaba haber encontrado de estos últimos en las paredes húmedas o en las grietas de la calzada. Pero supongo que el humo de las fábricas y el horrible ruido son demasiado incluso para los más resistentes de ellos. Ojalá hubiera

[2] Las notas entre corchetes a lo largo del texto corresponden a anotaciones hechas por el editor original, William Frederic Badè. (N. del T.)

sabido a dónde iba. Condenado a ser llevado por el Espíritu al desierto[3], supongo. Me gustaría que mis deseos fueran más moderados, pero no me es posible, y por ello no encuentro descanso».

La carta mencionada sobre estas líneas se escribió tan solo días antes de que comenzara su larga caminata hacia Florida. Si bien las últimas frases reflejan aún indecisión, también dejan entrever el impulso irrefrenable bajo el que actuaba. Las primeras frases de su diario, tachadas después, dan muestra de esa compulsión interior que sentía. «Pocos cuerpos», escribió, «llevan dentro un alma tan satisfecha que les permite escapar de la presión extraordinaria que ejerce toda una vida». Tras describir algunos ejemplos de la periodicidad de la naturaleza, de los reflujos y las mareas, y de la pulsión de otras fuerzas, visibles e invisibles, observa que «no solo hay mareas en los asuntos de los hombres, sino en la verdad primera de la vida misma. En algunas personas, el impulso, al ser débil, se obedece o se supera con facilidad. Pero en otras es constante y va acumulándose hasta que su fuerza es suficiente como para doblegar todos los impedimentos y lograr que se cumplan todas sus demandas. Durante muchos años me he visto incitado a ir al sur, a los jardines tropicales del Señor. Numerosas influencias han tratado de mitigar o enterrar este deseo incesante, pero ha sobrevivido a todas ellas y las ha superado».

El amor de Muir por la naturaleza era una parte tan importante de su religión, que elegía citas bíblicas cuando buscaba una forma de expresar sus sentimientos. Ningún profeta de antaño ejercía su vocación con más seriedad, ni se aplicaba en su ministerio con mayor fervor. Durante los largos días de su confinamiento en una habitación oscura, tuvo la ocasión de reflexionar en abundancia. Llegó a la conclusión de que la vida era demasiado breve e incierta, y el tiempo demasiado precioso como para gastarlo entre correas y sierras; que mientras él hacía sus trabajos manuales en una fábrica, Dios estaba creando el mundo.

[3] *Lucas, 4:1*. (N. del T.)

Decidió que, si salvaba la vista, dedicaría el resto de su vida a estudiar este proceso. Así pues, el rumbo que ya habían tomado sus costumbres y sus estudios se combinó con los pensamientos clarificadores que había tenido a partir de una de las experiencias más amargas de su vida, y ello le condujo al largo viaje que se recoge en estas páginas.

Algunas notas autobiográficas que se encontraron entre sus papeles proporcionan detalles adicionales interesantes acerca del periodo que va desde que salió de la oscuridad de la habitación hasta que partió hacia el sur. «En cuanto salí a la luz del día», dice, «comencé otra larga excursión, apresurándome de corazón a llenar mi cabeza con toda la hermosura del Señor, y estar así preparado para cualquier destino, ya fuera luminoso u oscuro. Y es en este momento que se puede decir que comenzaron mis largos y continuos deambulares. Dije adiós a mis creaciones mecánicas, decidido a dedicar el resto de mi vida a estudiar en su lugar las creaciones de Dios. Primero fui a casa, a Wisconsin, recogiendo plantas por el camino, para despedirme de mi padre y mi madre, mis hermanos y hermanas, que vivían aún todos ellos cerca de Portage. Visité también a los vecinos que había conocido de niño, renové mi amistad con ellos después de varios años de ausencia, y me despedí de cada uno formalmente. Cuando me preguntaron a dónde iba les dije: "¡Oh, no lo sé, a cualquier lugar salvaje, hacia el sur! He visto ya algunas muestras gloriosas de la naturaleza de Wisconsin, Iowa, Michigan, Indiana y Canadá; ahora voy a ir hacia el sur y ver algo de la vegetación del extremo cálido del país, y si es posible entrar y avanzar lo suficiente por Sudamérica para ver la vegetación tropical en toda su gloria de palmeras".

»Los vecinos me desearon buena suerte, me aconsejaron tener cuidado con mi salud, y me recordaron que las ciénagas del sur están llenas de malaria. Me detuve a pasar la noche en casa de una anciana escocesa que había sido amiga mía desde mucho tiempo atrás, y que ahora me daba consejos y buenos deseos de una manera especialmente maternal.

Le conté que, mientras caminaba por la carretera, justo al atardecer, había oído un gorrión melódico cantando "¡Se ha terminado el día! ¡Se ha terminado el día!". "John, querido", me contestó ella, "tu día nunca se acabará. La clase de estudios que a ti tanto te gustan nunca se acaban, pero a los mortales se nos acaba la fuerza del cuerpo y del espíritu en todo lo que emprendemos. Seguro que llegarás lejos, pero quiero que recuerdes el destino que tuvo Hugh Miller"[4]. Ella era uno de los ejemplos más hermosos de cómo son las mujeres escocesas, generosas y de gran corazón.»

El adiós formal a su familia y sus vecinos hace ver su convencimiento de que iba a estar lejos de su hogar y de sus amigos durante un largo periodo de tiempo. El domingo 1 de septiembre de 1867, John Muir se despidió también de sus amigos de Indianapolis y fue en tren hasta Jeffersonville, donde pasó la noche. A la mañana siguiente, cruzó el río, atravesó a pie Louisville, y enfiló rumbo al sur a través del estado de Kentucky. Una carta que escribió una semana más tarde «por las colinas de Beer Creek, a siete millas al sureste de Burkesville, Kentucky», muestra que recorría unas veinticinco millas al día. «He caminado desde Louisville», escribía, «una distancia de ciento setenta y cinco millas, y tengo los pies doloridos. Ah, pero la recompensa es mil veces mayor que el sufrimiento. Estoy en el bosque, arriba de una colina, con la espalda apoyada en un tronco cubierto de musgo. Ojalá hubieras visto mi dormitorio de anoche. El sol lleva ya más de una hora entre las copas de los árboles, casi todo el rocío ha desaparecido, y las sombras por las vaguadas se arrastran en retirada hacia los territorios inexpugnables de los bosques ancianos y grandiosos.

»He disfrutado enormemente los árboles y el paisaje de Kentucky. ¿Cómo podría contar las millas y millas de una belleza que venía a mi encuentro en tal cantidad? Estas hileras de colinas redondeadas y

[4] Geólogo y escritor escoces. Sufrió durante toda su vida problemas de salud mental y se suicidó de un disparo en el pecho a la edad de 54 años. (N. del T.)

bulbosas, estos valles escondidos de verdor insondable, y estos árboles señoriales con la cariñosa luz del sol cayendo en sus hojas, sobre los perfiles de las masas umbrosas engastadas en sus amplias ramas; todo esto está grabado ya en mi memoria y me acompañará por siempre.

»Me encontraba algunas millas al sur de Louisville cuando planifiqué mi viaje. Extendí mi mapa bajo un árbol y me decidí a ir a través de Kentucky, Tennessee y Georgia hasta Florida, desde allí a Cuba, y desde allí a algún lugar de Sudamérica. Al final no será más que un paseo breve, pero estoy agradecido por ello de todas formas. Mi ruta pasará por Kingston y Madisonville, en Tennesse, y cruzará Blairsville y Gainesville, en Georgia. Por favor, escríbeme a Gainesville. Tengo un tremendo deseo de recibir cartas. Apenas me atrevo a pensar en mi hogar y mis amigos».

Al trabajar en la edición de este diario, he intentado, mediante el uso de toda la documentación disponible, trazar la ruta de John Muir con la mayor precisión posible sobre mapas de los años sesenta, así como sobre los mapas estatales y topográficos más recientes. El mapa que él utilizó no se ha encontrado, y es probable que ya no exista. Solo se mencionan veintidós pueblos y ciudades en su diario. Se trata de un número muy reducido si consideramos la distancia recorrida. Es evidente que estaba tan absorbido por el mundo vegetal de las regiones que atravesaba, que no prestaba atención a los pueblos, o incluso los evitaba si le era posible.

La enfermedad que sufrió en Florida era probablemente de tipo palúdico, aunque la describe de una manera distinta. Fue, sin duda, un serio contratiempo que puso a prueba su estado físico. Pero también fue, en cierta forma, una bendición, puesto que evitó que llevara a cabo su plan descabellado de entrar en las junglas del trópico a través de los Andes hasta un afluente del Amazonas, y desde allí navegar aguas abajo en una balsa hasta el Atlántico. Tal y como los lectores del diario podrán notar, se aferró a sus intenciones incluso durante el tiempo de

su convalecencia en Cedar Keys y en Cuba. En una carta fechada el 8 de noviembre, se describe a sí mismo como «apenas capaz de recoger plantas y recuperar energías poco a poco después de mi fiebre». Luego le pide al destinatario que le envíe sus cartas a Nueva Orleans, en Louisiana. «Tengo que ir hasta allá», escribe, «para tomar un barco hacia Sudamérica. No sé todavía a qué punto de Sudamérica debería ir». Su esperanza de encontrar allí un barco para Sudamérica da una explicación a una carta que de otro modo resultaría difícil de entender, en la que le pedía a su hermano David enviarle una cierta cantidad de dinero a Nueva Orleans a través de un giro de American Express. En realidad, no llegó a ir a Nueva Orleans, bien porque descubrió que no había ningún barco que partiera hacia el sur desde la desembocadura del Mississippi, o bien porque la aparición inesperada del *Island Belle* en el puerto de Cedar Keys le hizo cambiar de planes.

Años más tarde, el propio John Muir ponía en entredicho la pertinencia de sus planes de ir a Sudamérica, como puede verse en el capítulo que trata de su estancia en Cuba. Las opiniones que aparecen allí expresadas fueron anotadas a lápiz en su cuaderno durante una relectura mucho tiempo después. En cualquier caso, los Andes y los bosques sudamericanos siguieron fascinándole, como muestran sus cartas, durante muchos años después de venir a California. Cuando al fin, en 1911, cuarenta y cuatro años después del primer intento, su viaje largamente ansiado pudo llevarse a cabo, Muir hablaba de él como de la realización de aquellos sueños de juventud que le llevaron a emprender su camino de mil millas hasta el golfo.

John Muir siempre recordó con gratitud a los amigos de florida que le cuidaron durante su larga y difícil convalecencia. En 1898, mientras recorría el sur inspeccionando los bosques con su amigo Charles Sprague Sargent, tuvo la ocasión de volver a visitar los escenarios de sus antiguas aventuras. Resulta de interés citar algunos pasajes de las cartas que en ese momento envió a su esposa y a su hermana Sarah. «He bajado por

la costa este de la península de Florida, a lo largo de Indian River», escribe, «a través de los pinares y palmerales hasta llegar a Miami, y desde allí a Key West y los cayos más al sur que se extienden hacia Cuba. De regreso, pasé a la costa oeste por Palatka, hasta Cedar Keys, por la vieja ruta que hice hace treinta y un años, buscando a los Hodgson, quienes me cuidaron durante mi ataque de fiebre. El señor Hodgson murió hace mucho tiempo, y también su hijo mayor, con quien solía ir en barca por los cayos mientras me recuperaba lentamente».

Cuenta después cómo encontró a la señora Hodgson y al resto de la familia en Archer. Pensaban que habría muerto hace tiempo, y como es lógico, se sorprendieron de verle. La señora Hodgson estaba en el jardín y le reconoció a pesar de cómo había cambiado su aspecto con los años. Dejemos que sea él quien nos relate este encuentro: «Le pregunté si me conocía. "No", dijo ella, "dígame su nombre". "Muir", le respondí. "¿John Muir? ¿Mi John Muir de California", dijo ella casi gritando. "Sí, John Muir, y usted sabe que prometí volver a visitarla en unos veinticinco años, y aunque llego un poco tarde —seis o siete años—, he hecho todo lo que he podido". El hijo y la hija mayores recordaban las historias que les conté, y cuando leyeron acerca del glaciar Muir, estuvieron seguros que había sido nombrado así por mí. Estuve unas cuatro horas en Archer, y es fácil imaginar la manera en la que estuvimos hablando de los viejos tiempos». En ese mismo, viaje, desde Savannah, escribió: «Aquí es donde pasé una semana hambriento, agotado, y sin embargo feliz, acampando en el cementerio de Bonaventure hace treinta y un años. Según dicen, son muchos los cambios que han sucedido en sus tumbas y caminos, como también lo son los de mi vida».

Al leer este diario, el lector echará en falta el acabado literario que John Muir solía dar a sus últimos escritos. No hay, sin embargo, que culpar al autor por ello. Este no es solo un trabajo temprano, sino también uno hecho a base de impresiones y observaciones escritas con prisa en las pausas de su larga marcha. Si bien el recuento de esta, tal

como se presenta, adolece de una falta de adorno y acabado, también es cierto que posee la inmediatez y la frescura de las primeras impresiones.

He usado tres fuentes para preparar este volumen: 1) El diario original, cuya primera mitad contenía abundantes ampliaciones y modificaciones escritas entre líneas, así como una número considerable de bocetos de plantas, arboles, paisajes y aventuras notables. 2) Una copia del diario escrita a máquina, con espacios amplios, aparentemente dictada en gran medida a un estenógrafo; se encuentra revisada solo someramente, y al compararla con el diario original se observan omisiones y adiciones importantes. 3) Dos trabajos independientes sobre sus experiencias en Savannah, donde estuvo acampado durante una semana en el cementerio de Bonaventure. A lo largo de mi trabajo con los materiales primarios y secundarios, me ha impresionado la fidelidad escrupulosa con la que el autor se ajustaba a los hechos e impresiones recogidas en el diario original.

No es necesario indicarles a los lectores de John Muir que este libro, en lo que atañe a la biografía, enlaza el periodo comprendido entre *Recuerdos de infancia y juventud* y *Primer verano en la Sierra*. Sin embargo, faltaba un tramo de este periodo, puesto que el diario concluye con la llegada de Muir a San Francisco alrededor del 1 de abril de 1968, mientras que su primer verano en la Sierra fue el de 1869. Tomando de una carta un extracto en el que narra su primera visita a Yosemite, e incluyendo la descripción de Twenty Hill Hollow, donde pasó una buena parte de su primer año en California, se cierra todo este periodo. El último capítulo se publicó por primera vez en forma de artículo en el Overland Monthly de julio de 1872. Una copia revisada de este artículo, encontrada en los papeles póstumos de John Muir, ha servido de base para el capítulo sobre Twenty Hill Hollow tal y como aparece en este volumen.

William Frederic Badè

Los bosques y cuevas de Kentucky

Hacía mucho tiempo que miraba desde los bosques y jardines del norte a los del templado sur, y por fin, superando todos los impedimentos, me pongo en marcha [desde Indianapolis] el primer día de septiembre de 1867, libre y feliz, a recorrer mil millas a pie hasta el golfo de México [El viaje a Jeffersonville, sobre la ribera del Ohio, se hizo en tren]. Crucé el Ohio en Louisville y me orienté a través de la ciudad con la brújula sin cruzar ni una sola palabra con nadie. Fuera de la ciudad, encontré una carretera que iba hacia el sur, y después de pasar algunas cabañas y casas desperdigadas, llegué a los bosques verdes y saqué mi mapa de bolsillo para planificar a grandes rasgos mi viaje.

Mi plan era, sencillamente, ir en dirección sur por el camino más frondoso, salvaje y menos transitado que pudiera encontrar, para así atravesar la mayor extensión de bosque virgen. Doblé mi mapa, me eché mi pequeño morral y mi prensa para plantas al hombro, y dejé atrás los viejos robles de Kentucky, mientras gozaba la vista espléndida de una colección gloriosa de pinos, palmeras y flores tropicales, no sin sentir alguna sombra fría de soledad a pesar de que los robles parecían abrir sus brazos para darme la bienvenida.

He visto robles de muchas especies en muchas clases de orientaciones y suelos, pero los de Kentucky sobresalen con su grandeza por encima

del resto. Son amplios y densos y de un verde brillante. En los espacios y cuevas que hay bajo sus largas ramas habitan unas sombras magníficas, y cada árbol parece haber sido bendecido con una ración doble de vida exultante y poderosa. Caminé veinte millas, la mayoría por el lecho de un río, y encontré un lugar donde pasar la noche en una taberna desvencijada.

3 de septiembre. —Escapé del polvo y la miseria de mi habitación y fui al bosque majestuoso. Todos los ríos que he probado en los alrededores son salados, al igual que los pozos. Salt River[1] estaba casi seco. Una gran parte de mi camino de esta mañana discurría sobre suelo calcáreo desnudo. Tras cruzar la llanura que se extiende veinticinco o treinta millas desde el río, llegué a una región de colinas ondulantes llamada «Kentucky Knobs», con colinas creadas por la erosión y cubiertas de árboles hasta la cima. Algunas tienen unos pocos pinos. Durante algunas horas, seguí las sendas de los granjeros, pero pronto me alejé de las carreteras para deambular libremente y encontré abundantes matorrales de plantas trepadoras y retorcidas por las que era difícil pasar.

A mediodía, al salir de una arboleda de girasoles gigantescos, me encontré al borde de un río pedregoso y agitado [Rolling Fork]. Como no esperaba encontrar puentes en mis deambulares salvajes, había empezado ya a vadearlo cuando una mujer negra me llamó desde la otra orilla y me dijo que esperara hasta que ella pudiera «llamar a los hombres» para que trajeran un caballo. Según ella, el río era demasiado profundo y rápido para cruzarlo así, y yo podía estar «seguro de ahogarme» si intentaba hacerlo. Le dije que mi morral y mis plantas me lastrarían, que el agua no parecía ser tan profunda, y que si la corriente me arrastraba yo era un buen nadador y me secaría pronto al sol. Pero la buena mujer,

[1] Río Salado. (N. del T.)

preocupada, me respondió que nadie había vadeado nunca ese río, y se fue a buscar un caballo, asegurando que no era molestia en absoluto.

En unos minutos, el caballo remolcador bajó hasta la orilla a través de las enredaderas y las malas hierbas. Con sus largas patas, era un vadeador nato. Era blanco, y el joven negro que lo montaba parecía un pequeño insecto. Después de muchos pasos en falso, el viaje a la orilla concluyó con éxito, y me monté detrás del joven negro. Era un personaje curioso, rechoncho y negro como un muñeco de goma, y con el pelo enmarañado en algunas partes como el de una oveja merina. El viejo caballo, sobrecargado con su lastre blanco y negro, iba dando tumbos con sus patas zancudas, a punto de caerse. Pero todos los presagios de zambullirse en el agua resultaron equivocados, y llegamos a salvo a la orilla junto a las enredaderas y las hierbas. Tampoco nos habría hecho daño un baño salado. Yo podría haber nadado, y el pequeño africano tenía aspecto de flotar como una vejiga hinchada.

Me presenté en la casa donde mi compañero de remolque me había informado de que encontraría agua «potable». Pero esta, al igual que todas las aguas de la zona que he probado, tenía una cantidad de sal intolerable. Todo cuanto había en aquel viejo hogar de Kentucky, rústico y desmedido, hablaba de abundancia. La casa estaba construida siguiendo el auténtico estilo sureño, espaciosa y grande, con un vestíbulo transversal en el centro que parecía el túnel de un tren, y chimeneas pesadas en el exterior montadas sin especial cuidado. Los barrios y los otros edificios de los negros son suficientes para formar ellos solos un pueblo, y todos en conjunto son una muestra interesante del genuino hogar de Kentucky, enclavado entre huertos, campos de maíz y colinas cubiertas de bosques verdes.

Pasé junto a unos grupos de leñadores ocupados talando los grandes robles para venderlos. La fruta es muy abundante. Durante toda la tarde, el paisaje fue una maravillosa sucesión de colinas. Caminé hacia

el sudeste desde Elizabethtown hasta que me sentí cansado, y sin mucho cavilar me eché a dormir en los arbustos.

4 de septiembre. —El sol doraba lo alto de las colinas cuando me despertaron los gritos de alarma de los pájaros, cuya morada en un matorral de avellano había perturbado con mi presencia. Revoloteaban excitados junto a mi cabeza, como si me estuvieran recriminando o haciéndome preguntas malhumoradas, al tiempo que varias plantas hermosas, desconocidas para mí, me miraban a la cara. ¡La primera vez que hago un descubrimiento botánico sin salir de la cama! Este fue uno de los campamentos más deliciosos, aun habiéndolo encontrado tanteando en la oscuridad, y me entretuve antes de ponerme en marcha, disfrutando sus arboles y sus luces suaves y su música.

He caminado diez millas por el bosque. Me encontré un extraño roble con hojas que parecían las de un sauce. Entré en una franja arenosa con robles negros a la que llaman «Los Baldíos», con muchos de sesenta o setenta pies de alto, y de los que se dice que crecen desde que se puso fin a los incendios, hace cuarenta años. Los granjeros de esta zona son altos, robustos, gente feliz y amiga de los rifles y los caballos. Disfruté charlando amistosamente con ellos. Llegué ya de noche a un pueblo que parecía estar exhalando su último aliento. Un negro extremadamente amable me guió a la taberna. «No es ningún problema», dijo.

5 de septiembre. —No había pájaros ni flores ni árboles amistosos sobre mi cabeza esta mañana, tan solo basura y polvo de un desván inmundo. Salí huyendo hacia el bosque. He llegado a la región de las cuevas. En la entrada de la primera que descubrí, me sorprendió hallar los helechos que pueden encontrarse en los recovecos más frescos de Wisconsin y más al norte, pero pronto vi que el borde de cada cueva tenía un clima particular en el que siempre hace fresco. Esta cueva tenía veinticinco pies de profundidad y una entrada de diez pies de diámetro.

Un viento fuerte y fresco salía de ella, y podía oírse el sonido del agua corriendo. Había un palo largo en la pared, como puesto a modo de escalera, pero en algunos lugares estaba tan liso y era tan escurridizo que pondría a prueba las capacidades escaladoras de un mono. Las paredes y el borde de este embalse natural estaban agradablemente talladas y adornadas con flores. Los arbustos se inclinaban dando sombra con sus hojas, y en las pendientes y repisas los helechos y los musgos formaban hileras y láminas. Pasé aquí un buen rato prensando algunos ejemplares y guardando esta belleza en mi memoria.

Llegué a Mundfordville alrededor del mediodía, y pronto me encontró y me examinó el doctor Mundford, pionero y fundador del pueblo. Trabaja como agrimensor; ha ocupado todos los puestos en la administración local, y todos los que buscan tierras o carreteras vienen a verle en busca de información. A todos los habitantes del pueblo los considera sus propios hijos, y a todos los forasteros que llegan a Mundfordville sus propios invitados. Por supuesto, me preguntó por mis asuntos, mi destino, etc., y me invitó a su casa.

Después de darme unos pequeños salmones como aperitivo, puso diligentemente sobre la mesa algunos pequeños trozos de rocas, plantas y otras cosas, tanto nuevas como viejas, que había recogido en su trabajo de campo y que suponía que tenían gran interés científico. Me hizo saber que todos los hombres de ciencia venían a pedirle información y que, puesto que yo era un botánico, él tenía, o debería tener, el conocimiento que yo buscaba, y siendo así me dio unas largas lecciones acerca de las raíces e hierbas capaces de curar todas y cada una de las enfermedad mortales. Agradeciendo su amabilidad a mi benefactor, huí hacía el campo y seguí las vías del tren a lo largo de una hilera de colinas imponentes. Al caer la tarde, todas las casas que encontré parecían repelerme, y no tuve valor suficiente para pedir cobijo en ninguna de ellas. Hallé refugio en una escuela hecha de troncos en la ladera de

una colina, bajo unos robles señoriales, y dormí en el banco que parecía más mullido.

6 de septiembre. —Me puse en marcha con los primeros cantos de los pájaros, con la esperanza de ver la gran cueva de Mammoth Cave antes de la tarde. Alcancé a un anciano negro que llevaba unos bueyes. Fui con él unas millas y tuvimos una charla interesante acerca de la guerra, los frutos salvajes del bosque y otros asuntos.

—Aquí —dijo— es donde los rebeldes iban siguiendo la vía del tren cuando de pronto creyeron ver a los yanquis, arriba de esas colinas… ¡y válgame Dios cómo corrían!

Cuando le pregunté si le gustaría que volvieran esos tiempos tristes de guerra, su rostro gesticulante se puso de pronto rígido y me dijo con una sinceridad solemne:

—Oh, Señor, no quiero más guerras, no más, Señor.

Muchos de estos negros de Kentucky son astutos e inteligentes, y cuando se calientan hablando de un tema que les interesa, son además bastante dicharacheros.

Llegué a la cueva de Horse Cave, a unas diez millas de la gran cueva. Se entra por una ligera cuesta abajo de varios cientos de yardas. Se diría que es una entrada noble a un lugar en donde nacen fuentes y oscuros tesoros del reino mineral. La cueva está en un pueblo [del mismo nombre], al cual surte abundante agua fresca y aire frío que sale de sus labios bordados de helechos. Cuando hace calor, muchas personas se sienta a su alrededor, a la sombra de los árboles que vigilan su entrada. Este magnífico ventilador es capaz de refrescar a todos los habitantes del pueblo al mismo tiempo.

Quienes viven cerca de las montañas pueden subir a un clima más fresco en un día o dos, pero los habitantes de Kentucky, recalentados en exceso, encuentran un rincón de frescor casi en cada valle del estado. El paisano que me acompañó me dijo que Horse Cave no ha sido

explorada en su totalidad, pero que tiene al menos varias millas de largo. Me dijo que nunca había estado en Mammoth Cave, que no valía la pena hacer diez millas para verla, ya que no era más que un agujero en el suelo, y me di cuenta de que su forma de pensar no era tan rara. Era uno de esos hombres utilitarios, prácticos, demasiado inteligentes como para malgastar su preciado tiempo con malas hierbas, cuevas, fósiles o cualquier otra cosa que no fuera comestible.

Llegué a la cueva de Mammoth Cave. Me sorprendió encontrarla en un estado tan natural. Cerca de ella hay un gran hotel con bellos paseos y jardines, pero, por fortuna, no se ha mejorado la cueva, y de no ser por la senda estrecha que lleva hasta su puerta, uno no sabría que otros la han visitado antes. En las casas hay habitaciones y vestíbulos cuyas entradas apenas dejan intuir su grandeza. Del mismo modo, esta maravillosa sala en el reino mineral de Kentucky tiene una puerta relativamente pequeña y poco prometedora. Uno puede pasar a unas pocas yardas y no reparar en ella. Una brisa fresca e intensa sale de la cueva continuamente, creando un clima norteño para los helechos que adornan su frontal rocoso.

Nunca antes había visto un contraste tan violento entre la grandiosidad de la Naturaleza y la nimiedad de los jardines artificiales. El terreno del hotel, muy a la moda, está diseñado como si fuera un salón, con muchas plantas hermosas cultivadas hasta parecer deformes, dispuestas en formas estrictamente geométricas, y todo ello, al verse junto a la belleza Divina, no parece sino un trabajoso intento fallido. Los árboles alrededor de la entrada de la cueva son lisos y altos, y se inclinan hacia delante en su parte baja, enderezándose después. El único que parece simpatizar con la gruta y pertenecer a ella, por sus ramas nudosas y angulosas, es un nogal bajo el que crecen *Cystopteris* y *Hypnum*.

Me puse en marcha hacia Glasgow Junction. Perdí el rumbo en los bosques de las colinas. Pregunté en una granja y me invitaron a quedarme, de una manera extraña, acogedora, hospitalaria. Participé en

conversaciones acerca de la política, la teología y los tiempos de guerra. Parece que le caí bien al viejo hombre de Kentucky, y me aconsejó quedarme en estas colinas hasta la primavera, asegurándome que tanto dentro de la gran cueva como en sus alrededores encontraría muchas cosas que me serían de interés. También me dijo que él era uno de los administradores de la escuela, y que estaba seguro de que yo podría obtener una plaza para el invierno. Le agradecí sinceramente sus amables planes, pero continué con los míos.

7 de septiembre. —Dejé a la hospitalaria familia de Kentucky con sus buenos deseos sinceros y me alejé en dirección sur, de nuevo a través de la profundidad verde del bosque. Todo el día lo he pasado en bosques nobles. He visto por primera vez el muérdago. Durante una parte del día, viajé con un hombre de cerca de Burkesville. Hablaba con todos los negros que se encontraba y les saludaba con familiaridad, dirigiéndose a ellos siempre como «Tíos» o «Tías»[2]. Todos los viajeros que uno encuentra en estas carreteras, ya sean blancos o negros, hombres o mujeres, van a lomos de un caballo. Glasgow es uno de los pocos pueblos del sur donde puede verse el típico estilo de vida americano. Pasé la noche en casa de un granjero acomodado.

8 de septiembre. —Un mar profundo, verde, abultado de colinas ondulantes. Campos de maíz, algodón y tabaco esparcidos aquí y allá. Me había imaginado los campos de algodón en flor como algo deslumbrante. Pero el algodón es una planta ruda, basta, despeluchada y de aspecto tristón, ni la mitad de bien parecida que un sembrado de patatas irlandesas. Me encontré con muchos negros que iban a misa, vestidos con sus mejores trajes de domingo. Gordos, satisfechos y de aspecto alegre. Al acercarse al río Cumberland, el paisaje se hace más

[2] En el original, «*Uncles* and *Aunts*». Es, pues, con el sentido de parentesco de tío/tía, no con la acepción coloquial de «amigo, colega, compañero» (N. del T.)

grandioso. Burkesville, en un hermoso lugar, está enclavada entre un ondear de colinas verdes. El Cumberland ha de ser un río feliz. Creo que podría disfrutar de viajar toda mi vida a su lado en mitad de tal belleza. Esta tarde no encontré a nadie que quisiera acogerme, así que me tumbé en una colina y me quedé dormido musitando unas plegarias a la belleza feliz y abundante de Kentucky.

9 de septiembre. —Un nuevo día en la provincia más favorecida por los pájaros y las flores. Muchos cursos de agua veloces, fluyendo por cañones hermosos y bordeados de flores entre densas arboledas. Estoy sentado en la gran ladera de una colina que se inclina contra el cielo como un lienzo. Entre las amplias ondulaciones de bosques verdes, hay manchas de amarillo otoñal, y también la atmósfera tiene los símbolos del otoño en sus colores y sus sonidos. La luz suave de la mañana cae sobre los bosques de robles y olmos, de nogales y carias, todos ellos en plena maduración, y la naturaleza está pensativa y en calma. Kentucky es el estado más verde y frondoso que he visto hasta la fecha. El mar de suave verdor que forman las plantas de climas templados es aquí más profundo. Si asimilamos el volumen de estrato vegetal en distintos lugares con una cuña, el lado más ancho serían los bosques de Kentucky, y el más estrecho los líquenes y musgos del norte. Esta cuña no tendría una forma regular. Desde Kentucky, mantendría su ancho durante un tiempo hasta los bosques de las planicies de Indiana y Canadá. A partir de los pinares y las masas de arces de Canadá, se estrecharía rápidamente hasta las colinas del Ártico donde crecen los alerces y los abedules enanos, y desde ahí continuaría estrechándose pasando por los líquenes y hepáticas y musgos, hasta llegar a las zonas donde habitan los hielos perpetuos. Los robles señoriales son, con diferencia, las plantas más grandiosas de todo Kentucky. Aquí se encuentra el Edén, el paraíso de los robles. Crucé la frontera del estado a mitad de la tarde y conseguí comida y cobijo de un rico granjero de Tennessee, después de que

empleara todos los clásicos argumentos «anti-hospitalarios» de las familias acomodadas y precavidas.

10 de septiembre. —Me escapé de la amabilidad insincera del granjero y me fui a que el bosque me acogiera en su seno generoso. Después de unas pocas millas entre los enredos exuberantes de las trepadoras salvajes, comencé la ascensión de los montes de Cumberland, las primeras montañas auténticas que hasta ese momento había pisado u observado. La ascensión se hacía por una pendiente zigzagueante y casi regular, cubierta en su mayoría por las ramas de los robles, que forman una especie de túnel sobre el camino. Pero había algunos claros por los que se veía la gloriosa ruta de robles de Kentucky, extendiéndose sobre colinas y valles, ajustada por la mano de la Naturaleza a las formas de cada curva y cada pendiente, en la que es la imagen más completa y sublime que nunca hubieran visto mis ojos. Llegué a la cima en unas seis o siete horas, una etapa desacostumbradamente larga para alguien habituado a subir tan solo los desniveles de las colinas de Wisconsin y sus estados limítrofes.

La travesía de los montes de Cumberland

Apenas había recorrido algo de distancia cuando me alcanzó un hombre joven montado a caballo, del que pronto quedó claro que pretendía robarme si es que consideraba que ello valía la pena. Después de preguntarme de dónde venía y a dónde iba, se ofreció a llevar mi morral. Le dije que era tan ligero que no lo sentía como una carga, pero él insistió hasta que finalmente cedí y le dejé llevarlo. En cuanto lo tuvo en sus manos, noté que aceleraba el paso, con evidente intención de alejarse de mí lo suficiente como para examinar su contenido sin ser observado. Pero yo era demasiado buen andarín y corredor para dejarme atrás. En una curva del camino, después de haber trotado una media hora con su caballo, y cuando pensaba que ya estaba fuera de mi vista, le cacé husmeando en mi pobre morral. Como no encontró más que un peine, un cepillo, una toalla, jabón, una muda, un libro de poemas de Burns, *El paraíso perdido* de Milton y un pequeño Nuevo Testamento, me esperó, me devolvió mi morral y se fue de vuelta colina abajo, diciendo que había olvidado algo.

Encontré matorrales maravillosos de *Ericaceae* [brezos] de hojas brillantes, por cuya presencia destacan los montes de Alleghany. También

helechos, de los cuales *Osmunda cinnamomea* [Helecho canela] es el de mayor tamaño y quizás el más abundante. *Osmunda regalis* [Helecho real] es también común aquí, pero no es grande. En las botánicas de Wood[1] y Gray, se dice que *Osmunda cinnamomea* es un helecho mucho mayor que *Osmunda claytoniana*, y en Tennessee y más al sur he podido comprobar que esto es cierto, pero en Indiana, parte de Illinois y Wisconsin, sucede al contrario. Encontré la hermosa y sensible *Schrankia*, también llamada «zarza sensible». Es una leguminosa trepadora, larga y espinosa, con grupos densos de pequeñas flores amarillas y fragantes.

Las que crecen en los bordes de la carretera sufren un tormento constante, simplemente porque al contacto parecen demostrar alguna clase de sensibilidad. Lo mismo sucede con la gente sensible. Pero las zarzas al borde de la carretera pronto se hacen más insensibles, al igual que la gente acostumbrada a que la molesten. La Naturaleza pone en práctica una misma estrategia por el bien de las flores y de los hombres. Así pues, me di cuenta de que las *Schrankia* que crecen junto a los caminos que van a la escuela son mucho menos sensibles que las de los bosques colindantes por donde no pasa apenas nadie, y han aprendido a no hacer apenas caso a los niños que vienen a incordiarlas con sus toqueteos.

Es muy llamativo ver los pares de hojas pinnadas irguiéndose rápidamente sobre la hierba y doblándose sobre sí mismas en una sucesión regular desde la raíz hasta el extremo de los tallos postrados, de diez a veinte pies de longitud. Qué poco sabemos aún de la vida de las plantas, de sus esperanzas y miedos, de sus dolores y sus disfrutes.

Viajé unas pocas millas con un granjero de Tennessee que estaba muy nervioso a raíz de las noticias que acababa de oír.

---

[1] Alphonso Wood, *Class-book of Botany, with a Flora of the United States and Canada*. El ejemplar que llevaba consigo John Muir durante sus excursiones todavía se conserva. Se trata de una edición de 1862.

—Tres reinos le han declarado la guerra a los Estados Unidos: Inglaterra, Irlanda y Rusia. Es terrible, terrible —dijo—. Esta gran guerra va a llegar tan poco tiempo después de nuestra propia gran lucha, En fin, no se puede evitar, y todo lo que tengo que decir es que viva América, pero preferiría que no lucharan.

—¿Pero está seguro de que esas noticias son ciertas? —le pregunté.

—Oh, sí —respondió—, bastante seguro. Ayer por la noche estaba con unos vecinos en la tienda, y Jim Smith sabe leer, y él lo vio todo en un periódico.

Atravesé el pueblo de Jamestown, pobre, desolado y tres veces abandonado; un lugar realmente deprimente. Cerca de la cima de los Cumberland, unas dos horas antes del atardecer, llegué a una cabaña de madera, y puesto que me habían advertido de que toda la meseta de la cordillera es un páramo desolado durante cuarenta o cincuenta millas, me puse a buscar un lugar donde pasar la noche. Llamé a la puerta y una anciana con aire maternal respondió a mi petición de cena, cama y desayuno, y me dijo que podía quedarme y disfrutar de lo mejor que ella podía ofrecerme, siempre que tuviera cambio necesario para poder pagarlo. Cuando le dije que, por desgracia, solo tenía un billete de cinco dólares, me dijo:

—Entonces, lo siento, pero no puedo permitirme acogerle. No hace mucho pasaron por aquí diez soldados de Carolina del Norte, y por la mañana me ofrecieron un billete de cinco dólares para el que yo no tenía cambio, así que se fueron sin dejarme nada, y eso es algo que apenas puedo permitirme.

—Está bien —le dije—, me alegro que me haya dicho esto de antemano, ya que prefiero quedarme hambriento antes que abusar de su hospitalidad.

Cuando me di la vuelta para irme, después de decirle adiós, ella, apenándose claramente de mí por mi aspecto cansado, me llamó y me preguntó si querría beber un vaso de leche. Lo acepté con gusto, pen-

sando que quizás no lograría encontrar ningún otro alimento durante uno o dos días. Le pregunté después si había alguna otra casa más en la carretera, antes de llegar a Carolina del Norte, a cuarenta o cincuenta millas.

—Sí —dijo—, hay solo dos millas hasta la siguiente casa, pero después ya no hay más, que yo sepa, salvo casas vacías cuyos dueños han muerto o se los llevaron durante la guerra.

Al llegar a la última casa, llamé a la puerta y me abrió una mujercita alegre, simpática y hermosa, que, en respuesta a mi petición de alojamiento y comida para la noche, dijo:

—Oh, supongo que sí. Creo que puede quedarse. Entre y llamaré a mi marido.

—Pero debo advertirle primero que no tengo nada más pequeño para ofrecerle por mi estancia que un billete de cinco dólares. No quiero que piensen que estoy tratando de abusar de su hospitalidad.

Ella llamó entonces a su marido, un herrero que estaba trabajando en su forja. Salió con el martillo en la mano, el pecho descubierto, todo sudoroso y tiznado, y con el pelo negro alborotado. A la pregunta de la mujer sobre un hombre joven que quería hacer noche allí, respondió inmediatamente:

—Está bien, dile que entre en casa.

Estaba dándose la vuelta para volver a su taller, cuando su mujer añadió:

—Pero dice que no tiene cambio para pagarnos. No tiene nada más pequeño que un billete de cinco dólares.

Después de dudarlo un instante, el hombre se giró y dijo:

—Dile que entre. Un hombre que previene así con tal franqueza es bienvenido a compartir mi pan.

Cuando volvió después de su duro día de trabajo y se sentó a la mesa a cenar, pidió solemnemente bendecir la frugal cena, que consistía tan

solo en pan de maíz y beicon. Después, mirándome desde el otro lado de la mesa, dijo:

—Joven, ¿qué hace usted por aquí?

Le dije que iba buscando plantas.

—¿Plantas? ¿Qué clase de plantas?

—Oh, de todo tipo: hierbas, cardos, flores, árboles, musgos, helechos. Casi todo lo que crece me parece interesante.

—Entonces, joven —preguntó—, ¿quiere decir que no trabaja para el gobierno o para algún negocio privado?

—No —le dije—, nadie me tiene contratado salvo yo mismo. Me encantan todas las clases de plantas, y he venido hasta aquí, hasta estos estados del sur, para conocer todas las que pueda.

—Parece usted un hombre con carácter —respondió—, y seguro que es capaz de hacer cosas mejores que deambular por el país y mirar las malas hierbas y las flores. Estos son tiempos difíciles, y se necesita el trabajo real de todos los hombres capacitados para ello. Recoger flores no parece en absoluto el trabajo de un hombre, en ninguna época.

—Usted cree en la Biblia, ¿no?

—Oh, sí.

—Entonces, sabrá que Salomón era un hombre con carácter, y que en general se le considera como el hombre más sabio que ha habido sobre la Tierra, y aun así él estaba convencido de que valía la pena estudiar las plantas. No solo ir a recogerlas, como hago yo, sino estudiarlas; y sabrá que, tal como cuentan, escribió un libro acerca de las plantas, y no únicamente sobre los grandes cedros del Líbano, sino sobre las más diminutas que crecen en las grietas de las paredes.[2]

»Así pues, verá que Salomón era más distinto de usted que de mí a este respecto. Yo le puedo asegurar que él dio muchos largos paseos por

[2] La copia mencionada anteriormente de la botánica de Wood, utilizada por John Muir, tiene en su portada la siguiente cita: «También disertó de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. *Reyes, 4:33*»

las montañas de Judea, y si hubiese sido americano, habría ido a visitar cada mala hierba de estas tierras. Y además, ¿no recuerda usted que Jesús le dijo a sus discípulos que «miraran cómo crecían los lirios»[3] y comparó su belleza con Salomón en todo su esplendor? Así que, ¿qué consejo debo seguir, el suyo o el de Jesús? Jesús dijo «Mirad a los lirios», y usted dice «No los miréis. No valen la pena para un hombre con carácter».

Esto le llenó claramente de satisfacción y reconoció que nunca antes había pensado en las flores de esa manera. Repitió una y otra vez que yo debía ser un hombre de un gran carácter, y admitió que, sin duda, yo tenía una buena justificación para ir recogiendo flores. Después me dijo que, aunque la guerra ya había terminado, cruzar las montañas de Cumberland seguía siendo arriesgado a causa de las pequeñas guerrillas que se escondían a lo largo de las carreteras, y me conminó a dar media vuelta y no seguir hasta el golfo de México hasta que el país volviera a estar tranquilo y en orden.

Le respondí que no tenía miedo, que no tenía apenas nada que perder, y que sería raro que alguien pensase que valía la pena robarme; y que, en cualquier caso, yo siempre tenía buena suerte. Me repitió su advertencia por la mañana y me pidió que me diera la vuelta, aunque esto en ningún momento me hizo reconsiderar mi idea de continuar mi fabulosa caminata.

11 de septiembre. —Larga etapa por una meseta de arenisca, ligeramente estriada con valles y colinas de poca altura a modo de surcos. La mayoría de los árboles son robles que crecen espaciados entre sí como los de los bosques de Wisconsin. Se ven un buen número de pinos diseminados aquí y allá, de entre cuarenta y ochenta pies de al-

[3] «¿Por qué se afanan por el vestido? Miren los lirios del campo, cómo crecen. Ellos no trabajan ni hilan; pero les digo que ni aun Salomón, con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos». *Mateo, 6:28–29*. (N.del T.)

to, y el suelo está cubierto de flores vistosas. Abundan especialmente *Polygala* [hierba lechera], *Solidago* [vara de oro] y *Aster*. Cada media milla más o menos, se llega a un riachuelo fresco y claro, con los bordes del cauce cubiertos por *Osmunda regalia*, *Osmunda cinnamomea* y carrizos hermosos. Los pocos ríos de un cierto tamaño están bordeados de laurel y azalea. Bajo los árboles, hay amplias áreas cubiertas de zarzas formidables, armadas con espinas ganchudas y casi impenetrables. Las casas están muy separadas entre sí y deshabitadas, las vallas y los huertos están en ruinas. Son las tristes marcas de la guerra.

A mediodía, mi senda se hizo menos marcada y finalmente desapareció en mitad de los páramos desolados. Perdido y hambriento, sabía en qué dirección debía ir, pero no podía seguirla por culpa de las zarzas. Mi camino estaba adornado de flores, eso es cierto, pero era más espinoso que el que ningún hombre pateo antes. Al intentar uno abrirse camino a la fuerza a través de estas plantas felinas, las espinas no solo lo arañan y le pinchan la ropa, sino que lo atrapan y lo retienen. Las ramas curvadas y dentadas se arquean sobre uno como crueles brazos vivientes, y cuanto más lucha, más desesperadamente se enreda, y las heridas se multiplican y se hacen más profundas. En el sur hay plantas que atrapan moscas. También las hay que atrapan personas.

Después de un buen rato de pelear y defenderme, escapé hasta una carretera y una casa, pero no logré conseguir ni alojamiento ni comida. Al caer la tarde, mientras caminaba a paso ligero por un tramo recto de carretera, de pronto divisé un grupo de diez hombres a caballo en fila india. Era obvio que me habían visto antes de que yo les viera a ellos, ya que habían parado a sus caballos y estaban claramente mirándome. Me di cuenta al instante de que era inútil tratar de evitarlos; el terreno en los alrededores era muy abierto. Sabía que no me quedaba otra opción que hacerles frente sin temor, sin mostrar ni la más ligera sospecha de juego sucio. Así pues, sin detenerme ni un instante, avance rápidamente a grandes zancadas, como si quisiera pasar por entremedias de

ellos. Cuando estuve a una distancia de una vara o así, levanté la vista para mirarles a la cara, y sonriente les saludé con un «¡Buenas!». Sin detenerme ni un instante, me eché a un lado, los rodeé, y volví después al camino y seguí mi marcha sin aventurarme a volver la vista o delatar ni el más mínimo temor a que me robaran.

Después de seguir unas cien o ciento cincuenta yardas, me atreví a echar un rápido vistazo a mi espalda, sin detenerme, y vi que los diez hombres habían girado sus caballos hacia mí y estaban sin duda hablando de mí; es de suponer que acerca de qué hacía yo allí, a dónde iba, y si valía o no la pena asaltarme. Montaban todos ellos caballos enclenques y llevaban el pelo largo hasta los hombros. Estaba claro que pertenecían a los grupos guerrilleros más incorregibles, los cuales, después de tanto tiempo acostumbrados al saqueo, aborrecían el fin de la guerra. Aun así, no me siguieron, probablemente porque las plantas que sobresalían de mi prensa les habían hecho creer que yo era un pobre curandero, ocupación que es habitual en estas regiones de montaña.

Al anochecer, descubrí otra casa algo apartada de la carretera y habitada por negros, donde conseguí una muy necesaria comida a base de judías verdes, suero de mantequilla y pan de maíz. A la mesa, me senté en una silla sin fondo, y mientras se me iba quedado el cuerpo dolorido y pesado, me hundía más y más, con las rodillas apretadas contra el pecho y la boca a la altura del plato. Pero cuando uno tiene un hambre tan salvaje, no se preocupa de esa clase de cosas. Aun así, mi curiosa postura, al tenerme comprimido, evitó que me atiborrara a pesar de tener un apetito tan voraz. Por supuesto, dormí con los árboles, en la grandiosa habitación de la noche.

12 de septiembre. —Me desperté empapado por la niebla de la montaña, que me obsequió un espectáculo grandioso al marcharse antes de que llegara el calor del sol. Pasé Montgomery, un pueblo desvencijado en lo alto de la ladera este de las montañas de Cumberland.

Conseguí desayuno en una casa limpia y comencé el descenso. Contemplé unas vistas hermosas del territorio amplio y despejado, con espolones y crestas flanqueándolo en la distancia. Crucé un río ancho y fresco [Río Emory], un afluente del río Clinch. No hay nada más elocuente en la Naturaleza que un río de montaña, y este es el primero que he visto en mi vida. Sus márgenes están poblados de manera exuberante por flores encantadoras y árboles que se comban sobre ellos, creando uno de los lugares más frescos y hospitalarios de la Naturaleza. Cada árbol, cada flor, cada onda y cada remolino de este adorable riachuelo parecía sentir solemnemente la presencia del gran Creador. Me detuve en este santuario durante un buen tiempo, agradeciendo con todo mi corazón al Señor por su bondad al permitirme entrar en él y disfrutarlo.

Descubrí dos helechos, una *Dicksonia* y un pequeño *Polypodium* de frondas enredadas sobre los árboles, y que es común más al sur. También un magnolio con hojas muy grandes y frutos cónicos de color rojo intenso. Pasé muy buenos momentos cerca de este río, en una gran roca que servía de hogar a musgos, pájaros y flores. El lugar más celestial en el que nunca estuve. Los valles largos y estrechos al pie de las montañas están bien regados por las aguas y adornados con robles, magnolias, laureles, azaleas, *Aster*, helechos y musgos de los géneros *Hypnus* y *Madotheca*. También grupos de hermosos *Tsuga* altos como torres. Yo consideraba a este árbol, a juzgar por las especies que crecen en Canadá, como la menos noble de las coníferas. Pero los ejemplares de los valles occidentales de las montañas de Cumberland son de una forma tan perfecta y de un porte tan señorial como el de los mismísimos pinos. Estos son aquí abundantes. Disfruté vistas fabulosas desde algunos claros a medida que iba descendiendo al gran valle que hay entre estas montañas y las de Unaka, en la frontera del estado. Crucé el Clinch vadeándolo, un río hermoso y de agua clara que conoce muchos de los más encantadores refugios de montaña en donde se haya escuchado la música del agua al correr. Llegué a Kingston antes del anochecer.

Envié mi colección de plantas en un correo expreso a mi hermano en Wisconsin.

12 de septiembre. —Todo el día caminando a través de los pequeños valles paralelos que estrían la superficie del amplio valle superior. Estos surcos parecen haberse formado por presión lateral, son fértiles y contienen algunas formas hermosas, aunque en todas partes se pueden sentir las huellas de la guerra. Las carreteras no parecen avanzar con un destino concreto, sino deambular como si estuvieran perdidas. Cuando buscaba el camino para ir a Philadelphia [en Loudon County, Tennessee], una voluptuosa muchacha de Tennessee me dijo que el camino más corto era por encima de las colinas, que ella siempre iba por ahí y que yo podría también cogerlo.

Ascendí, pues, las crestas de sílex, pero pronto llegué a un conjunto de pequeños valles llenos de encanto, entre los cuales, sin importar en qué dirección avanzara, no era capaz de acercarme a Philadelphia. Finalmente, haciendo uso de mi mapa y mi brújula, ignoré todos los consejos y alcancé la casa de un conductor de camiones negro con el que pasé la noche. Aprendí de él muchas cosas que podrán serme de utilidad en caso de que algún día yo sea un camionero negro.

14 de septiembre. —Philadelphia es un poblado infecto situado en un bonito enclave. Bosques de pinos, en general. De los robles, el roble negro es el más abundante. Los helechos más abundantes y más extendidos son *Polypodium hexagonopterum* y *Abspidium acrostichoides* [helecho de Navidad]. Al abandonar las montañas de Cumberland, la *Dicksonia* es abundante. *Asplenium ebeneum* es abundante en Tennessee y muchas partes de Kentucky. *Cysopteris* y *Asplenium filix-foemina* no son habituales en esta misma cordillera. *Pteris aquilina* es abundante, pero pequeño.

Recorrí muchos valles frondosos, arboledas umbrosas y arroyos frescos. Llegué a Madisonville, un pueblo muy animado. Se veían en toda su extensión las montañas de Unaka, una vista maravillosa. Pasé la noche en casa de un granjero joven y agradable.

14 de septiembre. —Un paisaje espectacular de montañas ondulantes. Me detuve en muchas zonas abiertas para recuperar el aliento y admirar la vista. La carretera, cortada a través de las rocas en muchos puntos, va serpenteando por entre las gargantas y los peñascos. *Aster*, *Laitris*[4] y vides salvajes crecen en manchas densas.

Llegué a una casa antes de la noche y pregunté si podía quedarme.

—Bueno, es usted bienvenido —dijo el montañés—, siempre que crea que puede sobrevivir hasta mañana con lo mismo con lo que yo sobrevivo cada día.

Me pareció un hombre muy comunicativo. Me obsequió largas historias de barra de bar sobre la caza del ciervo, etc., y por la mañana me intentó convencer de quedarme un día o dos más.

16 de septiembre.

—Te llevaré —me dijo— a la cresta más alta de la región, desde donde se puede ver en ambas direcciones. Desde allí, verás todo el mundo a un lado de las montañas y toda la creación hacia el otro. Además de eso, tú, que viajas por curiosidad y para maravillarte con lo que encuentras, debes ver nuestras minas de oro.

Acepté quedarme y fui a las minas. Hay oro en pequeñas cantidades a lo largo de los montes de Alleghany, y muchos granjeros trabajan en la minería durante unas pocas semanas o meses al año, cuando no tienen nada más productivo en lo que emplear su tiempo. En estos

[4] La botánica de Wood, en su edición de 1862, proporciona el siguiente comentario de interés acerca de *Latris odoratissima (Wild.)*: «Las hojas carnosas desprenden una rica fragancia incluso años después de secarse, y por ello en las plantaciones del sur se mezcla con el tabaco, para añadir su fragancia a esta hierba nauseabunda».

alrededores, los mineros ganan entre medio dolar y dos dólares al día. Hay varias trituradoras de cuarzo no lejos de aquí. Se ganan unos diez dólares en un trabajo ordinario.

17 de septiembre. —Pasé todo el día prensando plantas, en la forja y examinando un molino. En las partes menos pobladas de Tennessee y Carolina del Norte, estos molinos son de una sencillez muy notable. Una pequeña piedra, que uno puede llevar bajo el brazo, se engancha al eje vertical de una rueda con palas de construcción casera —casi se diría que podría haber sido un juego de niños—, y esta, junto con una tolva y una caja para recibir la harina, compone todo el mecanismo. Las paredes del molino están hechas de fustes sin descortezar y no hay suelo, ya que la madera es cara. No se construye ninguna presa. El agua se conduce por la ladera hasta que gana la suficiente altura, algo fácil de lograr aquí en las montañas.

Los domingos uno puede encontrarse con hombre salvajes, sin afeitar ni peinar, que salen del bosque llevando cada uno de ellos un saco de maíz a la espalda. La cantidad habitual de molienda está entre un *peck* y un *bushel*[5]. Van hasta el molino a traves de caminos llenos de verdor que atraviesan vaguadas de rododendros y serpentean arriba y abajo de colinas y valles. Las flores y las hojas brillantes les van rozando los hombros y las rodillas, quitándoles en ocasiones sus gorros hechos de piel de mapache. El primero que llega echa su maíz en la tolva, abre el agua y se va a la casa. Después de charlar y fumar, vuelve a ver si está ya listo. Aunque la muela gire en el vacío durante una o dos horas, no sufre daño alguno.

En lo que respecta a su equipamiento y su capacidad, este molino se encuentra en la media de la veintena de ellos que he visto en Tennessee. Lo construyó John Vohn, quien aseguraba que podía moler veinte

[5]Ambas son unidades utilizadas para medir áridos. Un *peck* equivale a 9,087 litros, y un *bushel* a 35,24 litros. (N. del T.)

bushels al día. Pero desde que cayó en otras manos, no es capaz de moler más de diez al día. Todas las máquinas de Kentucky y Tennessee están muy desfasadas. Apenas hay rastro de ese espíritu inquieto e inventivo tan característico del norte. Aquí no hay más que una forma de hacer las cosas, como si hubiera alguna ley que condenara cualquier intento de mejorar algo. En todas las cabañas de montaña, si hay algo de intención de ahorrar, se hila y se teje. Practicar estas labores ancianas lo consideran un avance en lugar de un retroceso.

—Hay un lugar por aquí —me dice mi anfitrión—, donde tienen una casa, una tienda, un molino, una destilería, una lechería y una herrería, ¡todo en el mismo patio! Tienen vacas también, y un montón de muchachas lozanas que se encargan de ordeñarlas.

Esta es la región más primitiva que he visto, primitiva en todos los sentidos. Los rincones más remotos y ocultos de Wisconsin están mucho más avanzados que las regiones montañosas de Tennessee y Carolina del Norte. Pero mi anfitrión habla de los «viejos tiempos de oscurantismo», como un filósofo en la más ilustrada civilización.

—Creo en la Providencia —dijo—. Nuestros padres vinieron a esos valles, tomaron los más ricos y agotaron lo mejor del suelo. Esta tierra gastada ya no dará pan que tostar. Pero el Señor había previsto estos contratiempos y tenía preparado algo para nosotros. ¿Y qué es? Pues bien, Él nos ha sugerido que explotemos estas minas de cobre y oro, de manera que tengamos dinero para comprar el maíz que ya no podemos cultivar.

Una observación de lo más aguda.

18 de septiembre. —Arriba de la montaña, en el borde del estado. El paisaje es mucho más grandioso que ningún otro que haya visto antes. La vista se extiende desde las montañas de Cumberland hacia el norte, hasta bien dentro de Georgia, y hasta Carolina del Norte hacia el sur, y cubre un área de unas cinco mil millas cuadradas. No es

posible describir un océano así de belleza y grandiosidad montañera, abultada, ondulante y cubierta de verdor. Un sinnúmero de colinas tapizadas de bosque, una junto a la otra en hileras y grupos, parecían estar disfrutando de la luz del sol, y si se mantenían quietas era solo por estar absorbiéndolo con tanto entusiasmo. Estaban unidas todas ellas por curvas y pendientes de una suavidad y belleza inimitables. ¡Ah, estos jardines y bosques de nuestro Padre! ¡Qué perfección y qué divinidad hay en su arquitectura! ¡Qué sencillez y qué misteriosa complejidad de detalles! ¿Quién sabrá leer las enseñanzas de estas páginas nemorosas, entender la fraternidad alegre de los arroyos que cantan en los valles y las criaturas felices que habitan en ellos bajo el cuidado tierno de un Padre?

19 de septiembre. —Volví a recibir una advertencia solemne sobre los peligros de seguir mi camino a través de las montañas. Mi buen anfitrión me habló de un desfiladero en las montañas que me recomendaba ver.

—Lo llaman la «Quebrada de las marcas», por la cantidad de huellas que hay en las rocas: de pájaros, de peces, de caballos, de hombres, todas ellas talladas en la piedra como si se tratara de barro.

Me despedí de mi gentil montañero y de todas sus cómodas maravillas, y continué mi camino hacia el sur.

Según me alejaba, me repitió sus advertencias sobre los peligros que me esperaban, ya que, según él, había muchos que vivían como bestias salvajes con lo que conseguían robar y a veces cometían asesinatos por cuatro o cinco dólares, o incluso menos. En el tiempo que estuve en su casa, me di cuenta de que un hombre venía regularmente cada noche después del anochecer a por cena. Iba armado con una pistola, un rifle y un gran cuchillo. Mi anfitrión me dijo que este hombre estaba en disputa con uno de sus vecinos, y que ambos iban dispuestos a dispararse en cuanto se vieran. Ninguno de ellos podía tener un trabajo

regular o dormir dos noches seguidas en el mismo lugar. Iban por las casas tan solo para conseguir comida, y una vez que el hombre que yo vi terminaba su cena, se iba a dormir al bosque, por supuesto sin encender fuego. Su enemigo hacía lo mismo.

Mi anfitrión me dijo que estaba intentado que aquellos hombres se reconciliaran, porque ambos eran buenas personas, y si se ponían de acuerdo para acabar con su enemistad, podrían ponerse a trabajar. La comida de la casa era principalmente café sin azúcar, pan de maíz y, a veces, beicon. El café era el mayor lujo que esta gente conocía. La única forma de poder permitírselo era vender pieles o, particularmente, vender *sang*[6], es decir, ginseng, el cual podían exportar a la lejana China.

Durante todo el día de hoy, mi camino me llevó por las riberas frondosas del Hiwasee [7], un río de montaña realmente impresionante. El lecho del cauce es muy accidentado, ya que cruza los estratos de roca que se encuentran volteados, algunos de ellos puestos en vertical o inclinados de forma oblicua a derecha e izquierda. Esto da lugar a una multitud de breves y sonoras cascadas, y el río no logra alcanzar toda la velocidad que le correspondería por su volumen y por la inclinación del terreno en caso de fluir libremente.

Todos los grandes ríos de las regiones donde no hay cultivos son hermosos y tienen un encanto misterioso. Sus cauces están esculpidos de maneras interesantes, mucho más que cualquier arquitectura grandilocuente creada por el hombre. A lo largo de sus riberas, aparecen con frecuencia bosques fabulosos, y la naturaleza encuentra su verdadera voz en las incontables cascadas y rápidos. El Hiwassee es uno de esos

[6] El diario de Muir contiene la siguiente anotación: «M. County produce raíz de ginseng por valor de 5000 dólares anuales, a 70 céntimos la libra. La ley prohíbe recolectarlo antes del día 1 de septiembre».

[7] En su diario, Muir escribe el nombre del río como «Hiawassee», una variante que aparece en numerosos mapas antiguos. El nombre probablemente deriva del Cherokee «Ayuhwasi», utilizado para denominar a varios de sus antiguos asentamientos.

ríos, con su superficie que se rompe en un millar de joyas brillantes y sus bosques como muros, vestidos de enredaderas y tan floridos como el jardín del Edén. ¡Y qué maravillosa su canción!

En Murphy [Carolina del Norte], me dio el alto el sheriff, que no era capaz de adivinar por mi atuendo y mi color de piel de qué parte del país venía y cuál era mi ocupación. Desde la guerra, la mitad de los extranjeros en estos confines solitarios son, supuestamente, criminales, y por ello a todos se los mira con curiosidad y aprensión. Después de unos minutos de charla con el máximo representante de la ley en Murphy, me declaró inofensivo y me invitó a su hogar, donde, por primera vez desde que empecé mi viaje, encontré una casa llena de flores y enredaderas, limpia tanto dentro como fuera, y marcada en toda su disposición con la comodidad que traen la cultura y el refinamiento. El contraste con los edificios de transición, desde los *wigwams* de los salvajes hasta el castillo ruinoso pero limpio del rico pionero, era de lo más chocante.

20 de septiembre. —Todo el día por entre las arboledas y gargantas de Murphy junto al señor Beale. Me enseñó la localización de Camp Butler, donde el General Scott tuvo su cuartel general mientras desplazaba a los indios Cherokee hacia su nuevo hogar en el oeste. Encontré bastantes plantas extrañas y poco comunes en las márgenes rocosas del Hiwasee. Por la tarde, desde lo alto de una cresta, disfruté de una vista maravillosa, con un paisaje azulado y hecho de montañas redondeadas. Entre los árboles vi por primera vez *Ilex* [acebo]. El señor Beale me informó de que la palidez de la mayoría de mujeres en estos alrededores, y en general en el entorno de estas montañas, se debe sobre todo a su costumbre de fumar y a lo que llaman «dipping». Yo nunca había hablar de esto. Se trata simplemente de aplicar el polvo sobre la encía usando un pequeño tampón.

21 de septiembre. —El bosque es exuberante. Muchos arroyos cruzan la carretera. Blairsville [Georgia], por donde pasé antes del mediodía, parece un pueblo insignificante y sin forma, pero rodeado de manera grandiosa por colinas estriadas. Por la noche, me acogió un granjero cuya esposa, aunque de aspecto inteligente y pulcro, era una fumadora empedernida.

22 de septiembre. —Las colinas se van haciendo más bajas y poco cubiertas de suelo. Se las llama «Tierra de jorobas», y se cultivan o se trabajan con un apero de un solo rejón. Cada lluvia les va robando su fertilidad, que pasa, por supuesto, a enriquecer el fondo del suelo. Alrededor del mediodía alcancé la última cima en mi camino hacia el mar. Se llama Blue Ridge, y frente a ella se extiende un paisaje muy distinto a todos por los que he pasado: una vasta extensión uniforme de pinares oscuros que llegan hasta el mar. Es una vista impresionante, sean cuales sean las circunstancias y el momento, pero más aún cuando uno sale de las montañas.

Viajé en la estela de tres montañeros pobres pero felices —una mujer mayor, una mujer joven y un hombre joven— que iban sentados, reclinados o tumbados en un carreta renqueante que parecía que se mantenía unida por alguna clase de fuerza divina, y de la que tiraban una mula muy grande y otra muy pequeña. Cuando iba cuesta abajo, a causa de la holgura del arnés y los enganches de la carreta, las mulas reculaban tanto que casi desaparecían bajo el asiento, y los tres ocupantes se veían desplazados de pronto hacia el frente, apilados sobre las orejas de los animales. Antes de que pudieran sacar sus brazos y sus piernas de ese amasijo, un nuevo bache en el camino inclinaba la carreta y, deslizándose, acababan empotrados contra la parte trasera, en una mezcla aún más grotesca.

Estaba convencido de que hombres, mujeres y mulas acabarían amontonados en el fondo de alguna hondonada rocosa, pero parecían

confiar ciegamente en las tablas de la carreta. Y así siguieron, escurriéndose de atrás a adelante, de un extremo a otro, obedeciendo con su deslizar la ley de la gravedad, según lo que dictara el gradiente del camino. Cuando no había demasiados baches, iban hablando sobre el amor, el matrimonio y las ceremonias religiosas al aire libre, según es costumbre en la región. Y en mitad de todo el trajín de aquel transporte, la mujer mayor llevaba en su mano un ramo de damasquinas.

En las laderas había una fantástica cosecha de *Aster*. Llegué al monte Yonah por la tarde. Conversé durante un buen rato con un esclavista metodista que era el propietario de una mina. Me invitó amablemente a un trago de una sidra excelente.

Por la región de los ríos, en Georgia

23 de septiembre. —Estoy ya lejos de las montañas. Por ahora el tiempo no ha cambiado de forma apreciable, ya que el descenso en latitud se compensa con el ascenso en altitud. Estas montañas son grandes pasillos por los que las plantas pueden extender sus territorios hacia el sur. Las plantas del norte y las del sur tienen muchos pequeños lugares de encuentro a lo largo del camino que ya he recorrido, pero es aquí, en la vertiente norte de los montes de Alleghany, donde se juntan un mayor numero de los robustos representantes de estos dos climas.

Pasé por el pueblito de Gainesville, confortable y con una sombra agradable. El río Chattahoochee tiene unas orillas ricas donde crecen ejemplares de roble de agua macizos, abultados y de color verde oscuro, en los que se enreda una densa maraña de muscadinias cuyo follaje ornamentado, tan bien adaptado a la decoración de estas márgenes del río, estaba a su vez decorado por flores de colores brillantes y otras especies de trepadoras que se entrelazaban con ellas. Es el primer río verdaderamente sureño con el que me encuentro.

Al anochecer llegué a la casa de la familia de un hombre joven con el que había trabajado en Indiana, el señor Prater. Estaba de paso, visitando a su padre y su madre. Eran una familia típica del bosque, viviendo

lejos de la vista de los demás, entre las colinas cubiertas de bosques que hay no lejos del río. Pasamos la tarde conversando sobre los asuntos generales tanto del sur como del norte.

24 de septiembre. —He pasado el día con el señor Prater, navegando el Chattahoochee y dándome un banquete con las uvas caídas de las parras que había sobre nosotros. Esta especie notable de vid salvaje tiene un tallo robusto, a veces de hasta cinco o seis pulgadas de diámetro, la corteza lisa y la madera dura, distinta de otras vides salvajes o cultivadas que haya visto antes. Las uvas son muy grandes, algunas de hasta una pulgada de diámetro, globulosas y con buen sabor. Lo normal es que haya solo tres o cuatro de ellas en un racimo, y cuando están maduras caen en lugar de estropearse en la planta. Las que caen al río se encuentran a menudo en gran cantidad en los remolinos a lo largo de la orilla, de donde se recogen desde una barca y a veces se hace vino con ellas. Creo que a esta vid se la conoce también como *Scuppernong*[1], aunque aquí se la llama moscatel.

Ademas de navegar por el río, dimos un largo paseo bajo los emparrados y pérgolas vegetales de la parte baja del Chattahoochee.

25 de septiembre. —Me despedí de la familia de mi amigo. El señor Prater me acompañó brevemente y me advirtió una y otra vez de que tuviera cuidado con las serpientes de cascabel. Ahora están abandonando la humedad de las tierras bajas y, puesto que van viajando, el peligro que representan es mucho mayor. Con estas advertencias, me puse en marcha en dirección a Savannah, pero me perdí entre las vaguadas del fondo del valle y las colinas cercadas por las vides. No fui

[1] El antiguo nombre indio de las especies sureñas de la muscadinia, *Vitis rotundifolia*, que Muir describe en estas páginas. La botánica de Wood la cita como *Vitis vulpina* y señala que «la variedad llamada *Scuppernong* es habitual en los jardines del sur».

capaz de encontrar el lugar que el señor Prater me había indicado para vadear el río.

Decidí entonces que seguiría rumbo al sur sin tener en cuenta las carreteras o los vados. Tras repetidos intentos fallidos, logré encontrar un lugar en la orilla desde el que podía entrar en el río a través de la maraña de enredaderas. Conseguí cruzar el río avanzando a pie y a nado, sin que me importara mojarme, porque sabía que, bajo este sol, pronto estaría seco.

Debatí conmigo mismo si seguir río abajo hasta que pudiera comprar una barca o madera con la que construirla, para poder atravesar Georgia a vela en lugar de a pie. Estaba ebrio de la belleza de estas orillas gloriosas, las cuales me imaginaba que se harían aún más grandiosas a medida que me aproximara al mar. Pero, finalmente, decidí que esa navegación habría de ser menos eficaz que ir a pie y me puse a caminar hacia el sur en cuanto estuve seco. Las serpientes de cascabel eran abundantes. Me alojé en una granja. Encontré algunas plantas tropicales en el jardín.

El algodón es el cultivo principal en estos alrededores, y en este momento se recolecta con alegría. Solo los capullos más bajos están maduros. Los que se encuentran más altos en la planta están aún verdes y sin abrir. Por encima de ellos, hay flores y yemas, algunas de las cuales, si las planta prospera y la sesión es favorable, seguirán dando capullos maduros hasta enero.

Los negros son alegres y amables, hacen mucho ruido y trabajan poco. Un hombre blanco energético, trabajando con voluntad, podría recoger tanto algodón como media docena de Sambos y Sallies. El bosque aquí se compone casi totalmente de pinos nudosos de un verde apagado, que crecen espaciados entre sí. El suelo es en su mayoría arena blanca y fina.

26 de septiembre. —Por la tarde llegué a Athens, un pueblo particularmente hermoso y aristocrático, con muchas casas clásicas, todas

magnificas, de los ricos terratenientes que antes eran dueños de grandes plantaciones pobladas de negros en las mejores regiones algodoneras y azucareras del sur. Las señales inequívocas de la cultura y el refinamiento, así como de la riqueza, eran evidentes por todas partes. Este es el pueblo más hermoso que he visto en este viaje hasta el momento, y el único del sur al que me gustaría volver.

Los negros aquí han sido bien criados y son extremadamente educados. Cuando ven un hombre blanco en la carretera, se quitan el sombrero incluso a una distancia de cuarenta o cincuenta yardas, y caminan con la cabeza descubierta hasta que lo pierden de vista.

27 de septiembre. —Largo paseo zigzagueando por entre las viejas plantaciones, algunas de las cuales todavía las cultivan a la manera de antaño los mismos negros que trabajaban en ellas antes de la guerra, y que aún ocupan sus antiguos cuarteles. Ahora reciben un salario de entre siete y diez dólares al mes.

El tiempo es muy caluroso en estas planicies arenosas y con poca sombra de las zonas bajas. Cuando estaba ya sediento, encontré una hermosa fuente con un cuenco de arenisca a la que daban sombra unas enredaderas y arbustos, y allí disfruté con fruición de la bendición del agua fresca y pura. He descubierto un fabuloso helecho sureño y algunas hierbas nuevas. Me gustó pensar que había sido la Providencia quien me había llevado hasta allí cuando estaba a punto de desmayarme de la sed. No es habitual en estos alrededores disfrutar una combinación tan deliciosa de agua fresca, sombra y plantas desconocidas.

Asistí al atardecer más deslumbrante de cuantos he disfrutado en este mundo de luz. El «Soleado Sur»[2] es, no cabe duda, soleado. Un negro muy civilizado me indicó cómo encontrar alojamiento para la noche. La dieta habitual por aquí son patatas dulces y beicon rancio.

[2]Los estados del sur se conocen como *Sunny South*, el «Soleado Sur». (N. del T.)

28 de septiembre. —El roble negro abunda en las orillas de los ríos y en las vaguadas húmedas. Las hierbas van ganando altura y endureciéndose como cañas, y no cubren el suelo con sus hojas como sucede en el norte. A mi alrededor hay ahora una multitud de plantas extrañas. Apenas algún rostro conocido entre todas las flores que encontré hoy en mi paseo.

29 de septiembre. —Hoy encontré una hierba maravillosa, de diez o doce pies de estatura y con un fabuloso panículo de flores moradas y satinadas. También sus hojas son de una forma y dimensiones principescas. Su hogar está en los prados soleados y a lo largo de las riberas húmedas de los ríos lentos y las ciénagas. Parece ser consciente de su alto rango, y ondea con la gracia y la majestuosidad solemne de un pino de montaña. Me gustaría poder poner una de estas plantas de la realeza entre las hierbas de nuestras praderas del oeste. Estoy seguro que todo el resto de panículos ondearían y se inclinarían mostrando con placer su lealtad, y reconocerían a su rey.

28 de septiembre. —Entre Thomson y Augusta, encontré muchas hierbas nuevas y hermosas, altas *Gerardia*, *Liatris*, *Lycopsida*. Este es también el límite septentrional del notable pino de hoja larga, un árbol de entre sesenta y setenta pies de alto, y de veinte a treinta pulgadas de diámetro, con hojas de entre diez y quince pulgadas de largo que se agrupan en masas densas y radiantes al final de las ramas desnudas. La madera es fuerte, dura y muy resinosa. Es excelente para hacer mástiles de barco, puentes y suelos. Una buena parte de ella se envía a las islas de las Indias Occidentales, Nueva York y Galveston.

Las plantas jóvenes, de cinco o seis años, resultan objetos muy llamativos para alguien del norte, ya que consisten en un tallo recto y pelado que culmina en una corona de hojas de un verde intenso, arqueadas y dispuestas como en una palmera. A los niños les gusta imaginar que

parecen escobas, y las usan como tales en sus cabañas de juegos. *Pinus palustris* abunda especialmente en Georgia y Florida.

En el suelo arenoso aparecen dispersas algunas vetas de arcilla y de cantos rodados de cuarzo. La erosión, que avanza lentamente, elimina por completo las vetas de arcilla, dejando solo la arena. A pesar del carácter arenoso del suelo, una buena parte de la superficie de la región está cubierta de agua, lo cual se explica fácilmente si se considera la presencia de las citadas capas impermeables.

Hoy hice más de cuarenta millas sin almuerzo ni cena. Ninguna familia quería acogerme, así que tuve que continuar hasta Augusta. Me acosté hambriento y me desperté con el estómago dolorido, supongo que por estar sus paredes frotando la una contra la otra y sin nada que moler entre ellas. Un negro me ha indicado amablemente dónde estaba el mejor hotel, llamado, creo, «Hotel del Hacendado». Conseguí una buena cama por un dolar.

1 de octubre. —Conseguí un desayuno barato en un mercado, y después continué mi camino en dirección a Savannah siguiendo el río Savannah. Hierbas espléndidas y bosques ricos, densos y cubiertos de vides salvajes. Uva moscatel a espuertas. *Aster* y *Solidago* empiezan a hacerse escasas. Los carrizos son poco comunes. Las leguminosas son abundantes. Es habitual una clase de fruta de la pasión que llega hasta Tennessee. Aquí se la llama «vid albaricoque», tiene una flor fabulosa y la fruta más deliciosa que nunca he comido.

Aquí se cultiva la granada. La fruta es del tamaño de una naranja, tiene una piel dura y gruesa, y al abrirla parece una caja con múltiples compartimentos llena de golosinas moradas y transparentes.

A la tarde llegué a la región donde crece una de las plantas más sorprendentes del sur: la denominada «barba del viejo» o «musgo español» [Tillandsia], a pesar de ser una planta con flor y pertenecer a la misma familia que la piña [Bromeliaceas]. Los arboles de los alrededores

tienen todas sus ramas tapizadas de esta planta, lo que produce un efecto interesante.

Encontré también una ciénaga de cipreses impenetrables. Este árbol, que en realidad es un *Taxodium*, crece a lo ancho y a lo alto, y destaca por su copa aplanada. Todo el bosque parece tener la misma altura, como si los árboles hubieran crecido contra un techo o se les hubiera pasado un rodillo cuando crecían. Este *Taxodium* es el único árbol que he visto que tiene la copa plana. Las ramas, aunque se extienden, tienen cuidado de no sobrepasarse las unas a las otras, y se detienen de pronto cuando alcanzan el nivel general, como si hubieran chocado contra un techo.

Los bosquetes y grupos de arboles más pequeños están llenos de plantas trepadoras en flor. Estas plantas no se disponen en grupos separados o en guirlandas delicadas, sino formando muros abultados o montones pesados que parecen túmulos. Me siento ahora en una tierra extraña. Apenas conozco ninguna planta, solo unos pocos pájaros, y no puedo ver la región por culpa de los bosques de cipreses, solemnes, oscuros y misteriosos, que lo cubren todo.

El viento está lleno de sonidos extraños y hace que uno se sienta lejos de la gente, de las plantas y de los campos generosos de su hogar. La noche está llegando y me siento lleno de una soledad indescriptible. Me sentí febril y me bañé en una corriente oscura y silenciosa, vigilando con nerviosismo por si había caimanes. Encontré alojamiento en la casa del dueño de una plantación, entre los campos de algodón. A pesar de que la familia parecía adinerada, la única luz de la casa eran los trozos de madera de pino que ardían en la chimenea.

2 de octubre. —En el bosque en la parte baja del río Savannah. Muy ocupado recogiendo nuevos ejemplares. Los pinos aparecen formando una maravillosa colección, junto a otras plantas hospitalarias, abiertas, accesibles.

Me encontré con un joven africano con quien mantuve una larga conversación. Me fascinó su elocuencia al hablar de la caza del mapache, de caimanes, o de supersticiones varias. Me enseñó un lugar en el que el tren había descarrilado, y me aseguró que en las noches sin luna se pueden ver los fantasmas de los muertos.

Después del atardecer di un gran paseo. Me acogieron finalmente en casa del doctor Perkins. En el jardín, vi el jazmín del Cabo [*Gardenia florida*]. Escuché un largo recuento de los sucesos de la guerra, y una discusión sobre el asunto de los esclavos y sobre la política del norte. Eran una familia típica sureña, agradables y de modales refinados, pero con unos prejuicios inamovibles en todo lo concerniente a la esclavitud.

La mesa de la familia era distinta a las que había visto hasta entonces. Era redonda y su parte central giraba. Cuando alguien quería que le sirvieran, ponía su plato en la parte central, que giraba hasta el anfitrión y después hacía el camino de vuelta una vez servido. Así, cada plato volvía a su sitio sin necesitar la ayuda de nadie más.

3 de octubre. —En los «baldíos de pinos» la mayor parte del día. Espacios abiertos de suelo arenoso, bajos y llanos. Los pinos espaciados entre sí. Los espacios soleados entre ellos llenos de hierbas hermosas y abundantes —*Liatris*, varas de oro largas y rectas como palos, palmeras enanas… — que cubrían el suelo como si se tratase de un jardín. Deambulé sintiéndome deliciosamente libre, sin encontrarme con ninguna de las trepadoras de espinas felinas ni los matorrales de los fondos aluviales. Los robles de Virginia enanos son comunes.

Por la tarde llegué a la casa del señor Cameron, un rico propietario de una plantación que tiene grandes grupos de esclavos trabajando en sus campos de algodón. Todavía le llaman «Massa»[3]. Me cuenta que

[3]Forma en que los esclavos llamaban a sus patrones. Proviene del inglés «master», aunque igualmente de la voz «massa», que significa «jefe» en idioma mandingo. (N. del T.)

la mano de obra le cuesta menos ahora que antes de la emancipación de los negros. Cuando llegué, le encontré ocupado quitando el óxido de unas sierras que habían estado tiradas durante meses en el fondo del estanque del molino, para evitar que los «gorrones» de Sherman[4] las destruyeran. Las partes más valiosas del molino y de la prensa de algodón se habían escondido de la misma manera.

—Si Bill Sherman —dijo— viniera ahora sin su ejercito, no regresaría jamás.

Cuando le pregunté si podía darme cama y comida esta noche, me dijo:

—No, no, aquí no tenemos alojamiento para viajeros.

Yo le respondí:

—Pero yo voy viajando como botánico, y o bien encuentro un alojamiento cuando cae la noche, o bien duermo al raso, como he hecho a menudo en mi largo camino desde Indiana. Aunque aquí, como puede ver, el terreno es pantanoso; si al menos pudiera venderme un trozo de pan y dejarme beber de su pozo, luego ya me buscaría algún lugar seco para acostarme.

Me hizo algunas preguntas y me examinó detenidamente, y luego dijo:

—Bueno, quizás sea posible que encontremos un lugar para usted. Si no le importa entrar en casa, lo consultaré con mi esposa.

Estaba claro que era precavido y quería saber la opinión que su mujer tenía acerca de la clase de persona que era yo, antes de ofrecerme su hospitalidad. Me hizo detenerme en la puerta y llamó a su esposa, una mujer guapa que también me hizo preguntas acerca de mis razones para venir tan al sur cuando la guerra acababa de terminar hacía tan poco

[4]Durante la guerra de Secesión, el general William Tecumseh Sherman guió a sus tropas a través de Georgia, hasta Savannah, en la denominada «Marcha hacia el Mar». Los soldados de Sherman que se encargaban de saquear a la población durante el trayecto, a veces de forma violenta y destructiva, recibieron el sobrenombre de «bummers» (gorrones) (N. del T.)

tiempo. Le dijo a su marido que quizás podrían ofrecerme un lugar donde dormir.

Después de la cena, sentados junto al fuego y hablando de botánica —mi tema favorito—, les describí las regiones por las que había pasado, sus características botánicas, etc. Con ello, evidentemente, desaparecieron todas las dudas que tenían acerca de si yo era un hombre decente, y ambos dijeron que de ninguna manera me habrían dejado en la calle, pero que debía perdonarles el ser precavidos, ya que quizás ni siquiera una de cada cien personas que pasaban por esta región olvidada del país era de fiar.

—No hace mucho, acogimos a un hombre que iba bien vestido y era educado, y a mitad de la noche desapareció llevándose algunos de nuestros valiosos objetos de plata.

El señor Cameron me dijo que, al verme llegar, me había tomado por un masón, y que al descubrir que no lo era, tenía aún más dudas de por qué me aventuraba a recorrer la región durante estos tiempos turbulentos, sin poder aprovechar la ayuda de otros hermanos masones.

—Joven —dijo después de oírme hablar de botánica—, veo que su afición es la botánica. El mío es la electricidad. Creo que va a llegar la época, aunque es probable que nosotros no vivamos lo suficiente para verla, en que esta misteriosa fuerza o poder que ahora usamos solo para el telégrafo acabará por darnos la energía para mover los trenes y los barcos, iluminarnos, y, en una palabra, hacer todo el trabajo del mundo.

Desde entonces, he pensado muchas veces en la visión acertada de este terrateniente de Georgia que iba por delante de la mayor parte del mundo. Casi todo cuanto predijo se ha cumplido, y el uso de la electricidad se extiende más y más cada año.

4 de octubre. —Nuevas plantas aparecen continuamente. Todo el día en un bosque denso, húmedo, oscuro y misterioso de *Taxodium* de copas planas.

5 de octubre. —Por primera vez he visto el banano, creciendo exuberante en los jardines al borde del camino. Pasé la noche con una familia de Savannah, agradable e inteligente, pero, como de costumbre, solo me aceptaron una vez que hube pasado una inspección minuciosa.

6 de octubre. —Ciénagas inmensas, aún más cercadas y ensombrecidas, con aguas que nunca se rizan con el viento ni se agostan con la sequía. Muchas de ellas parecen ser realmente acuáticas.

7 de octubre. —Una ciénaga impenetrable de *Taxodium*, que se diría que no tiene límites. Las madejas plateadas de la *Tillandsia* se van haciendo más largas y abundantes. Pasé la noche con una familia agradable de georgianos, después del habitual cruce de preguntas.

8 de octubre. —Encontré las primeras compuestas leñosas, un descubrimiento de lo más notable. Las reconocí como tales a bastante distancia. Casi todos los árboles y arbustos son aquí perennes, con hojas gruesas y pulidas. *Magnolia grandiflora* es cada vez más común. Es un árbol con unas frutas y hojas magníficas, al igual que sus flores. Cerca de Savannah encontré algunos vertederos cubiertos con una densa masa de leguminosas leñosas, de ocho o diez pies de alto, con hojas pinnadas y vainas colgantes que cascabelean.

Llegué a Savannah, pero no tuve noticias de casa, y el dinero que había ordenado a mi hermano que me mandara mediante un giro expreso desde Portage [Wisconsin] no había llegado todavía. Me sentí horriblemente solo y pobre. Me fui a la pensión de peor aspecto que encontré, considerando que sería barata.

Un campamento entre las tumbas

9 de octubre. —Después de ir de nuevo a la oficina de cobros y a la oficina de correos, y deambular por las calles, encontré una carretera que me llevó hasta el cementerio de Bonaventure. Si el camposanto al otro lado del mar de Galilea que se menciona en las escrituras es la mitad de hermoso que el de Bonaventure, no es entonces extraño pensar que uno pueda vivir entre las tumbas. Está a solamente tres o cuatro millas de Savannah, y se llega por una carretera blanca y lisa hecha de conchas.

De camino a Bonaventure, hay poco tanto en la tierra como en el agua o en el cielo que le haga a uno presagiar las glorias que allí le esperan. Los campos desolados y rocosos están invadidos por las malas hierbas y apenas muestran signos de haber sido cultivados. Al dejar atrás las cabañas de troncos desvencijadas, las vallas rotas y la ultima mancha de plantas de arroz mezcladas con malas hierbas, se llega a un lecho de *Liatris* moradas y árboles salvajes. Se escucha el canto de los pájaros, se cruza un pequeño río, y uno está ya junto a la Naturaleza en el grandioso y viejo bosque del cementerio, tan hermoso que casi cualquier persona con un poco de sensibilidad elegiría vivir aquí con los muertos en lugar de con los vivos perezosos y caóticos.

Una parte del territorio está cultivada, y hace unos cien años un hombre acaudalado que tenía su residencia aquí plantó en ella robles de Virginia. Sin embargo, la mayor parte de la superficie permanece inalterada. Incluso en aquellos lugares que han quedado desordenados a base de artificio, la Naturaleza no cesa de trabajar para recuperarlos y hacer que luzcan como si la mano del hombre no los hubiera conocido nunca. Tan solo una pequeña parte del terreno está ocupada por las tumbas y por una vieja mansión en ruinas.

El elemento más notable y glorioso de Bonaventure es su paseo de robles de Virginia. Son los arboles más deslumbrantes que he visto nunca, de unos cincuenta pies de alto y quizás tres o cuatro pies de diámetro, con copas frondosas amplias y abiertas. Las ramas principales salen del centro del árbol en horizontal hasta que se juntan por encima del paseo, cubriéndolo como un pasadizo en toda su longitud, y cada rama está adornada como un jardín con helechos, flores, hierbas y palmito salvaje.

Pero de todas las plantas de este curioso jardín, la más impactante y peculiar es la llamada «barba de viejo» (*Tillandsia usneoides*). Tapiza todas las ramas de arriba abajo y cuelga en madejas de un verde grisáceo que alcanzan una longitud de no menos de ocho o diez pies, y que, cuando se mecen al viento, causan una sensación fúnebre y solemne muy impresionante y singular.

También hay miles de árboles más pequeños y grupos de arbustos, casi ocultos ante la vista por el brillo glorioso de su propia luz. La mitad del enclave está rodeada por marismas salinas e islas del río, y sus cañas y carrizos forman una barrera encantadora. Muchas águilas calvas habitan entre los árboles que hay al margen de la marisma. Sus gritos se oyen cada mañana, junto al graznar de los cuervos y los cantos de las innumerables currucas que se ocultan en lo profundo de sus hogares entre las hojas. Grandes nubes de mariposas, moscas y toda clase de insectos felices parecen estar febriles, gozosos y llenos de una

satisfacción enérgica. El lugar al completo se diría que es un centro de la vida. Aquí los muertos no reinan a solas.

Para mí, Bonaventure es uno de los conjuntos de plantas y animales más impresionantes que he visto nunca. Yo venía de las praderas del oeste, de los claros ajardinados de Wisconsin, de los bosques de hayas, arces y robles de Indiana y Kentucky, de los oscuros y misteriosos bosques de cipreses de Savannah, pero nunca antes desde que tuve ocasión de caminar por el monte había estado en compañía de unos árboles tan impresionantes como estos robles tapizados de *Tillandsia* de Bonaventure.

Me quedé observando lleno de asombro, como quien acabara de llegar de otro mundo. Dicen que Bonaventure es un cementerio, una población de muertos, pero las pocas tumbas que hay aquí no tiene poder alguno en una vida tan profunda como esta. El temblor de las aguas vivas, los cantos de los pájaros, la confianza dichosa de las flores, la grandeza tranquila e imperturbable de los robles, todo ello hace de este cementerio uno de los reductos de vida y luz preferidos del Señor.

No hay nada sobre lo que nuestras ideas estén tan retorcidas y sean tan lamentables como sobre la muerte. En lugar de la armonía, de la unión amistosa entre la vida y la muerte que es tan evidente en la Naturaleza, nos enseñan que la muerte es un accidente, un castigo deplorable por haber cometido el pecado original, la mayor enemiga de la vida. Es sobre todo en las ciudades donde los niños están impregnados de esta ortodoxia de la muerte, ya que la belleza natural de lo muerto se ve y se enseña raramente en ellas.

Acerca de la muerte de nuestros propios congéneres, y centrándonos solo en las muertes naturales y sin mencionar las mil formas de asesinato, nuestros recuerdos más agradables son fuente de sollozos y llantos, mezclados todos ellos con un júbilo mórbido; las empresas funerarias, con ropas y semblantes negros, y al final de todo ello un entierro en un féretro negro y en un lugar de malos augurios, poseído por toda clase

de fantasmas y sombras imaginarias. Es así que la muerte se convierte en algo que temer, y lo más inaudito y destacable que uno puede oír junto a un lecho de muerte es «no tengo miedo a morir».

Pero dejemos que los niños paseen por la Naturaleza, dejémosles ver la hermosa fusión y comunión de la muerte y la vida, su dichosa e inseparable unidad, tal y como se enseña en los bosques y las praderas, en las llanuras y las montañas y ríos de nuestro bendito planeta, y aprenderán así que la muerte no hiere y es tan hermosa como la vida, y que la tumba no representa una victoria, ya que nunca lucha. Todo no es sino una armonía divina.

La mayoría de las pocas tumbas de Bonaventure tienen flores plantadas. Lo normal es que haya una magnolia en la cabecera, junto al mármol bien erguido, uno o dos rosales al pie, y algunas violetas y otras flores exóticas y llamativas en los laterales o en lo alto. Todo ello rodeado por una verja de hierro negro, hecha de barrotes que en su día debieron ser lanzas o garrotes empleados durante la batalla en Pandemonium[1].

Es interesante observar con qué insistencia la Naturaleza trata de remediar estos desaguisados artificiales. Corroe el hierro y el mármol, y va progresivamente nivelando los túmulos que aparecen sin cesar en la colina, como si no hubiera suficiente tierra sobre los muertos. Las hierbas van llegando de una en una; las semillas vienen volando con alas plumosas, silenciosas como el destino, a sustituir las cenizas del arte con la belleza más apreciada de la vida; y sobre todo ello se extienden brazos fuertes y perennes, repletos de helechos y ropajes de *Tillandsia*. La vida trabaja por todas partes para borrar las huellas del desorden que ha creado el hombre.

En Georgia, muchas tumbas están cubiertas con un techado de madera sujeto sobre cuatro postes parecido al de un pozo, como si la lluvia y el sol no se consideraran bendiciones. Quizás, en este clima caluroso e

[1]Referencia a *El paraíso perdido* de Milton. (N. del T.)

insalubre, la humedad y el calor del sol se consideran males inevitables a los que uno no quiere exponer a sus muertos.

El envío de dinero que estaba esperando no llegó hasta una semana más tarde. Después de pasar la primera noche en aquel hotel barato y con aspecto de mala reputación, no me quedaba más que un dolar y medio en mi monedero, y no tenía, pues, otra opción que acampar fuera si quería que el dinero durara para comprar al menos pan. Dejé atrás el ruido del pueblo para ir a buscar un lugar donde dormir que no fuera cenagoso. Alcancé las afueras del pueblo en dirección al mar, y después de ello encontré algunas dunas bajas, teñidas de amarillo por las flores de las varas de oro.

Deambulé cansado de duna en duna, hundiéndome en la arena hasta los tobillos, en busca de un lugar donde dormir bajo las altas flores, a salvo de insectos y serpientes, y sobre todo a salvo de mis congéneres los hombres. Pero por todas partes andaban merodeando negros holgazanes, y me daba miedo. El viento traía sonidos extraños y agitaba los pesados panículos sobre mi cabeza, y tenía miedo de enfermar de malaria, tan extendida por aquí, cuando de repente pensé en el cementerio.

«Aquel es un lugar perfecto para un errabundo sin un penique», pensé. «Por allí ningún malhechor que sea supersticioso se atreverá a pasar por miedo a los fantasmas, mientras que para mí no habrá más que paz y descanso celestiales. Y si tengo que exponerme a vapores nocivos para la salud, al menos lo compensaré viendo esos robles grandiosos a la luz de la luna, con todos los influjos impresionantes e innombrables de este hermoso y solitario lugar».

Era casi la hora del atardecer, y me eché con prisa a la carretera para poner rumbo a Bonaventure, feliz de haber tomado esta decisión, y casi satisfecho al darme cuenta de que la necesidad me había dado una excusa perfecta para hacer algo que mi madre sin duda me reprocharía, ya que le había prometido no dormir al aire libre si podía evitarlo. Se hizo de noche antes de que pasara por las chozas de los negros y los

campos de arroz, y llegué junto a las tumbas a la hora silenciosa del crepúsculo.

Estaba sediento después de haber caminado tanto bajo aquel bochorno para llegar al cementerio, en total una distancia de unas tres o cuatro millas desde la ciudad. Un rió apático, soso y de color café discurría por debajo de la carretera justo a las afueras del recinto del cementerio, y pude beber un trago en él después de bajar hasta el agua a través de una espesa barrera de arbustos, desafiando a las serpientes y caimanes en la oscuridad. Una vez me hube refrescado, entré en el extraño y hermoso hogar de los muertos.

Toda la avenida por la que había caminado estaba en sombra, pero a menudo alguna lápida, a uno u otro lado del camino, brillaba con una blancura sorprendente, y los arbustos de *Vaccinium* refulgían como montones de cristales. No había ni una brizna de viento que moviera los musgos grises, y los grandes brazos negros de los árboles se reunían sobre mi cabeza y cubrían todo el paseo. Pero el dosel estaba surcado de grietas y fisuras por las que se infiltraban los rayos de lun y adornaban la noche con una luz plateada. Aunque estaba cansado, di un pequeño paseo y después me acosté bajo uno de los grandes robles. Encontré un pequeño montículo que me serviría de almohada, puse junto a mí mi morral y mi prensa para plantas, y disfruté de un descanso relativamente bueno, aunque interrumpido por algunos escarabajos de patas pinchudas que pasaron por mis manos y mi cara, y por una multitud de mosquitos hambrientos que vinieron a picarme.

Cuando me desperté, el sol ya estaba alto y la Naturaleza exultante. Algunos pájaros me habían descubierto y, tomándome por un intruso, armaban un gran alboroto tanto mediante gestos como mediante sus interesantes lenguajes. Escuché el grito de las águilas calvas y también el de algunos raros limícolas por entre los juncos. Se oía el murmullo del río Savannah y, a lo lejos, los saludos desafinados de los negros. Al levantarme me di cuenta de que mi cabeza había estado apoyada sobre

una tumba, y aunque mi descanso no había sido tan profundo como el de la persona que yacía debajo de mí, me puse en pie sintiéndome renovado y, al mirar hacia arriba y ver los rayos de la mañana que se derramaban sobre los robles y los jardines empapados de rocío, la belleza era tan gloriosa y exultante que el hambre y los problemas parecían solo un sueño.

Me comí unas pocas galletas como desayuno y me quedé observando la belleza de la luz, los pájaros, las ardillas y los insectos, y después volví a Savannah, donde descubrí que mi dinero todavía no había llegado. Decidí entonces ir pronto al cementerio para prepararme un nido con un techo para así evitar el rocío, ya que no había forma de saber cuánto tiempo tendría que quedarme allí. Escogí un rincón escondido en una mancha densa de arbustos, junto a la margen derecha del Savannah, donde pasan la noche las águilas calvas y una multitud de pájaros cantores. Estaba tan bien escondido que tuve que esforzarme en recordar con detalle su localización, ayudándome de una marca que hice al borde de la avenida principal, para así poder encontrarlo a la hora de acostarme.

Utilicé cuatro arbustos como postes, uno en cada esquina de mi pequeña choza, que tendría unos cuatro o cinco pies de largo por tres o cuatro de ancho, y até unas pequeñas ramas cruzadas sobre una ramificación de cada arbusto, para apoyar sobre ellas el techo hecho de juncos. Como cama, extendí un gran colchón de barba de viejo en el suelo. Era todo tan reducido que podría haber cogido no solo la cama, sino la casa entera conmigo, y haber echado a andar con ella. Allí pasé la noche, comiendo algunas galletas.

Al día siguiente volví al pueblo y, como de costumbre, me llevé una decepción al tratar de obtener mi dinero. Así que, después de pasar el día mirando plantas en los jardines de las residencias elegantes y las plazas del pueblo, me volví a mi casa en el cementerio. Para que no me viera nadie y no sospecharan que me estaba escondiendo, como si hubiera cometido algún crimen, siempre volvía cuando ya se había ido

el sol, y una noche, al tumbarme en mi lecho de musgo, noté en él una criatura de sangre fría. No sé si era una serpiente o un rana o sapo, pero instintivamente, en lugar de retirar la mano, agarré al pobre animal y lo lancé por encima de los arbustos. Ese fue el único susto o molestia que tuve.

Por la mañana todo era divino. Solo las ardillas, los rayos del sol y los pájaros venían a verme. Cada mañana desde que descubrieron mi hogar, estos pequeños cantarines venían a despertarme. En lugar de cantar tranquilamente sus serenatas matutinas, al principio se acercaban a dos o tres pies de la choza y, mirándome a través de las hojas, piaban y gruñían con un tono entre enfadado y sorprendido. La multitud iba aumentando sin cesar, atraídos por el alboroto. Así es como empecé a hacerme amigo de mis vecinos los pájaros, y cuando se dieron cuenta de que yo no iba a hacerles daño alguno, empezaron a gruñir menos y a cantar más.

Después de cinco días viviendo en el cementerio, vi que, aun gastando solo tres o cuatro centavos al día, mis últimos veinticinco centavos no tardarían en acabarse, y tras intentar una y otra vez sin éxito encontrar algún trabajo, empecé a pensar que quizás debiera adentrarme más en la región, manteniéndome, eso sí, no lejos del pueblo, hasta llegar a algún campo aún sin cosechar, confiando en poder vivir indefinidamente de maíz crudo o tostado, o de arroz.

A estas alturas ya empezaba a sentirme débil, y de camino al pueblo me asusté al ver que empezaba a tambalearme y marearme. El suelo parecía levantarse delante de mí, y los pequeños arroyos de las cunetas parecían fluir hacia aguas arriba. Me di cuenta de que mi falta de alimentación empezaba a ser peligrosa, y me sentí más ansioso que nunca por recibir ese envío de dinero.

Para mi satisfacción, a la quinta o sexta mañana, cuando pregunté si el dinero había llegado, el dependiente me dijo que sí, pero que no podía dármelo si no me identificaba.

—Está bien, mire aquí. Lea la carta de mi hermano —le dije mientras se la entregaba—. Ahí menciona la cantidad de dinero que se envía, de dónde viene y el día en el que se depositó en la oficina de Portage City, y supongo que eso será suficiente.

—No, no es suficiente. ¿Cómo sé que esa carta es suya? Puede haberla usted robado. ¿Cómo sé que usted es John Muir?

—Bueno, ¿no ve que esa carta dice que soy un botánico? En ella mi hermano dice: «Espero que lo estés pasando bien y estés descubriendo muchas plantas nuevas». Usted dice decir que yo puedo haber robado la carta, y de ese modo haber descubierto que había un envió de dinero que iba a llegar desde Portage para él. Pero la carta demuestra que John Muir es un botánico, y aunque, como usted dice, esta carta puede haber sido robada, sería muy improbable que el ladrón se hubiera quedado también con el conocimiento botánico de John Muir. Supongo que, por supuesto, usted habrá estudiado y sabrá algo sobre plantas. Pregúnteme y veamos si yo sé algo de botánica.

Cuando me oyó decir esto, se río amigablemente al darse cuenta de la rotundidad de mi argumento —y quizás apiadándose de mí por mi aspecto cetrino y hambriento—, y fue a llamar a la puerta de un despacho, probablemente el del director, y dijo:

—Señor tal y cual, aquí hay un hombre que lleva viniendo toda la semana a preguntar por un envío desde Portage, Wisconsin. Es extranjero y no tiene nadie en la ciudad que pueda identificarlo. Conoce correctamente la cantidad y el nombre del remitente. Me ha enseñado una carta en la que se menciona que el señor Muir es botánico, y puesto que, aunque un compañero de viaje podría haberle robado la carta, no podría haber robado su saber botánico, nos pide que le pongamos a prueba.

El director sonrió, me echó un vistazo detallado, agitó la mano y dijo: «Dale el dinero». Me guardé con gusto el dinero en el bolsillo, y no había recorrido apenas distancia por la calle cuando me encontré

con una negra muy grande que llevaba una bandeja de pan de jengibre, en la cual invertí de inmediato una parte de mis recientes riquezas, y seguí andando dichoso, masticando por el camino, sin intentar ocultar el placer que sentía al comer. Después, aún deseoso de más comida, encontré una especie de comedor en un mercado y comí un almuerzo completo además del pan de jengibre. Y así, mi travesía de Georgia concluyó magníficamente en un jubileo de pan[2]

[2] En honor a la «Marcha hacia el mar» del general Sherman, Henry Clay Work escribió la famosa marcha «Marching Through Georgia», cuyo estribillo es el siguiente: *Hurrah! Hurrah! we bring the jubilee! / Hurrah! Hurrah! the flag that makes you free! / So we sang the chorus from Atlanta to the sea / While we were marching through Georgia. (¡Hurra! ¡Hurra! ¡Traemos el jubileo! / ¡Hurra! ¡Hurra! ¡La bandera que os hará libres! / Por eso cantamos este estribillo desde Atlanta hasta el mar, / mientras marchamos a través de Georgia.)* (N. del T.)

Por los pantanos y bosques de Florida

De toda la gente de los estados por los que he pasado, mis preferidos son los habitantes de Georgia. Tienen unos modales encantadores, y sus casas son en su mayoría más grandes y mejores que las de los estados adyacentes. Por muy costosos o decorativos que sean sus hogares y buenas maneras, no son como los de los habitantes de Nueva Inglaterra, que parecen ser el fruto de un sacrificio y un trabajo intensos y dolorosos. En su lugar, carecen de toda artificialidad, y se diría que su carácter está por completo embebido de ellos, como algo que crece de manera espontánea con la durabilidad y el encanto de lo natural y lo vivo.

En particular, los georgianos, incluso los más sencillos, tiene una manera muy cordial y agradable de saludar a los extraños que van de viaje, diciéndoles «que le vaya bien, señor». También los negros de Georgia son extremadamente educados, y siempre parecen encantados de tener la oportunidad de mostrarse serviciales frente a alguien.

En Athens hay muchas casas residenciales hermosas. Nunca había visto tanto en una casa que estuviera hecho por una clara razón estética, a pesar de que en absoluto se puede decir que esta sea una característica universal de las casas de Georgia. En Georgia y Tennessee, casi todas las familias de los granjeros pudientes hilan y tejen sus propias ropas. Este

trabajo lo llevan a cabo casi únicamente las madres e hijas, empleando en ello una buena parte de su tiempo.

Las marcas de la guerra se dejan ver no solo en los campos destruidos, las vallas quemadas o los bosques salvajemente destrozados, sino también en el semblante de la gente. Cuando un bosque se quema, años después brota una nueva generación de árboles brillantes y felices, llenos del vigor más fresco y puro; solo los viejos árboles, muertos en parte o en su totalidad, muestran las huellas de la catástrofe. Con la gente de este campo de batalla sucede lo mismo. Los jóvenes, felices, sin traumas ni heridas, crecen junto a sus padres ya ancianos, consumidos y decaídos, que llevan sobre ellos las huellas imborrables de la más infernal y devastadora atrocidad de la civilización.

Desde el comienzo de mi peregrinaje floral, he visto muchas cosas que no solo son nuevas, sino completamente distintas y sin relación alguna con las plantas de mi vida anterior. He visto magnolias, tupelo, roble de Virginia, roble de Kentucky, *Tillandsia*, pino de hoja larga, palmito salvaje, *Schrankia*, y bosques enteros de árboles extraños y ramilletes de arbustos en flor anudados con plantas trepadoras; praderas rebosantes de bambús magníficos y lagos de lirios, todos ellos nuevos para mí; y aun así, continúo con emoción hacia Florida, el hogar particular de las plantas tropicales que voy buscando, y estoy convencido de que no me decepcionará.

El mismo día que recibí el dinero, partí hacia Fernandina, Florida, en el vapor Sylvan Shore. La parte diurna de este viaje a lo largo de la costa de Florida estuvo llena de novedades, y por asociación despertó en mí memorias de mis días escoceses en Dunbar, en el estuario del Forth.

A bordo, tuve una charla civilizada con un propietario de una plantación del sur acerca de los temas que rondan la mente de todo hombre blanco con algo de inquietud que habite estas tierras. Conocí también a un compatriota escoces, un hombre especialmente interesante y con

otros temas de conversación aparte de la política del sur. En general, mi medio día y una noche completa a bordo del vapor fueron agradables, y ello me permitió atravesar una sección de bosque inundada, tremendamente enmarañada e intransitable.

Es de sobra conocido que, no mucho tiempo atrás —en términos geológicos—, el océano cubría las llanuras de arena que hay al borde del río, llegando desde la base de los montes Alleghany hasta la actual línea de costa, y que al retirarse dejó un buen número de cuencas, lagos y ciénagas. La tierra todavía sigue robándole terreno al mar, y lo hace no de forma regular, sino con lagunas costeras, lenguas de mar e islas de coral salpicadas.

El algodón de Pima[1] se cultiva en la franja costera de islas y penínsulas. Alguna de estas islas son flotantes, ancladas tan solo mediante las raíces de los mangles y los juncos. Durante algunas horas, nuestro barco estuvo navegando en mar abierto, expuesto a las olas, pero la mayor parte del tiempo fue por entre las lagunas costeras, donde habitan los caimanes y un sinnúmero de patos y limícolas.

15 de octubre. —Hoy, por fin, llegué a Florida, la «Tierra de las flores», con la que durante tanto tiempo había soñado mientras me preguntaba si al final mis anhelos y plegarias serían en vano y me moriría sin siquiera haber echado un vistazo al florido Canaán. Pero aquí está, ¡y a tan solo unas pocas yardas!, una costa cubierta de juncos, con zonas de manglar y, al fondo a la distancia, bosques de arboles extraños revestidos de musgo. El vapor se va abriendo camino por las islas llenas de juncales como si fuera un pato, y pongo pie en tierra sobre un muelle renqueante. Unos pocos pasos y llego a un pueblo desvencijado: Fernandina. Encuentro una panadería, compro algo de pan, y sin hacer ni una sola pregunta, parto hacia la espesura sombría.

[1] *Gossypium barbadense*, un algodón de fibras largas. (N. del T.)

Cuando en mis sueños, tanto despierto como dormido, visitaba Florida, me veía a mí mismo llegando de pronto a un bosque espeso de árboles en flor, inclinados y entrelazados por una red de enredaderas exuberantes y llenas de flores brillantes, y una riada de luz derramándose sobre todo ello. Pero la puerta por la que entré a la tierra prometida no era así, sino unas marismas saladas, más parte del mar que de la tierra, con grupos de árboles aquí y allá, verdes y sin flores, hundidos hasta las primeras ramas entre carrizos y juncos, y allá al fondo otros árboles de siluetas difusas que, en lugar de alzarse sobre colinas ondulantes y montículos, se extendían hacía la planicie del interior.

El capitán del barco nos había hecho bajar sin darnos desayuno, y, después de examinar las nuevas plantas que se congregaban alrededor de mí, arrojé mi prensa y mi pequeño morral bajo unos arbustos, donde había un lugar seco sobre algunos montones de hierbas y raíces —algo que parecía la madriguera abandonada de una rata almizclera—, y desayuné mi pan. Todo cuanto había en la tierra y en el cielo daba la impresión de ser algo extraño; ni una sola señal de reconocimiento amistoso, ni un aliento, ni un susurro de empatía salía de lo que había alrededor de mí, y, por supuesto, me sentía solo. Me apoyé sobre el codo y comí el pan, mirando y escuchando esta extrañeza profunda.

Mientras me ocupaba en estos asuntos, me distrajo de mis arrebatos de melancolía un crujido que venía de los juncos que tenía detrás. Si mi cabeza hubiera estado en orden y mi cuerpo no hubiera estado muerto de hambre, me habría girado tranquilamente hacía el ruido. Pero en este estado indeseable de hambruna, no era capaz de pensar con claridad, y de inmediato se me ocurrió pensar que era el sonido de un caimán. Me pareció que podía oír el batir de su cola larga y rugosa, y ver sus grandes mandíbulas y sus filas de dientes cerrándose con un chasquido sobre mí, tal y como había visto en imágenes.

No sabría decir cuál fue la intensidad de este miedo o cuánto tiempo duró, pero cuando recuperé la noción de la realidad, el caimán devora-

dor de hombres se había convertido en una gran garza blanca, hermosa como un enviado del otro mundo, ni más ni menos. Me sentí avergonzado y traté de excusarme diciendo que era todo a causa de la ansiedad y el hambre de Bonaventure.

Florida está tan llena de agua y de plantas trepadoras que casi no es posible andar fuera de los caminos, sea cual sea la dirección. Empecé a cruzar el estado por una franja abierta para el tren, caminando a ratos entre los raíles o por la franja arenosa a ambos lados, contemplando el bosque misterioso, la Naturaleza en su más pura esencia. No hay palabras para dibujar siquiera un retrato aproximado de esta grandeza vegetal, tan rica e insondable.

Mi paseo fue corto hoy. Cada poco, una hierba nueva con aspecto de caña llamaba mi atención, o bien era un gran nenúfar, o la flor deslumbrante de un árbol o un lirio, y yo entonces dejaba en el suelo mi morral y mi prensa y me metía en el agua color café para recoger una muestra. A menudo me hundía más y más hasta verme obligado a dar media vuelta e intentarlo en otro lugar, y más tarde en otro nuevo. También con frecuencia me enredaba en una maraña de trepadoras espinosas, como una mosca en la tela de una araña. Y en todo momento, ya fuera abriéndome camino en el agua o trepando a un árbol para coger una fruta, me sentía desbordado al ver cuán enorme e inexpugnable era este mar de plantas radiantes.

Había visto antes *Magnolia grandiflora* en Georgia, pero su hogar natural, su mejor lugar, se encuentra aquí. Sus hojas grandes de color verde oscuro, brillantes en el haz y de un marrón óxido en el envés, destellan y reflejan los rayos de sol de manera gloriosa entre las incontables flores de las enredaderas que trepan por ella asfixiándola. También sus frutos son brillantes, con forma y aspecto más tropicales que los de la naranja. Junto a las otras plantas que la acompañan, tiene el porte de un príncipe.

De vez en cuando, llegaba a una pequeña franja de arena despejada en la que crecían pinos (*Pinus palustris* o *cubensis*). Incluso estos lugares eran en su mayoría húmedos, a pesar de tener toda la luz del sol, y estaban adornados con *Liatris* moradas, y flores anaranjadas de *Osmunda cinnamomea*. Pero el descubrimiento más importante de este día fue el palmito salvaje.

Iba encontrando tantas plantas desconocidas que me sentía muy emocionado, y hacía paradas constantes para recolectar ejemplares. Sin embargo, no había logrado entrar en el interior del bosque pantanoso, a pesar de lo tentador y prometedor que me resultaba. Sin importarme las serpientes de agua o los insectos, había tratado en repetidas ocasiones de abrirme camino a través de las solidas marañas de trepadoras, pero rara vez conseguía avanzar más de unos pocos cientos de yardas.

Cuando me empezaba a entristecer por pensar que solamente estaba recorriendo el borde del enorme bosque, vi entonces por primera vez un palmito salvaje en medio de una zona de hierba, casi en solitario. Había algunas magnolias cerca, y también cipreses calvos, pero no le hacían sombra. Nos cuentan que las plantas son algo perecedero, criaturas sin alma, que solo el hombre es inmortal, esa clase de cosas. Pero yo creo que esto es algo sobre lo que apenas sabemos nada. De cualquier manera, este palmito era impresionante, más allá de lo que puede expresarse con palabras, y me contó cosas más grandiosas que todas las que jamás escuché decir a un sacerdote humano.

Tiene un tallo de color gris uniforme, redondeado como el palo de una escoba, y una corona de hojas acanaladas y barnizadas. Es una planta más sencilla que el más humilde de los olmos de Wisconsin, pero, ya sea meciéndose y crujiendo frente al viento, o posado pensativo y en calma bajo el sol, tiene una expresividad que ninguna otra planta que haya visto hasta ahora en mi camino, alta o baja, es capaz de superar.

Este ejemplar, el primero que yo veía, no era muy alto, solo unos veinticinco pies de alto, y con quince o veinte hojas que se arqueaban

de la misma manera exacta en todo el perímetro de la corona. Cada hoja tenía unos diez pies de largo, con el foliolo de cuatro pies y el peciolo de seis. Las hojas están acanaladas como una almeja a medio abrir y muy pulidas, de manera que reflejan la luz del sol como un cristal. Las hojas aún sin desarrollar que hay en lo alto se alzan verticales, plegadas, formando en conjunto una corona de forma ovalada sobre la que la luz del trópico se vierte y se refleja en sus espejos inclinados creando destellos, centelleos y estrellas con largos rayos.

Estoy ahora en los jardines cálidos del sur, donde se juntan la palmera y el pino, lugares con los que tanto soñé y que tan a menudo visité en mis sueños, y, a pesar de estar a solas esta noche entre una multitud de extraños, plantas extrañas, vientos extraños que soplan con fuerza y susurran y arrullan en un idioma que no conozco, al igual que hacen los pájaros, y con todo lo real y lo espiritual cargado de influjos que nunca antes había sentido, a pesar de todo ello, agradezco al Señor de todo corazón por su bondad al dejarme entrar en este reino maravilloso.

16 de octubre. —Ayer al final del día, en el bosque sin caminos ni trochas, y mientras la noche inmensa y misteriosa iba haciéndose aún más misteriosa al caer la oscuridad, perdí toda esperanza de encontrar cama y comida, y me limité a buscar un lugar seco en el que poder dormir a salvo de los negros fugitivos. Caminé rápidamente durante horas a través de los bosques húmedos y llanos, pero no encontré ni un solo pie cuadrado de tierra seca. Los búhos llamaban sin descanso con sus voces cavernosas. Se escuchaban toda clase de sonidos producidos por los insectos y las bestias, de uno en uno o juntos en una multitud. Todos tenían un hogar excepto yo. En comparación, Jacob en las llanuras desérticas de Padanaram, con una piedra como almohada[2], estaba feliz.

[2] La Piedra de Jacob se menciona en el Génesis como la piedra que sirvió de almohada al patriarca hebreo Jacob en el lugar llamado más tarde Bethel. (N. del T.)

Para cuando llegué a un espacio abierto donde crecían los pinos, eran alrededor de las diez de la noche, y pensé que por fin encontraría un suelo seco. Pero incluso el baldío arenoso estaba mojado, y tuve que ir a tientas en la oscuridad durante mucho tiempo y palpar la tierra con mis manos cuando mis pies dejaban de chapotear, antes de dar con un pequeño montículo lo suficientemente seco como para acostarme sobre él. Me comí un trozo de pan que, por suerte, llevaba en el morral, bebí algo del agua parduzca alrededor de mi preciado montículo, y me eché a dormir. De entre las presencias invisibles que me rodeaban, la más ruidosa era la de los búhos, que pronunciaban sus discursos melancólicos con gran énfasis, pero que no impidieron que el sueño llegara para curar mi cansancio.

Por la mañana, tenía frío y estaba empapado de rocío, y me puse en marcha sin desayunar. Tenía belleza y flores en abundancia, pero no pan. Es un asunto serio este del pan perecedero, y creo que, si pudiera vivir sin él, la civilización no volvería a saber nada de mí. Caminé a paso ligero, buscando al mismo tiempo una casa y grandes grupos de nuevas plantas.

Antes del mediodía, llegué a unos cobertizos donde un grupo de leñadores cortaban grandes pinos para hacer mástiles. Eran los hombres blancos más salvajes que había visto. Los antiguos guerrilleros de pelo largo que había visto en las montañas de Tennessee y Carolina del Norte son personas incivilizadas, pero estos leñadores de Florida los superaban con sus modales bárbaros. En cualquier caso, me dieron una porción de su cerdo rancio y su maíz hervido sin mostrar ni hospitalidad ni desagrado, y con gusto me escapé de vuelta al bosque.

Algunas horas más tarde, cené con tres hombres y tres perros. Estos últimos me habían atacado furiosamente, empeñados en desnudarme con sus dientes. Casi me tiraron al suelo de espaldas, pero escapé sin que me mordieran. Me ofrecieron pastel de hígado con boniatos y manteca,

y cuando terminé mi modesta ración, uno de los hombres se giró hacia su compañero y le dijo:

—Yo creo que este hombre ha dejado de comer porque no había nada más en su plato. Voy a traerle más patatas.

Llegué hasta un lugar al borde de una poza de agua estancada, donde un caimán había estado retozando y tomando el sol.

—Mire —dijo un hombre que vivía allí—, ¡mire qué marcas! Debe haber sido un bicho bien grande. Los caimanes se revuelcan en la tierra como marranos y les gusta tumbarse al sol. Ya me gustaría haberle podido pegar un tiro a este de aquí.

Y desde ahí continuó con un recital de combates sangrientos con este escamoso enemigo, en muchos de los cuales, por supuesto, él había tenido un papel importante. Se dice que a los caimanes les gustan especialmente los negros y los perros, y obviamente los negros y los perros les tienen miedo.

Otro hombre con el que me encontré hoy señaló a una charca poco profunda y con hierba frente a su puerta, y me dijo:

—Allí mantuve una vez una dura pelea con un caimán. Había atrapado a mi perro. Le oí aullar y, como era uno de mis mejores perros de caza, hice todo lo que pude por salvarle. El agua llegaba solo hasta la rodilla, y fui corriendo hasta el caimán. Era uno pequeño, de unos cuatro pies de largo, y le estaba costando ahogar al perro en un agua tan poco profunda. Le asusté e hice que lo soltara, pero antes de que el pobre perro tullido alcanzara la orilla, volvió a cogerlo, y cuando fui a por él con un cuchillo, me agarró el brazo. Si hubiera sido un poco más fuerte, quizás me hubiese comido a mí en lugar de al perro.

En todos mis viajes, no he visto más que uno, pero se dice que abundan en la mayoría de pantanos, y que alcanzan con frecuencia nueve o diez pies de longitud. Se cuenta también que son muy fieros, y que a menudo atacan a quienes van en barca. No se puede decir que estos habitantes de las aguas perezosas de la costa sean amigos del hombre,

pero oí hablar de un gran ejemplar que fue capturado cuando era joven, y al que consiguieron amaestrar parcialmente y hacer que trabajara atado a un arnés.

Mucha gente de bien cree que los caimanes fueron creados por Satán, lo cual explicaría su fealdad y su voracidad. Pero no hay duda de que estas criaturas están felices y ocupan el lugar que les ha asignado el Creador como a todos nosotros. Ellos también son sus hijos, y Él escucha sus llantos, se preocupa por ellos y les proporciona su pan cada día.

Las antipatías que existen en la gran familia animal del Señor han sido cuidadosamente planificadas, de la misma manera que la repulsión y la atracción que existen en el reino mineral, equilibradas entre sí. Qué criaturas más egoístas y engreídas somos a la hora de dar forma a nuestras simpatías, qué ciegos a los derechos de todo el resto de la creación. Y con qué irreverencia hablamos de otros mortales como nosotros. Aunque sintamos repulsa por los caimanes, las serpientes u otros animales, no son seres demoníacos y misteriosos. Viven felices en esta naturaleza florida, son parte de la familia de Dios, ni caídos ni degenerados, y reciben la misma clase de ternura y amor que los ángeles en el cielo o los santos en la tierra.

Creo que la mayoría de las enemistades que nos acucian y nos aterrorizan no son sino el resultado mórbido de la ignorancia y la debilidad. Ahora que he visto estos caimanes en su hábitat, tengo una mejor opinión de ellos. Representantes honorables de los grandes saurios de una antigua creación, ojalá disfrutéis durante mucho tiempo vuestros nenúfares y carrizos, y se os conceda de vez en cuando un bocado de hombre aterrorizado, a modo de manjar exquisito.

Encontré hoy un hermoso *Lycopodium*, y muchas hierbas en los lugares secos al sol que llaman «baldíos», «montículos», «sabanas», etc. Los helechos son también abundantes. Qué caudal desbordante de calor y luz el que se vierte cada día sobre estos claros y bosques

entrelazados. «El soleado sur» decimos, pero no hay en nuestra diversa nación una región más sombreada y escondida de la luz del sol. En el norte, un gran número de llanuras soleadas y praderas rompen la continuidad del bosque, y ese bosque en sí mismo es soleado, atravesado por rayos de sol o gracias a la luz que llega hasta el suelo y las plantas bajas tamizada después de atravesar las hojas traslúcidas. Pero en los bosques densos de Florida la luz es incapaz de entrar. Cae sobre el techo siempre verde y allí rebota formando largas flechas plateadas y polvaredas radiantes. En muchos lugares, no hay luz suficiente para alimentar ni una sola hoja verde en el suelo de estos oscuros bosques. Todo lo que uno alcanza a ver es un laberinto de troncos de árboles y lianas retorcidas y sin hojas. Todas las flores, todo el verdor, toda la gloria, eso se encuentra arriba, a la luz.

Los ríos de Florida son aún jóvenes, y en muchos lugares son imposibles de delimitar. Esperaba encontrarlos algo descoloridos debido a la materia vegetal que sabía que debían contener, y estaba seguro de que, en una región tan plana, no encontraría cascadas notables o grandes rápidos. En los ríos de la parte alta de Georgia, a veces resulta imposible acercarse a ellos a causa de la vegetación exuberante de sus riberas, pero estas son siempre altas y bien definidas. Los ríos de Florida no tienen aún esta clase de orillas ni tampoco cauces bien trazados. En las zonas profundas, su agua es negra como la tinta, perfectamente opaca, y brillante en la superficie como si tuviera una película de barniz. A menudo es difícil asegurar en qué dirección fluyen o se deslizan, por lo amplios que son y lo lento que circulan a través de los entramados de árboles y las marismas del bosque. Aquí las flores me son desconocidas, pero no más que los ríos o los lagos. La mayoría de los ríos parecen viajar a través de un territorio pensando en lo que vendrá después, pero los de Florida se sienten como en casa, no parece que estén viajando en absoluto, y se diría que no saben nada del mar.

17 de octubre. —Encontré una magnolia pequeña de hojas plateadas, un arbusto de unos diez pies de alto. Atravesé bastantes millas de baldíos llanos con algunos pinos esparcidos, tan generosamente iluminados como los espacios abiertos de Wisconsin. Los pinos son pequeños, forman una masa poco densa y son hermosos incluso en estas planicies arenosas que no hace mucho que emergieron del mar. No hay apenas ejemplares de ninguna otra especie asociados con los pinos. Hay, sin embargo, grupos densos de pequeños palmitos salvajes y una colección magnifica de hierbas altas, con panículos que ondean ampliamente con la brisa cálida, y que al hacerlo modulan la luz centelleante que irradia de sus tallos curvados.

No son los pinos ni las palmeras quienes más destacan en este jardín, sino las plantas herbáceas con la belleza de sus gestos al viento. Aquí los panículos son una sola masa de púrpura refinado; allí las flores son amarillas como naranjas maduras y los tallos están pulidos y brillan como el acero. Algunas de estas especies se agrupan como los árboles, mientras que a otras se las encuentra ondeando sin ningún compañero a la vista. Algunas tiene panículos que se ramifican y extienden, a la manera de los robles de Kentucky, mientras que otras tienen unos pocos grupúsculos de pequeñas espinas colgando de un tallo alto y sin hojas. Pero todas ellas tienen una belleza que no puede describirse con palabras. Disfruto al ver que Dios ha «vestido así la hierba del campo»[3]. De qué manera tan extraña estamos ciegos ante la belleza y el color, ante la forma y el movimiento, por querer comparar los tamaños. Por ejemplo, medimos las hierbas de acuerdo con nuestra propia estatura y con la altura y el volumen de los árboles. Pero ¿qué representa el tamaño del mayor de los hombres, o el del árbol más alto que jamas creció por encima de una hierba? Comparados con otras cosas de la creación

[3] «Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy está y mañana es echada en el horno, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?» *Mateo, 6:30*. (N del T.)

divina, la diferencia es insignificante. Todos nosotros no somos sino animálculos microscópicos.

18 de octubre. —Voy caminando por un suelo que está casi seco. Las llanuras, perfectamente planas, se interrumpen aquí y allá con ondulaciones arenosas de unos pocos pies de altura. Se dice que no hay ningún punto en toda Florida que se encuentre a más de trescientos pies sobre el nivel del mar; es una región en la que, a la hora de construir carreteras, no es necesario acondicionar las pendientes, pero sí levantar puentes y excavar túneles a través de los bosques.

Antes de alcanzar este espacio abierto, en un lugar cenagoso y solitario en el bosque, me encontré con un negro grande y fornido que se me quedó mirando con aire amenazante y codicioso. Yo estaba sediento en ese momento, y le pregunté si había casas o fuentes cerca donde poder beber algo. «Oh, sí», dijo, sin dejar de escrutarme con ojos salvajes. Después me preguntó de dónde venía, a dónde iba, y qué venía a hacer a una región tan salvaje en la que me exponía a que me robaran o incluso mataran.

—Ah, pero yo no tengo miedo a que me roben —dije—, porque no llevo conmigo nada que valga la pena robar.

—Ya, pero no se puede viajar sin dinero.

Me puse a andar, pero me bloqueó el paso. Me di cuenta entonces de que estaba temblando, y de pronto vi claro que estaba pensando en golpearme para robarme. Después de mirarme a los bolsillos como si quisiera saber si yo llevaba armas, me preguntó con voz temblorosa:

—¿Lleva armas de fuego?

Sus razones, que yo debería haber advertido antes, eran ahora claras. Aunque yo no llevaba pistola, metí instintivamente mi mano en el lugar donde habría llevado la cartuchera y, mirándole fijamente a los ojos, me acerqué a él y le dije:

—Que cada cual averigüe por sí mismo si voy o no armado.

Entonces él se acobardó, se quitó de en medio y me dejó pasar, con miedo a que le disparara. Claramente, me escapé por los pelos.

Algunas millas más adelante, llegué hasta un campo de algodón, unas parcelas de caña de azúcar valladas cuidadosamente, y unas casas de aspecto respetable con jardines. Estos pequeños campos cercados tienen el aspecto de ser para las plantas lo mismo que las jaulas son para los pájaros. Descubrí un cactus grande con aspecto de árbol en un jardín. Esta misma especie, pero de menor tamaño, era abundante en las dunas de arena. Llegué a Gainesville bien entrada la noche.

A unas tres o cuatro millas del pueblo, vi una luz en el pinar. Como tenía mucha sed, pensé en ir hacia ella con la esperanza de conseguir agua. Mientras me deslizaba por la hierba con cuidado y sin hacer ruido, a fin de descubrir si se trataba o no de un campamento de negros dedicados a robar, de pronto apareció ante mí la casa más primitiva y mejor iluminada que hubiera visto nunca en un pueblo o en mitad de una arboleda. Para empezar, tenía una hoguera grande y brillante que iluminaba los arbustos y árboles de los contornos, destacando las hojas con una luz más intensa que la del mediodía, al tiempo que hacía más negra y oscura la madera a su alrededor. En el centro de este globo de luz estaban sentados dos negros. Podía ver el marfil resplandecer por entre sus gruesos labios, y el reflejo de la luz en sus mejillas lisas como si fueran de cristal. De haberlos visto en cualquier otro lugar que no fuera el sur, uno habría dicho que esta pareja reluciente eran un par de diablos gemelos, pero aquí no eran más que un negro y su mujer tomando la cena.

Me aventuré hacia la presencia radiante de la pareja de negros y, después de que me hubieron observado con una mirada fija como la que se dice que puede emplearse para dominar a un león, me dieron agua de una cantimplora sacada de algún lugar en la oscuridad. Estaba de pie junto al fuego, contemplando la simplicidad insuperable del lugar y haciendo preguntas sobre el camino hacia Gainesville, cuando

me llamó la atención algo negro sobre las cenizas del fuego. Parecía estar hecho de goma, pero antes de que tuviera tiempo de especular más, la mujer se inclinó sobre el objeto negro y le dijo con una ternura maternal: «vamos, cariño, ven a comer tu maíz».

Al oír «maíz», el montón de goma manifestó una clara vitalidad y demostró ser un muchachito negro y robusto, saliendo del suelo desnudo como Dios lo trajo al mundo. Si hubiera emergido del cieno negro de un pantano, bien podría uno creer que el Señor acababa de crearlo directamente del barro, igual que hizo con Adán.

Al partir hacia Gainesville, pensé que, sin duda, estaba acercándome a los trópicos, donde sus habitantes no llevan puesta más que su propia piel. Esta moda es lo suficientemente simple —sin «disfraces problemáticos», como llamaba Milton a la ropa—, pero claramente no está en armonía con la naturaleza. Los pájaros construyen nidos, y casi todas las bestias hacen alguna clase de cama para sus crías, pero estos negros permiten a sus pequeños tumbarse sin nido alguno, desnudos sobre la tierra.

Gainesville es bastante atractivo; en comparación con otros pueblos es un oasis en el desierto. Vive de las plantaciones que hay en los alrededores, sobre suelos secos que se elevan como islas unos pocos pies por encima del nivel de las ciénagas. Conseguí cama y comida en una especie de taberna.

19 de octubre. —Casi todo el día sobre tierra seca. Encontré piedra caliza, sílex, coral, conchas, etc. Pasé junto a varias plantaciones de algodón con residencias lujosas que contrastaban con los chamizos miserables de mis primeros días en Florida. Encontré un ejemplar individual de una pequeña planta hermosa, que de pronto, de una manera misteriosa, me hizo pensar en un amigo de la infancia de Indiana. ¡De qué manera más maravillosa se guardan nuestros pensamientos e im-

presiones! Lo vemos en la mirada de una flor, que a veces es capaz de hacer callar a los mayores fanfarrones de la creación.

La magnolia es aquí mucho más abundante. Forma bosquetes y puebla de forma casi exclusiva los bordes de las charcas y las riberas de los ríos. La simplicidad digna y tranquila de este noble árbol, sus hojas dotadas de una maravillosa riqueza de colores y formas, sus ramas amplias y festoneadas con vides gráciles y *Tillandsia*, sus llamativas frutas carmesíes y sus magníficas flores blancas y fragantes hacen de *Magnolia grandiflora* el árbol más adorable de Florida.

Descubrí gran cantidad de hermosos *Polygonum, Petalostemon* y leguminosas trepadoras de color amarillo. Pasé por zonas soleadas pobladas de pinos de hoja larga y pinos de Cuba, acompañados siempre por hermosas hierbas y varas de oro. Dicen que los bosquetes de naranjos salvajes son bastante comunes aquí, pero yo solo he visto limas creciendo en el bosque de manera espontánea.

A mediodía llegue a una cabaña y, como estaba cansado y tenía hambre, pregunté si podía comer. Después de mucho deliberar, me dijeron que esperara, que la comida pronto estaría lista. Solo vi al hombre y a su mujer. Si tenían hijos, debían estar escondidos en el bosque, para ocultar su desnudez. Ambos sufrían fiebres palúdicas y estaban sucios, pero no parecían sentirse incómodos por ninguna de estas desgracias. La suciedad que cubría el rostro de estas personas, al contrario que la suciedad habitual del norte, no se pegaba a la piel, unida a ella como un emplasto o una mancha de pintura, sino que parecía separarse un poco, como un recubrimiento de barro etéreo y vaporoso. Era la suciedad más mórbida e incurable que había visto nunca, y era evidente que se trataba de algo desesperadamente crónico y hereditario. Es difícil imaginar que los hijos de unos padres así puedan estar algún día limpios. La suciedad y la enfermedad son algo desagradable por sí solas, pero cuando se combinan resultan un horror inconcebible. La pequeña casa de campo rodeada de un cerco fragante de tomillo y madreselva es algo

que aquí apenas se conoce. He visto la suciedad estratificada de manera regular en las ropas, con estratos que sin duda delimitan distintos periodos de vida. Algunos eran tal vez capas anuales, y proporcionaban, como sucede con las de los árboles, una manera de determinar la edad. El hombre y los otros animales civilizados son las únicas criaturas que se ensucian.

Dormí en el baldío, junto a un tronco. Pasé frío y desperté empapado de rocío. ¡Qué agradable sería tener un compañero en la oscura soledad de noches como esta! No me atreví a encender un fuego por miedo a que me descubrieran los bandidos negros, los cuales, según me habían advertido, matarían a un hombre por unos pocos dólares. Di un largo paseo después de que se hiciera de noche, con la esperanza de encontrar una casa. Me dio mucha sed y a menudo me vi obligado a beber en charcas de agua estancada, que buscaba a tientas entre la hierba, con miedo a que aparecieran caimanes.

20 de octubre. —Ciénaga densa durante todo el viaje de hoy. Casi como una lámina continua de agua cubierta de árboles acuáticos y trepadoras. Ninguno de los ríos que crucé hoy parecía tener ni idea de hacia dónde se dirigía. Vi un caimán zambullirse en el agua marrón y llena de carrizos desde un viejo tronco al borde del camino.

Llegué por la noche a la casa del capitán Simmons, uno de los escasos hombres inteligentes y bien formados que he conocido en Florida. Había sido oficial con el ejército confederado durante la guerra, y por supuesto tenía prejuicios contra el norte, pero aun así fue educado y amable conmigo. Nuestra charla, sentados junto a la luz del fuego, versó sobre el asunto más relevante de todos: la esclavitud y todo cuanto la rodea. Conseguí, no obstante, cambiar de vez en cuando a temas más amistosos: los pájaros de los alrededores, los animales, el clima, y cómo son por aquí la primavera, el verano y el invierno.

Acerca del clima, no conseguí mucha información, ya que él había vivido siempre en el sur y, obviamente, no veía nada extraordinario en el clima al que había estaba acostumbrado toda su vida. Pero, al hablar de animales, se emocionó de repente y me contó muchas historias sobre cómo, en los bosques alrededor de su casa, había escapado por los pelos de osos, caimanes hambrientos, ciervos heridos y otros animales.

—Y ahora —dijo, mostrándose amable y olvidando que yo venía del odiado norte—, debe usted quedarse a pasar unos días conmigo. Los ciervos son abundantes. Le prestaré un rifle e iremos de caza. Yo salgo a cazar siempre que quiero venado, y me es tan fácil conseguirlo en los bosques cercanos como para un pastor lo es coger un cordero de su rebaño. Y quizás veamos algún oso, porque aquí no son precisamente escasos, y también hay algunos grandes lobos grises.

Le comuniqué mí deseo de ver algún gran caimán.

—Oh, está bien —dijo—, puedo llevarle a un lugar en el que verá muchos de esos, pero tampoco son algo que valga la pena. Una vez me quedé mirando a un caimán que estaba tumbado bajo un agua inmóvil y transparente, y creo que sus ojos son los más impresionantemente fríos y crueles de todos los animales que he visto. Muchos caimanes salen al mar por entre los cayos. Esos caimanes marinos son los más grandes y feroces, y a veces atacan a la gente, tratando de golpearles con sus colas cuando están pescando en barca.

»Otra cosa que quiero que vea —continuó—, es una arboleda de palmito salvaje que crece en una colina fértil a unas pocas millas de aquí. El bosquete tiene unas siete millas de largo y tres de ancho. El suelo está cubierto de hierba alta y continua, sin arbustos u otros árboles. Es la arboleda de palmito más fabulosa que jamás he visto, y a menudo pienso que sería un buen tema de trabajo para un artista.

Decidí quedarme, más por ver esa maravillosa colina de palmitos que por ir a cazar. Además de eso, yo estaba fatigado, y la idea de descansar

un poco me pareció tentadora después de tantas noches sin descanso y haciendo duras caminatas durante el día.

21 de octubre. —Después de sobrevivir a las sanguinarias historias de caza de mi locuaz anfitrión y desayunar venado fresco y pescado marino, me puse en marcha hacia la gran arboleda de palmito. Había visto estos deslumbrantes hijos del sol en cada jornada de mi viaje por Florida, pero aparecían normalmente aislados o en grupos de tres o cuatro ejemplares. Hoy, sin embargo, iba a verlos durante millas. El capitán me acompañó a través de su campo de maíz y me mostró la senda que me llevaría hasta la colina de palmitos. Me indicó la dirección general a seguir, que yo marqué en mi brújula.

—Al final del último maizal, llegarás a una jungla de ortiga de caballo[4], pero podrás pasar a través de ella si no pierdes la pista. Verás que no está para nada bien marcada, porque atraviesa una marisma amplia y hace muchos giros abruptos para evitar las aguas profundas, los árboles caídos o los matorrales impenetrables. Tendrás que vadear bastante, y al pasar por los lugares que estén cubiertos de agua tendrás que buscar por dónde sale la pista en el lado contrario.

Me abrí camino a través de las ortigas de caballo —que en fuerza y ferocidad igualaban a las de Tennessee—, seguí la pista por todos sus requiebros difusos, vadeé las muchas charcas que me cortaban el paso, y cuando, de repente, emergí de la frondosa oscuridad del bosque de la marisma, me encontré finalmente libre y fuera de la sombra, al borde del jardín de palmito inundado por la luz del sol. Se trataba de una superficie plana con hierba y carrizo, lisa como una pradera, constelada de flores y delimitada por un muro de arboles cubiertos de plantas trepadoras, como si se tratara de una zona de corta.

Los palmitos habían tomado posesión del lugar y parecían disfrutar de su hogar soleado. No había competencia alguna ni esfuerzo aparente

[4] *Smilax rotundifolia. (N. del T.)*

por crecer más que los demás. Había abundante luz del sol para cada una de sus coronas, y también para derramarse por entre ellas. Paseé dichoso en su compañía. ¡Qué paisaje! ¡Nada más que palmeras hasta donde alcanzaba la vista! Pilares lisos que surgían de la hierba, cada uno de ellos rematado por una esfera de hojas y brillando bajo el sol con más intensidad que una estrella. El silencio y la calma eran más profundos que todos los que había encontrado antes en los pinares oscuros y solemnes de Canadá, y esa satisfacción que caracteriza a las mejores plantas de Dios se sentía de una manera igual de impresionante aquí, en esta tierra salvaje de caimanes, que en el hogar de las criaturas felices y vitales del norte.

El admirable Linneo llama a las palmeras las «princesas del reino vegetal». Sé que hay grandeza y nobleza en su carácter, y que hay palmeras mucho más nobles que estas. Pero creo que su rango es inferior al de los robles y al de los pinos. Los movimientos de las palmeras, sus gestos, no son muy elegantes. Lucen mejor cuando están completamente inmóviles bajo la calma y la intensidad luminosa del mediodía. He visto hierbas ondear con mucha más dignidad. Y cuando nuestros pinos del norte ondean con los vendavales del invierno y se inclinan en señal de reverencia, ¿dónde está el príncipe de las palmeras que se atreverá a pedirles que le rindan homenaje?

Los miembros de esta congregación tenían tallos de todos los tamaños, pero sus coronas de hojas eran todas similares. La yema terminal es la única relevante para su desarrollo. En esta especie, el brote emerge del suelo con toda su potencia, con un grupo de hojas arqueadas en todas direcciones que forman una esfera de unos diez o doce pies de diámetro. Las hojas inferiores del exterior van progresivamente amarilleando y marchitándose, y acaban rompiéndose por el peciolo a unas pocas pulgadas del tallo, en un corte transversal y recto. Las hojas nuevas se desarrollan a una velocidad increíble. Al principio están erguidas, pero

poco a poco se arquean hacia el exterior a medida que expanden sus foliolos y alargan sus peciolos.

Del centro del gran brote salen constantemente nuevas hojas, mientras que las viejas van rompiéndose en el exterior. Las coronas, llenas de esplendor, se mantienen así del mismo tamaño, o tal vez algo más grandes que cuando la planta era joven y aún vivía a ras de suelo. Según se va desarrollando el eje central, la corona va elevándose gradualmente sobre un tallo de unas seis a doce pulgadas de diámetro. Este tallo tiene la misma anchura en su base que en su parte alta, y en su juventud es áspero a causa de los peciolos rotos. Estos restos de peciolo, no obstante, caen y desaparecen con el tiempo, y el tronco queda liso como si lo hubieran torneado.

Después de algunas horas en este hermoso bosque, empecé mi viaje de vuelta antes de que se hiciera de noche, pensando en las dificultades que suponían la marisma y la zona de ortigas. Al dejar atrás los palmitos y entrar en el bosque medio sumergido y lleno de lianas, busqué durante un buen rato el camino con gran atención, pero fue en vano; había divagado sin ninguna precaución mientras iba buscando plantas. No obstante, recordando la dirección que había seguido esta mañana, cogí la brújula y me empecé a adentrarme en la marisma en línea recta.

Por supuesto, no era algo sencillo abrirse camino a través de la maraña de arbustos y arboles tanto en pie como caídos o a punto de caer, por no mencionar las trepadoras anudadas, tan destacables por su eficiente ejército de garras prensiles y punzantes como por su longitud y por el número de sus flores. Aun así, estos no eran mis principales obstáculos, ni tampoco las charcas ni las lagunas llenas de hojas muertas y caimanes. Eran las ortigas lo que más temía. Sabía que tenía que encontrar la brecha angosta de un camino antes del anochecer, o me vería obligado a pasar la noche entre mosquitos y caimanes, sin comida ni fuego. No era una gran distancia, pero alguien que viaja por un bosque abierto no puede hacerse a la idea de las complicaciones extrañas y perversas que

uno encuentra al desplazarse sin camino a través de este caos vegetal lleno de agua y espinas, en especial en mitad de la noche cerrada. Peleé con fuerza y mantuve mi rumbo, abandonándolo únicamente cuando me apartaba para recoger una muestra de alguna planta extraordinaria, o cuando tenía que rodear una pila de árboles o una laguna profunda.

A la hora de vadear, nunca traté de mantener mi ropa seca, ya que el agua era demasiado profunda y habría perdido demasiado tiempo en ello. Si el agua por la que tenía que pasar hubiera sido transparente, no habría sido un obstáculo tan difícil. Pero siendo como era, yo esperaba en todo momento apoyar mi pie sobre un caimán, y por ello procedía con cautela. La opacidad del agua también me causaba dificultades debido a mi incapacidad para saber su profundidad. En muchos lugares me vi obligado a dar media vuelta después de haber vadeado cuarenta o cincuenta yardas, y a intentarlo de nuevo una serie de veces hasta conseguir atravesar una sola laguna.

Al final, después de millas y millas de vadear y tropezar, llegué hasta el territorio de las ortigas, donde un sólido escuadrón custodiaba el bosque al completo, bloqueándome el paso y extendiéndose durante millas hacia ambos lados del camino. Por desgracia, no había rastro de la pista por la que había cruzado esta mañana, y la noche estaba al caer. Deambulé inútilmente en busca de un paso. No había ni siquiera una franja de tierra seca en la que descansar. Las ortigas curvadas, las plantas trepadoras y los arbustos no dejaban en toda la marisma ni un lugar entre ellas en el que situarse. Empecé a considerar la idea de construir una especie de andamio en un árbol para descansar sobre él hasta que pasara la noche, pero decidí hacer un último intento desesperado de encontrar la estrecha pista.

Después de intentar recordar mi ruta con calma y concentración, exploré el frente de ortigas hacia la parte izquierda, y tras de recorrer a duras penas alrededor de una milla, sudando y sangrando, encontré la bendita pista y me escapé hacia la luz y la tierra seca. Llegué a casa del

capitán al anochecer. Cené leche, tortitas de maíz y venado. El capitán me felicitó por mi buena suerte y mi pericia, y poco después de la cena estaba ya durmiendo profundamente, como hacen quienes están cansados y se sienten a salvo.

22 DE OCTUBRE. —Esta mañana, el capitán y un antiguo juez que está aquí pasando unos días en el campo me convencieron sin demasiado esfuerzo para salir con ellos a cazar ciervos. Di un paseo delicioso entre las hierbas altas y los baldíos floridos. Levanté un ciervo pero no disparé ni una sola vez. El capitán, el juez y yo nos instalamos en distintos puestos por los que los ciervos suelen pasar, y un hermano del capitán se metió en el bosque para hacerlos salir de sus escondites. El ciervo que espanté, un viejo macho, se fue en una dirección distinta a todas las que ese animal en particular había tomado en el pasado, y por ello lo maldijeron cordialmente como «el ciervo más estúpido que jamas se haya escapado sin recibir un disparo». En mi opinión, lo que es «más estúpido» es asesinar al ganado de Dios por mero deporte. «Están hechos para nosotros», dicen estos predicadores autocomplacientes, «para nuestro alimento, nuestra diversión, y para otros usos que aún no se han descubierto». Un afirmación semejante podríamos hacer en el caso de un oso que se ocupara con éxito de un cazador desafortunado: «Los hombre y otros bípedos se hicieron para los osos, y damos gracias a Dios por tener zarpas y dientes tan grandes».

Si un cazador cristiano va a los bosques del Señor y mata a sus bestias bien cuidadas, o a un indio salvaje, eso está bien; pero si alguna de estas víctimas predestinadas va a las casas o los campos y mata a la persona menos valiosa de entre estos cazadores que se creen dioses, oh, entonces eso es un horrible sacrilegio, y en el caso de los indios es un asesinato atroz. Pues, a decir verdad, yo les tengo cariño a estos seres que el hombre civilizado considera como sus posesiones, y si hubiera una

guerra entre las bestias salvajes y sus amos los hombres, estaría tentado de ponerme de parte de los osos.

Cedar Keys

Hoy llegué al mar. Cuando aún estaba muchas millas tierra adentro, en los bosques de palmeras, me llegó el olor salino de la brisa marina, y a pesar de haber vivido muchos años lejos de estas brisas, invocó de inmediato el recuerdo de Dunbar, su costa abrupta, sus vientos y sus olas. Mi juventud al completo, que parecía haberse desvanecido en el Nuevo Mundo, volvió a la vida en los bosques de Florida gracias a ese simple aliento del mar. Me olvidé de las palmeras, de las magnolias y de las miles de flores que me rodeaban. Lo único que veía eran algas rojas, gaviotas de alas largas, la Roca Bass en el estuario de Forth, el viejo castillo, las escuelas y las iglesias, y los largos paseos por el campo en busca de nidos de pájaros. No tengo la menor duda de que los camellos agotados que vienen de los abrasadores desiertos de África son capaces de oler el aroma del Nilo.

¡Qué imperecederas son todas las impresiones que hacen vibrar nuestra vida! No podemos olvidar nada. Los recuerdos quizás escapen al control de nuestra voluntad, o se mantengan en letargo durante mucho tiempo, pero cuando el influjo correcto los agita, aunque sea ligero como una sombra, estallan y recuperan toda su estatura y su vida, y cada cosa sigue estando en su sitio. Durante diecinueve años, mi vida ha estado delimitada por los bosques, pero hoy, al salir de una multitud de

plantas tropicales, presentí el golfo de México que se extendía sin más límite que el cielo. ¡Y qué cantidad de sueños y preguntas me surgieron, allí de pie sobre la franja de arena, mientras contemplaba la llanura pulida y sin árboles!

Sin embargo, en ese momento estaba al borde del mar y tenía problemas. Había llegado a un punto que no podía vadear, y el puerto de Cedar Keys estaba vacío. No sabía si seguir hasta Tampa y Key West, desde donde estaba seguro de encontrar un barco para ir a Cuba, o esperar aquí, como un Robinsón cualquiera, y rezar para que llegara un barco. Con estas ideas en la cabeza, me metí en una pequeña tienda en la que había un buen surtido de quinina y pieles de caimán y serpiente de cascabel, y pregunté acerca de los barcos y las formas de transporte.

El dependiente me informó de que uno de los varios aserraderos que había cerca del pueblo estaba en funcionamiento, y que estaba previsto que una goleta que llevaba madera hacia Galveston, Texas, llegara al aserradero para a recoger un cargamento. El aserradero estaba en una lengua de tierra a unas pocas millas de Cedar Keys siguiendo la costa, y decidí que iría a ver al señor Hodgson, el propietario, para conocer los detalles de la goleta, el tiempo que emplearía en cargar la madera, y si sería posible subir a bordo y viajar en ella.

Encontré al señor Hodgson en su aserradero. Le comenté mi caso y él me proporcionó amablemente la información. Decidí esperar las dos semanas que era probable que pasaran hasta que zarpara, e ir hasta las llanuras floridas de Texas, desde cuyos puertos, suponía, podría encontrar fácilmente un pasaje hacia las Indias Occidentales. Como tenía poco dinero, acepté trabajar para el señor Hogdson en el aserradero hasta que zarpásemos. Me invitó a su casa, amplia y situada en lo alto de una pequeña elevación hechas de conchas, desde donde se divisaba una vista hermosa del golfo y de sus muchas joyas en forma de islotes de palmeras, llamadas «cayos», que bordean la orilla como enormes ramilletes, aunque no demasiado grandes para estas aguas tan amplias.

La familia del señor Hodgson me recibió con esa cordialidad abierta y sin limites que caracteriza a las clases pudientes del sur.

En el molino, habían puesto una nueva tapa en la polea principal, hecha de madera basta, y había que pararla y lijarla. Me preguntó si podía hacer el trabajo y le dije que sí. Monté un caballete y me hice una herramienta con una vieja lima, y le indiqué al ingeniero que pusiera en marcha la máquina y la hiciera funcionar al ralentí. Tras girar la polea y enderezarla, afilé la garlopa y terminé el trabajo rápidamente. Después de esto, me asignaron una cama en una de las casas para empleados.

Al día siguiente, sentí una apatía extraña y un dolor de cabeza mientras recogía plantas junto a la costa. Pensé que un baño en el agua salada me refrescaría, así que me metí y nadé un poco, pero esto me hizo sentirme aún peor. Tenía muchas ganas de algo ácido, y volví andando al pueblo para comprar limones.

Y así fue, en este lugar, como se interrumpió mi larga caminata. Pensaba que unos pocos días de navegación me llevarían a los famosos campos de flores de Texas, pero el barco que esperaba vino y se fue mientras yo estaba postrado en cama con fiebre. Desde el día después de mi llegada, empecé a sentirme torpe y presa de una pesadez inexorable a la cual me resistí, y que intenté alejar de mí durante tres días bañándome en el golfo, arrastrándome a duras penas entre las plantas, las palmeras y las extrañas conchas de la orilla, y trabajando un poco en el aserradero. No tenía miedo de haber cogido alguna enfermedad grave, ya que nunca antes había estado enfermo, y trataba de no prestar atención a lo que sentía.

Pero la fiebre subía y me presionaba sin piedad cada vez con más fuerza, y me fue venciendo rápidamente. El tercer día después de mi llegada, no podía tomar alimento alguno, pero me moría por algo ácido. Cedar Keys estaba solo a una milla o dos, y conseguí ir hasta allí caminando para comprar limones. De regreso, más o menos a mitad de la tarde, la fiebre me atrapó como una tormenta, y cuando no había hecho ni la

mitad del recorrido con mi paso tambaleante, perdí el conocimiento y me desplomé en el camino entre los palmitos enanos.

Cuando me desperté del sueño febril, las estrellas brillaban y no era capaz de saber en qué dirección debía tomar el camino. Por fortuna, como después se demostró, intuí bien la dirección correcta. A partir de ahí, y viendo que me caía una y otra vez tras caminar apenas un centenar de yardas, intentaba quedarme tendido con la cabeza apuntando en la dirección en la que creía que estaba el aserradero. No sé cuántas veces me puse en pie, me tambaleé y me caí, desconcertado y delirando, entre palpitaciones y jadeos. Así pasaron horas hasta que, después de la medianoche, llegué a los dormitorios del molino.

El vigilante que hacía la ronda me encontró tendido sobre un montón de serrín al pie de las escaleras. Le pedí que me ayudará a subir hasta mi cama, pero pensó que yo estaba borracho y se negó a ayudarme. Los trabajadores del aserradero, especialmente los sábados por la noche, volvían a menudo ebrios del pueblo. Esto explica la negativa del vigilante. Yo sentía que tenía que meterme en cama, así que me puse a gatear para alcanzarla, logré introducirme en ella torpemente, y a partir de ahí no recuerdo nada.

Me desperté sin saber qué día y hora era, y lo primero que oí fue al señor Hodgson preguntarle a una persona que velaba por mí junto a la cama si yo había dicho algo ya. Cuando le respondió que no, el señor Hodgson dijo:

—Bueno, sigue poniéndole quinina. Es todo lo que podemos hacer.

Nunca supe cuánto tiempo estuve tumbado inconsciente, pero debieron ser varios días. En un momento dado, me trasladaron a caballo desde el aserradero hasta la casa del señor Hodgson, donde me cuidaron con un cariño incesante, y no hay duda de que le debo la vida a los cuidados y el buen hacer del señor y la señora Hodgson. A base de quinina y calomelano en grandes cantidades, junto con otros medicamentos más suaves, mi fiebre palúdica pasó a ser una fiebre tifoidea. Tenía su-

dores nocturnos, y mis piernas, a causa de la retención de líquidos, se habían convertido en soportes con la misma consistencia y rigidez que si estuvieran hechos de arcilla. Esto duró hasta enero; fue un periodo agotador.

Tan pronto como fui capaz de salir de la cama, me arrastré hasta el borde del bosque y me senté allí día tras día bajo un roble de Virginia cubierto de musgo, a observar los pájaros que se alimentaban en la orilla cuando la marea estaba baja. Más adelante, a medida que iba ganando fuerza, salía a navegar de un cayo a otro en un pequeño esquife. Casi todos los árboles y arbustos aquí son de hoja perenne, y algunas de las plantas más pequeñas están en flor durante todo el invierno. Los principales árboles de Cedar Key son el enebro, el pino de hoja larga y el roble de Virginia. Todos los ejemplares de este último, ya sea muertos o vivos, están densamente cubiertos de *Tillandsia*, como los que había en Bonaventure. Las hojas son ovaladas, de unas dos pulgadas de largo y tres cuartos de pulgada de ancho, satinadas y de color verde oscuro en el haz y claro en el envés. El tronco presenta con frecuencia numerosas bifurcaciones, y su madera es extremadamente dura. El ejemplar de la siguiente página [1] crece en el jardín de la casa del señor Hodgson. Es un viejo rey de gran tamaño, cuya corona ya brillaba bajo el cielo mucho antes de que los navieros españoles hubieran talado un solo árbol de esta noble especie.

Los robles de Virginia de estos cayos comparten su reino con los pinos de hoja larga y los palmitos, pero en muchas partes del interior se encuentran amplias zonas ocupadas en exclusiva por ellos. Al igual que los robles de Bonaventure, tienen la parte superior de sus ramas principales cubierta de multitud de helechos, hierbas, pequeños palmitos y otras plantas. También aparece aquí el roble enano, que forma manchas densas. Los robles de este cayo, al contrario que los de las

[1] De la libreta original

praderas de Kentucky, no crecen en pendientes herbáceas, sino que se alzan, hundidos hasta la cruz, entre magnolias en flor, brezos, etc.

Durante el tiempo que duró mi larga convalecencia, solía tumbarme en el suelo boca arriba bajo los brazos amplios de estos grandes árboles, y escuchaba el viento y los pájaros. Hay una gran extensión en la costa, no lejos de aquí, que queda a la vista cuando la marea baja cada día. Allí se alimentan miles de limícolas de todos los tamaños, plumajes y voces, y en conjunto forman una estampa animada y bulliciosa cuando se reúnen a la gran mesa familiar a tomar su pan de cada día, dispuesto de manera tan generosa para ellos.

Cuando la marea está alta, se divierten de maneras diversas y en varios lugares. Algunos van en bandadas numerosas a los márgenes de las islas, llenos de cañas, y allí chapotean en el agua o se quedan quietos discutiendo o jugando, y de vez en cuando encuentran algo que llevarse a la boca. Otros se posan en los manglares de la orilla solitaria, y se zambullen en el agua de cuando en cuando para ir en busca de un pez. Algunos hacen largos viajes tierra adentro, siguiendo los arroyos y las bahías. Algunas garzas viejas y solitarias, de aspecto solemne, se retiran a sus robles favoritos. Fue fantástico ver a estos sabios blancos, con su plumaje inmaculado, erguidos viendo pasar las horas entre marea y marea, tras la cortina de los largos ramillos de *Tillandsia*. Un ermitaño de barbas blancas observando con aire soñador desde las profundidades oscuras de una cueva no tendría un aspecto más solemne o daría la sensación de estar más aislado del resto de sus semejantes.

Una de las plantas más características de estos cayos es la «bayoneta española», una clase de yuca de unos ocho o diez pies de altura y con un tronco de tres o cuatro pulgadas de diámetro cuando alcanza su pleno desarrollo. Pertenece a la familia de los lirios y desarrolla yemas terminales similares a las de las palmeras. Las hojas son rígidas y robustas, afiladas y con aspecto de bayonetas. Una de estas hojas podría acuchillar y herir a alguien tan gravemente como lo haría una verdadera bayoneta,

y pobre del caminante que se atreva a abrirse paso de noche a través de estos jardines armados. Felinos vegetales de varias especies le robarán sus ropas y se le clavaran en la piel, mientras los palmitos le sierran los huesos y las bayonetas penetran en sus articulaciones y tuétanos sin mostrar el más mínimo respeto por su Señor el Hombre.

El clima de estas pequeñas islas tiene simplemente un verano cálido y uno más cálido, que se corresponden con el invierno y el verano del norte. La meteorología transita entre estos dos veranos gemelos de manera suave y sin sobresaltos. Son raras las tormentas muy ruidosas o variables. En diciembre, la temperatura media durante el día era de unos sesenta y cinco grados a la sombra[2], pero un día cayó un poco de aguanieve. Cedar Key tiene dos millas y media o tres de diámetro, y en su punto más alto alcanza cuarenta y cuatro pies de altura sobre el nivel medio de la marea. Está rodeado de otros cayos, muchos de ellos con aspecto de ser un conjunto de palmeras dispuestas como en un ramillete y metidas en el mar para que se mantengan frescas. Otros están salpicados de robles y enebros unidos hermosamente mediante plantas trepadoras. Y algunos otros están hechos de conchas, con unas pocas hierbas y mangle, y rodeados de un anillo de carrizo. Los que tienen bordes de juncos proporcionan un lugar de descanso muy apreciado por un sinnúmero de criaturas que andan por el agua y se sumergen en ella, y en especial por los pelícanos que con frecuencia emblanquecen la orilla como un anillo de espuma.

Es algo delicioso observar cómo se congregan estas criaturas emplumadas que llegan desde los bosques y las islas de cañas; garzas blancas como la cresta de las olas, o azules como el firmamento, batiendo el aire cálido con sus alas amplias y silenciosas; pelícanos que vienen a llenar sus cestas, y la multitud de pequeños marineros del aire, ágiles como golondrinas, tomando su lugar con elegancia en la mesa familiar de la naturaleza para su ración diaria de pan. ¡Afortunados pájaros!

[2]Grados Farenheit. En grados Celsius, unos dieciocho. (N. del T.)

El ruiseñor tiene unas formas elegantes y es un buen cantor, vestido con sobriedad y de costumbres bastante familiares. Al igual que el mirlo, viene con frecuencia a la puerta de los graneros a por unas migas. Es una criatura noble, querida por todo el mundo. Los gansos salvajes son abundantes en invierno y se asocian a las barnaclas, algunas de cuyas especies no las he visto en el norte. También hay grandes bandadas de zorzales petirrojos, tórtolas, azulejos, y de los encantadores cuitlacoches rojizos. Un buen número de pájaros más pequeños son grandes cantores. También hay cuervos, y algunos de ellos graznan con acento extranjero. He visto el colín de Virginia muy al sur, hasta la mitad de Georgia.

Lime Key, del cual puede verse un boceto en la página siguiente[3], es un buen ejemplo de los cayos de Florida que se encuentran en esta parte de la costa. El fragmento de un cactus del genero *Opuntia* que se muestra en otra página[4] proviene precisamente de este cayo, donde es abundante. El fruto, de una pulgada de largo, se recolecta y con él se hace una salsa a la que algunas personas son aficionadas. Esta especie forma masas impenetrables y espinosas. Un cladodio[5] que medí tenía quince pulgadas de largo.

El interior de Florida es menos salubre que las islas, pero no hay en esta costa ni en el borde llano que va de Maryland a Texas un lugar que esté libre de malaria. Todos los habitantes de esta región, ya sean blancos o negros, son susceptibles de quedar postrados a causa de esta fiebre omnipresente, por no mencionar las plagas de cólera y fiebre amarilla que vienen y van como tormentas, incapacitando a la población y abriendo en ella espacios vacíos igual que hacen los huracanes en los bosques.

[3]De la libreta original

[4]De la libreta original

[5]Rama aplastada con función de hoja. (N. del T.)

Nos dicen que el mundo se ha hecho para el hombre, pero esta es una afirmación que no siempre confirman los hechos. Hay una clase numerosa de hombres que, cuando ven algo en el reino de Dios, ya sea vivo o muerto, que no pueden comer o a lo que no pueden encontrarle alguna utilidad para ellos mismos, se quedan en un estado de estupefacción dolorosa. Tienen una opinión precisa y dogmática acerca de las intenciones del Creador, y es casi imposible ser irreverente al hablar de su Dios como de un ídolo pagano. Lo consideran como un caballero civilizado que respeta la ley, y a quien le gusta un gobierno de tipo republicano o una monarquía con ciertos límites; que cree en la lengua y la literatura de Inglaterra; que apoya fervientemente la constitución inglesa, la escuela dominical y las sociedades misioneras; vaya, que es simple y llanamente un artículo prefabricado, como cualquier marioneta de un teatro de medio penique.

Teniendo un concepto así del Creador, no es en absoluto sorprendente que se tenga también una visión errada de la creación. Para estas gentes tan correctas, las ovejas, por ejemplo, son un asunto sencillo: nos dan ropa y comida, y comen hierba y margaritas blancas por designio divino, con el único fin de servir a este propósito para el que están predestinadas, y siendo conscientes de la necesidad de lana que ocasionó aquella manzana que se comió en el Jardín del Edén.

Con el mismo razonamiento complaciente, las ballenas son almacenes de aceite creadas para nuestro beneficio, para ayudar a las estrellas a iluminar nuestros oscuros caminos hasta que se descubrieron los pozos de petroleo de Pennsylvania. En lo que respecta a las plantas, es evidente que el destino del cáñamo, por no hablar de los cereales, es servir para hacer aparejos de pesca, embalar paquetes o colgar a los condenados. El algodón es un caso claro de planta destinada a servir como vestido. El hierro se hizo para los martillos y los arados, y el plomo para las balas, todos ellos creados pensando en nosotros. Y así con un puñado de cosas insignificantes.

Ahora bien, ¿qué dirían estos exegetas que explican las intenciones divinas si les preguntáramos por los animales —leones, tigres, cocodrilos— que devoran crudos a los humanos? ¿Y qué dirían de esos millares de insectos dañinos que destrozan su trabajo y se beben su sangre? No hay duda de que es el hombre el que fue creado para servirles de alimento y bebida, ¿no? ¡En absoluto! Esos son misterios indescifrables relacionados con la manzana del Edén y con el diablo. ¿Por qué el agua ahoga a su señor? ¿Por qué hay tantos minerales que lo envenenan? ¿Por qué tantas plantas y peces son para él enemigos mortales? ¿Por qué el dios de la creación está sometido a las mismas leyes de la vida que sus propias criaturas? Ah, todo estos son asuntos satánicos o conectados de alguna manera con ese primer jardín.

Lo que nunca se les ocurre pensar a estos sabios clarividentes es que el objetivo de la naturaleza al crear animales y plantas puede ser quizás, y ante todo, la felicidad de cada uno de ellos, y no la creación de todos ellos para la felicidad de uno solo. ¿Por qué el hombre ha de darse más valor a sí mismo que el de ser una pequeña parte de una gran unidad de la creación? ¿Qué criatura de todas estas, en las que el Señor ha puesto tanto esfuerzo para crearlas, no es esencial para la completitud de esa unidad que es el cosmos? El universo estaría incompleto sin el hombre, pero también lo estaría sin la más diminuta de las criaturas microscópicas que habita más allá de cuanto podemos ver y conocer.

A partir del polvo de la tierra, de las reservas elementales y vulgares, el Creador hizo al *Homo sapiens*. Del mismo material del cual hizo a todas las otras criaturas, sin importar lo nocivas o insignificantes que sean para nosotros. Son compañeros nacidos de la tierra y mortales como nosotros mismos. Y si uno extiende sus simpatías más allá de la fina piel de nuestra especie, los timoratos, los ortodoxos dentro de esta laboriosa almazuela que es nuestra civilización moderna gritan «¡Herejía!». No se contentan con poseer toda la Tierra, sino que también reclaman el

reino de los cielos, por ser ellos los únicos que poseen la clase de alma para que la que se creó este imperio imponderable.

Este planeta, nuestra Tierra, había completado ya con éxito muchos viajes alrededor de los cielos antes de que el hombre fuera creado, y otros reinos de criaturas disfrutaron su existencia y regresaron al polvo antes de que el hombre viniera a reclamarlas. Y una vez que los seres humanos hayan jugado su papel en el plan de la Creación, también ellos desaparecerán sin que haya una conflagración general o una conmoción extraordinaria de ninguna clase.

A las plantas se les adjudica una capacidad débil e incierta de sentir, y a los minerales ninguna en absoluto. Pero ¿por qué la materia organizada en forma de mineral no podría estar dotada de una capacidad de sentimiento con la que nosotros, en nuestra perfección ciega y excluyente, no tenemos forma de comunicarnos?

De todas formas, me he salido del tema. Hace algunas páginas decía que el hombre proclamaba que la Tierra estaba hecha para él, e iba a decir que las bestias venenosas, las plantas espinosas y las enfermedades mortales en ciertas partes del mundo demuestran que no es así. Cuando se lleva un animal del trópico hasta latitudes superiores, es probable que muera de frío, y diremos entonces que un animal de esa clase no está hecho para un clima tan severo. Pero cuando es el hombre el que va a las zonas malsanas de los trópicos y muere, no es capaz de asumir que él tampoco está hecho para un clima así de mortífero. No, en lugar de ello acusará a nuestra primera madre de ser la causa de este problema, incluso cuando ella bien pudiera no haber visto nunca una región de fiebres, o lo considerará un castigo providencial para alguna clase de pecado que él mismo se inventa.

Más aún, todos los animales incivilizados y no comestibles, y todas las plantas con espinas son demonios deplorables que, según las indagaciones del clero, requieren la medicina purificadora de la combustión universal y planetaria. Pero es la humanidad, más que nadie, quien, por

ser en gran medida malvada, debería pasar por el fuego. Si este crisol sobrenatural sirve para derretirnos y purificarnos, y nos deja en armonía con el resto de la creación terrestre, entonces vale la pena rezar para que un día llegue tal calcinación del imprevisible genero *Homo*. Yo, feliz de escaparme de estos fuegos y desatinos eclesiásticos, regreso con placer a la verdad y la belleza inmortales de la Naturaleza.

Una estancia en Cuba

Un día de enero, me subí al tejado para tener una buena vista de otro de los atardeceres hermosos que se ven en esta tierra de flores. El paisaje era una franja de agua clara del golfo, una franja de costa, un acompañamiento calmo hecho de cayos de corales y conchas, y un cielo de colores gloriosos sin ni una sola nube amenazante. El viento era silencioso, y la tranquilidad de los cielos era tan profunda como la de los islotes de palmeras y las aguas entorno a ellos. Mientras deambulaba con la vista por entre los cayos y sus coronas de palmeras bajo la cúpula color atardecer del cielo, aparecieron ante mis ojos las velas henchidas de una goleta yanqui[1] que enfilaba por el tortuoso canal en el arrecife de coral por el cual se llega al puerto de Cedar Key. «Quizás un día», pensé, «navegaré a bordo de esa bella mariposa». Era la goleta *Island Belle*.

Al día siguiente de su llegada, crucé el cayo hasta el puerto, ahora que ya tenía fuerzas suficientes para caminar. Parte de la tripulación había venido a tierra a recoger agua. Esperé a que llenaran sus toneles y fui con ellos al barco en su bote. Me confirmaron que estaba listo para zarpar hacia Cuba con su cargamento de madera. Conseguí un lugar a

[1]De Nueva Inglaterra, (N. del T.)

bordo por veinticinco dólares y le pregunte al capitán, un hombre de rostro afilado, cuando partirían.

—Tan pronto como tengamos viento del norte —dijo él—. Lo hemos tenido muchas veces cuando no lo queríamos, y ahora lo que tenemos es este débil airecillo del sur.

Volví apresuradamente a casa, recogí mis plantas, me despedí de mis buenos amigos y subí de nuevo a bordo. Y al poco tiempo, como queriendo calmar las quejas del capitán, Bóreas vino con fuerza y lleno de espuma y ruido. Se amarró rápidamente el pequeño bote, se abrieron de par en par las velas, y allá el barco enfiló hacía su océano de origen como un caballo de guerra exultante hacia la batalla. Islote tras islote, se fue perdiendo de vista y se sumergió en el horizonte. El azul del agua se hizo más oscuro, y en unas pocas horas todo Florida había desaparecido.

Esta excursión en alta mar, la primera después de veinte años en los bosques, tenía, por supuesto, un interés extraordinario para mí, y me llenaba de esperanza y me alegraba estar de nuevo de camino hacia el sur. Bóreas aumentaba su potencia, y el *Island Belle* parecía alcanzar la gloria navegando a esa velocidad y comandaba sus alas desplegadas con la elegancia de un ave marina. En menos de un día, nuestro viento del norte aumentó su fuerza hasta llegar a ser tempestad. Los valles se hicieron más profundos y amplios, y más altas las colinas sobre la planicie redonda del agua. Se arriaron las velas de foque y botavara, se plegó la vela mayor, y la cubierta estaba teñida de blanco por el romper de las olas.

—Será mejor que vaya dentro —dijo el capitán—. La corriente del Golfo, al ir en contra de este viento, está embraveciendo el mar y va a marearse. No hay hombre de tierra que pueda aguantar esto.

Le respondí que esperaba que la tormenta fuera tan fuerte como su barco pudiera aguantar, que el paisaje de una mar así me procuraba suficiente disfrute como para que fuese imposible marearme, que había esperado durante mucho tiempo en el bosque la llegada de una

tormenta como aquella, y que, ahora que este evento tan preciado por fin llegaba, me quedaría en cubierta y la disfrutaría

—Está bien —me dijo—, pero que sepa que si es capaz de soportar esto, será el primer hombre de tierra al que veo hacerlo.

Me quedé en cubierta, atado a una cuerda para evitar que las olas me barrieran fuera del barco, y observé el comportamiento del *Belle* desafiando a la tormenta con nobleza, aunque mi atención se centraba especialmente en los fabulosos campos de olas coronadas de espuma. El viento tenía una voz misteriosa y no llevaba ya consigo el canto de los pájaros ni el crepitar de las palmeras o las trepadoras aromáticas. Su carga la recogía de las olas encrespadas y los rizos salados. En esos movimientos ondulantes no había ningún propósito, ninguna rabia; la tormenta al completo parecía inspirarse en la belleza y la armonía de la naturaleza. Cada ola era tan obediente y armoniosa como la onda más suave sobre la superficie de un lago en el bosque, y por la noche toda la mar fosforescía como un fuego plateado. Una escena gloriosa.

Nuestra tormenta luminosa se me hizo demasiado corta. Las ondulaciones rocosas de Cuba se levantaron sobre las aguas blanquecinas a primera hora de la mañana. Los marineros, acostumbrados a detectar la más imperceptible línea de tierra, empezaron a señalar las marcas que hay detrás del castillo del Morro para guiar la entrada a puerto, mucho antes de que yo pudiera verlas a través de la espuma de las olas. Navegamos en dirección a tierra durante horas, y la orilla neblinosa fue convirtiéndose poco a poco en algo con aspecto de tierra firme. Una bandada de barcos emplumados de blanco zarpaba del puerto de La Habana o, como nosotros, trataba de llegar hasta él. Tan pronto como nuestra pequeña goleta plegó sus velas a sotavento del castillo, subió a bordo del barco un enjambre de funcionarios bien vestidos, amables y de gestos agradables, y comenzaron a hacer toda clase de preguntas mientras el capitán, sin prestarles mucha atención, daba órdenes a su tripulación.

La bocana del puerto es estrecha y normalmente no es posible navegar hasta el punto de amarre designado si no es con la ayuda de un remolcador de vapor. Nuestro capitán quería ahorrarse el dinero, pero, después de muchas maniobras inútiles, se vio obligado a aceptar la ayuda propuesta, y así alcanzamos pronto nuestro puesto y echamos el ancla entre barcos de toda talla venidos de todos los mares.

Estábamos todavía a unas cuatrocientas o quinientas yardas de tierra, y yo no era capaz de reconocer ninguna planta a la vista salvo las grandes hojas arqueadas de las palmeras y los bananos que se alzaban valientemente sobre la colina del Morro. Al acercarnos a tierra, había visto que algunos lugares eran de un amarillo muy llamativo, y me preguntaba, mientras aún estábamos a algunas millas de la orilla, si este color sería de la tierra o de un manto de flores. Ahora, desde el puerto, podía ver que ese oro estaba, en efecto, hecho de flores. A un lado del puerto había una ciudad de estas plantas amarillas; al otro, una ciudad de casas amarillas con fachadas de estuco, desordenadas y muy juntas entre sí .

—¿Quiere bajar a tierra? —me preguntó el capitán.

—Sí —le contesté—, pero me gustaría ir al lado del puerto donde hay plantas.

—Ah, pues entonces venga conmigo. Hay algunas plazas y jardines hermosos en la ciudad, llenos de toda clase de árboles y flores. Quédese hoy aquí a disfrutarlas, y otro día iremos todos juntos a la colina del Morro a recoger conchas. Allí las hay de todas clases, pero en estas pendientes amarillas que ve no hay más que malas hierbas.

Saltamos al bote y un par de marineros nos arrastraron hasta el muelle lleno de gente y jaleo. Era un domingo por la tarde [Sin duda, el domingo 12 de enero de 1868], el día más ruidoso en La Habana. Antes del mediodía, sonaban las oraciones y las campanas de las catedrales, y por las tarde los teatros y las corridas de toros, con sus campanillas y mugidos. Plegarias musitadas en voz baja a los santos y la virgen, seguidos de vítores y reproches para los toros y los matadores. No me

privé de comer naranjas deliciosas, plátanos y muchas otras frutas. La piña no la había visto nunca antes. Deambule por las callejas estrechas, sorprendido ante el babel de visiones y sonidos extraños; también fui a ver los jardines de las plazas, con sus fantásticas flores, y esperé junto a algunas cajas de mercancías hasta que llegó el capitán, que se había entretenido con algún asunto de negocios. Me alegró escaparme de vuelta a nuestra pequeña goleta, cansado y bien cargado de ilusión y de frutas tentadoras.

Al caer la noche, la ciudad quedó constelada de un millar de luces. Estaba en uno de mis lugares soñados, en la más hermosa de las islas de las Indias occidentales. Pero ¿cómo podría escapar a la confusión de esta gran ciudad?, me preguntaba. ¿Cómo hacer para llegar hasta la naturaleza de este hermoso país? Consulté mi mapa y me entraron deseos de escalar la cordillera central del país y recorrerla a través de sus valles, sus bosques y las cimas de sus picos, lo que serían unas setecientas u ochocientas millas. Pero, aunque había dejado atrás las ciénagas de Florida, la fiebre seguía afectándome, y una milla de paseo por la ciudad me resultaba agotadora. El tiempo, por su parte, era de un calor pesado y opresivo.

16 de enero. —En los días desde que hemos llegado, las mañanas han amanecido sin nubes, derramando un oro puro, denso y rico durante unas pocas horas. Después, de pronto, aparecían unas masas blancas de cúmulos con aspecto de islas, que crecían hasta tener el tamaño suficiente para producir una tormenta, y en unos minutos descargaban a cubos un agua tibia a la que acompañaba un viento intenso. Después de esto, venía un breve instante de calma, con la mitad del cielo cubierto de nubes y un aroma delicioso de flores, y de nuevo el aire tornaba caliente, denso y bochornoso.

Como es fácil entender, este clima resultaba duro para alguien tan débil y febril, y después de una docena de intentos de subir a la colina del

Morro y seguir la costa hacia el norte en busca de conchas y flores, me vi por desgracia obligado a asumir que, a pesar de mi entusiasmo, no sería capaz de caminar hacia el interior, y que debía limitar mis excursiones a un radio de diez o doce millas desde La Habana. El capitán Parson me ofreció instalar mi cuartel en el barco, y mi propia debilidad me impidió pasar ni una sola noche en tierra.

La rutina diaria durante casi todo el mes que he pasado aquí ha sido más o menos la siguiente. Después del desayuno, un marinero me llevaba remando hasta la orilla en la parte norte del puerto. Un paseo de unos pocos minutos me llevaba hasta el castillo del Morro, fuera de la vista de la ciudad, sobre una amplia extensión de cactus tan solitaria y poco transitada como las marañas vegetales de Florida. Allí, deambulaba en zigzag mientras recolectaba tesoros entre las innumerables plantas y conchas de la orilla, y me detenía para prensar algunos ejemplares o para descansar a la sombra de las parras y los arbustos hasta la llegada del atardecer. Las horas pasaban veloces hasta mi regreso a la goleta. O bien los marineros que venían a por mí me localizaban, o bien alquilaba un bote para llevarme de vuelta. Llegaba, subía mi prensa y un gran manojo de flores, y con algo de ayuda trepaba por el lateral de mi hogar flotante.

Tras recuperar energías con una cena y un poco de descanso, narraba mis aventuras a través de la maraña de enredaderas, las matas de cactus o las ciénagas de girasoles, o siguiendo la orilla entre las olas rompientes. También había que revisar los ejemplares de flores y las conchas y corales que llevaba en los bolsillos. Después de esto, pasaba una hora en la cubierta, somnoliento, entre las luces de la ciudad y los barcos que iban y venían.

Se oían toda clase de sonidos extraños: las campanas vociferantes e imposibles de acallar, el pesado tronar de los cañones del castillo y los gritos de los centinelas a unas horas prefijadas. Todos ellos en conjunto formaban la masa de ruido más incesante y penetrante que

jamás me había visto condenado a escuchar. A eso de las nueve o las diez de la mañana, aún estaba en la pequeña cama, con las olas del puerto tintineando allá fuera cerca de mis oídos. Las horas nocturnas se poblaban de sueños en los que el calor era intenso, donde me esforzaba infructuosamente en desenredar plantas trepadoras o corría de vuelta hacia El Morro para alejarme de las olas que rompían. Y así iban pasando mis días y mis noches.

De vez en cuando, el capitán me convencía para bajar a tierra por la tarde en la parte del puerto que él frecuentaba, en compañía tal vez de dos o tres otros capitanes. Una vez que llegábamos a tierra y le decíamos a los marineros cuándo debían venir a buscarnos, alquilábamos un carruaje y conducíamos hasta la parte alta de la ciudad, a una plaza pública adornada con paseos en sombra y plantas maravillosas. Una fanfarria de músicos vestidos con uniformes imponentes tocaba las clásicas marchas militares españolas. La tarde es el momento selecto en el que los aristócratas salen en sus coches de caballos por las calles y las plazas, y el único momento del día de un frescor delicioso. Nunca había visto gentes arregladas con tal elegancia. Se puede decir que los cubanos de las mejores familias son hermosos, en general más delgados que gruesos, con rasgos perfectamente modelados y vestidos con sedas y paños de un gusto exquisito. Es extraño que sus entretenimientos sean tan rudos. Las corridas de toros, el retumbar atronador de las campanas y la música más estridente, ¡eso es lo que les gusta!

El rango y la riqueza de la nobleza de La Habana, cuando se pasean en sus coches de caballos, parece ser que vienen definidos por la distancia entre los caballos y el carruaje. Cuanto más elevado es el rango, más largos son los postes, y más pesadas y de peor fabricación las ruedas, que no se diferencian de las del carro de un cañón. Algunos de estos coches tienen vigas de hasta veinte o treinta pies de largo, y los negros que los conducen, vestidos de librea brillante, van sobre el caballo delantero

veinte o treinta pies por delante de los caballos de se encuentran junto al carruaje, fuera del alcance de la voz del patrón.

La Habana está llena de plazas públicas, y en mis paseos sin rumbo por la ciudad he podido ver que están bien regadas, cuidadas y plantadas, así como llenas de plantas muy vistosas e interesantes, poco frecuentes incluso en mitad de la inagotable riqueza de Cuba. Estas plazas tienen también hermosas estatuas de mármol y bancos para sentarse en los lugares a la sombra. Muchos de los paseos estaban pavimentados en lugar de cubiertos de grava.

Las calles de La Habana son retorcidas, laberínticas y demasiado estrechas. Las aceras no tienen más de un pie de ancho. El viajero que va acalorado y fatigado por las lluvias a través de toda esta ciudad sombría y amarillenta, que se abre camino a través de la multitud de hombres, mulas y carros lentos, experimenta un dulce alivio cuando por fin encuentra refugio en una plaza sin polvo, espaciosa, fresca y llena de flores. Y más aún si, al salir de la oscuridad y el estruendo de estas calles, se encuentra de pronto en mitad del puerto y respira profundamente la brisa marina.

El interior de las mejores casas que encontré me sorprendió por la profusión de columnas desproporcionadas que tenían en sus entradas y salones, y por lo espaciosos y abiertos que parecían sus patios interiores. En general, los cubanos me parecen gente extremadamente refinada, educada y que sabe comportarse en sociedad, pero tratan a los animales de manera cruel. He visto más crueldad con las mulas y caballos en estas semanas aquí que en cualquier otro lugar durante el resto de mi vida. Los pollos y los pavos se atan por las patas en manojos, y se llevan así, colgando de una mula. Por la forma en la que, en general, tratan a toda clase de animales, parece que no piensan en ellos más allá de su propio interés, frío y egoísta.

En las regiones tropicales, es fácil levantar una ciudad, pero es difícil domeñar a la alianza armada de sus habitantes vegetales, abrir espacios y

hacer que en ellos florezca el pan. Las plantas de las regiones templadas, débiles y desarmadas, desaparecen aplastadas bajo las pisadas de rebaños, manadas y hombres, dejando su lugar a otras plantas a las que el hombre puede esclavizar para que obedezcan su voluntad y le surtan de comida. Pero las plantas armadas y unidas de los trópicos defienden la posesión de su reino, y desde que el hombre apareció sobre la faz de la tierra no han sufrido ninguna derrota.

Una buena parte de las plantas salvajes de Cuba se encuentran en las proximidades de La Habana. Un paseo de cinco minutos desde el muelle me bastaba para llegar a los reductos de la Naturaleza. El campo por el que hice la mayor parte de mis deambulares y e investigaciones era una franja de terreno silenciosa y llena de rocas, por la que no pasaba más que algún mendigo de vez en cuando para llamar a las puertas de la Naturaleza y pedir algunas raíces y semillas. Esta franja natural se extendía a lo largo de diez millas por la costa hacia el norte, con apenas unos pocos arbustos y árboles de cierta talla, pero era rica en trepadoras maravillosas, cactus, leguminosas, hierbas, etc. Las flores salvajes de este campo al borde al mar son una comunidad feliz, unidas y a poca distancia unas de otras, y forman un conjunto espléndido. Los árboles brillan a través de sus flores y de la luz que se refleja en sus hojas. La individualidad de las trepadoras se pierde en una unión retorcida, imbricada y apelotonada.

Nuestro sur de Estados Unidos es rico en trepadoras con flores. En algunas zonas, casi todos los árboles culminan en una corona de ellas, cada cual ayudando al otro con su gracia y su belleza. En Indiana, Kentucky y Tennessee, la vid predomina en cuanto a su número y desarrollo. Más al sur, es el territorio de la zarzaparrilla y de un sinnúmero de leguminosas trepadoras. Una enredadera habitual en los islotes de Florida, quizás de la familia del apocino, supera en abundancia a los robles de Virginia y los palmitos, y con frecuencia forma una única maroma con más de cien tallos entrelazados. Pero en ningún lugar de nuestro sur

hay marañas de enredaderas con tal exuberancia de flores como las que florecen aquí, defendidas por sus propias armas, en los jardines salvajes húmedos y calientes de Cuba.

Tanto la trepadora más corta como la más larga que encontré en Cuba, ambas eran leguminosas. He contado que la colina del Morro, por su lado que da al puerto, está cubierta de compuestas altas y amarillas a través de las que es difícil pasar. Pero en estos bosques hay algunas zonas de *Compositae* tapizadas de hierbas con aspecto de césped, suaves y aterciopeladas. En una ocasión vez, al llegar a uno de estos espacios, me detuve a admirar su verdor y su suavidad, y descubrí que la hierba, corta y verde, estaba salpicada de grandes flores de papilionáceas. Las trepadoras se entrelazaban con las largas compuestas que bordeaban este césped hasta casi ahogarlas, y tenían corolas similares y en abundancia tropical.

Estaba convencido de que las flores que adornaban la hierba habían volado desde las marañas de trepadoras de alrededor, y que el rocío y la humedad que venía del mar las habían mantenido frescas. Pero, cuando me agaché a coger una, descubrí con sorpresa que estaba unida a la Madre Tierra por un tallo corto prostrado y fino como un cabello, y que, además de la gran flor, tenía un par de hojas alargadas. La flor pesaba más que el conjunto de tallo, raíz y hojas. Así que, en una región de gigantes que trepan y se enredan, encontramos también esta simplicidad diminuta y llena de encanto, que es la mínima expresión de una enredadera.

La trepadora más larga, que al igual que su pariente más pequeña es prostrada y no se anuda a otras, cubre áreas de varios cientos de yardas cuadradas con sus incontables ramas y sus hojas suaves y trifoliadas que crecen erguidas y muy juntas entre sí. Las flores son tan simples y discretas, tanto en su tamaño como en su color, como las de la arvejilla que crece en los jardines. Las semillas son grandes y satinadas. La planta al completo tiene unas características y unos movimientos nobles, y

cubre el suelo con una capa profunda de follaje nítido como el que no he visto en ninguna otra planta. La superficie foliar es mayor, creo, que la del roble de Kentucky. Crece, por lo que he podido observar, solo en las orillas, en un suelo formado por conchas rotas y corales, y llega exactamente hasta la línea que marca el punto más alto que alcanzan las olas. Esta misma planta es abundante en Florida.

Una buena parte de las plantas que hay en este territorio por el que paseo son cactus. Algunos de ellos, al igual que las trepadoras, aparecen unas veces en forma de uno o dos segmentos diminutos escondidos entre las malas hierbas, y otras como matorrales arborescentes de copas amplias, con troncos de un pie de diámetro y con nudos de un verde oscuro y brillante que reflejan la luz como el barniz de las palmeras. Se plantan aquí para que sirvan como vallas, en conjunto con la bayoneta española y el agave.

En uno de mis primeros paseos, mientras me arrastraba pacientemente entre unas rocas bajas recogiendo helechos y enredaderas, me sobresalté al verme cara a cara con una gran serpiente cuyo cuerpo estaba tirado como si se tratase de una cuerda abandonada entre las malas hierbas y las piedras. Me alejé y recuperé la serenidad, y entonces me di cuenta de que la serpiente era vegetal en lugar de animal, incapaz de hacer ningún movimiento peligroso, aunque equipada con un buen número de colmillos y prostrada como si hubiera caído sobre ella la maldición del Edén: «Sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida».

Otro día, después de haber disfrutado de los ricos pastos del Morro y haber puesto a prensar algunos ejemplares nuevos, bajé hasta la orilla llena de conchas brillantes barridas por el mar, para descansar entre su belleza y mirar romper las olas que un fuerte viento del norte iba alzando, formando una hilera espléndida a lo largo de la barrera de coral. Me llené los bolsillos de conchas, la mayoría de ellas pequeñas pero de colores y formas hermosas, y de pedazos de coral rosado. Luego

me entretuve mirando los cambios de color de las olas y las diferentes formas de sus crestas curvadas y en flor. Mientras estaba allí, solo y libre, me resultaba fascinante descubrir los cantos variados —lo que nosotros los mortales llamamos el «rugido»— de las olas rompientes al morir. Comparé su variación con las distancias distintas hasta las que el agua, con sus penachos de espuma, alcanzaba una vez rota la ola, e intenté hacerme una idea de la gran canción eterna que suena por todas las blancas orillas en flor del mundo.

Me levanté de mi asiento de conchas y me puse a mirar las olas saltar desde las profundidades y ascender por la pendiente de la playa para brillar y morir en una masa blanquecina, y a caminar siguiendo las aguas en su camino de regreso al azul profundo, volviendo al mar en fragmentos evanescentes, hasta que llegaba una nueva ola y me perseguía de vuelta hasta la playa. Mientras me entretenía con esta actividad mitad juego mitad estudio, descubrí en el lugar donde acababa de morir una ola, abrupto y castigado, una pequeña planta con flores cerradas. Se refugiaba en una oquedad de la roca marrón pulida por las olas, y una por una iban pasando estas por encima de ella según morían y entonaban sus cantos. Las puntas de sus pétalos rosas y delicados se asomaban apenas sobre el cáliz verde. «No puede ser que vivas aquí», me dije mientras la observaba durante un instante, antes de que llegara una nueva ola. «Te habrán arrastrado desde la orilla y habrás acabado dentro esta grieta como una concha». Pero, volviendo una y otra vez tras cada ola, descubrí que sus raíces estaban ancladas en un pliegue poco profundo de la roca coralina, y que esa grieta sobre la que batían las olas era a ciencia cierta su hogar.

Ya en otras ocasiones me había sorprendido ante la adaptación que demuestran en su estructura ciertas algas, pero nunca había pensado encontrar una planta de flor viviendo entre olas, en el reino tormentoso y rugiente del mar. Esta pequeña planta tiene hojas suaves y globulares, carnosas y translucidas como cuentas, pero verdes como las de otras

plantas de tierra. La flor tiene un diámetro de cinco octavos de pulgada, de color rosa púrpura, y se abre cuando el tiempo está en calma y las olas la dejan tranquila. En general, su aspecto es el de una pequeña verdolaga. La playa, hasta donde llegué caminando, tenía un borde exuberante de *Compositae* leñosas, de dos o tres pies de alto, con profusión de flores violetas y doradas en su parte alta. Entre ellas, descubrí un arbusto pequeño cuyas flores amarillas eran simplemente perfectas: todas las partes aparecían alternadas regularmente y en grupos de cinco, perfectamente diferenciables, en una armonía sencilla.

Cuando se escribe sobre una hoja de papel una sola vez, es sencilla de leer; pero si se escribe una y otra vez en ella, con letras de todos los tamaños y formas, pronto se hace ilegible aunque no haya entre esas letras ningún trazo o pensamiento confuso o sin significado que pueda enturbiar su perfección. Nuestras limitadas capacidades se ven desbordadas y se quedan perplejas al tratar de leer las páginas inagotables de la naturaleza, por cuanto están escritas una y otra vez un número incontable de veces, escritas con grafías de toda talla y color, con frases compuestas a su vez de frases, y con cada parte de un único carácter constituyendo por sí mismo una frase. En la naturaleza no hay fragmentos, ya que todos los fragmentos relativos de algo son ellos mismos unidades completas y armoniosas. Todos en conjunto forman el grandioso palimpsesto del mundo.

Una de las plantas más comunes en estos pastos era el agave. Se usa a veces como valla. Un día, al mirar hacia atrás desde lo alto de la colina del Morro, en el camino de vuelta al *Island Belle*, pude ver dos árboles con aspecto de chopo, de unos veinticinco pies de altura. Crecían en una zona densa de cactus y girasoles con enredaderas. Tenía ganas de ver algo tan cotidiano para mí, tan hogareño, como un chopo, así que fui hacia esos dos árboles peculiares, abriéndome paso a través de la jungla de cactus y girasoles que los protegía. Para mi sorpresa, lo que yo creía que eran chopos eran en realidad agaves en flor, los primeros que

había visto hasta entonces. Ya casi no tenían flores e iban perdiendo su color ahora que se acercaban a la muerte. Había bulbos dispersos por los alrededores, y unos cuantos de ellos seguían todavía en las ramas, lo que les daba aspecto de frutas.

El tallo del agave se antoja enorme si uno tiene en cuenta que es el crecimiento de unas pocas semanas. Se dice que esta planta hace un esfuerzo descomunal para echar flores y madurar las semillas, y que muere después exhausta. Ahora bien, por lo que yo he visto, no hay ningún esfuerzo así, ni necesidad de él, en la naturaleza salvaje. La planta logra su cometido sin esfuerzo ni inquietud, y es probable que el desarrollo del tallo y la flor del agave no sea más notorio ni requiera más esfuerzo que el de un panículo de hierba.

La Habana tiene un magnífico jardín botánico. Pasé muchas horas agradables en sus pérgolas floridas y a la sombra de sus fuentes. Hay una avenida de palmeras —considerada como de una hermosura y majestuosidad maravillosas—, con cincuenta palmeras en dos hileras rectilíneas, perpendiculares entre sí. Los fustes redondos y lisos, algo más gruesos en su parte media, parecen ser obra de un tornero en lugar de tallos vegetales. Las cincuenta copas arqueadas, en un equilibrio inimitable, destellan bajo la luz del sol como estrellas caídas del cielo. Los troncos tenían unos sesenta o setenta pies de altura, y las copas alrededor de quince pies de diámetro.

En la ribera de un río crecían bambús altos y ondeantes, frondosos como sauces, que gesticulaban ante el viento con infinita elegancia. También palmeras de una especie con hojas bipinnadas e inmensas y foliolos de borde aserrado en uno solo de sus lados, como los del *Adiantum*. Cientos de plantas con flores deslumbrantes, algunas de ellas grandes árboles, de la familia de las leguminosas. No hay comparación posible con nada de lo que he visto antes en ningún otro jardín artificial, ni siquiera en los más grandiosos. Se trata de una metrópolis habitada por las plantas de jardín más brillantes y exuberantes, regadas

por fuentes hermosas, y en la que los paseos de grava con bordes bien cuidados serpentean en todas direcciones y a través de toda clase de bosquetes de ensueño, más parecidos a los jardines de hadas de *Las mil y una noches* que a un espacio de recreo construido por el hombre.

En La Habana he visto los negros más fuertes y feos de todo mi viaje. Los estibadores del puerto de La Habana tienen músculos como los de un auténtico gigante, y con ellos mueven toneles y cajas de azúcar de cientos de libras como si estuvieran vacíos. Después de verles trabajar unos minutos, escuché a nuestros fornidos marineros expresar una admiración sin límites por su fuerza y desear que esos músculos fuertes y prominentes estuvieran a la venta. Los rasgos de algunas de las mujeres negras que vendían naranjas tenían una fealdad devota y honesta que nunca hubiera creído posible modelar en carne y hueso. Además de naranjas, también vendían bananas y billetes de lotería.

Hacia California por una ruta tortuosa

Después de pasar un mes en esta magnífica isla, y viendo que mi salud no mejoraba, decidí continuar mi camino hacia Sudamérica hasta consumir las pocas fuerzas que tenía. Por fortuna, no pude encontrar ningún barco que me llevara hasta un puerto sudamericano. Hacía tiempo que deseaba ver la cuenca del Orinoco y, sobre todo, la cuenca del Amazonas. Mi plan era desembarcar en un lugar cualquiera del norte del continente, avanzar hacia el sur a través de las zonas vírgenes en la cabecera del Orinoco hasta encontrar algún afluente del Amazonas, y después descender el enorme río en algún bote o balsa hasta llegar a su desembocadura. Parece extraño que un viaje así haya formado parte de los sueños de alguien, por mucho entusiasmo o valentía juvenil que tuviera, y en particular de alguien en desventaja debido a su pobre salud, a sus ahorros de menos de cien dólares, y a la insalubridad del valle del Amazonas.

Por fortuna, como digo, después de visitar todas las compañías de barcos, no encontré ninguna clase de navío que fuera rumbo a Sudamérica, así que hice nuevos planes que me llevarían hacia el norte, al anhelado clima frío de Nueva York, y desde allí a los bosques y mon-

tañas de California. Allí, pensé, encontraré salud y nuevas plantas y montañas, y tras un año en esas interesantes regiones podré retomar mis planes amazónicos.

Resultaba duro dejar Cuba de esta manera, sin haberla visto ni haberla recorrido, pero la enfermedad me impedía quedarme y solo podía consolarme a mí mismo con la esperanza de volver algún día, en plena salud, a todos los tesoros que en ella me estaban esperando. Mientras tanto, me preparaba para mi partida inmediata. Un día, descansando en uno de los jardines de La Habana, vi en un periódico un anuncio de pasajes baratos para California. Le pregunté al capitán Parsons acerca de un billete para Nueva York, desde donde podría luego encontrar un barco hasta California. En aquel tiempo, ninguno de los barcos de California pasaba por Cuba.

—Bueno —dijo el capitán, señalando hacia la mitad del puerto—, hay una pequeña goleta con un cargamento de naranjas para Nueva York, y estos barcos de frutas navegan veloces. Será mejor que preguntes al capitán, porque debe estar a punto de zarpar.

Salté sobre el bote y un marinero me llevó remando hasta el barco frutero. Subí a bordo y pregunté por el capitán, que apareció rápido en cubierta y estuvo de acuerdo en llevarme a Nueva York por veinticinco dólares.

—Mañana al salir el sol —respondió cuando le pregunté cuándo zarparía—, siempre que este viento del norte amaine un poco; yo tengo mis papeles en regla, pero usted tendrá que preguntar al cónsul americano para que le dé permiso para salir en mi barco.

Fui de inmediato a la ciudad, pero no logré encontrar al cónsul, así que decidí zarpar hacia Nueva York sin llevar conmigo ninguna clase de permiso formal. A la mañana siguiente, después de abandonar el *Island Belle* y despedirme del capitán Parsons, me llevaron de nuevo al barco frutero y subí a bordo. Sin importarle que el viento norte fuera más fuerte que nunca, nuestro capitán holandés estaba decidido a hacerle

frente, teniendo plena confianza en la resistencia de su pequeña goleta, hecha por completo de madera de roble.

Las embarcaciones que salen del puerto paran en el castillo del Morro para que se revise su documentación, y en particular para comprobar que no llevan a bordo ningún esclavo fugitivo. Los funcionarios vinieron junto a nuestro pequeño barco, pero no subieron a bordo. Se contentaron con echar un vistazo al salvoconducto del cónsul y con escuchar la declaración del capitán, que cuando le preguntaron si llevaba algún negro, respondió que no había «ni un maldito negro» en el barco.

—¡Entonces, todo en orden! —gritaron los funcionarios—. ¡Hasta la vista! ¡Que tengan buen viaje!

Puesto que mi nombre no figuraba en los papeles del barco, me mantuve en el interior, sin dejarme ver, hasta que noté el movimiento de las olas y supe que estábamos ya en mar abierto. Las torres del castillo, las palmeras y la playa emblanquecida por las olas, todas se perdieron en la distancia, y nuestro pájaro de mar se sentía como en casa en las aguas abiertas y tomentosas del golfo, inclinándose ante cada ola y plantándole cara al viento con valentía.

Hace dos mil años, nuestro Salvador le dijo a Nicodemo que no sabía de dónde venían ni a dónde iban los vientos. Y ahora, en esta Edad de Oro, aunque nosotros los Gentiles sabemos dónde nacen muchos vientos y a dónde van, sabemos todavía tan poco sobre el viento como aquellos judíos de Palestina, y nuestra ignorancia, a pesar del poder de la ciencia, no puede ser mucho menos profunda de lo que es hoy día.

La materia de la que están hechos los vientos es demasiado ligera para los ojos del hombre, su lenguaje escrito es demasiado difícil para la mente humana, y su lenguaje hablado demasiado débil para nuestros oídos. Dicen que se ha inventado un mecanismo mediante el que los órganos del habla humana ponen por escrito sus propios sonidos. Pero incluso sin el concurso de ningún artilugio mecánico, quien habla

también escribe al hacerlo. En la creación de Dios, todas las cosas dejan registrados sus propios actos. Se equivocaba el poeta cuando dijo que «las alas no dejan cicatrices en el cielo»[1]. Era simplemente que su vista estaba demasiado nublada para ver la cicatriz. Mientras dejábamos atrás Cuba, pude ver un reborde de espuma en la costa, pero no escuché el sonido de las olas, sencillamente porque mis oídos no podían oir el romper del agua a esa distancia. Y sin embargo, cada vapor de las olas resonaba en ellos.

Este asunto me trae a la cabeza algunas memorias de vientos que he escuchado en mi viaje. En el camino de Indiana hasta el golfo, el cielo y la tierra, las plantas y los hombres, y todo cuanto era susceptibles de cambiar estaba en constante cambio. Incluso en Kentucky, la naturaleza y el arte tienen un buen número de *shibboleths*[2] característicos. Las gentes se diferencian por su idioma y sus costumbres. Su arquitectura es diferente de la de sus vecinos más inmediatos del norte, no solo en las casas de los propietarios de las plantaciones, sino en los graneros y las cabañas de los pobres. Y sin embargo, miles de flores me miraban con sus rostros familiares desde cada colina y valle. En el cielo no noté ninguna diferencia y los vientos contaban las mismas cosas. No me sentía en una tierra extraña.

En Tennessee, vi por primera vez un paisaje de montaña. Subí más alto de lo que nunca antes había estado; empezaron a aparecer árboles extraños; las flores y los arbustos salían a mi encuentro a cada paso. Sin embargo, aquellos montes de Cumberland estaban cubiertos de robles y no se diferenciaban de las colinas de Wisconsin puestas una encima de otra, y las plantas extrañas se parecían a aquellas otras que para mí no lo eran. El cielo había cambiado muy poco y el viento no tenía ni una

[1] Cita del poema *Las Noches, Pensamientos nocturnos* de Edward Young (1683–1765) (N. del T.)

[2] Uso particular de la lengua que sirve de indicativo del origen social o regional de una persona. (N. del T.)

sola nota distinta que pudiera detectarse. Así pues, tampoco Tennessee era una tierra extraña.

Pero pronto empezaron a llegar cambios importantes con rapidez. Después de pasar el extremo montañoso de Carolina del Norte y adentrarme un poco en Georgia, avisté desde lo alto de una de las últimas crestas de los montes Alleghany esa enorme pendiente suave y arenosa que se extiende desde las montañas hasta el mar. Estaba cubierta de pinos oscuros y llenos de ramas, y todos ellos me resultaban extraños. Las hierbas, que en el norte tapizan el suelo, aquí crecen separadas en grupos y penachos, como los árboles jóvenes. Mis amigos con flores, bien conocidos, me iban abandonando, pero no uno por uno como en Kentucky o Tennessee, sino por géneros completos, y un ejército de brillantes desconocidos venía en tropel a mi encuentro en incontables hileras. También el cielo había cambiado, y en el viento podía percibir sonidos extraños. Ahora empezaba a sentirme como «un extraño en una tierra extraña»[3]

El mayor cambio de todos, no obstante, vino en Florida, ya que allí crecen los palmitos y el viento a través de ellos sopla con tonos extraños. Estos palmitos y estos vientos terminaron de cortar las últimas hebras del cordón que me unía a mi hogar. Ahora era, no cabía duda, un extraño. Me encontraba extasiado, sorprendido, confundido, y miraba todo con una admiración desbordante, como si acabara de caer de otro planeta. En toda esta larga y compleja serie de cambios, uno de los mayores, y el definitivo de todo ellos, fue el cambio que noté en la tonalidad y el idioma de los vientos. Ya no llegaban con la vieja música de mi hogar, tomada de las praderas y los campos de robles ondeantes, sino que hacían sonar un buen número de cuerdas extrañas. Las hojas de las magnolias, lisas como el acero pulido; los inmensos bosques invertidos de la *Tillandsia* y las coronas principescas de las palmeras; a partir de todo ello componía el viento su extraña música, y al caer la

[3] *Éxodo, 2:22*. (N. del T.)

noche tenía el poder de hacer evidente la distancia que me separaba de mi hogar y mis amigos, y de completar mi sensación de aislamiento de todo cuanto me resultaba familiar.

Ya he anotado aquí en otra parte que, cuando me encontraba a un día de viaje del golfo, llegó hasta mí desde el mar un soplo de viento: el de la primera brisa marina que había sentido los últimos veinte años. Iba solo, con mi morral y mis plantas, cansado y encorvado, algo dolorido por la fiebre que estaba a punto de atacarme, cuando de pronto sentí el aroma salino y, antes de que tuviera tiempo de pararme a pensar, me invadió una avalancha de recuerdos hasta entonces dormidos. El estuario de Forth, la Roca Bass, el castillo de Dunbar y los vientos y las rocas y las colinas vinieron sobre las alas de ese viento y se mostraron ante mí tan claros como un paisaje bajo la luz repentina de un rayo en mitad de la noche.

Me gusta aferrarme a una pequeña cáscara de nuez como la de este barco cuando la mar está agitada y de la cima de cada ola surgen largos chorros de espuma a modo de cometas. Las embarcaciones grandes responden al embate de varias olas simultáneas de manera torpe y con movimientos extraños, quedando a merced de ellas como una isla flotante y sin gobierno. Pero nuestra pequeña goleta, ligera como una gaviota, sube deslizando por una de ellas y desciende por la otra con un ritmo delicioso. A medida que avanzábamos, el paisaje ganaba en grandeza y hermosura. Las olas alcanzaban mayor altura y se hacían más amplias, al igual que sus movimientos. Era fascinante cabalgar sobre este territorio de agua en perpetuo cambio, y al mirar hacia lo alto desde el fondo del valle, o en derredor desde la cúspide de la colina de una ola, olvidaba a veces que ese territorio cristalino y sin árboles estaba vetado a los caminantes. Qué agradable sería poder recorrerlo a pie y disfrutar el suelo de cristal y la música de sus colinas que se alzan y se derrumban; estudiar las plantas en estas llanuras ondulantes y sus ríos y corrientes; dormir en el tiempo salvaje, sobre una cama hecha de la

espuma fosforescente de las olas, o de algas saladas y aromáticas; ver los peces durante la noche, por sus rutas de luz fosforescente; caminar en calma la pradera cristalina, con pájaros y bancos de peces voladores centelleantes aquí y allá, o durante la noche, con cada estrella dibujada en su seno.

Pero, incluso en tierra, el hombre solamente puede ir libre por una pequeña parte del mundo, y si, entre otros viajes y rutas prohibidas, se aventura a adentrarse en las tierras heladas y más ardientes, o a ir por los aires en globo, o por el océano en un barco, o sumergirse en él en una asfixiante escafandra, entonces, en todas esas pequeñas aventuras, recibirá una reprimenda y en ocasiones un castigo, evidenciando que se encuentra en un lugar para el que —utilizando una frase ya establecida— no ha sido diseñado. No obstante, en vista de lo rápido que avanzan hoy los tiempos, nadie puede saber hasta qué punto se conseguirá someter a este planeta nuestro a la voluntad del hombre. De cualquier forma, se puede decir que he disfrutado de este movimiento a la deriva.

La comunidad de un barco, con su olor a alquitrán, es digna de estudiarse por sí misma: una forma de despotismo en el pequeño territorio de unas pocas tablas clavadas y a la deriva. Pero en nuestro caso, con una tripulación de solo cuatro marineros, un pasajero y el capitán, no había señales de ningún despotismo. Cenábamos todos en la misma mesa, disfrutando de las reservas de caballa en salazón y pudin de ciruelas, y de la cantidad inagotable de naranjas. No solo la bodega de nuestro pequeño barco estaba repleta de naranjas sueltas y sin embalar, sino que también la cubierta iba llena de ellas hasta la altura de la barandilla, y teníamos que caminar por unos tablones por encima de las frutas doradas.

Bancos de peces voladores saltaban a menudo de un lado al otro del barco, y algunos pocos caían en ocasiones entre las naranjas. Los marineros los atrapaban para venderlos en Nueva York como curiosidades, o regalarlos a los amigos. El capitán, no obstante, tenía un perro

de raza terranova, y fue él quien se quedó con la mayor parte de estos desdichados peces. En cuanto escuchaba el revoloteo de sus alas, se despertaba de un salto y se lanzaba contra ellos a darse un banquete antes de que los marineros llegaran al lugar en que habían caído.

Al pasar por el estrecho de Florida, el viento se detuvo y el mar quedó llano y en calma. El agua es aquí muy transparente y de un color azul pálido deliciosamente puro, tan diferente del agua habitual de tonos apagados como el humo de la ciudad lo es del aire de la montaña. Podía ver el fondo con la misma nitidez con la que uno ve el suelo cuando pasea por él. Era extraño que nuestro barco navegara por un líquido tan etéreo como este y que no encalláramos a pesar de lo cerca que parecía estar el fondo.

Una mañana, entre las islas de las Bahamas, tuvimos un día de mar y viento en calma. El sol se había alzado sobre un cielo glorioso y sin nubes, y vi un gran banco de peces voladores a poca distancia de nosotros, seguido de cerca por un delfín. Los peces, como golondrinas, salían del agua de manera ordenada, volaban igualmente unas cincuenta o cien yardas en un arco tendido, y después volvían a sumergirse bajo la superficie. Brillantes y goteando, volvían a surgir una vez más unos segundos después y regresaban a las aguas transparentes, a una velocidad maravillosa pero aparentemente sin miedo alguno.

Al final, el delfín acabó por dar alcance a los peces, se introdujo en mitad del banco, y allí concluyó todo aquel orden. Saltaron del agua dispersándose desordenadamente en todas direcciones, como una bandada de pájaros atacada por un halcón. El delfín perseguidor también saltó en el aire, mostrando sus espléndidos colores y su fabulosa velocidad. Después de la desbandada, ya no servía de nada continuar la persecución, y el delfín no tenía más que atrapar cuanto pudiera en la muchedumbre dispersa y agotada, hasta saciarse.

Tenemos tendencia a mirar al océano y considerarlo como poco más que una parte en blanco de nuestro mundo, una especie de desierto

de agua inútil. Pero, aunque seamos animales de tierra, la tierra nos es tan desconocida como el mar, ya que la visión turbia y en su mayoría mercantil que tenemos del océano es, en comparación, de poco valor. Ahora que la ciencia se encarga de hacer un inventario exhaustivo de la vida en el mar y de la forma de sus fondos, y que estudia de manera similar los desiertos terrestres, fríos o calientes, quizás al fin descubramos que el mar está tan lleno de vida como la tierra. Nadie puede adivinar hasta donde llegará el conocimiento humano.

Después de pasar el estrecho y navegar siguiendo la costa, tuvimos viento fuerte de cara desde que estuvimos aproximadamente frente al extremo meridional de la costa de Carolina hasta Nueva York, y nuestra pequeña nave estaba todo el día empapada. Evidentemente, nuestra carga de naranjas sufrió con esto, y como llenaban la superficie de la cubierta hasta la barandilla, nos resultaba difícil caminar y teníamos muchas posibilidades de que una ola nos barriera fuera del barco. Los peces voladores del cabo Hatteras parecían divertirse saltando a través, desde lo alto de una ola hasta lo alto de otra. Evitaban el barco durante el día, pero caían con frecuencia entre las naranjas por la noche. Los marineros cogieron muchos, pero el terranova del capitán era más veloz a la hora de saltar a por ellos y monopolizó el juego casi por completo.

Cuando la noche caía sobre el mar embravecido, la luz fosforescente de las olas al romper daba un espectáculo grandioso. En las noches así, me quedaba en el mástil de proa, agarrado durante horas a un cabo para poder gozar de este fenómeno. ¡Qué luz tan maravillosa! Creada en el mar por miles de seres bien organizados, ilumina las rutas de los peces y de cada ola que rompe, y en algunos lugares brilla a lo largo de grandes superficies como una lámina hecha de rayos. Navegamos a través de amplias extensiones de algas, de las cuales recogí algunos ejemplares. Disfruté la vida a bordo de este hogar de roble y alquitrán y, cuando se acercó el final de nuestro viaje, la idea de abandonarlo me entristeció.

Estábamos ahora en nuestro duodécimo día de navegación y nos acercábamos a Nueva York, la gran metrópolis de los barcos. Durante todo el día, tuvimos la costa a la vista. La nieve y los árboles sin hojas tenían un aspecto maravillosamente extraño. Era el final de febrero y la nieve cubría el suelo hasta el borde del agua. Llegar a este tiempo arduo y frío del invierno desde el calor intenso y la exuberancia tropical de Cuba nos impactó como si llegáramos a un nuevo mundo, todo él novedoso e impresionante. Un viento helado soplaba hacía el mar desde Sandy Hook. Los marineros rebuscaron en sus armarios hasta encontrar sus prendas de abrigo guardadas desde tiempo atrás, y tiraban de las cuerdas y movían las velas forrados de ropas de manera tan rotunda como un esquimal. En cuanto a mí, habiendo sufrido de fiebre desde hacía mucho, el viento gélido, al penetrar a través de mis débiles huesos, me resultó más delicioso y agradable de lo que nunca lo había sido una brisa con olor a primavera.

Ahora teníamos compañía abundante: flotas de embarcaciones llegaban de todos los países del mundo. Nuestra pequeña y nerviosa goleta dejaba atrás a todos los que, al igual que ella, se dirigían hacia el puerto. Al atardecer, estábamos abriéndonos camino con dificultad por el hielo del delta del río, triturándolo y penetrando en él. Llegamos a puerto a las nueve de la noche. Dejamos el barco en un amarre en buen estado, como un carro en el mercado, y a la mañana siguiente bajamos a tierra junto con nuestra carga de naranjas, un tercio de ellas podridas. Y así, se cumplieron todos los objetivos de este viaje.

Al llegar, el capitán, sabedor de lo escasa que andaba mi cartera, me dijo que podía seguir ocupando mi cama en el barco hasta que zarpara hacia California, y comiendo en un restaurante no lejos de allí.

—Así es como lo hacemos todos —dijo.

Consulté el periódico y vi que el primer barco, el *Nebraska*, zarpaba hacia Aspinwall[4] en unos diez días, y que el billete a San Francisco

[4]Nombre que tuvo la ciudad de Colón (Panamá) hasta 1890 (N. del T.)

por el istmo de Panamá solo costaba cuarenta dólares en tercera clase, viajando en la bodega.

Hasta ese día, deambulé por la ciudad sin conocer ni una sola persona allí. Mis paseos apenas me llevaban lo suficientemente lejos como para perder de vista mi hogar en la pequeña goleta. Vi el nombre de Central Park en algunos de los tranvías y pensé que me gustaría visitarlo, pero tuve miedo de no ser capaz luego de encontrar el camino de vuelta, y no me atreví a lanzarme a esa aventura. Me sentía completamente perdido en mitad de la multitud, del ruido de las calles y de los descomunales edificios. A veces pensaba que me gustaría explorar la ciudad si, al igual que muchas colinas y valles, estuviera deshabitada.

El día antes de que zarpara el barco para Panamá, me compré un mapa de bolsillo de California y dejé que me convencieran para comprar una docena de grandes mapas, montados sobre cilindros, con un mapa del mundo en una de sus caras y uno de Estados Unidos en la otra. Fue en vano decir que no me servían de nada.

—Pero seguro que querrá hacer dinero en California, ¿no? Allí es todo muy caro. Le vendemos una docenas de estos fabulosos mapas por dos dólares cada uno, y los podrá vender fácilmente en California por diez dólares la unidad.

Fui tonto de dejarme convencer. Los mapas formaban un paquete grande e incómodo, pero por suerte mi único equipaje era mi pequeña prensa para plantas y una pequeña bolsa. Los puse sobre mi cama, ya que eran demasiado grandes para esconderlos o para que alguien los robara.

El contraste entre la vida en la bodega y mi agradable hogar del pequeño barco frutero era tremendo. Nunca antes había visto gentes tan bárbaras, especialmente a la hora de comer. Cuando llegamos a Aspinwall-Colon, tuvimos medio día para pasear antes de cruzar el istmo. Nunca olvidaré la vegetación maravillosa, en especial durante las primeras quince o veinte millas del río Chagres. La exuberancia de

los grandes árboles del bosque, con flores brillantes de colores violeta, rojo y amarillo, sobrepasaban todo lo que había visto hasta entonces, especialmente en cuestión de árboles en flor, tanto en Florida como en Cuba. Desde la plataforma del vagón, miraba entusiasmado. Lloré de felicidad y tuve esperanza de poder volver algún día y disfrutar y estudiar estos gloriosos bosques tanto como me fuera necesario. Llegamos a San Francisco el 1 de abril, y me quede allí tan solo un día antes de partir hacia Yosemite[5]

Ascendí por el valle de San José hasta Gilroy siguiendo los contrafuertes de los montes Diablo, después crucé estos hasta el valle de San Joaquín por el collado de Pacheco, luego descendí el valle enfrente de la desembocadura del río Merced, desde ahí atravesé el valle de San Joaquín, y finalmente subí hasta Sierra Nevada, hasta los arboles mastodónticos de Mariposa y el glorioso Yosemite, y desde allí bajé siguiendo el Merced hasta este lugar [cerca de Snelling, Condado de Merced, California]. De camino hacia el collado de Pacheco, el tiempo era tan hermoso —fragante, dulce, brillante— que es imposible describirlo. El cielo era delicioso y perfecto, suave como el aliento de un ángel; cada trago de él proporcionaba un placer distinto y bien definido. No creo que Adan y Eva probasen nada mejor que esto ni en el más perfumado de sus refugios.

Los últimos contrafuertes de las montañas de la costa se veían a simple vista durante todo el recorrido hasta Gilroy. Se conectan con el valle mediante pendientes y curvas de una belleza inigualable. Estaban revestidos de la hierba más verde y la luz de mayor riqueza que yo había visto nunca, y un millar de flores les daban colores y sombras, principalmente de tonos violetas y amarillos dorados. Cientos de arroyos cristalinos unían sus cantos a los de las alondras y llenaban así todo el valle con un mar de música, convirtiéndolo en un paraíso de un extremo al otro.

[5]El diario acaba aquí. El resto de este capítulo está extraído de una carta escrita a la Sra. Ezra S. Carr desde las cercanías de Twenty Hill, en julio de 1868.

Tanto el paisaje como toda la naturaleza del collado son fascinantes. Hay helechos de montaña extraños y hermosos, bajos en los cañones sombríos y más altos en los picos rocosos bien iluminados; hileras de arbustos en flor y agrupaciones de flores tan preciosas y puras como ningunas otras que hayan disfrutado jamás de un hogar así de dulce en la montaña. ¡Y qué arroyos hay aquí! Brillantes y chispeantes, cada uno con su propia música, cantando a medida que avanzan, bajo el sol y la sombra, por sus senderos siempre cambiantes de camino hacia el mar. Las colinas se alzan sobre las colinas y las montañas sobre las montañas; se elevan, ondean, se hinchan, todo con una majestuosidad gloriosa, desbordante, indescifrable.

Cuando por fin, afligido y débil como un insecto aplastado, uno espera escapar de la grandeza terrible de estas montañas poderosas, entonces otras fuentes y océanos se abren paso y aparecen frente a sus ojos; porque allí, a plena vista, sobre montones e hileras de colinas, se extiende una llanura abierta, llana y grandiosa, regada por un río, y a cien millas de distancia una nueva cordillera de montañas afiladas y coronadas de nieve. Esa llanura es el valle de San Joaquín, y esas montañas son la gran Sierra Nevada. El valle de San Joaquín es la parte más florida del mundo por la que he caminado; es un lecho de flores amplísimo, perfectamente llano, una lámina floral, un mar en calma rizado únicamente en su centro por los árboles del río y de algunos arroyos que bajan de las montañas y cruzan aquí y allá.

Florida es, como indica su nombre, una «tierra de flores», pero por cada flor que habita en sus deliciosos rincones, aquí viven más de cien. ¡Es aquí donde está Florida! Aquí no están salpicadas entre la hierba como en nuestras praderas, sino que es la hierba la que está salpicada entre las flores; no es como en Cuba, donde las flores se apilan en montones y masas brillantes y profundas, sino que crecen codo con codo, flor contra flor, pétalo contra pétalo, tocándose pero sin entrelazarse, y sus ramas se cruzan a una cierta distancia, separadas y

libres, formando un solo tejido uniforme en el que los musgos se sitúan junto al suelo, las hierbas por encima, y entre ellos las flores con sus pétalos.

Antes de estudiar las flores de este valle, el clima en el que viven, o el mobiliario y los sonidos y adornos de su hogar, uno apenas puede creer que este despliegue sea algo permanente, sino que, al contrario, las flores han venido hasta aquí por algún propósito que solo las plantas conocen, desde cada llanura y cada montaña y cada pradera de su reino, y que los colores distintos de las parcelas marcan los límites de las zonas en las que han acampado las diferentes tribus y familias.

Twenty Hill Hollow

Si dividiéramos la Sierra Nevada en bloques de una docena de millas de ancho más o menos, cada sección contendría un valle de Yosemite y un río, junto con una colección de lagos y praderas, de rocas y bosques. La grandeza y la belleza inagotable de cada unos de estos bloques sería tan inmensa y satisfactoria, que seleccionar una entre ellas se asemejaría a elegir una rebanada entre todas las de una misma hogaza. Una puede tener algunos puntos quemados, que se corresponderían con los cráteres; otra puede estar más tostada; otra, con más corteza o con la superficie más agrietada; pero en esencia son todas lo mismo. Nuestros cortes de la Sierra no tendrían tampoco entre sí mayor diferencia que esta. Aun así, todos escogeríamos el que corresponde al Merced, porque, al ser más accesible, muchos otros ya lo han degustado y han concluido que es excelente, por la forma concentrada de su Yosemite, que se debe a unas condiciones particulares de horneado y levadura, así como a la cobertura de sus glaciares en esta porción de la gran hogaza de la Sierra. De la misma manera, al instante nos damos cuenta de que la gran llanura central es una hornada completa —un pastel dorado—, y nos desagrada la idea de dejar estas magnificas rebanadas como migajas, por buenas que estas sean.

Una vez que las lluvias del invierno han limpiado el cielo plomizo, el complejo de hileras de Sierras se ve desde la llanura como un simple muro ligeramente inclinado y con bandas horizontales coloreadas, unas sobre otras, como si estuvieran hechas en su totalidad a base de arcoíris enderezados. También la llanura, al verse desde las montañas, tiene la misma sencillez en su superficie lisa, con colores violetas y amarillos, cual una almazuela de nubes irisadas. Pero cuando se desciende hasta esta lámina homogénea que recubre el terreno, se descubre que tiene en su fisionomía tanta complejidad como las propias montañas, aunque de una manera menos marcada. En particular, la sección de la llanura entre los ríos Merced y Tuolumne, a menos de diez millas de los piedemontes de pizarra, está tallada de forma minuciosa con valles, hondonadas y ondulaciones suaves, y entre ellas se encuentra el Yosemite de la llanura: el Valle de Twenty Hill Hollow[1].

Este delicioso vallecito tiene menos de una milla de longitud y el ancho justo para formar un óvalo bien proporcionado. Se sitúa a medio camino entre los dos ríos y a cinco millas de los contrafuertes de la Sierra. Sus bordes están formados por veinte colinas semiesféricas, y de ahí su nombre. Lo rodean y lo delimitan por todos lados, dejando solo una apertura estrecha hacia el sudoeste para que salgan por ella las aguas. El fondo del Valle se encuentra a unos doscientos pies por debajo del nivel de la llanura circundante, y las cumbres de sus colinas ligeramente por debajo del nivel general. Aquí no hay ninguna gran cúpula de roca —ningún Tissiack[2]— que señale el lugar, y uno puede deambular cerca de su borde sin darse cuenta de su existencia. Sus veinte colinas son maravillosamente regulares tanto en tamaño como en su posición y su forma. Son como grandes bolas semienterradas,

[1] *Valle de las Veinte Colinas*. Lugar central de la región donde John Muir pasó la mayor parte del verano de 1868 y la primavera de 1869. (N. del T.)

[2] Nombre original del Half Dome de Yosemite, una de sus formaciones rocosas más características. Procede de «Tis-sa-ack», que significa «Roca Agrietada» en la lengua de la tribu Ahwahnechee. (N. del T.)

cada una de ellas instalada dulcemente en equilibrio, a distancia regular de sus compañeras, configurando un reino mágico de colinas con valles pequeños y cubiertos de hierba entre ellas. Cada uno tiene su propio arroyuelo, que espejea al saltar hacia el valle mayor, y todos ellos juntos se unen para formar el arroyo de Hollow Creek.

Como todas las de los alrededores, estas veinte colinas se componen de lavas estratificadas combinadas en proporción variable con detritos provenientes de las montañas. Algunos estratos están compuestos casi por completo de materiales volcánicos —lava y cenizas— finamente triturados y mezclados por las aguas que los han depositado allí; otros se componen en buena parte de bloques de pizarra y cuarzo de todos los tamaños, en forma de conglomerados. Hay algunos cortes expuestos en los que se ve la historia de los mares, los glaciares y las coladas de lava, como capítulos de cenizas que narran los días oscuros en los que estas montañas nevadas y resplandecientes estaban cubiertas de nubes de humo, y sus ríos y lagos eran ríos y lagos de fuego. Un tiempo aterrador, dicen los mortales, cuando por estas Sierras la lava fluía hacia el mar. ¡Qué horizontes de llamas! ¡Qué atmósferas de cenizas y humo!

El agua va desgastando los conglomerados y lavas de esta región. Cuando su antecesor el mar se retiró para formar esta llanura dorada, su superficie, formada en gran parte por lagos poco profundos, no era muy diferente de una planicie estática hasta que los torrentes de lluvia y las avenidas que llegaban de las montañas empezaron a esculpir poco a poco esta página en blanco y dotarla de su diversidad actual. Se crearon así, en la sección entre el Merced y el Toulomne, los valles de Twenty Hill Hollow y Lily Hollow, y las encantadoras vaguadas de los arroyos de Cascade Creek y Castle Creek, junto con otros desconocidos y sin nombre, solo visitados por los cazadores y los pastores, hundidos en el amplio seno de la llanura como vetas de oro todavía por descubrir. Twenty Hill Hollow es un buen ejemplo de un valle creado por la erosión fluvial. Aquí no hay Columna de Washington

ni El Capitán[3] angulosos. Los cañones de los valles, excavados en una lava poco resistente, no son lo suficientemente profundos como para, a decir de la ciencia, necesitar un terremoto, ni mucho menos una docena de esas herramientas que hacen falta para construir un Yosemite, y las magnitudes de este valle simple y fácil de comprender no desbordan nuestras nociones básicas de aritmética.

El ritmo de erosión en esta parte de la llanura parece ser de una décima de pulgada al año. Esta aproximación se basa en mis observaciones de las plantas perennes que crecen en las riberas de los ríos. Las lluvias y los vientos se llevan la montaña sin afectar a las plantas o los animales que las habitan. Los petreles, los peces y las plantas que flotan en el océano se hunden y vuelven a salir a flote siguiendo el ritmo de las olas; de manera similar, los pájaros y las plantas de la llanura se hunden y resurgen con las ondulaciones de la tierra, con la única diferencia de que estas fluctuaciones son más rápidas en un caso que en el otro.

Durante marzo y abril, el fondo del Valle y cada una de sus colinas están cubiertos de una alfombra continua de flores amarillas y moradas, con predominio de amarillo. En su mayoría son flores compuestas de carácter sociable, con algunas *Claytonia*, *Gilia*, *Eschscholtzia*, violetas blancas y amarillas, lilas azules y amarillas, *Dodechateon* y *Eriogonum* en un laberinto casi flotante de hierbas moradas. Solo hay una planta trepadora en el Valle: la *Megarrhiza* o «Gran raíz». El único arbusto a menos de una milla a la redonda, de unos cuatro pies de altura, crece en unas formaciones que resaltan tanto sobre la uniformidad del lugar que mi perro ladra furiosamente cuando las ve, dando vueltas alrededor de ellas a una distancia prudencial, como si se tratara de un oso. Algunas de las colinas tienen costillares de roca de colores brillantes, a causa de los líquenes rojos y amarillos, y en los recovecos más húmedos crecen musgos exuberantes: *Bartramia, Dicranum, Funaria*, y diversos *Hypnum*. En las oquedades frescas a las que no llega el sol, los musgos aparecen

[3]Formaciones rocosas célebres del valle de Yosemite. (N. del T.)

acompañados por helechos: un *Cystopteris* y un pequeño helecho de roca moteado de oro, *Gymnogramma triangularis*.

El Valle no es rico en pájaros. El turpial gorgeador anida aquí, y también lo hacen el pequeño mochuelo de madriguera, el chorlitejo colirrojo y una clase de golondrina. De vez en cuando, algunos patos visitan sus aguas, y unas pocas garzas altas —la azul y la blanca— se dejan ver a veces acechando junto al arroyo; el gavilán y el águila gris vienen por aquí a cazar. El turpial, casi el único cantor de todo el Valle, no es igual al turpial oriental, aunque sí muy parecido; la mayor riqueza de flores y cielos que hay aquí le han inspirado una canción mejor que las de sus parientes del atlántico.

He escuchado aquí tres cantos de turpial distintos. El primero, que memoricé durante una de sus congregaciones excepcionales, puede escribirse como «ui-ro spi-ro ui-o uir-li ui-it». El 20 de enero de 1869, cantaban «cuid-lix budel», repetido con gran regularidad durante horas, en una música tan dulce como el cielo mismo que la dictaba. El día 22 de ese mismo mes, cantaban «chi chul chedildi chudildi». La canción de estos turpiales es una gran fuente de inspiración, algo que entienden de manera universal todos los seres humanos. Al parecer, es la única canción de estas colinas que ha sido creada pensando en nosotros. La música es una de las propiedades de la materia, en cualquiera de sus posibles formas de organización. El aire está hecho especialmente para estallar en el pecho del turpial, de la misma manera que otros fragmentos infinitesimales de aire hacen su canción al chocar con los ángulos y cavidades de un grano de arena, compuesto con la misma perfección que los himnos gloriosos del mundo. Pero nuestros sentidos no son lo suficientemente delicados como para escuchar sus tonos. Imagina la melodía pulsante que hacen al ondear las inmensas extensiones de flores del Valle, con millares de voces de pétalos y pistilos bien afinados, y montones de polen tallado. Ninguna de esas notas es para nosotros,

pero aun así debemos agradecer al Señor por ese bendito instrumento que se esconde bajo el plumaje del turpial.

El águila no habita en el Valle, tan solo lo sobrevuela para cazar a la liebre de orejas grandes. Un día vi un magnífico ejemplar cernirse sobre una colina, y me preguntaba qué sería aquello que hacía que la reina de los cielos bajase a la hierba junto a los turpiales. La observé con atención y descubrí la causa de su descenso a tierra. Tenía hambre y estaba posada mirando una liebre parada y erguida frente a la entrada de su madriguera, y que a su vez miraba cara a cara a su compañera alada. Estaban a unos diez pies de distancia la una de la otra. Si el águila intentaba atrapar a la liebre, esta desaparecería de inmediato bajo tierra. Si la liebre se cansaba de estar quieta y se aventuraba a ir por la colina hacia otra madriguera, el águila se abalanzaría sobre ella con un simple batir de alas, la mataría, la llevaría a su mesa de piedra favorita, saciaría su hambre, borraría toda huella de la carnicería y volvería a surcar los cielos.

Desde que se han llevado a los antílopes, las liebres son los animales más veloces del Valle. Cuando un perro las persigue, no buscan una madriguera, como hacen cuando ven las alas del águila, sino que corren en zigzag de una colina a otra, raudas y sin esfuerzo como la sombra de un pájaro. Una que medí tenía doce pulgadas de alto a la altura de los hombros. El cuerpo medía dieciocho pulgadas desde la cola hasta la punta de la nariz, Sus grandes orejas medían seis pulgadas y media de largo y dos de ancho. A pesar de su gran tamaño, llevan las orejas de manera elegante y favorecedora, y es por ellas que reciben el nombre cariñoso con el que se las conoce habitualmente: «conejo de orejas de burro». Las liebres son muy abundantes por toda la llanura, y también en las zonas soleadas y sin demasiado arbolado al pie de las colinas, pero no llegan a los pinares densos.

Los coyotes, también llamados lobos de California, se dejan ver en ocasiones cerca del Valle, pero no son numerosos, y un buen número

de ellos han sido esquilmados a causa de los cepos y los venenos que ponen los ganaderos de ovejas. El coyote tiene aproximadamente la talla de un pequeño perro pastor, hermoso y de movimientos ágiles, con las orejas tiesas y una cola plumosa como la de un zorro. Puesto que le gusta el cordero, los ganaderos, al igual que casi toda la gente educada, lo detestan de manera cordial.

La marmota es el animal más común del Valle. En varias de las colinas hay un estrato blando en el que han excavado los túneles que les sirven de hogar. Es interesante observar estas ciudades de roedores en momentos de alarma. Su única avenida circular resuena con gritos afilados: «Sikit, sik sik, sikit». Los vecinos más cercanos se asoman con precaución y se ponen a charlar en voz baja y cuchicheante. Otros, rígidos y bien erguidos, ya sea a la entrada de la madriguera o en la roca por encima de esta, gritan nerviosos como si quisieran llamar la atención sobre los movimientos o el aspecto del enemigo. Al igual que el lobo, este pequeño animal es una criatura maldita, debido a su afición por el grano. Es una pena que la Naturaleza haya creado tantas pequeñas bocas con un paladar del mismo gusto que el nuestro.

En el Valle, todas las estaciones son cálidas y soleadas, y hay flores durante todo el año. Pero el gran arranque de la génesis anual de la vida vegetal y de los insectos viene determinado por la llegada de las lluvias, normalmente entre diciembre y enero. Es entonces cuando el aire, caliente y opaco, se limpia y se refresca. Las semillas de las plantas, que durante seis meses han estado acostadas sobre la tierra, secas como si hubieran estado guardadas en el silo de un granjero, de pronto despliegan la vida que atesoran. Las moscas zumban sus delicadas canciones. Las mariposas abandonan sus ataúdes, como cotiledones saliendo de sus cáscaras. La red de cursos de agua secos que cubre valles y hondonadas de pronto se inunda de aguas brillantes que centellean y se vierten de poza en poza, como momias polvorientas que volvieran de entre los muertos y recobraran su vida y su risa, su color y su sangre. El tiempo

gana en hermosura, cual una flor. Sus raíces en el suelo desarrollan grupúsculos de días de unas pocas semanas de duración, separados y a la sombra de un follaje de nubes; o bellas horas de una luz madura ondean sobre las sombras del cielo, como racimos de bayas semiocultos entre las hojas.

Estos meses que son parte de la denominada estación lluviosa no traen, sin embargo, gran cantidad de lluvia. En ningún otro lugar de Norteamérica, y quizás del mundo, los eneros están bañados de una luz tan vital. Al consultar mis notas de 1868 y 1869, veo que la primera lluvia intensa de la temporada cayó el 18 de diciembre. Enero trajo sobre el Valle, durante el día, solo veinte horas de lluvia, divididas en seis días lluviosos. Febrero solo tuvo tres días de lluvia, sumando un total de dieciocho horas y media. Marzo tuvo cinco días de lluvia. Abril tuvo tres, con un total de siete horas de lluvia. Mayo también tuvo tres, con nueve horas de lluvia, y con ello cerró lo que llamamos «estación lluviosa» de ese año, que probablemente estuvo en valores promedio. No hay que olvidar que este registro no considera las lluvias caídas durante la noche.

Las tormentas en esta región carecen de la estructura sublime y la pompa que caracterizan a las tormentas en el valle del Mississippi. Aun así, hemos visto tormentas en estas llanuras desnudas, en mitad de noches de oscuridad cerrada, que eran tan sublimes e impresionantes como las más nobles tormentas de las montañas. El viento, que cuando el día está en calma sopla del noroeste, lo hace ahora desde el sudeste; el cielo se va cuajando gradualmente hasta formar una nube homogénea, continua y sin relieve, y entonces llega la lluvia, derramándose de manera constante y a menudo en oblicuo a causa de los fuertes vientos. En 1869, más de tres cuartas partes de las lluvias invernales venían del sudeste. El 21 de marzo tuvo lugar una magnífica tormenta del noroeste; una nube inmensa y con su cima redondeada vino navegando con una majestuosidad imponente por encima de las colinas floridas, entregán-

donos agua como si se tratase de un mar. Esta columna pasional de agua duró apenas un minuto, pero aun así fue la más increíble catarata que yo había visto nunca sobre las montañas del cielo. Hacia la Sierra, una parte del cielo estaba adornada con algunas pinceladas de nubes como gasas blancas, y sobre estas se derramaba el torrente de lluvia hasta una gran altura, en una cascada que, al igual que las de Yosemite, no estaba hecha de bruma o lluvia o agua. En ese mismo año, la nubosidad de enero, sin contar los días de lluvia, fue en promedio del 32 %. Febrero, 13 %; marzo, 20 %; abril 10 %, mayo, 8 %. La mayor parte de esta nubosidad se registró en unos pocos días, de manera que los restantes fueron masas de luz sólida y universal.

A final de enero, cuatro plantas estaban en flor: un pequeño berro blanco que crecía en grandes manchas; una planta baja y umbelada, de flores amarillas; un *Eriogonum* con flores agrupadas en roseta y sin hojas; y una pequeña borraja. Cinco o seis musgos se habían ajustado sus capuchas y estaban en lo mejor de la vida. En febrero, las ardillas, las liebres y las flores gozaban de la primavera. Constelaciones de plantas brillantes centelleaban por doquier en los alrededores del Valle. Las hormigas se preparaban para su trabajo, frotando sus patas al sol sobre los montones de cáscaras junto a la entrada de sus hormigueros; abejorros «fornidos y somnolientos»[4] cubiertos de polen zumbaban sobre las flores; y las arañas estaban ocupadas remendando sus telas o tejiendo otras nuevas. Cada día nacían nuevas flores y brotaban de la tierra como niños de ropas alegres que salieran de la iglesia. El aire limpio se hacía más musical cada día gracias a las criaturas aladas, y más dulce con el respirar de las plantas.

En marzo, la cantidad de plantas crece hasta más del doble. Los pequeños berros, pioneros entonces, a estas alturas ya han dado semillas y lucen unas silicuas con finos bordados. Se pueden encontrar varias

[4] «burly, dozing humble-bees». Del poema *The Humble-Bee* de Ralph Waldo Emerson. (N. del T.)

Claytonia, y también un *Leptosiphon* grande y blanco, y dos *Nemophila*. Un pequeño *Plantago* alcanza la altura suficiente para ondear y proyectar unos rizos sedosos de sombra. Hacia el final de este mes o principios de abril, la vegetación alcanza su máximo esplendor. Son pocos los que tienen una idea veraz de su increíble riqueza. Cuenta las flores de cualquier parte de estas veinte colinas, o del fondo del Valle, entre los ríos, y descubrirás que hay entre mil y diez mil en cada yarda cuadrada, y eso contando como una sola flor los capítulos de las compuestas. Las compuestas amarillas forman con diferencia la mayor parte de esta senda dorada. Ojalá el sol las alimente con su luz más nutritiva, que estos pequeños soles brillantes son sus verdaderos hijos: rayos de sus rayos, haces luminosos de su haces luminosos. Uno se siente tentado a pensar que estos días de California reciben más oro del suelo que el que le dan. En efecto, la tierra se ha convertido en un cielo, y ambos cielos sin nubes, lanzándose el uno al otro rayos de sol y de flores, se funden uniendo sus dorados y forman una única y brillante verdad celeste. A finales de abril, la mayoría de las plantas del Valle tienen sus semillas ya maduras y han muerto, pero aun así, antes de pudrirse, colaboran en el paisaje con el color de sus involucros persistentes y de los capítulos de brácteas a modo de corola.

En mayo, tan solo quedan vivos unos pocos lirios y *Eriogonum* bien enraizados. Junio, julio, agosto y septiembre son los meses en que las plantas descansan, seguidos en octubre por una ausencia de vida vegetal, durante la época más seca de todo el año. Una planta pequeña y poco conspicua, la *Hemizonia virgata*, de entre seis pulgadas y tres pies de alto, con hojas pálidas y glandulares, florece de pronto como un estallido en manchas que cubren millas de terreno, como si el oro de abril resucitase. He contado hasta más de tres mil inflorescencias en una sola planta. Tanto las hojas como los pedúnculos son tan pequeños que resultan invisibles entre tal número de florecillas doradas que parecen

mantenerse en su sitio sin que nada las sostenga, como estrellas en el cielo.

Los capítulos tienen un diámetro de unos cinco octavos de pulgada, con las flores y sus pedúnculos de color amarillo, y los estambres de color púrpura. El viente predominante en verano hace que se giren todos ellos hacia el sudeste. A causa de la secreción cerosa de sus hojas e involucros, se la conoce generalmente con el feo nombre de «hierba de alquitrán». Se puede decir que es la representante más deliciosa de la familia de las compuestas que habitan en la llanura. Se mantiene en flor hasta noviembre, enlazándose con un *Eriogonum* que continúa la cadena florar durante diciembre hasta que llegan las plantas primaverales de enero. De esta manera, y aunque casi toda la vida vegetal del año se concentra en febrero, marzo y abril, el ciclo de las flores nunca se rompe en Twenty Hill Hollow.

El Valle puede visitarse con facilidad de camino a Yosemite, ya que no hay más que unas seis millas hasta Snelling's. Para el naturalista, resulta interesante durante todo el año, pero hay poco de interés para la mayoría de turistas si no es entre enero y abril. Si quieres ver cuánta luz y vida puede caber en un enero, ve a este Valle bendito. Si quieres ver cómo las plantas resucitan —millares de flores brillantes que surgen del suelo y se congregan en multitudes, como almas para ser juzgadas—, ve a Twenty Hill en febrero. Si viajas en busca de salud, no hagas caso a médicos y amigos, llena de galletas tus bolsillos y escóndete en las colinas del Valle, lávate en sus aguas, broncéate en sus luces de oro, empápate del brillo de sus flores, y estos bautismos te harán sin duda una criatura nueva. O, si estás ahogado bajo los sedimentos de la sociedad, cansado del mundo, aquí desaparecerán todas tus dudas, se desharán tus incrustaciones carnales y tu alma respirará profundamente, libre en la atmósfera divina y sin orillas de la belleza y el amor.

Yo nunca olvidaré mi bautismo en esta fuente. Tuvo lugar en enero, un día de resurrección para mí y para muchas plantas. De pronto me

encontré en una de las colinas; la colina estaba desbordada de luz, como una fuente, y solo algunos recovecos quedaban sin luz, reservados para los musgos y los helechos. El arroyo de Hollow Creek corría centelleante y maravilloso como un verdadero río. La tierra liberaba vapores fragantes. La luz, de una riqueza indescriptible, cuidaba maternalmente las flores. No cabe duda, me dije, que California es el Estado Dorado[5]: oro metálico, oro solar y oro vegetal. Todo el sol de un verano completo parecía estar condensado en ese día resplandeciente. Cualquier rastro de penumbra había sido borrado del cielo; se habían desempolvado y limpiado las montañas con la gamuza de las nubes: el pico Pacheco, el monte Diablo y el muro ondeante y azul entre ellos. La gran Sierra se alzaba a lo largo del borde de la planicie, con cuatro bandas horizontales de colores distintos: la más baja, de rosa púrpura; la siguiente, de púrpura oscuro; la siguiente, azul; y, sobre todas ellas, la hilera blanca de picos apuntando hacia los cielos.

Cabe preguntar, ¿qué tienen que ver con Twenty Hollow unas montañas que se encuentran a cincuenta o cien millas de distancia? Para quien ama la naturaleza salvaje, esas montañas no están a cien millas. Su fuerza espiritual y la bondad del cielo las aproximan, como un círculo de amigos. Se elevan como parte de las paredes hechas de colinas que delimitan el Valle. No puedes percibir que estás en el exterior; la llanura, el cielo y las montañas irradian belleza que puedes sentir. Te bañas en estos rayos espirituales y das vueltas y vueltas, como si estuvieras calentándote alrededor de una hoguera. En ese momento, pierdes la conciencia de tu propia existencia como algo individual y separado: te fundes con el paisaje y te conviertes en parte integrante de la naturaleza.

[5]California se conoce como «The Golden State» (El Estado Dorado) (N. de T.)

Mi primer verano en la Sierra

Por la falda del monte con un rebaño de ovejas

En el gran valle central de California solo hay dos estaciones: primavera y verano. La primavera comienza con la primera tormenta, normalmente en noviembre. En unos pocos meses, la maravillosa vegetación floral está en pleno esplendor, y para final de mayo está muerta, reseca y quebradiza, como si cada planta se hubiera secado en un horno.

Es entonces cuando los rebaños y manadas sedientos se conducen a los pastos altos, frescos y verdes de la Sierra. En esta época, yo tenía anhelo de montaña, pero el dinero era escaso y no veía la manera de garantizarme el pan. Mientras le daba vueltas a este asunto de procurarme el sustento, tan problemático para un errabundo, e intentaba creer que podría aprender a vivir como los animales salvajes, recogiendo aquí y allá semillas y bayas, deambulando y saltando en gozosa independencia de equipaje y dinero, el señor Delaney, un ganadero para el que había trabajado algunas semanas, me llamó y me ofreció ir con su pastor y su rebaño a las cabeceras de los ríos Merced y Tuolumne —lo cual era exactamente la región que tenía en mente—. Yo estaba dispuesto a aceptar cualquier trabajo que me llevara a las montañas, cuyos tesoros había probado el verano anterior en la región de Yosemite. El rebaño, me

explicó, iría ascendiendo gradualmente a través de las distintas franjas de vegetación a medida que la nieve se derritiera, parándose durante algunas semanas en los mejores lugares por los que pasásemos. Pensé que aquellos serían buenos lugares de observación, desde los que podría hacer numerosas excursiones en un radio de ocho o diez millas para aprender algo de las plantas, animales y rocas, por cuanto él me aseguró que tendría plena libertad para seguir con mis estudios. Estimé, sin embargo, que yo no era la persona adecuada para el puesto, y con confianza le expliqué mis limitaciones, confesándole que desconocía por completo la topografía de las montañas más altas, los ríos que habría que cruzar, así como los predadores que podrían atacar a las ovejas. En resumen, que entre los osos, coyotes, ríos, cañones y el chaparral espinoso, temía que la mitad de su rebaño se perdiera. Por fortuna, al señor Delaney esto le parecía irrelevante. Lo principal, dijo, era tener en el campamento a un hombre en quien pudiera confiar para ver que el pastor cumplía su cometido, y me aseguró que las dificultades que se me antojaban tan grandiosas desde la distancia desaparecerían según fuéramos avanzando. Me animó más aún, diciéndome que el pastor se encargaría de todo el trabajo, que yo podría estudiar las plantas y las rocas y el paisaje tanto como quisiera, y que él mismo nos acompañaría hasta el primer campamento y vendría en ocasiones a los de más altura, para reponer las provisiones y ver si todo iba bien. En consecuencia, decidí ir, aunque al ver a las ovejas atontadas pasando de una en una por la estrecha puerta del corral para que las contasen, seguía temiendo que de las dos mil cincuenta que allí había, muchas nunca regresarían.

Tuve suerte de conseguir un buen san bernardo como compañero. Su dueño, un cazador con quien tenía alguna relación, vino rápido a verme en cuanto supo que iba a pasar el verano en la Sierra, y me pidió llevarme a su perro favorito, Carlo, pues temía que, si se quedaba en las llanuras, el intenso calor pudiera matarlo.

—Creo que puedo confiar en que le tratarás bien —dijo—, y estoy seguro de que él te tratará bien a ti. Lo sabe todo sobre los animales de la montaña, vigilará el campamento, ayudará a controlar las ovejas, y será fiel y capaz en todo momento.

Carlo sabía que hablábamos de él, miraba nuestras caras y escuchaba con tal atención que se hubiera dicho que nos entendía. Llamándole por su nombre, le pregunté si quería ir conmigo. Me miró a la cara con unos ojos que expresaban una inteligencia maravillosa, luego se volvió hacia su amo y, después de que este le hubiera dado permiso agitando hacia mí su mano y dándole una caricia de despedida, me siguió en silencio como si comprendiera todo lo que habíamos dicho y me conociera desde siempre.

3 de junio de 1869. —Esta mañana se empaquetaron en dos caballos las provisiones, los cacharros, las mantas, las prensas para herborizar y el resto de cosas. El rebaño enfiló hacía las faldas pardas y allá salimos envueltos en una nube de polvo: el señor Delaney, alto y huesudo, con perfil de Don Quijote, guiando los caballos; Billy, el orgulloso pastor; un chino y un indio para ayudar a la marcha durante los primeros días en las faldas llenas de matorrales; y yo, con la libreta amarrada a mi cinturón.

El rancho desde el que partimos está en la orilla sur del río Tuolumne, cerca de French Bar, donde las faldas de pizarras moteadas de oro se sumergen bajo los depósitos estratificados del valle central. No habíamos recorrido ni una milla cuando algunos de los viejos líderes del rebaño empezaron, con su manera entusiasta de correr, a dar señales de que ya estaban pensando en los pastos altos que habían disfrutado el verano anterior. Pronto el rebaño al completo se llenó de emoción y esperanza: las madres llamaban a sus corderos y los corderos respondían en tonos maravillosamente humanos, interrumpiendo de cuando en cuando sus llamadas trémulas para dar con prisa un bocado a las

hierbas marchitas. Entre este aparente babel de balidos, cada madre y su pequeño se reconocían el uno al otro mientras desfilaban sobre las colinas. En caso de que un pequeño cordero, medio dormido entre el polvo asfixiante, no contestara, la madre regresaba a través del rebaño hasta donde hubiera escuchado su réplica por última vez, y no se dejaba consolar hasta que lo encontraba, uno entre mil, aun pareciendo todos idénticos a nuestra vista y nuestros oídos.

El rebaño avanzaba del orden de una milla por hora, abierto en forma de triángulo irregular, aproximadamente de cien yardas de ancho en la base y ciento cincuenta de largo, con una punta revirada y siempre cambiante en la que se situaban los animales más fuertes, llamados «líderes». Los más activos de entre ellos andaban dispersos a lo largo de los lados irregulares del «cuerpo principal» y exploraban con premura los recovecos en las rocas y entre los arbustos, a la búsqueda de hierba y hojas. Los corderos y las madres viejas que se rezagaban en la retaguardia constituían la llamada «cola» del rebaño.

Al mediodía, el calor era difícil de soportar; las pobres ovejas jadeaban lastimeras e intentaban pararse a la sombra de cada árbol por el que pasaban, mientras a través del resplandor mirábamos con anhelo hacia las montañas nevadas y los ríos, aun cuando ninguno de ellos estaba todavía a la vista. El paisaje no es más que una sucesión de colinas ondulantes a las que aquí y allá le dan aspereza los arbustos, los árboles y las protuberancias de pizarra. Los árboles, en su mayoría roble azul (*Quercus douglasii*), tienen treinta o cuarenta pies de alto, con hojas pálidas verdeazuladas y corteza blanca, y crecen dispersos en los suelos menos profundos o en las grietas de las rocas donde los fuegos herbáceos no alcanzan. En muchos lugares, las pizarras se alzan abruptas a través de la hierba pajiza, en losas cubiertas de liquen que se dirían lápidas en un cementerio desierto. A excepción del roble y de cuatro o cinco especies de lirio y manzanita, la vegetación de las faldas es más o menos la misma que la de las llanuras. Vi esta región a comienzo de la primavera,

cuando era un jardín encantador lleno de pájaros, abejas y flores. Ahora el tórrido calor lo agosta todo. El suelo está lleno de grietas, los lagartos se deslizan por las rocas, y las hormigas, en números desorbitantes, vibran con una energía inagotable mientras corren en largas hileras a luchar y recolectar comida, como minúsculos destellos de vida más brillantes que nunca bajo el calor. Es algo increíble que no se sequen tras unos pocos segundos bajo este sol ardiente. Algunas serpientes de cascabel se enroscan sobre sí mismas en lugares apartados, pero se las ve raramente. Las urracas y los cuervos, normalmente vocingleros, están ahora en silencio, mezclados entre ellos a la sombra de los mejores árboles, alicaídos y con los picos abiertos, faltos de aliento para hablar. Las codornices también intentan mantenerse a la sombra, cerca de los pocos manantiales tibios; los conejos de cola de algodón corren de sombra en sombra por entre los lirios y, en ocasiones, se ve a la liebre con su largas orejas trotar grácilmente en los espacios abiertos.

Después de una pequeña pausa en un bosquecillo, el pobre rebaño, ahogado por el polvo, se puso de nuevo en marcha por las colinas de arbustos, pero la senda poco marcada que habíamos venido siguiendo desapareció cuando más la necesitábamos, obligándonos a detenernos y buscar alrededor para recuperar la orientación. El chino pensaba que estábamos perdidos, y hablaba en su torpe inglés acerca de la abundancia de «piqueños palitos» (el chaparral). El indio, por su parte, barría en silencio con la mirada las crestas y las gargantas en busca de algún paso. Avanzando a través de la jungla espinosa, descubrimos una pista en dirección a Coulterville, la cual seguimos hasta una hora antes del atardecer, cuando alcanzamos un rancho seco donde acampamos para pasar la noche.

Acampar en las faldas de la montaña con un rebaño es fácil y sencillo, pero está lejos de ser agradable. A las ovejas se les permitía comer lo que encontraran en los alrededores hasta después del atardecer, vigiladas por el pastor, mientras el resto recogían leña, encendían un fuego,

cocinaban, deshacían el equipaje y daban de comer a los caballos. Al anochecer, se las reunía en el claro más elevado cerca del campamento, donde se congregaban con gusto junto a las demás y, después de que cada madre hubiera encontrado a su cordero y lo hubiera amamantado, se tumbaban todas y no precisaban más atención hasta por la mañana.

La cena se anunció al grito de «¡El rancho!». Cada uno se sirvió su parte en un plato de metal, directamente desde las ollas y sartenes, mientras se charlaba sobre asuntos como el forraje para las ovejas, las minas, los coyotes, los osos, o las aventuras de los días memorables de la fiebre del oro. El indio se mantenía en un segundo plano sin decir ni una palabra, como si perteneciera a otra especie. La comida concluyó, se alimentó a los perros, los fumadores fumaron junto al fuego y, bajo la influencia conjunta del estomago lleno y el tabaco, la calma que se instaló en sus rostros parecía casi divina, algo así como el halo tenue y meditativo con que se retrata a los santos. Entonces, de pronto, como si despertaran de un sueño, cada uno de ellos tiró las cenizas de su pipa soltando un suspiro o un gruñido, bostezó, contempló el fuego unos instantes, dijo «bueno, creo que me retiro», y desapareció sin más bajo sus mantas. Las brasas parpadearon durante algunas horas más; las estrellas brillaban con más fuerza; los mapaches, coyotes y búhos quebraban el silencio acá y allá, mientras que los grillos y las ranitas hacían una música continua y jovial, tan idónea y completa que parecía ser parte misma de la noche. Las únicas discordancias las ponían un roncador y las ovejas que tosían por el polvo en sus gargantas. A la luz de las estrellas, el rebaño parecía una gran manta gris.

4 de junio —El campamento se puso en pie con las primeras luces; café, beicon y judías para el desayuno, y después se hizo una rápida limpieza de los platos y se recogió el equipaje. Al amanecer, comenzó un balar general. Tan pronto como una madre se levantaba, su cordero venía a por su desayuno, y después de que se amamantara al millar de

pequeños, el rebaño empezó a dispersarse y mordisquear. Los carneros impacientes, con apetito voraz, fueron los primeros en moverse, pero no se atrevieron a alejarse del cuerpo principal. Billy, el indio y el chino los mantuvieron enfilados a lo largo de la carretera, y les dejaban coger lo poco que encontraran en una franja de un cuarto de milla de ancho. Pero como varios rebaños habían pasado por allí antes que nosotros, apenas quedaba una sola hoja, ya fuera fresca o seca. Hubo que apresurar el rebaño hambriento sobre las colinas secas y desnudas, hacia los pastos verdes más cercanos, a unas veinte o treinta millas.

Don Quijote conducía los animales de carga, con un rifle sobre su hombro por si aparecían lobos u osos. El día ha sido tan caliente y polvoriento como el primero, sobre colinas de pendientes dulces y con la misma vegetación, salvo el pino real (*Pinus sabiniana*), de aspecto extraño, que aquí forma pequeños bosquetes o aparece disperso entre los robles azules. El tronco se bifurca a una altura de quince o veinte pies en dos o más brazos, inclinados o casi verticales, con muchas ramas desordenadas y unas acículas largas y grises, sin apenas dar sombra. En general, parece más una palmera que un pino. Las piñas tienen seis o siete pulgadas, unas cinco de diámetro, son muy pesadas, y duran mucho una vez caen, de forma que al pie de los árboles el suelo está cubierto de ellas. Dan buena resina y hacen fuegos luminosos, los más hermosos que he visto nunca junto con los de espigas de maíz. Los piñones, dice nuestro Don Quijote, los recogen en gran cantidad los indios Maidu como alimento. Tienen más o menos el tamaño de avellanas. Es decir, que de una misma fruta se obtienen alimento y fuego dignos de los mismísimos dioses.

5 de junio. —Esta mañana, algunas horas antes de partir con la nube de ovejas, subimos a la primera terraza en las estribaciones de Pino Blanco. Los pinos reales me interesan mucho. Son tan etéreos y tan extrañamente parecidos a palmeras que estaba deseoso de dibujarlos

y tenía una emoción febril. A pesar de ello, no logré dibujar nada. Conseguí, no obstante, hacer una parada lo suficientemente larga como para pintar un bosquejo tolerablemente correcto del pico Pino Blanco desde el lado sudoeste, donde hay un pequeño campo y viñedos regados por un río que hace una bella cascada en una garganta al lado de la carretera.

Al alcanzar lo alto de esta primera terraza, con el alborozo lógico a causa de la elevación y con la esperanza agitada por la perspectiva que desde allí tendríamos, se apareció frente a nosotros una vista magnifica de una sección del valle del Merced, en la parte que llaman Horseshoe Bend: una naturaleza gloriosa que parecía estar llamando con un millar de voces cantoras. En primer plano, las colinas, emplumadas de pinos y manchas de manzanita con espacios abiertos y soleados entre ellas. Al fondo, pliegues y más pliegues de riscos y colinas bien torneados que se alzan en la distancia en masas montañosas, todos ellos tapizados de un chaparral espeso, en su mayoría de *Adenostoma*, tan uniforme y denso que parece de felpa, sin un solo árbol ni un espacio vacío. Hasta donde la vista alcanza, se extiende un mar abultado de verdor igual de continuo y regular que un brezal de Escocia. La escultura del paisaje es tan llamativa en sus líneas principales como en su exagerada riqueza de detalles; una congregación grandiosa de enormes alturas con el río centelleando entre ellas, y cada una tallada en un repliegue suave y elegante sin dejar expuesto ni un solo ángulo de roca, como si se hubiera pulido cuidadosamente el conjunto de canales y riscos creado a partir de las pizarras metamórficas. El paisaje al completo daba muestras de un cierto diseño, como las más nobles esculturas hechas por el hombre. ¡Qué maravilloso el poder de su belleza! Contemplándolo embelesado, lo habría dejado todo por él. Belleza más allá de lo imaginable en todas partes, por alto y por bajo, creada por y para siempre. Observé y observé y anhelé y admiré hasta que la polvareda de los caballos y las ovejas se perdió de vista, y tomé unas notas con prisa e hice un dibujo a pesar de

no haber necesidad alguna de ello, por cuanto los colores y las líneas y la expresión de este paisaje están tan marcadas a fuego en mi mente y mi corazón que a buen seguro no se borrarán nunca.

La tarde de este día mágico es fresca, calmada, con el cielo despejado y llena de una luminosidad que nunca antes vi: masas brillantes con forma de nube se vislumbran bajo los árboles, más parecidas a las luciérnagas palpitantes de los prados de Wisconsin que a lo que llaman «fuego salvaje». Los pelos erizados de las colas de los caballos y los hilos de nuestras mantas dan muestra de lo cargado de electricidad que está el aire.

6 de junio. —Estamos ahora en lo que podría llamarse la segunda terraza de la cordillera, después de mucho subir y bajar por los cinturones de colinas ondulantes, por supuesto con los correspondientes cambios de vegetación. En los claros, se ven todavía las mismas plantas compuestas que en las zonas bajas, amén de lirios mariposa y otra clase de lirios, pero los robles azules típicos del piedemonte se han quedado abajo y su lugar lo ocupan los robles negros (*Quercus californica*), altos, con hojas caducas de lóbulos profundos, el tronco pintorescamente bifurcado y una copa amplia, compacta y bien formada. A una altura de unos dos mil quinientos pies, alcanzamos el borde del gran bosque de coníferas, compuesto en su mayoría por pino ponderosa y unos pocos pinos de azúcar. Estamos ya en las montañas y ellas están en nosotros, encendiendo nuestro entusiasmo, estimulando cada nervio, llenándonos cada poro y cada célula. Nuestro sagrario de carne y hueso parece transparente como el cristal a la belleza que nos circunda, como si de verdad fuera una parte inseparable de ella, vibrando bajo los rayos del sol con el aire y los árboles, los ríos y las rocas; una parte de la naturaleza que no es ni joven ni vieja, ni enferma ni sana, sino inmortal. Ahora mismo no soy capaz de imaginar ninguna condición corporal que dependa de la comida o la respiración más que del suelo o el cielo.

Qué espléndida metamorfosis, tan completa y saludable, que no deja más que una leve memoria de los antiguos días de ataduras para que sirvan punto de vista desde el que mirar. Parece que uno hubiera estado siempre en esta nueva forma de vida.

A través de un prado que se abre en el bosque veo los picos nevados donde nace el Merced, por encima de Yosemite. Qué cerca parecen estar y qué nítidos sus perfiles sobre el cielo, o más bien *en* el cielo, por cuanto parecen estar embebidos de él. ¡Qué invitación más poderosa la que extienden! ¿Debería permitírseme ir hasta ellos? Noche y día voy a rezar para poder hacerlo, aunque parece demasiado bueno para ser cierto. Alguien que lo merezca irá, capaz de llevar a cabo este trabajo divino, pero por ahora solamente puedo deambular cerca de estas montañas, monumentos al amor, satisfecho de ser un sirviente más, uno de tantos, en una naturaleza tan sagrada.

Encontré un lirio encantador (*Calochortus albus*) en un matorral de *Adenostoma* a la sombra, cerca de Coulterville, acompañado de un *Adiantum chilense*. Es blanco y con una pincelada muy leve de morado en la base de los pétalos, una planta impresionante, pura como un cristal de nieve, uno de los santos vegetales a los que todo el mundo debería amar y purificarse con ellos cada vez que los ve. Hace que el más rudo de los montañeros se comporte de buena manera. El mundo entero parecería rico incluso si no hubiera ninguna otra especie. No es fácil centrarse en seguir a la comitiva mientras plantas como esta predican al borde del camino.

Por la tarde, atravesamos un prado bordeado de pinos, puntiagudos pinos ponderosa casi todos ellos, con algún noble pino de azúcar que extendía sus brazos plumosos sobre sus acompañantes, en un contraste evidente. Es un árbol glorioso, sus piñas miden de quince a veinte pulgadas, balanceándose como borlas en el extremo de las ramas, con una estética admirable. Vi algunas trozas de esta especie en el aserradero de Greeley. Son redondas y regulares como si estuvieran torneadas,

a excepción de las de la base, con algunas protuberancias a modo de contrafuertes. El aroma de la resina almibarada es delicioso y perfuma el aserradero y el almacén de madera. ¡Y qué hermoso es el suelo bajo este pino, alfombrado con acículas y grandes piñas, y los montones de escamas y brácteas y cáscaras alrededor de donde las ardillas se han dado un festín! Sacan las semillas arrancando las brácteas desde la base, siguiendo su orden en espiral, y con las cien o doscientas que hay en una piña deben darse un buen banquete. La ardilla de Douglas sostiene las piñas del pino ponderosa y de otros árboles cabeza abajo en el suelo, sentada con la espalda contra un árbol, probablemente por seguridad. Es extraño, pero no parece mancharse de resina, ni siquiera las patas o los bigotes. Y qué coloridos son los conchales que hace con los restos de las piñas.

Nos acercamos ahora a la región de las nubes y los caudales frescos. Al mediodía, aparecieron sobre Yosemite unos cúmulos blancos y magníficos, cual fuentes flotantes refrescando el monte o montañas celestes en cuyas colinas perladas y valles los ríos se alzan; son bendiciones de lluvia y sombras frescas. Ningún paisaje rocoso es más variado o parece estar más delicadamente modelado que este del cielo; cúpulas y picos que surgen y se alzan, blancos como el más fino de los mármoles y trazados con firmeza, en una impresionante manifestación de la arquitectura universal. Cualquier nube de lluvia, no importa cuán ínfima, deja su marca no solo en los árboles y las flores a quienes acelera su pulso, o en los ríos y lagos a los que revitaliza, sino también en las rocas, donde deja tallada su firma ya sea que la veamos o no.

He estado examinando el curioso e influyente arbusto *Adenostoma fasciculata*, que advertí por primera vez cerca de Horseshoe Bend. Es muy abundante en las pendientes inferiores de la segunda terraza cerca de Coulterville, formando una espesura densa y casi impenetrable que se ve oscura desde la distancia. Pertenece a la familia de las rosas, tiene entre seis y ocho pies de alto, con hojas redondeadas en forma de agujas

y una corteza rojiza que se deshace con la edad. Crece en las pendientes castigadas por el sol y, al igual que sucede con la hierba, el fuego se lo lleva por delante con frecuencia, pero rebrota rápidamente de las raíces. Todos los árboles que se sitúan junto a él acaban muriendo por el fuego, y este es sin duda el secreto del carácter ininterrumpido de estas franjas. Algunas manzanitas, que también rebrotan de raíz tras los incendios, consiguen cohabitar con el *Adenostoma*, al igual que algunas compuestas como el romerillo y el *Linosyris*, y algunas lilaceas, en especial *Calochortus* y *Brodiaea*, cuyos bulbos profundos están a salvo del fuego.

Multitud de pajarillos y «pequeñas bestezuelas sedosas, temerosas, escondidas»[1] encuentran morada en sus matorrales más profundos, y las hileras abiertas en los márgenes de las franjas principales dan cobijo y comida a los ciervos cuando las tormentas de verano los desplazan fuera de sus pastos más elevados. ¡Una planta de lo más admirable! Ahora está en flor, y me gusta llevar sus racimos prendidos en ojal.

Azalea occidentalis, otro arbusto encantador, crece junto a los cursos de agua fresca y más arriba en la región de Yosemite. Lo encontramos en flor esta tarde, algunas millas por encima del aserradero de Greeley, donde hemos acampado para pasar la noche. Es pariente cercano de los rododendros, muy vistoso y fragante, y debiera gustar a todo el mundo, no solo por sí mismo, sino por su cohorte de alisos y sauces umbrosos, praderas de helechos y aguas llenas de vida.

Hoy también conocimos otra conífera: el libocedro de California (*Libocedrus decurrens*), un árbol alto con follaje de un amarillo verdoso cálido en penachos planos como los de las tuyas, corteza de color canela, y, puesto que los troncos de los pies más viejos no tienen ramas, hacen unos pilares impresionantes en los bosques donde el sol tiene oportunidad de brillar sobre ellos. Un compañero digno de los pinos

[1] En el original, «Wee, sleekit, cow'rin, tim'rous beasties». La frase proviene del poema *To a mouse* de Robert Burns.(N. del T.)

ponderosa y de azúcar. Me atrae extrañamente este árbol. La madera, densa y marrón, al igual que las hojitas escalonadas, es aromática, y los penachos hacen buenas camas y deben proteger bien de la lluvia. Sería delicioso refugiarse de la tormenta bajo uno de estos viejos árboles nobles y hospitalarios, con sus amplias ramas protectoras arqueándose como una tienda, el incienso ascendiendo desde un fuego hecho con sus ramas secas, y un viento cantarín soplando en lo alto. Pero el tiempo está en calma esta noche y nuestro campamento no es más que un campamento de ovejas. Estamos cerca de la horquilla norte del Merced. El viento de la noche nos cuenta las maravillas de las montañas allá arriba, sus fuentes nevadas y jardines, bosques y arboledas; incluso su topografía está en sus tonos. Y con qué intensidad brillan las estrellas, los lirios siempre vivos del cielo, ahora que hemos ascendido por encima del polvo de las bajuras.

El horizonte es nítido y adornado por una muralla espinosa de pinos, cada árbol armoniosamente vinculado a los demás; símbolos definitorios, jeroglíficos escritos con rayos de sol. ¡Si pudiera entenderlos! Los ríos que fluyen junto al campamento a través de helechos, lirios y alisos tocan una música dulce para el oído, pero la de los pinos alineados junto al borde del cielo es aún más dulce para la vista. Todo ello belleza divina. Podría quedarme aquí plantado sin más que pan y agua, y no me sentiría solo. Amigos y vecinos parecerían todos más cercanos a pesar de las millas y las montañas que nos separan, pues aquí el amor por todas las cosas aumenta.

7 de junio. —Las ovejas estaban enfermas anoche y muchas de ellas aún no están bien, apenas capaces de abandonar el campamento, tosiendo, gimiendo, con un aspecto miserable por haberse alimentado de hojas de azalea. Al menos eso es lo que dicen el pastor y Don Quijote. Habiendo comido no más que un poco de hierba desde que dejamos atrás las llanuras, están hambrientas y comen cualquier cosa verde que

encuentran. Los ganaderos de ovejas llaman a la azalea «veneno para ovejas», y se preguntan en qué pensaba el Creador cuando la hizo. Como puede verse, el negocio de las ovejas ciega y degenera a la persona, a pesar de que en otros tiempos, según se puede leer, se creía que tenía una influencia refinadora. El propietario de ovejas de California está ansioso por hacerse rico, lo cual a veces consigue, pues ahora el pasto no cuesta nada mientras el clima es tan favorable que no hacen falta graneros ni establos. Así pues, puede tener grandes rebaños sin mucho coste y conseguir grandes beneficios, doblando la suma invertida cada año, según dicen. Esta riqueza rápida suele avivar el deseo de tener más aún. Y así, el pobre se ciega y no es ya capaz de ver las cosas que valen la pena.

En el caso del pastor es aún peor, especialmente en invierno cuando vive a solas en su cabaña, pues, aunque a veces se anime con la esperanza de un día ser dueño de un rebaño y hacerse rico como su jefe, al mismo tiempo es probable que se degenere debido a la vida que lleva, y rara vez alcanza la dignidad o las ventajas (o desventajas) de poseer su propio rebaño. La causa de esta degeneración no hay que buscarla muy lejos. El pastor pasa en solitario casi todo el año, y la soledad para la mayoría de la gente es difícil de soportar. Pocas veces se entretiene y ejercita su mente con libros. Cuando vuelve de noche a su cabaña, agotado, no encuentra nada con lo que equilibrar su vida con el universo. No, después de todo el día arrastrando las ovejas, debe procurarse la cena, y lo más probable es que trate de esquivar esta tarea y mate su hambre con lo primero que tenga a mano. Quizás no haya cocido pan alguno, y entonces se preparará unas pocas tortitas grasientas en la sartén sin limpiar, hervirá un té y freirá tal vez unas lonchas de beicon. Normalmente hay melocotones o manzanas secos en la cabaña, pero aborrece tener que molestarse en cocinarlos, así que traga el beicon y las tortitas, y para el resto confía en el efecto estupefaciente del tabaco. Luego a la cama, a menudo sin quitarse la ropa después de llevarla puesta todo el

día. Por supuesto, su salud sufre y ello afecta a su mente, y después de semanas o meses sin ver a nadie, acaba medio loco o loco por completo.

Un pastor en Escocia raramente piensa en ser otra cosa que pastor. Probablemente viene de una raza de pastores y hereda un amor y una aptitud para el trabajo tan notable como la de su perro. No tiene más que un pequeño rebaño, ve a su familia y vecinos, tiene un rato para leer cuando hace buen tiempo, y a menudo lleva sus libros al monte y a través de ellos conversa con los reyes. Los pastores orientales, según leemos, llamaban a sus ovejas por su nombre, y ellas conocían sus voces y les seguían. Los rebaños debían ser pequeños y fáciles de guardar, lo cual permitía tocar la flauta en las colinas y dejaba tiempo para leer y pensar. Pero, sean cuales sean las bendiciones del mundo pastoril en otros tiempos y países, el pastor de California, por lo que he visto y oído, no dura cuerdo mucho tiempo. El balar de las ovejas es la única voz de la naturaleza que oye. Incluso los aullidos de los coyotes pueden ser una bendición cuando se escuchan como es debido, pero él lo hace a través de un marasmo de lanas y carnes, y no le aportan ningún bien.

Las ovejas enfermas se encuentran mejor, y el pastor va perorando sobre los venenos de estos pastos de altura: azalea, laurel de montaña, barrilla. Después de cruzar la bifurcación norte del Merced, giramos a la izquierda hacia el pico de Pilot Peak, y ascendemos a Brown's Flat a través de un risco rocoso cubierto de arbustos. Por primera vez desde que dejamos las llanuras, el rebaño puede disfrutar de hierba verde y abundante. El señor Delaney intenta encontrar un lugar para un campamento permanente en los alrededores, donde quedarse algunas semanas.

Antes del mediodía pasamos la cueva de Bower Cave, un delicioso palacio de mármol, ni oscura ni goteante, sino llena de una luz que se derrama en su interior a través de la amplia entrada que da hacia el sur. Tiene un laguito transparente y profundo con orillas de musgo cubiertas de arces de hojas anchas, todo ello bajo tierra, distinto por

completo a cuanto he visto antes, incluso en Kentucky, donde una buena parte del estado se halla repleto de cuevas. Este curioso paisaje subterráneo se encuentra en una faja de mármol que se extiende, dicen, de norte a sur de la cordillera. Hay otras cuevas en la misma faja, pero ninguna como esta, que combina el brillo soleado del exterior con la belleza cristalina del mundo subterráneo. El dueño es un francés que ha cerrado la entrada con una verja, ha puesto una barca en el lago y asientos en las orillas musgosas bajo los arces, y cobra un dolar por entrar. Al estar en una de las rutas que va al valle de Yosemite, son muchos los turistas que la visitan durante el verano, como un añadido interesante a las maravillas de Yosemite.

El roble venenoso (*Rhus diversiloba*), tanto en forma de arbusto como adherido a rocas y árboles, es habitual en las regiones bajas, hasta una altura de unos tres mil pies sobre el nivel del mar. Es un problema para la mayoría de viajeros, ya que irrita la piel y los ojos, pero se mezcla armoniosamente con las plantas que lo acompañan, y muchas flores confiadas se inclinan hacía él en busca de sombra y protección. A veces he encontrado el curioso lirio *Stropholirion californicum* trepando por sus ramas, sin mostrar miedo sino más bien un compañerismo amigable. Las ovejas lo comen sin que tenga en ellas ningún efecto nocivo aparente, lo mismo que los caballos, aunque estos sin mucho entusiasmo, y para muchas personas es inofensiva. Como muchas otras cosas en apariencia inútiles para el hombre, tiene pocos amigos, y la pregunta de «¿por qué fue creado?» se repite una y otra vez sin pensar que quizás se creó no más que para sí mismo.

Brown's Flat es un valle fértil y poco profundo en lo alto de la divisoria entre la bifurcación norte del Merced y el arroyo de Bull Creek, con vistas espléndidas en todas direcciones. Aquí instaló su cuartel el pionero aventurero David Brown, repartiendo su tiempo entre la búsqueda de oro y la caza de osos. ¿Dónde podría un cazador solitario encontrar una soledad mejor? Buenos trofeos de caza en el bosque, oro

en las rocas, salud y regocijo en el aire, y los colores y las nubes del cielo, inspiradores siempre sin importar la meteorología. Aunque de espíritu práctico como todos los pioneros, parece que el viejo David fue más sensible de lo habitual a la belleza de estos paisajes. El señor Delaney, que lo conoció bien, me cuenta que le encantaba subir a lo alto de un risco para mirar por encima de los bosques los picos nevados y los nacimientos de los ríos, y hacia los valles y gargantas cercanas para anotar dónde trabajaban los mineros o se abandonaban las explotaciones, deduciéndolo a partir del humo de las cabañas y las hogueras, o los sonidos de los picos. Y cuando se oía un disparo, intentaba adivinar quién sería el cazador, si un indio o algún furtivo en sus amplios dominios. Su perro Sandy lo acompañaba a todas partes, y el pequeño montañero peludo conocía bien a su amo y sus propósitos. En la caza del ciervo apenas tenía nada que hacer, solo trotar junto a su amo mientras este avanzaba por el bosque, con cuidado de no pisar con demasiada fuerza sobre las ramas secas, o buscar espacios abiertos en el chaparral donde los animales gustan de alimentarse al alba y al ocaso. También escrutaba desde los riscos al llegar un lugar con una nueva perspectiva, y a lo largo de los bordes de los cauces. Pero cuando se trataba de cazar osos, el pequeño Sandy se convertía en una pieza importante, y Brown se hizo famoso cazando osos. Su método de caza, según lo describía el señor Delaney, que había pasado muchas noches con él en su cabaña solitaria y conocía bien sus historias, era simplemente ir despacio y en silencio a través de los mejores pastos, con su perro, su rifle y algunas libras de harina hasta encontrar un rastro reciente, y después seguirlo hasta el final, sin importar el tiempo que ello llevase. A dondequiera que el oso fuera, él lo seguía, guiado por el pequeño Sandy, que tenía un olfato agudo y nunca perdía el rastro, por muy rocoso que fuera el terreno.

Al alcanzar un promontorio, se escrutaban con detalle los lugares más probables. Según la época del año, se podía deducir así dónde estaría el oso: en primavera y a principio de verano, en los espacios

abiertos cerca de los ríos y en los lugares primaverales comiendo hierba, trébol y altramuces, o en los pastos secos atiborrándose de fresas; hacia el final del verano, en los riscos secos, dándose un banquete de frutos de manzanita, sentado en cuclillas, bajando las ramas con sus zarpas y juntándolas para conseguir buenos puñados que llevarse a la boca, aún con muchas ramillas y hojas; en el veranillo de San Miguel, bajo los pinos, masticando las piñas cortadas por las ardillas, o de vez en cuando subiendo a algún árbol para roer y partir las ramas con frutos. Al final del otoño, cuando las bellotas están maduras, sus comederos favoritos son las arboledas de encina de California en las vaguadas de los cañones. El cazador astuto sabía donde mirar, y pocas veces se encontraba con el oso inesperadamente. Cuando el olor caliente le advertía de que estaba cerca, se paraba un tiempo y oteaba la topografía y la vegetación para descubrir al peludo merodeador, o al menos para calcular dónde había más probabilidad de encontrarlo.

—Siempre que he visto un oso antes de que él me viera —decía el cazador—, no he tenido problema para matarlo. Simplemente estudiaba el terreno y me ponía a sotavento sin importar lo lejos que tuviera que ir, y desde ahí me acercaba hasta unos pocos cientos de yardas, al pie de un árbol al que pudiera trepar pero demasiado pequeño para que el oso pudiera escalarlo. Comprobaba el estado de mi rifle, me quitaba las botas para trepar bien si hacía falta, y esperaba hasta que el oso se pusiera a la vista y yo pudiera hacer un disparo certero o al menos lo suficientemente bueno. En caso de que se resistiera y quisiera luchar, me subía a donde no pudiera alcanzarme. Pero los osos son lentos y de vista torpe, y al estar yo a sotavento no podían olerme, así que lo normal era que tuviera tiempo para un segundo disparo antes de que vieran el humo. Aun así, suelen correr cuando están heridos y van a esconderse entre el sotobosque. Yo les dejaba correr un rato antes de aventurarme tras ellos, y Sandy estaba casi seguro de encontrarlos ya muertos. Si no, ladrada y llamaba su atención, y a veces se acercaba para distraerlos

y morderlos, de forma que yo podía ponerme a una distancia segura para un último disparo. Sí, cazar osos es seguro si se hace de manera correcta, aunque, como todo, hay accidentes, y el perrito y yo hemos tenido algún que otro susto. En general, los osos se mantienen lejos de los humanos, pero si una osa vieja y con oseznos se encontrara con un hombre en su propio territorio, en mi opinión debería intentar atraparlo y comérselo. Sería justo, ya que nosotros nos los comemos a ellos, aunque no sé de nadie por aquí que haya servido de almuerzo a los osos.

Brown había dejado su hogar de la montaña hacía tiempo cuando llegamos, pero un buen número de indios Maidu todavía siguen en las chozas de corteza de cedro en el borde de la llanura. Vinieron atraídos por el cazador blanco al que habían aprendido a respetar y del que esperaban protección frente a sus enemigos los Pah Utes, que en ocasiones venían desde el lado este de la cordillera a saquear los almacenes de los Maidu, más pacíficos, y robar sus esposas.

En el campamento en la bifurcación norte del Merced

8 de junio. —Las ovejas, ahora bien nutridas y tranquilas, han bajado lentamente al valle de la bifurcación norte del Merced, bajo la cresta de Pilot Peak, hasta el lugar que el señor Delaney había elegido para nuestro primer campamento central, una hondonada pintoresca con forma de embudo formada por las laderas de las colinas que convergen en una curva del río. Aquí se han instalado las provisiones y los utensilios, a la sombra de los árboles de la ribera, con camas hechas de frondas de helecho, ramillas de cedro y flores varias, cada una al gusto de su propietario, y un corral en la llanura para el rebaño.

9 de junio. —¡Qué profundo fue nuestro sueño de esta noche en el corazón de la montaña, bajo los árboles y las estrellas, arrullados por el sonido solemne de las cascadas y las voces relajantes en una paz susurrante y dulce! Y nuestro primer día de auténtica montaña, cálido, tranquilo, sin nubes, ¡qué inmensurable parece, qué serenamente salvaje! Apenas puedo recordar su comienzo. A lo largo del río, sobre las colinas, en el suelo, en el cielo, la labor de la primavera avanza con entusiasmo gozoso; nueva vida, nueva belleza, desplegándose, desovi-

llándose en una extravagancia gloriosa y exuberante. Pájaros nuevos en los nidos, nuevas criaturas aladas en el aire, y hojas nuevas, flores nuevas, extendiéndose, brillando, gozando por todas partes.

Los árboles en el campamento crecen los unos cerca de los otros y dan una sombra amplia para los helechos y los lirios, mientras que desde la orilla la luz llega hasta el suelo y convoca a las hierbas y las flores en una variedad gloriosa: bromos altos que ondean como bambús, compuestas estrelladas, *Monardella*, *Calochortus*, *Gilia*, altramuces, violetas, todas ellas hijas agradecidas de la luz. Pronto cada fronda de helecho se desenrollará, se formarán amplias camas de *Pteris* y *Woodwardia* a lo largo del río, y guirnaldas y rosetones de *Pellaea* y *Cheilantes* en las rocas al sol. Algunas de las frondas de *Woodwardia* tienen ya seis pies de alto.

Un arbustillo vistoso, *Chamaebatia foliolosa*, de la familia de las rosas, extiende un manto amarillo-verdoso bajo los pinos de azúcar, ininterrumpido durante millas, sin mezclarse con ninguna otra planta. Como mucho, algún lirio de Washington se asoma sobre la superficie, o un puñado o dos de bromos altos, cual un adorno. Esta alfombra empieza a aparecer digamos que a los dos mil quinientos o tres mil pies, llega hasta la altura de la rodilla o algo más bajo, tiene ramas marrones, y los tallos más largos tienen no más de una pulgada y media de diámetro. Las hojas, de un verde-amarillo claro, tripinnadas y cortadas con precisión, le dan un aspecto como de helecho, y están punteadas de minúsculas glándulas que segregan una cera con un peculiar olor que combina bien con la fragancia sabrosa de los pinos. Las flores son blancas, de cinco octavos de pulgada de diámetro, y recuerdan a las de las fresas. Estoy entusiasmado con este pequeño arbusto. Es el único matorral de la Sierra que forma realmente estas alfombras. La manzanita, el *Rhamnus* y la mayoría de especies de *Ceanothus* hacen tapices peludos y con flecos en lugar de alfombras o mantos.

Las ovejas no van con entusiasmo a sus nuevos pastos, quizás por estar estos demasiado replegados entre las colinas. No se acaban de sentir tranquilas. Anoche estaban asustadas, probablemente por los osos o los coyotes que rondaban planeando cobrarse una parte del gran rebaño.

9 de junio. —Mucho calor. Cogemos agua para el campamento de una poza rocosa al pie de una cascada en el río, en la cual el caudal se anima sin llegar a formar espuma. Las rocas aquí son pizarras metamórficas negras, pulidas dentro del cauce en forma de protuberancias lisas, haciendo contraste con el agua blanca y grisácea mientras escurre y se precipita en láminas y corrientes trenzadas.

Los juncales sobre las rocas que asoman del agua producen un efecto encantador, con las hojas largas y elásticas arqueándose en todas direcciones, y las puntas de las más largas sumergiéndose en la corriente, que rompe contra las rocas y forma estrías aún más finas, y de este modo las rocas y los juncos trabajan unidos para hacer más hermoso el arroyo. Pero eso no es todo: la saxifraga gigante también crece en algunas de estas isletas rocosas, anclada firmemente, y muestra sus hojas anchas y redondas cual sombrillas, ya sea en grupos solitarios o bien por encima de los juncos. Las flores de esta especie (*Saxifraga peltata*) son moradas y forman racimos altos y grandulares que florecen antes de que salgan las hojas. Las raíces, de aspecto carnoso, se aferran a las grietas y los agujeros, y permiten a la planta soportar alguna crecida ocasional. Se trata, pues, de una especie elegida que la Naturaleza usa para embellecer aún más las partes más interesantes de estos ríos frescos y claros. Cerca del campamento, los arboles se comban de orilla a orilla y forman un túnel de hojas lleno de una luz tamizada, a través del cual el río canta y brilla como una criatura viva y alegre.

Se oyeron algunos truenos desde las partes altas de la Sierra, y unos cúmulos blancos, firmes y abultados se alzaron por detrás de los pinos. Debía ser mediodía más o menos.

11 de junio. —En uno de los ramales del río, hacia el este, descubrí unas cascadas hermosas con una poza al pie de cada una de ellas. El agua era blanca y vivaz, en los bordes había algunos arbustos y carrizales de cañas que se inclinaban haciendo un efecto magnífico, y en los suelos fértiles de alrededor crecían lirios grandes y naranjas en grupos majestuosos.

No hay grandes praderas o planicies herbáceas cerca del campamento como para proporcionar suficiente pasto a nuestras miles de impacientes mordisqueadoras. El alimento principal es el *Ceanothus* de las colinas y algunas manchas de hierba salpicadas aquí y allá, así como altramuces y *Vicia americana*, que crecen entre las flores en los espacios abiertos y soleados. Una parte importante de la superficie ha quedado ya desierta o casi, por lo que las pobres ovejas hambrientas han de dispersarse, y ello obliga a los perros y a los pastores a moverse tan rápido como les es posible para mantenerlas dentro de un cierto alcance. El señor Delaney ha regresado a las llanuras con el indio y el chino, y ha dejado instrucciones de mantener el rebaño no muy lejos de aquí hasta que vuelva, lo cual, según ha prometido, sucederá en breve.

¡Qué hermoso es el tiempo! No puedo concebir nada más celestial. ¡Con qué dulzura sopla el viento! No sé siquiera si se debería llamar viento a estos soplos tranquilos. Se diría que son el aliento mismo de la Naturaleza que susurra su mensaje de paz a todas las cosas vivientes. Abajo en el campamento, las copas de los árboles no se agitan, la mayor parte del tiempo no se mueve ni una hoja. No recuerdo haber visto ni un solo lirio balancearse, aun cuando son tan altos que incluso la más mínima brisa bastaría para mecerlos. ¡Qué campanas grandiosas tienen estos lirios! Algunas son tan grandes que con ellas se pueden hacer

gorros para los niños. Las he estado bosquejando, pero las dibujaría con detalle, cada hoja de sus verticilos brillantes y cada pétalo curvo y moteado. No puede uno imaginarse jardines más hermosos y bien cuidados. La especie en cuestión es *Lilium pardalinum*, de cinco a seis pies de alto, verticilos foliados de un pie de longitud, flores de un naranja brillante y seis pulgadas de ancho, con puntos violetas en el cuello y segmentos revolutos. En resumen, una planta majestuosa.

12 de junio. —Una ligera llovizna de gotas gruesas y dispersas, que caen con un tamborileo cálido sobre las hojas y las piedras y las bocas de las flores. Los cúmulos se elevan hacia el este. ¡Qué hermosos sus relieves nacarados! Qué bien combinan con los roquedos que ondulan bajo ellos. Montañas del cielo, de aspecto sólido, finamente esculpidas, con su topografía rica y variada, perfectamente definida. Nunca antes he visto nubes con forma y textura de una apariencia tan rotunda. Casi todos los días, al mediodía, se alzan y se hinchan ante la vista, cual si estuvieran creándose nuevos mundos. Y con qué entusiasmo pasan flotando sobre los jardines y los bosques con sus sombras refrescantes y sus lluvias, dando a cada pétalo y cada hoja salud y coraje. Uno puede pensar incluso que las nubes son plantas que brotan en los campos celestes a la llamada del sol, desarrollan su belleza hasta su máximo esplendor, reparten lluvia y granizo como si fueran bayas y semillas, y después de ello se agostan y mueren.

El encino de las barrancas, frecuente aquí y también a unos mil pies más de altura, es similar a los robles perennes de Florida, no solo en su aspecto, su follaje, su corteza y su costumbre de extender las ramas, sino también en su madera nudosa, dura e imposible de trabajar. Cuando aparecen en solitario y tienen espacio suficiente, los más altos tienen hasta siete u ocho pies de diámetro cerca del suelo, sesenta pies de alto, y otros tantos o más de diámetro de copa. Las hojas son pequeñas y no presentan divisiones, y en su mayoría tienes bordes lisos, aunque en los

brotes jóvenes aparecen algunas serradas, y ambas pueden encontrarse en un mismo árbol. Las caperuzas de las bellotas son gruesas y poco profundas, y están cubiertas de un polvo dorado hecho de minúsculos pelillos. Algunos de los árboles apenas tienen un tronco principal, y en su lugar se dividen cerca del suelo en brazos que se separan y se vuelven a dividir ellos mismos una y otra vez, hasta terminar en ramillas largas y colgantes como cordeles, muchas de las cuales bajan casi hasta el suelo. La copa está formada de ramas cortas, brillantes y llenas de hojas, y con su aspecto redondo parece una nube cuando la luz del sol se vierte sobre ella.

Una planta destacable es la amapola *Dendromecon rigidum*, que se encuentra en las laderas calientes cerca del campo, y que es la única especie leñosa de su orden que he encontrado hasta el momento en mis excursiones. Tiene flores de un amarillo anaranjado brillante, de entre una y dos pulgadas de ancho, y las frutas con pedúnculos finos y curvados de tres o cuatro pulgadas. El arbusto mide unos cuatro pies de alto y está hecho de muchas ramillas rectas y delgadas que irradian desde la raíz. Acompaña a la manzanita y a otros arbustos del chaparral que gustan del sol.

13 de junio. —Otro día glorioso en la Sierra en el que uno se siente disuelto y después absorbido y lanzado más allá sin que se sepa hacia dónde. La vida no parece ni larga ni corta, y no hacemos más esfuerzo por ganar tiempo o apresurarnos que los árboles y las estrellas. Esta es la verdadera libertad, como una práctica suerte de inmortalidad. A lo lejos se alza otro cielo blanco. Qué nítidos se ven sobre sus cúpulas blancas los perfiles afilados de los pinos ponderosa y las copas con aspecto de palmeras de los pinos de azúcar. Y escucha cómo suena el tambor del trueno que va rodando de cresta en cresta, seguido de su fiel compañera la lluvia.

Muchas plantas herbáceas llegan hasta estas alturas desde las llanuras y están ahora en flor, dos meses más tarde que sus parientes de allá abajo. Vi algunas colombinas hoy. La mayoría de los helechos están en su apogeo: helechos de roca como *Cheilantes, Pellaea* o *Gymnogramme* crecen en las laderas soleadas; a las orillas de los ríos hay *Woodwardia*, *Aspidium* y *Woodsia*; y el habitual *Pteris aquilina* aparece en los llanos arenosos. Este último, aun siendo común, aquí da muestra de una belleza lo suficientemente exuberante, poderosa y abundante como para volver loco a un botánico. He medido algunos de ellos que no habían terminado aún de crecer y tenían ya más de siete pies de alto. A pesar de ser el más común y extendido de los helechos, podría decir que es la primera vez que lo veo. Las frondas, de espaldas anchas y sujetas en alto por tallos lisos y robustos, se comban y se solapan formando un techo bajo el que uno puede caminar erguido varios acres sin ser visto, cual un tejado. Y qué suave y adorable es la luz que penetra a través de este techo vivo y revela las venas de las frondas y las ramificaciones como costillares, el marco de esta vidriera en la que se encastran un sinnúmero de piezas amarillas o de un verde pálido. A partir del más común de los helechos, se forma así un mundo de hadas.

Los animales más pequeños deambulan por aquí como si se tratara de un bosque tropical. He visto cómo el rebaño al completo desaparecía por un extremo de una de estas manchas y aparecía cien yardas más allá por el extremo opuesto, sin que su avance lo delatara nada salvo el movimiento de las frondas. Y, por extraño que parezca, rompieron a su paso muy pocos de los tallos leñosos y rígidos. Me senté un buen rato bajo las frondas más altas, y nunca antes había disfrutado nada tan extrañamente impresionante bajo un entramado de hojas salvajes. Basta poner sobre la cabeza de un hombre una fronda de helecho para que se vayan todas las preocupaciones mundanas y entren en su lugar la libertad, la belleza y la paz. Todo montañero conoce el poder que tiene el ondular de un pino en lo alto de una montaña, cual una varita mágica

en manos de la Naturaleza, pero ¿qué poeta le ha cantado a la belleza maravillosa de lo que los escoceses llaman «un helecho en un valle apacible»? Parece imposible que alguien, por mucho que le acucien los problemas, pueda ser insensible a la influencia divina de estos helechares sagrados. Y aun así, esta mañana vi a uno de los pastores pasar a través de uno de los más exquisitos de ellos sin mostrar más emoción que sus ovejas.

—¿Qué piensa usted de estas magníficas plantas? —le pregunté.

—Bah, no son más que helechos grandes —respondió.

Lagartos de todo carácter, estilo y color se pasean por aquí, tan felices y sociables, al parecer, como los pájaros y las ardillas. Simples mortales disfrutando el sol divino, buscándose la vida como mejor pueden. Me gusta observarles mientras trabajan y juegan. Ganan al conocerlos, y cuanto más se les mira a los ojos, hermosos e inocentes, más se los aprecia. Se domestican fácilmente, y uno aprende pronto a amarlos al verlos corretear por las rocas ardientes, veloces como libélulas. A duras penas puede seguírseles con la vista; no hacen grandes carreras, normalmente tan solo avanzan diez o doce pies y después se paran de golpe, y también de golpe vuelven a arrancar. Todo su viaje es así, hecho de impulsos rápidos y repentinos. Creo que esas paradas son descansos necesarios, porque tienen poco resuello y, si se los persigue, pronto se quedan sin aliento, se ponen a jadear de manera lastimosa y se pueden atrapar con facilidad. La cola ocupa más de la mitad del cuerpo, aunque a pesar de ello la manejan bien, nunca la arrastran o la llevan curvada hacia arriba como si fuera algo difícil de cargar; al contrario, parece que sigue al cuerpo con voluntad propia. Algunos tienen el color del cielo, brillantes como un pechiazul, mientras que otros son grises como las rocas cubiertas de líquenes en las que cazan y se solazan. Incluso el lagarto cornudo es una criatura suave e inofensiva, como también lo son las especies que tienen aspecto de serpientes y se deslizan con un movimiento sinuoso, llevando a rastras sus miembros

atrofiados y sin desarrollar, como apéndices inútiles. Un ejemplar que encontré, de unas catorce pulgadas de largo, no usaba en absoluto sus extremidades, sino que se deslizaba con la gracia y la facilidad de una serpiente. Aquí viene ahora un pequeño amigo, polvoriento y gris, que parece conocerme y confiar en mí, y corre por encima de mi pie y me mira a los ojos con malicia. Carlo está observando y se abalanza sobre él, supongo que por entretenerse, pero el lagarto se desliza entre sus patas como una flecha y se pone a salvo en una mancha de chaparral. Saurios nobles, dragones, descendientes de una raza anciana y poderosa, que el cielo os bendiga y dé a conocer vuestras virtudes, que todavía somos pocos los que sabemos que las criaturas amigas, gentiles y adorables pueden no solo estar cubiertas de pelo, plumas o tela, sino también de escamas.

Aquí solían vivir hace no demasiado tiempo, en términos geológicos, mastodontes y elefantes, como lo demuestran los huesos que los mineros encuentran a menudo en su búsqueda de pepitas de oro. Y ahora hay al menos dos especies de osos, y también leones o panteras de California, y gatos salvajes, lobos, zorros, serpientes, escorpiones, abejas, tarántulas. Y, sin embargo, uno tiene la tentación a veces de pensar que son las pequeñas hormigas negras quienes dominan todo cuanto existe en este vasto mundo de la montaña. A pesar de no medir más de un cuarto de pulgada de largo, esta bestezuela diabólica gusta de luchar y morder más que ninguna otra que yo haya visto. Ataca a todo ser vivo que pase cerca de su hormiguero, a veces sin causa alguna, según he comprobado. Las mandíbulas, curvadas como garfios, ocupan la mayor parte de su cuerpo, y se diría que su principal objetivo y fuente de placer es dar trabajo a esas armas. La mayoría de sus colonias se encuentran en robles todavía vivos pero en mal estado o huecos, en los que pueden construir sus celdillas convenientemente. Los eligen probablemente por la protección que ofrecen frente a las tormentas o el ataque de otros animales. Trabajan día y noche, se introducen en

cuevas oscuras, suben a los árboles más altos, deambulan y cazan en los barrancos fríos, así como en las crestas calientes y sin sombra, y trazan sus autopistas allá donde van, en todo lugar excepto el cielo y el agua. Desde la base de las colinas hasta una milla sobre el nivel del mar, nada sucede sin que ellas lo sepan, y dan la alarma de inmediato, sin ningún aullido o grito audible. No entiendo la necesitad que tienen de comportarse de esta manera tan feroz, no tiene sentido. A veces, no hay duda, luchan para defender su territorio, pero en general lo hacen siempre y en cualquier lugar en que encuentren algo que morder. En cuanto descubren un punto débil en un hombre o una bestia, bajan la cabeza y clavan sus mandíbulas, y aunque se las rompa en pedazos, siguen agarradas y mueren mordiendo cada vez más profundo. Cuando contemplo a esta criatura fiera tan extendida y bien asentada, me doy cuenta de lo mucho que aún queda por hacer hasta que reinen en el mundo el amor y la paz.

Hace unos minutos, de camino al campamento, he pasado junto a un pino muerto de casi diez pies de diámetro. Lo ha devorado el fuego de arriba abajo, y tiene por ello el aspecto de un pilar negro, con aire de monumento. Una colonia de grandes hormigas negras (*Lasius fuliginosus*) se ha instalado en este noble estandarte, excavando laboriosamente sus túneles y celdillas en la madera, tanto sana como podrida. El tronco entero parece estar perforado, a juzgar por el tamaño del montón de virutas, finas como el serrín, que se acumula en la base. El aspecto de estas hormigas es más inteligente que el de sus parientes más pequeñas, beligerantes y de olor intenso, y tienen mejores modales, a pesar de estar preparadas para luchar cuando la ocasión lo requiere. Excavan sus ciudades en troncos caídos o aún en pie, pero nunca en árboles vivos o en el suelo. Si te sientas a descansar o tomar unas notas cerca de una colonia, puedes estar seguro de que alguna hormiga cazadora que deambule por los alrededores te encontrará y se acercará con cautela a descubrir qué clase de intruso eres y lo que ha de hacer. Si no estás

demasiado cerca de la colonia y te quedas quieto, puede ser que pase por encima de tus pies unas cuantas veces, te recorra las piernas, o las manos, o la cara, que suba por dentro del pantalón, todo ello como si anduviera tomando medidas y elaborando una visión completa, para después irse en paz sin dar la alarma. Sin embargo, si se le ofrece un punto tentador o algún movimiento sospechoso la excita, muerde de inmediato… ¡y vaya mordiscos! Yo creo que ni siquiera la mordedura de un oso o un lobo pueden compararse. Una descarga de dolor recorre los nervios, y uno descubre por primera vez cuánto dolor es capaz de sentir. Da un grito, aparta la hormiga de un manotazo, y después se queda mirando atónito una vez que recupera la conciencia tras este eclipse repentino. Por fortuna, si se tiene cuidado, como mucho se sufren mordeduras así una o dos veces en la vida. Esta maravillosa especie eléctrica mide unos tres cuartos de pulgada. Los osos gustan de ellas y destrozan sus hormigueros para comerse ansiosamente los huevos, las larvas, las hormigas y la madera de las celdillas, sana o podrida, todo ello en una mezcla sabrosa y ácida. Los indios Maidu también aprecian las larvas e incluso las hormigas, según me han contado algunos viejos montañeros. Quitan la cabeza de un mordisco y se comen con gusto el cuerpo, de sabor ácido y cosquilleante. Y así, hay quien muerde a su vez a los mordedores, tal y como acaba siempre sucediendo con cualquier otro de ellos, grande o pequeño, en esta gran familia del mundo.

Hay también hormigas rojas de un tamaño entre las dos anteriores, delicadas, activas, de aspecto inteligente. Viven en el suelo y hacen grandes montones de semillas, hojarasca y pajitas sobre sus hormigueros. Se alimentan principalmente de insectos, hojas, semillas y resina. ¡Cuántas bocas tiene que alimentar la Naturaleza, cuántos vecinos tenemos y qué poco les conocemos, y qué raramente nos cruzamos con ellos! Y eso sin pensar en los infinitos compañeros de menor talla, tan pequeños que son invisibles, y al lado de los cuales las hormigas son enormes como mastodontes.

13 de junio. —Las pozas al pie de las cascadas, formadas por las corrientes que se vierten con fuerza sobre ellas, se mantienen claras y limpias de detritos. Los materiales más pesados que arrastra la corriente se acumulan a poca distancia delante de las pozas, como formando presillas, y con tendencia a ir creciendo con la ayuda de la erosión. Sin embargo, esto cambia de pronto con las avenidas que tienen lugar durante la primavera, cuando llega el deshielo y los afluentes de aguas arriba rugen de una orilla a la otra[1]. Es entonces cuando las grandes rocas que han caído en el cauce, y que las crecidas ordinarias de verano e invierno no son capaces de desplazar, se mueven como barridas por una fuerza poderosa, caen por las cascadas y se acumulan en una nueva presa junto a parte de la anterior, mientras que las rocas más pequeñas son arrastradas aguas abajo y se van deteniendo por el camino según su forma y su tamaño, en busca de descanso allá donde la fuerza de la corriente es menor que la resistencia que ellas ofrecen. Los cambios más importantes en este sistema de cascadas, pozas y presas tienen lugar, sin embargo, no en las crecidas de primavera, sino en las avenidas extraordinarias que suceden sin ninguna regularidad. Hace un siglo o más que la última avenida de esta clase vino a despertar a todo aquello susceptible de moverse e invitarlo a embarcarse en un maravilloso viaje, bailando y girando corriente abajo, como bien lo atestiguan los árboles que crecen en los depósitos aluviales del río. Estas riadas pueden ocurrir en el verano, cuando las lluvias torrenciales, llamadas «reventones de nubes», caen sobre las vertientes amplias surcadas por canales que convergen, y que de pronto congregan las aguas en el cauce principal en torrentes explosivos de corta existencia pero enorme poder de arrastre.

[1] En el original, «from bank to brae». Expresión escocesa. Probablemente otra referencia a un poema de Robert Burns, en este caso *Winter: A Dirge*, en el que se lee: «While, tumbling brown, the burn comes down, / And roars frae bank to brae;» (N. del T.)

Uno de los bloques de roca de una de estas riadas está enclavado con firmeza en medio del cauce, justo por debajo de la presa que se forma al pie de la cascada más cercana a nuestro campamento. Es una masa de granito de forma casi cúbica, de unos ocho pies de alto, cubierta de musgo en la parte de arriba y en los laterales por encima de la marca de las crecidas ordinarias. Cuando me subí hoy en él y me tumbé a descansar, me pareció el lugar más romántico que hubiera encontrado nunca, con su techo plano y musgoso y las paredes pulidas, tan rectas, firmes y solitarias, como un altar, con la cascada delante salpicándola con su más fina bruma, lo justo para mantener fresco su vestido de musgo. Y la poza que hay a sus pies, verde y cristalina, con su espuma y su media luna de lirios que se inclinan cual una cohorte de admiradores, y los cornejos en flor y los olmos poniendo sobre el conjunto sus arcos de luz tamizada. Qué frescor tan plácido y reposado bajo este frondoso techo translucido, y qué deliciosa la música del agua, con la profundidad de los tonos más graves, el choque, las salpicaduras tintineantes y la infinita variedad de pequeños tonos de la corriente según escurre por los laterales de este islote de roca y centellea sobre un millar de pequeñas piedras, río abajo entre los helechos. Todo ello confinado, con cada una de estas influencias actuando a poca distancia, como en una habitación silenciosa. Se diría un lugar sagrado donde uno bien puede esperar encontrarse con Dios.

Al anochecer, mientras el campamento descansaba, volví a encaramarme sobre el altar de roca y pase la noche en él, sobre el agua, bajo las hojas y las estrellas, y todo era aún más impresionante que durante el día. La cascada era de un blanco tenue y cantaba con un entusiasmo solemne la vieja canción de amor de la Naturaleza, y las estrellas que se asomaban por la techumbre del follaje parecían unirse a los cantos del agua. Una noche preciada y un día preciado para atesorar por siempre. Doy gracias a Dios por este regalo inmortal.

15 de junio. —Otra mañana revitalizante. Los rayos de luz se derraman por las laderas de las montañas, dorando el despertar de los pinos, saludando a cada acícula y llenando a cada ser vivo de gozo. Los zorzales petirrojos cantan en las arboledas de olmos y arces la misma canción que ha animado y endulzado incontables estaciones en casi todos los rincones de este bendito continente. En esta vaguada de la montaña parecen estar tan a gusto como en el huerto de un granjero. También se encuentran el turpial de ojo rayado y la tangara aliblanca, junto a muchas currucas y otros trovadores de la montaña, la mayoría de ellos ocupados ahora construyendo sus nidos.

He descubierto otro ejemplar magnífico de encino de las barrancas de seis pies de diámetro, un abeto de Douglas de siete pies, y un lirio trepador (*Stropholirion*) con un tallo de ocho pies de largo sobre el que se asientan sesenta flores rosadas.

Las piñas de los pinos de azúcar son cilíndricas, ligeramente afiladas en la punta y redondeadas en la base. Hoy encontré una de casi veinticuatro pulgadas de largo y seis de diámetro, con las brácteas abiertas. Otra tenía diecinueve pulgadas de largo. La longitud media de las piñas adultas, cuando se desarrollan en árboles bien situados, es de cerca de dieciocho pulgadas. En el límite inferior de la franja, a unos dos mil quinientos pies sobre el nivel del mar, son algo más pequeñas, digamos que entre un pie y quince pulgadas, y a siete mil pies o más, cerca de su límite altitudinal en la región de Yosemite, son más o menos del mismo tamaño. Este árbol noble es una fuente interminable de placer y estudio. No me canso de observar sus piñas grandes que cuelgan como guirnaldas, su tronco perfectamente redondo de más de cien pies sin una sola rama, el tono sutilmente violeta de su corteza, la envergadura de sus magníficos brazos emplumados que se curvan hacia abajo y forman una copa siempre audaz, sorprendente, estimulante. Por sus costumbres y su porte general, tiene un poco aspecto de palmera, aunque yo todavía no he visto ninguna palmera tan majestuosa en su forma o su compor-

tamiento, ya sea quieta bajo el sol, en un silencio reflexivo, o agitándose en mitad de una tormenta y con todas sus acículas temblando. Como la mayoría de las coníferas, es muy recta en sus primeros años, pero entre los cincuenta y los cien años empieza a ganar en personalidad, de tal manera que no hay dos pies maduros o viejos que sean iguales. Cada uno de estos árboles debe admirarse de una manera especial. He estado haciendo muchos bocetos, y me da rabia no poder dibujar cada acícula. Se dice que llega a alcanzar una altura de trescientos pies, aunque al más alto que yo he encontrado le faltaban aún unos sesenta pies o más para llegar a ese tamaño. El diámetro de los más grandes es de unos diez pies cerca del suelo, pero he oído hablar de algunos de hasta doce e incluso quince pies. Este diámetro se mantiene hasta gran altura, y se va estrechando de una manera apenas perceptible. Su compañero, el pino ponderosa, es casi igual de grande. El follaje plateado de los pies más jóvenes forma unas magníficas escobas cilíndricas en los brotes más elevados y en las puntas de las ramas curvadas hacia lo alto, y cuando el viento mece las acículas en un ángulo concreto, cada árbol se convierte en una torre de destellos temblorosos. Bien podría llamarse a esta especie «pino plateado». Las acículas a veces tienen más de un pie de longitud, casi del mismo tamaño que las del pino de hoja larga de Florida. Pero aunque el pino ponderosa iguale en talla al pino de azúcar, y aunque lo sobrepase en su resistencia y su fuerza, sus costumbres y su expresión son mucho menos características, con su forma típica afilada y sus piñas, pequeñas en comparación, que crecen en racimos rígidos entre las acículas. Si no existiera el pino de azúcar, el pino ponderosa sería el rey de las ochenta o noventa especies que hay en el mundo, el más brillante de esta multitud que brilla, ondea y se inclina como en una reverencia. Si no fuesen más que meras esculturas mecánicas, ¡qué nobles objetos serían aun así! Qué grandiosos mástiles de plata centelleante, tan palpitantes, vibrantes, desbordantes y llenos de vida en cada fibra y cada célula. Son los verdaderos dioses del reino vegetal, viviendo

su vida de siglos a la vista del cielo, observados, amados y admirados generación tras generación. Y cuántas especies de resinosas radiantes además de estas las que se encuentran aquí y a más altura: *Libocedrus*, abeto de Douglas, abeto blanco, secuoya. ¡Qué patrimonio más rico el de estas montañas benditas, el de estos pastizales hechos de arboles sobre los que lanzamos nuestra mirada!

Es la hora del atardecer. El oeste es un paraíso de color que lo transfigura todo. Arriba de la cresta de Pilot Peak, el ejército de árboles radiantes se alza silencioso y pensativo, y recibe los deseos de buenas noches del sol en una despedida tan solemne y sobrecogedora que pareciera que el astro y los árboles no fueran a volver a verse nunca. Según se atenúa la luz, el hechizo se rompe y el bosque respira libre en la brisa de la noche, bajo las estrellas.

15 de junio. —Uno de los indios de Brown's Flat entró en el campamento esta mañana sin que nadie se percatara. Yo estaba sentado en una piedra, revisando mis notas y bocetos, y me quedé sorprendido cuando levanté la mirada y le encontré a unos pocos pasos de mí, sombrío y callado, tan estático y curtido como el tocón de un árbol que hubiera estado allí durante siglos. Todos los indios parecen haber aprendido esta manera maravillosa de andar sin ser vistos, y son invisibles como algunas arañas que he estado observando aquí, que, en caso de alarma, por ejemplo cuando un pájaro se posa en el arbusto donde han tejido sus telas, saltan de inmediato arriba y abajo con sus hilos, tan rápido que no se ve más que una mancha borrosa.

Es probable que este poder de los indios para evitar ser vistos incluso cuando no hay apenas donde esconderse lo hayan adquirido paulatinamente en lecciones arduas de caza y lucha, al intentar aproximarse a una presa, coger por sorpresa a un enemigo, o escaparse y ponerse a salvo cuando llega el momento de batirse en retirada. Parece que esta

experiencia transmitida a lo largo de muchas generaciones es hoy lo que podríamos llamar un instinto.

Qué pulida e inmóvil parece la superficie de las montañas allá arriba de nosotros. Apenas se ven caminos más allá de donde pastan las ovejas, excepto en algunos pequeños claros junto a los ríos, o donde la cobertura del bosque escasea o falta. En las más homogéneas de estas franjas y manchas de vegetación, se ven a veces las marcas de los ciervos y las huellas grandes y sugerentes de los osos, que, al lado de las de los animales pequeños, más numerosas, son lo suficientemente escasas como para servir de contrapunto y parecer un ornamento ligero en un zurcido o un engastado. Las sendas de los indios pueden verse sobre las numerosas crestas y a lo largo de los afluentes principales del río, pero no son tan características como cabría esperar. Nadie sabe cuántos siglos llevan los indios deambulando por estos bosques, quizás incontables, mucho antes de que Colón llegara a nuestras orillas, y parece extraño que no hayan dejado señales más evidentes. Los indios caminan con ligereza y no hieren al paisaje más que las aves o las ardillas, y sus chozas hechas de corteza y ramas duran lo mismo que los nidos de los roedores, mientras que sus monumentos más duraderos —excepción hecha de los cambios que infligen al bosque prendiéndole fuego para mejorar sus terrenos de caza— desaparecen en unos pocos siglos.

Qué diferentes son de la mayoría de los que deja el hombre blanco, especialmente en las regiones bajas donde se busca oro. Allí las carreteras se han construido sobre la roca a base de dinamita, y las corrientes salvajes están represadas y domadas, apartadas de sus cursos naturales y conducidas por los laterales de cañones y valles para trabajar en las minas como esclavas. Cruzando de un risco a otro, sobre armazones bien altos cual si fluyeran con la ayuda de muletas, o subiendo y bajando por valles y colinas, encerrados en tuberías de hierro para golpear y llevarse por delante colinas y millas de la piel de la montaña, acribillándola, desnudando cada barranca y llanura donde hay oro. Estas son las huellas

del hombre blanco hechas en unos pocos años enfervorecidos, por no hablar de los molinos, los campos o los pueblos, dispersos a lo largo de cientos de millas al borde de la cordillera. Pasará mucho tiempo hasta que estas marcas se borren, a pesar de que la Naturaleza hace cuanto puede, replantando, cultivando, quitando de en medio las viejas presas y canales de transporte, deshaciendo montañas de grava y piedras, intentado con paciencia curar cada cicatriz abierta.

La fiebre del oro ya se ha pasado. Los viejos mineros grises que apenas sacan lo suficiente para vivir rebuscando en los yacimientos abandonados están ya tranquilos. Todavía se realizan explosiones subterráneas para alimentar las fábricas de cuarzo, pero su influencia en el paisaje es escasa si se la compara con la de las marabuntas armadas de picos y palas de hace unos años. Por suerte para el paisaje de la Sierra, las pizarras ricas en oro no aparecen más que en las faldas de las montañas. La región por encima de nuestro campamento se mantiene todavía salvaje, y más arriba se extiende la nieve, virgen y sin hollar como el cielo mismo.

Ayer no se formaron en el cielo más que un par de colinas de nubes, y hoy ni siquiera eso. La luz es particularmente blanca y ligera, aunque de una calidez reconfortante. En primavera, cuando se expresan con más fuerza los pulsos de la Naturaleza, la serenidad del clima de montaña es uno de sus mayores encantos. No hay más que una brisa moderada que sopla desde las cimas de la cordillera por la noche, y un aliento suave desde el mar y las colinas y las llanuras durante el día, o bien el aire está tan calmo que no se agita ni una sola hoja. Aquí los árboles tienen poco que contar acerca del viento.

Las ovejas, como las personas, son ingobernables cuando tienen hambre. A excepción de mis jardines de lirios bien protegidos, casi todas las hojas que estas langostas con pezuñas pueden alcanzar han sido devoradas en una o dos millas a la redonda. Han dejado pelados incluso los arbustos, y a pesar de los pastores y los perros, las ovejas se

dispersan en todas direcciones y se pierden entre la polvareda. Falta una de las dieciseis negras, y me temo que otras pueden haberse perdido.

17 de junio. —Hemos contado los efectivos del rebaño esta mañana según salían por la angosta puerta del corral. Faltan unas trescientas, y puesto que el pastor no podía ir a buscarlas, tuve que ir yo. Me até un mendrugo de pan al cinturón y me puse en marcha con Carlo hacía las pendientes más elevadas de la cresta de Pilot Peak. Fue un buen día, a pesar de tener que ocuparme de buscar a las bobas descarriadas. Fui a buscar lana y no volví trasquilado. Circulaba por el horizonte una luz peculiar, blanca y delgada como la que se ve a menudo arriba de las auroras, fundiéndose con el azul de lo alto del cielo. Las únicas nubes que había eran unos pocos trazos difusos y esponjosos, como de seda peinada. Fui directo al perímetro de la zona donde pastan de costumbre las ovejas, y lo recorrí hasta que encontré la pista de las fugitivas. Me llevaron más arriba en la cresta, hasta un claro donde el chaparral de *Ceanothus* crecía como un seto. Carlo sabía lo que yo iba buscando, y siguió el aroma de las ovejas hasta que dimos con ellas, agrupadas en un pelotón asustado y silencioso. Era obvio que habían pasado allí toda la noche y la mañana, temerosas de salir a alimentarse. Después de escaparse de sus restricciones, tenían, al igual que ciertas personas que todos conocemos, miedo de su propia libertad, no sabían que hacer con ella, y parecían felices de volver a la familiaridad de su antiguo cautiverio.

18 de junio. —Otra mañana inspiradora, no puedo pensar en nada mejor en este mundo. Ninguna descripción del paraíso que haya leído u oído me parece ni la mitad de exquisita que esto. A mediodía las nubes ocupaban un centésimo del cielo, como pinceladas blancas dibujadas con delicadeza sobre el añil.

Las crestas más altas y las cimas de las colinas lejos del alcance de nuestras lanosas langostas lucen ahora felices llenas de *Monardella, Clarkia* y *Coreopsis*, y también con hierbas altas y tupidas, algunas tan altas que ondean como pinos. La mayoría de los altramuces, de los que hay numerosas especies mal definidas, han terminado de florecer, y muchas de las compuestas empiezan a decaer, con sus corolas radiantes desvaneciéndose para formar vilanos esponjosos, como estrellas en medio de la niebla.

Hoy hemos recibido otra visita desde Brown's flat, esta vez una anciana india con un cesto a la espalda. Al igual que nuestro primer visitante del pueblo, entró hasta el centro del campamento y estaba ya allí de pie cuando la vimos. No sabría decir cuánto tiempo llevaba ahí mirando. Ni siquiera los perros se dieron cuenta de su llegada sigilosa. Supongo que iría de camino hacia algún jardín salvaje, probablemente a por altramuces o rizomas, o por las hojas almidonadas de las saxifragas. Llevaba un vestido de trapos de calicó, no muy limpio. Es triste decirlo, pero tenía un aspecto completamente distinto al de los animales bien vestidos y elegantes de la Naturaleza, a pesar de que, como ellos, vivía de lo que esta le daba. Es raro que solo el ser humano esté sucio. Si esta mujer hubiera estado vestida de pieles, o con tejidos hechos con hojas o tiras de corteza, como las alfombras de enebro o de *Libocedrus*, no habría parecido estar fuera de lugar en estas tierras salvajes, sino que sería tan parte de ellas como un oso o un lobo. Pero no hay ningún punto de vista desde el que estos seres degenerados sean aquí más naturales que el turista bien trajeado que vimos asustando a los pájaros y las ardillas.

19 de junio. —Resol puro durante toda la jornada. ¡Qué hermosa hacen a la piedra las sombras de las hojas! Las del roble perenne son particularmente limpias y características, en un momento quietas como si estuvieran pintadas sobre la roca, y al otro deslizándose suavemente cual si tuvieran miedo del ruido, o bailando, danzando en giros rápidos

y alegres, saltando entre las piedras al sol como el bordado de olas bajo los acantilados marinos. ¡Cuán verdadera y sustanciosa es esta belleza de las sombras, y con qué sublime extravagancia se multiplica de este modo la belleza! Los grandes lirios naranjas están dispuestos ahora en toda su gloria de hojas y flores. Son plantas nobles y de salud perfecta, son los hijos predilectos de la Naturaleza.

20 DE JUNIO. —Algunas de las ovejas bobas se quedaron enganchadas esta mañana en el chaparral, como moscas en la tela de una araña, y hubo que ir a ayudarlas. Carlo las encontró e intentó hacerlas salir de la trampa de la manera más sencilla. ¡Qué inteligencia la de los perros, tan superior a la de las ovejas! Ningún amigo o ayudante puede ser más constante y cariñoso que Carlo. Este noble san bernardo es un honor para su raza.

El aire es especialmente fragante, con olores de bálsamo, resina y menta. A cada bocanada que tomamos, bien podríamos agradecer a Dios por ello. ¿Quién podría adivinar que una naturaleza tan rústica pudiera ser al mismo tiempo tan exquisita, tan llena de cosas buenas? Parece que uno está dentro de una enorme cúpula majestuosa en la que se representara una obra grandiosa con su escenario, su música y su incienso, y todo el decorado y la acción son tan interesantes que no hay riesgo de que pasemos un momento aburrido. Dios mismo pareciera estar siempre aquí dando lo mejor de sí, trabajando como un hombre henchido de entusiasmo.

21 DE JUNIO. —Fui dando un paseo por el río hasta mis jardines de lirios. La perfección de la belleza en estos lirios es una fuente infinita de admiración y asombro. Sus rizomas aparecen en el moho negro que se acumula en las cavidades de las pizarras junto a las pozas, donde tienen agua suficiente pero no sufren las crecidas de caudal. Cada una de las hojas que crecen en espiral sobre los tallos altos y pulidos está

tan finamente terminada como los pétalos, y la luz y el calor necesarios se miden y se regulan al pasar por las ramas de árboles que se inclinan sobre ellos. Aunque el viento de las tormentas del mediodía sea fuerte, siempre se encuentran bien protegidos. Bajo ellos, se extienden tapices de musgo bordeados de helechos, y también violetas y alguna que otra margarita. Todo cuanto los rodea es dulce y fresco como ellos mismos.

En el paisaje de las nubes hoy hay tan solo una montaña blanca, pero está llena de resol y de sombras. Los tonos de la gran cúpula que la corona son exquisitos, como lo son los de sus crestas abultadas y las vaguadas y barrancos entre ellos.

22 de junio. —Inusualmente nublado. Además de los cúmulos que dejan algún que otro chubasco, hay sobre nuestras cabezas una nube fina y difusa, como una niebla. Unas tres cuartas partes del cielo están cubiertas.

23 de junio. —Ah, estos días de montaña enormes, calmados, inmensurables, que incitan a trabajar y descansar al mismo tiempo. Días bajo cuya luz todo parece igual de divino, y que abren un millar de ventanas por las que nos muestran a Dios. Quien obtiene la bendición de un día de montaña no debería ya desfallecer en el camino, por muy cansado que se sienta; sea cual sea su destino, de vida larga o corta, tormentosa o tranquila, será rico para siempre.

24 de junio. —La dosis habitual de nubes y truenos. Billy, el pastor, tiene problemas con las ovejas; asegura que están más poseídas por el demonio que ningún otro rebaño desde la invención de la lana y el cordero hasta nuestros días. Da igual cuántas falten, él dice que no dará ni un paso para ir en su búsqueda, ya que, según argumenta, mientras va a por una de ellas perderá probablemente diez. Así pues, la caza de las fugitivas es asunto exclusivo de Carlo y mío. Jack, el pequeño perro

de Billy, también da problemas cuando se escapa del campamento cada noche para ir a visitar a sus vecinos arriba de la montaña en Brown's Flat. Es un animal de aspecto corriente, de ninguna raza en particular, pero con una entrega absoluta en el amor y en la guerra. Ha conseguido cortar todas las cuerdas y correas de cuero con que le han atado, hasta que su dueño, desesperado después de haber subido tantas veces por la montaña llena de arbustos para traerle de vuelta, lo inmovilizó con una vara enganchada a su collar en un extremo y atada a un arbolillo robusto en el otro. La vara, sin embargo, hacía bien de palanca, y a fuerza de contorsionarse durante la noche, el perro logró desgastar el cierre en el lado del arbolillo y se fue una vez más a su excursión habitual, arrastrando la vara a través de los matorrales, y llegó sano y salvo al campamento indio. Su dueño fue a por él y, sin ninguna contemplación, le dio una paliza y juró y perjuró con malas palabras que al día siguiente «corregiría a ese cachorro enamorado», atándolo sin piedad a la tapa del caldero que hace las veces de horno, hecha de fundición y tan pesada como el perro mismo. Se la ató directamente al collar bajo el hocico, y el pobre animal parecía que no podía ni moverse. Estuvo quieto hasta que cayó la noche, incapaz de mirar alrededor o incluso de tumbarse, a no ser que extendiera las patas delanteras sobre la tapa del caldero y pusiera la cabeza entre ellas. Antes del amanecer, sin embargo, se oyó a Jack aullar por las alturas a pesar de su ancla de metal. Debía haber caminado, o más bien escalado, erguido sobre sus patas traseras, con la tapa del caldero frente a su pecho a modo de escudo, una protección excepcional para enfrentarse a sus rivales. A la noche siguiente, Billy, enfadado, metió el perro y la tapa de la cacerola en un viejo saco de judías, y consiguió así por fin su victoria. Justo antes de volver a casa, a Jack lo mordió una serpiente de cascabel en la mandíbula inferior, y durante más o menos una semana tuvo la cabeza y el cuello hinchados, del doble de su tamaño habitual. Aun así, corría más vivaracho y veloz que nunca, y ahora está completamente

recuperado. No tuvo más medicina que leche, en dosis de uno o dos galones, que se le hacían tragar de golpe y a la fuerza a través de su garganta dolorida por el veneno.

25 de junio. —A pesar de no ser más que un campamento de ovejas, esta gran vaguada es ya un hogar, un dulce hogar para mí, cada día más dulce, y me dará pena dejarlo. Los jardines de lirios están todavía a salvo del rebaño. Pobres criaturas, polvorientas, harapientas, muertas de hambre; me inspiran una compasión enorme. Cada día tienen que recorrer muchas millas para procurarse sus quince o veinte toneladas de hierba y chaparral.

26 de junio. —El cornejo de Nutall es un espectáculo delicioso cuando está en flor. El árbol al completo es de un blanco níveo. Los involucros[2] tienen entre seis y ocho pulgadas de ancho. A lo largo de los cauces, es un árbol de treinta a cincuenta pies de alto, con una copa amplia cuando no crece demasiado cerca de otros compañeros. Los involucros tan llamativos atraen a una cohorte de polillas, mariposas y otras criaturas aladas, para su propio beneficio y también, supongo, el del árbol. Le gusta el agua fresca abundante y es un gran bebedor como el olmo, el sauce y el chopo, y se desarrolla mejor en los bordes de los ríos, aunque a veces se aleja de estos y se instala en valle umbrosos y húmedos, bajo los pinos, donde alcanza menos altura. Cuando las hojas están maduras en el otoño, son aún más hermosas que las flores y obsequian unos tonos encantadores de rojo, púrpura y lavanda. Hay otra especie que aparece abundantemente en forma de arbusto, y que forma parte del chaparral en las laderas en sombra de las colinas: *Cornus sessilis*. Las ovejas comen sus hojas. A lo lejos, he oído algunos truenos, seguidos de sus murmullos y reverberaciones.

[2] Término botánico usado para designar el conjunto de brácteas que rodea o envuelve a un órgano de la planta, usualmente una flor o una inflorescencia. (N. del T.)

27 de junio. —El avellano picudo (*Corylus rostrata*, var. *Californica*) es común en las pendientes frescas cerca de la cima de la cresta de Pilot Peak. Hay algo peculiarmente atractivo en este árbol, como en los robles y los avellanos de los países frescos de nuestros ancestros, y supongo que es a través de ellos que nuestro amor por estas plantas se ha transmitido. Tiene cuatro o cinco pies de alto, hojas suaves y peludas, agradables al tacto, y sus deliciosas avellanas las recogen con fruición tanto las ardillas como los indios. El cielo, como de costumbre, está adornado por las nubes del mediodía.

28 de junio. —El verano es cálido y meloso. Los rayos del sol, brillantes, hacen vibrar cada nervio. Las acículas recientes de los pinos y abetos han completado ya casi su crecimiento y brillan gloriosamente. Los lagartos centellean sobre las rocas calientes; algunos de los que viven cerca del campamento están medio domesticados. Parece que ponen atención en cada movimiento que hacemos, como si tuvieran curiosidad y nada de inquietud por si pudiéramos hacerles daño, y giran sus cabezas para mirar hacia atrás y hacen una variedad de gestos hermosos. Criaturas de bellos ojos, generosas y cándidas, de las que me apenará despedirme cuando abandonemos el campamento.

29 de junio. —He estado haciéndome amigo de un pajarillo muy interesante que revolotea cerca de las cascadas y los rápidos de los afluentes principales del río, y que nunca se aleja de las corrientes. No tiene los pies palmeados, pero aun así se zambulle sin miedo en los remolinos, evidentemente para alimentarse en el fondo, y utiliza sus alas para bucear igual que hacen los patos y los colimbos. A veces camina por las partes menos profundas, metiendo la cabeza de vez en cuando en el agua de una manera agitada y juguetona que llama siempre la atención. Tiene el tamaño de un zorzal petirrojo y alas compactas que sirven para volar tanto en el agua como en el aire, y una cola de tamaño moderado

apuntado hacia lo alto que se balancea y se mueve arriba y abajo, haciéndole parecer un reyezuelo. Es de color azul ceniza, con un toque de marrón en la cabeza y los hombros. Vuela de cascada en cascada, de rápido en rápido, con un zumbido de aleteos contundentes como los de una codorniz. Sigue el trazado del cauce y normalmente se posa en alguna roca que sobresale del agua, o en un tocón aislado, o algunas raras veces en un árbol que asome sobre el río, como un pájaro arborícora cualquiera cuando así le conviene. Tiene la actitud más delicada que pueda imaginarse, y no hay duda de que este pequeñín sabe cantar, con un canto dulce y aflautado que recuerda al de un zorzal, bastante grave, nada escandaloso, y mucho menos acentuado de lo que cabría esperar viendo su vivacidad. Qué vida más romántica la que lleva este pajarillo en las partes más hermosas de los ríos, con el clima fantástico lleno de sombras, agua fresca y la bruma refrescante del río para aplacar el calor del verano. No es de extrañar que sea tan buen cantor, teniendo en cuenta las canciones que oye día y noche en las aguas de los ríos. Cada bocanada de aire que toma este pequeño poeta forma parte de una canción, pues todo el aire junto a los rápidos y las cascadas se convierte en música, y sus primeras lecciones las recibe antes incluso de nacer, con la vibración de los huevos al unísono con los tonos de las cascadas. No he encontrado aún su nido, pero debe estar cerca de los cauces, por cuanto nunca se aleja de ellos.

30 de junio. —Cielo mitad soleado, mitad nublado, con nubes de un blanco lustroso. Los pinos que se agolpan a lo largo de la cima del risco de Pilot Peak parecen miniaturas exquisitamente perfiladas sobre el cielo de satén. De media hoy, un cuarto del cielo cubierto de nubes. Sin lluvia. Y así pues, se acaba este mes memorable, un flujo de belleza inmensurable que no es posible dividir según la aritmética del calendario, igual que no pueden dividirse de esta manera los rayos del sol o las corrientes de los ríos y los mares. Un flujo pacífico y gozoso de

hermosura. Cada mañana, al abandonar la muerte del sueño, las plantas y todos nuestros amigos los animales, grandes y pequeños, e incluso las rocas, parecían estar gritando «Despierta, despierta, alégrate, alégrate, ven a amarnos y únete a nuestra canción. ¡Ven! ¡Ven!» Volviendo la vista atrás a través del reposo y la belleza romántica y cautivadora de la arboleda en la que estamos acampados, me parece que este junio ha sido el mejor mes de mi vida, el más autentico y divinamente libre, ilimitado cual la eternidad, inmortal. Todo en él parece igual de divino, un destello suave, puro y salvaje de amor celestial, que nada de lo que suceda o haya sucedido ya va a borrar o tachar.

1 DE JULIO. —El verano está en su plena madurez. Tropeles de semillas están ya fuera de sus cálices y sus pedestales en busca de sus lugares predestinados. Algunos echarán raíces y crecerán junto a sus padres, otros volarán en las alas del viento lejos de ellos, hacía la compañía de extraños. La mayoría de los polluelos tienen completo su plumaje y han salido del nido, aunque aún bajo el ojo atento tanto de sus padres como de sus madres, que los protegen y los alimentan y, en cierto modo, los educan. ¡Qué hermosa la vida cotidiana de los pájaros! No es de extrañar que todos los amemos.

Me gusta observar las ardillas. Aquí hay dos especies: la gran ardilla gris de California y la ardilla de Douglas. Esta última es la más brillante de todas las ardillas que he visto, es una chispa ardiente de vida que con sus patitas puntiagudas hace estremecerse a los árboles, una muestra condensada del vigor y el valor de la montaña, tan libre de enfermedades como los rayos del sol. No es posible imaginarse a un animal así cansado o enfermo. Parece pensar que las montañas le pertenecen, y al principio intentó echar de aquí al rebaño al completo, junto con el pastor y los perros. ¡Cómo nos regaña, y qué caras pone, toda ojos y dientes y bigotes! Si no fuera tan pequeña, no hay duda de que sería un individuo deplorable. Me gustaría saber algo más de su educación, de su vida en la

madriguera y en las copas de los árboles a lo largo de todas las estaciones. Es raro que no haya encontrado todavía un nido lleno de crías. La ardilla de Douglas se parece a la ardilla roja de la vertiente atlántica, y puede ser que se haya distribuido por este lado del continente a través de los grandes bosques continuos del norte.

La ardilla gris de California es una de las más hermosas y, junto con la de Douglas, el más interesante de nuestros vecinos peludos. Comparada con la de Douglas, es el doble de grande, pero mucho menos vivaz e influyente como trabajador del bosque, y se abre camino a través de las hojas y las ramas causando menos alboroto que su hermana pequeña. Nunca la he oído ladrarle a nada salvo a nuestros perros. Cuando busca comida, se desliza en silencio de rama en rama, examinando las piñas del año anterior para ver si quedan en ellas algunos piñones, o rebusca entre las hojas las que ya han caído, ya que las de la cosecha de este año aún no están disponibles. Su cola va flotando, tan pronto detrás de ella como por encima de ella, horizontal o revirada con gracia como la voluta de un cirro, con cada pelo en su lugar exacto, limpia y brillante y radiante como la flor emplumada de un cardo a pesar del trabajo arduo y pegajoso. Todo su cuerpo parece tan insustancial como su cola. La pequeña ardilla de Douglas es fiera y fogosa, llena de altanería, combatividad y ostentación. Sus movimientos son tan veloces que casi resultan agresivos para quien la observa, y las cabriolas de arlequín que hace son vertiginosas. La ardilla gris es tímida, sigilosa en sus movimientos, como si en parte esperara un enemigo en cada árbol, en cada arbusto y tras cada tronco. Solo desea que la dejen en paz, y no tiene interés en que la vean, la admiren o la teman. Los indios cazan esta especie como alimento, una buena razón para ser precavida, por no hablar de los otros enemigos: halcones, serpientes, gatos monteses. En los bosques donde la comida es abundante, dejan marcadas sus rutas a través de los matorrales protectores y sobre los árboles caídos, de camino hacia alguna charca favorita donde en las temporadas calurosas y secas van a beber

cada día más o menos a la misma hora. Estas charcas las vigilan atentamente los muchachos, que se tumban al acecho con sus arcos y sus flechas, y las matan sin hacer ruido. Aun así, y a pesar de los enemigos, las ardillas son criaturas felices, favoritas de los bosques, ejemplos de vida infatigable. De todas las criaturas salvajes de la naturaleza, ellas me parecen las más salvajes. Espero que tengamos ocasión de conocernos mejor.

Además de procurar un lugar para anidar a incontables pajarillos, la ladera en la colina al sur del campamento, cubierta de chaparral, es el hogar y escondite de una curiosa especie de rata de bosque, *Neotoma*, un hermoso e interesante animal que siempre llama la atención al observarlo. Es más una ardilla que una rata, mucho mayor, con una capa delicada y gruesa de pelo de un color azulado, salvo en el vientre, donde es blanco. Las orejas son largas, finas y traslucidas; los ojos son suaves, grandes y líquidos; las garras son delgadas, afiladas como agujas; y, puesto que sus extremidades son fuertes, puede trepar con la misma facilidad que una ardilla. No hay ninguna rata o ardilla que tenga un aspecto tan inocente, permita aproximarse tanto o sea tan confiada. Parece demasiado delicada para los matorrales espinosos en los que habita, y su madriguera es también lo más distinta que cabe imaginar a ella misma, a pesar de estar tapizada con delicadeza. No hay otro animal en estas montañas que construya guaridas tan grandes y de un aspecto tan chocante. Un viajero que llegue de pronto a un grupo de ellas por primera vez, será raro que pueda olvidarlo. Están construidas con toda clase de palos —trozos viejos y podridos que recoge en cualquier parte—, y ramillas verdes y pinchudas que arranca con los dientes en los arbustos de los alrededores. Junto a estos, una colección ecléctica de todo aquello que pueda transportar hasta allí, como por ejemplo pegotes de tierra, piedras, huesos, cuernas, apilado todo en una masa cónica como si estuviera listo para que le predieran fuego. Algunas de estas curiosas cabañas tienen seis pies de alto y otros tantos de ancho en

la base, y aparecen a veces en grupos de una docena o más de ellas, no tanto por una cuestión social como por las ventajas que esto tiene para la comida y el refugio. El explorador que recorre a solas los matorrales densos de alguna colina aislada y llega a uno de estos extraños poblados se queda atónito ante tal visión, y podría pensar que ha llegado a un campamento indio y preguntarse qué clase de recibimiento cabe esperar que le deparen. No verá, sin embargo, ningún rostro feroz, quizás no vea ni siquiera un solo habitante, o a lo sumo dos o tres sentados en lo alto de sus *wigwams*[3], mirando al forastero con la mirada más dulce que puede tener un animal salvaje y permitiéndole que se aproxime. En el centro de la choza rústica y puntiaguda hay un nido hecho con fibras de corteza masticadas hasta convertirlas en una especie de esparto, cubiertas con plumas de ave y plumón de diversas semillas, como las del sauce o el algodoncillo. La criatura delicada, en su hogar afilado y de paredes gruesas, se diría una tierna flor en un involucro espinoso. Algunos de los nidos están construidos en árboles, a treinta o cuarenta pies del suelo, e incluso en los desvanes de las casas, como si, al igual que las golondrinas o los pardillos, buscaran la compañía del hombre, aun estando acostumbradas a la soledad más salvaje. Entre los guardeses tienen fama de ladronas, porque se llevan todo cuanto pueden a sus extrañas chozas —cuchillos, tenedores, peines, clavos, tazas de metal, gafas—, aunque lo hacen, supongo, no más que para reforzar la estructura de estas. Su dieta es, por lo que he podido averiguar, muy similar a la de las ardillas: nueces, bayas, semillas, y en ocasiones la corteza y los brotes tiernos de ciertas especies de *Ceanothus*.

2 de julio. —Día cálido y soleado que emociona por igual a plantas, animales y rocas, que acelera el fluir de la savia y la sangre, y que hace vibrar, girar y bailar al unísono a cada partícula de estas montañas de

[3]Vivienda de una sola estancia y forma de cúpula usada por ciertas tribus nativas norteamericanas. (N. del T.)

cristal como polvo de estrellas. No se ve monotonía alguna ni cabe imaginarla. No hay inactividad ni muerte. Bajo el pulsar del gran corazón de la naturaleza, todo se mantiene en un movimiento rítmico y gozoso.

Cúmulos perlados sobre las montañas más altas. Son nubes que no se dirían cubiertas de plata, sino hechas ellas mismas enteramente de plata. Son las nubes más brillantes, nítidas y de aspecto más sólido que he visto nunca en cualquier lugar o época del año, y también las más variadas en sus formas y las de perfil más conspicuo. Observar cómo se montan y se desmontan cada día estas níveas cordilleras de nubes es una maravilla para mí, y contemplo las espectaculares cúpulas de millas de alto con una admiración siempre renovada. Pero en medio de este gozo de los cielos y las montañas, nuestro humor está decayendo a causa de un cambio en la dieta. Llevamos ya unos días sin pan, y lo echamos en falta más de lo que parece razonable, considerando que todavía nos queda carne, azúcar y té en abundancia. Es extraño que nos sintamos pobres en lo que a comida respecta, estando en un entorno natural tan rico. Los indios nos dejan en evidencia, al igual que las ardillas; aunque aquí hay raíces ricas en fécula y también abundan las semillas y la corteza, este desajuste en nuestras provisiones perturba el equilibrio de nuestro cuerpo y amenaza nuestro bienestar.

3 de julio. —Cálido. La brisa tiene la fuerza justa para pasar a través del bosque y traer la fragancia de sus mil fuentes. Las piñas de los pinos y los abetos crecen bien, la resina y el bálsamo gotean de cada árbol, y las semillas maduran rápido, prometiendo una buena cosecha. Las ardillas tendrán pan. Comen toda clase de nueces mucho antes de que estén maduras, y aun así no parece que sus estómagos sufran.

El hambre de pan

4 de julio. —El aire más allá de donde pasta el rebaño, lleno de esencia del bosque, es cada día más dulce y fragante, como una fruta alcanzando su madurez.

El señor Delaney debería llegar pronto de las tierras bajas con un nuevo cargamento de provisiones, y así, al tiempo que movemos al rebaño a nuevos pastos, estaremos todos bien nutridos. Mientras tanto, las reservas de judías y de harina se han acabado, y ya no nos queda nada salvo cordero, azúcar y té. El pastor está algo desmoralizado, y parece que no le importa lo que suceda con su rebaño. Dice que, ya que el jefe no le alimenta a él bien, él no va a alimentar a las ovejas, y jura que ningún hombre blanco decente puede subir estas montañas empinadas alimentándose tan solo a base de cordero.

—No es un sustento adecuado para un verdadero hombre blanco. Para los perros, los coyotes y los indios es diferente. Buen alimento, buenas ovejas. Eso es lo que yo digo.

Ese fue el discurso del pastor Billy para el 4 de julio[1].

5 de julio. —Las nubes del mediodía sobre la parte alta de la Sierra parecen aún más maravillosas, indescriptiblemente hermosas de un día

[1]Día de la Independencia de los Estados Unidos. (N. del T.)

para otro, a medida que uno está más despierto para verlas. Probablemente se hayan disipado ya el humo de la pólvora que se quemó ayer allá abajo y la elocuencia de los oradores. Aquí cada día es un día festivo, un jubileo que resuena siempre con entusiasmo sereno, sin cansancio ni derroche ni hastío. Todas las cosas se llenan de alegría. Ninguna célula ni cristal cae en el olvido.

6 de julio. —El señor Delaney aún no ha llegado y el hambre de pan se agudiza. Tenemos que seguir comiendo cordero algo más de tiempo, aunque no parece fácil acostumbrarse a ello. He oído hablar de cómo los pioneros de Texas vivían durante meses sin pan o cualquier cosa hecha de cereales y no pasaban penurias, usando como pan las pechugas de los pavos salvajes. Tenían mucho de esto en los viejos tiempos, cuando uno se preocupaba menos de la vida, a pesar de considerarla menos segura. Los traperos y los comerciantes de pieles de las primeras épocas en las Montañas Rocosas vivían a base de bisonte y carne de castor durante meses. También entre los indios y los hombres blancos hay quienes no comen más que salmón y sufren poco o nada la falta de pan. En este momento, el cordero parece el alimento menos deseable, a pesar de ser de buena calidad. Seleccionamos los trozos más magros y los tragamos a pesar del evidente disgusto y las nauseas, y el cuerpo responde tratando de rechazar esta ofensa. El té lo hace aún más difícil, si cabe. El estómago se reivindica como una criatura independiente con su propia voluntad. Deberíamos hervir hojas de altramuz, trébol, peciolos con abundante fécula y raíces de saxifraga, como hacen los indios. Intentamos ignorar nuestros problemas gástricos, nos levantamos y miramos hacia arriba, hacia las montañas, y ascendemos a través de los matorrales de las rocas hasta el corazón del paisaje. Llega una calma reprimida, y las tareas del día e incluso los entretenimientos se llevan a cabo de manera lánguida. Mascamos unas pocas hojas de *Ceanothus* en el almuerzo, y olemos o masticamos la picante *Monardella* para calmar los dolores de cabeza

y de vientre que tan pronto se pasan como vuelven y se posan sobre nosotros o se nos meten como una niebla. Para la cena, más cordero, carne con carne, no demasiada, y allá arriba las estrellas brillando a través de los ramillos de cedro y de las ramas por encima de nuestras camas.

7 de julio. —Bastante débil y enfermizo esta mañana, y todo por no tener un pedazo de pan. Apenas puedo prestar atención a los estudios que más me interesan, como si uno no pudiera pasar unos días disfrutando estos bosques tan llenos de Dios sin necesitar un campo de trigo y un molino. Ansiamos una galleta, da igual de qué clase sea, como lo haría un loro enjaulado, y nos bastaría con las que hubieran sobrado tras un viaje alrededor del mundo, no cuestionaríamos su estado. El pan sin carne es una buena dieta, como bien he demostrado en muchas excursiones botánicas. El té también es prescindible. No más que pan y agua y una labor deliciosa en la que ocuparme, eso es todo lo que necesito. Tampoco es pedir demasiado, y sin embargo uno debería estar entrenado y preparado para disfrutar la vida en esta naturaleza bravía y salvaje sin depender de ningún alimento en particular. Está claro que esto puede lograrse, en lo que a la salud física respecta, como lo evidencian los pueblos de otras latitudes. Los esquimales, por ejemplo, viven mucho más al norte que el límite hasta el cual crece el trigo, y se alimentan a base de focas y ballenas ricas en grasa. Carne, bayas, hierbas amargas y sebo, o incluso solo este último, durante meses. Y aun así, este pueblo vive en las orillas heladas de nuestro continente y sus habitantes son, según se dice, amables, alegres, robustos y valientes. También hemos oído hablar de los comedores de pescado, tan carnívoros como las arañas y sin embargo en buena forma, al menos en lo que se refiere a sus estómagos, mientras que nosotros nos encontramos ridículamente impotentes, poniendo caras de disgusto con cada bocado y haciendo ruidos lastimeros que bien podrían pasar por los balidos ahogados de

una oveja. Tenemos buena provisión de azúcar, y esta tarde se me ocurrió que estos estómagos beligerantes podrían, como niños, calmarse con algún dulce. Limpiamos la sartén y cocinamos en ella un buen montón de azúcar hasta obtener una especie de cera, aunque esto no hizo sino empeorar las cosas.

El hombre parece ser el único animal que se ensucia con su comida, y que por ello necesita lavar y parapetarse tras baberos y servilletas a modo de escudo. Los topos que viven bajo tierra y se alimentan de lombrices están a pesar de ello tan limpios como las focas o los peces, cuyas vidas no son sino un lavado perpetuo. Y, como ya hemos visto, las ardillas en estos bosques resinosos se mantienen limpias de una manera misteriosa, sin que ni uno de sus pelos quede pegajoso a pesar de comer las piñas y de pasearse de acá para allá aparentemente sin ningún cuidado. También los pájaros están limpios, aunque ellos le dedican tiempo a lavarse y acicalarse sus plumas. Veo que algunas moscas y hormigas han quedado atrapadas y selladas en la cera azucarada que hemos tirado, de la misma manera que en su día algunos de sus ancestros quedaron atrapados en ámbar. Tenemos retortijones en nuestros estómagos, doloridos cual músculos fatigados. Una vez pasé mucha hambre en el cementerio de Bonaventure, cerca de Savannah, Georgia, después de haber ayunado durante varios días. El estómago se me irritó de forma parecida a esta de ahora, con la misma sensibilidad y el mismo dolor, y aun sin ser demasiado agudo, era un dolor difícil de soportar. Soñamos con pan, lo cual es una señal evidente de que lo necesitamos. Al igual que lo hacen los indios, deberíamos aprender a extraer el almidón de los helechos y las saxifragas, de los bulbos de los lirios o de la corteza del pino. Durante siglos, se ha descuidado nuestra educación en estos asuntos. El arroz también estaría bien. He visto una *Leersia* en los bordes húmedos de los prados, pero sus semillas son pequeñas. Las bellotas aún no están maduras, ni tampoco los piñones ni las avellanas. Podríamos intentarlo con la corteza interior de un pino o un abeto. He bebido

hasta estar medio intoxicado. El hombre parece necesitar un estimulante cuando le sucede algo extraordinario, y este es el único al que yo recurro. Billy masca grandes cantidades de tabaco, que supongo que le ayuda a atontarse y hacer más llevadera su miseria. Cada hora que pasa miramos y escuchamos para ver si llega nuestro Don Quijote. ¡Qué hermosos se verían sus grandes pies en estas montañas!

En la Sierra cálida y hospitalaria, los pastores y en general la gente de montaña, por lo que he visto, se conforman con poco en lo que alimento y cama concierne. La mayoría de ellos se contentan con vivir «a duras penas», sin prestar atención a los refinamientos de la naturaleza, que juzgan inoportunos y afeminados. La cama del pastor es a menudo no más que el suelo desnudo y un par de mantas, y como almohada una piedra, un trozo de madera o una alforja. A la hora de elegir un lugar para dormir, pone menos atención que los perros, que acostumbran a deliberar antes de decidirse sobre asunto tan importante, y van de un lado a otro quitando los palitos y las piedras, haciendo cambios para buscar un poco más de confort, mientras que el pastor se echa en cualquier sitio, demostrando ser el menos avezado en lo que se refiere a buscar un lugar de descanso. También su comida está lejos de ser refinada, ni en sus ingredientes ni en la forma de cocinarlos, incluso cuando dispone de todo cuanto necesita. Se alimenta de judías, cualquier clase de pan, beicon, cordero, melocotones secos y, a veces, patatas y cebollas, aunque estas dos últimas las considera un lujo, debido a la relación entre su peso y el alimento que contienen. Echa medio saco de cada una en su equipaje al salir del rancho, y en unos pocos días ya ha dado cuenta de ellas. Las judías son el sustento principal; fáciles de transportar, nutritivas, resisten bien el viaje y además se cocinan con facilidad, si bien, lo cual no deja de ser curioso, la cazuela en la que se cocinan parece estar revestida de misterio. No hay dos cocineros que se pongan de acuerdo en la mejor forma de cocinarlas. Después de mimar, acariciar y cuidar la sabrosa mezcla –con aceite abundante y enrique-

cida con beicon bien cocido en su interior—, el cocinero orgulloso servirá uno o dos cazos para darlo a probar y dirá «¿Y bien? ¿Qué te parecen *mis* judías?», como si no hubiera posibilidad de que fueran como otras judías cualesquiera cocinadas de la misma forma, sino que hiciera falta alguna virtud especial que solo él posee. Se puede utilizar melaza, azúcar o pimienta para condimentarlas, o bien se puede tirar el agua de la primera cocción y añadir una o dos cucharadas de ceniza o bicarbonato para disolver o ablandar más la piel, según el gusto. Pero, al igual que los toneles de vino, no hay dos cazuelas iguales para todos los paladares. Algunas se supone que es la luna la que las estropea, o el día poco afortunado, o las mismas judías que han crecido en un suelo que no era adecuado. O bien se le echa la culpa al año entero por no ser un buen año de judías.

También el café tiene sus maravillas en la cocina del campamento, aunque no son tantas ni tan inescrutables como las que rodean a la cazuela de las judías. Después de un trago largo acompañado de un gorgoteo, viene un gruñido cavernoso y complaciente, y tras ello se hace un comentario superfluo: «Está bueno este café». Luego otro sorbo y se repite el veredicto: «Sí señor, está muy bueno este café». En lo que respecta al té, hay dos clases, flojo y fuerte, y es mejor cuanto más fuerte. El unico comentario que se oye en este sentido es «este té está aguado». De lo contrario, quiere decir que es lo suficientemente fuerte y no merece la pena añadir más. Y da igual si se ha dejado hervir una o dos horas o se ha ahumado en un fuego de resina. ¿A quién le importa que tenga algo de taninos o de creosota? Hacen el negro brebaje más fuerte y más atractivo para los paladares curtidos por el tabaco.

El pan de nuestro campamento, como el de la mayoría de campamentos de California, se prepara en una gran olla, a veces en forma de galletas hechas de levadura en polvo, una mezcla insana y pegajosa que causa de inmediato indigestión. La mayor parte, no obstante, se fermenta con masa madre, y un poco de cada tanda se guarda y se pone

en el saco de harina para inocular la siguiente. La olla es de fundición, de unas cinco pulgadas de profundo y entre doce y dieciocho de diámetro. Después de que la masa se ha mezclado y amasado en una sartén, se calienta la olla y se frota el interior con un trozo de tocino de cerdo o sebo. Luego se pone la masa dentro, presionándola contra las paredes, y se deja subir. Cuando está lista para cocerse, se extiende una palada de brasas al lado del fuego y se pone la olla encima. Se echa otra palada sobre la tapa, que se levanta de vez en cuando para comprobar que se mantiene la temperatura necesaria. Poniendo un poco de cuidado, se puede hacer buen pan de esta manera, aunque es fácil que se queme o quede demasiado ácido o demasiado hinchado, y el peso de la olla es un serio inconveniente.

Por fin el señor Delaney llega por el largo valle[2], y el hambre se desvanece. Giramos la vista hacia las montañas y mañana ascenderemos hacia la tierra de las nubes.

Mientras quede algo en mí, recordaré por siempre este campamento. Ha crecido dentro de mí, no ya como un recuerdo hecho de imágenes, sino como parte por igual de mi mente y de mi cuerpo. La profunda vaguada, con sus árboles majestuosos a través de los que cada noche todas las estrellas derramaban su belleza; la ladera florida y empinada en dirección a Brown's Flat, por la que al final de los días calmos desciende una fragancia exquisita; los afluentes del río que corren bajo el abrazo de la vegetación, con su multitud de voces que entonan melodías, la constancia de su flujo y las corrientes gozosas y exultantes que acarician las hojas y los arbustos y las piedras musgosas, que forman remolinos en las pozas, que se dividen ante los pequeños islotes de flores, rompiéndose aquí y allá en blancos y grises, siempre disfrutando y al mismo tiempo con una voz solemne y profunda que recuerda al océano, y sin faltar nunca junto a ellas un bravo pajarillo que canta con voz dulce y humana entre las espumas danzarinas, bendito exégeta del amor de Dios. Y la

[2] Escrito en el original como una expresión escocesa: *doon the lang glen*. (N. del T.)

cresta de Pilot Peak, con sus largas pendientes que le alejan, trenzadas y modeladas con gracia, yendo de un clima a otro, emplumadas de árboles que son los reyes de su raza, alineados con nobleza, una punta sobre otra punta, una copa sobre otra copa, agitando sus largos y frondosos brazos, arrojando sus piñas como campanillas, y los montañeros bien nutridos por el sol disfrutando de su fuerza, cada árbol bien afinado, cual un arpa para los vientos y el sol. Los pastos de avellano y *Rhamnus* de los que gustan los ciervos, las cimas de amarillo y púrpura cubiertas de menta y vara de oro, alfombradas de *Chamaebatia*, murmurando con el zumbido de las abejas. Y los ocasos y los amaneceres y atardeceres de estas montañas; la luz rosácea alzándose sigilosa hacia las estrellas, virando al amarillo de los narcisos; los rayos de sol que fluyen a través de las crestas y acarician un pino tras otro, despertando y templando a la poderosa armada para que cumpla con gusto su labor del día. Los atardeceres de sol dorado, las montañas de alabastro de las nubes, el paisaje que irradia consciencia como el rostro de un dios. Las puestas de sol, cuando los árboles guardan silencio mientras esperan su bendición de buenas noches. Una riqueza divina, persistente, inagotable.

Hacia las altas montañas

8 de julio. —Nos marchamos camino de las montañas más altas. Además de los truenos del mediodía, muchas otras voces reposadas y diminutas nos llaman y nos dicen «Venid aquí arriba». Adiós, bendito valle, bosques, jardines, ríos, pájaros, ardillas, lagartos y un millar de criaturas más. Adiós. Adiós.

Nuestras langostas con pezuñas ascienden a través del bosque bajo una nube de polvo marrón. No habíamos recorrido apenas un centenar de yardas y ya parecían saber que por fin íbamos hacia nuevos pastos; se apresuraron salvajemente, amontonándose en los pasos libres que dejaba el matorral, saltando y haciendo piruetas como una avenida de aguas exultantes que escaparan con júbilo a través una presa rota. En cada flanco, un hombre se encargaba a gritos de mantener controlados a los líderes, los cuales, debido a su hambre, se comportaban como los cerdos de Gadara[1]. Otros dos se ocupaban de las rezagadas, ayudándolas a salir de los matorrales. El indio, tranquilo y alerta, vigilaba en silencio

[1]Referencia bíblica. De acuerdo con el Evangelio según Mateo, en Gadara Jesús sacó los demonios de dos hombres y los hizo entrar en unos cerdos. «Los demonios salieron de los hombres y entraron en los cerdos; y al momento todos los cerdos echaron a correr pendiente abajo hasta el lago, y allí se ahogaron». *Mateo 8:32.* (N. del T.)

para descubrir a las vagabundas que de otro modo podrían olvidarse en el camino. Los dos perros corrían adelante y atrás, sin saber bien qué debían hacer, mientras que el señor Delaney, que pronto se quedó lejos en la retaguardia, intentaba no perder de vista a su problemático patrimonio.

Tan pronto como dejamos atrás los limites de la antigua zona de pasto, ya devorada por completo, la horda se calmó de pronto, como un río de montaña cuando alcanza una pradera. De ahí en adelante, se les permitió ir avanzando tan lentamente como quisieran, sin parar de comer, con la sola precaución de mantenerlas en dirección hacia lo alto de la divisoria entre el Merced y el Tuolumne. Las dos mil panzas desinfladas se hincharon pronto de hierba y vainas de guisantes, y las ovejas, antes criaturas adustas y desesperadas, más parecidas a lobos, se hicieron dóciles y gobernables, al tiempo que los hombres que las conducían, histéricos y vociferantes, se transformaron en pastores gentiles y se paseaban en paz.

Al atardecer alcanzamos Hazel Green, un rincón encantador arriba de la cresta que divide las vertientes del Merced y el Tuolumne, y donde un pequeño arroyo fluye entre los matorrales de avellano y cornejo, bajo magníficos pinos y abetos plateados. Hemos acampado para pasar la noche aquí, y nuestra gran hoguera, una pila alta de troncos y ramas resinosas, destella como un amanecer y nos devuelve generosa la luz que poco a poco se ha ido decantando de los rayos del sol durante cientos de veranos. Qué impresionante la forma en que, a esta luz antigua, los objetos que nos rodean avanzan hasta el primer plano frente al fondo de la noche oscura. Hierbas, espuelas de caballero, colombinas, lirios, avellanos y grandes árboles, todos ellos en círculo alrededor del fuego, como espectadores pensativos, contemplando y escuchando con un entusiasmo casi humano. La brisa de la noche es fresca, ya que todo el día lo hemos pasado trepando hacia el cielo, el hogar de las montañas nubosas que hace tanto tiempo que admiramos. ¡Qué dulce e intenso

es el aire! Cada bocanada de él es una bendición. El pino de azúcar alcanza aquí su plenitud en tamaño, belleza y número, y llena cada vaguada, cada promontorio y cada garganta sin casi dejar lugar a otras especies. Algunos pinos ponderosa aparecen todavía acompañándolos, y en los lugares más frescos también se ven abetos. Pero, por muy nobles que estos sean, el pino de azúcar es el rey, y extiende sus largos brazos protectores sobre los demás, mientras ellos se balancean y ondean en señal de agradecimiento.

Hemos alcanzado ya una altura de seis mil pies. Antes del mediodía pasamos por una zona llana de la divisoria en la que crecía la manzanita (*Arctostaphylos*), con algunos de los especímenes más grandes que he visto nunca. Medí uno cuyo tronco tenía cuatro pies de diámetro y no más de dieciocho pulgadas desde el suelo, y a esa altura se disolvía en una colección de ramas que se abrían y formaban una copa redonda de diez o doce pies de alto, cubierta de racimos de campánulas rosas y estrechas. Las hojas son de un verde pálido, glandulares, y puestas de canto con una contorsión del peciolo. La corteza es de color chocolate, muy lisa y fina, y se deshace en laminas que se curvan cuando se secan, y todo esto hace que las ramas den la impresión de estar desnudas. La madera es roja, densa, dura y pesada. Me pregunto qué edad tendrán estos arbolillos, mitad árbol mitad arbusto; probablemente sean tan viejos como los grandes pinos. Los indios, los osos, las aves y las larvas de más tamaño se alimentan de sus bayas, que parecen pequeñas manzanas, a menudo rosadas por un lado y verdes por otro. Los indios, al parecer, hacen una especie de cerveza o sidra con ellas. Hay muchas especies. Esta en particular, *Arctostaphylos pungens*, es común en los alrededores. Son tan bajas y están tan firmemente ancladas que no tienen por qué temer al viento. Incluso los incendios que arrasan los bosques rara vez las destruyen por completo, ya que rebrotan de raíz y el fuego no suele llegar hasta las crestas secas en las que crecen.

Echo de menos mis canciones fluviales esta noche. Aquí el arroyo de Hazel Creek, aun en su máximo caudal, tiene una voz como la de un pajarillo. Los sonidos del viento en lo alto de los grandes arboles son impresionante y a la vez extraños, más aún al ver que aquí abajo no se mueve ni una sola hoja. Pero se hace tarde y he de acostarme. El campamento está en silencio, todos duermen. Resulta extravagante malgastar unas horas tan preciosas durmiendo. «Porque a su amado dará Dios el sueño»[2]. Qué pena que su amado lo necesite cuando está débil, cansado, extenuado; qué pena tener que dormir en mitad de este movimiento eterno y hermoso en lugar de quedarse observando por siempre, como hacen las estrellas.

9 de julio. —Esta mañana, emocionado con el aire de la montaña, tenía tanto gozo salvaje y animal en mí que sentía ganas de gritar. Anoche el indio se tumbó lejos del fuego sin manta alguna y sin llevar puesto más que un mono azul de trabajo y una camiseta empapada de sudor. A esta altura, el aire de la noche es frío, así que le dimos algunas mantas de los caballos, pero no les hizo ningún caso. Está bien eso de no depender de los ropajes allá donde son tan difíciles de transportar. Cuando la comida escasea, puede vivir con lo que le den: unas bayas, raíces, huevos, saltamontes, hormigas negras, avispas grandes o larvas de abejorro, y sin tener la sensación de estar haciendo nada extraordinario, o eso al menos me han dicho.

Nuestro recorrido de hoy fue a lo largo de la amplia cima de la cresta principal, hasta una vaguada más allá de Crane Flat. No es apenas rocosa, y está cubierta con los pinos y las píceas más nobles que nunca haya visto. No son raros los pinos de azúcar de seis a ocho pies de diámetro, con doscientos o incluso más pies de altura. Los abetos (*Abies concolor* y *Abies magnifica*) son extremadamente hermosos, en especial el *magnifica*, más abundante a medida que ascendemos. Es un árbol

[2]Otra cita bíblica. *Salmos 127:2*. (N. del T.)

de gran tamaño, una las coníferas gigantes más destacables de la Sierra en todos los sentidos. He visto especímenes que tenían siete pies de diámetro y más de doscientos de altura, y el tamaño medio de lo que puede considerarse un individuo bien desarrollado no debe ser de menos de ciento ochenta o doscientos pies de alto y cinco o seis de diámetro. Ademas de estas nobles dimensiones, tienen una simetría y un acabado perfecto que no se encuentra en ningún otro árbol, al menos en estos alrededores. Las ramas aparecen en su mayoría en verticilos de cinco, y salen a la misma altura del tallo, recto y exquisitamente afilado. Cada una de ellas está pinnada de manera regular como las frondas de un helecho y densamente cubierta de acículas en todas sus ramillas, lo que le da una apariencia particularmente suntuosa y rica. El extremo superior termina en una punta roma que apunta directa hacia lo alto, como un dedo amonestador. Las piñas aparecen erguidas sobre las ramas superiores. Tienen unas seis pulgadas de largo y tres de diámetro, redondeadas, aterciopeladas, cilíndricas, con aspecto de ser algo preciado y valioso. Las semillas tienen tres cuartos de pulgada de largo, de un marrón rojizo y oscuro con alas púrpuras e irisadas, y, cuando están maduras, la piña se deshace y vuelan libres desde una altura de ciento cincuenta o doscientos pies, con lo que pueden cubrir distancias considerables si el viento acompaña. Y, de hecho, cuando el viento sopla con fuerza es cuando la mayoría de ellas salen a volar.

La otra especie, *Abies concolor*, alcanza casi la misma altura y grosor que el *magnifica*, pero sus ramas no forman una espiral tan regular, ni son tan perfectamente pinnadas o frondosas. Las hojas, en lugar de crecer por toda la ramilla, se concentran la mayoría de ellas en dos filas horizontales. Las piñas y los piñones tiene la forma de los del *magnifica*, pero menos de la mitad de su tamaño. Mientras que la corteza del *magnifica* es de un púrpura rojizo y muy agrietada, la del *concolor* es gris y con grietas más espaciadas. Forman una pareja noble.

En Crane Flat ascendimos mil pies o más en apenas un par de millas, con el bosque volviéndose cada vez más denso y el plateado *magnifica* haciéndose aún más predominante. Crane Flat es una pradera con un ancho borde arenoso en lo alto de la divisoria. Las grullas azules la visitan con frecuencia para descansar y alimentarse en sus largos viajes, y de ahí le viene el nombre[3]. Tiene media milla de largo y desagua sobre el Merced, lleno de carrizos en su parte media, y con una margen brillante en la que crecen lirios, colombinas, espuelas de caballero, altramuces y *Castilleja*. A más distancia, tiene una zona seca levemente inclinada y constelada de múltiples flores diminutas: *Eunanus, Mimulus, Gilia*, con rosetones de *Spraguea*, y matas de varias especies des *Eriogonum* y la brillante *Zauschneria*. La noble pared de bosque a su lado está formada por las dos especies de abetos plateados, así como por pino de azucar y pino ponderosa, que aquí parecen alcanzar su máxima belleza y esplendor. Esta altitud, unos seis mil pies o quizás algo más, no es todavía demasiada para los pinos ni demasiado poca para el *Abies magnifica*, y el *Abies concolor* parece crecer a esta altura mejor que a ninguna otra. Aproximadamente una milla hacia el norte desde el límite de la llanura, hay un bosquete de *Sequoia gigantea*, la reina de todas las coniferas. Además de esto, aparecen aquí y allá algunos abetos de Douglas (*Pseudotsuga douglasii*) y *Libocedrus decurrens*, y algunos pinos de San Pedro Mártir (*Pinus contorta*). Tres pinos, dos abetos plateados, una secuoya, y un abeto de Douglas —todos ellos árboles colosales, salvo el pino de San Pedro Mártir— aparecen juntos aquí. No hay otro lugar en el globo que pueda competir con semejante conjunto de coníferas.

Pasamos por unos cuantos prados encantadores que parecen jardines, unos en lo alto de la divisoria y otros colgando de sus flancos como cintas, incrustados en la gloriosa foresta. Algunos de ellos los domina

[3]En inglés, *Crane* significa «grulla». *Crane Flat* puede traducirse como «Llano de las Grullas». (N. del T)

el *Veratrum californicum*, alto, de flores blancas y hojas con forma de barcos de un pie de largo y ocho o diez pulgadas de ancho. Tienen nerviaciones como las de *Cypripedium*, que es una liliácea robusta y amigable a la que le gusta el agua y dejarse ver. En los bordes secos de los pastos crecen columbinas y espuelas de caballero, con altramuces altos y bien parecidos, cubiertos hasta la cintura de hierbas altas y carrizos. Varias especie de *Castilleja* hacen su espectáculo particular rodeadas de una cama de violetas a sus pies. La gloria de estos pastos es, sin embargo, un lirio, *Lilium parvum*. Los más grandes llegan a medir siete u ocho pies de alto, y tienen unos ramilletes maravillosos de diez a veinte o más flores anaranjadas. Aparecen en campo abierto, acompañados tan solo de un poco de hierba y alguna que otra planta cerca para flanquearlos y realzar su belleza. Una gran incorporación a la lista de lirios que conozco: un verdadero montañero que alcanza su pleno vigor y belleza alrededor de los siete mil pies de altitud. Su talla, según veo, varía mucho incluso dentro del mismo prado, no solo en función del suelo, sino también de la edad. Vi un ejemplar que tenía una sola flor, y unos pasos más allá otro que tenía veinticinco. Cuando pienso que las ovejas van a entrar en estas praderas de lirios…Después de quién sabe cuántos siglos en que la Naturaleza los ha plantado y regado, ha enterrado con mimo los bulbos a salvo de las heladas invernales, ha dado sombra a los brotes tiernos poniendo sobre ellos cortinas de nubes, ha vertido agua refrescante, les ha dado una belleza perfecta y los ha mantenido a salvo obrando un millar de milagros; después de todo esto —y he ahí lo extraño—, esa misma Naturaleza va a permitir el pisoteo de las ovejas devastadoras. Cabría esperar una muralla de fuego alrededor de jardines así. De qué manera tan extraña prodiga la Naturaleza sus tesoros más selectos; gasta la belleza de las plantas igual que gasta los rayos del sol, y la vierte sobre el mar y la tierra, sobre jardines y desiertos. Y es así que la hermosura de los lirios llega hasta los hombres y los ángeles, los osos y las ardillas, los lobos y las ovejas, los pájaros y las abejas, pero no

son, según he visto, sino los hombres y las criaturas que ellos doman quienes destruyen estos jardines. Dice el señor Delaney que los osos, torpes y pesados, gustan de revolcarse en los lirios cuando hace calor, y los ciervos, con sus pezuñas afiladas, pasan sobre ellos una y otra vez mientras pasean y se alimentan. Pero, aun así, nunca han estropeado uno solo de ellas. Más bien, como si fuesen jardineros, se diría que los cultivan, compactando la tierra y sembrándolas según sea necesario. De cualquier modo, ni una sola hoja o pétalo parece sufrir.

Los árboles alrededor de ellos parecen de una belleza y una forma tan perfecta como la de los lirios mismos, con sus ramas verticiladas en un orden preciso, a imagen de las hojas de estos. A la tarde, como de costumbre, el fuego de nuestro campamento arroja su sortilegio sobre todo lo que se encuentra al alcance de sus rayos. Tumbado bajo los abetos, resulta glorioso verlos hundir sus lanzas en el cielo estrellado, un firmamento que es como una vasta pradera de lirios en flor. ¿Cómo voy a cerrar mis ojos en una noche tan preciosa?

10 de julio. —Una ardilla de Douglas, autócrata colérico de estos bosques, anda ladrando por encima de mí esta mañana, y los pájaros, que uno apenas oye cuando va viajando entre ruidos, han salido a las ramas soleadas a lo largo del borde de la pradera, para calentarse y darse baños de sol y de rocío. Una visión deliciosa. Qué encantadores son los modales y el aspecto confiado y vivo de estas emplumadas gentecillas de los árboles. Parecen estar seguras de encontrar su desayuno saludable y delicado, pero ¿de dónde van a salir tantos desayunos? Qué impotentes nos sentiríamos si hubiéramos de preparar la mesa para ellos, con tal cantidad de flores, semillas e insectos como son necesarios para que sigan teniendo esa salud salvaje de la que hoy disfrutan. Supongo que no sufrirán dolores de cabeza o de ninguna otra clase. En lo que respecta a las incontenibles ardillas de Douglas, uno no piensa nunca en sus desayunos o en la posibilidad de que pasen hambre, enfermen o mueran.

Parecen ser como estrellas por encima de esas vicisitudes, incluso si las vemos a veces ocupadas recogiendo nueces y ganándose la vida con esfuerzo.

Seguimos ascendiendo aún más a través del bosque, envueltos en una nube de polvo que nubla la visión del camino, con miles de pies pisoteando las hojas y las flores, aunque en esta naturaleza poderosa no parecen más que un débil ejercito y hay miles de jardines que escaparán a su paso desolador. No pueden hacer daño a los árboles, pero las plántulas sí sufren, y si el número de lanosas langostas se multiplicara lo suficiente, como es probable que suceda teniendo en cuenta el valor que tienen en el mercado, entonces también, con el tiempo, acabarán destruyéndose los bosques. Solo el cielo quedará a salvo, aunque oculto por el polvo y el humo, incienso de un triste sacrificio. Pobres ovejas hambrientas e impotentes, en buena parte sin una razón de ser, sin derecho real de existir, a medio hacer, creadas por Dios inferiores al hombre, nacidas en el momento y el lugar equivocados; y, sin embargo, sus voces suenan extrañamente humanas y despiertan nuestra compasión.

El camino sigue todavía la divisoria entre el Merced y el Tuolumne. Los ríos a nuestra derecha van a enriquecer el melodioso río Yosemite, mientras que los de la derecha van hacia el igualmente musical Tuolumne, escurriéndose por los prados soleados de carrizo y lirios, y entonando sus canciones a través de miles de quebradas desde casi el instante mismo en que nacen. Estoy seguro de que no existe en ningún lugar una orquesta de ríos tan armoniosa como esta ni de una pureza cristalina semejante, que en un lugar se deslizan con un susurro tintineante y en otro saltan alegres y espumosos, que entran y salen de la solana a la umbría, que brillan en las pozas, que unen sus corrientes, que rebotan, que bailan de un relieve a otro sobre los cortados y las pendientes, más y más hermosos cuanto más avanzan, hasta desembocar en los grandes ríos glaciares.

He pasado todo el día observando cada vez con mayor admiración los nobles grupos de abetos plateados, que van tomando más y más terreno para sí. Los bosques por encima de Crane Flat aún son relativamente abiertos y dejan pasar la luz del sol hasta el suelo cubierto de acículas marrones. No solo los árboles individuales tienen una simetría y un follaje admirable, sino que a menudo se forman bosquetes de media docena o más de ellos, cuyos ejemplares están tan perfectamente ordenados en su talla y posición que se dirían uno solo. Este es el paraíso de los amantes de los árboles, no hay duda. Incluso la mirada más insensible no podría evitar emocionarse ante árboles como estos.

Las ovejas, por fortuna, requieren poca atención, tan solo conducirlas sin prisa en la dirección correcta y dejarlas pastar por el camino. Desde que dejamos atrás Hazel Green hemos estado siguiendo la ruta de Yosemite, por la que pasan los visitantes que vienen al parque desde Coulterville y Chinese Camp —las rutas desde ambos se unen en Crane Flat—, entrando al valle por su parte norte. Hay otro camino que entra por la parte sur, pasando por Mariposa. Los turistas que vimos iban en grupos de entre tres o cuatro y quince o veinte personas, montados en mulas o ponis. Conformaban un espectáculo extraño, en fila de a uno a través de los bosques solemnes, vestidos con ropas de colores chillones y asustando a las criaturas salvajes, e incluso uno podía tener la impresión de que hasta los grandes pinos se sentían molestos con su presencia y gruñían horrorizados. Aunque, ¿qué decir de nosotros y de nuestro rebaño?

Hemos acampado en la llanura de Tamarack Flat, a unas cuatro o cinco millas del límite inferior de Yosemite. Se trata de otra pradera enclavada en el bosque, con un río profundo y transparente que corre a través de ella, y riberas redondeadas y biseladas con una cabellera de carrizo que se sumerge en el agua. La llanura toma su nombre del pino de San Pedro Mártir (*Pinus contorta*, var. *murrayana*), común aquí, especialmente en los alrededores de la margen más fresca de la

pradera. Cuando el suelo es rocoso, es un árbol grueso y robusto, de unos cuarenta o sesenta pies de alto y uno a tres pies de diámetro, con la corteza fina y elástica, las ramas más o menos desnudas, y con hojas, piñas y panículos desnudos. Pero si el suelo es húmedo y rico, crece en bosquetes densos y es un árbol delgado, hasta alcanzar a veces los cien pies de alto. Algunos ejemplares de cincuenta o sesenta pies tienen troncos de no más de seis pulgadas de diámetro, finos y afilados como flechas, similares al verdadero tamarack (alerce)[4]. De ahí viene el nombre, aunque en este caso se trate de pinos.

11 de julio. —Nuestro Don Quijote ha partido antes que nosotros en uno de los animales de carga, para explorar las tierras del norte de Yosemite en busca del mejor lugar donde poner un campamento base. No podemos subir mucho más arriba, ya que los pastos de más altitud, supuestamente mejores que todos los de estos alrededores, están aún enterrados bajo la nieve. Me alegra que nuestro campamento se establezca en la región de Yosemite, porque así podré llevar a cabo un buen número de excursiones gloriosas en lo alto de sus paredes, y en ellas encontrar paisajes con nuevas montañas y cañones, bosques y jardines, lagos y ríos y cascadas.

Estamos ahora a unos siete mil pies sobre el nivel del mar, y las noches son tan frescas que tenemos que apilar abrigos y ropas encima de las mantas. El agua del Tamarack Creek es como un champán helado, delicioso, embriagador. Fluye por la pradera ocupando todo el cauce, veloz y en silencio, pero apenas unos cientos de yardas más abajo el suelo es de granito desnudo y gris salpicado de grandes rocas, con amplios espacios donde no crece ni un árbol o a lo sumo algunos dispersos y anclados en grietas o fisuras estrechas. Las rocas, algunas de ellas enormes, no están ni apiladas ni esparcidas como detritos entre otros restos menores cual si fueran fruto de la desintegración de la roca madre por efecto de

[4] *Tamarack* es el nombre común del alerce *Larix laricina*. (N. del T.)

la intemperie. Aparecen aisladas, asentadas sobre superficies de roca limpias sobre las que los rayos del sol caen y brillan de una manera cegadora, bien distinta a los juegos de luces y sombras a los que estábamos acostumbrados bajo las hojas de los árboles. Pero, por extraño que parezca, estas piedras tan inmóviles y abandonadas, sin ninguna fuerza cercana que trate de desplazarlas, sin nada a la vista capaz de ponerlas en movimiento, vienen de lejos, como así lo atestiguan las diferencias de color y de composición, y han sido extraídas, transportadas y depositadas aquí cada una en su lugar. Y desde que llegaron, la mayoría de ellas ni se han movido, quietas a través de la calma y las tempestades. Tienen un aspecto solitario, como de extraños en un país extranjero. Bloques descomunales, pedazos angulosos de la montaña, los más grandes de hasta veinte o treinta pies de diámetro, las esquirlas que la Naturaleza ha generado al esculpir sus paisajes y dar forma a sus montañas y valles. ¿Con qué herramientas se han excavado y transportado? Sobre la superficie de granito encontramos sus huellas. La parte más resistente y menos desgastada tiene marcas y estrías perfectamente paralelas, lo cual indica que la región ha sido barrida por un glaciar que avanzaba desde el noreste, moliendo la masa de las montañas, tallando y puliendo, dando lugar a esa apariencia extraña y descarnada, y finalmente dejando caer los bloques que arrastrara consigo en el momento de derretirse, al final del periodo glacial. Un bello descubrimiento este. Los bosques por los que hemos venido transitando crecen probablemente sobre depósitos aluviales formados en su mayoría por las diversas morrenas de esta misma lengua de hielo, ahora en parte desintegradas y diseminadas por el desgaste postglacial.

El Tamarack Creek, joven y feliz, discurre desde la pradera y hacia aguas abajo sobre el granito alisado por los hielos, disfrutando, canturreando, danzando en cascadas y saltos de agua blancos, brillantes, irisados, de camino hacia el cañón del Merced, unas pocas millas por

debajo de Yosemite. En más o menos un par de millas, desciende más de tres mil pies.

Todos los cursos de agua que desembocan en el Merced son músicos maravillosos, y Yosemite es el centro en el que confluyen sus principales afluentes. Desde un lugar a media milla del campamento se puede ver el límite inferior del famoso valle, con sus maravillosos cantiles y bosques, una página grandiosa en el manuscrito de las montañas, por el cual daría mi vida por poder leerlo. Qué inmenso parece, qué breve es nuestra vida si lo pensamos, qué poco lo que podemos aprender, por mucho que lo intentemos. Aun así, ¿por qué lamentarse de nuestra ignorancia desafortunada e inevitable? Hay una parte de la belleza exterior que siempre queda a la vista, suficiente para mantener vibrando cada una de nuestras fibras, y esto lo podemos disfrutar en toda su gloria aunque desconozcamos los mecanismos de su origen. Canta, bravo Tamarack Creek, fresco desde tus fuentes nevadas; salpica y gira y baila hacia tu destino en el mar, bañando y alegrando a cada ser vivo en tu camino.

He disfrutado enormemente este día inmenso; he caminando y he observado, he ascendido hacia la influencia de las montañas, he tomado notas, he dibujado, he prensado flores, he bebido ozono y agua del Tamarack. Encontré el lirio de Washington, blanco y fragante, el más excelso de todos los lirios de la Sierra. Sus bulbos se entierran en las profundidades del chaparral, supongo que para protegerse de los osos. Sus magníficos panículos se agitan y se mecen por encima de los arbustos apresados por la nieve, mientras que las abejas valerosas, con sus narices redondeadas, zumban en sus campánulas llenas de polen. Una flor adorable por la que vale la pena pasar hambre y caminar con los pies doloridos un sinfín de millas solo para ir a verla. El mundo al completo parece más rico ahora que he podido encontrar esta planta en un paisaje tan noble.

Una casa hecha de troncos sirve para marcar una propiedad en la pradera de Tamarack, que pudiera ganar valor como final de etapa si el

turismo se populariza en los alrededores de Yosemite. El sitio pertenece a un hombre blanco y su mujer india.

A la caída del sol, subí caminando por encima de la pradera, hasta perder de vista el campamento, las ovejas y cualquier otra huella humana, en la paz profunda de los bosques ancianos y solemnes, donde todo resplandece con el entusiasmo insaciable del cielo.

12 de julio. —Don Quijote ha regresado y salimos de nuevo a nuestro peregrinaje.

—Mirando sobre el territorio del Yosemite Creek —dijo—, no se ve nada más que rocas y manchas de árboles desde lo alto de las colinas, pero cuando se desciende al desierto rocoso, aparecen una infinidad de pequeñas terrazas de hierba y prados, así que resulta que no es tan pobre como parece. Iremos allí y nos quedaremos hasta que la nieve de las alturas se haya derretido.

Tengo ganas de ver la región de Yosemite tanto como sea posible, así que fue buena noticia oír que la nieve nos obligaba a quedarnos en ella. Qué buenos tiempos me esperan aquí dibujando, estudiando plantas y rocas, y vagabundeando a solas por el borde del valle, desde donde ni se vea ni se escuche el campamento.

Hoy vimos otro grupo de turistas de Yosemite. La mayoría de estos viajeros parecen no guardar interés por los elementos gloriosos que tienen alrededor, aunque sí el suficiente como para gastar tiempo y dinero, y soportar arduos trayectos con el fin de ver el valle. Y cuando ya están dentro de las poderosas murallas del templo y oyen la salmodia de las cascadas, es entonces cuando se olvidan de ellos mismos y se convierten en fieles devotos. Que todo peregrino en estas montañas sagradas sea, pues, bendecido.

Avanzamos lentamente hacia el este por la senda de Mono, y al principio de la tarde descargamos el equipaje y acampamos junto al arroyo de Cascade Creek. La senda de Mono cruza la cordillera por el

collado de Bloody Canyon, hasta unas minas cerca del extremo norte del lago Mono. Estas minas eran ricas en su día, y su descubrimiento causó una gran afluencia de gente, por lo que fue necesario trazar un sendero hasta ellas. Se construyeron algunos puentes pequeños sobre los ríos que no podían vadearse debido a la poca consistencia del lecho, se cortaron árboles caídos, y se abrieron pasos a través del matorral con ancho suficiente para que pasaran las abultadas bestias de carga. Pero, aún así, en la mayor parte del camino no se movió ni una sola piedra o palada de tierra.

Los bosques por los que pasamos hoy están compuestos casi únicamente de *Abies magnifica*. Su compañero de especie, el *concolor*, se ha quedado atrás a causa de la altitud, mientras que al *magnifica* parece sentarle bien este aumento de elevación. No hay palabras que le hagan justicia a este árbol noble. Vimos algunos caídos a causa de un vendaval, en parte debido a la naturaleza arenosa del suelo, que no ofrecía un anclaje sólido. El suelo está formado principalmente por los materiales que han dejado las morrenas glaciares, descompuestos y deshechos.

Las ovejas están tumbadas en un descampado rocoso como a ellas les gusta, rumiando en una paz vegetal. La cocina está en marcha, y cada día tenemos mejor apetito. Quienes habitan allá en las bajuras no son capaces de apreciar el apetito de la montaña ni la facilidad con la que aquí uno da cuenta del rancho. Comer, caminar, descansar, todo resulta igual de delicioso, y a uno le entran deseos de ponerse a gritar al empezar el día, cual un gallo cacareante. El sueño y la digestión son claros como el aire. Esta noche tenemos un lecho de ramas bien acolchadas y la nana del arroyo al caer por la cascada. Nunca se le puso a un arroyo un nombre tan adecuado, porque, por lo que he podido ver, es un ramillete continuo de cascadas blancas que saltan y bailan, tanto aguas arriba como aguas abajo del campamento. Y al final, aún vigoroso, termina su recorrido salvaje en un salto de trescientos pies o más hasta el fondo del cañón principal de Yosemite, cerca de la

cascada del Tamarack Creek, unas pocas millas más abajo del pie del valle. Estas cascadas podrían rivalizar incluso con las de Yosemite, de mucho más renombre. Nunca olvidaré las canciones de estos saltos de agua, el retumbar grave, el rugido, el golpe plateado de las aguas frescas que se precipitan exultantes bajo una niebla de vapor irisado. O en lo profundo de la noche, blancas a través de la oscuridad, con su multitud de voces que suenan todavía más impresionantemente sublimes. Aquí el pequeño mirlo acuático está tan a gusto como un pardillo en un bosque frondoso, y da la sensación de que goza tanto más cuanto más bulliciosa es la corriente. Los precipicios vertiginosos, la energía fulgurante que se despliega, y el tronar de las cascadas son impresionantes, y sin embargo no hay nada imponente en este pájaro. Su canción es dulce y grave, y todos sus gestos demuestran fuerza, paz y alegría mientras revolotea entre los rugidos sonoros del agua. Al verles salir de sus nidos junto a los cauces salvajes, mojados por la ducha fina de la cascada, me viene a la cabeza el acertijo de Sansón: «Del que era fuerte salió dulzura»[5]. Este pajarillo es una flor aún más exquisita que las campanillas de espuma que se forman en los remolinos de las pozas. Qué mensaje más preciado traes, pájaro gentil. Quizás no entendamos el significado del arroyo, pero tu voz dulce no contiene más que amor.

13 de julio. —Hemos ido todo el día hacia el este por la divisoria de la cuenca del Yosemite Creek, y luego hasta mitad de camino hacia el fondo del valle, donde hemos acampado sobre una losa de granito pulido por los glaciares, una base solida para nuestras camas. Por el camino vi las huellas de un oso de gran tamaño, y Don Quijote fue hablando de osos en general. Le dije que me gustaría ver al responsable de unas huellas tan enormes y seguirle en su marcha durante días, sin molestarle, para aprender algo más sobre la vida de este rey de las regiones

[5] «Del que comía salió comida; / del que era fuerte salió dulzura.» *Jueces 14:14*. (N. del T.)

salvajes. Las ovejas, según el señor Delaney, aunque han nacido en las tierras bajas y nunca han visto u oído un oso, resoplan y salen corriendo cuando detectan su olor, en una prueba clara de que han heredado pese a todo el conocimiento de su enemigo. Los cerdos, las mulas, los caballos y el ganado, todos temen a los osos, y se quedan poseídos por un pavor ingobernable cuando estos se acercan, en especial los cerdos y las mulas. Los cerdos se llevan con frecuencia a los pastos al pie de las montañas de la Sierra y la Coast Range, donde abundan las bellotas, en piaras de unos cuantos centenares, como las ovejas. Cuando un oso se aproxima a su territorio, lo abandonan al instante, emigrando como un solo individuo, generalmente durante la noche, sin que quienes les guardan puedan hacer nada por prevenirlo. Tienen, según se ve, más criterio que las ovejas, que lo único que hacen es dispersarse por las rocas y los matorrales y quedarse a esperar su destino. Las mulas salen huyendo como el viento cuando ven un oso, ya sea con o sin jinete, y, si están amarradas, a veces llegan a partirse el cuello al intentar romper las sogas, a pesar de que yo no tengo noticias de que los osos hayan matado a ninguna mula o caballo. Se dice que tienen especial predilección por los cerdos, y que se comen los cochinillos más pequeños con huesos y todo, sin hacer distinción entre una u otra de sus partes. En particular, el señor Delaney me aseguró que los osos de la Sierra son muy tímidos, y que se ponen a tiro de los cazadores en menos ocasiones que los venados o cualquier otro animal de la Sierra. Si estaba ansioso por verlos, debía sentarme a esperar y observar con la paciencia de un indio, sin hacer caso a nada más.

Se acerca la noche y las ondulaciones de roca gris van apagándose en el crepúsculo. ¡Qué joven y reciente parece esta región! Si el hielo que pasó por aquí se hubiera retirado ayer mismo, sus marcas sobre las rocas más resistentes por encima de nuestro campamento no serían apenas distintas a como son hoy. Tanto los caballos como las ovejas, y también todos nosotros, nos hemos resbalado en los lugares más lisos.

14 de julio. —¡Qué parecido a la muerte es el sueño en este aire de montaña, y qué rápido el despertar hacia las novedades de la vida! Un amanecer reposado, amarillo y púrpura, y después una avalancha de sol dorado que hace que todo brille y centellee.

En pocas horas hemos llegado hasta el Yosemite Creek, el cauce que forma la mayor de todas las cascadas de Yosemite. Tiene unos cuarenta pies de anchura cuando se cruza con la senda de Mono, y unos cuatro pies de profundidad media en este momento. Fluye a unas tres millas por hora. Desde aquí no hay más que dos millas hasta el borde de la pared de Yosemite, desde donde hace su tremendo salto. Tranquilo, hermoso, y casi por completo en silencio, va escurriendose con gestos señoriales. En sus márgenes crece con densidad el delgado pino de San Pedro Mártir, adornado por una hilera de sauces, carrizos margaritas, lirios y columbinas. Algunos de los carrizos y ramas de sauce se sumergen en la corriente, y justo fuera del alcance de los árboles hay un claro soleado de arena gruesa que parece ser el resultado de alguna antigua avenida. Está cubierto de millones de flores de *Erethrea, Erigonum* y *Oxytheca*, con más flores que hojas. Forman un tapiz uniforme al que le dan relieve algunas rosetas de *Spraguea umbellata*. Detrás de esta franja florida hay una llanura de granito algo ondulada y ascendente, a la que los hielos han pulido tan finamente en algunos lugares que brilla bajo el sol como si fuera un cristal. En las hondonadas poco profundas hay manchas de árboles, sobre todo del pino de San Pedro Mártir en su forma más rústica, con un aspecto algo raquítico allí donde hay poco o nada de suelo. También se ven unos pocos enebros (*Juniperus occidentalis*), bajos y robustos, con la corteza brillante de color canela y las hojas grises, solitarios en su mayoría sobre las rocas expuestas al sol, a salvo del fuego, agarrados en fisuras diminutas. Este árbol es sin duda un montañero aguerrido a prueba de tormentas, que vive a base de sol y nieve, y con esa dieta mantiene su salud quizás durante más de mil años.

Hacia la cabecera de la cuenca veo grupos de cúpulas que se elevan sobre las crestas onduladas, y algunas masas rocosas pintorescas y con forma de almenas. También franjas oscuras y manchas de abeto plateado, que indican la presencia de suelos fértiles. Ojalá tuviera tiempo para estudiarlos. Qué excursiones tan intensas se pueden hacer en esta cuenca bien delimitada. Y qué maravillosas sus inscripciones glaciares y sus esculturas, y cuán nobles los estudios que de ellas podrían hacerse. Tiemblo de emoción al pensar en el amanecer de estos gloriosos esplendores de montaña, pero por ahora solo puedo observar y admirarme, y, como un niño, recoger acaso un lirio aquí y allá, con la esperanza de poder estudiar y aprender en los años que habrán de venir.

Los perros y los hombres que conducen el rebaño han estado atareados haciendo pasar las ovejas por el río. Es el segundo cauce de un cierto tamaño que se han visto obligados a cruzar sin que existiera un puente, después de haber cruzado la bifurcación norte del Merced cerca de Bower Cave. Los hombres y los perros, a base de gritos y ladridos, han reunido a las ovejas tímidas y temerosas del agua en un grupo compacto contra el borde del río, pero ni una sola de ellas tenía intención de saltar al agua. Mientras estaban allí acorraladas, el señor Delaney y el pastor pasaban a través de la multitud asustada, con objeto de que las situadas en el frente salieran en estampida, pero, en lugar de eso, el grupo se rompía por la parte trasera y las ovejas se iban por la espesura de la ribera y por las rocas. Con la ayuda de los perros, se recuperaba a las fugitivas y se las reintegraba en el grupo, se las ponía de cara al río, y de nuevo el rebaño se rompía, entre gritos y ladridos salvajes que bien podían incluso perturbar al río mismo y alterar la música de sus cascadas, a las que sin duda escuchaban visitantes venidos de todos los confines del mundo.

—¡Retenlas allí! ¡Pero retenlas allí! —gritaba nuestro Don Quijote—. Las filas del frente se cansarán pronto de aguantar está presión y se

lanzarán con gusto al agua, y todas las demás irán detrás y cruzarán en un santiamén.

Pero las ovejas no estaban por la labor. En su lugar, escapaban a cientos por la retaguardia y dejaban la belleza de la ribera tristemente pisoteada.

Si al menos se pudiera conseguir que una cruzara, todas las demás la seguirían, pero era imposible encontrar a esa primera. Se cogió a un cordero, se llevó hasta el otro lado, y allí se lo ató a un arbusto, donde empezó a llorar lastimoso llamando a su madre. Pero la madre, aunque consternada, lo único que hacía era responder a su llamada. Apelar al afecto maternal no sirvió de nada, y empezamos a temer que quizás tendríamos que dar un gran rodeo y cruzar uno tras otro los afluentes del río, muy separados entre sí. Esto nos llevaría varios días, pero también tenía sus ventajas, ya que yo estaba deseoso de ver los lugares donde nace un río de tanto renombre. Nuestro Quijote, no obstante, decidió que debíamos vadear al río allí mismo, y de inmediato se empezaron a cortar algunos pinos delgados y a construir un redil de tamaño apenas suficiente para contener el rebaño, aún estando bien apretado. Él creía que, al estar uno de los lados del redil situado en el río, sería fácil forzar a las ovejas a entrar en el agua.

Se terminó de construir el cerco en unas pocas horas, y se metieron dentro los animales, bien apretados contra el borde del vado. Después, el señor Delaney, abriéndose camino a través de la masa compacta de ovejas, atrapó a unas pocas de las pobres y aterradas criaturas y las lanzó a la fuerza al río, pero estas, en lugar de cruzar a la otra orilla, nadaban de vuelta e intentaban desesperadamente volver al rebaño. Se echaron al río una docena o más de animales, y el señor Delaney, alto como una grulla y buen vadeador, saltó tras ellas, agarró a un carnero y lo arrastró con él hasta la otra orilla. Pero tan pronto como lo soltó, este se metió de nuevo en el río y vino nadando de vuelta junto a sus asustadas

compañeras del corral, dejando claro que la naturaleza de las ovejas es tan inamovible como la fuerza de la gravedad misma.

Estábamos desconcertados. Las ovejas eran capaces de sufrir cualquier clase de muerte con tal de no cruzar el río. El señor Delaney, empapado y chorreando, convocó un cónclave y anunció que lo único que quedaba por intentar era matarlas de hambre, y que acamparíamos allí a esperar que las ovejas cercadas pasaran hambre y frío y así entraran en razón, si es que acaso eran capaces de ello. Unos minutos después de haberlas dejado allí solas, una oveja aventurera de las primeras filas se zambulló en el agua y fue nadando con arrojo hasta la otra orilla. Entonces, de repente, todas las demás se abalanzaron hacia el río, pisándose unas a otras mientras en vano intentábamos retenerlas. Don Quijote saltó hacia la masa de ovejas a punto de ahogarse y las fue lanzando a izquierda y derecha, como si fueran maderos flotantes. Con la ayuda de la corriente, que también contribuyó a separarlas, se formó una columna larga y curvada, y en unos pocos minutos, estaban todas en la otra orilla, balando y pastando como si no hubiera sucedido nada extraordinario. Es increíble que ninguna se ahogara. Yo estaba convencido de que cientos de ellas tendrían un final romántico, arrastradas hasta Yosemite por la cascada más alta del mundo.

Con el día ya llegando a su fin, acampamos no lejos de allí y dejamos al grupo empapado dispersarse y comer hasta la caída del sol. La lana está ya seca, y una paz sosegada se ha apoderado del rebaño, que rumia sin dar señales de haber pasado por esta batalla acuática. He visto peces que al sacarlos del agua se quejaban menos que estas ovejas al meterlas en ella. Es indudable que el cerebro de las ovejas tiene poca sustancia. No hay más que comparar el espectáculo de hoy con el de los ciervos nadando silenciosos a través de ríos anchos y rápidos, o de isla en isla en mares y lagos. O el de los perros, o incluso el de las ardillas, de las que se dice que escogen un trozo de madera y sobre él cruzan el Mississippi, usando como vela su propia cola orientada al viento. Una oveja no

puede considerarse como un animal; hace falta todo un rebaño para hacer un individuo estúpido.

Yosemite

15 de julio. —Seguimos la senda de Mono, subiendo por la divisoria este de la cuenca, hasta casi su punto más alto, y después nos desviamos en dirección sur hacia un pequeño valle poco profundo que se extiende hasta el borde de Yosemite, al cual llegamos cerca del mediodía y acampamos. Después del almuerzo, me apresuré hacia las alturas, y desde lo alto de la cresta en el lado oeste de Indian Canyon alcancé la más noble de cuantas vistas de las cimas he disfrutado nunca. Se alcanzaba a ver casi toda la cuenca del Merced, con sus cañones y cúpulas sublimes, sus bosques oscuros, y su glorioso elenco de picos blancos allá en lo profundo del cielo, y cada uno de sus elementos brillaba e irradiaba una belleza que atravesaba nuestra carne y nuestros huesos cual los cálidos rayos de un fuego. La luz del sol lo cubría todo, y ni una brizna de viento venía a agitar nuestra calma contemplativa. Nunca antes había visto un paisaje tan glorioso ni un despliegue tan ilimitado de la belleza de las montañas. Aun la más extravagante de las descripciones que yo pudiera hacer de esta vista no alcanzaría a dar más que una muestra de su grandeza y del esplendor espiritual que la rodeaba. Me puse a gritar y gesticular en una explosión salvaje de júbilo, para sorpresa de Carlo, que vino corriendo hasta mí y me miró con unos ojos de preocupación muy graciosos, y esto tuvo el efecto de hacerme volver a mis cabales.

Al parecer, también un oso fue testigo de este espectáculo mío, ya que, apenas unas yardas después de ponerme en marcha, vi uno salir de unos matorrales. Era evidente que me consideraba peligroso, a juzgar por la velocidad a la que corría, dando tumbos por encima de las matas de manzanita en su precipitada huida. Carlo vino de vuelta a mi lado, con las orejas gachas como si tuviera miedo, y se me quedó mirando a los ojos, como si esperara que yo fuera detrás de él y le disparara, ya que seguramente en su día habría visto muchas peleas así con otros osos.

Siguiendo la cresta, que descendía gradualmente hacia el oeste, llegué al borde del enorme cortado entre Indian Canyon y las cascadas de Yosemite, y de pronto el valle apareció casi en toda su extensión ante mis ojos. Las nobles paredes, esculpidas en un sinfín de cúpulas y frentes, de agujas y almenas y simples precipicios, temblaban ante el tronar de las aguas. El fondo parecía estar vestido como un jardín, con prados soleados aquí y allá, y bosques de pino y roble. Y, pasando a través de ellos, el Merced, el río de la Misericordia, devolviendo los rayos de sol. El gran Tissiack, o Half Dome, que se alza al final del valle hasta casi una milla de altura, es de proporciones nobles y parece tener vida propia, la más impresionante de todas las rocas, que atrapa la mirada y la llena de devota admiración, y la vuelve a reclamar después mientras uno mira las cascadas o los prados, o incluso las montañas más allá, con sus maravillosos precipicios cuyas formas y profundidades vertiginosas son ejemplos de tenacidad y resistencia. Miles son los años que han estado ahí, en pie bajo el cielo, expuestos a la lluvia, la nieve, las heladas, los terremotos y las avalanchas, y aun así siguen luciendo toda la frescura de la juventud.

Deambulé por la cumbrera del valle hacia el oeste. El borde está redondeado en casi todas partes, de forma que no es sencillo encontrar lugares desde los que poder mirar claramente la pared del precipicio hasta el fondo del valle. Cuando encontraba algún lugar así y me situaba con cuidado antes de asomarme, no podía evitar inquietarme al pensar

que la roca podría ceder y yo caer con ella. ¡Y vaya caída, de más de tres mil pies! Pese a ello, no me temblaban las piernas ni sentía la más mínima duda sobre su fiabilidad. El único miedo que tenía era por alguna laja de granito que pudiera romperse, porque en algunos lugares se veían grietas más o menos abiertas y en la misma dirección que el borde del precipicio. Después de retirarme de estos sitios, excitado por la vista de que había disfrutado, me decía a mí mismo: «No vuelvas a ponerte en el borde». Pero, ante el paisaje de Yosemite, tratar de ser cauteloso es un esfuerzo en vano; bajo su embrujo el cuerpo va a donde quiere, con una voluntad propia sobre la que uno no tiene apenas control.

Después de más o menos una milla de estos memorables precipicios, me aproximé al arroyo de Yosemite Creek a admirar sus movimientos gráciles y seguros a medida que avanza con valentía por su angosto cauce y entona el último de sus cantos montañeros antes de llegar a su destino. Unos pocos pies más sobre el granito pulido y después media milla de caída envuelto en una nube de espuma hacia otro mundo, para perderse en las aguas del Merced, allá donde el clima, la vegetación y sus habitantes son distintos.

Al emerger de su ultima garganta, se desliza por una pendiente lisa en remolinos amplios que parecen lazos, hasta una poza en la que parece descansar y preparar su aguas grises y agitadas antes de dar el gran salto. Luego va escurriéndose lentamente sobre el borde de la poza, tomando velocidad hasta el filo del tremendo abismo, y allí, con una seguridad sublime y una fe ciega, salta al vacío. Me quité los zapatos y fui bajando con cuidado, manteniendo las manos y los pies firmes sobre la roca pulida. Era muy excitante sentir pasar el rugir del agua sobre mi cabeza. Suponía que esta última pendiente por la que yo bajaba terminaría ya en la pared vertical del valle, y que desde allí, donde está menos inclinada, podría asomarme lo suficiente como para ver caer el agua hasta el fondo. Sin embargo, había otro pequeño reborde más abajo

que me impedía ver, y que parecía ser demasiado escarpado para los pies de un simple mortal. Escrutando el saliente con detenimiento, descubrí un estrecho escalón de unas tres pulgadas, lo justo para poder apoyar los talones. No parecía haber manera de alcanzarlo bajando por aquella pendiente. Al final, después de una observación minuciosa, encontré un borde irregular en una de las rocas a cierta distancia del margen del río. La única forma de llegar hasta el pequeño saliente era descender por ese canto, que tendría algunos agarres para las manos. La pendiente junto a él, no obstante, era peligrosamente lisa y empinada, y el agua pasando rápida y ruidosa por encima de mi cabeza, por debajo y por ambos lados ponía a prueba los nervios. Decidí que era mejor no aventurarse más allá, pero aún así lo hice. Algunas artemisias crecían en las rocas cercanas, y me llené la boca con sus hojas amargas, con la esperanza de que aquello ayudara a prevenir el vértigo. Con un cuidado inusitado, repté hasta el pequeño saliente, puse mis talones en él, y avancé veinte o treinta pies en horizontal hasta situarme cerca del agua que se derramaba hacia el vacío, la cual, al llegar a ese punto, era ya de color blanco. Desde allí pude admirar una vista completamente despejada del interior de la cascada y de los níveos y musicales penachos, cual colas de un cometa, en que se dividía el torrente en su caída.

Instalado sobre aquel saliente estrecho, no tenía conciencia alguna del peligro. La grandiosidad de la cascada, de sus formas y sus sonidos y su movimiento, a tan corta distancia, borraba todo sentido del miedo, y en estas circunstancias el cuerpo se preocupa él mismo de mantenerse a salvo. No sabría decir cuánto tiempo estuve allí o cómo volví. De cualquier manera, fue una experiencia gloriosa, y llegué de vuelta al campamento ya de noche, disfrutando de una emoción triunfal a la que pronto siguieron la pesadumbre y el cansancio. De aquí en adelante, mejor evitar lugares tan rocambolescos y estresantes. Aun así, vale la pena un día como este. La primera vez que he visto la parte alta de la Sierra, la primera vez que he contemplado Yosemite, el canto de cisne

del Yosemite Creek y su vuelo sobre el enorme precipicio, cada una de estas cosas son suficientes para llenar toda una vida de dicha. Ha sido un día memorable donde los haya, con placer suficiente para matarlo a uno, si es que acaso eso fuera posible.

16 de julio. —Mis placeres de ayer tarde, en especial en lo alto de la cascada, resultaron demasiado intensos a la hora de dormir. Me desperté una y otra vez a mitad de la noche, nervioso y temblando, convencido de que la montaña en la que estábamos acampados se desmoronaba y caíamos hacia el valle de Yosemite. Los intentos por volver a dormirme en paz fueron en vano. Mis nervios estaban demasiado excitados, y de nuevo soñaba que volaba por los aires sobre una avalancha gloriosa de agua y rocas. Una de las veces, poniéndome de pie de un salto, exclamé: «Esta vez es real. Vamos todos a morir y ¿dónde puede un montañero encontrar una muerte más gloriosa?»

Abandonamos el campamento poco después del atardecer, y durante todo el día avanzamos hacia el este. Cruzamos la parte alta de Indian Basin, donde crecen bosques de *Abies magnifica*, con estrato arbustivo en su mayoría de *Ceanothus cordulatus* y manzanita, una mezcla por la que no resulta sencillo avanzar, bien sea atravesándola o pisándola, ya que el *Ceanothus* es espinoso y crece en masas densas enterradas bajo la nieve, y la manzanita tiene ramas tenaces y reviradas. Desde la cabecera del cañón, continuamos más allá de North Dome hasta la cuenca del Dome Creek (también llamado Porcupine Creek). Aquí hay muchas pradera hermosas dentro del bosque, que lucen alegres con *Lilium parvum* y sus acompañantes. La altitud, de unos ocho mil pies, parece ser la mejor para él. Vi ejemplares uno o dos pies más altos que yo. Disfruté nuevas vistas magníficas de las montañas más altas, y también del gran South Dome, del que dicen que es la roca más grande del mundo. Bien podría serlo, viendo sus nobles dimensiones y sus formas. Es un monumento impresionante, de unas líneas con una delicadeza

exquisita, y, aunque su tamaño sea descomunal, tiene el acabado tan perfecto como el de una obra de arte y da la sensación de estar viva.

17 de julio. —Hoy montamos un nuevo campamento en un magnifico bosque de abetos plateados, junto al nacimiento de un pequeño arroyo que discurre hasta Yosemite a través de Indian Canyon. Tenemos previsto quedarnos aquí varias semanas, y es un buen enclave desde el que hacer excursiones por el gran valle y sus ríos. Qué magníficos días los que voy a pasar aquí dibujando, prensando plantas, estudiando su maravillosa topografía y sus animales salvajes, nuestros felices camaradas y vecinos. Pero las enormes montañas allá a lo lejos, ¿acaso las conoceré algún día? ¿Acaso se me permitirá penetrar en ellas y habitarlas?

A mediodía nos sacudió una tormenta breve pero intensa, con un tronar sublime que reverberaba por entre los cañones y montañas. Algunos de sus estallidos eran cercanos y resonaban en el aire tenso con una claridad sorprendente, y los picos lejanos se perfilaban gloriosos a través del velo de las nubes y las cortinas de lluvia. Ha pasado ya la tormenta, y el aire fresco recién lavado está lleno de los aromas florales de las arboledas y los prados. Las tormentas de invierno en Yosemite deben ser algo glorioso. Ojala pueda verlas algún día.

He hecho mi cama en el nuevo campamento: bien mullida, suntuosa y con un perfume delicioso, sobre todo hecha, por supuesto, de ramillas de abeto *magnifica*, con una colección variada de flores como almohada. Espero que esta noche pueda dormir sin ningún sueño que altere mis nervios. He visto un ciervo comiendo hojas y ramillas de *Ceanothus*.

18 de julio. —He dormido bastante bien. Las paredes del valle no parecían derrumbarse, aunque todavía me imaginé a mí mismo al borde del precipicio, junto a las aguas blancas que saltaban al vacío, especialmente en la duermevela. Es extraño que el peligro de esa aventura me

cause más angustia ahora que estoy en mitad del bosque, a una milla o más de las cascadas, que cuando estaba allí en su borde.

A juzgar por sus huellas, los osos deben ser comunes aquí. Hubo otra tormenta a mediodía con truenos impresionantes; las notas metálicas se iban apagando poco a poco hasta convertirse en un murmullo grave y lejano. Durante unos minutos, la lluvia cayó a chorro, como si se tratase de una cascada, y después empezó a granizar. Algunos de los pedriscos tenían hasta una pulgada de diámetro, duros, helados, irregulares, como los que se suelen ver en Wisconsin. Carlo los observaba caer a través de las ramas de los árboles con un asombro inteligente. El paisaje de las nubes era un espectáculo sublime. La tarde fue tranquila, soleada y sin nubes, y con fragancias y frescores deliciosos que salían de los abetos, las flores y la tierra humeante.

19 de julio. —Estoy mirando el amanecer y la salida del sol. El cielo rosa y violeta cambia suavemente al blanco y al amarillo de un narciso, y los rayos de sol se derraman por los collados y sobre las cúpulas rocosas de Yosemite, haciendo arder sus contornos. Entre medias, los abetos plateados atrapan estos brillos con sus puntas afiladas, y la arboleda en la que está nuestro campamento se llena de luz gloriosa y emoción. Todo se va despertando, atento y gozoso. Los pájaros comienzan a revolotear, y un sinfín de insectos a ponerse en marcha. En silencio, los ciervos se retiran hacia sus escondites frondosos en la profundidad del chaparral. El rocío se evapora, las flores abren sus pétalos, todo pulsa con energía, cada célula viviente se regocija, incluso las rocas mismas parecen temblar de vida. El paisaje al completo brilla como un rostro humano glorioso de entusiasmo, y el cielo azul, pálido alrededor del horizonte, se curva pacíficamente sobre todo ello como una enorme flor.

Al mediodía, como de costumbre, empezaron a desarrollarse sobre el bosque unos cúmulos grandes y abultados, y la tormenta que se

derrama desde ellos es la más imponente que he visto nunca. Los rayos zigzagueantes y plateados duran más de lo habitual, y el trueno es impresionante, explosivo, concentrado, y habla con tanta energía que se diría que toda una montaña estalla con cada retumbo, pese a que lo más probable es que solo sean un puñado de árboles los que se quiebren, muchos de los cuales los he visto caídos en el suelo durante mis paseos. Al final, los golpes limpios y sonoros dejan paso a tonos graves que van enmudeciendo gradualmente a medida que se alejan hacia los recovecos de las montañas, donde parecen ser bien recibidos de vuelta al hogar. Después otro tronar y otro más, o más bien un golpe violento, sin apenas descanso entre ellos, quizás abriendo en dos, de arriba abajo, algún pino o abeto, reventándolo en astillas que salen disparadas en todas direcciones. Ahora viene la lluvia, con una intensidad que no le va la zaga a la del trueno, cubriendo la tierra con una lámina de agua, una película transparente que se ajusta como una segunda piel sobre la anatomía rugosa del paisaje, hace brillar y centellear las rocas, se congrega en los barrancos y desborda los cauces, haciéndoles gritar y retumbar como respuesta al trueno.

Qué interesante es trazar la historia de una simple gota de lluvia. No hace mucho —al menos en términos geológicos— que, como ya hemos visto, las primeras gotas cayeron sobre los paisajes vírgenes y pelados de la Sierra. Qué diferentes de las que caen ahora. Son afortunadas las lluvias que caen sobre una naturaleza tan excelsa —rara ha de ser la gota que no encuentre un lugar hermoso—, en lo alto de las montañas, en los glaciares brillantes, en la lisura de las cúpulas rocosas, en los bosques y las praderas y las morrenas llenas de matorral; gotas que estallan, centellean, tamborilean, limpian. Algunas van a las fuentes nevadas de las alturas para engrosar sus bien nutridas reservas; otras a los lagos, limpiando las ventanas de la montaña, acariciando sus superficies vítreas y pulidas, y formando pequeños hoyuelos y burbujas y vapor de agua; otras en las cascadas y saltos, como con deseo de unirse a su

danza y sus cantos y hacer aún más fina su espuma; buena suerte y buen trabajo para las felices gotas de lluvia de estas montañas, cada una de ellas una cascada en sí misma, que desciende de los cortados y vacíos de las nubes hasta los cortados y vacíos de las rocas, desde el trueno del cielo hasta el trueno de los ríos. Algunas, las que caen sobre los prados y ciénagas, se pierden de vista silenciosamente hacía las raíces de la hierba, escondiéndose suavemente como en el interior de un nido, deslizándose, transfundiéndose, buscando y encontrando la tarea a la que están destinadas. Otras, al descender por los árboles afilados de los bosques, tamizan su vapor en las acículas brillantes y les susurran a cada una de ellas un mensaje de paz y ánimo. Algunas gotas, con hábil puntería, centellean sobre las caras bien cortadas de los cristales —cuarzo, hornblenda, granate, zircón, turmalina, feldespato—, o dan su discurso desde pepitas de oro gruesas y bien pulidas por el desgaste; otras, con un plip-plop sordo, tamborilean con voz grave sobre las hojas amplias de las saxifragas, los *Veratrum* y los *Cypripendium*. Algunas gotas alegres caen directamente en los cálices de las flores, besando los labios de los lirios. Cuánto camino por recorrer y cuantos recipientes que llenar: celdas tan minúsculas que ni se ven, cálices que no contiene más que la mitad de una gota, el cuenco de los lagos entre las colinas; y todos ellos se llenan con el mismo cuidado, cada gota de esta bendita multitud es una estrella plateada que acaba de nacer y refleja en sus profundidades cristalinas todo cuando cabe en el paisaje: los lagos y los ríos, los jardines y las arboledas, los valles y las montañas. Cada gota es un mensajero de Dios, un ángel de amor enviado hasta aquí con una majestuosidad, una pompa y una exhibición de poder que deja en ridículo a los espectáculos más grandiosos de los que el hombre es capaz.

Ha pasado la tormenta y el cielo está despejado, el último redoble del trueno se ha perdido en las montañas y las gotas de agua ¿dónde están ahora? ¿Qué ha sido de toda esa brillante multitud? Algunas estarán

ya de vuelta en el cielo, subiendo en un vapor alado; otras habrán penetrado en las plantas, colándose por puertas invisibles en los cuartos redondeados de las células; otras retenidas en cristales de hielo; otras en cristales de roca; otras en las morrenas porosas para mantener el flujo de sus pequeñas fuentes; otras habrán partido de viaje por los ríos, a unirse con la gran gota de agua que es el océano. De una forma a otra, de una belleza a otra, siempre cambiando y nunca en reposo, van todas en marcha con el entusiasmo propio del amor, cantando junto a las estrellas la canción eterna de la creación.

20 DE JULIO. —Una hermosa mañana tranquila; el aire está tenso y transparente, no corre ni una brizna de aire, todo brilla: las rocas con los cristales mojados, las plantas con el rocío, cada una recibe su dosis de gotas irisadas y luz del sol del mismo modo en que los seres vivos reciben su desayuno, su maná de rocío que se vierte desde el cielo estrellado como un enjambre de estrellas menores. Qué asombrosamente diminutas las partículas de rocío, hacen falta miles de ellas para formar una gota, y crecen de noche tan silenciosas como la hierba. Cuánto esfuerzo es necesario para mantener esta naturaleza en buena forma: lluvia, nieve, rocío, cascadas de luz, ríos de vapores invisibles, nubes, vientos, meteoros de toda clase, interacciones entre las plantas y también entre los animales, y mucho más aún, ¡más de lo que cabe imaginarse! ¡Qué perfectos los métodos de la naturaleza! ¡Cuántas capas de belleza, una sobre la otra! El suelo cubierto de cristales, los cristales cubiertos de musgos y líquenes y hierbas bajas y flores, estos a su vez cubiertos de plantas mayores, hojas sobre hojas de colores y formas en constante cambio, y sobre estas las amplias ramas de los abetos, y sobre todo ello la cúpula añil del cielo cual la campánula de una flor, y por encima, al fin, estrellas y más estrellas.

A lo lejos se alza el South Dome, con su coronación muy por encima de nuestro campamento a pesar de que su base se encuentra cuatro-

cientos pies por debajo de nosotros. Es una roca de lo más noble, llena de pensamiento, vestida de una luz viva, sin transmitir sensación de roca muerta, toda ella espiritual y sin parecer ni pesada ni liviana, firme como un Dios con su serena fortaleza.

Nuestro pastor es un personaje extraño difícil de encajar en esta naturaleza salvaje. Su cama es un hoyo escarbado en el polvo rojizo de la madera podrida, junto a un tronco que forma parte de la cerca del corral en su lado sur. Allí se tumba vestido con sus sempiternas ropas, envuelto en una manta roja, y respira no solo el polvo de las maderas podridas, sino también el del corral, como si tuviera la intención de inhalar materia amoniacal durante la noche, después de haber pasado todo el día mascando tabaco. Mientras sigue a las ovejas, lleva a un lado de su cinturón una pistola pesada con seis balas, y al otro el almuerzo. El trozo de tela vieja en que envuelve la carne según sale de la sartén sirve como un filtro por el que la grasa y los jugos escurren sobre su pierna derecha formando estalactitas. Estas grasientas formaciones, no obstante, no tardan en romperse, y se esparcen y se untan por todos sus ropajes cuando se sienta, rueda sobre sí o cruza las piernas mientras descansa en un tronco, y así los pantalones y la camisa quedan brillantes e impermeables. Sus pantalones, en particular, han quedado tan pegajosos a causa de la grasa y la resina que se quedan adheridas y bien sujetas a él acículas de los pinos, copos y fibras de corteza, pelos, laminas de mica y pequeños granos de cuarzo y hornblenda, plumas, alas de semillas, alas de mariposas y polillas, patas y antenas de innumerables insectos o incluso insectos enteros tales como pequeños escarabajos, polillas y mosquitos, junto a pétalos de flores, polen, y básicamente pedazos de toda clase de plantas, animales y minerales de la región. Así, aun no siendo en absoluto un naturalista, recoge ejemplares de todo y se enriquece más de lo que imagina. Estos ejemplares se mantienen en un estado bastante aceptable gracias a la pureza del aire y los bitúmenes y resinas en los que se depositan. El hombre es un microcosmos,

dicen, y eso sin duda se puede decir de nuestro pastor, o más bien de sus pantalones. Nunca se quita tan valiosa prenda, y nadie sabe la edad que tendrán, aunque se puede intentar adivinar por su grosor y su estructura concéntrica. En lugar de desgastarse y hacerse más finos, se van haciendo más gruesos con el tiempo, y su estratificación tiene una importancia geológica notable.

Ademas de guiar las ovejas, Billy hace de carnicero, mientras que yo he aceptado encargarme de fregar los cacharros y utensilios metálicos y hacer el pan. Una vez que estas pequeñas tareas están hechas, para cuando el sol se encuentra bien por encima de las montañas yo ya estoy lejos del rebaño, libre para deambular en la soledad de la naturaleza y disfrutar estos días inmortales.

Hago un dibujo desde North Dome. Desde aquí se domina casi todo el valle, salvo unas pocas de las montañas más altas. Me gustaría dibujarlo todo: rocas, árboles, hojas. Pero no puedo hacer mucho más que simples contornos —trazos con significado, al igual que las palabras, que solo yo puedo leer—, y aun así afilo mis lápices y trabajo como si otros pudieran obtener beneficio de ello. Poco importa que estas láminas desaparezcan como hojas secas o lleguen a mis amigos como cartas, porque no pueden apenas contar nada a quienes no han visto en persona una naturaleza salvaje como esta y la han aprendido como se aprende un lenguaje. No hay dolor aquí, no hay horas muertas de hastío, no hay miedo al pasado, no hay miedo al futuro. Estas montañas benditas están tan completamente llenas de la belleza de Dios que no queda lugar para ninguna esperanza mezquina o mala experiencia personal. Es un placer absoluto beber este agua fresca como el champán, como lo es también respirar el aire vivo, y cada movimiento de nuestras extremidades causa placer. El cuerpo al completo parece sentir la belleza cuando se le expone a ella, del mismo modo que siente una hoguera o la luz del sol, que no entran solo por los ojos, sino a través de la piel como un calor radiante, y causan un éxtasis de placer difícil de explicar. El

cuerpo parece homogéneo en toda su extensión, regular cual un cristal. Posado como una mosca sobre esta cúpula de Yosemite, contemplo y dibujo y me deleito, a veces quedándome embobado de admiración sin demasiada esperanza de aprender mucho, pero aun así con el esfuerzo anhelante, impaciente, que lleva hasta las puertas de la esperanza, postrado humildemente frente a la inmensa manifestación del poder de Dios, y deseoso de poder ofrecer mi abnegación y mi renuncia, con esfuerzo eterno por aprender cualquier lección del manuscrito divino.

La grandeza de Yosemite es más sencilla de sentir que de entender o explicar de manera alguna. Las magnitudes de las rocas, los árboles y los cauces están tan delicadamente equilibradas que casi no saltan a la vista. Precipicios vertiginosos de tres mil pies de altura bordeados de grandes árboles que crecen junto a estos como la hierba en lo alto de una colina, y, a los pies de estos precipicios, una hilera de prado de una milla de ancho y siete u ocho de largo que parece no más que una franja de tierra que un agricultor pudiera labrar en menos de una jornada. Cascadas de entre quinientos y mil o dos mil pies, tan bien integradas en las poderosas paredes por los que se vierten que parecen penachos de humo, suaves como nubes, a pesar de que sus voces llenan el valle y hacen temblar las rocas. También las montañas, frente al cielo hacia el este, y las cúpulas delante de ellos y la sucesión de ondulaciones lisas y redondeadas entre ambos, hinchándose más y más, con bosques oscuros en sus vaguadas, serenas en su belleza y su volumen exuberantes, tienden, sin embargo, a disimular la grandeza de este templo de Yosemite y hacer que parezca un elemento subordinado del vasto paisaje. Y así, cualquier intento por apreciar un solo elemento resulta en vano por la abrumadora influencia de todos los restantes. Y, como si esto no fuera suficiente, otra cordillera se alza sobre el cielo con una topografía tan notoria y abrupta como la que hay bajo ella —picos nevados, cúpulas rocosas y umbrosos valles de Yosemite—, como otra versión de la Sierra, una creación nueva anunciada por la tormenta. Qué fiera y

devotamente salvaje es la Naturaleza en medio de su ternura y su amor por la belleza. Capaz de pintar lirios, regarlos, acariciarlos con su mano delicada, ir de una flor a otra, y al mismo tiempo construir montañas de roca y montañas de nubes llenas de rayos y lluvia. Buscamos con gusto un refugio bajo una pared extraplomada y examinamos los helechos y los musgos, pequeños símbolos de amor que crecen en las fisuras y las grietas. También las margaritas y las *Ivesia*, hijas salvajes y confiadas de la luz, demasiado pequeñas para albergar temores. Con ellas, el corazón se siente como en casa y las voces de la tormenta se hacen amistosas. El sol vuelve a abrirse paso y regresan los vapores fragantes. Los pájaros han salido a cantar al borde de las arboledas. El oeste se inflama en tonos de oro y púrpura, dispuesto para la ceremonia del ocaso, y yo vuelvo al campamento con mis notas y mis dibujos, los mejores de ellos impresos en mi mente en forma de sueños. Un día fructífero, sin principio ni fin delimitado. Una eternidad terrenal. Un regalo divino.

Les he escrito a mi madre y a algunos amigos, hablándoles un poco a cada uno de ellos de las montañas. Parecen estar tan cerca que podría hablarles o tocarlos. Cuanto más profunda es la soledad, menos conciencia se tiene de estar aislado, y más cercanos resultan los amigos. Y ahora un poco de pan y de té, una cama de ramas de abeto, decirle buenas noches a Carlo, mirar los lirios del cielo, y caer muerto en el sueño hasta el amanecer de un nuevo mañana en la Sierra.

21 de julio. —Dibujando en lo alto del North Dome. Sin lluvia. A mediodía las nubes cubrían alrededor de la cuarta parte del cielo, arrojando sombras con un efecto vistoso sobre las montañas blancas en la cabecera de los ríos, y un manto dulce sobre los jardines durante las horas cálidas.

Vi una mosca común, un saltamontes y un oso pardo. La mosca y el saltamontes vinieron a visitarme arriba del North Dome, y al oso le visité yo en mitad de una pequeña pradera ajardinada entre el North

Dome y el campamento, donde estaba alerta y erguido entre las flores, cual si quisiera que lo vieran con su mejor aspecto. No había recorrido más de una milla desde el campamento esta mañana, cuando Carlo, que trotaba unas pocas yardas por delante de mí, se detuvo en seco. Bajó las orejas y el rabo, y adelantó el morro para olfatear, al tiempo que parecía decir: «Mmm, ¿qué es esto? Un oso, supongo». Luego avanzó un par de pasos con cautela, apoyando las patas con cuidado como un gato cazador e interrogándole al aire acerca de ese aroma que acababa de atrapar, hasta que no le quedó ninguna duda. Entonces vino hacia mí, me miró a la cara, y con sus ojos tan expresivos informó de la presencia de un oso en las cercanías. Después guió suavemente, con cuidado, como un cazador experto, para no hacer ningún ruido, y dándose la vuelta de vez en cuando como si me susurrara: «Sí, es un oso. Ven y te lo enseño». Llegamos a donde los rayos del sol fluían por entre los fustes purpúreos de los abetos, lo que indicaba que nos acercábamos a un claro, y en ese punto Carlo se puso detrás de mí, ciertamente seguro de que el oso estaba cerca. Me arrastré hasta un pequeño montículo de rocas de morrena, en el borde de la pradera estrecha, convencido de que el oso se encontraba allí. Estaba ansioso por tener una buena visión del robusto montañero sin alarmarle, así que me acerqué sigilosamente hasta uno de los árboles más grandes y desde él oteé, asomando solo una parte de la cabeza por detrás de sus abultados nudos. Y allí estaba, a tiro de piedra, con sus caderas cubiertas por hierbas altas y flores, y sus patas delanteras sobre el tronco de un abeto que acababa de caer al suelo, lo cual elevaba tanto su cabeza que parecía que estuviera erguido sobre dos patas. No me había visto todavía, pero miraba y escuchaba con atención, mostrando que estaba al corriente de nuestra llegada. Estuve observando sus gestos e intenté aprovechar al máximo la oportunidad de aprender todo lo posible de él, con miedo de que me viera y saliera corriendo, ya que me habían dicho que esta clase de oso, el de color canela, huye siempre de su malvado hermano el hombre y nunca le planta

cara salvo que esté herido o sea en defensa de sus crías. La imagen que daba era muy elocuente, de pie y alerta en el jardín soleado del bosque. Qué bien representaba su papel, con su corpulencia, su color y su pelo despeinado en armonía con los troncos de los árboles y la vegetación exuberante, un elemento tan natural del paisaje como otro cualquiera. Después de examinarlo a placer, viendo el morro afilado adelantarse interrogante, el pelo alborotado sobre su amplio pecho, la orejas rígidas y erguidas enterradas en el pelo, y la manera pesada y lenta en que movía su cabeza, pensé que me gustaría ver sus zancadas al correr, así que fui hacía él repentinamente, mientras gritaba y agitaba mi sombrero para asustarle, esperando verle salir corriendo con prisa. Para mi espanto, no echó a correr ni mostró signo de ir a hacerlo. Al contrario, se quedó en su sitio, listo para luchar y defenderse, agachó la cabeza, la echó hacia delante, y me miró fieramente y con dureza. Empecé entonces a temer que iba a ser yo quien tendría que correr, pero como me daba miedo hacerlo, me quedé quieto al igual que el oso. Estuvimos parados, mirándonos el uno al otro en un silencio solemne a más o menos una docena de yardas, mientras yo esperaba fervientemente que el poder que la mirada del hombre tiene sobre las bestias salvajes se demostrara tan grande como cuentan. No sé cuanto duraría esta agotadora entrevista, pero al final, tomándose su tiempo, bajó sus enormes zarpas del tronco y, con una tranquilidad magnífica, dio media vuelta y se fue caminando por el prado, parándose a menudo para mirar atrás sobre su hombro y comprobar si yo le seguía, después reanudando la marcha, sin tenerme mucho miedo pero tampoco confiando en mí. Pesaría probablemente unas quinientas libras, una masa robusta y cobriza de sentir salvaje e ingobernable, un individuo feliz puesto por el destino en un lugar gozoso. El claro florido en el que lo vi, enmarcado como un cuadro, es uno de los mejores que he descubierto hasta la fecha, como un vivero donde se guardan las preciosas plantas de la Naturaleza. Lirios altos balanceaban sus campánulas sobre las espalda del oso, y los geranios,

las espuelas de caballero, las colombinas y las margaritas peinaban sus laterales. Uno diría que se trata de un lugar para los ángeles en vez de para los osos.

En los grandes cañones, el oso es el regente supremo. Un ser feliz para quien no existe el hambre mientras disponga de alguna de sus mil clases de alimento. Tiene el pan asegurado en todas las estaciones, bien ordenado en las estanterías de la montaña como las reservas de una bodega. Sube y baja de una a otra, probando cada cual en su momento en climas distintos, como si hubiera viajado miles de millas a otros países del norte o del sur para disfrutar de sus productos variados. Me gustaría conocer mejor a estos amigos peludos, pese a lo cual, una vez que este oso de Yosemite en concreto, vecino mío, se hubo perdido de vista esta mañana, volví algo reticente al campamento a buscar el rifle del señor Delaney, para dispararle si fuera necesario en defensa del rebaño. Por fortuna, no puede encontrarlo, y después de buscarlo durante algunas millas en dirección al monte Hoffman, le deseé buena suerte y volví con placer a mi trabajo en Yosemite Dome.

La mosca también parecía estar como en casa, y zumbaba cerca de mí mientras yo dibujaba sentado y disfrutaba de mi episodio con el oso ahora que había ya terminado. Me pregunto qué es lo que trae a las moscas tan arriba de las montañas, ellas que tanto comen, son sensibles al frío y gustan de la comodidad doméstica. Cómo se han distribuido de un continente a otro, cruzando mares y desiertos y cadenas montañosas que suelen ser tan influyentes a la hora de marcar los límites de las especies, tanto de plantas como de animales. Los escarabajos y las mariposas a veces están restringidos a áreas muy pequeñas. Cada montaña dentro de una cordillera, e incluso cada zona dentro de la montaña, puede tener sus propias especies. Pero la mosca parece estar en todas partes. Me preguntó si habrá alguna isla en el océano que no tenga moscas. La mosca de la carne abunda en estos bosques de Yosemite, siempre dispuesta con su maravillosa reserva de huevos para hacer

desaparecer toda la carne muerta. También hay abejorros, bien nutridos gracias a las reservas ilimitadas de polen y néctar. Las abejas, aunque abundantes en las estribaciones de la sierra, no han llegado aún a estas alturas. Hace solamente unos pocos años que se trajo a California el primer enjambre.

El saltamontes es un personaje peculiar y jovial. Viene de excursión arriba de las montañas, no sé exactamente hasta qué altura, pero al menos hasta la misma a la que llegan los turistas. Me pareció muy interesante el disfrute sincero del que cantaba y bailaba para mí esta tarde allá arriba del North Dome. Se le veía desbordante de energía gozosa, la cual manifestaba dando saltos hasta una altura de veinte o treinta pies y luego lanzándose en picado y volviendo a saltar, con un traqueteo claro y musical al llegar al punto más bajo en su descenso. Bailó y canturreó una docena de veces, después se posó a descansar, y después volvió de nuevo a ello. Las curvas que describía en el aire, traqueteando y dejándose caer, se asemejaban a la que forma un cordón que cuelga con sus dos extremos atados a la misma altura, con los bucles muy cercanos entre sí. Nunca vi ninguna criatura, grande o pequeña, disfrutar la vida con tanta valentía, convencimiento, entusiasmo y despreocupación. La vida de este gracioso amigo de piernas rojas, el más dichoso de los hijos de la montaña, parece estar hecha de pura felicidad concentrada. La ardilla de Douglas es la única criatura que podría comparársele en cuanto a su jovialidad exuberante e incontenible. Es maravilloso que una criatura tan peculiar llene de alegría y brillo estas montañas sublimes. La Naturaleza misma parece estar chasqueando sus dedos frente a todo el desánimo y la melancolía del mundo, mientras grita «¡hip, hip, hurra!» como un niño. No entiendo cómo hace ese sonido. Cuando estaba en el suelo no hacía ni el más mínimo ruido, tampoco cuando iba volando de un lado a otro, sino solo cuando caía en picado describiendo esas curvas, como si el movimiento fuera necesario para producir el sonido, ya que las explosiones de traqueteo jovial eran más

enérgicas cuanto más vigorosa fuera la caída. He intentado observarlo cuando estaba descansando entre sus exhibiciones, pero no me permitía acercarme, siempre con las patas listas para saltar y echarse a volar, y sin perderme de vista. Me echó un sermón hermoso con sus danzas arriba del North Dome, que es un lugar adecuado para que lo sermoneen a uno las piedras, aunque no tanto los saltamontes. Y qué púlpito más imponente para un predicador tan diminuto. No hay riesgo de que flaqueen las piernas del mundo mientras la Naturaleza sea capaz de alumbrar sonajeros como este. Ni siquiera el oso supo expresar para mí la salud, la fuerza y la felicidad salvajes de la montaña de un modo tan veraz como este pequeño y gracioso saltimbanqui. Sus días no tienen ni una nube de preocupación, y no se avista invierno de desventura[1]. Cada día es para él un día de fiesta, y cuando al final su luz se apague, se acurrucará en el suelo del bosque y morirá como las hojas y las flores, y no dejará resto alguno que haya de enterrarse.

Atardece y debo volver al campamento. Buenas noches, mis tres amigos: oso pardo, masa rugosa de energía que habita arboledas y jardines paradisíacos; mosca incansable y delicada, agitando el aire alrededor del planeta con alas brillantes; y tú, saltamontes, destello eléctrico y punzante de felicidad que da vida a la grandiosidad de la montaña cual la risa de un niño. Gracias, gracias a vosotros tres por vuestra vivificante compañía. Que el cielo guíe vuestras alas y patas. Buenas noches, mis tres amigos, buenas noches.

22 DE JULIO. —Un magnífico ejemplar de ciervo de cola negra pasó por el campamento esta mañana. Un macho con cuernas amplias que mostraba una gracia y un vigor admirables. La belleza, la fortaleza y los movimientos gráciles de los animales en libertad, al cuidado tan solo de la Naturaleza, son algo maravilloso, aun cuando nuestra experiencia

[1] Referencia al comienzo de Ricardo III de Shakespeare: «Ya el invierno de nuestra desventura se ha transformado en un glorioso estío[…]» (N. del T.)

con los animales domésticos nos llevaría a temer que todas las que llamamos bestias salvajes habrían de degenerar. Pero la manera que tiene la Naturaleza de criar y enseñar parece llevar a la excelencia en cualquiera de sus formas. Los ciervos, como todos los animales salvajes, son igual de limpios que las plantas. La belleza de su actitud y de sus gestos, alerta o en reposo, sorprende aún más que su exuberante fuerza exterior. Cada movimiento y cada postura son elegantes, una auténtica poesía del movimiento y las formas. Se habla a menudo de la Madre Naturaleza como si no fuera en realidad una madre. Y, sin embargo, con qué sabiduría y severidad y ternura ama y cuida a sus hijos en todo tiempo y confín salvaje. Cuanto más veo a los ciervos, más los admiro como montañeros. Se abren camino hasta el corazón de las soledades más arduas con una fortaleza suave, a través de fajas densas de matorral y bosques llenos de troncos caídos, a través de cañones, de caudales rugientes, de campos nevados, y siempre haciendo gala de su coraje y su hermosura. El ciervo habita en casi todos los continentes. En las sabanas y colinas de Florida, en los bosques de Canadá, en el lejano norte, deambulando por la tundra musgosa, nadando en lagos y ríos y brazos de mar, de isla a isla azotada por las olas, o trepando montañas rocosas, saludable y capaz dondequiera que esté, añadiendo belleza a todo paisaje. Una criatura verdaderamente admirable, un gran logro de la Naturaleza.

He estado dibujando un abeto plateado que crece sobre una cresta de granito a unos pocos cientos de yardas al este del campamento, un árbol interesante que cuenta la historia de una tormenta de nieve en particular. Tiene unos cien pies de alto y crece sobre la roca desnuda, metiendo sus raíces por una grieta desgastada de menos de una pulgada de ancho, y se abulta para formar una base que aguante su peso. La tormenta vino del norte cuando el árbol aún era joven y lo partió casi a ras del suelo, como lo muestra la vieja punta, muerta y desgastada por los elementos, que sale del tronco vivo creado a partir de un brote por

debajo de la fractura. Los anillos que se han formado por encima de la parte muerta indican el año de la tormenta. Es maravilloso que una rama lateral de las que forman los collares de ramas que caracterizan a esta especie (*Abies magnifica*) se haya curvado hacia lo alto y haya crecido en vertical, para tomar así el lugar del antiguo eje y formar un árbol nuevo.

Muchos otros árboles, tanto pinos como abetos, dan testimonio de la severidad devastadora de esta tormenta en concreto. Dobló los árboles, algunos de hasta cincuenta o setenta y cinco pies de alto, y los sepultó como si fueran hierbas; arboledas enteras desaparecidas como si el bosque se hubiera borrado, sin dejar ni una rama o acícula a la vista hasta el deshielo primaveral. Más tarde los arboles jóvenes, más elásticos y con menos daños, se alzaron de nuevo ayudados por el viento, algunos hasta ponerse casi verticales, otros más o menos curvados, mientras que los que tenían su espina dorsal rota trabajaban para convertir una de sus ramas laterales en una guía que permitiera crear un eje a partir del que seguir desarrollándose. Es como si un hombre con la columna rota o casi rota, y que se viera obligado a ir encorvado, encontrase una vertebra que brotara por debajo de su lesión y desarrollara gradualmente a partir de ella los brazos, las piernas y las cabeza, y la parte vieja y dañada de su cuerpo muriera.

Al mediodía, como de costumbre, se forman en el cielo montañas y cúpulas de nubes, crestas y cordilleras de una variedad ilimitada, como si a la Naturaleza le gustara esta clase de trabajo y lo hiciera un día tras otro con infinita dedicación, creando una belleza que nunca palidece. Un par de rayos zigzagueantes, un chubasco de cinco minutos, y después, gradualmente, la tormenta se apagó y se desvaneció.

23 de julio. —Otro paisaje de nubes a mitad del día, haciendo gala de una potencia y una belleza que uno nunca se cansa de contemplar, pero que no hay forma de dibujar o narrar. ¿Qué puede un pobre mortal

contar de las nubes? Mientras intenta describir sus enormes cúpulas brillantes y sus crestas, sus cañones y vaguadas umbrosas, sus gargantas con bordes de plumas, ellas se desvanecen sin dejar ningún resto visible. Y, sin embargo, estas montañas errantes son tan llamativas y tangibles como las elevaciones de granito, más duraderas, que se alzan bajo ellas. Ambas nacen y mueren, y en el calendario de Dios poco importa que unas duren más que las otras. Solo podemos, maravillados, soñar con ellas con admiración devota, más felices de lo que nos atrevemos a contar incluso a aquellos amigos con quienes más compartimos nuestra visión del mundo, satisfechos al saber que ni un solo cristal ni una partícula de vapor, solida o blanda, se perderá, que desaparecen tan solo para volver a aparecer una y otra vez, cada vez con mayor belleza. Y en lo que respecta a nuestro propio trabajo, nuestros deberes y nuestra influencia, sobre la que tanto se habla y discute, no dejará de tener su debido efecto, aunque nosotros, como líquenes sobre una piedra, guardemos silencio.

24 de julio. —Las nubes del mediodía, que cubrían la mitad del cielo, nos obsequiaron media hora de lluvia intensa para lavar uno de los paisajes más límpidos del mundo. ¡Qué impoluto ha quedado! El mar mismo no está menos polvoriento que las losas y las crestas talladas por el hielo, las cúpulas, los cañones, los picos adornados por la nieve como las olas lo están por la espuma. Qué frescura y qué calma tiene el bosque después de que se hayan barrido del cielo los últimos penachos de nube. Hace unos minutos, todos los árboles estaban nerviosos, arqueándose ante la tormenta, ondeando, revirándose, agitando sus ramas en un entusiasmo glorioso que se diría veneración. Pero aunque al oído estos árboles estén ahora en silencio, sus canciones no cesan nunca. Cada célula oculta lleva un pálpito de música y vida, cada fibra tintinea como las cuerdas de un arpa, y de sus hojas y campanillas balsámicas el incienso asciende sin descanso. No es de extrañar que las colinas y las arboledas fueran los primeros templos de Dios, y cuanto más se talan y se talla su

madera para hacer catedrales e iglesias, más lejano y ausente se encuentra el Señor. Lo mismo puede decirse de los tempos de piedra. A lo lejos, al este del bosquete donde tenemos nuestro campamento, se alza una de las catedrales de la naturaleza, labrada sobre la roca desnuda, de aspecto casi común y unos dos mil pies de alto, adornada noblemente con agujas y pináculos, y que vibra ante las riadas de luz como si tuviera vida cual una arboleda sagrada. Tiene un nombre de lo más acertado: Cathedral Peak. Incluso el pastor Billy se gira de vez en cuando hacia este maravilloso edificio, a pesar de que él parece incapaz de oír los sermones de las rocas. Si la nieve se negara a fundirse en el fuego, ello no sería más increíble que su permanente indiferencia ante los rayos de esta belleza divina. He intentado convencerle de que vaya hasta el borde de Yosemite para admirar la vista, ofreciéndome a cuidar yo las ovejas durante un día, mientras él disfruta lo que los turistas de todo el mundo vienen aquí a ver. Pero a pesar de estar a menos de una milla del valle, no va a ir hasta allí ni siquiera por mera curiosidad.

—¿Qué es Yosemite —dice— sino un cañón? Muchas piedras, un agujero en el suelo, un lugar peligroso en el que puedes caerte, un maldito lugar del que lo mejor es mantenerse alejado

—Pero piensa en las cascadas, Billy. Solo piensa en ese gran río que cruzamos el otro día, cayendo media milla por el aire; piensa en ello y en el ruido que debe hacer. Mira, puedes oírlo ahora mismo como si fuera el rugir del mar.

Así, como un misionero llevando el evangelio, le intenté convencer de ir hacia Yosemite, pero él hacía oídos sordos.

—Me va a dar miedo mirar desde una pared tan alta —dijo—. Me voy a marear. No hay nada allí que valga la pena ver, solo rocas, y ya veo muchas aquí. Los turistas que se gastan su dinero para ver rocas y cascadas son estúpidos, eso es así. No me vas a engatusar. Llevo mucho en este país como para eso.

Supongo que las almas así están dormidas, o bien asfixiadas y nubladas por problemas y placeres mezquinos.

25 de julio. —Otro paisaje nuboso. Hay nubes que tienen aspecto de estar demasiado maduras, como estropeándose, acuosas y sucias y rotas por el viento en jirones que dan al cielo un aspecto desastroso; pero las de esta Sierra no son así. Aquí todas son hermosas, tienen contornos suaves y bien definidos, y curvas como las de las cúpulas de roca pulidas por los glaciares. Empiezan a formarse a eso de las once de la mañana, y desde este campamento parecen tan cercanas y maravillosamente limpias que uno tiene la tentación de intentar escalar hasta ellas, para desde allí trazar el curso de los ríos que se vierten como cataratas desde sus fuentes umbrosas. La lluvia que nace de ellas es a menudo muy intensa, una suerte de cascadas tan imponentes como si se vertieran desde montañas de roca. En todos mis viajes, no he encontrado nunca nada tan genuinamente novedoso e interesante como estas montañas del cielo, con sus exquisitos tonos de color, la forma majestuosa en que crecen ante la vista, su paisaje siempre cambiante y sus efectos, sobre los que, no obstante, no vale la pena entrar en descripciones. A veces pienso en el poema de Shelley sobre una nube: «Tamizo la nieve en las montañas a mis pies»

El monte Hoffman y el lago Tenaya

26 de julio. —Subo caminando hasta la cima del monte Hoffman, de once mil pies de altura, el punto más alto que he pisado en toda mi vida. Qué paisajes gloriosos hay alrededor de mí, y plantas nuevas, animales nuevos, cristales nuevos, y multitud de nuevas montañas mucho más altas que el monte Hoffman, dispuestas como torreones a lo largo del eje de la cordillera, serenas, majestuosas, nevadas, rebosantes de sol, cúpulas inmensas y crestas que brillan a sus pies, bosques, lagos, praderas en las vaguadas, todo ello cubierto por la campánula de puro azul del cielo. Es un día glorioso para entrar en un nuevo reino de maravillas, como si la Naturaleza nos hubiera susurrado con su voz más galante: «Ven, sube». Cuántas preguntas formulé y qué poco sé de este enorme espectáculo, y con qué anhelo tímido y entusiasta espero saber algún día más, aprender el significado de estos símbolos divinos que se agolpan en esta página maravillosa.

El monte Hoffman es la parte más alta de una cresta o estribación a unas catorce millas del eje principal de la sierra, quizás un vestigio aislado y descubierto por un proceso de erosión desigual. Las pendientes de su cara sur vierten al valle de Yosemite por los arroyos de Tenaya Creek y Dome Creek, mientras que los de la cara norte vierten en parte al Tuolumne, aunque en su mayoría lo hacen al Merced por el arroyo de

Yosemite Creek. La roca es mayormente granito, con pequeñas agujas y crestas de pizarras rojas que se alzan aquí y allá para formar pilares y almenas pintorescas. Tanto la pizarra como el granito están divididos por fisuras, lo que permite separarlos en bloques igual que las piedras con las que trabaja un cantero, evocando así el pasaje de las escrituras: «Y Él construyó las montañas». Grandes depósitos de hielo y nieve se apilan en las depresiones de la ladera norte, fría y escarpada, y forman las fuentes perpetuas más altas del Yosemite Creek. Las pendientes de la cara norte son mucho más suaves y accesibles. Una serie de gargantas estrechas, como grietas, se extienden por la cima formando ángulos rectos, lo que les da un aspecto de carriles, creados sin duda por la erosión de los estratos menos resistentes del suelo. Se los conoce como «toboganes del diablo», pero están muy por encima de la región en la que el diablo suele habitar, ya que, aunque hemos leído que un día ascendió una montaña demasiado alta, no debe ser un gran montañero, teniendo en cuenta que sus huellas raramente aparecen por encima de donde acaba el bosque.

La cima es amplia y gris, baldía y con un aspecto desolado en general, desgastada por siglos de tormentas erosivas, pero si uno mira la superficie con detalle, descubre que está cubierta por millones de plantas encantadoras, con flores y hojas tan pequeñas que a una distancia de unos pocos cientos de yardas no dan sensación de color alguno. Lechos de margaritas azuladas sonríen con confianza desde las hondonadas húmedas y en los bordes de los pequeños regueros, junto con varias especies de *Eriogonum*, *Ivesia* con hojas de seda, campanitas, *Orthocarpus*, y manchas de *Primula suffruticosa*, que es una bella especie arbustiva. También he encontrado *Bryanthus*, una planta cautivadora cubierta de flores púrpuras y un follaje verde oscuro como un brezo, y tres arboles que no conocía: uno del género *Tsuga* y dos pinos. El primero, *Tsuga mertensiana*, es la conífera más hermosa que he visto nunca. El tronco, al igual que las ramas principales, se inclina de una

manera especialmente elegante, y el follaje denso cubre por completo los ramilletes que se balancean con el viento, delicados y sensibles. Está ahora en plena floración, y las flores, junto con miles de piñas del año anterior aún aferradas a las ramas colgantes, dan muestra de una maravillosa riqueza cromática, marrones, violetas y azules. Me subí con entusiasmo al primer árbol que encontré, para disfrutar arriba de él. ¡Qué hormigueo el que se siente en la piel al contacto con las flores! Los pistilos son oscuros, de un púrpura intenso, y casi traslúcidos; los estambres son azules, de un tono de azul vívido y puro como el cielo de la montaña. Es la flor más extrañamente hermosa de todas las que he visto en los árboles de la Sierra. Es maravilloso que este árbol, con la gracia y la belleza tan femeninas de sus formas, sus vestidos y sus modales, haya resistido siglos de inviernos y tormentas expuesto a las más violentas tempestades.

También los dos pinos son arboles que resisten con bravura las tormentas: el pino blanco occidental (*Pinus monticola*) y el pino de corteza blanca (*Pinus albicaulis*). El pino blanco occidental es pariente cercano del pino de azúcar, aunque las piñas tienen solamente de cuatro a seis pulgadas de largo. Los ejemplares más altos miden de cinco a seis pies de diámetro a una altura de unos cuatro pies desde el suelo, y la corteza es de un marrón intenso. Solo unos pocos ejemplares aventureros, curtidos por las tormentas, se acercan hasta la cima de la montaña. El pino de corteza blanca o enano es la especie que forma la linea superior del bosque, donde tienen tan poca talla que uno podría caminar por encima de una cama de ellos como lo haría sobre el chaparral cubierto por la nieve.

Qué infinito parece el día mientras gozamos en estos jardines celestes ante la mirada de un cónclave tan numeroso de montañas. Es extraño que cuanto más salvajes, heladas y azotadas por las tempestades son las montañas, más exquisitos son el brillo de sus rostros y las plantas que en ellas crecen. Los miles de flores que tiñen las cumbres no parecen

haber salido de las gravas secas y ásperas, sino que parecen visitantes, testimonios del amor de la naturaleza en lo que nosotros, en nuestra humilde ignorancia y nuestra desconfianza, llamamos desierto. El suelo, tan arduo e imponente a primera vista, además de ser rico en plantas, brilla y destella lleno de cristales: mica, hornblenda, feldespato, cuarzo, turmalina. En algunos puntos, el brillo es casi cegador, con rayos afilados de todos los colores que centellean en una abundancia gloriosa y acompañan a las plantas en su valiente labor de embellecer el mundo. Cada cristal y cada flor es una ventana que dan al cielo, como un espejo en el que se refleja el Creador.

De prado en prado, de cresta en cresta, he ido deambulado encantado, arrodillándome para contemplar el rostro de una margarita, escalando una y otra vez entre las flores azules y violetas de los *Tsuga*, descendiendo a los tesoros de la nieve, u oteando en la distancia las cúpulas de roca y los picos, los lagos y los bosques, las ondulantes llanuras glaciares en la parte alta del Tuolumne, y tratando de dibujar todo ello. En medio de tanta belleza, atravesado por los rayos del sol, el cuerpo es como un paladar cosquilleante. ¡Quién no querría ser montañero! Aquí arriba todos los trofeos del mundo parecen nada.

El más largo de los glaciares que se ven, y el que hace en su extremo un paisaje más impresionante, es el Tenaya, de alrededor de una milla de largo, con una montaña imponente que hunde sus pies en su lado sur, Cathedral Peak unas pocas millas por encima de su parte superior, muchas ondulaciones rocosas y cúpulas hacia el norte, y lejos hacia el sur una multitud de picos nevados donde están las cabeceras de los ríos. El lago Hoffman descansa a sus pies, reluciente, con todo su contorno brillante rodeado de pinos blancos. Hacia el norte, la pintoresca cuenca del Yosemite Creek centellea con sus lagunas y pozas; pero la mirada se desvía pronto lejos estos espejos, por atractivos que sean, para deleitarse con el conjunto glorioso de cimas en el eje de la cordillera, vestidas con sus mejores galas de nieve y luz.

Carlo cazó una pobre marmota que corría por la hierba de camino hacia su madriguera de piedras. Es uno de los animales más resistentes de la montaña. Intenté salvarla, pero no sirvió de nada. Después de decirle a Carlo que debía tener cuidado de no matar a ningún animal, vi por vez primera la curiosa liebre «pequeño jefe» o «pika», que corta grandes cantidades de altramuces y otras plantas, y las pone a secar al sol para hacer heno que luego almacena en graneros subterráneos para que dure todo el largo y frío invierno. Encontrar estos montones de plantas recién cortadas, aquí y allá sobre las rocas, le da a la cima solitaria un curioso aire de actividad y vida. Qué lecciones nos enseñan estos pequeños segadores, dotados de un intelecto casi como el nuestro —Dios desde aquí les protege—, y cómo hacen crecer nuestras simpatías.

Un águila planeando sobre un cortado, donde supongo que tendrá su nido, ofrece otro impresionante espectáculo de vida y con él nos hace pensar en las otras criaturas de estos espacios solitarios: los ciervos en el bosque al cuidado de sus crías; los osos engalanados y bien alimentados; la multitud bulliciosa de las ardillas; los benditos pájaros, grandes y pequeños, que endulzan y agitan las arboledas; y las nubes de insectos felices que cubren el cielo con sus zumbidos joviales y envuelven la luz que se derrama. Todo esto me viene a la cabeza ahora, y también las plantas, y los ríos que van de camino al mar entonando sus cantos. Pero lo más impresionante de todo es la capacidad inmensa de estas extensiones salvajes, en un reposo infinito y magnífico.

Al atardecer, me dí una carrera hasta el campamento por las largas pendientes de la cara sur, cruzando crestas y gargantas, prados y espacios abiertos por las avalanchas, a través de los abetos y el chaparral, disfrutando de una excitación salvaje y un exceso de energía. Así concluye un día que no habrá de tener nunca fin.

27 de julio. —Me levanto y me pongo en marcha hacia el lago Tenaya. Otro gran día, suficiente para toda una vida. Las rocas, el aire,

todo habla con una voz audible o silenciosa; todo es gozoso, maravilloso, encantador, todo borra nuestro cansancio y nos hace perder el sentido del tiempo. No deseamos nada ni ahora ni después según avanzamos hacía el corazón de la montaña. Los rayos de sol acarician las copas de los abetos y cada acícula brilla cubierta por el rocío. Voy en dirección este, con el cañón de Tenaya Creek a mi derecha, el monte Hoffman a la izquierda, y el lago unas diez millas hacia el frente. La cima del monte Hoffman está tres mil pies por encima de mí, el arroyo de Tenaya Creek cuatro mil pies por debajo, separado por el valle irregular y poco profundo por el que discurre la mayor parte del camino, pasando por suaves lomas de roca y crestas onduladas. Por el camino, encuentro muchas charcas de color esmeralda que vadear, y prados y jardines en las depresiones rocosas por los que deambular. Qué plantas más delicadas me ofrecen, qué cauces más gozosos los que cruzo, cuántas vistas del monte Hoffman y de Cathedral Peak, y qué maravillosa extensión de granito brillante por la que pasear por primera vez junto a las orillas del lago. Deambulo por ella sintiéndome completamente libre, sin sentir peso alguno en mi cuerpo; vadeo charcas consteladas de *Parnassia* y un instante después avanzo por prados donde me hundo hasta los hombros en espuelas de caballero y lirios, hierbas y juncos, y me sacudo de encima una ducha de rocío; atravieso montones de piedras cristalinas dejadas por la morrena, losas brillantes como espejos, ríos frescos y alegres en su camino hacia Yosemite; cruzo tapices de *Bryanthus*, espacios abiertos por las avalanchas, matorrales de *Ceanothus* sepultados por la nieve; y, finalmente, desciendo por una amplia y majestuosa escalinata hasta el lago mismo, esculpido por los hielos.

La nieve de las montañas altas se derrite rápido y los ríos bajan cantando a pleno caudal, serpentean suavemente en las planicies perfectas de prados y charcas, centellean al sol como lentejuelas doradas, se arremolinan en las marmitas de gigante, descansan en las pozas profundas, saltan, gritan con energía salvaje y exultante sobre las presas de roca,

felices, hermosos en todas sus formas. Ningún paisaje que yo haya visto en la Sierra tiene algo muerto o inerte, ni rastro alguno de lo que en las fábricas llaman basura o desechos; todo es de una pureza y una limpieza perfectas, rebosante de lecciones divinas. Este interés inmediato e inevitable por todo parece algo maravilloso hasta que la mano de Dios se hace visible, y es entonces cuando parece razonable pensar que todo cuanto le interesa a Él nos ha de interesar de igual modo a nosotros. Si queremos extraer algo y observarlo por sí mismo, nos damos cuenta de que se encuentra ligado a todo el resto del universo. Uno piensa entonces que en cada cristal y célula ha de latir un corazón como el que late en nosotros, y le entran deseos de pararse a hablar con las plantas y los animales como si fueran camaradas montañeros. Cuanto más avanza y asciende uno, se hace más evidente que la Naturaleza es un poeta, un trabajador entusiasta, por cuanto las montañas son fuentes, lugares donde todo comienza, sea cual sea su vínculo con las otras fuentes más allá del entendimiento de los mortales.

He encontrado tres tipos de praderas: 1) Aquellas que se encuentran en depresiones todavía no suficientemente colmatadas de tierra como para que la superficie esté seca. Están cubiertas de diversas especies de carrizo y presentan más diversidad en los márgenes, con plantas florales y robustas como *Veratrum*, espuela de caballero o altramuz. 2) Aquellas que se encuentran en el mismo tipo de depresiones que las primeras y que un día estuvieron inundadas como aquellas, pero que, por su posición en relación con los ríos que las atraviesan y los lechos de arenas, gravas y otros materiales, se encuentran ahora elevadas, secas y bien drenadas. Esta sequedad y la correspondiente diferencia en su vegetación puede ser que no estén causadas por una posición más elevada o por la mayor capacidad erosiva de los cursos de agua que aportan sus sedimentos, sino por la menor profundidad de la depresión en sí, que se colmata en menos tiempo. Están cubiertas de hierba, en su mayoría fina y sedosa, de hojas cortas, con *Calamagrostis* y *Agrostis*

como géneros principales. Forman extensiones deliciosamente lisas y llanas en las que uno encuentra dos o tres especies de gencianas y otras tantas de *Orthocarpus* púrpuras y amarillos, violetas, arándanos, *Kalmia*, *Bryanthus* y madreselvas. 3) Praderas sobre las crestas y laderas, no en una depresión, sino creadas y sustentadas por masas rocosas y árboles caídos, que forman una sucesión de presas, una por encima de otra a poca distancia, las cuales se represan los flujos en ladera y han recogido ya suficiente suelo como para que crezcan hierbas y juncos. Puesto que este suelo se mantiene lo suficientemente húmedo pero no sufre el efecto de corrientes demasiado fuertes que lo arrastren aguas abajo, aparece como resultado una pradera colgante o en mitad de la pendiente. No suelen tener una superficie tan homogénea como las otras, ya que los extremos sobresalientes de las rocas y los troncos les dan relieve, pero a cierta distancia esta rugosidad no se advierte y el efecto es muy llamativo: franjas floridas, continuas y de un verde brillante, en mitad de la ladera gris. Los ríos anchos y profundos a los que pertenecen estas praderas provienen la mayoría del deshielo de los bancos de nieve, y, debido a que el suelo tiene buen drenaje en algunos de ellos mientras que en otros las rocas están muy apretadas y los espacios entre ellas rellenos de madera y hojas —dando lugar a enclaves cenagosos— , la vegetación es, como cabe esperar, variada. He visto algunas manchas de sauces y *Bryanthus*, y una hermosa colección de lirios en algunas de ellas, salpicados entre los carrizos y la hierba en lugar de formando una hilera. La mayoría de estas praderas están ahora en su mejor momento. Qué flexibilidad maravillosa la de las hojas elásticas de hierbas y juncos, y cómo logran hacer unas curvas tan perfectas. Si fueran algo más duras, se mantendrían erguidas, rígidas y pinchudas, como metálicas; si fueran algo más suaves, caerían y quedarían todas flácidas. Y qué hermosos diseños y coloridos hay en las glumas y las paleas, en los estambres y los pistilos plumosos. Algunas mariposas de colores similares a los de las flores revolotean sobre ellas en una abun-

dancia magnífica, y también muchas otras criaturas aladas que solo el Señor conoce y ama danzan sobre nuestras cabezas, como si estuvieran simplemente jugando y disfrutando de sus pequeños destellos de vida. ¡Qué maravillosas son! ¿Cómo harán para procurarse alimento y resistir las inclemencias del tiempo? ¿Cómo hacen para mantener sus pequeños cuerpos, con músculos, nervios y órganos, calientes y con una salud tan exuberante y admirable? ¡Qué maravillosas son incluso como meras creaciones mecánicas! Comparadas con ellas, las más grandiosas máquinas inventadas por el hombre, este hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, no son nada.

La mayoría de los jardines arenosos en las morrenas están en su máximo esplendor al igual que las praderas, aunque algunos en las caras norte de las rocas o por debajo de pinares jóvenes no han florecido aún. A pleno sol, sobre capas de tierra cristalina a lo largo de las pendiente del macizo de Hoffman, he visto amplias manchas moradas de *Ivesia* y *Gilia* sin apenas una sola hoja verde, formando preciosas nubes de color. Los arbustos de ribera, *Vaccinium* y *Kalmia*, ahora en flor, forman tapices hermosos e hileras a lo largo de los márgenes de los ríos. Sobre las morrenas rocosas son habituales las alfombras despeinadas de roble enano (*Quercus chrysolepis* var. *vaccinifolia*) sobre las que uno puede caminar, pese a que esta es la misma especie de roble perenne que vimos cerca de Brown's Flat. El matorral más hermoso es el *Bryanthus* de flores púrpuras, que aquí teje unos tapices gloriosos a una altitud de nueve mil pies.

Partiendo desde el campamento, el primer par de millas está ocupado principalmente por el magnífico abeto plateado, que alcanza aquí la perfección tanto en el tamaño y la forma de los pies aislados como en la manera en que estos se agrupan en bosquetes con espacios abiertos entre ellos. Estas arboledas plateadas y puntiagudas están dispuestas con tal gusto y precisión que uno piensa que ha debido plantarlas algún experto paisajista, y su regularidad parece casi convencional. Pero la

Naturaleza es el único jardinero capaz de hacer un trabajo tan perfecto. Unos pocos ejemplares nobles de doscientos pies de alto ocupan las posiciones centrales de los bosquetes, rodeados de árboles más jóvenes, y fuera de estos otro anillo de pies aún más pequeños, y todo ello dispuesto como si se tratara de un ramo de flores elegantemente simétrico, con cada árbol encajando a la perfección en el lugar asignado, como si estuviera hecho a su medida. En los espacios abiertos junto a las arboledas, aparecen normalmente en flor pequeñas rosas y *Eriogonum* que forman lugares de recreo encantadores. A más altura, los abetos se van haciendo cada vez más pequeños e imperfectos, y muchos de ellos presentan dos ápices, por efecto de las tormentas. Aun así, allí donde hay suelo proveniente de la morrena, incluso en el borde de la depresión del lago, aparecen ejemplares de ciento cincuenta pies de altura y cinco pies de diámetro, a casi nueve mil pies sobre el nivel del mar. Los árboles jóvenes, según veo, están en su mayoría curvados a causa del enorme peso de la nieve, que en estas alturas debe tener al menos ocho o diez pies de profundidad, a juzgar por las marcas en los árboles, y tal profundidad de nieve compactada tiene un peso suficiente como para doblar y sepultar árboles jóvenes de veinte o treinta pies de alto y mantenerlos así durante cuatro o cinco meses. Algunos están rotos, y otros se recuperan cuando la nieve se derrite y con el paso del tiempo acaban alcanzando un porte que les permite resistir la presión de la nieve. Pero incluso en los ejemplares de cinco pies de ancho, las marcas de esta severa y temprana disciplina se pueden ver a simple vista en sus empeines curvados, y a menudo en los arbolillos viejos y secos que salen del tronco, parcialmente cubiertos por el nuevo ápice que se forma a partir de una rama por debajo de la fractura. Y a pesar de todo este sufrir, el bosque mantiene su maravillosa belleza.

Por encima de los abetos plateados, el pino de San Pedro Mártir (*Pinus contorta,* var. *murrayana*) forma la mayor parte del bosque hasta una altitud de diez mil pies o más, en lo que constituye la franja

de arbolado más alta de la sierra. Vi un ejemplar de casi cinco pies de diámetro que crecía en un suelo profundo y bien irrigado a una altura de unos nueve mil pies. La forma de esta especie varía mucho en función de la posición, la orientación, el suelo, etc. En las riberas, donde los pies crecen cerca unos de otros, tiene un porte muy delgado; algunos ejemplares de setenta y cinco pies de alto no tienen más de cinco pulgadas de diámetro en la base, pero en su forma habitual, según he visto, está bien proporcionado. El diámetro medio de los pies adultos a esta altitud es de unas doce o catorce pulgadas, y la altura de cuarenta o cincuenta pies; las ramas son algo caídas y se curvan hacia arriba en el extremo, y la corteza es fina y de aspecto ajado, con resina de color ámbar. Las flores femeninas forman pequeños ramilletes de color carmesí y un cuarto de pulgada de diámetro en los extremos de las ramillas, ocultas en su mayor parte entre las hojas; las masculinas tienen tres octavos de pulgada, de color amarillo azufre, en grupos muy llamativos que crean un efecto de una gran riqueza. Se trata de un pino montañero fuerte y valiente, que crece con alegría en los lechos rugosos formados por rocas de avalancha y en las fisuras de las losas, así como en depresiones fértiles, hundido hasta la cintura en la nieve cada invierno durante siglos, haciendo frente a las tormentas y floreciendo cada año con un colorido tan brillante como el que visten los árboles bien nutridos de sol de los trópicos.

Un montañero aún más duro es el enebro de la Sierra (*Juniperus occidentalis*), que crece sobre todo en las cúpulas de roca, las crestas y las plataformas de origen glaciar. Se trata de un montañés robusto, grueso y pintoresco, que sentirse feliz de vivir más de dos mil años a base de sol y de nieve; un maravilloso ser vivo que expresa su resistencia tenaz en cada uno de sus caracteres, y tan duradero como el granito mismo en el que crece. Algunos son tan anchos como altos. Vi uno de cerca de diez pies de diámetro a la orilla del lago, y muchos de entre seis y ocho pies. La corteza, de color canela, se desprende en tiras que parecen

cintas y tienen un lustre satinado. Sin duda, es el más resistente de los arboles montañeros, se diría que nunca muere de muerte natural y que ni siquiera cae una vez muerto. Si se encuentra a salvo de los accidentes, puede que incluso sea inmortal. He visto algunos que habían sobrevivido a una avalancha desde el monte Hoffman, haciendo brotar nuevas ramas, como si repitieran «¡Nunca digas morir!», al igual que hacía el cuervo Grip[1]. Algunos se sostenían sobre la roca, en la que no había ninguna fisura de más de media pulgada a la que sujetar sus raíces. La altura habitual de estos habitantes de las rocas es de entre diez y veinte pies; la mayoría de los árboles viejos tienen el ápice roto y no son más que troncos secos con algunas ramas, pilares marrones y pintorescos sobre la roca desnuda, con amplios espacios alrededor de ellos y la vista despejada en todas direcciones. En un buen suelo de morrena, alcanza entre cuarenta y sesenta pies de altura, con un follaje gris y denso. Los anillos del tronco son muy delgados, ochenta de ellos en una pulgada de diámetro en algunos de los ejemplares que he examinado. Los que tienen diez pies de diámetro deben ser árboles milenarios. Me gustaría, como hacen estos enebros, vivir a base de sol y nieve, y quedarme a su lado en la orilla del lago Tenaya durante miles de años. ¡Cuántas cosas vería y qué deliciosa experiencia! Todo cuanto hay en la montaña me encontraría y vendría hacia mí, y también todo cuanto vive en el cielo, como la luz.

El lago recibe su nombre de uno de los jefes de las tribus de Yosemite. Se cuenta que el viejo Tenaya fue un buen jefe para los suyos. Cuando un pelotón de soldados siguió a su grupo hasta Yosemite para castigarles por el robo de ganado y otros crímenes, escaparon hasta este lago por un sendero que sale de la parte alta del valle, a principio de primavera, cuando la nieve aún era profunda, pero al verse perseguidos perdieron la esperanza y se rindieron. Es un monumento hermoso este que aquí

[1]Referencia al personaje de la novela de Charles Dickens *Barnaby Rudge*. (N. del T.)

recuerda al viejo Tenaya, y uno además que durará muchos años, a pesar de que los lagos, al igual que los indios, también mueren, al llenarse con los sedimentos que aportan los ríos que lo alimentan, y en cierta medida también las avalanchas y la lluvia y el viento. Una parte considerable del Tenaya se ha convertido ya en llanura arbolada y pasto en su parte superior, por la que entran los principales afluentes que llegan desde Cathedral Peak. Otros dos afluentes vienen desde el macizo de Hoffman. El lago desagua hacia el oeste a través del cañón de Tenaya y va a unirse al río Merced en Yosemite. En la orilla norte apenas se ve tierra suelta. Todo es granito desnudo y brillante, haciendo honor al nombre indio del lago, Pywiack, que quiere decir «piedra brillante». La depresión del lago la han excavado lentamente los antiguos glaciares, un trabajo impresionante que requiere miles y miles de años. En el extremo sur se alza una montaña impresionante desde el borde del agua hasta una altura de unos tres mil pies o más, emplumada de pinos y *Tsuga*; y por el este unas cúpulas de roca inmensas y brillantes, barridas en su día por los glaciares que las pulían, desgastaban y daban forma, como hoy lo son por el viento.

28 de julio. —No hay montañas de nubes hoy, solo algunos penachos rizados de cirros apenas perceptibles, y la ausencia del trueno para anunciar la hora del mediodía se hace extraña, como si el reloj de la Sierra se hubiera detenido. He estado estudiando el abeto *magnifica*; encontré uno de casi doscientos cuarenta pies de alto, el mayor que he visto nunca. Esta especie es la más simétrica de todas las coníferas, pero, a pesar de su talla gigantesca, rara vez vive más de cuatrocientos o quinientos años. La mayoría mueren por el ataque de un hongo a los doscientos o trescientos años. Este hongo de pudrición entra quizás en el tronco por los muñones de las ramas que se rompen ante el peso de la nieve. Los ejemplares jóvenes son de una simetría realmente milagrosa, rectos y verticales como una plomada, con sus ramas en

grupos regulares de cinco en su mayoría, cada una de ellas dividida con la misma exactitud que una fronda de helecho y densamente cubierta de hojas, vistiendo todo el árbol a excepción del tronco y una pequeña parte de las extremidades principales. Las acículas se curvan hacia lo alto, especialmente en las ramillas, y son rígidas y afiladas, dando un aspecto erizado a toda la parte superior del árbol. Se mantienen en el árbol unos ocho o diez años, y como el crecimiento es rápido, no es extraño encontrarlas en la parte superior del ápice que tiene tres o cuatro pulgadas de diámetro, bien separadas entre sí y mostrando su hermosa disposición en espiral. Las marcas que dejan las acículas al caer son visibles durante veinte años o más, pero el grosor y lo afilado de estas varía notablemente según el árbol.

Después de la excursión al monte Hoffman, tengo ya una visión global y completa de todos los bosques de la Sierra, y en mi opinión *Abies magnifica* es el árbol más simétrico de todas las coníferas. Las piñas son algo grandioso, magníficas en su forma, tamaño y color; son cilíndricas, se sitúan verticales sobre las ramas superiores, y tienen entre cinco y ocho pulgadas de largo por tres o cuatro de diámetro, de un gris verdoso, cubiertas de un plumón fino que bajo la luz del sol tiene un aire plateado. Su brillo lo acrecentan las perlas de bálsamo transparente que parecen haberse vertido sobre cada piña, y que traen a la memoria los ritos de unción de antaño. El interior de las piñas es aún más hermoso que el exterior si cabe: las escamas, las brácteas y las alas de los piñones se tiñen del más encantador rosa púrpura y brillan con un lustre irisado; los piñones, de tres cuartos de pulgada de largo, son marrones oscuros. Cuando las piñas están maduras, las escamas y las brácteas se desprenden, dejando a las semillas libres para volar a los lugares a los que están predestinadas, mientras que los ejes muertos, como lanzas, se quedarán aún en las ramas durante muchos años para señalar la posición de las piñas desaparecidas, excepto aquellas que la ardilla de Douglas corta cuando todavía están verdes. No sé cómo

es capaz de meter sus dientes bajo la amplia base de las piñas sésiles. Trepar a estos árboles en un día soleado para visitar las piñas que crecen y contemplar desde allí las alturas del bosque es uno de mis mayores disfrutes.

29 de julio. —Brillo, frescura, gozo. Las nubes cubren el cinco por ciento del cielo. Otro día glorioso de paseos, dibujos y felicidad universal.

30 de julio. —Las nubes cubren una quinta parte del cielo, pero la tormenta habitual no llega hasta nosotros, a pesar de que se escuchó el trueno a unas pocas millas, repicando a mediodía. Las hormigas, las moscas y los mosquitos parecen disfrutar este tiempo. Unas cuantas moscas domésticas han descubierto nuestro campamento. Los mosquitos de la sierra son valientes y de buen tamaño, algunos de casi una pulgada desde el extremo del aguijón hasta el extremo de las alas replegadas. Aunque son menos abundantes que en otros lugares, de vez en cuando son ruidosos y hacen un zumbido importante, sin importar el lugar ni el momento. Pican en cualquier parte, a cualquier hora del día, allá donde encuentren algo que valga la pena, y hasta que el frío les ataca a ellos. Las grandes hormigas negro azabache solo hacen cosquillas y molestan cuando uno está tumbado a la sombra de un árbol. Descubrí una taladrando un abeto plateado. El ovipositor tenía una pulgada y media de largo, pulido y recto como una aguja. Cuando no se usa, está plegado en una vaina que asoma por detrás como las patas de una grulla en vuelo. Supongo que este trabajo es para evitar el tener que crear un nido y tener que ocuparse después de los jóvenes. ¿Quién diría que en el cerebro de un insecto cabe tanto conocimiento? ¿Cómo sabrán que en un agujero así los huevos eclosionarán, o que, después de la eclosión, las larvas blandas e indefensas encontrarán en la savia del abeto plateado el alimento que necesitan? Estos trajines

domésticos le hacen pensar a uno en la curiosa familia de las avispas de las agallas. Cada especie parece saber qué género de plantas responderá a la irritación o el estímulo de la picadura que hace y de los huevos que deposita, formando una agalla que no solo constituye un nido y un hogar, sino que también aporta comida para las larvas. Es probable que estas avispas se equivoquen a veces, como todo el mundo; pero cuando lo hacen, tan solo fracasa esa puesta, y sigue habiendo suficientes que encuentran la planta y el alimento correcto como para perpetuar la especie. Muchas de estas equivocaciones pueden suceder sin que las descubramos. Una vez una pareja de reyezuelos cometió el error de construir su nido en la manga del abrigo de un obrero, que fue a ponérselo al atardecer, para consternación y desconcierto de los pajarillos. Aun así, lo maravilloso es que los hijos de animales tan pequeños como moscas o mosquitos escapen a los errores de sus progenitores y a los suyos propios, así como a las vicisitudes del tiempo y las hordas de enemigos, y se desarrollen en su pleno vigor y perfección para disfrutar del mundo soleado. Y cuando pensamos en estas pequeñas criaturas visibles, lo hacemos seguidamente en las muchas otras que son aún más pequeñas, y esto nos lleva así hasta el misterio infinito.

31 de julio. —Otro día glorioso. El aire es tan delicioso para los pulmones como el néctar para la lengua. El cuerpo en toda su extensión parece un paladar deleitándose. Nubosidad de un cinco por ciento, pero nuestro chubasco habitual aún no ha llegado, aunque he oído los truenos a lo lejos.

La pequeña y alegre ardilla rayada, tan común en Brown's Flat, lo es también aquí, y quizás lo sean igualmente otras especies. Con su forma de ser ligera y vaporosa, recuerda a las especies de los estados del este, a las que admiramos en los claros de robledales de Wisconsin, viéndolas saltar a lo largo de las vallas serpenteantes junto a las vías del tren. Estas de la Sierra son más arbóreas, más como las ardillas comunes. Las des-

cubrí por primera vez en la parte inferior de la faja de coníferas, donde se juntan la sabina y los pinos de azúcar. Son unas pequeñas criaturas de lo más interesante, llenas de costumbres curiosas, y aunque no son verdaderas ardillas, tienen todas sus virtudes pero no su agresividad belicosa. No me canso de verlas brincar por los arbustos mientras recogen semillas y bayas, posadas en las ramillas más finas como hacen los gorriones melódicos, pero sin causar tanto alboroto como la mayoría de pájaros de su mismo tamaño. Hay pocos animales de la Sierra que me resulten más interesantes; son tan capaces, tiernas, confiadas y hermosas, que le roban a uno el corazón y se convierten en sus predilectas. Aunque pesan menos que un ratón, recogen laboriosamente semillas, nueces y piñas, y están por ello bien alimentadas, aunque nunca llegan a hacerse gordas ni perezosas. Al contrario, su vitalidad saltarina como la de un pajarillo parece no tener fin. Tienen voces variadas en función sus movimientos, algunas de ellas dulces y líquidas como el sonido del agua que tintinea al caer en una poza. Parece que les gusta incordiar a los perros, acercándose hasta su vera y luego escabulléndose con un piar vivaracho como el de un gorrión, y marcando el ritmo de su canto con la cola, que con cada piada describe un semicírculo de un lado a otro. Ni siquiera la ardilla de Douglas muestra tanta seguridad o tanta falta de temor. Las he visto correr junto a los enormes precipicios de las paredes de Yosemite, sujetándose con tan poco esfuerzo como una mosca, y sin ser conscientes de peligro alguno allá donde el más mínimo desliz las haría caer dos o tres mil pies. ¡Qué fantástico sería si nosotros los montañeros pudiéramos escalar estos tremendos cortados con un agarre así de firme! Mi aventura del otro día para poder ver la cascada de Yosemite, que puso mis nervios a prueba, esta pequeña ardilla rayada la llevaría a cabo no más que por una brizna de hierba.

La marmota (*Arctomys monax*) que vive en las cimas baldías es un montañero bien distinto. Es el más bovino de todos los roedores: buen comedor, gordo, relleno como el jefe de la tribu, y con la tripa tan llena

en estos pastos altos como una vaca en una pradera de tréboles. Una sola marmota pesa más que cien ardillas rayadas, y aun así no es un animal taciturno. En medio de lo que para nosotros no es sino una desolación azotada por las tormentas, ella silba y canta con entusiasmo, y disfruta de una larga vida en su hogar de las alturas. Construye su madriguera con fragmentos de rocas o bajo algún peñasco grande. Cuando sale de su guarida en las mañanas frías, con el campo cubierto de escarcha, toma un baño de sol en alguna de sus terrazas de roca favoritas, luego va a desayunar en las vaguadas ajardinadas, come hierba y flores hasta quedar cómodamente saciada, y después se va de visita para jugar y pelear. No se cuánto vive una marmota en este aire revitalizante, pero algunas de ellas están grises y oxidadas como las rocas cubiertas de liquen.

1 DE AGOSTO. —Un paisaje de nubes grandioso y un pequeño chubasco de cinco minutos para refrescar esta naturaleza bendita que ya era fresca y fragante, e infusionar el moho y las hojas muertas de las praderas como si fueran té.

El carpintero escapulario, tan bien conocido por todos los muchachos del medio oeste, es aquí uno de los pájaros carpinteros más comunes, y le hace a uno sentirse como en casa. No encuentro diferencia en su plumaje o sus costumbres en comparación con las especies del este del país, a pesar de ser aquí el clima tan diferente. Es un pájaro hermoso, excelso, valiente, confiado. También está aquí el zorzal petirrojo, con todos sus cantos y gestos familiares, revoloteando con elegancia por los claros ajardinados y las praderas altas. Parece sentirse a gusto a lo largo de todo el país, de las llanuras a las montañas y de norte a sur, de acá para allá, arriba y abajo, con el paso de las estaciones y la disponibilidad de comida. Qué temperamento y qué constitución más admirables las de este valiente cantor, que se mantiene feliz y en forma en circunstancias tan variadas. A veces, mientras deambulo extasiado y

silencioso por estos bosques solemnes, escucho la voz reconfortante de este compañero errante, dulce y clara, diciéndome «¡No tengas miedo!, ¡no tengas miedo!»[2].

En mis paseos también encuentro con frecuencia el colín serrano (*Oreortyx pictus*), una pequeña perdiz marrón con una cresta ornamental fina y muy alargada, que lleva con elegancia como una pluma en el sombrero de un muchacho, lo que le da una apariencia notable. Esta especie es considerablemente mayor que el colín de California, muy abundante en las zonas bajas. Rara vez se suben a los árboles, pero les encanta desplazarse en bandadas de entre cinco o seis y veinte ejemplares, a través de los matorrales de manzanita y *Ceanothus*, las praderas secas y las rocas de las crestas donde el bosque es menos denso o escasea, emitiendo un cacareo grave que les permite mantenerse unidos. Cuando se les molesta, salen volando con aleteos potentes y se dispersan hasta una distancia de un cuarto de milla, cada uno en una dirección como si la bandada explotase. Una vez que pasa el peligro, se llaman entre sí para reunirse, utilizando una nota fuerte y aflautada. Son los hermosos pollos de montaña de la Naturaleza. No he encontrado todavía sus nidos. Los polluelos de esta temporada ya han abandonado el nido, en nuevas polladas de errabundos felices de la mitad de tamaño que sus progenitores. Me pregunto cómo sobreviven a los largos inviernos, cuando la nieve tiene diez pies de profundidad. Deben bajar hasta el extremo inferior del bosque, como los ciervos, aunque no los he oído por allí.

El urogallo azul es también una especie común aquí. Le gustan los abetales más profundos y densos, y cuando se les molesta, irrumpen desde las ramas de los árboles con un batir de alas estruendoso, y desaparecen en un planeo mudo, sin mover una sola pluma. Es un ave hermosa y robusta, del tamaño del gallo de las praderas del viejo oeste,

[2] En inglés, «Fear not! fear not!», frase de sonido similar al canto de este pájaro. (N. del T.)

que pasa la mayor parte del tiempo en los árboles, salvo en la época de cría, en la que se mantiene en el suelo. Los jóvenes de este año son ya capaces de volar. Cuando el hombre o los perros les obligan a dispersarse, se quedan inmóviles hasta que el peligro haya pasado, y la madre les llama entonces para que se reúnan. Los pollos pueden oír la llamada a una distancia de varios cientos de yardas, a pesar de que esta no es muy fuerte. Si aún no son capaces de volar, la madre finge estar herida o moribunda para alejarle a uno, tirándose a los pies, a apenas dos o tres yardas, revolcándose en el suelo, pataleando y resoplando, con el fin de engañar al hombre o la bestia. Se dice que pasan todo el año en el bosque, refugiándose de las tormentas bajo las ramas densas de los abetos y los pinos de azúcar, y alimentándose de los brotes jóvenes de ambos. Tienen los tarsos emplumados, y no he oído nunca decir que sufran con ninguna clase de tiempo. Siendo capaces de vivir solo a base de brotes de pino y abeto, son por completo independientes en lo que a comida respecta, que es algo que nos causa problemas a muchos de nosotros y limita nuestros movimientos.

Si yo pudiera, con gusto viviría el resto de mi vida a base de brotes de pino, sin importarme la trementina o la resina que tuvieran, con tal de disfrutar de esa independencia grandiosa. No hay más que pensar en nuestros padeceres del último mes por un simple puñado de harina. El hombre parece tener más dificultades a la hora de encontrar alimento que ninguna otra de las criaturas del Señor. Para muchos de los que viven en las ciudades, es una lucha incesante y agotadora; para otros, el peligro de quedarse sin alimento es tan grande que desarrollan la costumbre de acumular para el futuro sin descanso, un hábito que consume la verdadera vida y que se prolonga mucho después de que todas las necesidades razonables estén ya más que satisfechas.

En el monte Hoffman vi un curioso pájaro del color de una paloma, que parecía ser mitad pájaro carpintero mitad urraca o cuervo. Grazna como un cuervo, pero vuela como un carpintero, y tiene un pico

largo y estrecho con el que le he visto abrir las piñas de los pinos de montaña y los pinos de corteza blanca. Parece que se mantiene en las zonas altas, aunque sin duda ha de bajar durante el invierno en busca de refugio, cuando no de comida. En lo que a comida respecta, estos pájaros montañeros son capaces de recoger suficientes piñones de las diferentes coníferas, incluso durante los periodos fríos. Siempre hay algunos que no han podido salir volando de las piñas y se quedan allí a disposición de los recolectores hambrientos del invierno.

Una extraña experiencia

2 de agosto. —Nubes y chubascos, más o menos igual que ayer. Estuve todo el día dibujando en el North Dome, hasta las cuatro o las cinco de la tarde, momento en el cual, mientras estaba ocupado pensando en el paisaje glorioso de Yosemite, queriendo dibujar cada árbol y cada perfil y cada rasgo de las rocas, me asaltó de pronto, sin aviso alguno, la idea de que mi amigo el profesor J.D. Butler, de la Universidad estatal de Wisconsin, estaba allá abajo en el valle, y de un salto me puse en pie, emocionado por la idea de verle, con tanta excitación como si él mismo me hubiera tocado para que levantara la vista. Abandoné mi trabajo sin vacilación alguna y bajé corriendo por la ladera oeste del North Dome, al borde de la pared del valle, mientras buscaba un camino que me llevara hasta su fondo, hasta que alcancé un cañón lateral que, a juzgar por la continuidad de los árboles y arbustos que crecían en él, me pareció que me permitiría llegar hasta el valle, y de inmediato comencé el descenso, aun siendo ya tarde, como arrastrado por una fuerza irresistible.

Poco después, no obstante, mi sentido común me detuvo y me dijo que la noche estaría ya bien entrada cuando llegase al hotel, que los huéspedes estarían dormidos, que nadie me conocería, que no tenía dinero en el bolsillo, y que, además de eso, ni siquiera tenía un abrigo.

Traté de convencerme a mí mismo de dar media vuelta, y finalmente lo logré, desistiendo de la idea de ir en mitad de la noche a buscar a mi amigo, cuya presencia tan solo sentía de una manera extraña y telepática. Conseguí volver al campamento a través del bosque, sin perder, sin embargo, ni por un solo instante, la determinación de bajar mañana temprano a verle.

Creo que esta es la convicción más inexplicable que he tenido nunca. Si alguien me hubiera susurrado al oído mientras estaba sentado arriba del North Dome, donde he pasado tantos días, que el profesor Butler estaba en el valle, no podría sorprenderme más. Cuando dejé la universidad, me dijo: «Ahora, John, quiero tenerte a la vista y vigilar tu carrera. Prométeme que me escribirás al menos una vez al año.» En julio, en nuestro primer campamento, recibí una carta suya que había escrito en mayo, en la que me decía que quizás visitase California a lo largo del verano y que, por tanto, esperaba verme. Pero como no mencionaba ningún lugar de encuentro ni daba indicaciones del camino que seguiría, y puesto que yo estaría en mitad del monte todo el verano, no tenía prácticamente esperanza de verle y cualquier pensamiento al respecto se había evaporado hasta esta tarde, cuando fue como si él se hubiese transportado y materializado frente a mí. En fin, mañana veremos. Sea o no razonable, siento que tengo que ir.

3 de agosto. —He tenido un día maravilloso. Encontré al profesor Butler igual que la aguja de una brújula encuentra el norte. Es decir, que la telepatía, o revelación trascendental, o como quiera llamársele que tuve ayer por la tarde resultó ser cierta, ya que, por raro que parezca, cuando sentí su presencia él acababa de entrar en el valle por la senda de Counterville Trail y pasaba en ese momento por El Capitán. Si hubiera mirado hacia el North Dome con un buen catalejo cuando lo tuvo delante por primera vez, me habría visto quizás ponerme en pie de un salto, dejar mi trabajo y salir corriendo hacia él. Esta, creo, es la

única maravilla de mi vida que podría llamarse sobrenatural; absorbido como estoy por la Naturaleza, no he tenido interés desde que era un crío en hablar con los muertos, en las premoniciones o en las historias de fantasmas, por parecerme inútiles y mucho menos maravillosas en comparación con la belleza abierta, armoniosa, musical y soleada de la Naturaleza en su día a día.

Esta mañana, al pensar que tenía que presentarme ante los turistas del hotel, estaba preocupado por no tener ropas adecuadas, y porque, incluso en mis mejores momentos, soy de una timidez exagerada. Estaba, sin embargo, decidido a ir y ver a mi viejo amigo después de pasar dos años entre desconocidos. Me puse un peto limpio, una camisa de cachemira y una especie de chaqueta —lo mejor que puede encontrar en mi armario de campaña—, me até mi libreta al cinturón, y arranqué mi extraño viaje, seguido de Carlo. Seguí la apertura que había descubierto ayer por la tarde, que resultó ser Indian Canyon. No había ninguna senda, y las rocas y la maleza eran tan abruptas que Carlo me llamaba de vez en cuando para ayudarle a bajar algunos cortados. Cuando salí de la umbría del cañón, encontré un hombre haciendo heno en una de las praderas, y le pregunté si el profesor Butler estaba en el valle.

—No lo sé —dijo—, pero puede averiguarlo en el hotel. Hay pocos visitantes ahora en el valle. Ayer llegó un grupo pequeño por la tarde, y oí que llamaban a alguien profesor Butler, o Butterfield, o algo así.

Delante del hotel lúgubre encontré un grupo de turistas ajustando sus aparejos de pesca. Se me quedaron mirando en silencio, asombrados, como si me hubieran visto caer desde las nubes y a través de los árboles, principalmente, supongo, debido a mi extraña indumentaria. Pregunté por la recepción y me dijeron que estaba cerrada y que el dueño había salido, pero que podría encontrar a su mujer, la señora Hutchings, en el recibidor. Pasé al interior muy azorado, y después de haber esperado en la estancia vacía y haber llamado a varias puertas, la mujer apareció al fin y, en respuesta a mi pregunta, me dijo que creía

que el profesor Butler estaba en el valle, pero que, para estar segura, traería el registro de viajeros de la oficina. Entre los nombres de los que habían llegado en último lugar, reconocí rapidamente la caligrafía familiar del profesor, y al verla toda mi timidez se desvaneció. Cuando me dijeron que el profesor y su grupo habían ido hacia la parte alta del valle —probablemente a las cascadas de Vernal y Nevada—, me lancé entusiasmado en su persecución, seguro ahora de mi presa. En menos de una hora, alcancé la cabecera del cañón de Nevada, donde se encuentra la cascada de Vernal, y justo al lado de su espuma descubrí a un hombre de aspecto elegante que, al igual que todos los otros que he visto hoy, me miró con curiosidad según me acercaba. Cuando me decidí a preguntarle si sabía dónde estaba el profesor Butler, pareció más intrigado aún por saber qué podría haber ocurrido para que alguien enviará un mensajero para el profesor, y, en lugar de responderme, me preguntó con sequedad militar:

—¿Quién le busca?

—Yo le busco —respondí con un tono igual de seco.

—¿Para qué? ¿Le conoce usted?

—Sí. ¿Y usted? ¿Le conoce usted?

Sorprendido de que alguien en las montañas pudiera conocer al profesor Butler y encontrarle nada más hubiera llegado al valle, comenzó a hablarme sin superioridad, de igual a igual, y respondió con cortesía:

—Sí, conozco muy bien al profesor Butler. Soy el general Alvord, y fuimos compañeros de clase en Rutland, Vermont, hace mucho tiempo, cuando ambos éramos jóvenes.

—Pero ¿dónde está ahora? —insistí, tratando de acortar la conversación.

—Ha ido con un compañero más allá de las cascadas, a escalar esa gran roca de la que desde aquí se ve la cima.

El guía me informó entonces de que se trataba de Liberty Cap, y de que, si esperaba arriba de la cascada, podía estar seguro de verles

cuando bajasen. Así pues, subí por las escalas que hay instaladas junto a la cascada de Vernal, decidido, en mi premura, a ir hasta la cima de Liberty Cap en lugar de esperar, si no encontraba al profesor antes. Qué deseo tan intenso puede uno tener a veces de ver a un amigo en persona, sin importar lo feliz y completa que sea su vida. No obstante, no había recorrido apenas distancia cuando le vi sobre el filo de la cascada, entre los arbustos y las rocas, encorvado, tanteando las rocas para encontrar el camino, la camisa remangada, el chaleco desabrochado, el sombrero en la mano, con evidente cansancio y acaloramiento. Cuando me vio venir, se sentó en una roca para secarse el sudor de la frente y el cuello, y, creyendo que yo era uno de los guías del valle, me preguntó cómo llegar a las escalas de las cascadas. Le señalé el sendero marcado con pequeños hitos, y al verlos llamó a su compañero y le dijo que había encontrado el camino, pero no me reconoció aún. Me puse entonces delante de él, le miré a los ojos y extendí el brazo. Pensó que le ofrecía ayuda para levantarse.

—No se moleste —dijo.

—Profesor Butler, ¿no me conoce?

—Creo que no— contestó.

Pero cuando se cruzaron nuestras miradas, me reconoció al instante y se asombró de que le hubiera encontrado justamente cuando se había perdido en mitad de la maleza y ni siquiera sabía que yo estaba a unos cientos de millas de él.

—John Muir, John Muir. ¿De dónde sale usted?

Entonces le conté la historia de cómo había sentido su presencia cuando entró en el valle ayer por la tarde, cuando estaba a cuatro o cinco millas de distancia, mientras dibujaba sentado sobre el North Dome. Esto, por supuesto, no hizo sino aumentar su asombro. Por debajo del pie de la cascada de Vernal, el guía esperaba con el caballo ensillado, y yo fui caminando a su lado, charlando durante todo el camino de vuelta, hablando de los días de escuela, de los amigos en Madison, de los

estudiantes, de cómo había prosperado cada uno, esa clase de cosas, y sin dejar de observar ni un instante los fabulosos roquedos por encima de nosotros, difuminándose a la luz del ocaso, y de citar versos de poetas. Fue un paseo raro.

Era ya tarde cuando llegamos al hotel, y el general Alvord esperaba la llegada del profesor para cenar. Cuando nos presentaron, pareció aún más asombrado que el profesor al saber de mi descenso desde las alturas y de cómo había ido directo hasta mi amigo sin saber por ningún medio ordinario que él estaba siquiera en California. Ellos habían llegado desde el este, no habían visitado todavía a ninguno de sus amigos en el estado, y se creían a sí mismos ilocalizables. Cuando nos sentamos a cenar, el general se echó hacia atrás en su silla y, mirando a la mesa, me presentó a la docena o así de invitados, incluyendo los pescadores de los que ya he hablado.

—Este hombre, sepan ustedes, bajó desde esas montañas enormes en las que no hay caminos, para encontrarse aquí con su amigo el profesor Butler, el mismo día en que este llegó. ¿Y cómo supo que estaba aquí? Según dice, simplemente le sintió llegar. Este es el caso más curioso que he conocido de esa capacidad premonitoria que dicen que tienen los escoceses.

Mi amigo, por su parte, citó a Shakespeare:

—Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las que puedes soñar en tu filosofía.

Y también:

—Igual que el sol, antes de amanecer, a veces pinta su imagen en el firmamento, las sombras de los sucesos preceden a los sucesos mismos, y en el hoy se deja ver ya el mañana.

Después de la cena, tuvimos una larga conversación sobre los días de Madison. El profesor quiere que le prometa que algún día iré con él de viaje a acampar en las islas de Hawái, mientras que yo intenté convencerle de volver conmigo al campamento en lo alto de la Sierra.

«Ahora no», dijo. No puede abandonar al general, y me sorprendió saber que se irán del valle mañana o al día siguiente. Me alegro de no ser lo suficientemente importante como para que se me eche de menos en el mundo civilizado.

4 de agosto. —Fue extraño dormir en una vulgar habitación de hotel después de haberlo hecho en la amplia magnificencia y el lujo de la noche llena de estrellas y la arboleda de abetos plateados. Me despedí de mi amigo y del general. El viejo soldado era muy amable, y también un conversador interesante. Me contó largas historias de la guerra de Florida contra los seminolas, en la que había participado, y me invitó a visitarle en Omaha. Llamé a Carlo y volvimos a casa a través de Indian Canyon, disfrutando y al mismo tiempo sintiendo pena por el profesor y el general, limitados por horarios, fechas, mandados, deberes, etc., y obligados a vivir entre las preocupaciones, el polvo y el estruendo de las tierras bajas, allá donde la Naturaleza queda soterrada y su voz ahogada, mientras que este pobre e insignificante caminante disfruta de la libertad y la gloria de Dios en medio de estas soledades.

Además del interés humano de mi visita de hoy, he disfrutado enormemente de Yosemite, donde no había estado antes más que en una ocasión, cuando la primavera pasada pasé ocho días caminando entre sus aguas y sus rocas. A donde quiera que uno vaya en las montañas, o más bien en cualquiera de los rincones salvajes de Dios, encuentra siempre más de lo que busca. Se descienden cuatro mil pies en unas pocas horas, y se encuentra un mundo distinto donde el clima, las plantas, los sonidos, los habitantes y el paisaje son todos nuevos o diferentes. Cerca del campamento, el encino de las barrancas forma capas de chaparral sobre las que hacemos nuestras camas. Al bajar por Indian Canyon se observa cómo este pequeño arbusto se transforma gradualmente en un matorral alto, después un pequeño árbol y más tarde uno mayor, hasta que, al llegar a los taludes de roca cerca del fondo del valle, se convierte

en un árbol pintoresco de cuatro a ocho pies de diámetro y cuarenta o cincuenta de altura, amplio y nudoso. Las formas de agua que pueden verse son innumerables. Cada riachuelo que se desliza sobre las rocas, cada cascada y cada salto de agua tiene sus propias características. Disfruté una buena vista de las cascadas de Vernal y Nevada, dos de las más importantes del valle, a menos de una milla, y con diferencias sorprendentes en sus voces, formas, colores y demás atributos. La cascada de Vernal, de cuatrocientos pies de altura y unos setenta y cinco u ochenta de ancho, cae suavemente por un precipicio de labios redondeados y forma un velo magnífico, con ornamentos de verde y blanco, estriado y levemente curvado, que mantiene su forma hasta casi el final, donde de pronto queda oculto por las olas de espuma y vapor en las que el sol de la tarde juega entre la belleza embriagadora de todos los colores del arcoíris.

La cascada de Nevada es blanca desde que se asoma para saltar a la libertad del vacío. En su parte alta tiene un aspecto revirado, por chocar la corriente contra el borde del canal justo antes del primer salto, haciendo que una lamina de agua se vierta sobre otra. A unos dos tercios de su recorrido, la multitud apresurada de masas de agua, con forma de cometa, rebota en un saliente inclinado de la pared y se convierte en una espuma aún más blanca, expandiéndose y saliendo despedida, para conformar un espectáculo de una grandeza indescriptible, en especial cuando la luz del atardecer se derrama sobre ella. En esta cascada —una de las más maravillosas del mundo—, el agua no parece regirse por las leyes habituales, sino más bien como si fuese un ser vivo, rebosante de la fuerza de las montañas y de su gozo inmenso y salvaje.

Desde debajo de los estallidos de espuma, el río roto emerge con flecos y penachos arañados por las rocas. Estos se congregan pronto en un caudal rugiente, dando muestras de que el joven arroyo está aún gloriosamente vivo. Y allá va, exultante de fuerza con su rugir y sus gritos; pasa por una garganta haciendo una demostración sublime

de su poder, y de pronto se dispersa sobre un lecho de roca con poca pendiente, al final del cual se precipita en láminas finas y lazos en una poza tranquila —Emerald Pool, «Poza Esmeralda», la llaman—, lugar de descanso en su camino, como un punto y seguido separando dos frases grandiosas. Aquí se toma un descanso suficiente para librarse de sus campanillas de espuma y sus burbujas de aire grisáceas, y después se desliza en silencio hasta el filo del precipicio de Vernal en una lámina amplia, y ofrece de nuevo su espectáculo en la cascada de Vernal; luego más rápidos y cabriolas entre las rocas mientras desciende por el cañón, a la sombra de robles perennes, abetos de Douglas, abetos plateados, arces y cornejos. Recibe las aguas del Illilouette y describe una curva antes de entrar en el valle inundado de sol y unirse a los otros ríos que, al igual que él mismo, han bajado cantando y bailando desde las alturas nevadas para formar el Merced. Pero nada de esto concluye, y la vida, si uno lo piensa, es demasiado breve. No importa, un día en medio de estas glorias divinas bien vale vivir y esforzarse y pasar hambre por ello.

Antes de separarme del profesor Butler, me dio un libro y yo le di uno de mis dibujos a lápiz para su pequeño hijo Henry, al que aprecio mucho. Venía a verme a menudo a mi habitación cuando yo era un estudiante. Nunca olvidaré sus discursos patrióticos a favor de la Unión, subido en un taburete, cuando tenía tan solo seis años.

Parece extraño que los visitantes de Yosemite se vean tan poco afectados por su grandeza, como si tuvieran los ojos vendados y los oídos taponados. La mayoría de los que vi ayer miraban hacía abajo como si no fueran en absoluto conscientes de cuanto les rodeaba, mientras las rocas sublimes temblaban con las voces del poderoso coro de aguas venidas desde todas las montañas de los alrededores para tocar una música capaz de arrastrar a los ángeles fuera del cielo. Pero esas gentes con aspecto respetable, incluso con aspecto de ser inteligentes, estaban allí enganchando pedazos de gusanos en trozos de alambre curvado para capturar truchas con ellos. Deporte, lo llaman. Si quienes van a misa

intentaran pasar el tiempo pescando en las pilas bautismales mientras el predicador suelta un sermón aburrido, ese supuesto deporte no sería algo tan malo; pero ¡cómo pueden entretenerse así aquí, en el templo de Yosemite, buscando el placer en el sufrir de los peces que luchan por su vida, mientras Dios en persona está predicando sus más sublimes sermones de agua y roca!

He vuelto al fuego del campamento, y no puedo dejar de pensar en cómo reconocí la presencia de mi amigo en el valle cuando estaba a unas cuatro o cinco millas, sin tener manera alguna de saber que no estaba a miles de millas de aquí. Parece algo sobrenatural, pero es solo porque no lo comprendemos. Y de cualquier manera, es ridículo darle mucha importancia, por cuanto lo común y lo natural es mucho más maravilloso y misterioso que lo que llamamos sobrenatural. De hecho, si se miran bien, la mayoría de los milagros de los que oímos hablar son infinitamente menos sorprendentes que el más común de los fenómenos naturales. Quizás los rayos invisibles que me golpearon mientas estaba sentado trabajado en el North Dome son similares a los que hacen que las personas se sientan atraídas o se repelan a primera vista, y sobre los que tantas tonterías se han escrito. El peor efecto de estos asuntos misteriosos es la ceguera que causa frente a todo cuanto es divinamente común. Hawthrone[1], supongo, podría escribir uno de sus raros romances a partir de este pequeño episodio de telepatía, la única maravilla extraña que me ha sucedido en mi vida, sustituyendo probablemente a mi buen profesor por una mujer atractiva.

5 DE AGOSTO. —Nos despertaron esta mañana, antes del amanecer, los ladridos furiosos de Carlo y Jack, así como el sonido de las ovejas en estampida. Billy se levantó de su cama podrida y fue hasta el fuego, y se negó a salir a oscuras a tratar de reunir el rebaño desperdigado

[1]Nathaniel Hawthorne, novelista estadounidense autor de *La letra escarlata*. (N. del T.)

o a averiguar la naturaleza del incidente. Se trataba del ataque de un oso, como después supimos, y supongo que no valía la pena tratar de hacer nada antes de que saliera el sol. De cualquier forma, ansiosos por saber lo que sucedía, Carlo y yo fuimos a través del bosque tanteando, guiados por el sonido susurrante que hacían los fragmentos del rebaño, sin miedo al oso, pues sabía que las ovejas descarriadas se alejarían todo lo posible de su enemigo, y que podía confiar además en el olfato de Carlo. A más o menos media milla al este del corral, nos encontramos con unas veinte o treinta del rebaño y logramos llevarlas de vuelta; después, hacia el oeste, seguimos la pista de otra banda de fugitivas y las devolvimos al rebaño. Después del amanecer, descubrí el cadáver de una oveja, todavía caliente, una prueba de que el oso había estado disfrutando su desayuno de cordero mientras yo andaba buscando a las desertoras. Se había comido cerca de la mitad. En el corral había seis ovejas muertas, claramente ahogadas por haberse apretado el rebaño contra el muro del corral cuando el oso había entrado. Dando una vuelta amplia alrededor del campamento, Carlo y yo descubrimos una tercera banda de fugitivas y las condujimos de vuelta. Descubrimos también otra oveja muerta medio devorada, lo cual indicaba que había habido dos peludos filibusteros disfrutando de este desayuno temprano. Sus huellas eran fáciles de advertir. Cada uno había cogido una oveja, había saltado con ella la valla del corral, llevándola como un gato lleva un ratón, la había dejado al pie de un abeto a unas cien yardas del corral, y se había comido sus entrañas. Después de desayunar, me fui a buscar más ovejas perdidas, y encontré setenta y cinco a una distancia notable del campamento. Por la tarde, y con la ayuda de Carlo, conseguí traerlas de vuelta con el rebaño. No sé si ya están todas juntas de nuevo o no. Haré una gran hoguera está noche y me mantendré alerta.

Cuando le pregunté a Billy por qué hacía su cama contra el corral, sobre la madera podrida, habiendo tantos lugares mejores que ese, contestó que «quería estar lo más cerca posible de las ovejas, por si los

osos las atacan». Ahora que los osos han venido, ha movido su cama al otro extremo del campamento, y parece temer que lo confundan con una oveja.

Este ha sido sobre todo un día dedicado a las ovejas, y por supuesto mis estudios se han visto interrumpidos. De todos modos, la oscuridad de los bosques antes del atardecer valió la pena, y he aprendido algo de estos osos nobles. Sus huellas cuentan mucho de ellos, y también lo hacen sus desayunos. Apenas rastro de nubes hoy, y por supuesto faltó nuestro trueno habitual del mediodía.

6 de agosto. —He disfrutado mucho viendo la arboleda de nuestro campamento iluminada por el gran fuego que encendimos anoche para asustar a los osos, lo cual compensa la perdida de ovejas y de sueño. Los nobles pilares de leña, vívidamente iluminados, parecían lanzarse hacía el cielo igual que las llamas que los alumbraban. Aun así, uno de los osos volvió a visitarnos, como si el fuego lo atrajera en lugar de repelerlo; saltó dentro del corral, mató una oveja y se fue con ella sin ser visto, mientras que otra murió asfixiada contra el borde del corral. Ahora que ha probado nuestro cordero, supongo que será difícil poner freno a las incursiones de estos saqueadores.

Don Quijote llegó hoy de las tierras bajas con provisiones y una carta. Al saber de las pérdidas que había sufrido, decidió mover el rebaño de inmediato a la región alta del Tuolumne, asegurando que el oso vendría cada noche mientras estuviéramos aquí, y que no habría ruido o fuego capaz de asustarlo. Sin nubes, a excepción de unas pocas pinceladas finas y brillantes en el horizonte, hacia el este. Se escuchaba el trueno a lo lejos.

La senda de Mono

7 de agosto. —Esta mañana temprano, nos despedimos de los osos y de nuestro precioso campamento bajo los abetos plateados, y lentamente fuimos avanzando hacia el este por la senda de Mono. Al atardecer, acampamos para pasar la noche en uno de los muchos prados llenos de flores que tanto disfruté en mi excursión al lago Tenaya. El rebaño, ruidoso y polvoriento, es algo horriblemente extranjero y fuera de lugar en estos jardines silvestres, más aún que los osos entre las ovejas. El daño que causan duele directamente en el corazón, pero sobre toda la polvareda y el estruendo se alza una esperanza gloriosa que me invita a mirar hacia el futuro, hacia los buenos tiempos que habrán de llegar, cuando tenga dinero suficiente para ir caminando a donde quiera en mitad de la naturaleza con lo que lleve a la espalda, y bajar a la panadería más cercana a por más cuando el pan de mi morral se haya terminado. Y estos trayectos no serán vacíos, porque, ya sea de subida o de bajada, cada paso y cada salto en estas montañas bienaventuradas está lleno de lecciones importantes.

8 de agosto. —Estamos acampados en el extremo oeste del lago Tenaya. Llegamos pronto, y fui a caminar por las losas de piedra pulidas por los glaciares que hay a lo largo de la orilla norte y escalé la montaña

de roca que hay en el extremo este del lago, que ahora brilla bajo la luz del final de la tarde. Cada yarda de su superficie muestra los arañazos y el pulimento de un gran glaciar que la cubría y se arrastraba pesadamente sobre su cima, a pesar de estar dos mil pies por encima del lago y diez mil pies por encima del nivel del mar. Esta antigua y majestuosa avenida de hielo llegó desde el este, como indican las marcas y el aplastamiento de la superficie. Incluso bajo las aguas del lago, en algunos lugares el lecho de roca está todavía ondulado y pulido; el golpeteo de las olas y su acción desintegradora no han borrado aún las marcas superficiales de la glaciación. Para trepar por las placas de roca pulida más empinadas, tuve que quitarme los zapatos y las medias. Este es un lugar excelente para estudiar la acción de los glaciares en la creación de las montañas. Encontré muchas plantas con encanto: margaritas, *Phlox*, *Spiraea*, *Bryanthus*, y muchos helechos de roca —*Pellaea, Cheilanthes, Allosorus*— que adornaban hasta la cima las grietas erosionadas. También enebros robustos, monumentos antiguos y grandiosos de color gris o marrón, que cuentan las historias de cientos de inviernos de tormentas y avalanchas. La vista del lago desde la cima es, en mi opinión, la mejor de todas. Hay otro roquedo, con una forma más llamativa que este, aislado del resto en la cabecera del lago, pero no tiene más que la mitad de su altura. Es una protuberancia de granito pulido, quizás de unos mil pies de alto, en apariencia tan estable y robusta en su estructura como un canto redondeado por las olas, y es probable que deba su existencia a la mayor resistencia que ofrecía frente a la acción de la lengua de hielo.

Dibujé un boceto del lago y volví al campamento, con mis zapatos de suela metálica traqueteando sobre la roca y molestando a las ardillas y los pájaros. Después del anochecer, fui hasta la orilla; no soplaba ni una brizna de aire, el lago era un espejo perfecto que reflejaba las montañas con sus estrellas y sus árboles y sus maravillosas formas, toda su grandeza perfeccionada y duplicada. Una imagen impresionante que se diría que pertenece más al cielo que a la tierra.

9 de agosto. —Fui por delante del rebaño y crucé la divisoria entre las cuencas del Merced y el Tuolumne. El espacio entre el borde este del espolón de Hoffman y la masa de montañas rocosas junto a Cathedral Peak, a pesar de presentar un relieve de crestas y pliegues ondulantes, parece ser el canal de un amplio glaciar de otro tiempo que vino desde las montañas que hay en la parte alta de la cordillera. Al cruzar esta divisoria, el río helado ascendió unos quinientos pies desde los pastos del Tuolumne. La región al completo debe haber sido barrida por el hielo

Desde lo alto de la divisoria, y también desde los amplios pastos de Tuolumne Meadows, se divisa la extraordinaria montaña que llaman Cathedral Peak. Desde cualquier punto de vista posee una clara individualidad. Es un templo majestuoso de una sola piedra, tallado en la roca desnuda y adornado con pináculos y flechas en estilo gótico. Los pinos enanos en lo alto parecen musgos. Espero poder algún día escalar hasta allá arriba para rezar mis plegarias y escuchar los sermones de la piedra.

Los grandes pastos de Tuolumne Meadows son céspedes floridos situados a lo largo de la horquilla sur del Tuolumne, a una altitud de entre unos ocho mil quinientos y nueve mil pies, separados parcialmente por bosques y barreras de granito glaciar. Aquí parece que hubieran borrado las montañas o las hubieran desplazado hacia el fondo, para así poder tener vistas amplias en todas direcciones. El punto superior de esta serie de prados se encuentra en la base del monte Lyell, y el inferior por debajo del extremo este del macizo de Hoffman, por lo que debe tener unas diez o doce millas de longitud. El ancho de los prados varía desde un cuarto de milla a quizás tres cuartos, y un buen número de ellos se sitúan a lo largo de los márgenes de los afluentes. Este es el lugar de recreo más amplio y delicioso que he visto nunca. El aire es vivo y estimulante, pero aun así cálido durante el día; y a pesar de estar a gran altura, las montañas de alrededor son mucho más altas y uno se

siente protegido como si estuviera en una gran sala. Los montes Dana y Gibbs, montañas macizas y rojizas de quizás trece mil pies o más, forman el borde este de la vista; Cathedral Peak y Unicorn Peak, junto a muchos picos sin nombre, el borde sur; el macizo de Hoffman en el oeste; y otra serie de picos sin nombre, por lo que sé, hacia el norte. Uno de estos últimos se parece mucho a Cathedral Peak. La hierba de los prados es en su mayoría fina y sedosa, con hojas de una delgadez extrema, y forma un césped tupido sobre el que los panículos de flores púrpuras y diminutas parecen flotar con una ligereza vaporosa como la de la niebla, mientras que en el césped crecen al menos tres especies de gencianas y otras tantas de campanitas, *Orthocarpus, Potentilla, Ivesia* y *Solidago*, con sus colores alegres —violeta, azul, amarillo y rojo—; quizás en breve pueda conocerlas mejor. Es probable que establezcamos un campamento central en esta región, desde el que espero hacer largas excursiones por las montañas de los alrededores.

En el camino de vuelta, me encontré con el rebaño a unas tres millas al este del lago Tenaya. Hemos acampado aquí para pasar la noche, junto a un pequeño lago en lo alto de la divisoria, y en el medio de un pequeño bosquete de pinos de San Pedro Mártir. Estamos ahora a nueve mil pies sobre el nivel del mar. Los pequeños lagos abundan en toda clase de situaciones: en las crestas, en los flancos de las montañas y en los montones de rocas dejadas por las morrenas; la mayoría no son más que pequeñas pozas. Tan solo en los cañones de los cauces mayores, al pie de los desniveles, donde el empuje de los glaciares era más intenso, se encuentran lagos de un cierto tamaño y profundidad. ¡Qué tarea más agradable sería buscarlos y estudiarlos todos! ¡Qué puras son sus aguas, transparentes como el cristal en sus cuencos de roca pulida! Por lo que he podido ver, ninguno de ellos tiene peces, supongo que a causa de las cascadas, que los hacen inaccesibles. Uno pensaría, no obstante, que sus huevos podrían acabar en estos lagos de una u otra manera fortuita; en las patas de un pato, por ejemplo, o en sus picos, o

en sus buches, igual que se dispersan las semillas de algunas plantas. La Naturaleza tiene tantas maneras de hacer esta clase de cosas. ¿Cómo han hecho las ranas, presentes en todas las charcas y pozas y lagos, a cualquier altura, para subir a estas montañas? Seguro que no ha sido dando saltos. Expediciones así a través de millas de matorral seco y rocas serían demasiado para una rana. Quizás su freza, gelatinosa y filamentosa, a veces se enreda o se adhiere a los pies de un ave acuática. Sea como fuere, están aquí, sanas y con voz saludable. Me gusta su croar alegre. Ocupan sin dificultad el lugar de los pájaros cantores.

10 DE AGOSTO. —Otro de esos días encantadores llenos de disfrute que hacen que la sangre baile y ponen en marcha las corrientes nerviosas que lo hacen a uno inasequible al desaliento y casi inmortal. Disfruté de otra vista de la amplia divisoria, arada por los hielos, y volví a contemplar una y otra vez el templo de la Sierra y las grandes montañas rojas al este de los pastos.

Estamos acampados cerca de las fuentes de Soda Springs, en la orilla norte del río. No fue fácil hacer que las ovejas lo cruzaran. Las llevamos a un meandro y más o menos las empujamos al agua desde la orilla. Parecía que preferían morir antes que arriesgarse a mojarse, a pesar de que nadan bien cuando es necesario. No entiendo por qué las ovejas tiene un miedo tan irracional al agua, pero la temen desde el mismo momento en que nacen, o quizás incluso antes. Una vez vi un cordero con apenas unas horas de vida acercarse a un riachuelo poco profundo, de unos dos pies de ancho y una pulgada de profundidad, después de haber caminado no más de un centenar de yardas en toda su vida. Todo el rebaño al que pertenecía había cruzado ya este arroyo de una pulgada de calado, y como el cordero y su madre eran los últimos en cruzarlo, tuve una buena oportunidad de observarlos. Tan pronto como el rebaño se alejó, la madre ansiosa cruzó y llamó a su cría. Esta se arrimó cuidadosamente hasta el borde, miró el agua, se puso a balar de forma

lastimera, y se negó a aventurarse más allá. La madre, con paciencia, intentó una y otra vez convencerla, pero fue en vano. Como el peregrino en la orilla tormentosa del río Jordán, tenía miedo de lanzarse al agua. Al final, juntando sus patas inexpertas y temblorosas para acometer el colosal esfuerzo, y echando hacia atrás la cabeza como si lo supiera todo acerca de ahogamientos y estuviera nervioso por mantener la nariz fuera del agua, dio un salto prodigioso y aterrizó en mitad de la pulgada de agua. Sorprendido al ver que, en lugar hundirse hasta las orejas y la cabeza, solo se había mojado los pies, miró durante unos segundos el agua brillante, y de un salto llegó hasta la orilla, seco y a salvo tras la terrible aventura. Todas las ovejas salvajes son animales de montaña, y la fobia que sus descendientes tienen al agua no es fácil de explicar.

11 de agosto. —El tiempo hoy fue magnifico y resplandeciente, con diez minutos de truenos y lluvia a mediodía. Todo el día lo pasé deambulando, familiarizándome con la región al norte del río. Encontré un pequeño lago y muchas praderas glaciares, todas encantadoras, incrustadas en los pinares de pino de San Pedro Mártir. El bosque, que crece en depósitos amplios y casi continuos de material aportado por las morrenas, crece de una manera especialmente regular, y los pies están aquí mucho más juntos que en cualquiera de los bosques de pino o abeto que crecen a menor altura en esta cordillera. La regularidad con la que crecen podría indicar que todos los árboles son aproximadamente de la misma edad. Probablemente esta regularidad se debe en gran medida al fuego. He visto varias manchas y franjas amplias de troncos muertos y descoloridos, bajo los cuales el suelo estaba cubierto de vegetación joven y uniforme. El fuego se desplaza bien por estos bosques, no solo porque la corteza fina de los árboles está empapada de resina, sino porque estos crecen cerca los unos de los otros, y el suelo, relativamente rico, produce buenas cosechas de hierbas altas y de hojas grandes por las que puede propagarse incluso cuando el tiempo está en

calma. Además de estas manchas destruidas por el fuego, hay bastantes arboles caídos y arrancados por todas partes, algunos de ellos todavía con acículas y corteza, como si alguna tempestad los hubiera tumbado recientemente. Vi un gran ciervo de cola negra, un macho con las cuernas como las raíces de uno de estos pinos caídos.

Después de un largo paseo por los bosques densos y recargados, salí a una pradera dulce y llena de sol como un lago de luz, de una milla y media de largo y entre un cuarto y media milla de ancho, y flanqueada por pinos altos y puntiagudos. La hierba, como la de todos las praderas glaciares de los alrededores, está compuesta principalmente por *Agrostis* y *Calamagrostis* sedosos. Sus panículos de flores y peciolos violetas, exageradamente livianos y volátiles, parecen flotar sobre el colchón verde de hojas como una niebla fina, y la hierba la decoran varias especies de gencianas, *Potentilla, Ivesia* y *Orthocarpus*, con sus correspondientes abejas y mariposas. Todas las praderas glaciares son hermosas, pero pocas hay tan perfectas como esta. Comparado con ella, el más cuidadosamente nivelado, repasado y cortado de los céspedes de jardín parece algo grosero. Me gustaría vivir aquí siempre. Es todo tan tranquilo y retirado, y al mismo tiempo abierto al universo y en plena comunión con todo lo bueno. Al norte de esta pradera idílica, descubrí el campamento de unos cazadores indios. Su fuego seguía ardiendo, pero no habían regresado aún de la caza.

De pradera en pradera, todas ellas más hermosas de lo que puede contarse, y de lago en lago a través de arboledas y franjas de arboles afilados, continué mi camino hacia el norte en dirección al monte Conness y encontré en todas partes una belleza elocuente, al tiempo que las montañas que me rodeaban me decían «Ven». Ojala pueda escalar todas ellas.

12 de agosto. —El paisaje celeste apenas ha variado hasta el momento con el cambio de altitud. Las nubes cubren el cinco por ciento

del cielo. Son magníficos cúmulos perlados y teñidos de un púrpura con una perfección tonal inenarrable. Movimos el campamento a un lado de la pradera glaciar que he mencionado antes. Resulta bárbaro dejar que las ovejas pateen un lugar tan divino. Por fortuna, prefieren las hojas amplias y suculentas del *Triticum* y otros pastos de bosque en lugar de las especies sedosas de las praderas, y por ello apenas las muerden o las pisotean.

El pastor y el señor Delaney no logran ponerse de acuerdo acerca de los métodos de pastoreo. Según nuestro Don Quijote, Billy echa a su perro contra las ovejas con demasiada frecuencia, y hoy, después de una acalorada discusión en la que el pastor reclamaba su derecho a emplear al perro contra las ovejas tanto como quisiera, este se marchó de vuelta a las llanuras. Supongo que ahora seré yo quien se encargue de las ovejas, aunque el señor Delaney ha prometido que durante un tiempo será él quien se ocupe de ello, antes de volverse a las tierras bajas y traer otro pastor, para así dejarme libre y que pueda deambular como desee.

Me di otro paseo fructífero. Fui hacía el norte, por encima del bosque, hasta la cabecera de la cuenca principal, donde las huellas de la acción glaciar son sorprendentemente claras e interesantes. Los cortados entre los picos tienen aspecto de canteras, por lo desnudas y recientes que parecen las lajas y peñascos de las morrenas que hay esparcidas por el suelo de este taller glaciar de la Naturaleza.

Poco después de mi regreso al campamento, recibimos la visita de un indio, probablemente uno de los cazadores del campamento que yo había descubierto. Venía de Mono, dijo, junto a otros de su tribu, a cazar ciervos. Llevaba en la espalda uno que había cazado no lejos de aquí, con las patas anudadas en un tocado decorativo en su frente. Dejó caer su carga y se quedó mirándonos fijamente y en silencio durante unos minutos, al más puro estilo indio, y después cortó ocho o diez libras de venado para nosotros y nos pidió un poco de todo lo que veía

o se le ocurría que tendríamos —harina, pan, azúcar, tabaco, whisky, agujas…—. Le dimos un precio justo en harina y azúcar por la carne, y añadimos algunas agujas. Es una vida extrañamente sucia e irregular la que estos salvajes de pelo y ojos negros, felices a medias, llevan en esta naturaleza tan limpia; el hambre y la abundancia, la calma mortecina, la indolencia y el trabajo admirable e infatigable se suceden en un ritmo tormentoso como el invierno y el verano. Tienen dos cosas que los trabajadores civilizados pueden envidiarles: aire puro y agua limpia. Ambas ayudan a paliar y curar la rudeza de sus vidas. Su dieta se compone sobre todo de buenas bayas, piñones, tréboles, bulbos de lirio, cordero salvaje, antílope, ciervo, urogallo y larvas de hormigas, avispas, abejas y otros insectos.

13 de agosto. —Todo el día soleado, el amanecer y el atardecer violetas, el mediodía dorado, sin nubes, el aire completamente inmóvil. El señor Delaney llegó con dos pastores, uno de ellos un indio. En su camino desde las planicies, dejó algunas provisiones en el campamento portugués de Porcupine Creek, cerca de nuestro antiguo campamento de Yosemite, y esta mañana fui con uno de los animales de carga a recogerlas. Llegué al campamento de Porcupine a mediodía, y podría haber estado de vuelta en el de Tuolumne al final de la tarde, pero decidí pasar la noche con los pastores portugueses, que me presionaron a quedarme. Tenían historias tristes que contar sobre las pérdidas causadas por los osos de Yosemite, y estaban tan desanimados que parecían a punto de abandonar las montañas. Al parecer, los osos vienen cada noche y se sirven una o varias ovejas del rebaño, a pesar de todos sus esfuerzos por mantenerles alejados.

Pasé la tarde haciendo una larga caminata junto a las paredes de Yosemite. Desde la más alta de las rocas, a la que llaman *Three Brothers*[1], disfruté de una vista magnífica que abarcaba toda la mitad superior

[1] Tres Hermanos (N. del T.)

del fondo del valle y casi la totalidad de las paredes a ambos lados y en la cabecera, con picos nevados al fondo. También vi las cascadas de Nevada y Vernal, y todo ello formaba una imagen gloriosa: la fuerza y la constancia de la roca combinadas con la belleza de las plantas frágiles, delicadas y evanescentes; el agua descendiendo con su tronar, y ese mismo agua deslizándose por las praderas y arboledas con la más tranquila de las bellezas. Este promontorio está unos ocho mil pies sobre el nivel del mar, o cuatro mil sobre el fondo del valle, y cada árbol, aunque parezca pequeño y plumoso, se distingue con una precisión admirable y su sombra tiene un perfil tan claro como si se observara a una distancia de unas pocas yardas. Hoy lo parecían más aún. No hay palabras que puedan describir la belleza y el encanto exquisito de este parque de montaña, este jardín de paisajes de la Naturaleza que es al mismo tiempo divino y tierno y hermoso. No es de extrañar que atraiga a amantes de la Naturaleza de todas partes del mundo.

La acción de los glaciares se ve a simple vista incluso en esta cima elevada. El valle, que ahora sonríe bajo el sol, no solo estuvo lleno de hielo hasta el borde, sino hasta muy por encima de este.

Visité nuestro viejo campamento de Yosemite en la cabecera de Indian Creek, y lo encontré bastante pisoteado y compactado, con huellas de osos. Se habían comido todas las ovejas que habían muerto asfixiadas en el corral, y algunos de ellos también deben haber muerto, porque el señor Delaney, antes de abandonar el lugar, puso una gran cantidad de veneno en los cadáveres. Todos los ganaderos de ovejas llevan consigo estricnina para matar a los coyotes, osos y panteras, aunque ni los coyotes ni las panteras abundan en las montañas más altas. Los pequeños lobos, con aspecto de perros, son más numerosos en las estribaciones y las llanuras, donde encuentran mejor suministro de comida. Solo he visto huellas de pantera una vez, por encima de ocho mil pies.

Cuando volví al campamento portugués después del atardecer, encontré a los pastores muy nerviosos a causa del comportamiento de los

osos, que parecen haber cogido gusto a la carne de cordero. «Esto va a peor», se lamentaban. Sin ganas de esperar hasta que sea de noche para ir a por su cena, vienen y matan y comen a plena luz del día. La tarde antes de mi llegada, cuando los dos pastores movían tranquilamente el rebaño de vuelta al campamento media hora antes del atardecer, un oso hambriento salió del chaparral a pocas yardas de ellos y se fue sin vacilación hacia el rebaño. «Joe el portugués», que siempre lleva una escopeta cargada con postas, disparó nervioso, tiró su escopeta, huyó hacia el primer árbol adecuado para refugiarse, y trepó hasta una altura segura sin esperar a ver el efecto de su disparo. Su compañero también salió corriendo, pero dijo que había visto al oso levantarse sobre sus patas traseras y mover los brazos como si quisiera agarrar a alguien, y que después se metió en la maleza como si estuviera herido.

En otro de sus campamentos vecinos, una osa con dos oseznos atacó al rebaño antes del atardecer, cuando estaban a punto de llegar al corral. Joe se subió rápidamente a un árbol fuera de peligro, mientras que Antone, reprochándole a su compañero su cobardía por abandonar sus tareas, dijo que no iba a dejar que los osos «se comieran sus ovejas» a la luz del día, y salió corriendo hacia estos, gritando y azuzando a su perro contra ellos. Las crías asustadas treparon a un árbol, pero la madre corrió al encuentro del pastor y parecía deseosa de luchar. Antone se quedó paralizado durante un instante sin perder ojo de la osa que se acercaba, y luego dio media vuelta y salió huyendo, seguido de cerca por el animal. Como no pudo encontrar ningún árbol apropiado para subirse, corrió hasta el campamento y se subió al tejado de la pequeña cabaña. La osa le siguió pero no subió al tejado, solo se quedo mirándole unos minutos, amenazándole y reteniéndole muerto de pánico, y después volvió con sus oseznos, los llamó para que bajaran, fue hasta el rebaño, atrapó una oveja para la cena, y desapareció entre los matorrales. Tan pronto como la osa se hubo ido de la cabaña, Antone, todo tembloroso, le rogó a Joe que le indicará algún buen árbol donde ponerse a salvo, al

cual se subió como un marinero trepando por un mástil, y se quedó allí tanto como pudo, arriba de un ejemplar que casi no tenía ramas. Después de estás dos experiencias tan funestas, los dos pastores cortaban y reunían grandes montones de madera seca y hacían un anillo de fuego alrededor del corral cada noche, mientras uno de ellos, escopeta en mano, vigilaba desde una garita instalada en un pino vecino, desde la que se veía todo el corral. Esta tarde el espectáculo que ofrecía el círculo de fuego era muy hermoso, dando a los árboles de alrededor un relieve impresionante y haciendo que los miles de ojos de las ovejas brillaran como un espléndido lecho de diamantes.

14 de agosto. —Cuando me fui a la cama ayer noche, todo estaba tranquilo, aunque a cada minuto esperábamos la llegada de los peludos ladrones. No llegaron hasta cerca de la medianoche, cuando dos de ellos se acercaron caminando tranquilos hasta el corral por entre dos de los grandes fuegos, saltaron al interior, mataron dos ovejas y provocaron la muerte por asfixia de diez de ellas, mientras el vigilante asustado que se apostaba en el árbol no disparó ni una sola vez, con el pretexto de que temía matar a alguna oveja, ya que los osos entraron en el corral antes de que tuviera una vista clara de ellos. Les dije a los pastores que debían mover el campamento inmediatamente.

—Oh, no, no sirve de nada —se lamentaban—. A dondequiera que vayamos, los osos irán también. Mire mis pobres ovejas, pronto estarán todas muertas. No tiene sentido probar con otro campamento. Nos volvemos a las llanuras.

Y como después supe, bajaron de las montañas un mes antes de lo normal. Si los osos fuesen más numerosos y destructivos, no habría forma alguna de traer las ovejas a pastar aquí arriba.

Resulta extraño que los osos, que gustan de toda clase de carne y se arriesgan a morir de un disparo, en el fuego o envenenados, no ataquen al hombre salvo si es por defender a sus crías. Qué fácil sería para un

oso atraparnos mientras dormimos. Solo los lobos y los tigres parecen haber aprendido a cazar hombres como alimento, y quizás también los tiburones y los cocodrilos. Los mosquitos y otros insectos supongo que devorarían a un hombre indefenso en otros lugares del mundo, igual que pueden hacerlo los leones, los leopardos, los lobos, las hienas, y en ocasiones las panteras si están hambrientas. Pero en circunstancias normales, quizás solo el tigre, entre los animales terrestres, puede considerarse como un devorador de hombres. A no ser que añadamos al propio hombre.

Las nubes, como de costumbre, cubren el cinco por cien del cielo. Otro espléndido día en la Sierra, cálido, aromático y transparente. Muchas de las plantas en flor han liberado ya las semillas, pero muchas otras despliegan cada día sus párpados, y los abetos y pinos son más fragantes que nunca. Sus semillas están casi maduras y pronto volarán en las bandadas más felices que jamás hayan desplegado sus alas.

En el camino de vuelta hacia nuestro campamento de Tuolumne, disfruté el paisaje aún más si cabe que la primera vez. Cada detalle me es ya familiar, como si hubiera vivido aquí siempre. No me canso de mirar el fantástico pico de Cathedral Peak. Tiene un carácter más individual que ninguna otra roca o montaña que yo haya visto, a excepción, tal vez, del South Dome de Yosemite. Los bosques también me resultan agradablemente familiares, y los lagos y las praderas y los alegres ríos cantarines. Me gustaría vivir en ellos por siempre. Aquí sería feliz con un poco de pan y agua. Incluso si no se me permitiera vagar y escalar, sí estuviera atado a una estaca o a un árbol en alguna pradera o arboleda, incluso así estaría siempre feliz. Bañado en tal belleza, observar los gestos siempre cambiantes en los rostros de las montañas, contemplar las estrellas, que tienen aquí una grandiosidad con la que el habitante de las tierras bajas ni siquiera puede soñar, ver pasar los ciclos de las estaciones, escuchar las canciones de las aguas, los vientos y los pájaros; todo ello sería un placer infinito. Y qué magníficos paisajes de nubes

vería, durante las tormentas y durante las calmas; cada día un nuevo cielo, una nueva tierra, nuevos habitantes. Cuántos visitantes tendría. Estoy seguro de que no me aburriría ni un solo instante. ¿Por qué ha de parecer esto algo extravagante? Es tan solo sentido común, un síntoma de salud, de salud genuina, natural y plenamente consciente. Uno estaría frente a una interminable representación divina, y qué discursos, música, actores y escenario el que esta tiene, y qué luces: el sol, la luna, las estrellas, las auroras. Recién comenzada la creación, «cantan las estrellas del alba y los seres celestiales se regocijan.» [2]

[2] *Libro de Job, 38:7*. (N. del T.)

Bloody Canyon y el lago Mono

21 de agosto. —Acabo de volver de una fantástica excursión a través de la cordillera hasta el lago Mono, cruzando por el collado de Mono o Bloody Canyon. El señor Delaney ha sido bueno conmigo durante todo el verano, echándome una mano amiga en todo momento, como si mis caminatas salvajes y mis estudios fueran también asunto suyo. Es uno de esos hombres notables de California a los que la fiebre del oro ha desbordado, ha despojado de todo y despues ha remodelado, al igual que el hielo lo hizo con los paisajes de la Sierra cuando a la luz las jorobas y las crestas de su carácter. Es un hombre alto, delgado, de huesos grandes, un irlandés de gran corazón al que educaron para cura en Mynooth College; tiene muchas virtudes que destellan de vez en cuando bajo esta luz de montaña. Consciente de mi amor por los lugares salvajes, me dijo una tarde que debía ir a Bloody Canyon, ya que estaba seguro de que sería de mi agrado. Dijo que él no había estado allí, pero que había oído a muchos de sus amigos buscadores de oro contar que era el collado más salvaje de todos los de la Sierra. Por supuesto, estuve encantado de ir. Está justo al este de nuestro campamento, y baja como un tobogán desde lo alto de la cordillera hasta el borde del desierto de Mono, un descenso de cuatro mil pies en una distancia de alrededor de cuatro millas. Los indios y los animales ya lo conocían y

pasaban por él mucho antes de que el hombre blanco lo descubriera en 1858, como muestran las viejas sendas que se juntan sobre él. El nombre quizás se deba al color rojo de las pizarras que abundan en el cañón, o por las manchas de sangre[1] de los pobres animales obligados a deslizarse y andar arrastrándose por las rocas angulosas.

A primera hora de la mañana, me até ni libreta y algo de pan al cinturón y me puse en marcha rebosante de esperanza, con la sensación de que me esperaba una aventura gloriosa. Las praderas glaciares que había en mi camino me sirvieron para apaciguar mi prisa matutina; la hierba estaba llena de gencianas azules, margaritas, *Kalmia* y arándanos enanos que pedían ser reconocidos como viejos amigos, y tuve que pararme numerosas veces a examinar las rocas brillantes sobre la que los glaciares de antaño habían pasado con su tremenda presión, puliéndolas tan bien que, en algunos lugares, reflejaban la luz del sol como un cristal, mientras que las finas estrías, que podía ver claramente con una lupa, indicaban la dirección en la que se había deslizado el hielo. En algunas de las placas inclinadas de roca aparecen escalones abruptos que muestran que, en ocasiones, no solo las pequeñas partículas han cedido ante la presión del glaciar, sino también las grandes masas de piedra. También aparecen aquí y allá morrenas, algunas de ellas dispersas y otras regulares y alargadas, como taludes de ribera o presas curvadas, y todo ello le da a la región el aspecto de ser algo joven y reciente. Me fijé en cómo los pinos se hacían más pequeños a medida que ascendía, y lo mismo sucedía con casi todo el resto de la vegetación. En las laderas de Mammoth Mountain, al sur del collado, vi muchos huecos en los bosques que se sitúan entre el límite superior de la vegetación y los prados por los que bajaron las avalanchas de nieve llevándose por delante todos los árboles que encontraban en su camino, así como el suelo en que crecían, dejando la roca madre desnuda. Casi todos los árboles tenían las raíces al aire, excepto algunos que se habían anclado con extrema firmeza

[1] *Bloody* significa «sangriento» en inglés. (N. del T.)

en las fisuras de las rocas y estaban rotos casi al nivel del suelo. Parece extraño a primera vista que árboles que han podido crecer durante un siglo o más sin molestia alguna se vean en su ancianidad barridos así de un solo golpe. Avalanchas de esta magnitud solo pueden ocurrir bajo condiciones meteorológicas y de nieve poco habituales. No hay duda de que, en ciertos lugares de las laderas, la inclinación y la lisura de la superficie son tales que las avalanchas han de producirse cada invierno o incluso cada nevada, y por supuesto no hay árbol o siquiera arbusto que pueda crecer en su camino. Descubrí un par de pendientes de esta clase, completamente limpias. Los árboles arrancados que habían crecido en el camino de las que podrían llamarse «avalanchas del siglo» estaban apilados en hileras, amontonados contra los árboles al borde de estos claros, y con su parte alta hacia abajo de la pendiente, salvo unos pocos que habían sido arrastrados hasta el interior de las praderas, donde se detuvieron los frentes de las avalanchas. Ya han comenzado a crecer pinos jóvenes en estos espacios abiertos, principalmente pinos de corteza blanca y pinos de San Pedro Mártir. Sería interesante confirmar la edad de estos árboles jóvenes, ya que de este modo se podría tener una buena estimación del año en que se produjeron las grandes avalanchas. Quizás la mayoría o la totalidad de ellas ocurrieran el mismo invierno. ¡Con qué gusto, si fuera libre, me ocuparía yo de estudiar esta clase de cosas!

Cerca de lo alto del collado, encontré un sauce enano perfectamente recostado sobre el suelo, de tal modo que formaba una alfombra gris agradable y suave, sin ninguna rama o tallo de más de tres pulgadas de alto; pero los amentos, que ahora están a punto de madurar, se sostenían verticales y hacían un continuo gris y casi regular, por ser más altos que el resto de las plantas. Algunos de estos árboles enanos tan interesantes tienen un único amento; son sauces reducidos a su mínima expresión. Encontré algunas manchas de arándano enano que también formaban tapices continuos, apretados contra el suelo o contra la superficie de

las rocas, y cubiertos por flores rosas y redondeadas en una abundancia exuberante, como si hubiesen caído del cielo cual granizo. Algo más arriba, casi en la misma cima del collado, encontré margaritas azules y *Bryanthus* de flores púrpuras, los hijos predilectos de la montaña, montañeros gentiles cara a cara frente al cielo, preservados gracias a un millar de milagros, y que parecen ser más excelsos y puros cuanto más salvaje y tempestuoso sea su hogar. Los árboles, rústicos y resinosos, parecen incapaces de ir un paso más allá; pero cada vez más arriba, muy por encima del límite de la vegetación, estas plantas tiernas siguen ascendiendo para extender con fruición sus alfombras de gris y rosa, hasta el borde mismo de las nieves que se refugian en las vaguadas profundas y las umbrías. También aquí, entre los pastos floridos, canta el familiar zorzal petirrojo con valentía la misma canción que escuché por primera vez en Wisconsin, cuando apenas era un crío recién llegado de la vieja Escocia. Con esta agradable compañía, caminando embelesado y sin preocuparme por el paso del tiempo, llegué por fin al borde del collado, y las rocas descomunales comenzaron a cerrarse a mi alrededor en toda su misteriosa grandeza. Justo en ese momento, me asusté al ver un gran numero de criaturas extrañas, peludas y cubiertas de ropas, que venían hacía mí con paso torpe y renqueante, avanzando a trompicones, como si no tuvieran ni un solo hueso en sus cuerpos. Si los hubiera descubierto cuando todavía estaban a una cierta distancia, habría intentado evitarlos. Qué imagen hacían, en contraste con los otros a los que acababa de admirar. Cuando llegué hasta ellos, descubrí que no eran más que una banda de indios de Mono que iban a Yosemite a por una carga de bellotas. Iban envueltos en mantas hechas con pieles de liebre. La suciedad en algunos de sus rostros parecía lo suficientemente gruesa y vieja como para tener importancia geológica; algunos se veían extrañamente borrosos, divididos en secciones por grietas y arrugas que parecían fracturas como las de las rocas, y tenían un aspecto gastado, como si hubieran estado expuestos durante siglos a las inclemencias del

tiempo. Intenté pasar junto a ellos sin detenerme, pero no me dejaron; formaron un circulo tenebroso a mi alrededor y me sitiaron mientras me reclamaban que les diera whisky y tabaco, y me costó convencerles de que no tenía nada de eso. Qué satisfacción sentí al alejarme de este grupo siniestro y gris, y verles desaparecer por el sendero a lo lejos. Me apena sentir esta repulsa hacia mis semejantes, por muy degenerados que estén. Preferir la compañía de las ardillas y las marmotas antes que la de los de mi propia especie no ha de ser algo natural. Así que, con una brisa fresca y una colina o montaña entre nosotros, les deseo buen viaje e intento rezar y cantar los versos de Burns: «Y sin embargo llegará el momento en que todos los hombres sean hermanos; aun así llegará».

No sé bien cómo se pasó el día. Según el mapa, he recorrido tan solo diez o doce millas, a pesar de que el sol ya está bajo por el oeste, haciendo evidente el tiempo que me he entretenido observando, dibujando y tomando notas entre las rocas glaciares y las morrenas y los lechos de flores alpinas.

Al atardecer, la belleza inefable del arrebol alpino acarició los roquedos y los picos sombríos, y una calma solemne e imponente hizo callar a todo el paisaje. Me arrastré dentro de un hueco al borde de un pequeño lago cerca de la cabecera del cañón, allané el suelo de un rincón protegido y recogí algunas ramillas de pino para hacer una cama. Cuando el breve ocaso comenzó a apagarse, encendí un fuego, me preparé una taza de té y me tumbé a contemplar las estrellas. Pronto el viento de la noche comenzó a soplar desde los picos nevados de las alturas, al principio no más que un aliento suave, después haciéndose más fuerte, y en menos de una hora retumbaba a pleno volumen con un sonido como el de un río caudaloso pasando por un cauce atestado de piedras, rugiendo y gruñendo al descender por el cañón, como si la tarea que hubiera de hacer fuera tremendamente importante y crucial; y mezclados con estos acordes de tormenta se oían los de las cascadas en el lado norte del cañón, por momentos con un sonido claro y bien definido, y en

otros ahogados por las cataratas de aire, y todo ello formando un salmo glorioso de su feroz libertad. Mi fuego se retorcía y se debatía como si estuviera incómodo, ya que, aún estando en una esquina guarecida, algunas masas sueltas de aire gélido caían a menudo sobre él y hacían volar pavesas y carbón, de tal manera que yo tenía que mantenerme alejado para evitar quemarme. Pero no hay quien venza o apague las raíces y nudos resinosos de los pinos enanos, y las llamas, vivas y lanzándose hacia lo alto en largas flechas, o aplastadas y retorcidas contra las rocas del suelo, rugían como si trataran de contar las tormentas que habían sufrido los árboles de los que venían, del mismo modo que la luz que proyectaban contaba la historia de los rayos de sol que habían recogido en cientos de veranos.

Las estrellas brillaban con claridad en la banda de cielo que se avistaba por entre los enormes cortados oscuros; y mientras yo repasaba tumbado la lección del día, de pronto la luna se asomó por la pared del cañón con su cara como llena de preocupación, causándome una sensación de lo más sorprendente: parecía que hubiese abandonado su lugar en el cielo y hubiera bajado para mirarme solo a mí, como quien entra en la habitación de otra persona. Me costó convencerme de que estaba en su sitio en el cielo y miraba desde allí a la mitad del planeta, mar y tierra, montañas, llanuras, lagos, ríos, océanos, barcos, ciudades con sus miles de habitantes que duermen y despiertan, enfermos y sanos. No, parecía estar sobre el borde del cañón y mirarme solo a mí. Ahora sí, me sentía realmente cerca de la Naturaleza. Recordé cómo observaba la luna de cosecha alzándose por encima de los robles en Wisconsin, dando la impresión de ser tan grande como la rueda de un carro y de no estar a más de media milla de distancia. Salvo estos casos excepcionales, podría decirse que no había visto antes la luna, y esta noche parecía tan cercana y llena de vida, y con un efecto tan maravillosamente impresionante, que me hizo olvidarme de los indios, de las enormes rocas negras sobre mí, y del rugir salvaje de los vientos y las aguas en su camino a través de

la garganta inmensa y filosa. Por supuesto, no dormí apenas, y por la mañana recibí con gusto el amanecer sobre el desierto de Mono. Para cuando me hube preparado una taza de té, los rayos de sol se vertían ya por todo el cañón, y me puse en marcha, contemplando con delectación las tremendas paredes de pizarras rojas, arañadas y mutiladas de manera salvaje, y aparentemente listas para desmoronarse en avalanchas lo suficientemente importantes como para bloquear el collado y llenar toda la cadena montañosa de pequeños lagos. Pero pronto la belleza del lugar se hizo evidente, y fui saltando ligero de roca en roca, admirando las protuberancias pulidas cuyos brillos bajo la luz oblicua de la mañana destacaban de una manera esplendida entre la rugosidad de los taludes de morrenas y avalanchas, e incluso en la cabecera del cañón, junto a las fuentes de hielo más elevadas. También se encuentran aquí la mayoría de las plantas que vi ayer en la otra cara de la divisoria, abriendo a estas horas sus hermosos ojos. Resulta imposible no alabar el mimo delicado con que la Naturaleza las cuida en un lugar tan desolado. El pequeño mirlo salta de roca en roca a lo largo de la corriente arremolinada de Canyon Creek, se sumerge en las pozas de agua helada en busca de su desayuno y canta alegre como si la enorme garganta, rugosa y barrida por la avalanchas, fuera el más acogedor de todos sus hogares. Junto a un salto de agua en la pared norte del cañón que se diría que surge directamente del cielo, hay muchas otras cascadas estrechas, como cintas brillantes y plateadas que serpentean sobre los cortados rojos, siguiendo las fisuras diagonales de las pizarras, tan pronto concentrándose y perdiéndose de vista como saltando de una cornisa a otra en laminas finas que tamizan la luz del sol. Y en el cauce principal de Canyon Creek, al que vierten todas ellas, se encuentra una hilera de pequeños saltos de agua, cascadas y rápidos que alcanzan hasta el pie del cañón, solo interrumpidos por los lagos en los que las aguas revueltas y agitadas se toman descanso. Una de las cascadas más bellas se abre sobre la pared del precipicio, y sus aguas se separan en amplias cintas que siguen las

fracturas de las rocas y se entrelazan formando patrones romboidales, y sobre las que los penachos de *Bryanthus*, hierbas, carrizos y saxifraga forman hermosos engastados. ¿Quién podría imaginar una belleza tan excelsa en un lugar tan salvaje? Los jardines florecen en todo tipo de rincones y hondonadas. En las entradas, *Eriogonum, Erigeron*, saxifragas, gencianas, *Cowania*, y prímula arbustiva; en la región intermedia, espuela de caballero, columbina, *Orthocarpus, Castilleja*, campánula, *Epilobium*, violetas, mentas y milenrama; al otro extremo, girasoles, lirios, rosa mosqueta, iris, madreselva y clemátide.

Una de las cascadas más pequeñas, a la que he llamado Bower[2] Cascade, se encuentra en la región inferior del collado, donde la vegetación es blanca y exuberante. La rosa salvaje y la rosa mosqueta crecen en masas densas que se unen para formar arcos sobre el cauce del arroyo, el cual, fuera de esta pérgola natural y ya crecido con los aportes de sus afluentes, salta hacia la luz y desciende formando una curva acanalada en medio de una nube de espuma nítida y chispeante. Al pie del cañón hay un lago formado al menos en parte por el represamiento de la corriente a causa de una morrena terminal. Los otros tres lagos del cañón se encuentran en depresiones excavadas en la roca madre, allí donde la presión del glaciar era mayor, y las partes más resistentes en el borde de estas depresiones se encuentran pulidas de una manera hermosa y elocuente. Por debajo del lago Moraine, al pie del cañón, hay varias depresiones correspondientes a lagos antiguos, situadas entre las largas morrenas laterales que se extienden hasta el desierto. Estas depresiones están ahora completamente llenas con los materiales arrastrados por los ríos, y convertidas en llanuras secas y arenosas cubiertas en su mayoría por hierba, *Artemisia* y flores deseosas de sol. Es evidente que todas estas depresiones las han formado las morrenas terminales, con las represas que se depositaron cuando el glaciar, ya en recesión, se detenía

[2] *Bower* en este contexto significa «emparrado». (N. del T.)

durante breves periodos en los que se fundía una menor cantidad de hielo, era mayor la precipitación de nieve, o ambas cosas a la vez.

Levantando la vista hacia lo alto del cañón desde el borde cálido y soleado de la llanura de Mono, mi paseo de esta mañana parece un sueño; el cambio en la vegetación y el clima es enorme. Los lirios en la orilla del lago Moraine son más altos yo, y el calor bajo el sol es suficiente para que crezcan palmeras. Y a pesar de ello, la nieve alrededor de los jardines árticos arriba del collado se ve a simple vista, a solo cuatro millas de distancia, y entre medias se encuentran zonas que representan los principales climas del planeta. En poco más de una hora, uno puede deslizarse pendiente abajo desde el invierno hasta el verano, desde una región ártica hasta una región tórrida, a través de variaciones del clima tan notables como las que encontraría si viajara desde Labrador hasta Florida.

Los indios con los que me crucé cerca de la cabecera del cañón habían acampado al pie de este la noche antes de ascenderlo, y encontré su fuego todavía humeante a la orilla de un pequeño cauce cerca del lago Moraine. En el borde de lo que llaman desierto de Mono, a cuatro o cinco millas del lago, encontré una mancha de *Elymus* o centeno silvestre, que crecía en ramilletes ondulantes de seis u ocho pies de alto, con espigas de entre seis y ocho pulgadas de longitud. La cosecha estaba ya madura, y unas mujeres indias recogían el grano en cestos, doblando los tallos en largos manojos, golpeándolos para sacar la semilla y abanicándolos después al viento. Los granos miden unos cinco octavos de pulgada de largo, y son dulces y de un color oscuro. Estoy convencido de que el pan que se haga con ellos debe ser tan bueno como el pan blanco. Este parece un trabajo agradable, como el de una ardilla, y las mujeres lo estaban disfrutando sin duda, riéndose y charlando entre ellas, con un aspecto muy natural, a pesar de que los indios que he visto no son más naturales en su cotidiano que nosotros los hombres blancos civilizados. Quizás si los conociera mejor me gustarían más.

Lo peor de ellos es su falta de limpieza. Nada que sea verdaderamente salvaje está sucio. Abajo, junto a la orilla del lago Mono, vi algunas de sus chozas enclenques en la orilla de los ríos que se vierten veloces en este mar muerto. No eran más que sombrajos hechos de arbustos en los que se tumban y comen. Algunos de los hombres estaban dándose un atracón de cerezas de bisonte, tumbados bajo las matas altas que ahora están llenas de frutos rojos. Las cerezas son bastante insípidas, pero deben ser un alimento completo, porque, según se dice, los indios no comen otra cosa durante días y semanas. De manera similar, en la temporada correspondiente dependen principalmente de las larvas suculentas de una mosca que cría en las aguas saladas del lago, o de las orugas gordas y arrugadas de una clase de gusano de seda que se alimenta de las hojas del pino ponderosa. En ocasiones, se organiza una gran batida de conejos y se matan cientos de ellos a garrotazos. Perseguidos y atemorizados por perros, niños y niñas, y hombres y mujeres con matorrales prendidos, los conejos se apelotonan a la orilla del lago, donde se los mata rápidamente. Con sus pieles se hacen mantas. En el otoño, los cazadores más capaces traen abundantes ciervos, y en contadas ocasiones un cordero salvaje de las montañas más altas. Los antílopes solían ser abundantes en el desierto en las cordilleras del interior. Los urogallos y las ardillas les ayudan a variar su dieta salvaje de gusanos; también los piñones del pequeño e interesante *Pinus monophylla*, y con bellotas y centeno salvaje hacen buen pan y buenas gachas. Aunque resulte extraño, parecen preferir las larvas del lago por encima de todo lo demás. Se depositan en la orilla en largas hileras que ellos recogen y secan como si fuese grano para el invierno. Según se dice, las guerras a causa de la intromisión de una tribu o familia en el terreno en que otra cosecha sus gusanos son frecuentes. Cada grupo reclama como suya una determinada parte bien marcada de la orilla. Los piñones son deliciosos, y en otoño se recogen en gran cantidad. Las tribus del flanco occidental de la cordillera intercambian bellotas por

gusanos y piñones. Las *squaws*[3] llevan cargas inmensas a sus espaldas, a través de collados accidentados y hacia las partes bajas de la cordillera, recorriendo hasta cuarenta o cincuenta millas en cada sentido.

El desierto alrededor del lago es sorprendentemente florido. En muchos lugares, entre los arbustos de salvia, he visto *Mentzelia, Abronia, Aster, Bigelovia y Gilia*, todas ellas con aspecto de disfrutar el calor del sol. *Abronia*, en particular, es una planta delicada y aromática llena de encanto.

Frente a la salida del cañón, en dirección sur desde el lago, se extiende una sucesión de conos volcánicos que se alzan abruptamente en mitad del desierto como una cadena montañosa. Los más grandes alcanzan unos dos mil quinientos pies de altura sobre el nivel del mar, tiene cráteres bien formados, y resulta evidente que todos ellos son incorporaciones relativamente recientes al paisaje. Desde una distancia de unas pocas millas, parecen montones de cenizas sueltas que nunca hubieran sido bendecidas por la lluvia o la nieve, pero, a pesar de ello, los pinos ponderosa van ascendiendo por sus laderas grises, tratando de vestirlas y dar belleza a las cenizas. Este es un país de contrastes maravillosos. Desiertos ardientes que limitan con montañas cubiertas de nieve, cenizas dispersas sobre rocas pulidas por glaciares, la escarcha y el fuego trabajando unidas para dar forma a la belleza. En el lago hay varias islas volcánicas, lo que demuestra que las aguas estuvieron una vez mezcladas con el fuego.

Me alegra volver a la parte verde de las montañas, aunque he disfrutado su lado gris y espero verlo con más detalle. Al leer el manuscrito de estas montañas grandiosas, revelado en cada muestra de calor y frío, se ve que todo aquello que en la Naturaleza llamamos destrucción es en realidad creación: el paso de una belleza a otra.

Nuestro campamento en la pradera glaciar al norte de las fuentes de Soda Springs luce más hermoso cada día. La hierba cubre el suelo

[3]Mujeres indias. (N. del T.)

por completo, aunque sus hojas son finas como hilos, y al pasear sobre ella parece una alfombra bien acolchada y de una riqueza y suavidad magníficas, y no se siente el roce de los panículos morados contra los pies. Es una típica pradera glaciar, que ocupa el espacio de un lago ya seco, definido claramente por murallas hechas de pino de San Pedro Mártir, ordenados de manera elegante como soldados en un desfile. Hay muchos otros prados de esta clase en los alrededores, enclavados en el bosque. Los prados principales a lo largo del río son en general iguales y se extienden casi sin interrupción durante diez o doce millas, pero no he visto ninguno tan bien acabado y perfecto como este. Hay mayor riqueza floral en él que la que había en las praderas de Wisconsin e Illinois cuando estaban en todo su esplendor salvaje. Las flores, tan vistosas, son principalmente tres especies de gencianas, un *Orthocarpus* amarillo y otro violeta, unas pocas clases de varas de oro, un pequeño *Pentstemon* azul muy parecido a una genciana, *Potentilla, Ivesia, Pedicularis*, violetas blancas, *Kalmia* y *Bryanthus*. No hay malas hierbas. A través de este césped florido fluye un río que se desliza, hace remolinos y escurre en completo silencio, como si tuviera cuidado de no hacer ni el más mínimo ruido. No tiene más de tres pies de ancho en la mayoría de lugares, ensanchándose aquí y allá en pozas de seis u ocho pies de diámetro sin corriente aparente, con los bordes redondeados como jorobas a causa de la hierba musgosa que los cubre, los panículos de las hierbas descolgándose como pinos en miniatura, y tapices de *Bryanthus* extendiéndose en un sitio u otro sobre las rocas hundidas. Al pie de la pradera, el río, ya enriquecido con los jugos de las plantas a las que acaba de refrescar, canta jovial mientras se vierte por los rebordes de las rocas, de camino hacia el Tuolumne. Hacia el este, el inmenso y sublime monte Dana se alza sobre el horizonte junto a sus compañeros, verdes, rojos y blancos, por encima de los pinos. Al norte, una cordillera de montañas y pitones de granito gris y rugoso. Hacia el oeste, el monte Hoffman con sus curiosas crestas y almenas. Y hacia el sur, el

macizo de Cathedral, con sus grandiosos Cathedral Peak, Cathedral Spires, Unicorn Peak y otros picos más, todos ellos grises y de forma puntiaguda o redondeados y corpulentos.

Índice

Memorias de mi infancia y juventud

1 Una infancia en Escocia 3
2 Un mundo nuevo 33
3 La vida en una granja de Wisconsin 57
4 Un paraíso de pájaros 85
5 Jóvenes cazadores. 103
6 El niño labrador 121
7 Ciencia e inventos 145
8 El mundo y la universidad 159

Mil millas a pie hasta el golfo

1 Los bosques y cuevas de Kentucky 187
2 La travesía de los montes de Cumberland. 197
3 Por la región de los ríos, en Georgia 215
4 Un campamento entre las tumbas 227
5 Por los pantanos y bosques de Florida 237
6 Cedar Keys 261
7 Una estancia en Cuba 273
8 Hacia California por una ruta tortuosa 289

9 Twenty Hill Hollow 303

Mi primer verano en la Sierra
1 Por la falda del monte con un rebaño de ovejas 317
2 En el campamento en la bifurcación norte del Merced 337
3 El hambre de pan. 369
4 Hacia las altas montañas 377
5 Yosemite 399
6 El monte Hoffman y el lago Tenaya 423
7 Una extraña experiencia. 445
8 La senda de Mono 457
9 Bloody Canyon y el lago Mono 471